

Francisco Mosquera Sánchez

Resistencia civil

*El material de los barcos
y el alma de los partidos
no se prueban en la calma
sino en plena tempestad*

*(Versos de la canción El día le
sigue a la noche, de Carlos Riaño)*

Tribuna Roja Editores
Bogotá, 2009

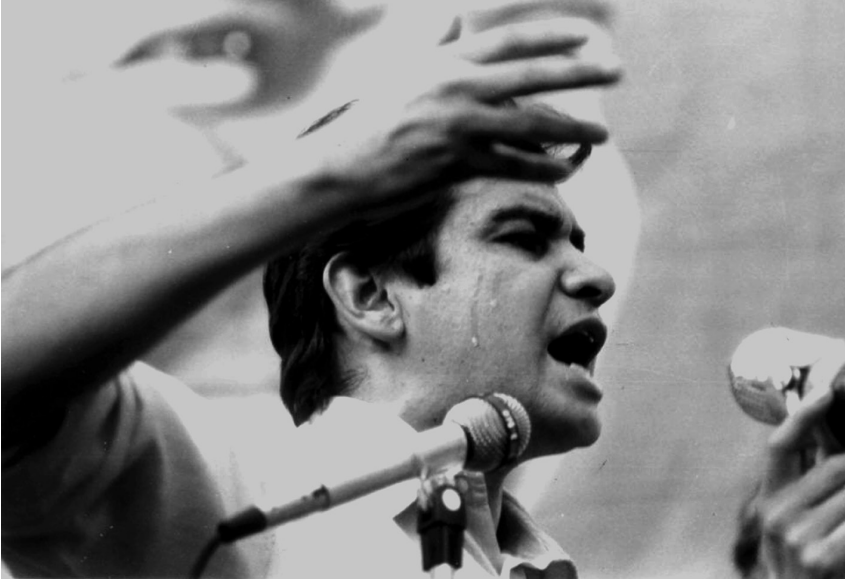
Tribuna Roja Editores
Calle 39 N° 21 - 30. Tel. 2459647
Bogotá
tribroja@moir.org.co
www.moir.org.co

Diseño y fotografías de carátulas:
Carlos Eduardo Naranjo Q.
Composición y armada:
Carlos Naranjo Ossa y Eder Camacho

Impresión y encuadernación: Arte y Fitolito ARFO Editores
Cra. 15 No. 54-32 Teléfonos 2175794 - 2355968

Primera edición: diciembre de 2009

ISBN: xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx



Francisco Mosquera Sánchez



FRANCISCO MOSQUERA SÁNCHEZ

Nació en Piedecuesta, Santander, el 25 de mayo de 1941. Fundador y secretario general del Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario, MOIR, hasta su muerte el 1° de agosto de 1994. Sus escritos políticos más importantes están recogidos en los libros *Unidad y combate* y *Resistencia civil*, publicados por Ediciones Tribuna Roja en 1977 y 1995, respectivamente y *Fogoneros de la revolución*, publicado por Tribuna Roja Editores, en el año 2009.

Este libro, *Unidad y combate*, es la compilación de los escritos del primer periodo de la historia del MOIR (1970-1975) en el cual Francisco Mosquera trazó los lineamientos teóricos básicos para la construcción del Partido. Es reimpresión con cambio de formato y tipo de letra, pero el contenido de los artículos es igual al original.

A Agustín

“La ocasión nos mueve a evocar la memoria de los militantes que, como Agustín González, para citar unode los innúmeros casos, pusieron al alcance del Partido la realización de la tarea, pues nos enseñaron con su ejemplo a escoger entre la transitoria miras personales y los impercederos intereses de la causa obrera”.

Índice

I Internacional

El proletariado culminará la obra de Mao Tsetung	13
Lecciones imperecederas: 60 años de la Revolución de Octubre	18
¡Por un frente mundial contra el imperialismo soviético!	23
Experiencias de la Segunda Guerra Mundial para tener en cuenta	25
Los misterios de la política internacional	46
La trascendencia de la osadía polca	64
La vigencia histórica del marxismo	73
Unámonos contra la amenaza principal	95
¿Qué puso al descubierto Granada?	112
¡Viva la gloriosa resistencia afgana!	123
Cuba o la burla a la no intervención	126

II Guerra y paz

No concurriremos a la llamada “Comisión de Paz”	133
Ni guerra, ni paz	135
¿Qué es la “paz”?	138
Elementos de las Farc asesinaron a Eduardo Rolón	181
Ante la tumba de Raúl Ramírez	184

Mensaje del MOIR a raíz del asesinato de Raúl Ramírez	188
Nuevo aviso del MOIR ante el asesinato de Aidée Osorio	193
A manera de mensaje de Año Nuevo	200
No hay causa noble o vil que justifique el secuestro	207
Despedida a un camarada	209
Palabras para que no se olviden nunca	213
Nunca transigió con el atraso	215
La justeza de nuestros principios ha sido demostrada en la lucha de clases	218
III Apertura económica y soberanía nacional	
Los colombianos decidirán su porvenir sin intromisión ajena	223
A propósito de la mesa redonda sobre la mujer	230
Causas y efectos de la última crisis	241
Diez pautas sobre cooperativas campesinas	277
Llamamiento por la salvación nacional	281
Avanzamos en la política unitaria	286
Hay base real para las convergencias	293
Defendamos y aprovechemos nuestros recursos	300
El MOIR insiste en el frente único	307
La nación se salva si corrige sus errores	313
Saludo del MOIR en la fundación de la CTDC	321
Secundamos la protesta de las cuatro centrales	323
El apoyo del MOIR a Durán Dussán	328
El 27 de mayo, otro 11 de marzo	343
No participamos de la Constituyente	351
Omnia consumata sunt	355
Salvemos la producción nacional	367
Saludo del MOIR a la confederación unitaria, CGTD	382
¡Por la soberanía económica, resistencia civil!	384

En respaldo a Germán Arciniegas

391

Hágamos del debate un cursillo que eduque a las masas(399)

I Internacional

El proletariado culminará la obra de Mao Tsetung

Tribuna Roja No. 23, septiembre de 1976

*Mensaje de condolencia del MOIR al Partido Comunista de China,
escrito por Francisco Mosquera el 10 de septiembre de 1976.*

Camaradas
Comité Central del Partido Comunista de China
Pekín, China,

Cuando el Partido Comunista de China dio la infausta noticia de que el camarada Mao Tsetung había muerto en la madrugada del 9 de septiembre y ésta se conoció en segundos en el orbe entero, los obreros, los pueblos y las fuerzas y personas progresistas de los cinco continentes lloraron la pérdida irreparable de su más querido y respetado dirigente internacionalista. Hondo y doloroso impacto produce en todo el mundo el vacío inconmensurable que deja el fallecimiento del camarada Mao Tsetung. Diversas personalidades, jefes de gobierno, líderes de movimientos y partidos se han apresurado a reconocer en el máximo representante de los 800 millones de seres del pueblo chino, a una de las figuras estelares de este siglo y a uno de los conductores políticos que más profundamente han incidido en grandes transformaciones históricas. La maravillosa epopeya de su vida al servicio de la causa de la clase obrera y la sabiduría de su pensamiento comprobada en innumerables batallas triunfales como guía segura de quienes luchan por la revolución y el progreso, ponen a Mao Tsetung entre los benefactores esclarecidos de la humanidad. Aplicó el marxismo-leninismo a las condiciones concretas de lucha que le correspondió vivir, lo enriqueció y llevó a una etapa más alta de su desarrollo. A partir del proceso original, constante y acelerado de la revolución china durante cincuenta años, su obra magistral y monumento vivo a su talento creador, Mao Tsetung no sólo contribuyó a cambiar la fisonomía del mundo, sino que sistematizó genialmente las leyes universales

del cambio social válidas para todos los países. Leal discípulo de Marx, Engels, Lenin y Stalin, Mao Tsetung pasa junto a ellos, concluido el ciclo de su existencia, a completar la gloriosa galería de los inmortales maestros del proletariado. Como heredero legítimo de las excelsas virtudes milenarias del pueblo chino, cuya historia sin par está llena de múltiples acciones heroicas, de aguerridos combatientes en defensa de la justicia y la verdad, de notables científicos, pensadores y artistas, Mao Tsetung fue depositario de sus mejores tradiciones revolucionarias y encarnación de sus más nobles y hermosos ideales. Por eso Mao se constituyó en el centro aglutinante y orientador de la nación más populosa de la Tierra, construyó el glorioso y correcto Partido Comunista de China, factor dirigente de la revolución china, organizó prácticamente de la nada un invencible ejército popular, derrotó a todos los enemigos internos y externos del país y fundó la República Popular China, hoy la patria socialista de una cuarta parte de la humanidad. En un tiempo relativamente corto China se convirtió de una vasta región ocupada, dividida y económicamente atrasada, en un país independiente, unido, grande y próspero, avanzada de la revolución mundial y ejemplo inspirador de todos los revolucionarios del planeta. Y por eso miles de millones de personas al mirar consternadas hacia la tumba recién abierta, se explican este portentoso fenómeno de la época con la exclamación de que ¡sólo un pueblo como el pueblo chino, podía producir un dirigente como el dirigente Mao!

Pero el camarada Mao Tsetung no se desveló únicamente por el pueblo chino. El porvenir de los países que han instaurado el socialismo, la emancipación de los proletarios de las naciones burguesas y la liberación de las inmensas masas de las colonias y neocolonias sometidas a la sojuzgación imperialista, fueron objeto permanente de sus preocupaciones. Proclamó que China jamás procurará el hegemonismo y, por el contrario, será siempre la segura retaguardia de los países que combaten por su independencia y soberanía. Apoyó fervorosamente todas las lides del proletariado y los pueblos por la democracia, la revolución y el socialismo y por el logro de un mundo sin naciones oprimidas ni opresoras, sin esclavos ni esclavistas, sin hambres y sin guerras. Sin embargo, el camarada Mao señaló con agudeza inigualable que la cristalización de este sueño antiquísimo del hombre será aún antecedido necesariamente de un largo período de enconados y violentos conflictos de clases, en el cual jugarán un papel de primerísima magnitud las luchas de liberación de las naciones contra el imperialismo, del movimiento obrero contra la burguesía y el revisionismo y de los proletarios de los países socialistas contra los restauradores burgueses. Continuator de la doctrina victoriosa de Marx y Lenin, a Mao Tsetung cúpole la distinción histórica de resolver el problema de la consolidación del socialismo y de la prolongación de la revolución bajo la dictadura del proletariado. Basándose en nuevas experien-

cias y en especial en el ejemplo negativo de la traición al marxismo-leninismo por parte de los dirigentes de la Unión Soviética, que trocaron el primer Estado proletario en un Estado burgués socialimperialista, el camarada Mao Tsetung desarrolló la teoría de que en toda la etapa histórica del socialismo, cuyo lapso de duración no es de unos decenios sino de cien a centenares de años, es absolutamente indispensable mantener la dictadura del proletariado y llevar hasta el final la revolución socialista, para impedir la restauración del capitalismo y preparar las condiciones del paso al comunismo. En el curso de la revolución socialista de China Mao Tsetung descubrió la forma de hacerlo: la revolución cultural proletaria que es, terminada en lo fundamental la transformación de la propiedad de los medios de producción, la revolución llevada a cabo por los obreros en el terreno político e ideológico para desalojar de todos los dominios del Poder a los burgueses infiltrados y a los seguidores de la vía capitalista.

Así como Lenin desplegó una descomunal batalla contra los renegados de la II Internacional para garantizar el avance luminoso de la clase obrera y el triunfo de la gloriosa Revolución de Octubre, Mao Tsetung adelantó una lucha aún mucho más aguda y compleja contra los revisionistas contemporáneos, acaudillados por los dirigentes del Partido Comunista de la Unión Soviética, para desbrozar el camino de la victoria definitiva del socialismo en el mundo entero. Y así como Engels recordaba en el entierro del padre del socialismo científico, que Marx apartaba como si fueran telas de araña todas las calumnias y difamaciones que contra él lanzaban la burguesía y los reaccionarios de su tiempo, nosotros podemos decir que también como telas de araña el proletariado y los pueblos del mundo apartarán las calumnias y difamaciones que contra Mao Tsetung, el más grande marxista-leninista de la época, profieren la camarilla revisionista soviética y sus epígonos.

Los revisionistas y demás recalcitrantes adversarios de Mao Tsetung jamás consiguieron refutarlo ni vencerlo y con su muerte estarán calculando que las cosas mejorarán para ellos. Efímera ilusión porque de Mao Tsetung se podrá asegurar con infinita certeza lo que se ha sostenido de los grandes innovadores revolucionarios, que su desaparición física no hará más que agigantar su influencia. El proletariado internacional, armado de su pensamiento, será quien se encargue de culminar su colosal empresa. Pocos como Mao Tsetung gozaron del privilegio de ver en vida realizadas y ratificadas por la práctica tantas de sus propias acertadas predicciones. Mao Tsetung elaboró toda la línea estratégica y táctica de la revolución china. En su momento, muchos fueron los que dudaron en el interior y en el extranjero que el pueblo chino alcanzara a coronar las prodigiosas metas que conforme a un análisis certero de la situación iba progresivamente proyectando el camarada Mao. No obstante, el pueblo chino cumplió cuanto se

propuso: derrotó al feudalismo, al capitalismo burocrático y al imperialismo; sostuvo tenazmente y llevó hasta el triunfo total una prolongada guerra de liberación contra el Japón y contra los intervencionistas norteamericanos y contribuyó decisivamente a la bancarrota fascista en la Segunda Guerra Mundial; conquistó el socialismo y desbarató una a una las tentativas burguesas y revisionistas de restauración, y apoyó y apoya eficazmente las luchas revolucionarias de los pueblos del mundo. Todas éstas son realizaciones imperecederas del pensamiento de Mao Tsetung. Igualmente el camarada Mao resumió y enriqueció la línea del movimiento comunista internacional. Los triunfos de las naciones por su soberanía, del proletariado por la extensión y consolidación del socialismo y de China por continuar la causa de su gran timonel serán asimismo confirmación plena de nuevas y grandiosas victorias de esta línea y del pensamiento de Mao Tsetung.

El pueblo colombiano y nuestro Partido están en deuda con el pueblo chino y con el camarada Mao Tsetung por la solidaridad constante a sus luchas y por el inmenso respaldo que representan para la revolución colombiana los tremendos aportes de la revolución china. La mejor manera de pagar esa deuda y a la vez apoyar al pueblo chino y al Partido Comunista de China será impulsando la revolución en nuestro país, basándonos fundamentalmente en nuestros propios esfuerzos y en los esfuerzos de las masas, como nos lo enseñó el camarada Mao.

Nuestro Partido ha logrado desarrollarse gracias al estudio de las tesis revolucionarias marxista-leninistas del camarada Mao Tsetung y a las condiciones internacionales favorables creadas por la lucha del Partido Comunista de China contra el revisionismo contemporáneo. A diferencia del Partido Comunista de China, nuestro Partido apenas ha comenzado su jornada y para alcanzar grandes victorias debe combatir el revisionismo y profundizar en el estudio del marxismo-leninismo-pensamiento de Mao Tsetung y aplicarlo correctamente a la práctica concreta de la revolución en nuestro país, como nos lo enseñó el camarada Mao.

Con la conducción de Mao Tsetung China llegó a ser una nación independiente, próspera y grande, donde impera radiante el socialismo. Colombia es una neocolonia de los Estados Unidos y nuestro Partido lucha en las condiciones de opresión de la dictadura burgués-terrateniente proimperialista. El pueblo colombiano debe también quebrar la dominación extranjera, preservar la completa soberanía frente al imperialismo y el socialimperialismo y marchar al socialismo. Para ello es necesario que nos atrevamos a luchar, desafiando todos los peligros y dificultades, con la intrepidez propia de los materialistas consecuentes, como nos lo enseñó el camarada Mao.

Las extraordinarias hazañas de la revolución china fueron en definitiva fruto de la acción de las grandes masas del pueblo chino. Mao Tsetung reiteradamente insistió en la verdad cardinal del marxismo de que las masas son las que hacen la historia. El pueblo de Colombia libró y libra denodados combates por la revolución, sin haber logrado todavía superar la dispersión y la división. Nuestro Partido tiene como tarea principal la de unir y organizar al pueblo colombiano y guiarlo en pro de su misión histórica. Por lo tanto debemos vincularnos estrechamente a las masas, interpretar en todo momento sus intereses y necesidades, orientar y apoyar sus luchas y servir de todo corazón al pueblo, como nos lo enseñó el camarada Mao.

El que la revolución prosiga depende de los nuevos cuadros. Para evitar que China cambie de color Mao Tsetung forjó decenas de millones de continuadores de la obra revolucionaria del proletariado, encargados de llevar adelante la causa que dejó sin ultimar. Nuestro Partido en el proceso de su construcción debe asimismo ir creando centenares y miles y millones de cuadros revolucionarios proletarios, hombres y mujeres que trabajen con arrojo y con modestia, que luchen por la unidad y no por la escisión, que practiquen valerosamente la crítica y la autocritica y que actúen en forma franca y honrada y no urdan intrigas y maquinaciones, como nos lo enseñó el camarada Mao.

El MOIR expresa al pueblo chino y al Partido Comunista de China su más sentida condolencia y testimonia la indecible tristeza que embarga al pueblo colombiano y a todos y cada uno de los militantes de nuestro Partido por esta prueba tan dura de la muerte del camarada Mao Tsetung. Nuestro Partido une su dolor al dolor del Partido Comunista de China. Nuestro Partido une su lucha a la lucha del Partido Comunista de China por derribar definitivamente a la burguesía y demás clases explotadoras, llevar hasta el final el socialismo y materializar el comunismo.

¡Gloria eterna al gran líder y maestro, camarada Mao Tsetung!

¡Viva el invencible marxismo-leninismo pensamiento de Mao Tsetung!

Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario

Comité Ejecutivo Central

Francisco Mosquera

Secretario General

Lecciones imperecederas: 60 años de la Revolución de Octubre

Tribuna Roja No. 30, noviembre de 1977

Los marxista-leninistas y las masas obreras conscientes de todo el orbe celebran con indescriptible regocijo en este mes el 60 aniversario de la gloriosa Revolución Socialista de Octubre. La efeméride encierra una extraordinaria trascendencia. Trae a la memoria, como es profusamente sabido, la fecha en que el partido de la clase obrera de Rusia, capitaneado por Lenin, derroca a la burguesía dominante y, sobre las ruinas de la sociedad explotadora, implanta el primer Poder socialista que logra consolidarse.

Ya antes, en 1871, el proletariado había intentado “tomar por asalto el cielo”, según la expresión de Marx acerca de la Comuna de París. En aquella ocasión el intento de instaurar el dominio obrero sobrevivió escasamente dos meses, ante la feroz arremetida de la confabulación de los capitalistas europeos. El experimento, sin embargo, no fue del todo fallido. Con la Comuna el marxismo desentrañó uno de los fundamentos medulares de la revolución del proletariado, el de que al triunfar no puede apoderarse de la vieja máquina estatal existente y ponerla a su servicio, sino que debe demolerla y sustituirla por otra nueva, por el Estado de los trabajadores, que es el comienzo de la extinción de todo tipo de Estado. Para garantizar el éxito, construir el socialismo y preparar el tránsito a la sociedad comunista, ha de cambiarse de la forma más completa y radical la dictadura de la burguesía por la dictadura del proletariado. Históricamente la clase obrera ya había aprendido cómo hacerlo y contaba para ello con un modelo vivo, la escuela de los comuneros de París. Empero, mediarían 46 años de agudas contiendas para que se presentara otra oportunidad tan clara de “asaltar el cielo”.

Poderosos obstáculos tendrían que ser superados: encontrar la salida acertada a los múltiples problemas surgidos en la distinta situación, y especialmente desenmascarar y derrotar el ala oportunista prevaleciente de la socialdemocracia internacional que revisaba el marxismo, se plegaba a la burguesía y envilecía el

espíritu revolucionario de la masa obrera. Vladimir Ilich Lenin, el gran maestro del proletariado, echó sobre sus hombros esta monumental empresa y la llevó a cabo genialmente. Rescató a Marx y a Engels de manos de sus falsificadores y desarrolló el marxismo con las conclusiones teóricas sacadas del análisis de la transición del capitalismo de libre competencia al capitalismo monopolista, o imperialismo, su última fase de descomposición y agonía, antesala de la revolución socialista. Enfatizó primordialmente sobre la ley inexorable del imperialismo de depender cada vez más para su supervivencia del saqueo de los países atrasados y sometidos y sobre su naturaleza guerrearista, derivada del afán irresistible de aumentar sus colonias y de desalojar a sus competidores. Caló certeramente y explicó en decenas de sus obras la debilidad estratégica del imperialismo a pesar de su apariencia omnipotente, señalando la constante de que siempre que éste se embarca en la aventura de la guerra termina ahondando sus contradicciones y vulnerando sus fuerzas. Apoyándose en el fenómeno del desarrollo desigual económico y político del capitalismo, fenómeno mucho más agudo en la etapa imperialista, elaboró, contra la creencia gestada en circunstancias anteriores diferentes, la importantísima tesis de que el socialismo conseguirá imperar en uno o en unos cuantos países, mientras los demás seguirán siendo, durante algún tiempo, burgueses o preburgueses. El estallido de la Revolución Socialista de Octubre vino a corroborar ésta y las otras predicciones magistrales de Lenin.

Si echamos una ojeada global al desenvolvimiento de las sociedades, observaremos cómo la historia marcha en un sentido ascendente. Desde la aparición de la división entre poseedores y desposeídos, amos y esclavos, explotadores y explotados, y a través de cruentas y prolongadas luchas de clase, el hombre ha pasado sucesivamente del esclavismo al feudalismo y de éste al capitalismo. Han sido saltos adelante de enorme significación que han redundado en pro del progreso y de la ciencia. Con la Revolución de Octubre se inicia el proceso de la transición del capitalismo al socialismo. De ahí la repercusión sin par de este acontecimiento que inaugura una era mucho más brillante, no comparable con las precedentes, ya que permite el advenimiento de la única sociedad que cifra la razón de su existencia en el empeño de abolir todo tipo de explotación y, por lo tanto, tiende naturalmente a acabar las clases y la lucha de clases. Ello se debe a que por primera vez los artífices de las transformaciones sociales no son los explotadores, sino los esclavos modernos, el proletariado.

La burguesía declina hacia su perdición definitiva, mientras los trabajadores son los héroes del día, cuya misión coincide con las grandes tareas renovadoras de la época y con los anhelos de la abrumadora mayoría de la población. Como sepultureros del imperialismo, los obreros tienen el encargo de derrumbar la dominación burguesa en las repúblicas capitalistas desarrolladas; alcanzar la libera-

ción nacional y perseverar en la autodeterminación de los pueblos de las colonias y neocolonias, y por doquier preparar el terreno para imponer el socialismo o afianzarlo donde esté establecido. En los países en los cuales persiste el semifeudalismo y se combate por la independencia de la nación, la clase obrera se alía con el campesinado y demás fuerzas antifeudales y patrióticas, incluso con las capas progresistas de la burguesía que colaboran con el programa nacional y democrático de la revolución, precaviéndose de ejercer correctamente la dirección en la alianza y de no hacer concesiones de principio. Esto es posible porque en las condiciones universales reinantes, las luchas revolucionarias, democráticas y de avanzada coadyuvan a la causa del proletariado, y éste las respalda y se esfuerza en profundizarlas y encauzarlas a favor de sus objetivos finales. En la era de la revolución socialista mundial el movimiento liberador de las naciones sojuzgadas hace parte integrante de aquella y la clase obrera internacional lo conduce a su conquista más completa, con miras a propiciar la voluntaria relación de los países, sobre la base del mutuo respeto y del beneficio recíproco, sin lo cual el socialismo sería una grotesca mascarada.

El ejemplo de la emancipación rusa, agigantado con los años, constituye la meta suprema de las masas trabajadoras del globo. Mao Tsetung recuerda que la revolución china representa la prolongación de la victoria socialista de 1917. De la misma manera, el resto de repúblicas desgajadas del podrido tronco imperialista reafirma la aplicabilidad perdurable de los grandiosos postulados de Octubre. Es la esplendorosa confirmación de la coherencia y desarrollo del marxismo que, como arma ideológica invencible de la clase obrera, antes que perder lozanía se proyecta vigoroso hacia el porvenir.

No obstante la permanente validez de las apreciaciones de Marx y Engels, algunas de ellas con más de siglo y cuarto de vigencia, su doctrina no ha permanecido estática sino que se enriquece a medida que la práctica social ha ido descubriendo nuevos asuntos por solucionar. Stalin indicó con agudeza que “*el leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria*”. Desaparecido Lenin, a Mao Tsetung le correspondió, además de sus incontables aportes hechos al marxismo-leninismo en todos los aspectos, atender y resolver una cuestión fundamental: la continuación de la revolución bajo la dictadura del proletariado. Partiendo de las advertencias de los esclarecidos ideólogos de la revolución obrera y sintetizando las experiencias de China y en especial la del ulterior desenlace negativo de la Unión Soviética, que después de ser el primer Estado proletario se transmutó con Kruschev y sus sucesores en una nación socialimperialista, Mao enseña que el socialismo abarca un período bastante largo en el cual todavía no son eliminadas las clases ni la lucha de clases, ni desaparece el peligro tanto de la restauración del capitalismo como de la agresión externa

imperialista. Durante este período hay que insistir en la dictadura del proletariado sobre la burguesía y efectuar revoluciones cada vez que ésta hace carrera dentro de la sociedad socialista y usurpa las posiciones claves del Poder.

El prestigio del marxismo es tal que muchos de sus encarnizados opositores han optado por declararse partidarios suyos con el objeto de mellar su filo. Tan repetido es el caso, que desde los tiempos de Lenin, estos contrincantes solapados configuran la principal amenaza contra la revolución y reciben el mote de revisionistas. Combaten veladamente con los argumentos más impúdicos la justa idea de que el proletariado está obligado a utilizar la violencia revolucionaria contra la violencia contrarrevolucionaria, si aspira a romper los grilletes de la esclavitud y levantar su dictadura de clase. Los marxista-leninistas saben que la “transición pacífica” de un régimen social a otro seguirá siendo una cosa rara, y que sin la creación de un ejército propio el proletariado no tendrá esperanzas de redención. La insurrección armada les dio la supremacía real a los obreros y campesinos de los soviets de Petrogrado, de Moscú y de Rusia entera. Los auténticos comunistas no permitirán que ésta ni ninguna de las imperecederas lecciones de la Revolución de Octubre sean escamoteadas.

La batalla ideológica y política permanente contra el revisionismo resulta imprescindible para vencer las fuerzas imperialistas y socialimperialistas. Renunciar a esa lid significaría abandonar la defensa del marxismo-leninismo, debilitar el partido de la clase obrera e impedir que ésta cuente con una vanguardia foguada y diestra, dispuesta en todo momento a impartir las orientaciones salvadoras para destruir a un enemigo mortal, ventajoso y cruel.

Hoy como ayer el revisionismo es una contracorriente internacional; salvo que ahora se halla más extendido y su meca se encuentra en Moscú, la antigua capital revolucionaria. Romperle el espinazo resultará más difícil que en el pasado por el soporte que le proporcionan la Unión Soviética y demás repúblicas satélites de ésta. Mas se halla irremisiblemente condenado. El revisionismo convirtió a la patria de Lenin y Stalin en un país socialimperialista voraz, regido, como cualquier imperialismo, por las mismas normas ciegas expansionistas de explotación y dominación del mundo. Pero, también como a aquél, lo dotó de un cuerpo colosal sobre unos pies de barro y lo predestinó al fracaso. Por mares y territorios de los cinco continentes se ven las tropas soviéticas, o sus armamentos en manos mercenarias, amedrentando a los pueblos, disputando la hegemonía al imperialismo norteamericano y amenazando la paz mundial. De desatar la tercera guerra general sólo encontrará sosiego en la tumba. Si no lo hace, de todos modos el alud tumultuario de miles de millones de pobladores del planeta le caerá encima y tarde que temprano las baterías del Aurora volverán a escucharse en Leningrado.

A pesar del tiempo y la distancia, para Colombia guardan plena vitalidad los principios tras lo cuales se atrevieron los tenaces bolcheviques de Rusia a concitar el odio de la reacción en el amanecer del siglo XX. Somos una nación pequeña y subdesarrollada, sometida a la égida neocolonial del imperialismo norteamericano, pero integramos el más gigantesco frente de lucha jamás conocido, pues nuestros intereses se confunden con los de los pueblos aplastantemente mayoritarios que en todas las latitudes pugnan por lograr su independencia y soberanía, y junto a ellos peleamos en la primera trinchera antiimperialista.

Debido al hecho de estar dirigida por el proletariado y contra el imperialismo, nuestra revolución, aunque sea actualmente de esencia democrática, no sólo contribuye al buen suceso de la revolución socialista mundial, sino que en lo interno culminará inevitablemente en el socialismo. La clase obrera colombiana, mediante prolongadas y cruentas confrontaciones con los opresores tradicionales, viene forjando su partido y preparándose para desempeñar dignamente el puesto de comando de la revolución. Ha obtenido notables avances en el empeño de arrancarles la careta al oportunismo y al revisionismo y de expulsarlos de sus filas. Estimulando y solidarizándose con la brega heroica de los campesinos en procura de la tierra y la libertad, y propiciando las acciones del resto de sectores democráticos, el proletariado de Colombia desarrolla la alianza obrero-campesina y alienta un formidable movimiento que unirá al pueblo bajo las banderas de la liberación nacional. Comprende que la más apremiante necesidad es obtener el derecho a forjar el destino de la nación sin intromisión ajena, como la más excluyente condición para arribar a la sociedad socialista, fin superior de todos sus desvelos. Por eso combate sin tregua ni descanso hasta pulverizar el yugo colonialista de los Estados Unidos, y jura que preservará a cualquier precio la soberanía alcanzada, frente al socialimperialismo y demás filibusteros internacionales. Sus luchas y proclamas encontrarán amplia resonancia en Latinoamérica y su victoria aumentará la gloria del Octubre de 1917.

¡Por un frente mundial contra el socialimperialismo soviético! ¡Fuera rusos de Afganistán!

Tribuna Roja No. 35, 11 de enero de 1980

La invasión de las tropas soviéticas a Afganistán, iniciada el pasado 27 de diciembre, configura un acontecimiento de suma gravedad que habla por sí solo de los planes siniestros de dominación mundial de los amos de Moscú. Es la primera vez que los socialimperialistas intervienen militarmente en forma directa en un país del Tercer Mundo.

En 1968 lo habían hecho en Checoslovaquia, nación de la Europa Central. En 1975 ocuparon Angola pero con soldados de su colonia cubana, y más recientemente sometieron a Kampuchea y Lao a través de sus marionetas vietnamitas. Hoy su delirio expansionista los ha llevado a efectuar esta nueva aventura, ya sin tapujos de ninguna índole y haciendo gala del peor cinismo. Los argumentos de que con su intromisión bélica “protegen” la seguridad de Afganistán, “ayudan” a la revolución afgana, o actúan dentro del derecho internacional no convencen a nadie.

Por el contrario, desde el primer momento ha quedado claro que los soviéticos bañaron en sangre a Afganistán y vienen obrando como sólo sabían hacerlo las hordas hitlerianas. Depusieron y asesinaron al Primer Ministro Amín para imponer un gobierno completamente dócil a sus vandálicos caprichos. Por ello la respuesta militar del pueblo afgano ha sido inmediata y decidida, y cuenta con la participación de considerables segmentos del ejército regular que se han pasado a la resistencia armada.

De otra parte, una inmensa mayoría de Estados ha condenado la invasión y la consideran un serio atentado contra la paz mundial. Todo indica que los social-fascistas utilizarán a Afganistán para apoderarse posteriormente de Pakistán, inmiscuirse en Irán y demás países vecinos, controlar la entrada al Golfo Pérsico y someter a su égida al Asia Meridional y Occidental. Tales proyectos no pueden menos que significar un inminente peligro para Europa, el Japón y los

Estados Unidos, que verán comprometidos vitales centros de abastecimiento de combustibles y cruces marítimos y terrestres de importancia estratégica.

Asimismo los pueblos del mundo y las naciones amantes de la paz comprenden que su porvenir se halla severamente amenazado por el hegemonismo soviético. La República Popular China, el principal bastión de lucha contra las ambiciones imperialistas del Krem1in, será sin duda uno de los blancos de ataque preferidos de los belicistas rusos.

Sin embargo, hay un aspecto supremamente positivo en todo aquello, y es que la opinión pública mundial ha comenzado a aceptar, a punta de golpes y decepciones, que la Unión Soviética no sólo dejó de ser la cuna del socialismo para convertirse en el más tenebroso baluarte de la reacción internacional, sino que hace mucho abandonó los principios de la coexistencia pacífica entre los Estados y desempolvó la vieja bandera de la dominación colonial y de la guerra para sojuzgar las naciones y buscar un nuevo reparto del planeta. El hegemonismo soviético es un problema de todos los pueblos, y por ende a éstos corresponde resolverlo, promoviendo la conformación del más amplio frente de combate jamás conocido, en el que participen, en una u otra forma, desde los países atrasados y dependientes del Tercer Mundo, las repúblicas socialistas y las naciones ricas del Segundo Mundo, hasta los Estados Unidos. Un frente de esas proporciones impedirá la guerra mundial o la decidirá a favor de la revolución internacional. Con un frente así, los socialimperialistas serán vencidos y los pueblos contarán con el mejor ambiente para la emancipación de las naciones, para el desarrollo del socialismo y para la conquista de la democracia y la libertad en el orbe entero. El primer deber internacionalista del proletariado y de los partidos auténticamente comunistas será contribuir a la integración a nivel mundial de este frente único contra el socialimperialismo soviético.

En la historia quienes acariciaron sueños de dominación imperial fracasaron irremisiblemente. Los soviéticos también terminarán siendo aplastados por mucho alboroto que armen y por muy temibles que parezcan. El pueblo afgano saldrá victorioso y obtendrá su liberación a pesar de las duras pruebas del presente y del futuro.

¡Apoyemos a Afganistán en su resistencia contra la ocupación soviética!

¡Conformemos un frente único mundial contra el socialimperialismo soviético!

Francisco Mosquera
Secretario general del MOIR

Experiencias de la Segunda Guerra Mundial para tener en cuenta

Prólogo escrito por Francisco Mosquera para el libro de José Stalin, la Gran Guerra Patria de la Unión Soviética. Editorial Bandera Roja, Bogotá, 1980. Traducido y anotado por Gabriel Iriarte.

Cuando esta recopilación era apenas un proyecto en la cabeza de Gabriel Iriarte, y no hace mucho él me habló de ello, que traduciría de una publicación norteamericana las intervenciones del Primer Ministro del Estado Soviético durante la Gran Guerra Patria, con miras a ponerlas a la disposición de los miembros del Partido, como pieza de estudio, no dudé en alentarle para que cristalizara prontamente la idea. No sólo la llevó a cabo, sino que emprendió con tenacidad la investigación acerca de la Segunda Guerra Mundial, y, acompañado de unas diapositivas, ha recorrido buen número de regionales ilustrando a obreros y campesinos sobre el tema. Ahora me pide que prologue su edición en español de los discursos de Stalin, en razón a que los lectores de la misma consistirán mayoritariamente en camaradas del MOIR, los cuales han venido aportando a la financiación de la obra con el pago por adelantado de los ejemplares. Al aceptar el cometido me propongo contribuir también a avivar el examen y la discusión de tan rico período histórico, cuyas enseñanzas fundamentales tergiversan con pérfida intención socialimperialistas y revisionistas, a medida que retumban por el orbe los aldabonazos de la tercera conflagración general. De otra parte, me ha obligado a ocuparme de algunos libros y documentos de entonces para poder efectuar, con mejores elementos de juicio, el ineludible paralelo con la situación actual. Los siguientes apuntes recogen tales observaciones.

La valerosa resistencia del pueblo soviético contra la invasión nazi y su aplastante victoria final patentizan una de las hazañas más extraordinarias de todos los tiempos. Encontrábanse en juego asuntos de suma trascendencia. Se decidía si en el futuro inmediato caería sobre los pueblos el dogal de la esclavitud fascista o no. En el terreno de las armas, haciendo gala de fortaleza, de pericia

y de técnica, en una extensión jamás vista, los dos sistemas sociales de la época, el imperialismo y el socialismo, zanjaban sus desavenencias. La lucha involucró lo mismo la economía que la política y la diplomacia. El contrincante que fallara en llevar los suministros al frente, tendido a lo largo de varios miles de kilómetros, sencillamente quedaría fuera de combate. Había que proveer los alimentos y las dotaciones para millones de soldados, los equipos de aire, mar y tierra, el combustible, los repuestos, e ir supliendo, de una batalla a otra, las cuantiosas pérdidas de vidas y armamentos. La organización en la retaguardia era decisiva. Las fábricas laboraban a pleno pulmón, incrementando constantemente el rendimiento e innovando en la marcha para obtener la preeminencia y no dejarse sorprender por los inventos del enemigo. En los albores del estallido, estrategias de ambos bandos coincidieron en valorar la importancia de las máquinas y los motores en la contienda que se avecinaba. El duelo aéreo y la pelea de tanques terminaron a la sazón imponiéndose como modalidades de la guerra moderna.

Los alemanes tuvieron al principio la ventaja, debido a su condición de invasores. Escogían libremente el momento y los sitios de ataque, de manera que se ajustaran a sus conveniencias y ocasionasen los peores estragos al país embestido. La burguesía alemana, una vez firmado el Tratado de Versalles, comenzó a buscar el desquite de la derrota de 1918 y a prepararse febrilmente, aunque con sigilo, para la otra confrontación, con veinte años de plazo. El nazismo representa a cabalidad las ambiciones imperialistas de recuperar para Alemania la influencia perdida y arrebatársela a las potencias de Occidente, en particular a Inglaterra y Francia, sus vastos dominios coloniales. Desde el ascenso al Poder, Hitler encauzó la producción conforme a sus programas bélicos, abarrotando arsenales con los más avanzados tipos de aviones, acorazados, carros de asalto, submarinos, y adiestrando unas poderosas fuerzas armadas en pos de las últimas evoluciones de las artes marciales. Cuando irrumpen contra Rusia, las tropas nazis llevaban dos años de campañas fulgurantes. Nadie logró contenerlas. Austria, Checoslovaquia, Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Francia y los países balcánicos sucumbieron estruendosamente. Los ingleses, como siempre, se habían salvado de la ocupación por el hecho de vivir en una isla y por su reconocida capacidad naval. Pero medio millón de sus efectivos, junto a los cuatro millones pertenecientes al afamado ejército francés, fueron abatidos en menos de un mes en los campos de Europa. La superioridad alemana conmovió al mundo.

La Unión Soviética, desde luego, no constituía una pequeña y débil nación; se trataba de un Estado multinacional grande, centralizado, con incontables recursos, inmenso territorio y población numerosa. No obstante, venía impulsando pacíficamente su desarrollo material y cultural, en medio de las dificultades

propias de las hondas transformaciones en que se hallaba empeñada, encarando el bloqueo del prepotente club de las repúblicas capitalistas y sin haber adecuado aún por completo su economía a las inminentes obligaciones militares, con todo y que los comunistas rusos vislumbraban, cual nadie más, que el choque resultaría inevitable. El primer problema, el de poner el trabajo agrícola e industrial de las distintas comarcas y nacionalidades al exclusivo favor de las exigencias de la guerra, empieza a resolverse a partir del 23 de junio de 1941, al otro día del rompimiento de las hostilidades. El Ejército Rojo no consiguió repeler la arremetida alemana y se vio precisado a replegarse y ceder porciones muy considerables de su espacio. Leningrado y virtualmente hasta la capital, Moscú, quedaron cercadas y en angustioso peligro. Para garantizar vitales abastecimientos e impedir que los centros fabriles de las regiones occidentales los agarraran las fuerzas ocupantes, los soviéticos, en una demostración sin precedentes, transportaron de junio a noviembre más de 1.500 fábricas a las profundidades de su retaguardia. El desenlace parecía gravemente comprometido. Con avidez se esperaban las noticias procedentes del mayor, del determinante, del en verdad único frente que prevalecía. Ahora la totalidad de los intereses envueltos en el conflicto pendía de la batalla de Rusia. Si este postrer esfuerzo periclitaba ya no habría en el continente europeo bastión que frenara a las hordas nazis. Incluso los Estados Unidos, no estarían muy seguros allende el Atlántico.

Mas el pueblo ruso, acosado, despojado, malherido, aguantó. Ningún sufrimiento pudo doblegar su espíritu combativo; nada opacó su infinito amor por la causa a la que ofrendaba los más caros sacrificios. No conoció el miedo, no se permitió un minuto de descanso, no perdió jamás la confianza en el triunfo. El fanfarrón de Hitler creyó que bastaría coger a coces la estructura bolchevique para que se desplomara al instante. Y al concluir 1941, después de seis meses de incesante guerrear sobre la interminable llanura, el empuje germano mostró síntomas inequívocos de agotamiento: las líneas en lugar de avanzar retrocedían, los objetivos fundamentales continuaban sin alcanzarse y la introducción del invierno helaba las carnes y el ánimo de los invasores. Procurando mantener la iniciativa y valiéndose de la inexistencia de un segundo frente que los aliados anglo-norteamericanos postergan prácticamente hasta junio de 1944, los nazis recurrieron a las reservas y reforzaron con varias decenas de divisiones a las 200 que, mermaidas y exhaustas, proseguirían el embate en el nuevo verano. Sin embargo, aplazan el asalto frontal sobre Moscú, a la espera de una amplia operación por el flanco Este y el Sur, desde el Cáucaso hasta Kuibyshev, dirigida a cortar los puntos claves de las comunicaciones de la ciudad. La variación del plan táctico simbolizó para los agresores saltar de la sartén para caer en las brasas, puesto que sus unidades se dispersaron notoriamente, perdieron potencia y tropezaron con

Stalingrado. La gloriosa urbe sobre el Volga tampoco quiso capitular y en sus alrededores cavó la tumba al VI Ejército alemán, unos 300.000 hombres, entre prisioneros y muertos. De allí en adelante el curso global de la guerra registra un viraje sustancial. La industria soviética, ya restablecida y estabilizada desde mediados de 1942, arroja índices superiores de productividad y de calidad a los del enemigo. El Ejército Rojo desata la contraofensiva y los nazis pasan a la defensiva estratégica. Para Alemania principia el período de las grandes derrotas y de la penosa retirada, así promueve esporádicamente golpes de proyección y de duración reducidas.

Los descalabros en el Oriente ponen al régimen hitleriano en entredicho. La desmoralización va minando progresivamente sus filas; entre sus socios del Eje surgen las dudas acerca del porvenir de la aventura genocida, y las pequeñas naciones de Europa Central, obligadas a marcar el paso de ganso y a portar la esvástica, ansían la hora de desasir los compromisos de guerra. El nazismo, que funda su éxito en la intimidación y el engaño, como cualquier contracorriente reaccionaria no soporta la adversidad. Únicamente sobrevive llevando la delantera, pero tan pronto se le nublan las perspectivas de vencer todo estará finiquitado sin remedio. Las condiciones se vuelven propicias para los pueblos sujetos a la sojuzgación o al chantaje del bloque nazi-fascista. La resistencia organizada de la población y el movimiento guerrillero se propagan por doquier en Francia, Yugoslavia, Albania, Grecia. En China la lucha contra la invasión japonesa se consolida y el Ejército Popular de Liberación tórnase en la fuerza determinante de la salvación nacional. Por otra parte, Inglaterra y Estados Unidos estrechan los nexos amistosos con la Unión Soviética, intensifican los combates navales y aéreos contra el Eje, bombardean asiduamente las factorías enemigas y se alistan para tomar el norte de África, controlar el Mediterráneo y abrir el asedio sobre Italia. Estos tres gigantes vórtices de acción, el de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas que pugna por la libertad de la patria y enarbola la bandera proletaria; el de las masas de los países sometidos que tienden hacia la conformación de Estados propios, independientes y soberanos, y el de las naciones capitalistas que se oponen a la agresión germano-italo-japonesa, proseguirán creciendo y cohesionándose en un poderoso frente antifascista hasta tomar Berlín y hundir una de las más bárbaras y tenebrosas tiranías de este siglo.

Hemos indicado cómo el heroísmo del pueblo soviético incide en el cambio de la situación en un lapso relativamente corto; a lo que debemos agregar las orientaciones políticas y militares, sin cuyo acierto, ni la sangre vertida, ni la laboriosidad desplegada, hubieran dado sus frutos. Partiendo del mismo vaticinio sobre el desencadenamiento de las contradicciones de la preguerra; pasando por la utilización de los factores positivos contemplados en la estrategia trazada, y

concluyendo en el hábil maniobrar para, sin vender los principios, salir airoso de cada una de las complejísimas encrucijadas, el alto mando soviético hizo alarde de visión, sapiencia, audacia y capacidad, cual raras veces ocurre en la historia. Aquél era el Partido Comunista. Integrado por los continuadores de la magnífica tradición revolucionaria de Rusia y los herederos de las sublimes virtudes de Lenin; educado en los fundamentos científicos del marxismo y dirigido por un jefe formidable: Stalin.

Aunque el fascismo configura una de las cuantas doctrinas imperialistas, lo escabroso de sus postulaciones y la brutalidad de sus procedimientos la hacen más acabada, más típica, más propia de la etapa en que el capital se convierte en monopolio e inicia su estado de descomposición y de expropiación parasitaria sobre las naciones oprimidas. La versión nazi recurre desafortunadamente al nacionalismo y al racismo para encubrir las ambiciones de supremacía mundial. En la guerra de 1914-1918 las potencias triunfantes, prioritariamente Inglaterra, cimentaron y acrecieron sus respectivos imperios a expensas de Alemania que, además, hubo de aceptar la presencia y la inspección de sus contrincantes dentro de la misma casa. La burguesía germana no se resignaría voluntariamente a tan humillante condición, siendo que desde el punto de vista del desarrollo se recuperaba de manera vertiginosa y evidenciaba más pujanza, a pesar de no contar con los recursos de brazos, materias primas y mercados en todos los continentes, como sus vecinos. ¡Qué de cosas maravillosas no haría con esos “protectorados”, “condominios”, “fideicomisos” de mis supervisores! Empero una modificación del mapa de Europa y sus colonias, al igual que en 1914, no podría intentarse más que con la violencia. Los plutócratas alemanes se dejaron tentar gustosos por los argumentos de la banda de Hitler y en las manos patibularias de éste depositaron su destino. Daban por cierta la colaboración de los regímenes de Italia y el Japón, acicateados por motivos similares. Desafiar de nuevo a los árbitros de Europa, en las circunstancias en que se debatía Alemania, iba a requerir de mucho esfuerzo y dedicación. El despotismo hitleriano proporcionó una disciplina vandálica, extremando el trabajo, distorsionando la mente de la juventud y eliminando sin contemplación a quienes disintieran de los planes oficiales. Creó un ejército altamente calificado, acorde con los adelantos técnicos y con las formas organizativas apropiados a éstos, verbigracia, las unidades mecanizadas de rápida movilidad, muy distintas a las antiguas formaciones de caballería, supérstites aún en no pocas de las instituciones militares.

Los países imperialistas vencedores, con incalculables posibilidades, disfrutaban, sin muchos azoramientos ni vigiliás, de su posición notablemente boyante. La abigarrada red de posesiones coloniales, fuera de proporcionarles protección durante las crisis económicas características del modo de producción capitalista,

les permite a las capas privilegiadas atesorar fáciles ganancias, llevar una vida muelle y hasta distribuir un buen porcentaje del saqueo de los pueblos extraños para el soborno de sus obreros e intelectuales, a objeto de preservar la convivencia social dentro de la metrópoli. Su preocupación no estriba en prender la llamarada sino en impedir que arda. Antes que desvelarse por construir ejércitos a tono con los reclamos de la época, cifran las esperanzas de tranquilidad en los tejemanejes del control armamentístico, en la firma de los tratados, o en los cacareos demagógicos sobre la conveniencia de las reformas seudodemocráticas. La guarda de sus intereses hegemónicos la supeditan a menudo a las tropas de los países atrasados y dependientes. ¡Si algún competidor nos pisa la punta del manto imperial no vamos a quebrar lanzas y a arriesgarlo todo por esa tontería! ¡Si nos sustraen del redil un país problemático y lejano a nuestros afectos, ahí nos sobran millones de kilómetros cuadrados y centenares de millones de esclavos para alimentar la molicie de mil generaciones! Así pensaron y actuaron los líderes de Inglaterra y Francia, las dos potencias imperialistas más poderosas y a la vez más decadentes del período anterior a la segunda conflagración mundial.

Las avivatadas de Hitler contrastan con la torpeza de un Chamberlain o de un Daladier. Cuando aquél les pide en el cenit de su poderío que le entreguen los Sudetes checoslovacos a trueque de la promesa de que no habría más pretensiones territoriales, estos dos primeros ministros, cual mansas almas de Dios, volaron a Munich, en septiembre de 1938, a satisfacer las exigencias del Führer. Pero lo más grotesco consistió en que mientras la prensa occidental todavía se desgañitaba en propalar los beneficios obtenidos en pro de la obra del appeasement, Checoslovaquia entera acababa bajo la “protección” del Tercer Reich. Durante años, tanto Alemania como los otros dos destacados pilares de la coalición fascista, exteriorizaron sin recato sus deseos de expansión. Italia se quejaba permanentemente de las injusticias de que fuera víctima en la partición del botín de 1919, y no veía la hora de vengar ese trato discriminatorio de sus tramposos ex amigos. Efectivamente, en octubre de 1935, Mussolini se lanzó sobre Abisinia (hoy Etiopía) y se la adueñó. En el Extremo Oriente el Japón también se revela descontento por el Tratado de las Nueve Potencias y los demás convenios que reordenaron los asuntos asiáticos de la posguerra; y en agosto de 1937 intensifica la ocupación del norte y el centro de China, suprimiendo en aquellas zonas cualquier otra injerencia extranjera. Los futuros signatarios del “Pacto de Acero” habían intervenido militar y mancomunadamente en España, a partir del verano de 1936. En marzo de 1938 los panzer del general Guderian hollaron Austria. Y así, desde mucho antes de que Hitler franqueara el Rin, a principios de 1936, hasta la invasión de Polonia, el 1º de septiembre de 1939, que originó la declaración anglo-francesa de la guerra, se produjo una serie de acciones bélicas, anexiones,

violaciones de acuerdos y protocolos internacionales, que no ofrecía dudas en torno a los verdaderos alcances del expansionismo fascista. Sin embargo, a cada arbitrariedad del Eje, los aliados occidentales respondieron con una concesión, en la creencia de que evitarían el conflicto, cuando en realidad estimulaban las apetencias de los belicistas y los reafirmaban en sus cuentas alegres. El día en que los héroes victoriosos de la carnicería anterior, los fundadores de la Sociedad de Naciones, los promotores del “apaciguamiento”, hubieron de descolgar la panoplia y marchar inevitablemente a las trincheras, comprobaron cuántos lustros atrás se hallaban respecto a la teoría y a la práctica de la guerra, cuán poco servían sus lentas operaciones y sus inmóviles defensas ante los ágiles desplazamientos de las divisiones blindadas apoyadas por el fuego aéreo. Reducidos en un santiamén, inermes y a merced de los suministros de la industria bélica estadounidense, esperarían largo rato antes de intentar el desembarco de Normandía para apalear al tigre moribundo. Los caudillos de la vieja Europa brindarían un triste espectáculo de ingenuidad e indolencia. Inclusive en medio de la contienda armada, las clases gobernantes norteamericana y europea no desecharon por completo las quimeras de conciliación ni rompieron del todo con los genocidas. Hitler supo endulzarles el oído con el cuento de que su misión se concretaba en destruir la fortaleza comunista del Este, una piadosa mentira admitida y tolerada por los grandes imperios hasta cuando se estrellaron con el hecho cumplido y terrible de que sus hermosas propiedades tenían un inescrupuloso pretendiente. La lógica de los acontecimientos era tal que la invasión a la Unión Soviética sólo podría interpretarse así: quien aspire al hegemonismo universal ha de postrar a cada uno de los colosos del planeta; quien domine a Rusia contará con un poder descomunal para postrar el mundo. A nadie pasará ya desapercibido que una vez liquidado el inconveniente soviético, la Wehrmacht regresaría por los restos: Inglaterra y los Estados Unidos.

La división entre las dos facciones alrededor de las cuales se realindió la morralla capitalista, sus encontrados propósitos, el ascenso y la agresividad de la una, al lado de la decadencia y la indefensión de la otra, viabilizaron la alianza de la Unión Soviética con el contingente anglonorteamericano. Ninguna gestión, por desprevenida y contemporizadora que fuese, obraría el milagro de morigerar las diferencias interimperialistas. Al revés, éstas siguieron su curso normal, agudizándose a cada paso, hasta saldarse inexorablemente a cañonazos, por encima de los temblorosos pronunciamientos y las bobaliconas intrigas de la cuerda Washington-Londres-París. El zarpazo contra la seguridad del Estado socialista provenía incuestionablemente de parte de Alemania. Concertar la cooperación con los enemigos comunes del Eje, así encarnaran fuerzas de naturaleza expropiadora y colonialista pero inhabilitadas para hacer valer su iniciativa, respondía

a una necesidad de legítima defensa que Stalin avizoró con bastante antelación e insistió en ella hasta satisfacerla. El acta de no agresión firmada por Ribbentrop y Molotov a mediados de 1939, absolutamente indispensable luego de la contumaz negativa de Occidente a convenir la lucha conjunta contra el fascismo, y sobre la cual tanto especularon los más disímiles comentaristas burgueses, no dejaría de ser un acuerdo eminentemente pasajero que, según el enfoque objetivo de la URSS, permitía ganar tiempo y esperar la arremetida germana desde posiciones militares lo más favorable posibles. La tergiversación respecto al mencionado protocolo soviético-alemán, que todavía hoy se zaranda después de cuarenta años, pretende en vano echar tierra a los titubeos y a las furtivas entendederas de los mandatarios occidentales con los jefes nazis. Abundan los testimonios de que el Kremlin repicó constantemente sobre la conveniencia de concertar la ayuda mutua con los gobiernos llamados democráticos, consciente de que se evitaría mejor el estallido de la guerra con el levantamiento de un poderoso dique de todas las naciones amantes de la paz, ante el cual se deshicieran las bravuconadas de los expansionistas, que con la adopción de la fementida política de “neutralidad” y “no intervención”, con la cual se le daba luz verde a la masacre. La práctica corroboró la justeza de las directrices de Stalin para una coyuntura sin antecedentes en los anales de la clase obrera. Si bien las condiciones se asemejan a las de la década del diez, en el sentido de que la conflagración la provoca la rebatiña entre las naciones “civilizadas” por el control del orbe, había un factor nuevo: la permanencia de un próspero país socialista, habitado por 200 millones de personas, faro y ejemplo de los revolucionarios de todo el globo, cuya integridad entraba en juego al precipitarse la hecatombe. Como presa codiciada a los ojos de la sórdida reacción teutónica, la Unión Soviética no sólo no se eximiría de la contienda, sino que la vastedad de su territorio estaba destinada a servir de escenario principal de ésta. Bajo tales augurios, descubrir y facilitar los medios para la salvaguardia de Rusia, debía constituir el primer deber del proletariado internacional. Cuando Lenin encaró en 1914 el problema de la guerra imperialista calificó de judas y caínes a quienes, en nombre del comunismo y tras el argumento de proteger a sus “patrias”, se coligaron con los bandoleros enzarzados en la criminal disputa por las tierras ajenas. Precisó: ni los trabajadores ni los pueblos oprimidos saldrían gananciosos de la matanza; se lucrarían únicamente los banqueros y potentados del bloque vencedor (el cual terminó siendo, como ya dijimos, el capitaneado por Gran Bretaña y Francia), y el desgaste general de los gobiernos por el esfuerzo bélico señalaría la hora de la insurrección, si los partidos proletarios no se contaminaban de chovinismo, ponían a salvo su independencia de clase y eran capaces de movilizar a las masas hacia la guerra civil contra los responsables del holocausto. Estas certeras

apreciaciones sobre la época del imperialismo, o capitalismo descompuesto, se materializan magistralmente con el advenimiento de la gloriosa Revolución de Octubre. La estrategia se resume en sacar, en bien de la causa obrera, la máxima utilidad al recíproco despedazamiento de las potencias expoliadoras. Guiándose por aquellos principios leninistas básicos, Stalin propugna, en consonancia con las particularidades de la Segunda Guerra Mundial, la configuración, a la más amplia escala, del frente único antifascista. Si se consideran los múltiples aspectos de la situación, el cerco letal que atenazaba a la Unión Soviética, el apogeo del nazismo, el eclipse de los imperios europeos y la tendencia irresistible hacia la autodeterminación de las colonias amenazadas ahora por el yugo de Alemania y sus compinches, se comprenderá, sin quemar mucho fósforo, que aquel frente absolvía el interrogante de cómo aprovechar las contradicciones interimperialistas en pro de la Gran Guerra Patria y de las guerras de liberación nacional de los pueblos sometidos. Ni hablar de que las masas asalariadas de todas las latitudes recibirían el más duro golpe con el derrumbamiento de la URSS. Los resultados están a la vista. No obstante la alta cuota de sangre, la Unión Soviética sorteó la tormenta y arribó su nave a buen puerto. En Asia, medio millar de millones de chinos expulsaron fuera de sus fronteras a los japoneses y allanaron la senda hacia la revolución de nueva democracia. Otro tanto les acontece a los vietnamitas y coreanos. En Europa la táctica aplicada permite desgajar, del podrido tronco derribado, a Yugoslavia, Albania, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria y Alemania Oriental. Al inicio de los años cuarentas subsistía una sola república bajo la conducción obrera; después del cataclismo y de entre los escombros brotaría el campo socialista.

Al calificar de “agresores” a los alemanes y *cía.* y de “no agresores” a los ingleses y *cía.*, Stalin, además de proferir un diagnóstico exacto de los gobiernos burgueses de aquel período, demostró un empleo sesudo, dialéctico, no dogmático, del marxismo-leninismo, el cual proporciona los basamentos generales para el análisis de las cosas, pero, desde luego, no profetiza las formas que éstas adoptan, ni la relevancia de tal o cual tópico dentro del conglomerado, ni las incidencias del infinito número de casualidades que en el discurrir histórico operan en uno u otro sentido. Una de las regulaciones medulares del proceso capitalista descubiertas por Marx es la de su evolución anárquica y desigual. No se encuentra bajo este sistema una empresa, una sociedad anónima, una rama industrial, una nación que crezca pareja con otra. Hay constantemente una modificación de las proporciones y de la relación de dichas entidades económicas entre sí. Esto por una parte, y por la otra, no conocen más método que la fuerza para prevalecer sobre sus oponentes. En la fase imperialista tales contradicciones explotan con mayor acerbidad, adquieren la dimensión de pugnas entre Estados o coali-

ciones de Estados y se zanján mediante la guerra. Cuando Marx y Engels abocan la problemática de su siglo, cabalmente se fundamentan en la norma del desenvolvimiento dispar del capitalismo para desentrañar el rol de los diversos pueblos en el conjunto de la revolución democrática. El dilema de a qué movimiento burgués progresista apoyar, lo resolvieron a favor o en contra según debilitara o no a Rusia, el principal fortín de la reacción de la época. ¿El postulado de Lenin acerca de la posibilidad del triunfo del socialismo en un solo país, de manera aislada, o en pocos países, no se sustenta acaso en el mismo criterio del desarrollo desigual de las repúblicas imperialistas y de sus irreconciliables antagonismos? Por idéntica razón los acuerdos entre los capitalistas y entre sus potencias, cuando se presentan, no dejan de ser traumáticos, inconsistentes y fugaces. Al quebrarse la estabilidad debido a la variación de las fuerzas e imponerse el interés colonialista, vuelan, cual vilanos al aire, las empalagosas y fofas disertaciones de los propagandistas del “apaciguamiento”, o de la “distensión”, como ahora se le nombra. El paraguas del necio señor Chamberlain no pararía las andanadas de los artilleros germanos. Moscú lo advirtió a tiempo, y se reía de la trampa tendida por Berlín a Occidente con el señuelo del “pacto anticomintern” y con las demás profesiones de fe, encaminadas a convencer de que los preparativos militares se circunscribirían a la destrucción de los bolcheviques.

Stalin les increpaba a burladores y burlados:

“Es ridículo buscar focos de la Internacional Comunista en los desiertos de Mongolia, en las montañas de Abisinia, en los desolados campos del Marruecos Español.

“Per la guerra es inexorable. No existen velos que puedan ocultarla. Por que ningún ningún ‘ejé’ ningún ‘triángulo’ y ningún ‘Pacto anticomintern’ pueden ocultar el hecho de que el Japón se ha apoderado, durante este tiempo, de un inmenso territorio de China; Italia, de Abisinia; Alemania, de Austria y de la región de los Sudetes; Alemania e Italia, juntas, de España; todo esto, en contra de los intereses de los Estados no agresores. La guerra sigue siendo guerra, el bloqueo militar de los agresores, un bloqueo militar, y los agresores siguen siendo agresores”¹.

El jefe de los revolucionarios soviéticos percibió diáfano que el entendimiento entre los dos grandes sectores imperialistas sería a la postre totalmente imposible. Harto urgidos se hallaban ambos bandos de las tierras coloniales que sólo uno de ellos ostentaba, como para confiar en que fructificarían sus transacciones públicas o secretas. Si al condescender a los caprichos del nazismo los políticos profesionales de los depauperados imperios soñaban en apuntalar la paz, los enviones cada vez más impetuosos del diabólico competidor se encargarían de sacarlos violentamente del letargo. Sin embargo, la historiografía burguesa de la segunda posguerra se obnubila con el desiderátum de calumniar a Stalin; y, con parcializado juicio, relega o desvirtúa la rapiña por las naciones

oprimidas y el flujo y el reflujo de las potencias opresoras, como causas prioritarias de la conflagración mundial. Obviamente tampoco admite la coincidencia de metas y anhelos entre el régimen stalinista de los soviets y la humanidad dolida y avanzada del planeta. Por lo tanto no puede explicar nada de cuanto sucedió, lo que es lamentable; pero mucho menos de cuanto acontecería posteriormente, lo que representa una desgracia peor.

Dentro de los aliados occidentales se da también el fenómeno de la ruptura del equilibrio económico y militar, con arreglo a lo cual se hacen la transformación de sus relaciones y la sustitución, a raíz del conflicto bélico, de la mayordomía inglesa por la norteamericana, en el ámbito imperialista. La industria estadounidense, en sostenido auge desde hacía cerca de cien años y cuyos marcos nacionales le venían quedando cortos desde finales del siglo XIX, se encargaría no sólo de dotar satisfactoriamente a sus tropas sino de asistir, con los apoyos solicitados, a los países amigos, particularmente a Inglaterra y a Francia, que sin esa contribución no hubieran acariciado perspectiva alguna de triunfo, o simplemente no hubieran retornado a la liza en Europa. La primera se encontraba por el momento a salvo en su ínsula y parapetada tras su flota, pero sin recursos con qué emprender una contraofensiva de envergadura. La segunda había capitulado vergonzosamente, era un república presa, y por su honor sólo respondían la resistencia clandestina, en suelo patrio, y el general De Gaulle quien, exiliado en Londres, disponía apenas de unas formaciones exiguas y mal provistas y de un área mínima del imperio de ultramar. El ejército inglés evacuado de Dunquerque abandonó su equipo y armamento en la huida. Como a los alemanes su fuerza naval no les garantizaba el abordaje de la Gran Bretaña, optaron por el ataque aéreo en lugar de la invasión. Durante meses los británicos sufrieron el inclemente castigo sin poder hacer mucho, excepto intentar una deficiente defensa de sus cielos y escuchar las ardorosas proclamas del Primer Ministro de Su Majestad. Por cada bombardeo de Hitler, un discurso de Churchill. Así, improvisadamente, entró esa orgullosa nación, con tantas posesiones coloniales por perder, a esta guerra tan anunciada y que tanto demandaría del elemento técnico y científico de la producción industrial. Siempre que Stalin, con el objeto de aliviar la pesada carga del Ejército Rojo, indagó sobre las dilaciones a las promesas de apertura del otro frente, el gobierno inglés se disculpó con el retraso en los aprestos de los Estados Unidos. Es decir, como las decisiones las toma y las imparte quien posea los medios, y en la guerra éstos se concretan en armas, provisiones, transportes, en Occidente la iniciativa corría ya a cargo de los manipuladores del Pentágono, el monumental edificio que se inauguró precisamente por aquellos desoladores días. Quedó establecida una nueva relación: De Gaulle se esforzaba por sujetar a sus díscolos y dispersos partidarios; Churchill por sujetar a De Gaulle, y Roose-

velt por sujetar a Churchill, a De Gaulle y a los partidarios de éste. Al imperialismo yanqui le llegó el turno de representar la función y saltó al escenario. Aunque su reputación militar brillaba por bisoña, él impondría los mandos y la táctica; aunque su afecto por los compañeros de odisea estaba al socaire de dudas, él se inmiscuiría en los asuntos internos de Inglaterra y Francia; aunque la adhesión a la democracia constituía su más preciado don, él quería para sí todas las riquezas, todos los mercados, todos los imperios de los demás y ser ungido déspota del universo. Esto, dentro del sistema capitalista, se entiende, porque el ladino de Roosevelt salió trasquilado siempre que fue por la lana del Estado bolchevique.

En cierta ocasión la Casa Blanca insistió ante el Kremlin acerca de una autorización para que aviones americanos sobrevolaran Rusia y reubicaran en los planos aeródromos y bases estratégicas, so pretexto de capear una eventual acción japonesa por el Este. En cortante y perentorio mensaje al presidente gringo, Stalin replicó: *“Supropuesta de que el general Bradley inspeccione los objetivos militares rusos en el Lejano Oriente y en otros lugares de las URSS me ha producido sorpresa. Debería ser perfectamente claro que los objetivos militares rusos únicamente pueden ser inspeccionados por rusos, al igual que los objetivos militares americanos sólo pueden ser inspeccionados por americanos. En esta cuestión no debería existir ninguna oscuridad”*².

La cooperación estadinense se convirtió para los desahuciados árbitros de Europa en otra fuente seria de alarmas. Hitler les vociferaba a mandíbula batiente: *“El mundo está mal repartido”*, y para lograr la redistribución de las *“propiedades mundiales”* nos atenemos a la sentenciade que *“el más fuerte determina el camino del más débil”*³. Por eso aquéllos acudieron al otro lado del océano en búsqueda de amparo y comprensión. Pronto se percataron de que el aliado, no obstante combatir al Eje y proporcionarles los préstamos y auxilios pertinentes, propendía él también, a su estilo y con su propia filosofía, a un nuevo sorteo de las zonas de influencia. La maniobra de aplazar el desembarco de Normandía y el ir introduciéndose paulatinamente en la guerra, con abundancia de precauciones y escasez de riesgos, reflejaban a plenitud las conveniencias de Washington: aparecer, cuando todos los contendientes estuvieran agotados, a sofocar el fuego y presto a desenfundar la chequera, su arma predilecta. El cálculo sólo fue fallido con respecto al campo socialista, porque Europa se reconstruiría con los dólares americanos, aviso de que el sol de otro imperio despuntaba en el horizonte burgués, más poderoso que los anteriores y por lo tanto más cruel y más siniestro.

¿Sugiere esto que la colaboración recíproca, para arrinconar al fascismo, entre la fortaleza proletaria y las repúblicas capitalistas “no agresoras”, significó, al fin y al cabo, un desacierto? En absoluto. Nos enseña, por el contrario, a aprehender el meollo de la cuestión. Que los períodos de calma y de reposo en las relaciones de las potencias imperialistas se interrumpen abrupta y frecuente-

mente; que la quiebra del equilibrio obedece a la anárquica y desigual evolución material de aquéllas y al continuo cambio de sus fuerzas; que la rebatiña por las colonias se impone inexorablemente y se dirime mediante la guerra, al margen de los hipócritas oficios de los políticos de la reacción; que el proletariado debe aprovechar las contradicciones entre sus enconados enemigos para sacar adelante y afianzar las conquistas del socialismo, y que la dirección obrera, en ninguna circunstancia, ha de perder de vista la naturaleza rapaz y expoliadora de los amos del capital, si no desea ahogarse en la charca del oportunismo. Indica, igualmente, que Stalin, connotado discípulo de Marx y Lenin, estuvo a la altura de sus responsabilidades.

La entronización de la hegemonía norteamericana constituyó un vuelco notorio; mas hubo también otro digno de mencionarse: la generalización del neocolonialismo, que suplanta las antiguas formas coloniales de dominio directo de la metrópoli, por las del control indirecto, a través de gobiernos títeres, elegidos incluso por voto popular y adornados con todos los oropeles de la democracia burguesa. Al someter a su égida a las naciones más atrasadas, feudales y semif feudales, y verter en ellas las cornucopias rebosantes de dinero, el imperialismo, fuera de centuplicar su poderío económico con las materias primas así apropiadas y con los mercados así abiertos, propaga por doquier el modo de producción capitalista y, sin proponérselo, esparce los gérmenes de la rebeldía de los pueblos colonizados. Cuanto más desarrollo haya adquirido un país y más capital nacional posea, con mayor acucia siente los impulsos de recuperar sus riquezas, manejar sus recursos, obtener la soberanía y disfrutar realmente de la autodeterminación. Las poblaciones sacadas del aislamiento provinciano y puestas en contacto con la cultura mundial ya no pueden ser tratadas, tan fácilmente, con las herramientas medievales de sojuzgación; se requiere de otras más sutiles y, sobre todo, más eficaces. Además, el grado de concentración y de pujanza del monopolio llega a extremos tales en superpotencias como los Estados Unidos, que ningún régimen burgués, por democrático que sea, se halla exento de ver a sus funcionarios y mandatarios sobornados por el imperialismo más pudiente, es decir, de caer bajo la subordinación económica, mediante los contratos leoninos, las leyes elásticas y el “serrucho”⁴ tristemente célebre en Colombia.

En 1939, el capitalismo se había extendido ya por el globo entero y hasta las sociedades más rezagadas empezaban a saber del obrero de fábrica y de la burguesía criolla, clases permeables a las ideas liberadoras y cuyas inquietudes bullían con la guerra, con el cómico cuadro de la pusilanimidad de los rectores de Europa y con las intrigas de unos aliados contra otros. Cuando De Gaulle, en medio del vendaval, caló la determinación de Siria y el Líbano de no admitir más por las buenas a la burocracia extranjera y de funcionar con administradores na-

tivos, expresó la esperanza de que aquellas colonias, después de que *“alcanzaran la independencia”*, todavía *“tendrían mucho que ganar y nada que perder con la presencia de Francia”*⁵. El General, como colonialista consumado y ante lo inevitable, sintetiza en sus palabras el quid del neocolonialismo: conservar en la nación saqueada y oprimida la presencia del imperialismo saqueador y opresor, a pesar de la independencia política de aquélla. Por supuesto que ni la Cruz de Lorena ni De Gaulle serían los principales usufructuarios de la nueva teoría.

Un ave de rapiña más vigorosa y joven, *made in USA*, se cernía sobre los países esclavos y traía consigo el bálsamo redentor de las reformas republicanas y el mensaje de la libertad formal, con base en los cuales serían restañadas las heridas y erigida otra comunidad de naciones, su propia comunidad. Mientras el lenguaje simula innovación, el dólar americano sigue reafirmando su preponderancia hasta configurar la divisa internacional en que obligatoriamente se tasan los negocios. En la Carta del Atlántico, programa de guerra suscrito por Churchill y Roosevelt, en agosto de 1941, se lee que los signatarios *“respetan el derecho de todos los pueblos a elegir la forma de gobierno bajo la cual quieren vivir, y aspiran a que aquellos que están privados por la fuerza de esta libertad, recuperen el derecho a la soberanía y a la autodeterminación”*. De tal manera, presentándose como los portaestandarte de la democracia, los Estados Unidos tejieron su singular sistema colonial que les permitiría, por los cinco continentes, invertir ingentes sumas de capital, apoderarse de los yacimientos y recursos naturales estratégicos, vender sus mercaderías y aplastar la competencia. Muchas prebendas reporta el nuevo mecanismo a los estranguladores de pueblos, además de la demagogia que hacen. Sus inversiones y empresas están comúnmente al cuidado de los ejércitos fantoches, ahorrándose los gastos de guarnición dentro de muchos de los países sometidos. Las administraciones locales, elegidas ojalá por sufragio, son el blanco visible de las iras populares; y cuando el desprestigio las mina y la prudencia aconseja reemplazarlas por otras camarillas, el sistema no sufre demasiado, porque anda igual con liberales o conservadores, oficialistas u opositoristas, socialdemócratas o revisionistas. Obsérvese que la estabilidad de los gobiernos de las neocolonias marcha en proporción inversa a la inflación, al alto costo de la vida, a la miseria de las gentes, males causados por la insaciable voracidad de los magnates de la metrópoli.

Lo arriba descrito no significa, sin embargo, que la Casa Blanca haya renunciado a conducirse como solían hacerlo los antiguos déspotas. Ella también ha movilizado sus tropas y flotas por todas las latitudes, ha invadido, ocupado y establecido bases militares en territorios ajenos; ha asesinado, arrasado e incendiado. La democracia proimperialista, como lo recuerda el MOIR a cada paso, no excluye el estado de sitio, el Estatuto de Seguridad, la tortura, o el golpe cuarte-

lario. Lo importante de entender es que la implantación generalizada del neocolonialismo sobre las naciones pobres y débiles cimienta la tan olvidada tesis del leninismo de que ninguna democracia, ninguna especie republicana de gobierno, ningún “derecho humano”, impide la explotación económica de los países por parte del imperialismo. Sólo la revolución liberadora dirigida por el proletariado, en último término el socialismo, interpondrá la muralla impenetrable para los ardides de financistas y banqueros e inexpugnable para la violencia reaccionaria. El ignorar estos principios desfiguró a un sinnúmero de partidos comunistas, en cuya degeneración llegaron, después de la guerra, a entonar alabanzas a Roosevelt, porque el munífico prócer se tomaba la molestia de engatusar a los pueblos con las pláticas contrarrevolucionarias sobre la largueza y las bondades de sus patrocinadores, el hampa de Wall Street.

Hasta aquí hemos redondeado un análisis de la fase histórica que sirvió de telón de fondo a la Gran Guerra Patria de la URSS, sus causas y situaciones posteriores. Infortunadamente pasamos por alto multitud de hechos, abultados y menudos, que hubieran venido en nuestra ayuda para ilustrar los lineamientos centrales expuestos. En otra oportunidad será. Respecto a este tema sí que cabe afirmar que sobra literatura. Sobre él circulan montañas y montañas de libros, de folletos, de artículos. Pero su abrumadora mayoría, particularmente en un medio como el colombiano, pinta color de rosa las canalladas de los imperialistas y no faltan los libelos justificativos de las atrocidades del nazismo. Que la presente recopilación de los discursos de Stalin alerte a los obreros avanzados y cultos acerca de la necesidad de no abandonar al enemigo de clase ni una sola de las esferas de la actividad ideológica y política, mucho menos la que concierne a las más aleccionadoras experiencias de la lucha internacional proletaria.

Los empeños seculares tras suprimir la explotación del hombre por el hombre hállanse lejos de coronarse. Aún no hay un campeón definitivo y el movimiento comunista encara pruebas tan delicadas o peores que las del pasado. En menos de veinte años las relaciones surgidas de la Segunda Guerra Mundial han sido desplazadas por otras muy distintas. Dos cambios radicales hemos contemplado en este tiempo: los dirigentes de la Unión Soviética abjuraron de la causa de los trabajadores, abrazando el revisionismo y transformando su Estado en un régimen socialfascista; y el imperialismo norteamericano inicia su declinación, mientras Rusia procura afanosamente sucederle como gendarme del planeta. La gravedad del asunto y sus repercusiones dentro de las filas del proletariado militante son a todas luces catastróficas. Consiste en un mayúsculo timonazo hacia atrás. No obstante, a la clase obrera no le queda más remedio que sobreponerse al desconcierto y arrostrar el problema con entereza, sin cobardías, decidida a derrotar la derrota, como en tantas otras ocasiones lo ha hecho. No se pasará la

vida llorando sobre la leche derramada. Su instinto revolucionario que la impele a vencer, no le permite resignarse a la opresión y al engaño. Mas, ¿por dónde empezar? Antes que nada volver al marxismo-leninismo, rescatarlo de las manos de los revisionistas y charlatanes burgueses, pues el fracaso no es de aquél, sino de quienes lo han traicionado y continúan usándolo de mampara.

¿Atravesamos ciertamente un período de gran retroceso? ¿Son insólitas tales contramarchas en el acompasar social? Lenin subraya: *“Imaginar el curso de la historia como parejo siempre hacia adelante, sin ocasional saltos gigantes coshacia atrás, serían odialéctico, no científico y teóricamente falso”*⁶. ¿Puede el socialismo trastocarse en capitalismo? Proliferan al respecto las referencias de los inmortales preceptores del proletariado. En más de un pasaje previenen sobre los riesgos de semejante involución. En primer lugar, la sociedad socialista solamente representa un interregno entre el capitalismo y el comunismo, para cuya duración nadie se atrevería a fijar una fecha, pero de seguro abarcará varias centurias. En esta época de transición todavía no se difuminan las clases ni la lucha de clases. Aun cuando han emergido países en donde fue eliminada la propiedad privada de los medios de producción, en el resto de la Tierra subsisten el capital y el imperialismo, o sea la explotación del trabajo y la depredación de unas naciones por otras. En segundo lugar, el socialismo no prescinde del Estado, porque el proletariado gobernante precisa de éste para mantener aplastada a la burguesía interna, debelar sus tentativas de restauración y defenderse de las agresiones de los capitalistas externos. Las clases tampoco desaparecen dentro de las repúblicas emancipadas con la simple expropiación de los explotadores y la instauración de la dictadura de la masa laboriosa. Ahora bien, a fin de evitar el remozamiento de los estratos burgueses, resulta indispensable una brega, más recia y prolongada que la de la toma del Poder, para suprimir todos y cada uno de los privilegios sociales originados en las desigualdades naturales de los individuos, y en las diferencias entre el campo y la ciudad y entre los trabajadores manuales e intelectuales. Si aquellos esfuerzos se descuidan, si se consienten tales diferencias y desigualdades, si no se reprimen las conspiraciones restauradoras de la reacción y si, por añadidura, los dignatarios del gobierno se burocratizan, dejan de responder a los intereses de los obreros y se tornan en zánganos con aguijón, es decir, con jurisdicción y mando, nada raro será que el socialismo se retracte y regrese al estadio social contrario. Así como a nivel individual o partidario se presenta a menudo la traición y la combatimos, no existe teoría válida para negarla a nivel del Estado. La distinción radica en que el oportunismo, dueño del engranaje estatal, cuenta con muchísimos más medios para distorsionar la verdad y amordazar el descontento. Y estos instrumentos serán infinitamente superiores si se trata de la máquina soviética, reforzada además con los respectivos poderes de los países

pertenecientes al extinto campo socialista, ahora bajo su omnímodo control. A tales dimensiones no basta con la pura crítica para destruir a los recalcitrantes; se requiere desafiarlos con otra fuerza equiparable, la única al alcance de los rebeldes perseguidos: la revolución. Mao Tsetung, sistematizando las lecciones extraídas de la etapa de la construcción socialista, propone la imbatible fórmula de las revoluciones culturales proletarias para precaver los timonazos hacia atrás y asegurar el progreso ininterrumpido del socialismo bajo las condiciones de la dictadura obrera.

Tampoco debería sorprender, después de tanto insuceso, que las gentes vaguen confusas al vaivén de las más peculiares opiniones. Unas se consumen en la frustración al ver a los autodenominados fortines socialistas comportarse cual los viejos imperios, trasladando tropas de ocupación a naciones pequeñas y menesterosas; otras aceptan resignadas que aquéllos se sacudan las crisis económicas en forma bastante parecida a las de las sociedades regentadas por el capital. Semejantes opiniones optan por el total escepticismo, en la creencia de que los comunistas fracasaron también y que la especie se encuentra fatalmente sentenciada a tolerar los goces del rico Epulón, a costa de los pesares del pobre Lázaro. Contra tales tendencias habremos de esclarecer cómo la conducta de los socialimperialistas y sus agentes nada guarda en común con la revolución proletaria y las prédicas del marxismo. Algunos conceptúan que las repúblicas socialistas están autorizadas a imitar las prácticas filibusteras de los monopolios capitalistas, con tal de que apresuren el proceso revolucionario, y aunque los soviéticos, por contera, se engullan su parte del león por los servicios prestados. Estos conceptos llevan el sello típico de la propaganda mamerta, orientada a exculpar las tropelías de los nuevos zares, con el alegato de que los soviéticos desalojan a los gringos de sus zonas de influencia y los pueblos, así liberados, no pueden menos que pasar al regazo materno del oso siberiano. Toda nación que, a título de cualquier obra pía, invada y mantenga dentro de las fronteras de otros pueblos ejércitos de ocupación, o representa un país colonizado que recibe órdenes de amos extranjeros, o consiste en una potencia imperialista que actúa en su propio beneficio.

El imperialismo ha sido, es y será la opresión de unas naciones por otras. Los agresores siempre se escudan en alguna consigna atractiva para llevar a cabo sus desmanes. En la Segunda Guerra Mundial los miembros del Eje le ofrecían la “libertad” a la India para devorársela. Los Estados Unidos posaban y posan de cauteladores de la “democracia” con el objeto de ambientar sus ambiciones colonialistas. Los soviéticos prometen el “socialismo” para instaurar su hegemonía mundial. Pero ni la “libertad” de Hitler, ni la “democracia” de Carter, ni el “socialismo” de Brezhnev, han de ser tomados en serio. El marxismo-leninismo

rechaza de la manera más contundente e inequívoca todo tipo de sojuzgamiento entre los países, no sólo como una desfiguración de la democracia en general, sino como una gran traba que debe barrerse para hacer efectiva la unidad de los obreros de todas las nacionalidades y despejar el porvenir a la causa socialista.

Desde 1867, los fundadores del socialismo científico, al reflexionar sobre las consecuencias del avasallamiento de Irlanda por parte de Inglaterra, desterraron el errático criterio de que los irlandeses habrían de aguardar el triunfo de la revolución proletaria inglesa para favorecerse. El asunto era completamente a la inversa. *“La historia irlandesa muestra qué desgracia es para una nación habersojuzgado a otra. Todas las infamias de los ingleses tienen su origen en el ámbito de Irlanda”*, le escribía Engels a Marx; y éste afirmaba: *“La clase obrera inglesa no podrá hacernada, mientras no se desembarace de Irlanda... La acción inglesa, en Inglaterra, tiene sus raíces en el sometimiento de Irlanda”*⁷. Al disipar el equívoco, el marxismo desentrañó cómo los verdugos de las naciones opresoras se nutren de la explotación de los países sometidos; y pertrechó al proletariado con la orientación meridiana de propugnar y garantizar la independencia y soberanía de las naciones en provecho de su propia emancipación de clase. En ello se fundamenta Lenin para definir la era imperialista como la época del oportunismo. Con las migajas que les sobran del escamoteo de las riquezas de sus colonias, los señores de la metrópoli engordan una élite aristocrática de trabajadores, comisionada de las labores de zapa y de felonía entre la masa esclavizada. Derribar la opresión nacional significa privar de su principal soporte al imperialismo y a sus mandaderos. Por eso el acercamiento entre los países y su recíproca solidaridad han de basarse en la pauta revolucionaria del mutuo respeto a sus libertades y derechos.

Los revisionistas contemporáneos, siguiendo las huellas de sus predecesores, los chovinistas de la II Internacional, se mofan del principio de la autodeterminación de las naciones, cuya esencia reside en la facultad de cada pueblo para darse efectiva y no verbalmente, la forma de gobierno que a bien tenga, sin presiones externas, ni “asesores”, ni “protectores” de ninguna índole. Norma democrática que, en lugar de añejarse con los triunfos y reveses socialistas, adquiere día a día mayor actualidad. El papel deplorable del gobierno cubano, al suministrar a los soviéticos tropas mercenarias para “ayudar” a la revolución angoleña, contrasta con una infalible admonición del marxismo pero a la vez le imprime vigencia: *“Unacosaessegura: elproletariadovictoriosonopuedeimponerlafelicidadaningúnpuebloextranjerosincomprometersupropiavictoria”*⁸. Desde 1975 para acá, de cincuenta a sesenta mil soldados cubanos operan en África, pisoteando los predios de Angola, Etiopía y otros países presididos por áulicos del socialimperialismo. Ni pensar que la Isla del Caribe, plagada de privaciones económicas, disponga de los recursos financieros suficientes para sufragar los gastos de tan

costosa empresa guerrerista. En el atolladero, el régimen de Fidel Castro ha de depender aún más de la Unión Soviética, duplicar las cargas a su pueblo y echar mano de los bienes de las poblaciones africanas entregadas a su custodia.

Las aventuras expansionistas de Viet Nam, otro de los planetoides de Moscú, que ha invadido y actualmente ocupa a Kampuchea y Lao con cientos de miles de hombres, tras el despropósito de instalar administraciones dóciles a sus dictados, igualmente riñen con el espíritu y la letra del socialismo: “*El proletariado que se emancipa no puede mantener guerras coloniales*”⁹. Los trabajadores de ninguna lengua o región del orbe querrían leer más el *Manifiesto comunista*, entonar las estrofas de *La internacional*, o izar los rojos pendones de la revolución socialista, si se les obliga a importar la independencia e inclinarse ante la intromisión y las armas extranjeras. En efecto, la causa obrera no tendría futuro alguno, si no condenáramos enérgicamente la traición y la crueldad de los revisionistas vietnamitas, ni calificáramos su conducta como lo que es, el desespero bárbaro y sangriento por hacer de Indochina una avanzada de la reacción moscovita.

Y los genocidios en Afganistán, perpetrados ya no por las fuerzas expedicionarias de los satélites de Rusia, sino directamente por su ejército regular, son la reencarnación viva, a los 73 años, de la “*política colonial socialista*”, sepultada en el Congreso de la II Internacional, en Stuttgart, y fustigada implacablemente por Lenin, como “*un franco retroceso hacia la política burguesa y la concepción del mundo burgués, que justifica las guerras y las atrocidades coloniales*”¹⁰. Los usurpadores del Kremlin se esconden tras el glorioso pasado de los bolcheviques para llevar a cabo sus fechorías. La coartada de que el lacayo de Karmal, subido en andas al trono sobre las bayonetas soviéticas, solicita a los victimarios salvar a su patria, causa no poco estupor, por lo cínica y descabellada. Más temprano que tarde las naciones y los gobiernos amantes de la paz identificarán en los cabecillas de la superpotencia de Oriente a sus agresores, y en los desafueros de ésta, los anticipos de la próxima guerra mundial. La República Popular China, amenazada de muerte por sus altaneros y rabiosos vecinos del Norte, ha contribuido decisiva y masivamente, gracias a las instrucciones dadas en vida por el camarada Mao Tsetung, al desenmascaramiento de la verdadera catadura y de las recónditas y torvas intenciones del socialimperialismo. Desde las populosas urbes capitalistas hasta los más apartados rincones del planeta, donde existan obreros no inficionados por la ponzoña del revisionismo, los incipientes núcleos revolucionarios se reorganizan para efectuar las tareas de propaganda y esclarecimiento entre el grueso de la multitud, preludio de la acción. Su tenacidad será recompensada. Cuanto más se obstina el lobo en disfrazarse de oveja más delata su perfidia. Cada aldea afgana arrasada convencerá a millones de personas de que las autoridades rusas renegaron de Lenin y cambiaron de consignas, de ideales, de moral.

Las hordas invasoras, aunque sigan portando la hoz y el martillo, símbolo de la alianza obrero-campesina y de la fraternidad entre los pueblos; hacen una guerra injusta y en nada se parecen a los abnegados y bravos combatientes que murieron por Stalingrado.

El mundo es demasiado grande para tomarlo preso. No hay hierro con qué construir una cárcel de tales magnitudes, ni policías suficientes con qué hacer efectiva la orden de captura. Todos los dementes que en la historia se lo han propuesto terminaron en la fosa y cubiertos de oprobio. La Unión Soviética se viene sistemáticamente alistando, como un III Reich, para tamaño disparate. Su trabajo nacional se halla en una alta medida militarizado. Relegó ya a los Estados Unidos en potencia de fuego convencional y nuclear. Con las divisiones del Pacto de Varsovia, en ventaja sobre las de la OTAN, amaga golpear a Europa, uno de sus objetivos estratégicos capitales. En el Este tiende un gigantesco cerco a China y acecha a Japón. Extiende sus cabezas de playa en el Medio Oriente, Asia, África y América Latina. Sus flotas surcan los mares braveando e intimidando. Con la enorme acumulación del material bélico y el descuido de renglones claves de la producción, la URSS entra en el círculo vicioso de que a mayores necesidades económicas, mayores deseos colonialistas, los cuales, a su vez, sólo puede satisfacer intensificando los preparativos de guerra y ocasionando más detrimento a aquellos renglones, y así sucesivamente. En el abismo de ese despeñadero la espera, con las fauces abiertas, la tercera conflagración mundial.

A pesar de su retroceso y de los titubeos del presidente Carter, el Chamberlain estadinense, la superpotencia de Occidente se siente constreñida a reaccionar en preservación de sus posesiones neocoloniales. Europa y Japón, no obstante las debilidades manifestadas por su aliado norteamericano y las contradicciones financieras y comerciales con éste, aprobarán la máxima cooperación con él, ante los chantajes de Moscú, el enemigo principal. Las naciones atrasadas del Tercer Mundo que luchan por su cabal autodeterminación, así como los pueblos guindados a la escarpia soviética, junto a China y al resto de las repúblicas proletarias, forjarán, con todos los países capitalistas no agresores, un invencible frente único contra el socialfascismo. Con la victoria de este frente, se crearán las condiciones requeridas para la eliminación de cualquier tipo de explotación colonialista y para la consolidación del socialismo. De la misma manera como el progreso de la humanidad ha pasado siempre por encima de las peores truculencias de las fuerzas reaccionarias, el ultimátum de la guerra nuclear tampoco impedirá que la revolución contemporánea cumpla su cometido de barrer de la faz de la Tierra la esclavitud entre las personas y entre las naciones.

Después de rastrear el curso de las contradicciones que perfilaron el panorama internacional vigente, cuán romas e ilusas se nos presentan las invitaciones

de los reformistas colombianos, marca *Firmes*, por ejemplo, a que nos enclaustramos en un nacionalismo pequeñoburgués a ultranza. Colombia de ningún modo se sustraerá a las tormentas mundiales, y en procura de su emancipación plena habrá de tomar su puesto al lado de las corrientes democráticas y revolucionarias, promotoras del frente único contra el socialimperialismo. Y el proletariado colombiano, al igual que sus camaradas de los demás países, debe principiar por redimir, de las “academias de ciencias” oficiales, las más aleccionadoras experiencias de los desbrozadores del comunismo; en particular las que se refieren a los 28 años de dirección de Stalin del primer Estado socialista que llegó a despegar, aquella edad madura y brillante de la revolución bolchevique.

Notas

1. J. Stalin, “Informe ante el XVIII Congreso del Partido sobre la labor del Comité Central del P.C. (b) de la URSS”, 10 de marzo de 1939, en *Cuestiones del leninismo*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, pág. 900.
2. J. Stalin, *Correspondencia secreta de Stalin con Churchill, Attlee, Roosevelt y Truman 1941-1945*, México, D. F., Editorial Grijalbo, S. A., 1958, pág. 373.
3. Adolfo Hitler, discurso: *Habla el Führer*, Helmut Heiber, H. Von Kotze, H. Krausnick, Barcelona, Plaza y Janés S. A. Editores, 1973, pág. 548.
4. Serrucho: “Ganancia obtenida ilícitamente en un negocio o asunto y que se reparte entre cada uno de los participantes, sobre todo tratándose de funcionarios públicos”. *Nuevo diccionario de americanismos*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1993, Tomo 1, pág. 371).
5. De Gaulle, *Memorias de guerra*, Tomo II, Barcelona, Luis de Caralt Editor, pág. 27.
6. V. I. Lenin, “El folleto de Junius”, en *Obras completas*, Tomo XXIII, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1970, pág. 431.
7. Tanto los apartes de Engels como los de Marx son transcritos por Lenin en su artículo “El derecho de las naciones a la autodeterminación”. *Op. cit.*, Tomo XXI, págs. 359 y 360.
8. F. Engels, “Carta a Carlos Kautsky”, *Obras escogidas de C. Marx y F. Engels*, Tomo III, Moscú, Editorial Progreso, 1976, pág. 508.
9. F. Engels. *Idem*, pág. 508.
10. V. I. Lenin, *El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart*, *Idem*, Tomo XIII, pág. 86.

Los misterios de la política internacional

Tribuna Roja N° 37, febrero de 1981

Entre las razones aducidas por Bula y Pardo para renegar del MOIR, a mediados de 1978, resalta la de que éste mantiene, al lado de China, su respaldo a las fuerzas antirrevisionistas y antihegemónicas del movimiento proletario mundial. En su carta de renuncia piden, textualmente, *“el no alineamiento real y auténtico ante los países que se reclaman socialistas y no sólo como un postulado para un frente, sino también para un partido, sin entender esta política como una concesión”*¹. Aun que en el fondo su deserción rubrica el paso hacia el nacionalismo burgués, no vaya a imaginarse el lector que nuestros dos iscaríotes dejan de posar de internacionalistas. Obligados a encubrir su felonía se precian de serlo, a tono con el oportunismo de la época. Pero a su manera, reivindicando, como se ve, una chistosa neutralidad *“ante los países que se reclaman socialistas”*, o sea, ante aquellos que invaden y masacran a otros pueblos bajo la cobertura de la revolución, como la Unión Soviética, y aquellos que, conforme a los principios comunistas, perseveran en la autodeterminación de las naciones y condenan cualquier tipo de colonialismo. Además, han *“aprendido mucho”* de *“la revolución China, de su partido, de sus dirigentes y especialmente del fallecido Presidente Mao”*²; sin embargo, por los insondables vacíos de su aprendizaje, ignoran que el marxismo-leninismo señala, con claridad meridiana, que los deberes internacionalistas presuponen el escrupuloso respeto de los derechos de los pueblos a darse la forma de gobierno que a bien tengan. No habrá unión posible entre los obreros del orbe sin este requisito. Quienes fomenten la agresión de una nación contra otra, la intromisión en sus asuntos internos, serán unos chovinistas vulgares, así pregonen a los cuatro vientos su amor al socialismo.

Cuba pisotea el suelo de Angola con un ejército de ocupación; Viet Nam adelanta una guerra de exterminio contra Kampuchea y Lao dentro de las fronteras de estos países, y Rusia, inspiradora y patrocinadora de semejante piratería,

aplasta con sus tanques a Afganistán. Dichos ejemplos representan apenas tres de las más abominables muestras del prospecto colonial del neofascismo soviético. Respecto de tales vandálicos proceder es sólo cabe una posición consecuente, diáfana: desenmascarar y condenar con la máxima energía a los sórdidos Estados que se atreven hipócritamente a confundir la causa obrera con la rapiña de las bestias. En esas circunstancias promover la neutralidad del Partido para la política exterior significa simplemente darles luz verde a las atrocidades de los socialbandidos. U *“ofrecer el apoyo a las determinaciones que juzguemos correctas para el avance de la revolución mundial”*³ determinaciones adoptadas por los países que se *“reclaman socialistas”*, sin distinción alguna, es transferir al campo internacional la tristemente famosa consigna aupada por Vieira, de *“apoyar lo bueno y combatir lo malo”* del nefasto cuatrienio del mandato de hambre.

Hace unos años, para vastos sectores resultaban incomprensibles las críticas a la enfermiza inclinación del gobierno cubano a ponerse a las órdenes de las autoridades moscovitas. Las gentes seguían profesando admiración a los valientes hijos de Martí, a los que únicamente podían imaginárselos, en innumerables episodios heroicos, derrocando Batistas y expulsando saqueadores gringos, pero jamás en el vergonzoso papel de un David sumiso y al servicio del nuevo Goliat. En el séptimo decenio, y aun en las postrimerías del sexto, sobran evidencias acerca de las alteraciones regresivas de la primera revolución socialista del Hemisferio; y en especial en los últimos cinco años y medio, a partir del momento en que las armas de la Isla emprenden en África la aventura colonizadora en nombre y bajo los auspicios de la superpotencia del Este.

En vano los revisionistas y sus corifeos se empeñan en convencer de que el operativo expedicionario sobre Angola, como lo afirma García Márquez con candor de colegiala, *“fue un acto independiente y soberano de Cuba, y fue después y no antes de decidirlo que se hizo la notificación correspondiente a la Unión Soviética”*⁴. Basta una sola consideración. La economía de esta pequeña república no cuenta, ¡ni soñarlo!, con los ingentes recursos que implica una movilización militar de aquella envergadura. En el informe de Fidel Castro al II Congreso de su partido, leído el pasado 17 de diciembre, contrastan los graves traumas de la producción y el comercio con el hecho de que más de 100.000 soldados han ido a guerrear en el continente negro. ¿Cómo decidir soberanamente el sostenimiento en el extranjero de tal magnitud de tropas, pagado en dólares, cuando se reconoce una reducción vertical de las divisas, por los bajos precios del azúcar durante el quinquenio y por el encarecimiento de los créditos y de las mercancías importadas; cuando coinciden, junto a la crisis financiera, calamidades naturales, como la roya, que mermó en una tercera parte las plantaciones de la caña en 1980, el moho azul, que estropeó al mismo tiempo cerca de 90 por ciento de la cosecha de tabaco,

y la fiebre porcina africana que cayó sobre algunas zonas del país, y cuando los logros que se reivindican en otros renglones no contrarrestan el desbarajuste general creciente, ni proporcionan los saldos favorables para el sustento de un ejército tan grande, a miles de kilómetros de su base? Son indudablemente los soviéticos quienes equipan, adiestran y subvencionan las huestes invasoras provenientes del Caribe. No se trata de un fenómeno insólito. Costumbre antiquísima de los imperios ha sido la de alistar entre los nativos de las regiones sometidas fuerzas de combate para sus empresas bélicas. Ni por la índole, ni por los propósitos, ni por la paga, los actuales cuerpos mercenarios cubanos, esparcidos por el globo, se pueden comparar con los 82 patriotas de *El Granma* que el 2 de diciembre de 1956 desembarcaron en la provincia de Oriente, se internaron luego diezmados en la Sierra Maestra e iniciaron una guerra de guerrillas de 25 meses, hasta la toma de la capital. Los unos, los de hoy, reencarnan a la típica legión fantoche que contiene ciegamente bajo una bandera extraña y en pos de tierras y esclavos para saciar los apetitos del alto mando. Los otros, los de ayer, constituyen el núcleo revolucionario que, con el alma y la vida, marcha tras la liberación no simulada de su pueblo; y la planta germina porque la semilla era autóctona y el surco estaba abierto. No importarle la diferencia y, por el contrario, dejar entrever la posibilidad de que las atrocidades de quienes renunciaron al marxismo-leninismo, al internacionalismo y a la coexistencia pacífica entre regímenes distintos coadyuvenal “*avance de la revolución mundial*”, son estrategias propias de la contracorriente oportunista en boga.

Nuestra ventaja estriba en los notables cambios de la situación. Los variados y rápidos eventos, tanto de dentro como de fuera de Colombia, cada día conceden mayor validez a los puntos de vista teóricos y políticos promulgados por el MOIR. La fundación de nuestro Partido, con su estampa de organización independiente y revolucionaria del movimiento obrero, empezada a moldear en la lucha interna de 1965, oficializa de por sí las inconciliables divergencias de principio con el revisionismo contemporáneo. Acogimos en los puntos programáticos partidarios las visionarias deducciones de Mao acerca del proceso degenerativo de la camarilla gobernante de la Unión Soviética. Se sobreentiende que cuantos solicitan la militancia, acto por demás voluntario, se hallan de acuerdo con las directrices guías básicas y, entre ellas, desde luego, con las que fundamentan la antagónica posición contra el socialimperialismo soviético. Nadie conseguirá con sutilezas y suspicacias trastocar el sentido de las cosas. En el pasado nos solidarizamos con la revolución cubana; mas las desviaciones “*foquistas*” alimentadas por sus jefes después del triunfo produjeron tropiezos de monta a la lucha independentista de Latinoamérica, y ya desde entonces las olas de La Habana, en ese período con sedimentos de extrema izquierda, chocaron con los esfuer-

zos encaminados a aclimatar en estas latitudes una corriente marxista-leninista de la clase obrera. Más adelante, en 1968, las divisiones del Pacto de Varsovia se lanzaron sobre Checoslovaquia, toque de alerta respecto de los síntomas manifiestos de las mutaciones monstruosas del Kremlin que, aun cuando agrietaron el llamado campo socialista, sus verdaderas incidencias sólo se irían apreciando con el desarrollo de los acontecimientos. Aquella fue una hora de prueba. En un discurso plagado de imprecisiones, vaguedades y dudas, el supremo Comandante de Cuba terció en pro del zarpazo propinado por la metrópoli del recientemente erigido sistema imperial. En su azoramiento admitió que en este caso la conducta soviética *“incuestionablemente entrañaba una violación de principios legales y de normas internacionales los cuales, puesto que han servido muchas veces de escudo a los pueblos contra las injusticias, son altamente apreciados en el mundo”*. Y agregó: *“Porque lo que no cabría aquí es decir que en Checoslovaquia no se violó la soberanía del Estado checoslovaco. Eso sería una ficción y una mentira. Y que la violación incluso ha sido flagrante”*⁵. Pero se puso al lado de los violadores, absolviéndolos con el alegato, repetido y repetido en los últimos doce años por los revisionistas del globo entero, de que la agresión y el sometimiento militar de un país se justifican por la protección de los fueros del socialismo. Con tamaña lógica, netamente imperialista, siempre habrá pretexto para intervenir. En aquella coyuntura se trataba de retener una nación en la órbita rusa; en los tiempos actuales, de *“ayudar”* a establecer la revolución a los pueblos de Angola, Etiopía, Kampuchea, Lao, Afganistán. Que los ejércitos comunistas traspasen las fronteras, y bajo cielos ajenos depongan los gobiernos, declaren la guerra, aplasten la insurgencia, degüellen a las gentes, impongan el orden, cada vez que sea indispensable *“evitar una catástrofe”*, según otra expresión del Primer Ministro cubano en su comparecencia del 23 de agosto de 1968. Que se satisfagan los objetivos políticos, aun que la necesidad *“viole derechos como el de la soberanía”* que, *“a nuestro juicio, concluye Castro, tiene que ceder ante el interés más importante de los derechos del movimiento revolucionario mundial y de la lucha de los pueblos contra el imperialismo”*⁶.

El marxismo enseña a los obreros a utilizar la democracia en la brega por su emancipación, y la supedita a ésta como un medio. Pero entre todos los preceptos democráticos se destaca uno del cual el proletariado jamás debe prescindir, y mucho menos el proletariado dominante de una república socialista, si desea derrotar finalmente a sus enemigos de clase, preservar su unidad internacionalista y salvaguardar la revolución mundial, y ese es el de la autodeterminación de las naciones. El imperialismo consiste en la opresión de un país sobre otros. La única forma de vencerlo estriba en alcanzar la independencia de las regiones periféricas sojuzgadas, con lo que se crean las condiciones para el levantamiento insurreccional en la sede del imperio, y no al revés, en esperar a que con este esta-

lido se liberen las colonias. A ningún pueblo podrá obligársele desde el exterior a que asuma la libertad y abrace la causa socialista. Propender a cualquier tipo de expoliación nacional será imitar las prácticas del imperialismo y contribuir a generarlo. Sin embargo, queda claro que en 1968, y virtualmente antes, los oportunistas contemporáneos, al igual que sus antecesores de la II Internacional, borraron de su apócrifo misal marxista el principio de la soberanía de las naciones como una premisa irrecusable de la revolución proletaria.

Nosotros estuvimos siempre en lo cierto cuando avisamos sobre la metamorfosis de los mandatarios de Moscú, convertidos ahora en unos zares redivivos, más prepotentes y despiadados que los Romanov. Los dolores de cabeza provienen de la perplejidad con que capas influyentes de los intelectuales y segmentos avanzados de las masas han recibido la denuncia de los pasos de cangrejo de la Rusia soviética hacia el capitalismo y la reacción. Muy difícil aceptar de pronto que el radiante territorio libre de América se transformó en una sombría caserna del socialimperialismo. ¡Si en Cuba no hay analfabetas como en Colombia! ¡Si allí los instrumentos de producción son de propiedad colectiva! ¡Si en 20 años de revolución se han remediado muchas de las injusticias sociales heredadas! Demasiado terrible la acusación para secundarla. *“Esto más dispuesto a creerlo que han visto mis ojos que lo que han escuchado mis oídos”*⁷, nos replica el activista aferrado a sus viejos conceptos. Está bien. En los últimos años hemos presenciado sucesos extraordinarios, de una riqueza y velocidad tales, que la propaganda se les rezaga y no alcanza a englobarlos a plenitud. Los agudos problemas económicos de Cuba, originados en la dependencia de la URSS; sus filas de cientos de miles de personas buscando la ventana del exilio que, de ser todas delincuentes, prostitutas y homosexuales, como lo afirma el régimen, reflejan una descomposición mayúscula para una población tan reducida, a cuatro lustros de la victoria; el comportamiento guerrerista de sus líderes que hacen de cipayos preferidos del Kremlin y se asocian sin sonrojo a las matanzas ordenadas por sus amos en la arena internacional, desde Angola contra Zaire, desde Etiopía contra los rebeldes eritreos y contra Somalia, desde Yemen del Sur contra Yemen del Norte e infaliblemente desde donde haya puntales soviéticos contra quienes no se pliegan a los caprichos de los expansionistas, y la bancarrota de su política de fingir una tonta imparcialidad en los conflictos mundiales, con el objeto de embaucar al movimiento libertario de los países atrasados y sometidos, siendo que nadie ignora los asfixiantes compromisos que encadenan a la isla antillana.

Lo de Polonia no es menos instructivo. Otro astro sin luz propia y poblado de dificultades que circunnavega en torno del emporio. La deuda externa de esta neocolonia asciende a la fantástica cifra de 23.000 millones de dólares, superior en más de cinco veces a lo que debe Colombia a las agencias prestamistas extran-

teras. Los protuberantes desarreglos y deficiencias en las diversas ramas industriales la han llevado a acentuar el racionamiento de los bienes de consumo y a padecer las hondas desavenencias entre las masas populares y el aparato estatal. Ni los frescos relevos en la conducción del Partido y el gobierno, ni el dejo autocrítico de los comunicados oficiales, sofrenan el espíritu de abierta indisciplina social que se adueñó de los altivos poloneses. Huelgas a granel anuncian cotidianamente los despachos de prensa, lo mismo en las ciudades que en el campo, por objetivos económicos, como el acortamiento a cinco días de la jornada laboral, o por peticiones democráticas enrutadas a obtener garantías para la organización y la autonomía de los sindicatos. A lo que más ambicionan los sufridos habitantes de esta república amordazada es a romper cuantas amarras legales los aten a la burocracia vendida. Quebrar la influencia de la rancia y corrupta administración sobre los trabajadores sintetiza la tarea preparatoria ineludible de todo gran salto revolucionario; mas para ello se precisa asimismo de capacidad y de lealtad de la dirección con los caros anhelos de los asalariados. Hay que esperar para saber si todos estos elementos se conjugan en aquel pedazo del globo. Por lo pronto en Moscú cunde la preocupación, no sólo porque el clima revoltoso ha pasado de castaño a oscuro, sino porque la tempestad amaga con extenderse y envolver a sus satélites vecinos. La camarilla soviética ha persuadido a los inconformes de que morigeren las reivindicaciones, atemperen los ímpetus y embozalen el patriotismo, y los ha tratado de convencer por el método predilecto de los explotadores que en la historia han sido: la violencia. Enormes destacamentos de infantería, blindados y cohetes se tendieron ya en los perímetros de Polonia, prestos a invadir a la señal indicada. De nuevo los legatarios de Kruschev se encuentran ante la alternativa de despedazar a bayonetazos la integridad territorial y la soberanía de un Estado puesto a su custodia. Las repercusiones de aquellas contingencias no resultan complicadas de barruntar.

Para la Unión Soviética será imposible mantener por las buenas la cohesión de su comunidad de naciones, vale decir, mediante el libre entendimiento basado en la igualdad, el respeto mutuo y el beneficio recíproco. Normas que, entre otras cosas, propugna el MOIR y recoge el programa del Frente por la Unidad del Pueblo, debido a que compendian las pautas mínimas capitales para un real acercamiento entre los pueblos y unas relaciones civilizadas en el concierto internacional, muy contrarias a las bárbaras disposiciones tradicionales del imperialismo, que levanta su mercado exterior y su ascendiente político sobre la coacción y el garrote contra los países pobres y débiles. Rumania tampoco constituye un caso excepcional dentro de los brotes de insubordinación que inquietan al socialimperialismo; desde hace rato viene exteriorizando en una u otra forma los temores que la embargan por las tropelías de la URSS, tanto en el terreno de

la extorsión económica como en el de la amenaza militar, de que son víctimas los autodenominados aliados de ésta. A raíz de la descarada ocupación de Afganistán tales roces se han incrementado inevitablemente. Hasta algunos partidos revisionistas de Europa, tras el estupor causado por las últimas provocaciones de sus preceptores rusos, se sienten impelidos a sugerir discrepancias para evitar el peligro de enajenarse simpatías y aislarse súbitamente. La raída argumentación de que la sociedad occidental y cristiana pretende efectuar su pesca en las aguas revueltas de la otra superpotencia, no niega el carácter regresivo de las desastrosas transfiguraciones de la Unión Soviética y sus tributarios. A la vanguardia proletaria le corresponde barrer la cháchara referente a que el socialismo está autorizado para recurrir a las maniobras y los procedimientos de los tiburones del gran monopolio imperialista.

Como los insucesos internacionales los refutan a cada instante, se colige por qué los tráfugas invitan a que nos ocupemos preferentemente del campanario patrio, ya que enarbolemos *“el no alineamiento real y auténtico ante los países que se reclaman socialistas”*, como postulado no del frente sino del partido, sin calificarlo de concesión. Empero, vivimos un convulsionado momento, pletórico de incidentes trascendentales y pasajeros, pesados y livianos, serios y bufos, para que en ellos se posen las miradas de quienes no quieren oír, y confirmen por sí mismos cómo la dialéctica del desarrollo conlleva también los reveses y las reversiones en la incesante puja del hombre tras el progreso y la eliminación de la esclavitud. Desde esta perspectiva los factores convergentes nos son más propicios que nunca. Las masas sólo aprenden por la experiencia diaria que extraigan de la lucha de clases, y nos sobra material didáctico para auxiliarlas a que desentrañen la verdad, eleven su conciencia, desanden el terreno perdido y recuperen la iniciativa en la dura lid. ¿Cómo desempeñar el papel dirigente si nos ubicamos en el limbo, si nos resistimos a tomar bando dizque para que no nos muñeequen y, si cuando el obrero, el campesino, o el estudiante indaguen sobre la posición partidaria acerca de los crímenes de la socialtraición, nosotros nos limitamos a contestar que bendeciremos lo bueno y anatematizaremos lo malo que ocurra más allá de los linderos criollos? Históricamente la palabreja del no alineamiento surgió en Colombia en calidad de rechazo a la exigencia formulada por el mamertismo de que el frente de liberación nacional habría de definirse a favor de Cuba y su gobierno. Precisamos sin lugar a equívocos que nuestra propuesta implica una salida de transacción, en pos de la unidad de las fuerzas antiimperialistas. Una concesión que le hacemos al atraso, a los acendrados sentimientos nacionalistas del pueblo colombiano, con lo cual demostramos nuestra actitud no sectaria y el empeño democrático que ponemos en la unión de los oprimidos contra los opresores. Pero también con el objeto de conquistar un ambiente propicio para

ir educando paulatinamente a las inmensas mayorías en los deberes internacionalistas de la revolución colombiana. Jamás fuimos neutrales en la polémica del movimiento comunista contra el revisionismo contemporáneo. Hemos condenado sin desmayos ni timideces las apostasías y villanías de los usurpadores del poder soviético. Sumos aprietos nos han costado la firmeza ideológica y la independencia política. Sin embargo, los hechos, a la postre, llegan en tropel a darnos la mano. En esto radica el cambio de la situación.

Otro elemento digno de examinarse es el fracaso de la cacareada “*distensión*”, mediante la cual se pretendió inculcar que por fin la especie se había encarrilado por el sendero de la convivencia pacífica, y que los antagonismos entre las dos superpotencias se zanjarían en los diálogos y acuerdos bilaterales, en la emulación y cooperación dentro de las faenas por el bienestar colectivo y en la asistencia económica prestada a los pueblos en mora de liberarse, para arrancarlos de la miseria y el abandono. Los armónicos contactos se consolidan al despuntar la década del 70 y se refrendan con las visitas de Nixon a Moscú, en mayo de 1972, y de Brezhnev a Washington, en junio de 1973. Aquella fue la temporada de los tratados. Se firmaron para todos los gustos. Sobre medicina y salud, protección del ambiente, viajes siderales, ciencia y técnica, educación y arte, operaciones marítimas, comercio y, por supuesto, restricción de armamentos. Poderosas empresas norteamericanas estrenaron sus instalaciones en la Unión Soviética, y viceversa, comisiones especializadas de la URSS se trasladaron a EE.UU. La luna de miel prometía tanto que los contrayentes, ante los rumores y el nerviosismo del resto de la audiencia mundial, aclaraban que su concordia proseguiría “*sin perjudicaren manera alguna los intereses de terceros países*”⁸. Linaugurada a raíz de la *détente*, como también se le bautizó, no se circunscribía pues a prevenir únicamente la hecatombe nuclear, sino que sus metas iban hasta la redención de las calamidades que acongojan a la doliente humanidad, y en particular a disminuir las distancias abismales que separan las naciones pobres y ricas. El desprendimiento enterneció los corazones. Emisarios de ambos bandos hablaron de entregar parte de los gastos militares que ahorrarán para la prosperidad de las populosas regiones sujetas al coloniaje. Se propagaron innumerables ilusiones y por doquier retoñó el reformismo. Las seniles agrupaciones socialdemócratas se encargarían de suministrar su partitura doctrinaria para el sainete que al más amplio nivel principiaba a representarse. El alemán Willy Brandt es una de las criaturas destacadas de la novísima orientación en el escenario europeo, así como lo han sido los Molina, los Santos Calderón, o los iscaríotes, en nuestras dimensiones provincianas. No obstante, quienes hacían el verdadero negocio eran los revisionistas acaudillados por el Kremlin. Las alucinaciones y el sopor producidos por el aplacamiento inoculado a sus contradictores, les proporcionaba la atmósfera adecuada para

emprender la histriónica misión de apoderarse de la Tierra. Lenta pero seguramente. No importa el modo, ni los programas, ni los amigos. En Chile, ¡arriba con Allende y su retórica electoral! En Argentina, discreto respaldo a mi general Videla, y a ratos no tan discreto. En Nicaragua y El Salvador, con la solidaridad militante y la lucha de guerrillas. En África, con la presencia de ejércitos regulares invasores. En Afganistán, por medio del tiranicidio, los golpes de Estado y los pactos de protección bélica. En el Sudeste Asiático, para reprender a Pol Pot, enmendarles la plana a los laosianos y erigir su “federación indochina”. En Colombia, bueno, en Colombia, combinando todas las formas de lucha, desde el cretinismo parlamentario hasta el “foquismo”.

Cuando los chinos vaticinaron el chasco del apaciguamiento y destaparon que tras el dulzor de los convenios se escondían las amargas intenciones de los contratantes de repartirse las zonas de influencia, y que los rusos a la larga repletarían sus faltriqueras merced a las pérdidas de los demás, los oportunistas regaron entonces el sofisma de que Pekín invocaba el espectro de la conflagración y la destrucción cósmicas. ¿Y qué pasó? Pues que la “distensión” terminó siendo la estafa del siglo. A pesar de la firma del Salt I (Tratado de Limitación de Armas Estratégicas) y de las discusiones conciliadoras del Salt II, la carrera armamentista de la Unión Soviética adquirió ribetes inverosímiles y aventajó con mucho a su inmediato rival. Se calcula que en 1971 las dos superpotencias se hallaban ya equiparadas en cuanto al monto de sus presupuestos de guerra, pero sólo entre 1973 y 1978 las inversiones de la URSS en esta esfera superaron a las de su antagonista en cerca de 150.000 millones de dólares. Los análisis actualizados de los expertos de diversas nacionalidades no admiten dudas. Norteamérica suprimió el servicio militar obligatorio y a su ejército, de pésima calidad, lo dobla el soviético, integrado por cuatro millones y medio de hombres. Referente al poderío de fuego convencional, el primero no le gana al segundo ni en el aire, ni en el mar, ni en la tierra. Y el equilibrio nuclear, uno de los objetivos insistentemente enunciados en las rondas de negociaciones, está más que roto en provecho del socialimperialismo. La conclusión es aplastante: los expansionistas moscovitas se valieron de la *détente* para articular y perfeccionar la maquinaria bélica más mortífera de todos los tiempos y la han echado a rodar en franco desafío. Pero esto a su vez ha sido posible por el eclipse pronunciado de Norteamérica.

A los imperios, lo mismo que al resto de los seres, los rige un cielo de ascenso y de descenso; registran sus auroras y sus ocasos, nacen y mueren. El desenlace de la Segunda Guerra Mundial condujo a los Estados Unidos al pináculo de su esplendor. Sin embargo, a la vuelta de unos cuantos años, se estrelló contra tres obstáculos insuperables. El uno, el parasitismo de su propia clase dominante, cuyas alucinantes fortunas, amasadas sin mayores diligencias, mediante la expo-

liación de sus dilatadísimas posesiones coloniales, y disfrutadas indolentemente, acabaron por mellarle la inteligencia, el empuje, hasta el extremo de engañarse con la idea de que nadie sería capaz de atentar contra su supremacía. Nixon narra en su último libro, por ejemplo, que en 1965, el entonces secretario de Defensa, Robert S. MacNamara, sustentó así las reducciones unilaterales de los proyectos armamentistas de la Casa Blanca: *“Los soviéticos han decidido que tienen perdida la carrera cuantitativa... No hay ningún indicio de que se estén esforzando por crear una fuerza estratégica nuclear comparable a la nuestra”*⁹. Cuán confiados, y ¡cuán miopes!, se mostraban a la sazón los mandos gringos.

El otro escollo que aguaría la fiesta del imperialismo norteamericano estuvo a cargo de los ardores libertarios de los pueblos oprimidos, cada segundo menos dóciles. A través de sus empréstitos y sus inversiones aquél abona el terreno para el florecimiento del capitalismo autóctono en sus dominios de ultramar; pero como con la concurrencia monopolista estrangula esta evolución -despierta el deseo e impide saciarlo-, se acicatean los enfrentamientos entre los neocolonialistas y los avasallados y se desatan los embates del ciclón revolucionario. Miles de millones de personas, en todas las lenguas, sindicaron constantemente a los magnates yanquis de horrendas infamias. Y en Viet Nam recibirían una paliza inolvidable que desangró el erario, desgarró la sociedad norteamericana, puso en la picota al poder ejecutivo y dejó al descubierto los pies de barro del coloso. Después del colapso de Indochina los Estados Unidos no volverían a ser los mismos.

Y la tercera interceptación procede de la competencia económica y política que los Estados desarrollados llevan a cabo contra el árbitro de Occidente, incluida la enconada disputa de la Unión Soviética por sustraerle regiones y naciones. No obstante los marcados brotes inflacionarios y especulativos, la crisis dentro del sistema capitalista se va revelando como efecto directo de la superproducción. Para Europa y el Japón los estragos de la guerra de los cuarenta han quedado muy atrás, sepultos en la memoria. Sus industrias, recuperadas y notablemente vigorosas, libran con no poco éxito la pelea por el predominio en los mercados de los cinco continentes, sin descartar siquiera la demanda de los exigentes consumidores estadinenses. Con ello tienen que ver los balances adversos del comercio exterior de Norteamérica, su enorme déficit fiscal y los conatos de recesión que han aparecido en las intrincadas articulaciones de su complejo fabril. Las dolencias de su economía se concitan para hacer totalmente desesperanzador el proceso declinante del otrora intocable imperio; y son asimismo las más complicadas de superar, puesto que su remedio implica tanto un choque con las naciones del segundo mundo, de las cuales requiere para la obra común de paralizar la expansión soviética, como un acrecentamiento del saqueo

de los países sojuzgados, con la consiguiente multiplicación de los desbarajustes y desórdenes en sus principales bases de reserva. ¡Qué contrastes entre los goces de la efímera ascensión y los sinsabores de la prolongada caída!

Desde el fallido abordaje a Cuba, en abril de 1961, torpemente planificado por Eisenhower y peor ejecutado por Kennedy, que sucumbió en el mismo momento en que los sicarios pisaron Playa Girón, hasta la risible y estúpida operación de rescate de los rehenes norteamericanos en Irán, acometida por Carter en 1980, en otro célebre abril, las desventuradas acciones de la Casa Blanca han ido de tumbo en tumbo, huérfanas de coherencia y continuidad. A medida que se propaga el caos proliferan las fórmulas salvadoras que tan pronto se aplican se desvanecen; sube el tono de las mutuas recriminaciones entre los responsables de la cosa pública, y se desanuda una truculenta rebatiña por el Poder entre los grupos monopolistas atrincherados en los dos partidos centenarios. El presidente Kennedy parece abatido a tiros en las calles de Dallas por una conspiración hasta el presente oculta en la penumbra y a la que por más de un indicio aparecen enredadas dependencias de los aparatos represivos. Igual suerte corre su hermano Robert cuando prácticamente se hallaba a las puertas de la Oficina Oval. Johnson se ve obligado a desistir de nominarse para el otro período presidencial a que constitucionalmente tenía derecho. El escándalo de Watergate, sin antecedentes en Norteamérica, sometió la administración Nixon a la más minuciosa y despiadada pesquisa, sacando a la superficie la podredumbre congénita del Estado yanqui, con su pestilente carga de sucios ardides, maquinaciones delictuosas y fehacientes testimonios de que la loada democracia americana no desecha ninguna aberración en la consecución de sus propósitos.

En medio de la batahola y a fin de reparar en algo la deplorable velada ofrecida a los atónitos espectadores, comenzó a prender una campaña todavía más grotesca, casi mística, tendiente a moralizar las costumbres del Ejecutivo, privándolo de cuanto lo afee y limándole sus afiladas garras. A la CIA, las antenas del ogro, archifamosa por sus espeluznantes hazañas en todos los vericuetos del planeta, se la sentó en el banquillo de los reos y se la torturó con el acoso de que dijera públicamente sus pecados. Había que reencontrar el sendero de la perfección y canalizar los desmanes, esos malditos desmanes que cubrieron de lodo la imagen bonachona de los gringos en el lejano mediodía asiático y que tanto los desacreditaron en el cercano Santo Domingo. Para insuflar la cruzada era menester un hombre providencial, incontaminado de las turbias trapisonadas de los mandos superiores, y lo extrajeron de un pequeño poblado del Sur, en Georgia, un desconocido diácono protestante de la secta bautista, el señor Jimmy Carter. Cuentan que el emperador Calígula, en el colmo de la disolución de la Roma esclavista, pretendió nombrar de cónsul a su caballo Incitatus. Los

norteamericanos, en los abismos de la decadencia del imperialismo stadinense, no ungiéron propiamente a un caballo con tan insignes dignidades ministeriales. pero eligieron a un enajenado predicador para presidir los destinos de una de las potencias más rapaces, crueles y pragmáticas que hayan existido. Él irrumpía en el escabroso tinglado de la política con el mensaje de que Estados Unidos, para rehabilitarse, debía silenciar la espada y desenvainar la prédica; convencer con los buenos oficios de sus buenas intenciones al buen prójimo. Su pasión sería dizque la paz, cuando su reino necesitaba con acucia de la guerra. Su arma, la de la persuasión, aunque su más mortal contrincante lo persuadiese con las armas. Su obsesión, resucitar los derechos humanos burgueses, aun cuando el capitalismo hace casi un siglo arribó a la etapa monopolista y ya no lucha por su revolución contra el régimen feudal, sino contra el proletariado en nombre de la reacción, y aunque los gobiernos títeres pseudosemieuropáicos del neocolonialismo yanqui degüellen a los pueblos para amparar el pillaje de los amos de Washington.

Tras la ocupación de Angola por los socialimperialistas, Carter avaló las declaraciones de su embajador en las Naciones Unidas, Andrew Young, en el sentido de que las tropas cubanas en ese país “*constituyen una fuerza estabilizadora*”, “*mantienen el statu quo*”. Y complementó así el contenido apostólico de su diplomacia: “*Silogramos que nuestra posición se abienentendidapor la comunidad internacional, podremos lograr con el restar cualquier amenaza de Cuba o de la Unión Soviética*”⁴⁰. En prenda de su sinceridad aplazó la fabricación del gigantesco misil MX, el bombardero B-1 y los nuevos modelos de submarinos Trident, tres piezas claves del arsenal norteamericano, a sabiendas de que sus cohetes Minuteman III no son respuesta efectiva para las ojivas nucleares de los SS rusos, de varias numeraciones, y de que uno de éstos, el 18, sobrepasa hasta en cuarenta veces la potencia de aquéllos. Durante los regateos del Salt II, ante la intransigencia enemiga, se inclinó respetuoso en muchas cláusulas, como la de exonerar de las prohibiciones del convenio al moderno avión supersónico Backfire, de la contraparte, sin que tampoco le sirva de contención su vulnerable B-52, producido en la década del 50. Luego de que sus coligados, los gobiernos de la Gran Bretaña y de Alemania, miembros de la OTAN, encararon el disgusto popular y arriesgaron su prestigio para que se asintiese al emplazamiento en Europa Occidental de la bomba de neutrones, con la mira de vencer la aplastante superioridad de los carros blindados del Pacto de Varsovia, Jimmy canceló el citado proyecto, humillando y zahiriendo a sus compinches europeos. También objetó que Japón, el socio estimable en el Extremo Oriente, construyera plantas nucleares. Prometió dismantelar las instalaciones del Pentágono en el exterior. Asistió, entre reticente y tolerante, al derrocamiento de dos sayones consentidos del imperio, el Sha Mohammed Reza

Pahlevi y el general Anastasio Somoza y, como afirmara Henry Kissinger, *“se las arregló para tener conflictos con la casi totalidad de nuestros amigos”*.

No se requiere ser un genio para inferir que las circunstancias eran rotundamente propicias para el hegemonismo soviético que, cual los nazis en el interregno de las dos guerras mundiales, se ha alistado febrilmente con el acomodo de la industria a los planes bélicos y la toma meticulosa de territorios, pasos, puertos y mares cardinales. A diferencia de Hitler, a Brezhnev y compañía les resulta mucho más dispendioso incubar su adefesio, no sólo porque han de trabajar intensamente en el ámbito ideológico para trasplantar al marxismo el injerto burgués de la “política colonial socialista”, tan acerbamente censurada por Lenin, sino porque, a pesar de todo, la fortaleza económica y los adelantos técnicos de los viejos imperialismos no significan factores desdeñables. Sin embargo, el Kremlin ha sabido sacar partido de la crisis de los Estados Unidos, y desde 1975 pasó de la sola preparación a la ofensiva militar estratégica por el apoderamiento del mundo, sin cesar de prepararse. Con lo cómico de la crónica del cuatrienio de Carter, ésta recoge los severos prolegómenos de la Tercera Conflagración Universal. Las dentelladas e intromisiones del oso ruso en África, Asia, Medio Oriente y Centroamérica se parecen espantosamente a los preludios de la guerra del 39, patentes en la captura de Abisinia (hoy Etiopía) por Italia, la ocupación del norte y el centro de China por los japoneses, la intervención armada del fascismo en España y las invasiones alemanas sobre Austria, Checoslovaquia y Polonia.

El hostigamiento soviético acabó por sacar bruscamente del éxtasis a los potentados de Wall Street. Sus mercados, sus suministros de materias primas y combustible, sus inversiones, sus dólares, sus influencias, sus réditos, ¡todo!, hasta sus existencias mismas estaban en entredicho ¡No más formalismos, ni sermones, ni derechos humanos, ni palomas en la Casa Blanca! ¡Jamás saldremos del purgatorio, o pararemos en el infierno, si continuamos arrepintiéndonos de nuestras culpas! ¡Abajo el impostor! ¡Fuera el santurrón! Y así se efectuó el desahucio de Carter de la residencia presidencial en medio de la indignación de los indiscutibles mandamases, los dueños de los grandes consorcios y, desde luego, entre las carcajadas del vulgo profano. El triunfo de Ronald Reagan en las elecciones del 4 de noviembre de 1980 pulverizó incluso los más alegres pronósticos de los publicistas suyos. Contra él jugaba el prontuario de que en el inmediato pasado la derecha había fallado al pretender anidar en las almenas del Poder, en función de halcón feroz, y siempre vencieron sus candidatos “blandos”. No faltaron quienes le aconsejaron al ex actor amansar el trote. No obstante, los trusts suspiraban ya por que el imperio retornase con arrojo de gendarme a proteger sus sucursales, tal y como éstas venían acuciándolo acá y acullá, en sus lares con-

tiguos y remotos. Para ello urgía curar antes al régimen de la ceguera, la sordera y la cojera y, en especial, sacarlo de ese estado de catalepsia en que lo sumieron los golpes y frustraciones sucesivos. En verdad Reagan, aquella estrella enana de Hollywood, no podía inventar ningún elíxir milagroso. Lo que hizo fue aferrarse con las uñas a la otra táctica, a la “dura”, con que la burguesía, y particularmente la imperialista, suele remachar la esclavitud asalariada; y lo hizo en el momento exacto, cuando los multimillonarios principiaban a no dar ni un centavo por el reformismo y el democratismo para prevenir, bien la expansión soviética, bien los movimientos de liberación nacional.

Los ineludibles y crecientes embrollos económicos de la sociedad estadounidense incidieron obviamente en el duelo electoral, pero les correspondió inclinar la balanza a las requeridas correcciones en la política imperialista de los monopolios. El nuevo jefe de Estado no lidiará la inflación, el desempleo, los estragos de la competencia, ni el resto de trastornos concomitantes al modo de producción norteamericano. O mejor los mitigará exclusivamente en la proporción en que garantice el desvalijamiento de los pueblos sometidos. Mas si se le llegasen a escapar del redil las neocolonias, sea por acción de la otra superpotencia, o por la lucha independentista de los oprimidos, no sólo no despachará ninguno de los enredos anotados en su agenda, sino que la situación interna se volverá insostenible y la revolución socialista expedita. Hasta los funcionarios encargados de la planeación en Colombia saben, por ejemplo, que el presidente republicano no conseguirá cumplir absurdos suyos tales como sanar el déficit fiscal, que llegó en 1980 a cerca de 60.000 millones de dólares; mientras reduce, en tres años, los impuestos por ingresos personales hasta un 30 por ciento, e incrementa el presupuesto del Departamento de Defensa en índices considerables. Y aunque éstos y otros temas se agitaron para mover al electorado, el debate comicial giró fundamentalmente en torno a la línea que le compete trazar a la Casa Blanca para recuperar la “grandeza” de los Estados Unidos y su credibilidad ante el mundo.

El método de preferir el derecho a la violencia, la libertad al orden, no iba parejo con los privilegios del saqueo. Recabar de los gobiernos proyanquis que permitan el agio de la deuda externa, el robo de los recursos naturales, las inversiones y la oferta ruinosa de los pulpos monopolistas, la quiebra de las industrias nativas, las alzas constantes del costo de la vida, y a la vez exigirles que restauren la democracia clásica burguesa, además de entrañar un cinismo inaudito, tenía el inconveniente, confirmado hasta la saciedad, de que lejos de contribuir a la consistencia de los lacayos, los desestabilizaba. Con el ítem de que Nene Doc, el gorila de Haití, por más que parlotee sobre humanismo no dejará de ser Nene Doc. Desarmarse frente al desenfreno bélico de Moscú y embriagarse con el vodka de la “distensión” era otra necedad que le había costado a Occidente la

sustracción de unas cuantas naciones. Reagan propuso un viraje radical y ganó apabullantemente. Abogará primero por la represión y luego por los derechos humanos. Patrocinará las dictaduras militares, sin exagerar la importancia de las dictaduras civiles. Les concederá el pase a los diseños armamentistas propuestos por Carter, incluida la bomba de neutrones. Renegociará el Salt II, suprimiendo las disposiciones desventajosas para USA. No consentirá en que lo intimiden. *“Hay cosas en que vale la pena recurrir a la fuerza nuclear si hace falta”*, corroboró su secretario de Estado, general Alexander Haig, en una de las sesiones de confirmación de su cargo ante el Senado. Y para que no cupieran ambigüedades, acotó: *“Hay cosas peores que la guerra y hay cosas más importantes que la paz”*¹¹. ¡No detenerse ni ante la confrontación atómica!: he ahí por lo que votó el imperialismo yanqui en los sufragios del 4 de noviembre. Con todo lo que de teatro tengan las actuaciones de este vaquero del celuloide, y al margen de que conserve o no el sostén de la clase acaudalada para sus maquinaciones guerreristas, lo cierto es que simboliza la convalecencia repentina y precaria de un sistema minado por la decrepitud y la pusilanimidad, y sus bravuconadas de león acorralado van a requerir más que simples rugidos para repeler el cerco letal de los jurados adversarios del imperio. La misma administración Carter, muy en contra de su retórica contemporizadora, tras los descabros cosechados hubo de rectificar muchos de sus dictámenes, preferencialmente en el último año, a raíz de la depredación de Afganistán por los soldados rusos. Dio luz verde para la colaboración amistosa con ciertos regímenes de facto, apuntaló algunas bases militares en el extranjero y redujo sus prejuicios contra los incrementos bélicos. Todo demasiado tarde y demasiado a medias, y la decisión de procurar suplir la debilidad con la energía había sido tomada ya.

Los editorialistas burgueses se esmeran en minimizar el determinante papel de los intereses colonialistas de los Estados Unidos en las sustituciones de noviembre, y se solazan elucubrando sobre el influjo que en éstas ejercieron los problemas domésticos de la metrópoli. Actitud natural si se comprende que cualquier examen objetivo de las contradicciones reales habrá de partir del reconocimiento pleno de la rivalidad irreconciliable de las dos superpotencias por el control del orbe, y del caldeamiento de la misma en lugar de la congelación prometida, hasta el punto de que en 35 años, desde cuando Truman arrasara Hiroshima y Nagasaki, nunca nos vimos tan próximos al diluvio radiactivo. De generalizarse, la contienda sería inevitablemente nuclear; y aunque los ejércitos regulares conservan aún sus máximas prerrogativas en los conflictos limitados, con el vertiginoso desarrollo de las armas atómicas, la guerra adoptará modalidades muy diferentes a las acostumbradas, empezando por los riesgos que implican y el blanco que ofrecen las grandes concentraciones de infantería. Debido a ello,

y pese a los encantos del apaciguamiento Washington proseguirá apostando con Moscú en megatones. Se estima que con la actual correlación de fuerzas convencionales, los rusos se demorarían menos que Hitler en 1940 para llegar a París. Precisamente la fabricación de la bomba de neutrones busca una compensación a dicha disparidad. La macabra carrera no se detendrá, puesto que ambas superpotencias urgen de un imperio para subsistir. La una tendrá que protegerlo, la otra terminar de conquistarlo. La una va en ascenso, la otra en descenso. Mas ninguna renunciará ni al agua ni al fuego, ni a la pólvora ni al átomo, para arrebatarse el codiciado trofeo de miles de millones de esclavos.

A la Conferencia de Seguridad y Cooperación de Europa, celebrada en Helsinki a mediados de 1975, concurrieron más de 30 países de los dos bloques y firmaron un "Acta Final" que sumaría la Carta de la ONU y que recoge los cumplidos mutuos de respetar los derechos de los demás y de no tocar lo que no es suyo. Brezhnev en aquella arrobadora reunión puntualizó: "*Nadie puede tratar de dictar a otros pueblos la forma en que deben manejar sus asuntos internos*"¹². Sin embargo, en las postrimerías de 1979, el septuagenario jefe del Presidium Supremo de la URSS, en un ataque de amnesia, no trató sino que comenzó a dictar, no de fuera sino desde adentro, y a cañonazos, la forma como el pueblo afgano ha de manejar sus asuntos internos. Cuando se convocó en Madrid la nueva Conferencia de Seguridad y Cooperación, en noviembre de 1980, ya los burlados próceres del Oeste imperialista no les creyeron ni una jota a los ladinos dirigentes del Este socialimperialista. A pesar de que los rusos calificaron de "provocaciones" los reclamos de aquéllos, todavía insistían en distender los ánimos, mientras hacían la digestión de Afganistán, mucho más ahitos que cuando la deglución del banquete angoleño o indochino. Pero el entendimiento estaba roto. La luna de miel había concluido. Los protocolos de Helsinki eran un trapo sucio con que el Krem1n se limpiaba las manos ensangrentadas. Y la *détente* una vela encendida bajo la borrasca.

Después de repasar el curso de los acontecimientos mundiales durante los pasados 20 años, ¿podrá alguien con más de dos dedos de frente tomar en serio la pretensión de asumir una actitud amorfa en relación con la índole, las intenciones y procederes de las dos superpotencias, y con las desastrosas consecuencias que a todos los países acarrea su desafortunada disputa por el predominio universal? ¿Los desposeídos habrán de contentarse con aprobar o desaprobado episodios esporádicos de tan trascendental contienda y comportarse con fingida "autonomía", "sólo subordinada a los intereses de la revolución colombiana"¹³, como insisten Bula y Pardo? Esos aires de artificiosa imparcialidad, o taimado conciliacionismo, y que tanto impresionan a los liberales, tienden a ganar prosélitos explotando el más cerrero nacionalismo de las capas medias de la población. Los obreros por

supuesto han de combatir en consonancia con los intereses de la revolución colombiana; pero asimismo han de sopesar correctamente la situación externa, con cada uno de sus aspectos e implicaciones y, lo proclamamos sin esguinces, supeditar su táctica también a las necesidades de la revolución mundial. Quien no acepte este punto, de palabra o de obra, niega de plano el internacionalismo proletario y no pasa de ser un nacionalista más, como cualquier doctor Arellano que, en desplante de burdo patrioterismo, utiliza el diferendo con Venezuela para hacer fortuna electoral.

Si coincidimos en el cometido de estrechar los lazos fraternos entre las masas laboriosas del orbe, ¿qué les planteamos a los camaradas kampucheanos que padecen la barbarie de la ocupación vietnamita? ¿Que en aras del socialismo admitan lo bueno y rechacen lo malo de sus verdugos? ¿Y qué les decimos a los vietnamitas? ¿Que respaldamos o no su “federación indochina”, confeccionada con el puñal homicida? ¿O no les decimos nada, guardando una prudente indiferencia? Sin embargo, ¿cómo aportar al acercamiento de los pueblos si no abordamos estos asuntos concretos, contundentes y candentes de la vida real? El MOIR ha dado la única contestación satisfactoria a tales interrogantes e inquietudes. A agredidos y agresores les expresamos el mismo criterio categórico: un país que recurre a la violencia para imponer la voluntad a otro con el pretexto de expandir el socialismo, copia los procedimientos típicos de los grandes monopolios burgueses y se convierte en un bastión socialimperialista, o en una avanzadilla de éste. Por lo tanto su conducta merece el repudio total de las fuerzas revolucionarias todas. En el “Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores”, Carlos Marx indicaba que los obreros han de *“reivindicar que las leyes sencillas de la moral y de la justicia, que deben presidir las relaciones entre los individuos, sean las leyes supremas de las relaciones entre las naciones”*¹⁴. Máxima admirable. No puede creérsele a la persona que después de vituperar a otra, golpearla y robarla, alega haberlo hecho por motivos de amistad. Ni absolver tampoco a la nación que diga propender a la unidad con otra mediante la extorsión y la ocupación armada.

En el citado Manifiesto, Marx explica igualmente que arbitrariedades tales como el apoderamiento de las montañas del Cáucaso y los asesinatos en la *“heroica Polonia”*, perpetradas por la Rusia zarista, el principal baluarte de la reacción en aquella época, enseñaron a los trabajadores a *“iniciarse en los misterios de la política internacional”*. Las vicisitudes y atrocidades de las superpotencias moverán al proletariado colombiano, no a enclaustrarse en un nacionalismo falazmente ecuaníme, sino a adentrarse en los enigmas de la problemática mundial y descubrir los velos con una definida posición de clase. Descubrirán que las penurias de la aldea natal no se hallan tan desligadas de la prosperidad de las más fastuosas urbes del planeta. Que la carestía y la represión del gobierno de Turbay Ayala dependen de las

super ganancias de los trusts de siglas en inglés. Que la publicitada defensa de los derechos humanos burgueses en Colombia tiene que ver con la respectiva cruzada llevada a cabo en todo el mundo por el derrotado Jiminy Carter; y también con las artimañas de los revisionistas que aprovechan la crisis del imperialismo norteamericano para ganar anuencia entre las clases dominantes, en beneficio de la hegemonía soviética. Que la renuncia de Bula y Pardo, aunque ellos ni siquiera lo sospechen, la genera el auge de la tendencia reformista, animada a su vez por los tejemanejes de Washington y Moscú. Que el triunfo del señor Ronald Reagan representa un viraje importante en la orientación estadinense, como efecto de la expansión de la URSS y la bancarrota de la “distensión”. Y que dichos cambios están llamados a repercutir en las luchas ideológicas y políticas de Colombia, por cuanto se recrudecerá el despotismo del régimen vendepatria y el oportunismo se empantará con sus empolvadas fórmulas de la democracia oligárquica. Pero esto ha de ser tema de otro capítulo.

Notas

1. Carta enviada a la Secretaría General del MOIR, el 27 de junio de 1978, por la cual renunciaron del Partido Carlos Bula y César Pardo. Publicada en mimeógrafo.
2. Id.
3. Id.
4. Reportaje de Gabriel García Márquez, en *El Espectador*, enero 9 de 1977.
5. *Comparecencia del Comandante Fidel Castro*, del 23 de agosto de 1968. Folletodel Departamento de versiones taquigráficas del gobierno de Cuba. Instituto del Libro.
6. Id.
7. Walter Scott, *El Talismán*, Edición Obras Maestras, Barcelona, 1968, pág. 104.
8. “Principios básicos” de las relaciones entre los Estados Unidos de América y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, Moscú, 1972. Tomado de *Política Mundial Siglo XXI*. Fundación para la Nueva Democracia, Editora Guadalupe, Bogotá 1974, pág. 51
9. Richard Nixon, *La verdadera guerra*, pág. 181. Editorial Planeta, Barcelona, 1980
10. Despacho de la agencia AP. *El Siglo*, septiembre 20 de 1977.
11. Ambas declaraciones de Alexander Haig fueron extraídas de cables publicados por el diario *El Siglo*, el 10 y el 11 de enero de 1981, respectivamente.
12. *Time*, agosto 11 de 1975, pág. 6.
13. Carta de Bula y Pardo citada.
14. Carlos Marx, “Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores”, *Obras Escogidas*, C. Marx F. Engels, Editorial Progreso, Moscú, 1973, Tomo II, pág. 13.
15. Id.

La trascendencia de la osadía polaca

Tribuna Roja N° 41, enero de 1982

Como en la edad de oro de la tenebrosa autocracia zarista y evocando las peores horas de su atormentada historia, Polonia padece en la actualidad la sevicia de sus verdugos modernos: los sicarios prosoviéticos del régimen fantoche. Y como siempre, el pueblo polaco, con sus impresionantes demostraciones de rebeldía y heroísmo, se ha hecho digno merecedor del apoyo de los revolucionarios del globo entero.

Al filo de la medianoche del sábado 12 de diciembre, el gobierno de Varsovia, usurpado por los militares, implantó la ley marcial y adoptó una runfla de medidas represivas, aplicando al pie de la letra los dictados de Moscú que desde tiempo atrás exigía mano de hierro contra la indisciplina social y los reclamos democráticos de los obreros. Con el objeto de aterrorizar a la ciudadanía para luego reducirla, los decretos de emergencia van desde la ¡legalización de las organizaciones gremiales y el arresto para los instigadores de disturbios, hasta el anuncio de pena capital contra quienes promuevan el cese de la producción en sectores vitales. En las cárceles han parado decenas de miles de personas, entre las que se cuentan numerosos dirigentes del sindicato Solidaridad, prohombres de viejas administraciones destituidas y no pocos miembros del Partido Obrero Unificado Polaco. La militarización fue total. Las tropas han allanado las factorías, los tanques han patrullado las calles de las ciudades y el acribillamiento de los insumisos no se ha dejado esperar. Se les interrumpió el servicio telefónico a los particulares, se silenciaron los despachos de la prensa no oficial y por la televisión aparecieron uniformados en lugar de los periodistas habituales. En fin, Polonia ha sido sitiada, incomunicada y mancillada.

Imposible predecir el rumbo concreto que tomarán en el inmediato futuro los acontecimientos en aquel clave país de la Europa centrooriental, con más de 35 millones de moradores. Empero, por las hondas raíces de su desbarajuste eco-

nómico, por el calado y la magnitud del combate popular, por su ubicación geográfica, por el punto de ebullición a que han llegado las discordias mundiales, particularmente la disputa de las dos superpotencias, el detonante polaco está y seguirá allí, en medio de la leonera, listo a contribuir al desencadenamiento del estallido general. Lo que se ha incubado durante años, con la participación decidida de millones de gentes y como fruto de la convergencia de múltiples factores, no será extinguido con los mandamientos sanguinarios de un ucace, o de varios. Pese a la fulminante maniobra de los esbirros y al inevitable desconcierto que para cualquier contingente ocasiona el verse de pronto privado de su máxima comandancia, las erguidas y valerosas respuestas de los trabajadores han repercutido en el ámbito universal. Las cosas no marcharán tan viento en popa para los guardianes del orden, cuando el Kremlin, no obstante sus cínicos pronunciamientos en pro de la no intervención foránea, ha reiterado a sus títeres la promesa de socorro militar, sin excluir obviamente una campaña de ocupación, si la resistencia contra la tiranía establecida pone en peligro el corto reinado del general Jaruzelski. Desde luego, habrá cambios en las formas de lucha y de funcionamiento de los fortines insubordinados, los cuales ya no podrán conspirar a plena luz del día, sostener y coordinar fácilmente las huelgas, o efectuar esos magníficos despliegues multitudinarios que estropearon la reputación de la burocracia lacaya. La clase obrera deberá amoldarse a las nuevas circunstancias y reagrupar sus efectivos disgregados violentamente. Lo que al principio el movimiento pierda en locomoción y envergadura lo ganará en profundidad y dureza, puesto que el enemigo, al haberse destapado tal cual, mostró los intolerables designios de imponer su despótica voluntad, aun a costa del degüello de todos los polacos.

De otro lado, las resonancias internacionales de los sucesos recientes de esta nación enganchada a la coyunda soviética se palpan no sólo en las declaraciones de condena emitidas por los Estados de Occidente, que se acompañan con severas advertencias a los mandatarios rusos para que se abstengan de invadir como a Checoslovaquia en 1968, sino en la contagiosa simpatía que despiertan las proezas polacas entre los pueblos de las diversas latitudes. A Moscú y a Washington, las capitales de las dos más poderosas metrópolis de la Tierra, les preocupa vivamente el desenlace de la crisis, a la que siguen y cuidan de cerca, dentro de una encendida controversia de mutuas recriminaciones y amenazas. A la primera, porque la salida del corral del díscolo vecino configuraría un patrón sumamente pernicioso para el resto de sus vasallos coloniales y asestaría un recio golpe a sus sueños de gendarme del universo. A la segunda, porque los desarreglos y conmociones en la vasta retaguardia de su mortal contrincante le permiten recuperar cierta iniciativa, después de que éste le ha sustraído consecutivamente,

en el transcurso de algo más de un lustro, considerables porciones de Asia, África y América Latina. Rusia no asistirá con los brazos cruzados a la reducción de su área de influencia cuando de lo que se trata es de incrementarla. Brezhnev, a semejanza de Hitler en 1939, también está dispuesto a tentar los dioses de la guerra por Polonia, mas no para conquistarla, para conservarla. Y Reagan, que ha dejado suficientes constancias de su ánimo belicoso y al que lo saetean los aprietos por doquier, no desaprovechará la oportunidad de procurar recomponer los deteriorados negocios norteamericanos en otras partes, verbigracia Centroamérica, recurriendo asimismo al fuego y a la intimidación. Por donde se mire, el conflicto tiende a propagarse entre el otrora prepotente imperio yanqui, que hoy se bate en retirada para mantener sus viejas potestades, y los redivivos zares del Kremlin que, tras sus ambiciones de hegemonía mundial, pasaron a la ofensiva asumiendo el papel clásico del agresor.

A los pueblos de todas las nacionalidades el crudo invierno polaco les trae una fresca evidencia de la catadura imperialista de la Unión Soviética y de la lamentable condición de los países sometidos a su arbitrio. Aunque los revisionistas rusos y sus acólitos en el exterior achaquen los desórdenes encabezados por los partidarios de Solidaridad a las intrigas de Occidente y el caos económico a la ineptitud de algunos ex funcionarios, la situación ha alcanzado visos tales de gravedad para que sus genuinas causas puedan ser soslayadas con la quema de propaganda barata. Antes que nada, la postración de Polonia originase en los descalabros de una economía en franco retroceso, que, además de encontrarse escandalosamente endeudada en alrededor de 30.000 millones de dólares, se exhibe incapaz de proveer a la población de los medios elementales de subsistencia. La escasez, la carestía y el racionamiento, que fueron el pan de cada día durante el último decenio, precipitan torrentes de indignación popular que con frecuencia los órganos represivos sofocan de manera vandálica. La inestabilidad en el mando, consecuencia de lo anterior, constituye otra peculiaridad muy típica de este período. Gomulka abandona el Poder luego de los cruentos choques que les costaron la vida a 45 proletarios del puerto de Gdansk en los inicios de los años setentas. Gierek intenta combinar el garrote con la persuasión, y su gobierno se desploma sacudido por las movilizaciones y los paros obreros. Kania propicia un desesperado entendimiento con los sindicatos, pero el antagonismo entre la masa laboriosa y el régimen ya no permite conciliar las dos posiciones, y tuvo que ceder el puesto a Jaruzelski, el comisionado de soltar los mastines del fascismo.

Sin embargo, el trasfondo de semejante cuadro de bancarrota y de terror habrá que indagarlo en los desastres de la sojuzgación soviética. Los polacos, al igual que los colombianos, laboran para la opulencia de un amo extranjero y

no para su propio bienestar. La variante estriba en que sus esquiladores se enmascaran de “socialistas” y de adalides del “internacionalismo proletario”, con lo cual buscan embaucar y eludir las iras de los obreros del mundo. ¿Mas qué clase de socialismo es aquel en que la planificación estatal y las prioridades del desarrollo se determinan por las conveniencias de otro Estado más pudiente; o en que la conformación de alianzas o bloques económicos y militares se erige sobre la base de la “soberanía limitada” del país pequeño, según lo demandan sin tapujos las autoridades rusas para su comunidad de naciones cautivas? Ninguna atracción, ningún entusiasmo provocará entre los desposeídos del planeta ese modelo de sociedad, la metástasis polaca, que en lugar de suprimir las lacras del coloniaje capitalista, al cabo de treinta y tantos años de existencia las reproduce fatalmente en la anarquía y el entramamiento de la industria, el retraso de la agricultura, las abultadísimas cifras de la deuda pública, el desfogue de la inflación, los fundados rumores de la corrupción administrativa y, especialmente, en los métodos antinacionales y antidemocráticos para resolver las contradicciones internas y aplastar a los forjadores de la riqueza. Dichos males se parecen demasiado al drama de las débiles repúblicas del Tercer Mundo víctimas de los vetustos imperialismos, para ser presentados cual un anticipo del venturoso porvenir que le espera a la humanidad emancipada de las pesadillas de la explotación.

Resulta impostergable, entonces, señalar los motivos del retorno de Polonia al pantanero mucho después de derrotar las hordas nazis en 1945, instaurar un gobierno de ascendencia popular y encaminarse hacia la materialización de las metas de la revolución proletaria, entre otras cosas porque la burguesía occidental se solaza divulgando la versión de que las predicciones de Marx fallaron y, gracias a ello, ya no ejercen satánico magnetismo sobre las muchedumbres indigentes. Si los rendimientos de la organización social de los trabajadores no son sustancialmente mejores que el peor perjuicio del capitalismo, sobran la más leve acerbidad en la polémica, la lucha de clases y los costos de una transformación radical de lo existente. Dedicuémonos más bien a limar los aspectos negativos, evitar las injusticias, barrer los excesos y desmanes del sistema que, pese a levantarse sobre el trabajo asalariado, o la esclavitud del “hombre libre”, nadie ha inventado bajo el sol otro edén ni siquiera mencionable. Así discurren, farisáicamente, los representantes políticos tradicionales de los explotadores, denominense liberales, conservadores, socialdemócratas, favorecidos con el alevoso comportamiento de los soviéticos y sus secuaces.

Pero el socialismo no ha fracasado; lo han traicionado, que es muy distinto. Desde los redactores del *Manifiesto comunista* hasta el artífice de la Revolución Cultural Proletaria de China, pasando por el fundador del bolchevismo, los guías magistrales del movimiento obrero han advertido que en la sociedad socialista,

al constituir únicamente una etapa de transición hacia la abolición de las clases y de las desigualdades nacionales, todavía continúa la implacable pugna entre las obsoletas facciones desprovistas del Poder y las fuerzas avanzadas que lo han obtenido; y por ende perdura el peligro del restablecimiento de los privilegios del pasado, a cargo de los enemigos abiertos y encubiertos, nativos y extranjeros, de dentro y de fuera del aparato gubernamental. Durante un trayecto harto prolongado no se sabrá quién vencerá a quién. El proletariado ha de persistir en su dictadura, blandiendo los instrumentos propios de la contienda política: democracia, plena democracia para las masas trabajadoras y sus aliados, anulación de todo derecho para la oligarquía y la reacción en general, aplastamiento de las actividades contrarrevolucionarias, respeto por la soberanía y autodeterminación de las naciones... ¿Se puede afirmar a priori que un Estado obrero no actuará al contrario, o no caerá en manos de los elementos restauradores, es decir, que en vez de darle garantías al pueblo se las otorgue a minorías parasitarias, y se convierta, a nivel internacional, ya en una colonia expoliada, ya en un imperio expoliador? ¿Con base en qué fundamentos teóricos o experiencias prácticas se negaría absolutamente tal eventualidad? ¿Con el criterio de que la historia marcha siempre hacia adelante y nunca da pie atrás? ¿Con la ingenua creencia de que los obreros, cuando aferran el timón de un país, se inmunizan contra los intentos revanchistas y regeneradores de sus adversarios? Al revés, la lección de los siglos refiere que aunque las corrientes revolucionarias terminan primando a la larga, a menudo transcurren por confusos y convulsos interregnos de reflujos y resacas. Una de las más rotundas discrepancias del marxismo-leninismo con los revisionistas contemporáneos consiste precisamente en que éstos no alertan, ni reconocen, ni siquiera mientan la posibilidad de la restauración burguesa bajo el socialismo. Para los rusos sería tanto como reconocer sus fechorías y recabar su misma destrucción, actitud que no van a asumir jamás.

Pues bien, Polonia, con su deprimente y frustrante espectáculo, compendia uno de esos fenómenos de involución social de común ocurrencia. Sus ansias de progreso tropiezan con la distribución discriminatoria de tareas y de prioridades diseñadas por el CAME, el convenio económico impuesto a los países satélites de la Unión Soviética, de modo análogo a como en las centurias precedentes el descuartizamiento de su territorio y la supervivencia de los estamentos más retardatarios de su aristocracia feudal, debidos entonces a la sojuzgación de las potencias colindantes, asfixiaron su empuje productivo y la relegaron al atraso. Los grilletes de la dominación foránea vuelven a ser causantes de su penuria material. Su pueblo se halla al margen de los organismos estatales y de nuevo han sido encumbrados los círculos menos representativos y más holgazanes de su colectividad. La democracia pertenece otra vez a éstos, mientras las medidas

punitivas llueven sobre sus obreros, a quienes se les prohíbe la huelga, la organización y el ejercicio de los demás derechos. Sus gobiernos nacen y mueren a los bramidos del Kremlin, y su suelo, hendido por las divisiones del irónicamente bautizado Pacto de Varsovia, se torna en zona de seguridad nacional para los hegemónistas soviéticos, a los que enceguecen las manifestaciones de patriotismo de los millones de afiliados a Solidaridad. Sí, es del Oriente de donde regresó el déspota, la Santa Rusia de la era del socialismo, a reencadenar la miseria polonesa a los caprichos inapelables del ahora también principal baluarte de la reacción europea y mundial.

Las desfiguraciones del régimen de Polonia corresponden exactamente a las deformidades de los renegados del comunismo de los Soviets, que desde Kruschev acá han atrapado en sus redes y puesto en servidumbre a las naciones que se atreven a acercárseles sin tomar las precauciones del caso. Los dirigentes de países como Cuba y Viet Nam, a punta de actuar de testaferros en Angola, Indochina, o en cualquier otra parte de la arena internacional adonde los arrastra la codicia de sus señores moscovitas, enlodaron los emblemas con que no ha mucho enardecían a las multitudes soliviantadas y han concluido pasándoles a sus respectivos conciudadanos las cuentas de cobro por las hazañas filibusteras. Recordemos con el marxismo la máxima de que un pueblo que oprime a otro no es libre; y si lo fue dejó de serlo, porque ensamblar ejércitos de asalto, transportarlos y sostener guerras de ocupación consume inmensos recursos que se sufrajan con gravámenes abultados, excesivas jornadas, descuido de ramas industriales, desequilibrio del mercado, bajas humanas, sacrificio sin cuento y, finalmente, con la mordaza y el látigo, imprescindibles para prevenir la inconformidad. Poco o nada influye que el Estado en cuestión se moteje de democrático-popular o de socialista; igual se desgasta políticamente, concitando sobre sí la malquerencia de sus subalternos y el recelo cósmico. Los jefes de la URSS, fuera de depravar y sumir en el infortunio a las repúblicas condenadas a su protección, labran asimismo su propia desgracia. He ahí la moraleja de su fábula. Navegan en un mar de inextricables contradicciones. A cada exabrupto de su conducta socialimperialista suenan más repulsivos sus juramentos de benefactores de la especie. Claman por la “distensión” pero siguen extendiendo sus tentáculos letales tras lo que no les pertenece. En Polonia exigen la masacre para no invadir y en Afganistán invaden para masacrar; y detrás de cada una de semejantes tropelías se encuentra, sin falta, la solicitud de una marioneta suya requiriendo la “cooperación internacionalista”. Cuando los cogen con las manos en la masa, en flagrante delito de colonialismo, se salen frescamente acusando a sus críticos de “bandidos contrarrevolucionarios”. Creen que engañan, mas sólo hacen el hazmerreír y se aíslan progresivamente.

Por ello reiteramos que tales procedimientos y digresiones no se compadecen ni con los postulados ni con los intereses de la causa obrera. Ninguna identidad guardan con las premisas fundamentales del socialismo científico que proscribe la más pasajera explotación entre las personas y entre las naciones. La única forma de sacar indemne esta verdad de la prueba histórica que afronta será proclamando a los cuatro vientos y sin balbuceos la felonía y la farsa soviéticas. ¿Cómo es eso de que un país socialista considere espacios ajenos cual “zonas de seguridad” de su exclusiva incumbencia, en donde se arrogue el derecho tiránico o el deber “revolucionario” de dictaminar el tipo de gobierno que les viene a los habitantes del lugar, los mecanismos con que han de dirimir las disensiones domésticas, o hasta dónde han de llegar las reformas? ¿Las imposiciones de los amos del Kremlin al pueblo polaco no son acaso un calco vulgar de las consabidas injerencias de los Estados Unidos en sus neocolonias?

Si con el pretexto de “mi zona” se bendice la entronización de Jaruzelski, ¿con qué cara se estigmatiza la ascensión de los espoliques norteamericanos marca Pinochet? A los imperialistas siempre les ha parecido una transgresión inaudita de las normas de convivencia la menor intriga de las metrópolis competidoras dentro de sus esferas de dominio, mientras califican sus propias intromisiones de dispensas naturales y legítimas. Los socialimperialistas modernos obran idénticamente, Según la cólera de Reagan, las maniobras de Brezhnev por adueñarse del Caribe patentizan una infracción inconcebible del principio de no intervención, mas no la presencia en El Salvador de unidades del ejército estadinense que asesoran a los genocidas de la Junta Militar. Y viceversa, para éste son inadmisibles y atentatorias de la paz mundial las baladronadas de Washington y las plegarias de Roma con que Occidente calcula sacar tajada de la fascistización de Polonia, pero le parece un honroso aporte a la armonía universal su manipuleo del gobierno de Varsovia en la noche de los cuchillos largos del 12 de diciembre. A los defensores del movimiento comunista, tan vil e hipócritamente escarnecido por el revisionismo contemporáneo, les compete precisar que no se acogen a ninguno de los dos alegatos expuestos, los cuales, no obstante la acrimonia y la semejanza formal, no expresan más que los agudos altercados entre ambas superpotencias por el control del orbe. La opinión esencialmente contrapuesta, la que vela por el destino promisorio de los trabajadores de todos los continentes y permanece fiel a las enseñanzas imperecederas del marxismo-leninismo, parte del supuesto de que el derecho de las naciones a la autodeterminación no es una simple fórmula ritual a la que puedan recurrir los saqueadores para absolver sus crímenes, sino la piedra angular del internacionalismo proletario, así como de toda democracia y de todo socialismo verdaderos. Quien no proteste por la intromisión de un país en los asuntos de otros, tolere la más mínima intimidación.

ción u opresión nacional sobre un pueblo, o se comprometa con las agresiones internacionales de determinada república, con las razones que fueren, será un chovinista incorregible, un agente extranjero, un revisionista adocenado, un pobre diablo, lo que sea, pero jamás un demócrata consecuente, ni mucho menos un socialista militante.

Los partidos *mamertos* a menudo arman algarabía alrededor de la democracia, que prefieren identificar con el término gaseoso de “derechos humanos”, plegándose hasta en eso a la concepción burguesa que tiende a diluir el contenido de clase del problema y a ocultar el aspecto central de qué fuerzas sociales poseen el Poder y, por tanto, a quiénes les concede el Estado las garantías y libertades y a quiénes se las niega o escatima. En una dictadura proimperialista como la colombiana las decisiones las toma la oligarquía conforme a las pautas trazadas por los monopolios norteamericanos y en contra del querer de las abrumadoras mayorías constreñidas, aunque se pregone a voz en cuello que el pueblo es soberano porque sufraga en las elecciones y disfruta de una que otra mentirosa prerrogativa. Algo similar acontece en cualquier república, socialista o no, maniatada por presiones económicas o chantajes de agresión y cuyos actos se aprueban previamente por gabinetes que sesionan a kilómetros de sus fronteras. Bajo un régimen que respira gracias a una invasión militar o a las “ayudas” de otro, las masas laboriosas no tendrán jurisdicción y mando, ni sus pareceres contarán para nada, así la constitución las designe depositarias de la dictadura del proletariado. En un mundo en el que prevalecen aún las diferencias nacionales, el primer requisito de la democracia, no de la burguesa sino de la obrera, no la de papel sino la real, la que empieza por desentrañar la naturaleza clasista del Estado y pugna por la supremacía de los desvalidos sobre los desvalijadores, descansa en la soberanía y la autodeterminación de las naciones, que se entienden como la atribución de cada pueblo a darse el género de gobierno que a bien tenga, sin coacciones de ninguna índole. A este precepto se le adosa otro no menos enjundioso: el que las revoluciones no se exportan, dependen de las condiciones específicas de cada país.

El socialismo habrá terminado su misión en la Tierra cuando desaparezcan las clases y las disparidades nacionales, pero mientras tanto ha de esmerarse en el cabal apuntalamiento de los soportes de la democracia. En lo interno, amplísima participación de las masas populares en las entidades del Estado y en sus ejecutorias, igual en las administrativas que en las de sujeción de las minorías reaccionarias; y en lo externo, escrupuloso acatamiento a la facultad privativa de los pueblos a autodeterminarse soberanamente. La sociedad proletaria que se enruta hacia la eliminación de toda represión política y hacia el derrumbe de las murallas que parcelan a los hombres en naciones, no cristalizará su encargo

sino recurriendo a esa represión, pero a través de su hechura más democrática, el gobierno de los trabajadores, y permitiendo que dichas murallas nacionales alcancen su máximo apogeo mediante la prescindencia de la menor coerción entre los países. No hay otro modo de emprender los gloriosos cometidos de la revolución socialista. Nada de esto tiene lugar en Polonia, en donde quienes ponen los presos y los muertos son los operarios de las minas, de los astilleros, de las fábricas; y los acaparadores del Poder proceden exclusivamente de las élites cimeras del Ejército, del Partido y del Ejecutivo, una burocracia podrida cuyos irritantes fueros emanan de su obsecuencia con los socialimperialistas soviéticos. La libertad polaca, florecida sobre la tumba del nazismo tras épicos esfuerzos por reunificar la patria secularmente desmembrada, vuelve a marchitarse ante la rapiña de los actuales depredadores, más ominosos que los antiguos, ya que disponen a su antojo de una concentración, económica y estatal, infinitamente superior a la que conocieron los Romanov. Rusia se ha transmutado en un imperio en expansión, foco primario de la tercera conflagración mundial, que no será sosegado con las aguas lustrales de los apóstoles del apaciguamiento. A mediados de 1975 atrapó a Angola patrocinando una expedición de mercenarios cubanos; vinieron luego Kampuchea, Lao, Afganistán, y caerán nuevas presas, porque la fiera cebada se hace insaciable. Sólo el alistamiento de la lucha enérgica y mancomunada de los pueblos, de los revolucionarios, de los países no agresores, de los portaestandartes de la coexistencia pacífica internacional, logrará parar a los hegemónistas soviéticos.

La importancia de la resistencia de Polonia radica en que le infunde remozado aliento al gigantesco frente de contención contra el socialimperialismo. Hoy como ayer su gesta se entrelaza con las corrientes más progresistas de la época. Marx y Engels consignaron en el *Manifiesto*: “Entre los polacos, los comunistas apoyan al partido que ve en la revolución agraria la condición de la libertad nacional”¹. Imitándolos, diremos a los 134 años que nosotros también respaldamos, entre aquellos combatientes, a quienes vean en la revolución social, en el saneamiento de la superestructura, el rescate de la soberanía conculcada.

Nota

1. Carlos Marx y Federico Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, en *Obras Escogidas*, Tomo I, Moscú, Editorial Progreso, 1973, p. 139.

La vigencia histórica del marxismo

Tribuna Roja N° 45, marzo de 1983

Al cumplirse el 14 de marzo cien años de la muerte en Londres de Carlos Marx, el Partido decidió valerse de la conmemoración para estudiar y difundir los hallazgos del genial alemán, cuyo sistema de pensamiento, designado honoríficamente con su nombre, alumbra la lucha emancipadora del proletariado. Con tal motivo se constituyó una comisión para que coordinara las múltiples actividades con que celebramos la efemérides. Entre las orientaciones impartidas por el Comité Ejecutivo Central se destacó la de no limitar la campaña educativa a los textos de Marx y Engels, sino ampliarla y sustentarla con los acopios posteriores de sus principales discípulos, Lenin, Stalin y Mao. Recomendación pertinente, pues se trata de remarcar la trascendencia del marxismo. ¿Y de qué modo mejor que el de empezar por reconocer los reportes sobre los magnos transformadores sociales que debieron sus éxitos al rigor con que interpretaron las instrucciones de aquéllos y a la lealtad con que los defendieron?

Los ideólogos de la burguesía, ante la arrolladora ascendencia del creador del socialismo científico, acrecida con el paso del tiempo, lejos de ignorar sus prédicas cual lo intentaron en sus albores con la “conspiración del silencio”, ahora se empeñan en pervertirlas, desligándolas de las “impurezas” y “atrocidades” de sus continuadores y absorbiéndoles su savia revolucionaria. Reducir el marxismo a las ejecutorias de los expositores del *Manifiesto Comunista*, además de despojarlo de su verdadera dimensión histórica, significaría negarle su infinita capacidad de desarrollo.

Si ha habido un método ideológico que cimente su pujanza en la ninguna resistencia a la evolución; en la predisposición a ajustarse o aprovecharse de las modificaciones que traen consigo los procesos naturales y sociales y los adelantos de las ciencias, ésa es la concepción del mundo elaborada por Marx y Engels. No configura un dogma cerrado o acabado al que ya nada ni nadie consigue

enriquecer, o que se marchite ante la marcha incesante de los acontecimientos. Su fundamento materialista y dialéctico le permite mantenerse al día y a la vanguardia del combate por los cambios en la naturaleza y la sociedad, y requiere, por ende, de las contribuciones que de cuando en cuando efectúan los portadores del progreso de los diversos países. Existe sólo a condición de que se innove. De ahí el interés que muestran las capas “cultas” para mantenerlo, contrariando su esencia, como un compendio disecado, sobre el que suena bueno lucubrar doctoralmente, mas al que hay que anularle cualquier incidencia creadora en los hitos de la revolución mundial, mientras no sea para achacarle los fracasos. Pero el pleito es gratuito. Los sucesos de aproximadamente ciento cuarenta años, desde el momento en que aquél quedara estructurado en sus rasgos fundamentales hasta hoy, ponen de manifiesto sus inmensas repercusiones, y que, distante de perder lozanía, se halla cada vez más resplandeciente, más actualizado, más victorioso. Justamente la frustración de las grandes gestaciones revolucionarias en dicho transcurso han de abonársele a la revisión u omisión del marxismo y no a su puntual observancia.

Los lineamientos teóricos dilucidados por los autores de *La ideología alemana* comienzan a perfilarse en el periodo en que las masas obreras de las naciones industrializadas de entonces ensayaban sus ataques contra el orden burgués establecido; contra ese mismo orden tras el cual se habían movilizado a la zaga de sus explotadores durante las rebeliones antif feudales, y que luego, sin comprenderlo muy bien, se volvía contra ellas y aparecía como la primera causa de su sojuzgación y la razón última de todas sus desgracias. La “igualdad” prometida no era más que un formalismo legal para encubrir la esclavitud asalariada. La “libertad” estatuida garantizaba únicamente las transacciones mercantiles del capitalismo, en las que al trabajador se le estima cual una mercancía más. Y la tan socorrida “fraternidad”, prohibida para los desposeídos, no pasaba de ser la que brinda el dinero. El proletariado europeo salta a la palestra en las décadas iniciales del siglo XIX y por su cuenta y riesgo emprende los embates contra la nueva extorsión sacralizada, pregonando con su rebeldía el asomo de un enorme sector social que, a semejanza de los anteriores, se reservaba también el derecho a moldear el mundo conforme a sus propias conveniencias. Con dos diferenciaciones: una, que nunca antes se lo había propuesto ni podía proponérselo la fuerza esclava de la sociedad; y otra, que el triunfo suyo, la instauración de la dictadura de dicha fuerza, desembocará en el término de todo tipo de explotación entre los hombres y por tanto en la supresión de las clases. A Marx le corresponde la distinción de proporcionarle el sustento a esta lucha y de dotar, a los artífices recién surgidos, de los materiales ideológicos indispensables con qué culminar la obra transmutatoria. El marxismo, que no irrumpe en ninguna otra época pretérita por ausencia

de las condiciones reales que lo hicieron posible, inaugura una era entera en la historia de la humanidad. De no haber sido del cerebro germano nacido en Tréveris el 5 de mayo de 1818, aquellas herramientas espirituales hubieran brotado de cualquier otro, porque toda alteración en la estructura económica se refleja inexorablemente en las instituciones y demás campos de la actividad social, con sus respectivos conflictos entre segmentos de la población, bandos, dirigentes, ideas, y el proletariado de cualquier modo se habría armado y pertrechado para su justa. Esto no lo ignoramos; pero asimismo podemos estar seguros de que la contextura marxista en que encarnó tal necesidad histórica luce irreemplazable por la hondura del examen, la vastedad de los temas, la belleza de la forma. Para lograrlo Marx ha de empeñarse en el análisis del capitalismo y probar que éste no integra la etapa definitiva sino que representa un escalón más del desarrollo, y que, cual los precedentes, nace y perece al cumplir su ciclo. Acaba con los sueños de la eternización del régimen burgués, al verificar que éste, al igual que los otros, perecerá cuando el incremento constante de las fuerzas productivas se vea estancado por las relaciones de producción que antes lo favorecían. Máxima ley de todos los sistemas que han prevalecido y que bajo el capitalismo se expresa particularmente en la antítesis entre el alto grado a que llega la socialización de la producción, de una parte, y de la otra, la distribución anárquica y la apropiación individual de los instrumentos y medios de la misma.

Aun cuando aquellos criterios estaban llamados a revolucionar toda la historiografía anterior, librándola del idealismo y de la metafísica y descubriéndole su hilo conductor con arreglo al cual se mueve, el autor de *El Capital*, en lugar de pretermir las prodigiosas conquistas del conocimiento, se apoya en ellas y de ellas parte para erigir su edificio conceptual. En este sentido el marxismo es fruto y semilla de lo mejor del intelecto humano, del cual recoge cuanto fuere rescatable, desechando lo que riña con la realidad o la falsee, y al cual le retribuye generosamente, tan sólo restringido por las limitaciones y el penoso ascenso del saber científico. Así como Marx fue implacable con toda superstición religiosa, filosófica o de cualquier otra índole, recibía con gozo juvenil las revelaciones de un Darwin, de un Morgan o de un Laplace. Hereda la dialéctica hegeliana, pero la voltea, ya que, cual él mismo decía, se hallaba invertida, con los pies hacia arriba, corrigiéndole su arrevesada inspiración idealista. De Feuerbach adopta su postura materialista en la medida en que ciertamente lo era. Y de la conjunción de estas porciones incompletas de la filosofía alemana acopla su clarividente y armónica concepción y su método elemental y exacto: el materialismo histórico y dialéctico. Es la materia la que gobierna el espíritu, no al contrario; y nada está estático sino que todo circula y se modifica permanentemente. Marx halló que la primera necesidad de los hombres estriba en proveer los medios con qué

mantenerse y procrearse, para lo cual han de entrar en determinadas relaciones entre sí, el piso real que condiciona el resto de las manifestaciones sociales, como el Estado, la política, la cultura, en suma, la superestructura de la sociedad. Aunque las alteraciones en la base económica acarreen las mutaciones en la superestructura, y ello sea lo principal, ésta también evoluciona por sí misma e incide sobre aquélla, y a veces de manera decisiva, cual sucede en los desenlaces revolucionarios. Otro tanto pasa en la naturaleza, en donde las cosas cambian y se influyen mutuamente, alternándose los papeles en el curso de su desenvolvimiento. Lo que ora es efecto, luego actúa de causa y viceversa. Lo que se desempeña como general en un contexto, en otro lo hace de particular. Lo que ayer fue especie, mañana será familia, y así hasta el infinito. Tal la dialéctica de los procesos materiales que se reflejan en la dialéctica del pensamiento, síntesis suprema en que, en virtud del marxismo, culminan milenios de vigiliias y divagaciones filosóficas.

Asimismo, ayudándose con el repaso crítico de la economía política inglesa y desarrollando los ingentes esfuerzos investigativos al respecto, el redactor en jefe de *La Gaceta del Rin* desentraña los misterios del valor de uso y del valor de las mercancías como sustratos, respectivamente, del trabajo concreto o útil y del trabajo abstracto o social; y corre el velo al secreto de la ganancia y del enriquecimiento del capitalista al averiguar la plusvalía y al explicar cómo ésta no es más que la parte no retribuida del trabajo del obrero, y que acumulada en las manos de aquél se convierte en fuente de la fortuna y la omnipotencia de unos pocos y de la ruina y el sometimiento de muchos. El asalariado vende su fuerza de trabajo, una mercancía cuyo costo equivale al mantenimiento suyo y de su familia y que al usarse, o consumirse en trabajo, crea un producto superior, con el cual se cubre dicho costo, quedando un excedente, que es el que se embolsa el dueño de la fábrica. A la par con la acumulación capitalista ocurren el auge constante y acelerado de la producción, la relegación del operario por la máquina y el descenso de la cuota de ganancia, fenómenos que se traducen en crisis periódicas que obligan al capitalismo a suspender drásticamente su carrera, la que reinicia de nuevo, sólo después de que haya eliminado buena cantidad de sus fuerzas productivas con la quiebra de las empresas y el despido de los obreros. Un modo económico que condena a la indigencia a millones y millones de personas a tiempo que permite la mayor eclosión de bienes; riquezas colosales que carecen de pronto de quiénes las compren y disfruten, y muchedumbres abigarradas de hambrientos que sucumben ante una opulencia jamás vista. Un modo económico que tiene que sacudirse traumáticamente sus propios progresos y que mientras más se desarrolla más evidencia la indefectibilidad de una organización social distinta que encauce y se compadezca de tales progresos.

Marx prohija los anhelos del socialismo francés de erradicar las arbitrariedades que se han hecho patentes en el ordenamiento plantado sobre la explotación burguesa. Mas le reprocha sus quimeras; sus “falansterios”, bancos proudhonianos de intercambio y demás panaceas inventadas al margen del curso económico y de la pugna entre los antagónicos estratos sociales; sus ilusiones de convencer a los expoliadores para que voluntariamente se comidan a abrazar el evangelio de una virtuosa y filantrópica justicia. Contra tan pueriles utopías socialistas intercede por un socialismo científico, que sea la resultante natural del discurrir histórico, la ulterior construcción orientada sobre lo legado por el capitalismo fenecido, que se abra paso a través de la lucha de clases y distinga en el proletariado a su beneficiario, el agente que ha de encargarse de imponerlo. Las revoluciones del siglo XX, la rusa y la china entre ellas, refrendaron estas soberbias deducciones, así como han ratificado, junto con los extraordinarios avances de la ciencia en los más disímiles campos, las certezas y la utilidad de la metodología materialista y dialéctica. ¿Y quién niega, por ejemplo, que el crac de 1930, o los trastornos recesivos de 1970, o los de 1975, o los que en la actualidad afectan turbulentamente a los países más desarrollados, no son una palmaria demostración de las teorías marxistas, pese a que el capitalismo se ha trocado en monopolístico y contabiliza a su haber los incalculables recursos hurtados a los pueblos sometidos del orbe?

Una guía para la acción

Debido a que no desciende de los reinos celestiales, como han sobrevenido las esotéricas doctrinas que buscan en los designios divinos la clave de las candentes incógnitas de la creación, y a que, en cambio, germina en la tierra fértil de la realidad, de donde desarraiga sus postulados en lugar de preconcebirlos, el marxismo engloba conclusiones, verdades y diagnósticos aplicables a las diversas circunstancias existentes, de los cuales nos servimos a objeto de descifrar las peculiaridades específicas de nuestro país y de nuestra causa. Y debido también a que su estilo investigativo exige la evaluación concreta de las condiciones concretas y da por sentado que éstas varían de acuerdo con sus leyes internas y sus relaciones externas, si lo esgrimimos adecuadamente, calaremos las diferencias o analogías de Colombia con los demás Estados y el sentido y la velocidad con que aquéllas se alteran.

Cuando en la segunda mitad de la década del sesenta rebatíamos los embrollos de grupos camilistas que, como Golconda, apostrofaban contra el rol dirigente del proletariado en el proceso revolucionario, no hacíamos otra cosa que recurrir a los asertos marxistas, que confirman de qué manera las huestes obreras crecen y se robustecen constantemente con la expansión de la industria mientras las otras clases se descomponen sin remedio. ¿Y qué hemos hecho

cuando catalogamos a Colombia de nación neocolonial y semifeudal que gira en la órbita del imperialismo norteamericano, y de nueva democracia a la revolución que nos compete impulsar en esta etapa? Pues efectuar, con la asistencia de esa “guía para la acción”, la auscultación económica de los modos de producción prevalecientes en el país; identificar las disparidades de éste frente a las repúblicas capitalistas desarrolladas y sus similitudes con los pueblos del Tercer Mundo; distinguir las fuerzas sociales y discernir exactamente sus contradictorias funciones en la brega; preservar y hallar compatible la dirección proletaria con la naturaleza democrático-burguesa de la revolución; captar lo inaceptable y estéril de querer brincar etapas y pretender prescindir subjetivamente de cierto grado de capitalismo nacional, mientras éste cumpla aún una misión positiva y no haya agotado su decurso; comprender que la mayor urgencia de Colombia consiste en alcanzar la plena independencia y la cabal soberanía, cuyo cometido requiere de la colaboración de todas las clases, capas y sectores patrióticos y revolucionarios; prever que el régimen democrático que instauraremos se transformará en la sociedad socialista del futuro y, en fin, ubicar y atender todos y cada uno de los tópicos esenciales en los que descansa la suerte de las masas y del Partido. Y a esto, no hace mucho, calificaban los trotskistas colombianos de falta de originalidad o de calco mecánico, ya que admitimos la presencia de una burguesía nacional en nuestro medio, susceptible de aliarse con nosotros en la pelea por la liberación y contra el desvalijamiento imperialista, lo cual coincide con lo que refiere Mao de la China de antes de 1949. Se les ocurría exagerada postración a lo extranjero, demasiada enajenación mental, el colmo del culto al dogma, que tomáramos del gran timonel chino sus aseveraciones y procedimientos, en cuanto guardan de universales, para auxiliarnos al indagar por nuestras propias características, así como aquél los tomara de Stalin y Lenin, y éstos, a su turno, de Marx y Engels.

Se torna gratificante recordar tales episodios en el centenario de la muerte del director fundador de *La Nueva Gaceta del Rin*, porque esos mismos socialisteros a ultranza se transmutaron posteriormente en fervorosos y cercanos compinches de los revisionistas criollos, quienes han andado siempre tras las huellas de las más exóticas banderías burguesas, repitiendo la monserga liberal sobre los lunares o los dones de la democracia oligárquica y sobre las fórmulas para recomponerla, o matizando hasta más no poder la contraposición que media entre el régimen representativo burgués y el popular y revolucionario que precisa Colombia y por el cual ya vienen conteniendo valiosos y masivos sectores de la población. Tamaña confusión y tamaño envilecimiento se han reputado cual inteligentísima maniobra para ensamblar el frente único y unir a los explotados y oprimidos, pero en el fondo, fuera de entregar las riendas a la burguesía aliada y suprimir de un tajo la hegemonía obrera en la conducción de la alianza patriótica,

denotan el vacío absoluto de una política de principios, el desprecio olímpico por la teoría, en una palabra, el supino desconocimiento del marxismo, junto a la más pedante, superficial y estridente agitación de éste.

Una cosa es que de la disección que llevemos a efecto de la economía y de la conducta de las clases saquemos el proyecto general estratégico y táctico, y por ello advirtamos de la presencia de un fragmento burgués, constreñido por el imperialismo y marginado del mando, al que habremos de aproximar, facilitando su concurso con un programa democrático indicado, y otra diametralmente distinta secundar sus opiniones retardatarias y correr tras él, sobre todo cuando se pliega dócil a la reacción gobernante y le da la espalda a la revolución. Entonces no queda más disyuntiva que enmendarle la plana, impugnando sus vacilaciones e inclinaciones inmanentes a su condición social, y romper el acuerdo, si lo hay, a la espera de que pase la resaca y soplen los vientos benignos, el ciclón revolucionario. Lo que se dice un viraje táctico conveniente y en el plazo oportuno. De ello nos ocuparemos un poco más adelante. Sin embargo, no quisiéramos concluir el asunto que estamos abordando sin agregar algo más.

Del hecho de que en nuestro país, por su estancamiento relativo y el vasallaje externo, subsista una pequeña y mediana producción de tipo empresarial, tanto en la ciudad como en el campo, que urja medidas proteccionistas y ciertas libertades para no asfixiarse ante la extorsión de las capas monopólicas y parasitarias, y de que los representantes de aquellas formas productivas todavía puedan contribuir económica y políticamente a nuestro desarrollo, no se desprende que a la burguesía y a su sistema no les haya transcurrido, y desde hace rato, su momento histórico. El porvenir ineluctablemente ya no les pertenece. Y allí donde esta clase, o una parte de ella, consiga justificar sus aportes, como en el caso colombiano, su labor, con lo enjundiosa que llegue a ser, estará limitada por sus fatales impedimentos, sus irresoluciones, su innata debilidad, su temor a extinguirse. La gesta emancipadora la fortificará pero le espanta, porque presiente sus riesgos. Al proletariado no es que la revolución le convenga, así escuetamente, sino que constituye su elemento, su *modus vivendi*; y cuanto más honda sea, cuanto más categóricamente socave el antiguo orden, más realizado se verá, más íntegro será su poder.

Engels relata cómo, en las jornadas de mediados del siglo XIX, cuando los capitalistas estaban derribando el feudalismo y perfilando sus Estados nacionales, el crítico del *Programa de Gota* le recomienda al proletariado, desde luego, que participe, pues con el advenimiento de la república se eliminan todas las interferencias que obstruyen su lucha de clases; y que apoye al destacamento burgués más consecuente y radical, pero cuidándose de postrarse ante los halagos, o de aceptar los ofrecimientos que le hiciere el régimen recién instalado, y resguar-

dando celosamente su independencia política, para no traicionarse a sí mismo. Si esa advertencia ya era un deber indelegable de los trabajadores en las calendas en que el capitalismo se hallaba en su curso ascensional, ¿qué diremos hoy de nuestros acuerdos con la fracción progresista de la burguesía, cuando el mandato revolucionario histórico de ésta finiquitó hace casi una centuria y desde entonces se inauguró la época de la revolución mundial proletaria? Definitivamente los revisionistas, cual reza su apelativo, son unos renegados del marxismo.

Las enseñanzas sobre la táctica

Marx, el más glorioso apologista de la *Comuna de París*, mediante una certera apreciación de las trayectorias de las revoluciones, redondea la táctica a la que han de atenerse los obreros a fin de organizar y preparar sus contingentes y vencer en las contiendas por su emancipación de clase. Aunque no renuncia a las posibilidades de un derrocamiento pacífico de la minoría opresora en condiciones muy excepcionales, aconseja emplear la violencia para destruir la vieja máquina estatal e instaurar y mantener la nueva. No obstante, el blandir los instrumentos propiamente insurreccionales depende igualmente de factores económicos y políticos que en un momento preciso precipitan los levantamientos, y no de los deseos y caprichos de la vanguardia. Hay días subversivos y revolucionarios que equivalen y concentran años y decenios de ricos y rápidos sucesos, al igual que hay decenios tan pobres y lentos en que apenas si transcurren días de historia. De esta sencilla pero penetrante observación el activista de la revolución de 1848 concluye las pautas para distinguir la modalidad de pelea que preferirán los paladines proletarios en las distintas eventualidades. La mudanza de las cosas ocurre por intermedio de pausadas evoluciones seguidas de saltos bruscos, y ambas secuencias conllevan su importancia y se complementan recíprocamente. Durante los períodos apacibles se debe elevar la conciencia, acrecer la fuerza y ejercitar la capacidad combativa de los trabajadores, para que cuando lleguen las coyunturas de insurgencia no se les escapen por falta de la madurez y de la pericia necesarias. Pero como las masas no se educan más que con las lecciones de la experiencia práctica, el aprendizaje habrán de acometerlo interviniendo en los enfrentamientos de clase. La acción política es el medio y las reivindicaciones democráticas arrancadas al enemigo las espadas que convertirán a los noveles en expertos gladiadores. Por eso el fundador de la Internacional, fuera de que fustiga con denuedo a Bakunin y demás anarquistas por inducir a las mayorías apaleadas al total abstencionismo, degradándolas moralmente, embruteciéndolas aún más, entregándolas cual mansos rebaños a la demagógica influencia de los portavoces del capitalismo, reprueba firmemente toda aventura que eche a pique en

un instante lo cosechado con pacientes esfuerzos, les otorgue fáciles ventajas a los expoliadores y converja en la liquidación del movimiento. Y Marx no fue el teórico que se imaginan muchos, enclaustrado la existencia entera en su biblioteca y sustraído del acaecer cotidiano. Le tocó, a la inversa, inflamar en no pocas ocasiones el ánimo bizarro de los obreros en campaña, o incluso acudir solidariamente en socorro de alguna jornada perdida, como cuando, después de haber prevenido al proletariado francés respecto a un alzamiento extemporáneo, y una vez desatado, se levantó en su respaldo, considerándolo un mal menor frente a una capitulación sin combate, y escribiendo la más hermosa página sobre el primer ejemplo vivo en el mundo de un gobierno, aunque efímero, de los asalariados, la *Comuna de París*.

La revolución colombiana tiene indudablemente hartos que aprender del marxismo, siendo el craso desconocimiento de éste su mayor deficiencia y su peor infortunio. Sin embargo, si se nos preguntase qué punto de tantos merece especial prelación para estudiarse, no vacilaríamos en señalar que los cánones tácticos encabezan la lista de los asuntos por desenmarañar en un país en donde muchos de quienes se declaran seguidores de los preceptos sistematizados por el padre del comunismo, o son abates de secta, o anarquistas que se mimetizan de políticos pero que exaltan el terror a la categoría de una profesión para vivir de ella; o politiqueros burgueses infiltrados en las filas obreras, que hacen de los derechos humanos, de las reformas, de los reclamos y de la obtención de los abalorios económicos el objetivo máximo de las aspiraciones revolucionarias; o revisionistas retobados que hablan de la “combinación de todas las formas de lucha” para permitirse la licencia de caer en todos los extremos del oportunismo de derecha y de “izquierda” y eludir la responsabilidad de trazar un plan de acción proporcionado, que defina claramente las tareas prioritarias para cada tramo y que coadyuven en verdad a la nación y al pueblo y no a sus particularísimos y mezquinos intereses; o son simplemente los representantes genuinos de la vacua palabrería pequeñoburguesa que merodean por doquier pregonando con sus desastrosos experimentos cómo se debe “agudizar la pelea”, “crear las condiciones” y “pasar siempre a la ofensiva”.

Llevamos más de tres lustros de controversias contra tales descarríos anti-proletarios y antimarxistas que tanto daño les han inferido a los trabajadores y a las masas populares en general; y, por lo que se aprecia, todavía nos falta demasiado para erradicar semejantes enfoques nocivos y actitudes de apurar las labores de la revolución. Cuando amagan extinguirse bajo el peso abrumador de sus incontables descalabros, las ya envejecidas desviaciones se reanudan de golpe, como si no hubiera sucedido nada, evidenciando únicamente su cerril contumacia, su tajante negativa a enjuiciar y a corregir sus errores. Una de las

últimas de esas resurrecciones la presenciamos con el bochornoso espectáculo brindado por aquellas agrupaciones mamertas e hipomamertas, que en los comicios pasados promovieron desfachatadamente la conciliación con las oligarquías, a muchos de cuyos exponentes más reputados alabaron hasta la abyección por sus ofertas de “amnistía” y de “paz”, para luego proseguir en las mismas andanzas por las cuales se vieron obligados a solicitar clamorosamente los indultos y demás decretos pacificadores.

Por el análisis materialista precisamos que aquellas malsanas tendencias responden sustancialmente a dos factores singulares: de un lado, con el atraso de Colombia, perpetuado por el saqueo neocolonial del imperialismo, fluctúa un considerable volumen de capas medias que aunque se encaminan a la banarrota no adquieren aún las miras del proletariado, pues a lo sumo entran a engrosar las legiones inmensas de los cesantes, a las que el régimen no es capaz de proporcionarles ocupación alguna; y del otro, el pernicioso influjo de la comandancia cubana que, además de servir de muñidora del socialimperialismo soviético, azuza y amamanta todos esos géneros oportunistas, para lo cual dispone, con la desesperación de dichas capas, de un caldo de cultivo insuperable. Mas por la dialéctica conocemos que en los desvaríos y fracasos de los diversos matices del extremoizquierdismo se gesta su contrario, el comienzo de su fin, hasta el punto de que cuanto más reluzcan y mas alarde hagan de su prepotencia, más dejarán a la intemperie sus fragilidades e incongruencias y más podrán los destacamentos organizados de la clase obrera contrastar y hacer valer la invencibilidad de los procedimientos revolucionarios.

De lo sintetizado hasta aquí se deduce otro aspecto clave, el de que la táctica marxista no se circunscribe, para delinear sus derroteros, a las peculiaridades del país respectivo, ni siquiera de un grupo de países, sino que ha de sopesar la situación mundial en su conjunto, medir la distribución de fuerzas que opera periódicamente a la más amplia escala y percibir el sello y el rumbo determinantes de la época de que se trate.

Cambios en la distribución mundial de fuerzas

Atrás dejamos establecido que a Marx y a su amigo Engels les tocó actuar en un momento en que, aun cuando el proletariado ya intentaba sus duelos contra sus contrincantes, no habían culminado las revoluciones burguesas y a aquél le aguardaba todavía un largo proceso de paciente preparación; su hora no sonaba aún y sus opugnadores llevaban la batuta y estampaban la firma a los acontecimientos. En eso yacía el rasgo sobresaliente de la situación histórica. Las fuerzas a nivel internacional se realinderaban según la entidad y el peso de los distintos países y de sus correlativos sectores dominantes, entre

los que descollaban la Santa Rusia como el fortín de la reacción europea y la cerrada mancomunación de los intereses burgueses, contra la clase asalariada, que no hacían factible el triunfo obrero en una nación, sin un estallido general, el cual nunca se dio. Tales circunstancias condicionaban las perspectivas y el batallar revolucionarios. Abundan las referencias de ambos estrategias al respecto, subrayando los peligros del despotismo ruso, exhortando a golpear en el sitio y en el instante en que éste estuviera impedido para proceder, sin concederle gratuitas o innecesarias ganancias, y llamando a la unidad de los trabajadores del globo. “¡*Proletarios de todos los países, uníos!*”, como que era su consigna. La democracia de entonces liberaba a las naciones grandes de la Europa Occidental y se oponía acérrimamente al zarismo, que en procura de sus torvos propósitos, derrumbaba por doquier los manes del progreso, e impedía las aspiraciones nacionales de los pueblos pequeños y atrasados. En su itinerario obligado, la causa obrera internacional estaba compelida a brindar su concurso a las burguesías más osadas, alertando sobre el engaño de los movimientos que, como el paneslavismo, no eran más que mascarones de proa del oscurantismo ruso, y precisándose a sí misma que la instalación de la república y la obtención de los derechos democráticos le proporcionarían, nada más, pero tampoco nada menos, que el terreno ideal para su gesta libertaria, la cual exige la abolición completa de la explotación capitalista.

Con el siglo XX nace otra época. El capitalismo, que abandona la libre competencia, llega a la fase imperialista, su fase decadente y final. Entretanto el proletariado ocupa el lugar de adalid de la revolución mundial y ésta adquiere su impronta socialista. Las burguesías de los grandes Estados europeos, al cabo de un interregno de tres decenios, desde la devastación de la *Comuna de París* en 1871, y en el que conforme consolidan su poderío van perdiendo el ímpetu de la mocedad y mellando su espíritu innovador, desalojan a Rusia de la supremacía, con la que ahora emulan y al lado de la cual representan otras cuantas fortalezas prioritarias de la reacción. Inician, junto a la exportación de capitales, el apoderamiento y el despojo sistemáticos de las regiones de ultramar, originando la rebatiña entre sí por las colonias, puja para la que se arman tenaz y velozmente, hasta ir a parar a la conflagración que envolvió a todo el orbe “civilizado”, la hecatombe de 1914-1918. Esta implacable riña interimperialista crea los complementos, antes inexistentes, para la irrupción del socialismo en un solo país, tal como lo vaticina Lenin; siendo precisamente Rusia la primera en obtenerlo, bajo la sabia orientación del partido bolchevique y cual fehaciente prueba de los extraordinarios aciertos de sus preceptores, Marx y Engels. Tal es el distintivo y el viento predominante de la nueva era. Los más notorios reagrupamientos fueron: dentro de la clase obrera brota una facción

aristocrática y chovinista que se nutre de las moronas que caen del festín de los regímenes saqueadores, y cuyas faenas piráticas y depredadoras acolita; lo más granado de las mayorías laboriosas persevera, con el liderazgo de los partidos marxistas, en arremeter contra la barbarie entronizada por las metrópolis y en denunciar la proclividad de la corriente socialtraidora y, por último, simultáneo a la regresión de la Europa burguesa, insurgen en Asia los movimientos democráticos de los pueblos avasallados que despiertan al capitalismo y se yerguen en pos de las conquistas republicanas, alentados por una burguesía joven, cuyo más firme y voluminoso exponente son los campesinos.

De todo lo cual resulta la unidad combativa entre el socialismo de los proletarios de los países capitalistas y la democracia revolucionaria de las naciones colonizadas, contra la confabulación de los imperialistas y sus socios menores, el oportunismo vendido. Lenin se basa en dichas premisas para diseñar la táctica a seguir, insistiendo en no propiciar por ningún motivo la carnicería bélica de ninguna de las potencias en pugna y, antes por el contrario, propender a la guerra civil contra la provocación armada de todos los imperialismos.

Durante la Segunda Guerra Mundial se desencadena una inusitada y singular redistribución de los poderes enzarzados en la reyerta. Ante la imperiosa premura de resguardar a la Unión Soviética, a la sazón el único Estado socialista existente y principal baluarte del proletariado internacional, que se hallaba amenazada de muerte por los delirios hegemónicos de la Alemania hitleriana y de sus secuaces, Stalin hizo hincapié en la distinción entre los países “agresores” y los “no agresores” del ámbito imperialista y concitó a la conformación del más dilatado frente contra el fascismo, llamando a reclutar no sólo a los movimientos independentistas de las naciones subyugadas, a los contingentes obreros de todas las latitudes, comprendido el mismo gobierno de Moscú, y al resto de tendencias democráticas y progresistas del planeta, sino a Estados Unidos, a Inglaterra, al régimen francés gaullista estatuido en el exilio y a las demás autoridades burguesas contrapuestas al Eje. Esta precisa y justa estrategia, coincidente con las mutaciones presentadas, hundió al nazismo, salvó a la URSS, allanó el camino de la revolución para los cientos de millones de pobladores de China y para los otros pueblos de Europa que abrazaron el socialismo.

Dentro de una misma concepción nos hemos referido a dos épocas y a los sendos diseños tácticos concernientes a tres reagrupamientos sucesivos de las fuerzas sociales y políticas del mundo; y hemos expuesto, *grosso modo*, cómo los partidos revolucionarios del proletariado obtuvieron significativos lauros, al interpretar creadoramente las diversas variantes y comportarse en consecuencia, ceñidos a las enseñanzas del materialismo y de la dialéctica de Marx.

La regresión de la Unión Soviética y sus repercusiones

Ahora, y para hacernos a una idea global de las vicisitudes del marxismo, describamos la última y más trascendente reubicación de las fichas en el tablero internacional, la cuarta en la tabla cronológica de las modificaciones notables, que afecta, acaso como ninguna otra, la lucha del proletariado. De la segunda conflagración queda un panorama destinado a desvertebrarse muy pronto: además de la URSS, que acaba revitalizada no obstante sus inenarrables sacrificios, se liberan Polonia, Hungría, Bulgaria, Rumania, Checoslovaquia, Albania, Yugoslavia y Alemania Democrática, en Europa; y China, el Norte de Corea y el Norte de Viet Nam, en Asia, articulándose lo que se bautizó el “campo socialista”. En cuanto al club de los imperialismos, Estados Unidos emerge preponderante, indisputado y solvente, hasta el punto de que, ante el colapso de las otras potencias, se permite el lujo de financiar la reparación de la Europa humeante y asolada. En lo atinente a los pueblos avasallados, aunque muchos consiguen la república, la independencia política y otras de las libertades formales burguesas, continúan aherrajados bajo la rapiña económica de las metrópolis, primordialmente la norteamericana, o sea, generalízase el neocolonialismo como la modalidad preferida del desvalijamiento internacional. A las dos décadas comienzan a insinuarse unos vuelcos de una monta y de una incidencia inesperadas, que hoy, al cumplirse el centenario de la desaparición corporal de Marx, se divisan con toda nitidez y plenitud.

Con Nikita Krushev, el Krenilin abjura del marxismo-leninismo e inicia su tenebroso trasegar en pos de la restauración del capitalismo y por la evocación del alma en pena de la Gran Rusia vandálica y tiránica. Por esas ironías de la historia, la patria de Lenin, la cuna del socialismo y el invicto campeón sobre las hordas nazis, la otrora gloriosa Unión Soviética, vuelve a ocupar su sitio de peor foco de la reacción y a reasir su antigua catadura de satrapía expansionista, mas desbordando los primigenios marcos continentales del siglo pasado, para desplegar sus intrigas diplomáticas y sus operaciones bélicas al más anchuroso nivel cósmico, y dispuesta a superar las marcas de crueldad y de vileza de los imperios que la han antecedido. A los Estados “socialistas” que están bajo su tutela les extrae jugosos dividendos y los somete a su férula política, poniéndolos de correveidiles suyos en cuanto foro internacional se convoque e inmiscuyéndolos en los asuntos internos de los otros países, cuando no utilizándolos directamente en sus zarpazos guerreristas, cual solían hacerlo las seniles potencias con los pueblos de las colonias, a los que alistaban en sus ejércitos a fin de que hicieran por ellas las faenas de exterminio. Paradigmas de tan humillante postración son

Cuba y Viet Nam, cuyos regímenes serviles se desviven por adivinar y complacer los antojos de Moscú. Y con las naciones pequeñas y débiles que se rehusan a entrar en su cercado, los socialimperialistas porfían en convertirlas al “socialismo” mediante una fría y calculada labor catequizadora adelantada a sangre y fuego, como en Angola, Etiopía, Afganistán, Kampuchea y Lao.

En los años en que particularmente los chinos abrieron la polémica contra el revisimismo, contemporáneo, por allá a mediados de los cincuentas, no escasos observadores miraban con aire de incredulidad los severos enjuiciamientos y las afflictivas premoniciones sobre el curso que iban tomando las cosas en la Unión Soviética. Al cabo de cuatro lustros los crímenes y las infamias de las autoridades moscovitas, desde Krushev hasta Andropov, pasando por Brezhnev, le han otorgado con creces la razón a Mao Tsetung, quien oteó los profundos abismos adonde conduciría a la camarilla dirigente soviética la revisión del marxismo. Nadie refuta con certeza esta verdad de a puño, a no ser los involucrados en la comisión de tamañas enormidades. Y si no, ahí están las fechorías a tutiplén perpetradas por los nuevos zares en los océanos y continentes del orbe que no nos dejarán mentir. La viabilidad del regreso pasajero de un estadio superior en el desarrollo a otro inferior jamás ha sido contradicha por los materialistas dialécticos. Sin embargo, el significado y las repercusiones de la metamorfosis ulterior de Rusia, que recurre a los procedimientos peculiares del imperialismo abogando por un reparto del mundo a favor suyo, y de unos Estados obreros relativamente débiles que se desdibujan, hipotecando su soberanía y autodeterminación nacionales a una superpotencia igualmente desfigurada, consisten en que tropezamos por prima vez con casos de sociedades socialistas que involucionan hacia el capitalismo.

Con lo execrable del asunto, no debiera parecer tan insólito. Marx lo engloba en sus magistrales conclusiones. El régimen socialista es una parada transitoria aunque necesaria hacia el comunismo, que no ha verdeado en su propia simiente, sino que ha de desenvolverse a partir de lo dejado por el capitalismo, y, por tanto, *“presentatodavía-paraexpresarloconlasfrasesdeaquél-entodossusaspectos,eneleconómico, enelmoralyenelintelectual, elsello delaviejasociedaddecuyaentrañaprocede”*¹. Pesea que elimina la apropiación individual sobre los medios e instrumentos productivos e instituye la dictadura del proletariado, no borra de inmediato las clases, ni la lucha de clases, ni la pequeña producción no socializable que engendra burguesía permanentemente, ni los conatos revanchistas y restauradores de los enemigos internos y externos. Aun cuando acaba con la esclavitud asalariada no puede impedir que los productos se distribuyan conforme al trabajo rendido por cada cual, norma supérstite del derecho burgués que mantiene la desigualdad entre los operarios, por naturaleza unos más aptos y capaces que otros y con necesi-

dades mayores o menores. Tampoco desarraiga de un golpe la diferencia entre la ciudad y el campo, o la división entre los trabajadores manuales e intelectuales; ni las propensiones burguesas de éstos, de los técnicos, del personal calificado, las cuales se desvanecerán poco a poco y luego de una insistente y prolongada batalla por parte de los obreros organizados y disciplinados que ejercen el control estatal. Y si a lo anterior incorporamos una laxitud, un descuido indolente de la vigilancia y de la lucha del proletariado, una complaciente tolerancia con los privilegios que se vayan apostemando en los departamentos y secciones del gobierno socialista, no será muy difícil explicar la retrocesión, el aburguesamiento, el brinco hacia atrás, con todas y cada una de sus nefandas consecuencias. Pero ello, antes que rebatir a Marx, cual lo pretenden sus detractores, lo reafirma.

Lo asombroso de su tinsa percepción radica en que el socialismo tiene sentido en la medida en que extirpe los residuos que inevitablemente quedan de la vieja sociedad, vale decir, culmine la hazaña transformadora, de la cual la revolución económica, emprendida con la expropiación de los expropiadores, es apenas el primer paso de una larga travesía. Como hay que abolir las desigualdades remanentes, completar la destrucción de lo antiguo, y como mientras ello no se haga se chocará con la resistencia de las clases desalojadas del mando e incluso de los otros estamentos sociales que deban sus prerrogativas y su misma entidad a las mencionadas remanencias, la prosecución de la empresa revolucionaria no puede prescindir de los instrumentos coercitivos, violentos, de la dictadura del proletariado, un régimen que difiere harto de los anteriores porque se basa en el dominio de las mayorías y porque se va diluyendo con el incremento de dicho dominio. En tanto no se barran de raíz las relaciones de producción que generan las clases, no desaparecerán tampoco las relaciones sociales que descansan en estas clases ni las ideas que brotan de aquellas relaciones sociales; y hasta entonces las pujas entre los diversos criterios e intereses encontrados a su turno desapuntalarán o reapuntalarán los modos productivos sobrevivientes. Luego la pelea no se halla aún decidida en el socialismo, y el proletariado perderá el Poder si no lo sabe emplear en las tareas para cuya realización lo conquistó.

Aun cuando Marx esclarece el problema y Lenin lo previene con sus directrices y sus reiteradas exhortaciones acerca de las asechanzas de la restauración, a Mao le incumbe exponer en la práctica la cuestión de cómo evitar que China, tan gigantesca, compleja y hasta cierto punto atrasada, resbale otra vez al pantanero del que había salido; y ese cómo, o modelo histórico, por él aconsejado, es la Gran Revolución Cultural Proletaria, consistente en la sublevación de las masas, *“de manera abierta, en todos los terrenos y de abajo arriba”*, para recuperar en la superestructura de la sociedad las posiciones perdidas, desalojando de ellas a los seguidores del camino capitalista, y para consolidar las bases económicas del

socialismo empuñando la dictadura proletaria. Y estas sublevaciones, u otras semejantes, habrán de sucederse no en una sino en varias coyunturas, hasta cuando la nave fondee en las costas del verdadero nuevo orden social, el orden comunista, y la humanidad deje de estar sometida a los ciegos dictados de la economía para tornarse, por fin, en soberana de los procesos productivos infinitamente desarrollados. Entonces el hombre sí mandará al cuerno de la luna al Estado, a las clases y a la política, y pasará del “*gobierno sobre las personas*” a la consciente “*administración de las cosas*”.

Con lo cernido hasta aquí palpamos mejor los móviles que aguijonean a la burguesía y al revisionismo contemporáneos en el apasionamiento por petrificar la doctrina de Marx, por encasillarla en la época en que vivió el polemista de *La miseria de la filosofía*, rehusándose a confrontarla con las peripecias de un siglo y rehuyendo el trago amargo de precisar su vigencia histórica, ante la disyuntiva de no poder ya ignorarla. Y de ahí también nuestra interesada inquietud por que se efectúe tal balance y se conteste sin ambages si las aportaciones de Lenin, Stalin y Mao son o no la continuación del marxismo, y si a éste lo refutan o no los avatares mundiales acaecidos desde su aparición. Única forma de encarar científicamente el desafío y de hacerlo desde el ángulo proletario, sobre todo ahora en que atravesamos un período, convulsionado sí, pero en el que pareciera primar la conjura por arrebatarnos a los trabajadores de todas las latitudes su arma ideológica y desmoralizarlos con los tropiezos de la revolución, cuando el escamoteo de los principios marxistas es el origen primordial de tales tropiezos y no la cura para superarlos.

Nos hemos extraviado de nuestro examen de la correlación de fuerzas en el mundo actual. Retomémoslo. Indicadas quedaron las mutaciones regresivas de la Unión Soviética y las razones que las motivaron. Falta añadir que la amplificación de los dominios del socialimperialismo se ha verificado fundamentalmente a costa de los Estados Unidos, que ya no ostentan la supremacía indisputada de sus fastos de ayer y se les ve declinar a diario, acosados además por la crisis de su sistema productivo, la competencia económica de las secundarias pero rehabilitadas potencias imperialistas y el movimiento de liberación nacional de las naciones neocoloniales. Las superioridades comparativas del expansionismo soviético, que le han otorgado la delantera en la disputa por el apoderamiento del orbe, se resumen así: la acentuada centralización económica y el corte marcadamente despótico del sistema de gobierno que lo exoneran de andarse con rodeos, consultas o dilaciones entorpecedoras; la férrea sujeción sobre las “repúblicas socialistas” pescadas en las redes imperiales, que lo abastecen de incontables recursos económicos y políticos para sus excursiones filibusteras; la vertiginosa adecuación de la economía a los fines bélicos, con la cual han venido asegurando

pronunciadas ventajas tanto en los armamentos convencionales como atómicos y amedrentando a sus adversarios con el chantaje del hundimiento universal; la bien tejida y mantenida urdimbre de partidos mamertos que husmean por doquier, terciando en las luchas revolucionarias de los pueblos para que éstos cambien de grilletes, y la creencia aún difundida de que la URSS sigue siendo la URSS y sus criminales atentados, arbitrios forzosos para afinar el comunismo. La clase obrera ha de medir en su exacta dimensión estos factores, junto a los otros frescos giros de la política internacional, para hacer asimismo los ajustes apropiados a su táctica, no meramente dentro de las fronteras de cada país sino para saber qué merece ser respaldado o combatido en el exterior.

Hace veinte años entablábamos debates alusivos a los oscuros nubarrones que despuntaban en el horizonte de la estepa rusa; conjeturábamos acerca de cuál sería la réplica de los países de la Europa Oriental libertados en la década del cuarenta, y luego, si la invasión de 1968 a Checoslovaquia respondía o no respondía a una urgencia del internacionalismo proletario. La situación se ha desenvuelto con tan pasmosa celeridad que dichos conflictos, no obstante constituir los prolegómenos del drama, son ya expedientes fallados. Checoslovaquia no sería la única beneficiada de la “generosa” protección soviética. Docenas de países habrían de sufrir posteriormente el salvajismo de Moscú, o de sus testarferros, para salvarse de la barbarie de Washington. El campo socialista se desintegró, y hoy, después del abordaje cubano sobre Angola, en 1975, con el que el Kremlin iniciara su ofensiva militar estratégica por la toma del planeta, existen tantos o más territorios extranjeros ocupados por tropas invasoras que desfilan tras los negros pendones del hegemonismo naciente del Este, que los hollados por los ejércitos que marchan tras las amarillentas insignias de la superpotencia declinante del Oeste. Después de más de un siglo de fecundas experiencias recopiladas por sus preclaros pensadores, el proletariado ha de distinguir sin titubeos al expansionismo ruso como el blanco principal de sus ataques. En ello va implícita su recuperación al cabo de tantas felonías. Cuando encabece, impulse, o se solidarice con las revoluciones de los países expoliados, en procura de la cabal soberanía y plena autodeterminación de las naciones, cual es su deber internacionalista, tendrá que desvelarse por impedir que las revueltas contra los imperialismos se tornen en avanzadillas de la regresión soviética, denunciando enérgicamente las intrigas y componendas que en tal sentido gestionan los partidos revisionistas y sus epígonos. Ante los pertinaces signos anunciadores de la tercera conflagración mundial en la que se pondrá en juego la supervivencia de China y de los demás Estados y movimientos independientes y progresistas, deberá pugnar por un frente de combate contra el socialimperialismo, tan poderoso, que basado en la recíproca cooperación de las contiendas de los obreros

internacionalistas por el socialismo, de las gestas patrióticas de los pueblos del Tercer Mundo y del resto de expresiones revolucionarias y democráticas del globo, abarque a las repúblicas del Segundo Mundo y no descarte siquiera la participación de los Estados Unidos.

Esta estrategia no podrá menos que redundar en pro de la causa del proletariado, pues responde a las reales contradicciones del presente período. Toma en cuenta las manifiestas flaquezas del bloque imperialista que se halla en los umbrales de una crisis económica quizá comparable a la de 1930, con sus zonas de influencia descompuestas, conmocionadas y reducidas por los golpes de mano de su feroz contrincante, e impotente para recobrar la iniciativa; y contempla también los lados fuertes de la otra superpotencia, sus ventajas comparativas, el engaño de entrapar a las masas con el señuelo de un falaz socialismo que se enruta taimada pero obstinadamente a coyuntar un imperio colonialista vasto, lóbrego y sanguinario. De otra parte, encuadra con la irresistible tendencia democrática de los pueblos, no sólo de los países desarrollados, sino particularmente de los que habitan las regiones rezagadas y dependientes, en donde la acción de los capitales imperialistas ha coadyuvado a romper hasta los más escondidos remansos de la economía natural y a promover, hasta cierto punto, los modos capitalistas de producción, volcando a miles de millones de seres a la retorta del mercado mundial, sacándolos del aislamiento y despertando objetivamente sus ansias de libertad y de trato equitativo entre las naciones. Así como de los escombros de la guerra de 1914 surgió la primera sociedad obrera y de las devastaciones de las hostilidades de los cuarenta emergió un pequeño campo socialista y la abrumadora mayoría de países sometidos pasó a la vida republicana, adquiriendo los derechos democráticos formales, al sustituirse el saqueo abierto por el encubierto, de precipitarse el estallido de la tercera conflagración, pese a su carácter nuclear, significará el toque a rebato para que los pueblos coronen sus revoluciones inconclusas, aun en las metrópolis, sepulten el colonialismo económico y con él los delirios imperiales actuales de cualquier laya. El proletariado revolucionario no se dejará seducir por los cantos de sirena del pacifismo burgués ni se arredrará ante los apocalípticos augurios de los belicistas soviéticos. Al fin y al cabo los esclavos no tienen más que perder que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo por ganar, cual lo proclama el *Manifiesto*.

El marxismo auténtico es anticolonialista

Si en algún punto habremos de poner la palanca de nuestra propaganda para remover toda la bazofia del revisionismo contemporáneo, ese será el de la cuestión nacional. El estilista de *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850* y de *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* también dilucidó la contradicción y la iden-

idad existentes entre la índole internacionalista de la brega del proletariado y los contornos nacionales que ésta tendrá que poseer necesariamente.

Como producto histórico, la nación estriba en la confluencia de un núcleo humano, más o menos numeroso, que se asienta en un mismo territorio, se comunica mediante un determinado idioma, lo cohesiona una vida económica y una cultura comunes, amén de otros elementos que ha ido compartiendo, generaciones tras generaciones; y como Estado, en la connotación moderna del vocablo, cuaja por el apremio de la incipiente producción burguesa de contar con su propio mercado, que unido y regido por leyes de coactivo acatamiento, lo curen de la dispersión feudal y lo preserven de la competencia foránea. Allá y siempre que aquellos factores coincidieron, en la latitud Norte o Sur, en el pretérito remoto o cercano, aparecieron los países tal cual los conocemos hoy, con una que otra variante insustancial, si se mira el panorama globalmente, y fueron hechura del capitalismo.

Los pueblos que no han conseguido hacer prevalecer sus fueros de naciones libres y han visto sus economías de continuo intervenidas y desfalcadas por los negocios de los más fuertes, encuéntrase relegados en el trayecto del progreso. Y son estos pueblos, principalmente de Asia, África y América Latina, los que aún contienden por la soberanía y la independencia reales, prerrequisitos de su prosperidad, porque las repúblicas capitalistas, que arribaron hace tiempos al monopolio y no caben en sus respectivas fronteras, expugnan las extrañas y las desvalijan. La burguesía, en la edad senil, blasfema de las proezas de la juventud y, de orfebre de naciones, se toma en azote de éstas.

El imperialismo, que es la máxima internacionalización del capital, burla cuanto dique se le interponga a su despliegue y al entrelazamiento más tupido de las relaciones mercantiles mundiales, lo que lleva a efecto por mecanismos conculcatorios y dividiendo el orbe entre países opresores y oprimidos. Ya anotábamos que el proletariado arranca su labor transformadora de lo legado por el régimen que ha de aniquilar; no combate desde posiciones más atrasadas que las de éste, sino que jala hacia adelante el carro de la historia, sin proponerse metas subjetivas que el devenir económico no autorice aún. Por consiguiente está de acuerdo con el incremento de las reciprocidades de todo tipo en la esfera internacional, y propende a la abolición completa de las desavenencias nacionales, de las barreras fronterizas y hasta de las naciones mismas. No obstante, en contraste con los capitalistas, media por que ello se efectúe respetando la autodeterminación y demás derechos inalienables de los pueblos y no pisoteándolos, y en el beneficio material y espiritual de éstos y no del selecto corro de matones que bravuconea a diestra y siniestra por los cinco continentes. La vía más expedita, o la única, para cumplirlo. Como en todo, el capitalismo plantea los problemas,

e incluso provee en embrión los medios objetivos, físicos, para su solución, mas en lugar de resolverlos, los agudiza hasta el antagonismo. Mientras más se repriman los anhelos libertarios de quienes reclaman relaciones en pie de igualdad entre los habitantes del planeta, menos posibilidades habrá de que se disuelvan las prevenciones, los prejuicios, las tozudas e instintivas manías a enclaustrarse en el solar nativo y a repeler los contactos con el ambiente exterior, característica de las inmensas masas de las zonas discriminadas y estrujadas. Y mientras más se ahonden los desequilibrios en el desarrollo de los países, con mayor dificultad se entenderán igualitaria y armónicamente. De suerte que el antídoto no está en violentar el intercambio ni en forzar la “concordia”, sino en la rigurosa observancia de las claras y elementales normas de la democracia y en la anulación de las abismales desproporciones entre los niveles de vida de la población mundial. De manera análoga a como para deshacerse del Estado la humanidad ha de recorrer el tramo del afianzamiento del Estado obrero, para tachar los linderos nacionales debe antes recurrir a la reafirmación de las prerrogativas de todas las naciones y no de unas cuantas.

Los principios esbozados no representan una mera hipótesis teórica para explorar dentro de larguísimo plazo. Es que el descabello del imperialismo estriba en privarlo de las ingentes ganancias que succiona de sus neocolonias. Al recapacitar acerca de la dominación inglesa sobre Irlanda, el viejo y perspicaz militante de la Liga de los Comunistas se percató de que en esos rentables privilegios estaba el enigma tanto de la invulnerabilidad de la burguesía como de las pusilanimidades de los obreros de Inglaterra. La emancipación de los irlandeses, empujados doblemente por la acucia económica y la aspiración nacional, desplazaría el centro de gravedad de la lucha en la metrópoli, permitiéndoles a los asalariados deshacerse de la presión de sus embaucadores, salirse del marasmo político y contraatacar. Sin cortarles primero los jugosos aprovisionamientos provenientes de su saqueo externo será poco menos que imposible dislocar internamente, dentro de sus repúblicas, el poder de los capitalistas engordados y endurecidos con los frutos de su bandidaje universal. Palpable desde el siglo pasado, actualmente este enfoque decuplica su vigor, merced a que las potencias imperialistas medio capean las crisis acaparando los mercados atrasados, los que convierten en áreas de sus inversiones y de los cuales extraen gigantescas riquezas naturales. Si los imperialismos han prolongado hasta hoy sus existencias se debe a tan vitales recursos. De perderlos, *ipso facto* cesará su pestaño, pues las revoluciones democráticas de las neocolonias son a las revoluciones socialistas de las metrópolis lo que el prólogo de un libro es a su epílogo: preludeo y remate de la epopeya obrera en el mundo entero. Y cuando dicho axioma había sido ya defendido airoosamente por Lenin en su polémica contra los capituladores de

la II Internacional, la descendencia de éstos, los revisionistas contemporáneos, enlodan de nuevo la bandera de la autodeterminación de las naciones, de palabra y de hecho, porque, a diferencia de sus progenitores, que carecían de poder propio, manipulan Estados pudientes con los cuales pisotean, vejan y exprimen a pueblos inermes. ¿Será eso socialismo?

A los cien años de la muerte del convicto de Bruselas y del exiliado de Londres, y simbólicamente desde su tumba florecida, los revolucionarios de las más diversas nacionalidades les espetan a los socialrenegados de hoy, en todas las lenguas, ¿serán socialismo los patíbulos soviéticos en Afganistán, los cadalsos vietnamitas en Kampuchea y Lao, los paredones cubanos en Angola? Los retamos a que nos respondan: ¿Será eso socialismo? ¿Hay dentro del marxismo-leninismo cabida para una política colonial socialista? ¿Les está permitido a los trabajadores que se emancipan adelantar guerras coloniales? ¿No es deber ineludible del obrero de la potencia invasora exigir la liberación incondicional del país sometido? ¿Se conseguirá acabar la explotación entre los hombres sobre la base de la explotación entre las naciones? ¿Puede el proletariado triunfante de un país imponer la felicidad a otro país sin comprometer su victoria? ¿No forja sus propias cadenas el pueblo que oprime a otro pueblo? ¿Se estrechan los nexos fraternos entre el trabajador vietnamita y el kampucheano, el cubano y el etíope, el soviético y el afgano, con las lágrimas, la sangre y el sudor de los últimos, derramados por las dadivosas agresiones de los primeros? Sin embargo, ellos, los revisionistas prosoviéticos, que cotorrean como papagayos sobre la democracia en general y sobre los derechos humanos, no reparando en el abismo que media al respecto entre la posición burguesa y la proletaria, y que desconocen, o simulan desconocer que la autodeterminación nacional de los pueblos es uno de los postulados democráticos básicos, cuya ausencia convierte a cualquiera de las otras facultades constitucionales en una irritante irrisión, jamás afrontarán ninguna de aquellas acusadoras indagaciones sin confesar sus delitos y admitir su impostura. Contra su voluntad, contra sus infamias, contra sus mentiras, la vertiente comunista, la auténtica, los bolcheviques finiseculares, vindicarán la mancillada unión de los proletarios del globo al combatir ahincadamente las tropelías colonialistas de los senescentes imperialismos y de su impúdico e impúber contrincante, el socialimperialismo. ¡No a las anexiones territoriales! ¡No a la invasión militar y a la permanencia de tropas en tierras ajenas! ¡Abajo el socialismo invasor, ocupacionista y anexionista! ¡Atrás las intrigas, las presiones, las amenazas, los chantajes y los demás amedrentamientos de una nación contra otra efectuados con cualquier pretexto, por altruista que parezca!

Lo contingentes obreros fieles a los preceptos elucidados por Marx y sus continuadores seguirán organizándose nacionalmente, es decir, conformarán sus

partidos y adelantarán su acción circunscritos a los linderos del país concierne, amoldándose a la sustantividad de un mundo irremisiblemente parcelado en naciones; empero, sin olvidar nunca que su redención de clase demanda el combate unificado de las masas laboriosas del orbe y supeditando siempre los intereses particulares a los de la suerte del movimiento en su más amplio contexto. Gracias a ello los moiristas, que han tenido muy presentes las singularidades de Colombia y les han dado a sus luchas las correspondientes y típicas formas nacionales, no prestan oído a quienes con frecuencia los invitan a recluirse en el campanario natal y a desentenderse de cuanto ocurra más allá de Ipiales o de San Andrés y Providencia, con lo que se hace eco a las oligarquías vendepatria, cuyo nacionalismo emboza sus serviles preferencias por los amos extranjeros del bloque occidental, sin desmedro de auspiciar de tarde en tarde las pretensiones expansionistas de los testaferros de la superpotencia de Oriente. Sobra añadir que no nos apartaremos ni un milímetro del internacionalismo proletario que venimos practicando. En esta nuestra atalaya, en la esquina septentrional de Suramérica, atisbaremos con viva preocupación los acontecimientos mundiales, listos a denunciar las piraterías de los colonialistas modernos de todo jaez y a solidarizarnos, en la medida de nuestra capacidad, con las bregas de las fuerzas revolucionarias diseminadas por los cuatro puntos cardinales.

Hemos intentado apenas un bosquejo de las aportaciones de ese espécimen digno de la especie, que iniciara su ardua y prolija labor esclarecedora desde las páginas de los *Anales franco-alemanes*, en 1844, y descendiera al sepulcro treinta y nueve años después, dueño de su justo título del más grandioso de los campeones de la lid de los esclavos del salario. Con lo incompleto y defectuoso que este resumen sea, hay algo inobjetable en él: la vigencia histórica de Carlos Marx. Entendida no sólo como el merecido reconocimiento a un portentoso esfuerzo, sino como la creciente y decisiva validez del marxismo con el decurso de los almanaques. Lo pregonamos hoy, al siglo del deceso del primer militante de nuestra causa. Mas dentro de otro siglo miles de millones podrán repetir las mismas palabras.

Nota

1. C. Marx, *Crítica del programa de Gotha*, en C. Marx, F. Engels, *Obras Escogidas*, Tomo II, Moscú, Editorial Progreso, 1974, pág. 14.

Unámonos contra la amenaza principal

Tribuna Roja N° 47, febrero de 1984

Intervención en el Foro sobre Centroamérica, el 19 de octubre de 1983

Amigos y compañeros:

Si algo enseña Centroamérica es que los pueblos no podrán forjar su ventura sin tener muy en cuenta el concierto mundial y la época histórica en los cuales se enmarca ineludiblemente el desenvolvimiento de cualquier país. Quienes desafíen las tendencias universales del desarrollo, hagan una evaluación errada en dichas materias, o busquen sustraer sus cabezas de avestruz de las tormentas internacionales, no evitarán que las repercusiones internas de la refriega externa los golpeen a la larga o a la corta. Muchos de los contradictores del MOIR suelen regodearse en atribuirnos la, según ellos, maniática inclinación de dedicar más tiempo a las cuestiones de afuera que a los abigarrados y desgarradores problemas particulares de la nación. Sin embargo, ahí están hoy en Colombia las diversas interpretaciones, desde las más indiferentes e indecisas hasta las más interesadas y comprometidas, disputándose los favores de la opinión pública en la palestra de la política internacional.

A la tremolina contribuyen fenómenos como la crisis económica de Occidente que no pocos articulistas califican de más aguda y extensa que el crac de 1929, premonitorio de la Segunda Guerra Mundial; o el pugilato por el dominio del orbe entre las dos superpotencias, cuyas carreras armamentistas y controversias verbales, cada vez de mayor calibre, causan desasosiego a los habitantes de los cinco continentes; o la proliferación de conflagraciones locales en las zonas atrasadas, en donde las grandes metrópolis, principalmente los Estados Unidos y la Unión Soviética, miden y ejercitan sus tropas en la rebatiña por los recursos naturales y los mercados de las neocolonias; o los incontables brotes de rebeldía de las naciones subordinadas en pos de sus elementales derechos, que con sólo estallar adquieren los alcances de noticia de primera plana. El criminal abati-

miento de un avión comercial de Corea del Sur con 269 pasajeros a bordo por parte de un caza soviético, producto de la histeria guerrerista que cunde entre los estamentos militares del Kren1in, y que horrorizó al mundo entero, ha obligado, aun a los más indulgentes, a fijar posición al respecto, sin excluir a nuestro Premio Nobel de Literatura, quien, sofrenando arraigadas simpatías, se atrevió a aseverar que no había Dios que perdonara el genocidio. Y así, los asuntos internacionales han ido perturbando en tal forma nuestro ambiente nativo que, pese a que no hizo parte de sus ofrecimientos electorales, el primer acto del actual gobierno, de acendrada alcurnia conservadora, fue anunciar la inclusión del país en el movimiento de los No Alineados, decisión ante la cual la audacia de Alfonso López Michelsen, de matricular el partido liberal en la Internacional Socialista de Willy Brandt parecería una nonada. Y frente a las impresionantes cifras de endeudamiento de Latinoamérica, las cuales bordean los 350.000 millones de dólares y cuyos intereses y amortización ascienden anualmente a 70.000 millones, una sangría de capital inaguantable para economías desfallecientes y asfixiadas por la presión estrujadora de los poderosos emporios industriales del planeta, ¿no propuso el ex presidente Misael Pastrana, para ponerse a tono con la moda, la creación de un “Club de Deudores”, a fin de explorar, junto a la asociación de los prestamistas, la quimérica salida que mejor convenga a los reclamos antagónicos de unos y de otros? ¿Y el presidente Betancur, que no acaba de sorprender a sus conciudadanos, no resolvió acudir inopinadamente a Contadora para ayudar a apagar, como él mismo afirma, la casa en llamas del vecino, persiguiendo en el extranjero la pacificación que no obtiene con sus febriles y muníficos intentos de extinguir el fuego en su propio lar?

I

Los moiristas no podemos más que celebrar esta creciente internacionalización de las luchas partidistas, porque en el país las clases ilustradas sí siguen el curso de los acontecimientos del exterior, ante los cuales han aprendido siempre a adecuar su conducta, mientras que al vulgo ignaro se le procura mantener prisionero en el más estrecho parroquialismo, alimentado únicamente con los frutos espirituales de las concordias y las discordias domésticas de las dos banderías sesquicentenarias. Más que airearla, a Colombia los vientos frescos de las ingentes contradicciones internacionales la sacuden por los cuatro costados. Y eso está bien. En adelante va a ser casi imposible crear cauda ignorando las preocupaciones de las gentes por las dolencias del mundo; en torno a ellas cada agrupación habrá de formarse un criterio y debatirlo.

El tema que nos ocupa, Centroamérica, es un ejemplo típico de lo expuesto, y nos interesa vivamente. Desde el punto de vista general consiste en la repeti-

ción en nuestro Hemisferio del enfrentamiento que en otras latitudes se presenta entre Moscú y Washington por el dominio de porciones territoriales claves. En cuanto a la cercanía del conflicto a nuestras playas, quiérase o no, nos veremos involucrados directamente en él. Quizá por esas mismas circunstancias, es decir, porque la contienda se efectúa en lo que hemos dado en llamar el “patio trasero” de los Estados Unidos y porque las naciones del área han sufrido cual ningunas otras en la redondez de la Tierra los vejámenes sin cuento de un imperialismo tan próximo, la propaganda difundida entre nosotros tiende a achacar a las autoridades norteamericanas toda la responsabilidad por el agravamiento de la situación, exonerando a los lejanos amos de Rusia, que actúan taimadamente a través de La Habana y Managua, de cualquier injerencia bélica o apetito hegemónico. Versión que alienta dichoso el coro fletado de partidos y movimientos prosoviéticos de distinto pelambre. Pero para desentrañar los intereses enzarzados en la pelea, descubrir de dónde proviene la amenaza mayor, saber qué apoyar o qué no apoyar en el momento aconsejable, prepararse para el desenlace previsible y sobre todo a objeto de velar con eficacia por Colombia y las naciones hermanas, no hay más remedio que, conforme lo dejamos establecido desde el comienzo de esta disertación, partir de un enfoque realmente amplio, universal, y abordar la cuestión con sentido histórico.

En los últimos veintitantos años, rápidos y sustanciales cambios han terminado por alterar totalmente el cuadro surgido en 1945 a raíz de la victoria aliada sobre las potencias del Eje.

Las más significativas de tales modificaciones son las siguientes:

1) Los sucesores de Lenin, de Nikita Kruschev para acá, desterraron de su vera el marxismo, y la que fuese un día cuna de las revoluciones socialistas triunfantes involucionó hasta convertirse en foco de la reacción mundial. Un nuevo y tenebroso Estado vandálico nació de la traición en el Oriente, que aunque conserva el membrete de proletario, en lugar de acogerse al principio de la autodeterminación de las naciones y propender a la igualdad entre los pueblos, guerrea, invade, arrasa, esclaviza y enfrenta unos países a otros en sus ambiciones inconfesables de forjar un imperio jamás soñado. Los artífices de la vesánica empresa cuentan a su haber con un sistema de gobierno despótico y férreamente centralizado, que les permite adoptar cualquier determinación y en el instante que sea, sin tener que explicar nada a nadie ni consultar organismos representativos distintos a un minúsculo, hierático y hermético buró. Han logrado así imponerles desenfrenadamente su mayordomía a los países que giran en su órbita, militarizar en grado sumo la producción, alcanzar y superar a la contraparte en armas nucleares y convencionales y desplegar a sus anchas en cancillerías y certámenes diplomáticos aquel estilo intrigante que a los Romanov hiciera céle-

bres. Los dividendos rendidos por dichas ventajas hablan por sí solos. La Unión Soviética ha asentado sus reales en Asia, África y América Latina; a través de sus tropas y las de sus fantoches ocupa un buen número de pequeñas o débiles naciones, y por doquier cerca puntos, pasos y cruces de valor estratégico. Su curva es ascendente y hasta ahora, salvo dificultades llevaderas, las cosas le han salido a pedir de boca.

2) Para las repúblicas de Europa Occidental y el Japón quedaron muy atrás, sepultos en la memoria, los duros períodos iniciales de la posguerra, y hace rato ya que emergieron con sus industrias restauradas, sus productos altamente competitivos y sus melancólicos proyectos de demandar un papel relevante en el drama universal protagonizado por las notabilidades del Kremlin y de la Casa Blanca. Aun cuando con la concurrencia económica acicatean la crisis capitalista mundial y atentan contra los rendimientos de los Estados Unidos, la seguridad de tales países, puesta en vilo por el acecho soviético, sigue estando del lado de Norteamérica, su aliado reconocido. Lo cual no obsta para que de tarde en tarde metan cuña en los pleitos entre los mandamases del Este y del Oeste y traten de sacar tajada.

3) Las naciones del bautizado Tercer Mundo, que copan preferentemente las regiones del Sur y albergan tres cuartas partes de la población del orbe, atraviesan el tramo más azaroso de sus precarias existencias: su Producto Bruto decrece antes que incrementarse; con el ahondamiento de la crisis económica sus deficientes mercaderías carecen de compradores dentro y fuera de sus fronteras, mientras los grandes consorcios foráneos redoblan la explotación tanto de sus materias primas fundamentales como de su trabajo nacional, y la voluminosa deuda externa, 650.000 millones de dólares según los estimativos menos alarmistas, con su gravoso servicio y el correspondiente déficit de divisas, acaba por diluir cualquier entelequia de prosperidad bajo las antiguas relaciones de producción imperantes en aquellas repúblicas de segunda clase. Las angustiosas urgencias sociales que semejantes condiciones originan, al igual que los legítimos anhelos por una independencia, una soberanía y una democracia efectivas y no formales, precipitan revueltas y revoluciones como no sucede en la otra mitad septentrional de la pelota terráquea. Sin embargo, estas crepitaciones de genuina raigambre popular son por lo común manipuladas por los socialimperialistas soviéticos dentro de sus planes de expansión, para lo cual recurren a su engañosa careta socialista y a su sibilino lenguaje en solidaridad con las luchas libertarias de las masas insurrectas. ¡He ahí uno de los rasgos inconfundibles de la época!

4) Finalmente, Estados Unidos, hace 35 años la estrella más brillante del firmamento capitalista y cuya preeminencia en la Tierra no conocía mengua, se hunde lenta pero inexorablemente en el ocaso, pugnando en vano por evitar la

disgregación de sus vastos dominios imperiales y esforzándose en extremo para que sus dictámenes, otrora irrecusables, sean cumplidos por sus servidores y respetados por sus oponentes. Tres males minan de continuo su vitalidad: los movimientos de liberación nacional de los pueblos sometidos a su égida, la competencia económica de las repúblicas occidentales desarrolladas y el expansionismo ruso que se nutre de los países que le va entresacando del redil. La suma de las transformaciones anteriormente referidas ha dado por resultado un vuelco radical en la correlación de las fuerzas mundiales. La Unión Soviética se ha adueñado de la supremacía y de la iniciativa; y, como sus miras colonialistas de nuevo cuño no llegarán a cristalizarse más que a costa de la progresiva languidez de las viejas metrópolis, en el litigio le corresponde la función del agresor, el agente activo que arremete con el propósito de menoscabar las potestades extrañas a las suyas y de arrancar poco a poco las extensiones puestas de antemano bajo el vasallaje de aquéllas. De no proceder, ninguna concesión le será otorgada graciosamente. Debido a ello se ha hecho mercedora del sambenito que en el pasado le acomodaran los chinos, de ser el enemigo número uno de la paz mundial. Por el contrario, a Estados Unidos lo que más le conviene, si ello fuera factible, es que se mantenga el statu quo. Pero no. Un análisis global demostrará que en todas partes pierde terreno y se bate en retirada. Aunque haya enviado últimamente una controvertida cantidad de soldados al exterior no significa que saltará de la defensiva a la ofensiva; simplemente se esmera en preservar lo que a él, a justo título, tampoco le pertenece.

El rompecabezas centroamericano habremos de encararlo a la luz de las conclusiones arriba descritas, o en otras palabras, se debe encuadrar en las realidades del mundo y de su tiempo. Las agrupaciones políticas que por razones prácticas o motivos de acomodación se empecinen en destacar solamente unos cuantos de los múltiples aspectos que abarca el problema le inferirán severos daños a la causa de la libertad y de la democracia; bien los que sacrifiquen el futuro al presente paliando los enormes peligros que implica la presencia del hegemonismo socialimperialista en el área, bien los que por temor a los riesgos derivados de la contienda maten las penosas condiciones de vida preexistentes en las naciones subyugadas.

II

Hasta dónde nos hallamos ligados a las vicisitudes del quehacer internacional lo registran los propios albores de nuestros pueblos. Luego del Descubrimiento, al Norte del Río Grande arribó la emigración más avanzada de entonces a colonizar unos parajes apenas habitados por aborígenes que en su retardo evolutivo no pasaban del estadio superior del salvajismo, de acuerdo con la si-

nopsis de Lewis H. Morgan, en tanto que al Sur vinieron los representantes de las formas más atrasadas de producción de Europa, a disponer de unas tierras cuyos bárbaros propietarios ya habían conseguido, entre sus hazañas, cultivar. Este hecho paradójico, el que lo aventajado del viejo mundo se tropezara con lo rezagado del nuevo, y viceversa, selló la suerte de las dos porciones tan dispares y tan encontradas de América. En lo que después sería Estados Unidos, los colonos, con una mano de obra salvaje no utilizable, tuvieron ellos mismos que descuajar los bosques y hendir los surcos, hasta ver florecer a la postre un capitalismo puro, exento de las interferencias de sistemas caducos heredados a los que fuera necesario barrer, como le tocara a la burguesía europea en sus batallas por el desarrollo. Idéntica afirmación cabe para las normas democráticas de organización social, cuyas embrionarias encarnaciones comenzaron allí a manifestarse desde un principio y a facilitar las actividades productivas. En cambio, el rancio coloniaje monárquico, de severo molde absolutista y al que prácticamente le correspondiera fundar a Latinoamérica, trasplantó intacto aquí el régimen feudal, dada la feliz coincidencia de que se toparía con una abundante población indígena apta para la agricultura y las labores manuales, a la cual, además de evangelizar, transformaría en siervos de la gleba. Sobre la mita, la encomienda y el resguardo reverdecieron las obediencias jerarquizadas, los tributos y prestaciones personales, la justicia inquisitorial y el resto de instituciones de una sociedad que allende el océano exhibía síntomas inequívocos de senectud, pero que bajo nuestros cielos tendría mucho por vivir, hasta el punto de que al cabo de los siglos aún observamos sus vestigios saboteando la marcha del progreso.

Vertiginosamente Norteamérica adelantaría, y pronto haría sentir también su influjo bienhechor con su Declaración de Independencia, convenida en 1776 y enfilada en general contra la monarquía y la divinidad de los reyes; documento consagratorio de los preceptos de la democracia burguesa, cuyos derechos humanos, presididos por la sonada máxima de que “todos los hombres son creados iguales”, estaban llamados a contribuir, durante decenios, con la revolución mundial y, por contera, con las gestas de emancipación de las colonias españolas. Bastante transcurrida la centuria pasada la semblanza estadinense todavía seguía infundiendo entusiasmo a las luchas progresistas de los distintos países. La Guerra de Secesión, concluida en 1865 con la refrendación de la libertad de los esclavos negros, recibió el fervoroso apoyo de las corrientes revolucionarias, especialmente de los obreros europeos.

No obstante, en vísperas del siglo XX, junto a una banca omnipotente, reguladora de los engranajes industriales puestos a la sazón bajo sus arbitrios, irrumpen los gigantescos monopolios, suprema expresión de la concentración del capital, los cuales estiman demasiado angostos sus linderos fronterizos y

han de hacer de la rapiña una divisa, renegando de las sanas tradiciones y trastornando la mente de la gran nación de Jefferson. La guerra contra España, en 1898, su primera confrontación netamente imperialista, no se emprendió ya en aras de las cláusulas de “no colonización” de la Doctrina Monroe, sino al revés, para apropiarse de lugares ajenos, como lo llevó a cabo aquel año el gobierno de McKinley con Filipinas, Guam y Puerto Rico. Contra Cuba, asimismo arrancada de la corona ibérica, expidiose más tarde la oprobiosa Enmienda Platt por la cual se coartaba su soberanía y quedaba Estados Unidos facultado para entrometerse en los asuntos de la Isla cuando le pluguiera. Sobrevendría de igual modo la desmembración de Panamá de Colombia, con el propósito de construir en el Istmo el canal interoceánico que los franceses no fueron capaces de materializar. Y posteriormente la habilitación de las interminables tiranías castrenses tipo Carías, Martínez, Ubico, Somoza, Trujillo, Duvalier, respectivamente de Honduras, El Salvador, Guatemala, Nicaragua, República Dominicana y Haití, para sólo señalar unas pocas de las muchas que han soportado las masas escarnecidas y apaleadas de la América Central y el Caribe. Y los tratados leoninos sobre diversos tópicos, dirigidos a garantizar franquicias para las inversiones, los consorcios, las mercancías o los empréstitos procedentes de la metrópoli recién configurada. Y las repetidas conferencias panamericanas, gestoras del sistema del mismo nombre pero bajo la batuta de Washington, preferencialmente la IX, celebrada en Bogotá durante los días aciagos del asesinato de Gaitán y que diera vía a la Organización de Estados Americanos, la inefable OEA, tildada por algunos como el “ministerio de colonias yanqui? Y las intervenciones militares contabilizadas por docenas en el Hemisferio, entre las que vale la pena recordar la de 1914, en el puerto de Veracruz, México, a fin de presionar la dimisión del presidente Victoriano Huerta; la de 1926, en auxilio del títere nicaragüense Adolfo Díaz; la de 1954, para derrocar el gobierno guatemalteco de Juan Jacobo Arbenz; la de 1961, fallidamente contra la revolución cubana, y la de 1965, tras el objetivo de aplastar al insubordinado coronel Francisco Caamaño, en Santo Domingo.

La metamorfosis de la república estadinense en una potencia imperialista se había consumado definitivamente. Dejemos referir al *Washington Post*, en editorial publicado preciso en los preliminares de la guerra de 1898, cómo percibió aquella transmutación en los momentos históricos en que se estaba efectuando: *“Unanuevaconciencia parece habersurgido entre nosotros, la conciencia de la fuerza, y junto con ella un nuevo apetito, el anhelo de demostrar nuestra fuerza... El sabor imperio está en la boca de la gente, lo mismo que el sabor de la sangre reina en la jungla”*¹.

Los partidos vergonzantes del caudillaje estadinense acostumbran argumentar que los humos despóticos del opulento poder del Norte, notoriamente ostensibles en variadas fases de su ulterior etapa hegemónica, han dependido

más de las malas entrañas de determinados mandatarios que de la índole del sistema imperante. Censuran, por supuesto, las tropelías del “gran garrote” de Teodoro Roosevelt, o la “diplomacia del dólar”, llevada al apogeo por la administración de William Taft, mientras se deslían en elogios hacia los ofrecimientos de “buena vecindad” del segundo Roosevelt, los programas de la “Alianza para el Progreso” de un John F. Kennedy e incluso hacia las intenciones de “buen socio” esbozadas por el frustrado Richard Nixon. Sin embargo, este aparente doble cariz, o esta duplicidad, fuera de indicamos que las formalidades de la democracia no simbolizan un impedimento insalvable para la explotación económica de los monopolios, nos confirma que los Estados Unidos se acogen con pericia y sin reconcomios a los métodos blandos o a los duros, con tal de sacarles jugosos gajes a sus nexos extraterritoriales.

Así como el capitalismo norteamericano nació incontaminado, sin las trabas de modos productivos remanentes que le obstaculizaran el crecimiento, su ciclo imperialista, desde sus preámbulos, se ha diferenciado de los otros en la predisposición a valerse de los instrumentos democráticos para afianzar y adornar sus expugnadoras pretensiones. En lo transcurrido del siglo menudean las profesiones de fe de los ocasionales inquilinos de la Casa Blanca en los hábitos republicanos de gobierno y en las excelsitudes de la soberanía y la autodeterminación de las naciones, a lo Woodrow Wilson, el presidente del Partido Demócrata que se creía obligado a impartir instrucción a los analfabetos políticos del Continente sobre cómo interpretar las constituciones y escoger eficaces estadistas; y quien, dentro de su pedagógica misión, proclamó para Latinoamérica el advenimiento de la “Nueva Libertad”, por la cual habría de ir hasta la agresión armada contra Nicaragua, Haití y República Dominicana, sin contar la ya mencionada contra México. Y sus famosos Catorce Puntos sobre la Paz, tras cuyos derroteros participó Norteamérica en la primera guerra por el reparto del globo, convocaban a un entendimiento universal que concediera *“garantías mutuas de independencia y de integridad territorial a los Estados grandes y pequeños por igual”*. Análogo supuesto de convivencia civilizada y democrática entre los países se consiguieron en la Carta del Atlántico, el pacto programático con que, dos largas décadas después, acometieron en la segunda conflagración las fuerzas aliadas bajo el liderazgo de los Estados Unidos. El panamericanismo no es más que el compendio de tales postulados, entretejidos paso a paso y al compás de los vaivenes hemisféricos, y que históricamente arrancó con la negativa inicial de los jerarcas de Washington a reconocer los mandatos de facto surgidos de la inobservancia de las regulaciones constitucionales, hasta concluir en la condena expresa, por lo menos en el papel, de cualquier intervención de una nación en los fueros de otra. Además de responder a los designios de convertir el Caribe en un mar norteamericano y a

todo el “patio trasero” en soporte para la dominación mundial, el corolario que adosara Teodoro Roosevelt a la Doctrina Monroe por allá en 1904, anunciando que sus deberes de ángel guardián de América podrían forzarlo a “*ejercitar la política de policía internacional*”, ha consistido asimismo, desde los preludios del imperio hasta hoy, en el pobre intento de encubrir la voracidad de los Estados Unidos con la cruzada rediviva por proscribir de estas tierras de Colón los enclaves coloniales. Intento no sólo pobre sino opcional, porque, cual ocurrió con la cuenta andanada de Gran Bretaña contra Argentina por la retención de las Malvinas, las autoridades estadinenses no vacilan en terciar en beneficio de viejas formas de opresión nacional, y reivindicadas por señoríos procedentes de otras latitudes, cada vez que los afanes del momento así lo dictaminen.

En todo caso las relaciones expoliadoras implantadas por los Estados Unidos fueron harto distintas a las que consuetudinariamente rigieron en el mundo y que en la actualidad se hallan casi extinguidas por completo. Se trata del ne-colonialismo, como insistimos en denominarlo con la finalidad de distinguirlo. Es el desvalijamiento moderno que no precisa de virreinos o protectorados de ninguna especie para llevar a feliz término la labor depredadora. Aun cuando eche mano de los cuartelazos, las invasiones y las tomas territoriales, dentro de su inclinación natural a esgrimir escuetamente la represión siempre que sea indispensable, tolera la independencia política, la república y los gobiernos elegidos por sufragio, pues sus ganancias espectaculares y especulativas, inherentes al capitalismo monopólico, estriban antes que nada en la exportación de capitales desde los centros desarrollados a la periferia relegada. Mediante las inversiones directas y los empréstitos los países pudientes despojan a los menesterosos de sus recursos naturales, acaparan sus mercados, inspeccionan y reglamentan sus economías. Los funcionarios, los legisladores, los magistrados caen prisioneros en las redes del soborno, o capitulan ante las desalmadas e ineludibles presiones pecuniarias. Si no que lo desmienta México, cuya fachendosa burocracia posaba de libérrima y patriótica hasta cuando el Fondo Monetario Internacional, con sus inapelables requisitos para la renegociación de la deuda pública, vino a postularla de hinojos y a dejarla en cueros ante la mirada estupefacta de los miles de millones de moradores del planeta. O que lo atestigüen, para no ir muy lejos, los gerentes de nuestras entidades del ramo que no atinan a explicarle a la desfalcada y confundida opinión colombiana los motivos de las escandalosas alzas en las tarifas de los servicios, hechas por conminación de las agencias prestamistas y a contrapelo de las promesas comiciales del Movimiento Nacional.

Por eso, los portavoces de las corrientes reformistas que abogan por la restauración de las viejas y consabidas formulaciones democráticas, cual panacea para los padecimientos del Tercer Mundo, aunque se sientan muy convencidos

de la bondad y del progresismo de sus reclamos, lo cierto es que no han avanzado un ápice respecto a las recetas que de buen grado aceptarían las oligarquías imperialistas contemporáneas y que de suyo ya han prescrito en sus documentos más solemnes. Las libertades ciudadanas que logren disfrutar los pueblos exaccionados les facilitarán sus luchas por una autodeterminación auténtica y cabal, pero por sí solas no configurarán barrera alguna que impida la explotación económica de los conglomerados supranacionales. Frecuentemente las metrópolis aplauden el independentismo del que hacen alarde muchos de los gobernantes de sus neocolonias y hasta reciben con mansa resignación las críticas que éstos expresan sobre diversos aspectos de su conducta en el concierto internacional, con tal que se les asegure el curso boyante de sus negocios. Con arreglo a ello acostumbra a obrar, verbigracia, el impredecible señor Betancur, quien en sus discursos se reserva la licencia de reprender a su colega Ronald Reagan por uno que otro desatino, sin dejar por eso de abrumar con prebendas a los inversionistas extranjeros, o de tramitar, acucioso, la solicitud de mayor injerencia del Banco Interamericano de Desarrollo, el BID, uno de los entes directamente responsables del retraso, los desequilibrios y el caos en la construcción material de nuestras naciones. Y después de tantas vueltas y revueltas, la acariciada paz de Centroamérica, como se deduce de los pronunciamientos del Grupo de Contadora y de las intervenciones del presidente colombiano con ocasión de su reciente viaje al exterior, resultó que, en última instancia, depende, de un lado, del retorno a un panamericanismo remozado y, del otro, del incremento de la “ayuda” de la banca mundial y de una más activa participación de los grandes trusts, dispensadores de la tecnología y de las posibilidades de empleo, conforme al criterio de las mismas fuentes. Diagnóstico que sospechosamente coincide con las propuestas por las que viene intercediendo de tiempo atrás el inmovilizado y metalizado congreso estadounidense.

Dentro de semejante contexto el discurrir de los países latinoamericanos ha sido una pesadilla de necesidades desatendidas, de anhelos irrealizables, de frustraciones traumáticas. No obstante que la mayoría naciera a la vida republicana hace más de siglo y medio, muchísimo antes que los jóvenes y depauperados Estados de Asia y África, ni la emancipación obtenida, ni la superestructura constitucional adoptada, se tradujeron en un efectivo desarrollo. La organización democrático-representativa de sus sociedades, distante de implicar la instauración del capitalismo como era de esperarse, en lo fundamental mantuvo indemnes, bajo la corteza burguesa, las enquistadas formas de producción peculiarmente feudales, las cuales sólo acusan conatos de claro deterioro en las postrimerías del siglo XIX. Empero, cuando circulan los primeros capitales y se incuban los incipientes procesos fabriles, una nueva y pesada carga desciende

sobre los hombros de nuestras patrias, un flagelo que comprometería indefinidamente su bienestar, el desvalijamiento imperialista del que ya hemos hablado. En sus informes de oficio los gobiernos estilan pintar color de rosa cualquier conquista pírrica dentro del crecimiento raquítrico, y a debe, cual lo definiera alguien con perspicacia; mas la constante es la parálisis, o el retroceso, a juzgar por los datos más frescos y veraces profusamente divulgados. ¿Quién osa rebatirlo? La inflación de dos y hasta de tres dígitos de porcentaje, la quiebra masiva de empresas, la no utilización de parte considerable de la poca capacidad instalada de la industria, el decaimiento incurable de las actividades agropecuarias, la explosiva desocupación, el déficit fiscal crónico, el endeudamiento llegado a topes insoportables, evidencian un panorama latinoamericano nada halagüeño, luego de tantos augurios fallidos y de tanta retórica. Y si a esto añadimos la marcada preferencia de los epicentros del poder a descargar la crisis económica que acogota a Occidente sobre los ciento y pico de países desheredados de la fortuna, calaremos a plenitud la gravedad de la hora.

De ahí que el pueblo de América Latina haya escrito las más hermosas páginas de insumisión, pues al igual que en la novela heroica *“el hambre devoradora le persigue sobre la tierra fecunda”*. Los revolucionarios, los demócratas y los patriotas sinceros de las distintas nacionalidades le brindarán unidos el respaldo irrestricto hasta ver coronadas por el éxito sus ansias de libertad; no la libertad santificadora de la extorsión económica, sino la fundada en los atributos de las naciones soberanas que usufructúan y definen a satisfacción sobre sus riquezas y sobre el trabajo de sus gentes.

III

Con todo y las complejidades, hasta aquí ha habido una comprensión gradual de los entresijos de nuestra segunda independencia. Las felonías, los excesos de confianza y las contempORIZACIONES oportunistas cunden en lo tocante a las asechanzas de la superpotencia de Oriente. Unos sectores consideran insustituibles las emponzoñadas solidaridades del socialimperialismo: están representados por los regímenes de este bloque y sus epígonos. Otros se inclinan por el aprovechamiento táctico de la intromisión rusa para obtener el triunfo: son los ingenuos que piensan expulsar primero a los Estados Unidos y luego deshacerse de la Unión Soviética. Y un tercer segmento busca medrar en medio de la borrasca; lo constituyen aquellos que le prenden una vela a Dios y otra al diablo para ganar indulgencias políticas.

Bajo ninguna circunstancia hemos admitido que las diligentes gestiones de Moscú y de La Habana alrededor de Centroamérica sean catalogadas de fiables y mucho menos de fraternas. Ciertamente es que, fuera de la férrea tenaza con que

apercuella al gobierno cubano, al que recompensa con miserables bonificaciones monetarias por sus menesteres mercenarios en otras latitudes, allí, en los litorales del Mar Caribe, la dirigencia soviética no ha tenido ni el tiempo ni el espacio para hacer sentir ampliamente su catadura expansionista. Lo cual desde luego no significa que sus tejemanejes no riñan de manera tajante con las nociones más elementales de la democracia y con los principios del socialismo. No se puede aguardar a que esta despiadada satrapía que arrasa a sangre y fuego a la nación afgana y empuja al ejército marioneta de Viet Nam a exterminar a los pueblos kampucheano y laosiano, acate la soberanía y demás derechos inalienables de guatemaltecos, salvadoreños y nicaragüenses. ¿Acaso el despotismo se comporta de un modo en Asia y de otro en América? ¿O los postulados democráticos son fraccionables, diferibles y tienen un valor contrapuesto de un meridiano a otro? ¿U obligan para todos menos para unos? No suena coherente. Las ocupaciones de países, efectuadas donde fuese y so pretexto de colaborarles en sus bregas de liberación nacional, sacar avante las tareas socialistas, o tras cualquier otro móvil, por humanitario y filantrópico que parezca, únicamente conducen a escindir la necesaria armonía de los pueblos y a exacerbar las tensiones internacionales. A la inversa de cuanto han venido pregonando los adocenados partidos comunistas, los más leves atropellos contra la independencia de los Estados y la autodeterminación de las naciones, infligen heridas graves a la cooperación internacionalista tan cara para las masas trabajadoras del orbe entero.

Fidel Castro nos proporciona un testimonio bastante elocuente de cómo se adecúa el concepto a la práctica, o mejor, de cómo se envilece la teoría para legitimar los sanguinarios desmanes de la Santa Rusia posmarxista. En agosto de 1968 las unidades del Pacto de Varsovia tomaron por asalto a Checoslovaquia, y no obstante acusarse a Occidente por los signos degenerativos detectados en aquel miembro del bloque, era imperioso ofrecer una exculpación, con ribetes de credibilidad, de un acto a todas luces atentatorio de la integridad de un país supuestamente libre. El Comandante en Jefe, que por entonces ya había escogido padrastrós, lo intentó dentro de esta lógica: *“A nuestro juicio la decisión en Checoslovaquia sólo se puede explicar desde el punto de vista político y no desde un punto de vista legal. Visos de legalidad no tiene francamente, absolutamente ninguno”*. La infracción delo legal, que no tuvo más remedio que reconocer, simboliza la burla del precepto de la autodeterminación nacional de los países; y el incentivo político, o sea la justificación, radica en los objetivos revolucionarios. Y lo afirma expresamente: *“Lo que no cabría aquí decir es que en Checoslovaquia no se violó la soberanía del Estado checoslovaco... Y que la violación incluso ha sido flagrante”*. Pero aquélla, completa Castro, *“tiene que ceder ante el interés más importante del movimiento revolucionario mundial y de la lucha de los pueblos contra el imperialismo”*³.

Traemos a colación los pasajes de un litigio añejo ya de quince años porque la doctrina sentada en él ha repercutido enormemente en los acontecimientos posteriores y, además, no la compartimos. Ajustándose a ella Cuba ha enviado durante un lapso relativamente corto alrededor de 100.000 soldados a campar en el continente negro. En la actualidad mantiene en Angola, como se sabe, 20.000 hombres, cuyo desembarco, ocurrido en junio de 1975, marcó el inicio propiamente dicho de la ofensiva militar estratégica de la URSS por el apoderamiento del planeta. En el Cuerno de Africa están instalados sólo unos pocos escuadrones menos, con la orden de sostener el régimen de Mengistu, hostigar a Somalia y combatir a los patriotas eritreos. Hay también asesores y contingentes procedentes de la isla caribeña en Yemen del Sur, Mozambique, Guinea-Bissau y el Congo, amén de los que menudean en Granada y Nicaragua. Tamaño despliegue bélico, en una extensión tan dilatada, a tantos miles de kilómetros de distancia de su base de origen y activado por una pequeña nación, la tercera parte de los habitantes de Colombia y un décimo de su territorio, que pasa apuros en las lonjas internacionales para vender su azúcar de país monoexportador, no se comprendería sin la asistencia financiera de sus asistentes militares. García Márquez, en un gesto que habla bien de su calidad de amigo pero no de su vocación por la economía, juró que la misión expedicionaria sobre Angola *“fue un acto independiente y soberano de Cuba, y fue después y no antes de decidirlo que se hizo la notificación correspondiente a la Unión Soviética”*⁴. No hubo quiéntomara en serio estas frases. Ni siquiera el escritor, que pronto las habría de olvidar, pues con motivo de su controvertido exilio y refutando las sindicaciones de los mandos castrenses contra La Habana acerca de la incautación de un cargamento de armas del M-19, aclaró perentoriamente: *“Los cubanos no tienen plata para darle a nadie ni un fusil de esos que vinieron ahí”*⁵.

La deducción es obvia e irónica. Los procónsules del “primer territorio libre de América”, con el sostén y la coyunda de los soviéticos, se pasean por el cosmos hollando fronteras ajenas, ungiendo gobiernos obsecuentes, disciplinando a los opositores que se atrevan a rechistar. Insólito, por lo demás, que ese extraño proceder se pretenda pasar con el rótulo de revolucionario. Nosotros nos identificamos en el pasado con las pegajosas proclamas de los vencedores de la Sierra Maestra y apoyamos en la medida de nuestras capacidades sus desvelos por edificar una patria digna y próspera. Dimos incluso un margen de espera prudencial cuando desde finales de la década del sesenta nos percatamos del giro de La Habana en honor de las apetencias del Krem1in. Mas a mediados de 1975, consumada la invasión del Estado africano que acababa de desembarazarse de cinco siglos de coloniaje portugués, no había duda: la comandancia de la Isla cumpliría su triste destino de condotiero del socialimperialismo, más o menos

como las soldadescas reclutadas en la India o Nueva Zelanda contendían tras las enseñas de Su Majestad en los esplendores del imperio británico. No cejaremos en la condena de los autodenominados “socialistas reales” que se enseñorean impunemente en suelo extranjero. Atrás recordábamos que los presidentes norteamericanos instruían a bala a las repúblicas inermes sobre cómo habituarse a la democracia y a la independencia; hoy los primeros ministros del bando contrario lo hacen para predicar y explayar el socialismo. Pero pueblo triunfante que le impone la felicidad a otro pueblo compromete la victoria y forja sus propias cadenas. ¡Quisling jamás será un Martí!

Acreditan ponerse en tela de juicio los propósitos de aquellos que protestan airadamente por la presencia estadounidense en Centroamérica pero hacen caso omiso de los crímenes cometidos por los soviéticos y sus seguidores contra la integridad y las intransferibles prerrogativas de las naciones débiles. Para esos falsos apóstoles de la transformación social, llámense revolucionarios, comunistas o socialistas, digámoslo en vía de ilustración, no se justifica ni una nota desaprobatoria ante el vandalismo vietnamita en Indochina, donde, de los cinco millones de seres del pueblo de Kampuchea, cientos de miles han sido segados sin contemplaciones. La fraternidad internacionalista tampoco es divisible. Tanto merecen laborar en paz y decidir sin tutorías foráneas sobre su buena o mala ventura los cuatro millones de salvadoreños como los veinte millones de afganos. Y convertir los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo en mascarones de proa del expansionismo soviético, consiste, mundo y lirondo, tal cual lo hemos venido señalando, en un trueque de amos. La Junta Sandinista de Reconstrucción Nacional, al alinearse con Moscú y servirle de cabeza de playa en la región, no sólo enajena su voluntad sino que reduce a Nicaragua al lamentable estado de ficha cambiable o comible en el ajedrez internacional. La autocracia socialimperialista negociará la distribución de las influencias mundiales de acuerdo con lo que aconsejen sus maniobras políticas y militares y no conforme lo deseen sus majaderos mandaderos.

Imaginar con pueril candidez que asordinando la denuncia y admitiendo la peligrosa protección moscovita las agrupaciones independentistas enfrentan los presentes desafíos sin mayores riesgos, pues ya se darán trazas para salir de la trampa y eludir las celadas, es desconocer supinamente las superioridades de un imperio pujante, en formación, que cuenta por añadidura con la no despreciable ventaja de franquear puertas y marear cabezas con su etiqueta socialista. Hoy por hoy el Kremlin dispone de avanzadillas muy firmes y muy dóciles en todo el globo. Además de las indicadas, sobresalen el Estado sirio que actualmente retiene con 60.000 soldados la mitad del Líbano, a través del cual las huestes de Andropov ponen fuerte baza en la partida por el Medio Oriente, y el predestinado

coronel Gaddafi, en el Norte de África, quien se adueñó de parte de la República del Chad, alistando y armando una facción disidente de ese país, y quien también intriga, conspira e interviene donde pueda, incluida Centroamérica, cual si fuera el Robin Hood del mundo.

Si echamos una cuidadosa ojeada a los últimos veinte años registraremos la arremetida de la URSS y su adelantamiento respecto de Occidente en disímiles aspectos. Mientras aquella ha militarizado su economía en grado sumo, atiborra su arsenal con dispositivos nucleares y convencionales y se trasmuda en un proveedor de armamentos de primer orden, a las viejas metrópolis les toca vérselas con mil obstáculos, desde arrostrar los ruidosos movimientos pacifistas que le coartan el poder de decisión, hasta estirar al máximo los presupuestos minados por la recesión económica, para conservar simplemente un precario equilibrio en la capacidad de fuego de los dos bandos. Más de una veintena de países, unos mediante las artes persuasivas de la maquinación y del halago, otros como fruto de la violencia, han caído en las zarpas del oso, y le permiten directa o indirectamente a esta superpotencia un considerable margen de acción en su calculada y arrasadora campaña expansionista. Tan inobjetable será la tendencia histórica, que los Estados Unidos se muestran impotentes para encinturar, en las inmediaciones de sus linderos, la sublevación centroamericana, acorralados por el descontento popular, las desavenencias políticas internas, las intromisiones soviéticas y hasta por el peso de un pasado acusatorio que no olvidan las gentes. Y el señor Mitterrand, en detrimento de la descabalada estampa de su socialismo pluralista, tuvo que trasladar sus tropas en auxilio del gobierno del Chad, con el fin de proteger los codiciados intereses franceses en el África, siendo que no contempla muy complacido el traslado que de las suyas ha hecho el presidente Reagan a Honduras en trance similar. En suma, Occidente ejecuta esfuerzos más desesperados que eficaces por mantener la cohesión y frenar a su engrandecido oponente, en una atmósfera en la cual las contradicciones internacionales suben de temperatura en cuestión de meses y los pueblos neocolonizados, resueltos a romper las cadenas, no olfatean los vientos que delatan a la fiera agazapada del Este. Por ende, postergar para un futuro preñado de incertidumbres el esclarecimiento público y sistemático acerca de la amenaza principal y, peor aún, unirse a ella en la creencia de conseguir birlarle el botín, denota una inocencia digna de tiempos menos escabrosos.

No quisiera concluir esta exposición sin referirme, así sea de pasada, a un comportamiento político que ha venido haciendo carrera en Colombia últimamente, sobre todo en los círculos dominantes. Trátase del brochazo izquierdista, al que cada vez recurren más quienes han perdido lustre en los ajetreos de la lucha y no encuentran otro medio de recomponer su figura que mostrándose

benévolos con algún requerimiento o gesto de intimación del gobierno cubano, obviamente después de dejar sentada la explícita y ritual constancia del abismo ideológico que los separa de aquél. Este artilugio, copiado de los mexicanos, posee la milagrosa virtud de resguardar por un rato de las críticas, aunque se haya incurrido en desafueros o se haya asumido actitudes cavernarias en otras materias. No sabría precisar si fue el presidente López Michelsen quien primero lo utilizó, pero sí lo puso de moda. Cuando Fidel Castro sostiene en La Habana, comolohizo: *“Lópezesunburguésprogresista”*, esoserefleja propiciatoriamente en las urnas, o se reflejaba.

La conveniencia de recibir del campo adversario semejantes consagraciones incide más de lo que se supone en la elaboración de las directrices oficiales, en especial en el período que transcurre, pues los conservadores, o por lo menos la fracción belisarista, han redescubierto esta fórmula mágica con la que los liberales ganaban puntos en las encuestas de opinión, defendiendo, desde luego, el panamericanismo y demás fundamentos del mundo occidental y cristiano, a la par que se coquetea a distancia con las fuerzas rivales acantonadas en la otra orilla. Esto explica la manera condescendiente como se han solido absolver las pretensiones de los recaderos del socialimperialismo contra Colombia, en el caso de los inesperados y contumaces reclamos de la Junta de Nicaragua sobre San Andrés y Providencia y en las intentonas de Cuba de sembrar nuestro territorio de destacamentos armados, cual lo reconociera su Primer Ministro sin el menor embozo y ante la presencia de una gloria de nuestras letras, un ex presidente y una decena de periodistas colombianos, quienes prácticamente asintieron con el otorgamiento de su silencio.

De modo similar se ha venido concibiendo la inclusión de Colombia en el grupo de los países No Alineados, no como el camino para hacer valer una posición genuinamente independiente y neutral en la disputa de las superpotencias, sino como el conducto de complacerlas a ambas en lo que fuere indispensable. En nombre de la pacificación, en San José de Costa Rica el canciller Rodrigo Lloreda firma la Iniciativa para la Cuenca del Caribe ideada por la Casa Blanca, y para no malquistar a la contraparte, se deposita en la ONU un voto a favor de la candidatura de Nicaragua al Consejo de Seguridad. Sin embargo, ni las ambigüedades, ni las acomodaticias oscilaciones de un extremo al otro, reportarán nada positivo para la convivencia internacional y el derecho a la irrestricta autodeterminación de las naciones. Azuzan, por el contrario, la codicia de los expansionistas que intuirán en tales piruetas una disimulada e insinuante invitación a que prosigan con sus componendas y provocaciones.

En Centroamérica, análogamente a lo que acontece en las otras zonas en conflicto, al lado de las viejas dolencias, han surgido problemas nuevos. Entre los

primeros están la explotación económica de los consorcios foráneos, el atraso, la miseria y la falta de una democracia efectiva. Entre los segundos se cuenta la irrupción de avanzadillas del expansionismo tipo Cuba. “*Estos pequeños Estados -como lo indicamos en el proyecto de convocatoria que propusimos para este Foro- nos significarían una amenaza mayor para nadie, e incluso gozarían plenamente de la efectividad de todas las naciones amantes de la paz, si sus afanes de respaldo a quienes combaten en pos de los cambios sociales no fuesen más que un simple pretexto para sus empeños reales de crear, donde puedan, contingentes políticos y militares dóciles a los caprichos de Moscú*”. Ante las vicisitudes dolencías existe un creciente y alentador discernimiento; en relación con los nuevos problemas prevalecen la prodición, la indiferencia y el oportunismo. Unámonos las fuerzas revolucionarias, democráticas y patrióticas a fin de remediar las unas y afrontar los otros, en el entendimiento de que el mayor peligro proviene del socialimperialismo soviético, cuya contención demanda el más amplio frente de batalla mundial, que se base en los países sojuzgados y en las masas trabajadoras de todo el orbe, abarque a las repúblicas capitalistas desarrolladas y no vete siquiera a los Estados Unidos.

En cuanto a nosotros, seguiremos creyendo, junto a Augusto César Sandino, el general de hombres libres, que “*toda inmisión extranjera en nuestros asuntos sólo trae la pérdida de la paz y la ira del pueblo*”.

Notas

1. William Miller, *Nueva Historia de los Estados Unidos*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1961, págs. 313 y 314.

2. Aprovechando su viaje al exterior, a comienzos de octubre, Belisario Betancur pidió, tanto a los Estados Unidos como a la Comunidad Europea, el apoyo económico para sacar a los pueblos latinoamericanos del abandono. Ante la banca norteamericana, durante el almuerzo que ésta le brindara en el Hotel Waldorf Astoria de Nueva York, invitó a invertir más en Colombia y sugirió para Centroamérica un programa de asistencia similar al Plan Marshall que Washington ejecutó en Europa después de la Segunda Guerra Mundial.

3. Ambas citas de Fidel Castro pertenecen a su discurso pronunciado sobre la incursión de las tropas del bloque soviético en Checoslovaquia, publicado en *Granma*, 25 de agosto de 1968.

4. Gabriel García Márquez, *El Espectador*, enero 9 de 1977.

5. Idem, *Cromos*, marzo 31 de 1981.

6. Se refiere a las declaraciones por las cuales Fidel Castro aceptó haber entrenado guerrilleros colombianos, formuladas delante de García Márquez, López Michelsen y varios periodistas colombianos que habían viajado a Cuba, a mediados de enero de 1983, con motivo de la entrega de una condecoración concedida por el gobierno cubano al laureado escritor.

¿Qué puso al descubierto Granada?

Tribuna Roja N° 46, diciembre de 1983

Dos mil unidades de las fuerzas armadas norteamericanas, con el acompañamiento más simbólico que bélico de 300 soldados de seis pequeñas repúblicas de las Antillas de habla inglesa, comenzaron a desembarcar el 25 de octubre en la diminuta Granada, según los despachos de prensa, a las 5 y 40, hora local.

La ocupación recuerda lo que casi todos sabemos: la eterna historia de la omnipotente metrópoli que ha lapidado a los pueblos débiles circunvecinos, pues cualquier determinación improcedente e inconsulta que alguno de éstos adopte puede poner en peligro la seguridad del imperio. Para legitimar sus invasiones, a las autoridades de Washington les ha bastado con argüir la necesidad de proteger a unos cuantos ciudadanos americanos residentes en el exterior, o mostrar los pedidos de ayuda militar de la respectiva facción intermediaria, o simplemente presentarse como cruzados de la democracia que han de cumplir la misionera labor en tierras extranjeras. En el caso de Granada, cuya empobrecida población apenas bordea las 100.000 personas y habita en un perímetro de escasos 344 kilómetros cuadrados, el presidente Ronald Reagan esgrimió las tres disculpas. Excepto que la solicitud de apelar a los cañones para resolver el litigio emanó, no de uno, sino de dos pares de gobiernos de islas aledañas, integrantes de la Organización de Estados del Caribe Oriental, OECO, un ente espurio, improvisado y establecido en 1981 precisamente para eso, para otorgarles un viso legal a las ilegalidades estadinenses. Aunque Barbados y Jamaica no pertenecen a aquel organismo, sus mandatarios prestaron el concurso a la expedición armada. El resto de la ficticia colaboración provino de Antigua, Dominica, Santa Lucía y San Vicente.

No sobra añadir, conforme hemos procedido en circunstancias anteriores, que rechazamos rotundamente los atropellos contra la soberanía y demás derechos inalienables de las naciones, perpetrados por la superpotencia del Oeste, y

sus rancias e insaciables pretensiones de convertir al Caribe y Centroamérica en el traspaso de su Casa Blanca. No por exiguos e indefensos, los granadinos son menos dignos de darse la forma de república que a bien tengan y sin intrusiones de ninguna índole, al igual que cualquier otro pueblo respetable del planeta. Esta posición nuestra obedece al arraigado criterio internacionalista de que la unidad de las masas trabajadoras de todas las latitudes, tan imprescindible para el buen suceso de la revolución mundial, únicamente cristalizará sobre la base de la plena vigencia de la autodeterminación de las naciones, al margen incluso de los regímenes sociales en ellas imperantes; anhelos de libertad y de independencia que compartimos con los demócratas sinceros, preferencialmente en la actual coyuntura histórica de dura prueba.

Pero los acontecimientos de Granada ostentan aspectos bastante ignorados, una especie de cara oculta de la luna que muy pocos han visto y que a nosotros nos interesa, sobremanera, revelar. Nos referimos al rol de los cubanos en todo este turbio asunto. En primer término, con la llegada de los infantes de marina yanquis y de sus grotescos refuerzos antillanos, se supo a ciencia cierta cuántos hombres mantenía allí La Habana y cuál era su carácter, puesto que, como acaece en muchos otros países donde interfieren, la magnitud y el cometido de aquella intervención mimetizada difícilmente se calcula. Algunas agencias noticiosas estimaban que la cifra no subía de un centenar, máximo dos, y que su encargo se circunscribía a colaborar en tareas alfabetizadoras, campañas de sanidad y sobre todo en la construcción del moderno y grande aeropuerto internacional de Salinas, en el borde sureño de la isla, al cual el Pentágono le achacó muy definidos fines belicistas, mientras la mamentería del Continente lo consideraba el mejor aporte fraternal al turismo de Granada y del Caribe entero. Al cabo de cuentas, la asesoría cubana rondó por el tope de los mil efectivos, cantidad nada despreciable para una revolución tan despoblada, y ello sin sumar la pericia de los cincuenta soviéticos que asesoraban a los asesores.

Llegado el momento de la verdad, y sin que importe ya mantener encubierta la naturaleza castrense de diseñadores, ingenieros, albañiles y ayudantes rasos del aeropuerto en ejecución, Fidel Castro envió, el 24, un día antes del abordaje enemigo, a un oficial de alto rango, el coronel Pedro Tortoló Comas, a objeto de que asumiera “el mando de todo el personal cubano”; el 25 impartió a sus huéspedes la orden concluyente de “no rendirse bajo ningún concepto”, y el 26, cuando todo estaba prácticamente consumado, explicó que se había obrado así para salvar “el honor, la ética y la dignidad de nuestro país”.

Durante la mañana del desembarco, los cables procedentes de Moscú también se encaminaban a crear la impresión de que los cubanos se batían más fieramente de lo que les tocaba. A las 9 a.m. las fuerzas expedicionarias norte-

americanas habían sufrido ya 1.200 bajas y la resistencia inmolado a 800 gloriosos combatientes, de acuerdo con aquellas informaciones que en Colombia las cadenas de radio, particularmente *Caracol*, propalaban en el instante mismo en que las iban emitiendo los lejanos e imaginativos corresponsales, y envueltas, obviamente, en un sensacionalismo estrepitoso. A esas alturas de las acciones realmente no se conocía aún de pérdidas humanas, y al final de la jornada, restando sólo unos reducidos y aislados focos de aguante, los muertos en total no pasaron de ochenta, dieciocho de las tropas de asalto y si mucho sesenta de los defensores. Sin embargo, y sea lo que fuese, la potencia de fuego y la capacidad operativa de los custodios de la isla obligaron al Pentágono a conducir el miércoles 26 otro millar de soldados de su 82^a División Aerotransportada al campo de las operaciones. Más tarde se especificaría que el monto global de los infantes yanquis empleados en la maniobra ascendió a seis mil.

Pese a que el Comandante en Jefe se cuidó de instruir desde La Habana a sus contingentes en Granada de que “si el enemigo envía parlamentario escucharlo y transmitir de inmediato sus puntos de vista”, con dichos desplantes teatrales, órdenes categóricas de ofrendar la vida antes de rendirse, falsas noticias, se buscaba salvar no tanto la valentía como la justeza de la causa. Mas resulta irrefutable que los cubanos, por encima de sus proclamas antiyanquis y sus profesiones de fe revolucionaria, sencillamente luchaban por una pequeña isla de la que se habían adueñado. Sus legionarios se aproximaban a mil ante un ejército granadino de escasos dos mil componentes mal equipados y de bajo nivel de adiestramiento. Sus obras, sus consignas, sus dictámenes empalagaban el alma de una sociedad indigente y relegada de las Antillas Menores que, con el señuelo de ayudarla, la utilizaron de trampolín para sus apetencias expansionistas. Ellos fueron los grandes héroes de una mini revolución frustrada. Hasta el último momento se robaron la escena, combatiendo para otros por el apoderamiento de una porción del Caribe que no es suya, “abrazados a nuestra bandera”, la de la Cuba prosoviética.

Y la bandera de Granada, ¿quién la abrazó? Maurice Bishop, quien en agosto de 1979 ascendiera al Poder mediante un golpe de Estado y se tornara, en su calidad de Primer Ministro de la isla, en un destacado y locuaz contribuyente político del régimen castrista, había sido depuesto el 14 de octubre del año en curso por el comandante de sus propias tropas, el general Hudson Austin. El 19 de octubre terminó pasado por las armas, junto a tres de sus ministros, dos directivos sindicales y varios más de sus adherentes. La dirigencia cubana reconoció el gobierno de sus sucesores y victimarios, aunque, dentro de su estilo inconfundible, se lavó las manos por la responsabilidad de los insucesos, censurando no a los homicidas sino los “procedimientos atroces como la eliminación física de

Bishop y el grupo destacado de honestos dirigentes muertos en el día de ayer”. El Kremlin no se tomó tantos trabajos por las apariencias. Aprobó sin rodeos la autoridad nacida de los oscuros y cruentos incidentes.

En Granada se instauró entonces un mando sin piso democrático; antes bien, con los métodos que le dieron origen descalificados por sus patrocinadores de La Habana, y que se vio impelido a sitiar a los habitantes de su capital cuando el adversario exterior lo sitiaba a él para cortar su efímera existencia. Nos rehusamos a creer que en los designios de esta banda enceguecida y en entredicho reposara segura, no digamos la victoria, pero sí la honra de la bandera granadina. Por su parte, el pueblo, violentamente reprimido y bajo el toque de queda, estaba imposibilitado para movilizarse; no sabía qué esperar de los golpistas que así se comportaban como garantes de la continuación de la revolución, ni qué pensar de un coronel Tortoló Comas que Fidel Castro enviara la víspera para organizar y dirigir los destacamentos encargados de repeler la agresión foránea, siendo que esos destacamentos encontrábanse directa o indirectamente comprometidos con el asesinato del ex Primer Ministro y de todos modos apoyaban a los asesinos.

Demasiada candidez aceptar que los cubanos, quienes han aprendido las malas artes de la intriga y la maquinación, tras trasegar tanto tiempo por el mundo en su carácter de correveidiles de los soviéticos, se hayan privado de participar o de instigar los episodios del 14 y del 19 de octubre, con la trascendencia que éstos tenían para el futuro de su política a escala insular y regional, y contando, de ñapa, con cerca de mil expertos asesores, casi la mitad del ejército nativo, susceptibles de transformarse en cuerpos regulares de combate como se confirmó.

Hay algo más. Los socialimperialistas y sus seguidores se inclinan a preservarle a Bishop, una vez sepultado, la aureola de intermediario radical y dócil que lo distinguiera durante su mandato. Sin embargo, se sospecha que sus viejas lealtades comenzaban a extenuarse. En junio de 1983 viajó a Washington con motivo de una reunión de la OEA y traslumbió allí una posición conciliadora con los Estados Unidos; se entrevistó muy en secreto con William Clark, el encargado de velar por la seguridad del imperio, y a su regreso a Saint George llegó con un préstamo en el bolsillo de 15 millones de dólares autorizados por el Fondo Monetario Internacional. Aun cuando estamos al tanto de esa singular estrategia, que han tratado de instituir los “socialistas reales”, de financiar con dinero americano las revoluciones regentadas por Moscú, y no ignoramos los empeños obligados del expansionismo por suavizar las tensiones en Centroamérica ante la contraofensiva del porfiado Ronald Reagan, lo curioso de este drama granadino, para expresarnos benignamente, es que las disensiones internas se agudizaron luego del referido viaje del gobernante sacrificado, y los cubanos, o hicieron todo para derrocarlo, o no hicieron nada para impedirlo. De cualquier

forma, allí y en medio de la pantomima seudorevolucionaria, las contradicciones estatales se dirimieron a cuartelazo limpio y con sangrienta vindicta, a la usanza de los legendarios regímenes latinoamericanos que giran en la otra órbita.

Estos espeluznantes antecedentes coadyuvaron sin duda alguna a los propósitos de Washington; pero han servido también para que muchos de los desprevenidos partidarios de Cuba y de sus actividades intervencionistas empiecen a formularse interrogantes de tremenda incidencia.

Nosotros hemos insistido en que el socialismo auténtico no es ocupacionista ni anexionista. Nos preocupa que este punto básico no se comprenda a cabalidad por las fuerzas democráticas y revolucionarias, porque la menor intromisión de una nación en los fueros de otra, tolerada a cualquier título o propiciada bajo cualquier pretexto por el movimiento obrero de un país, el que fuese, le inflige más daño a la revolución mundial que todos los atropellos juntos de los imperialistas contra la libertad y la autodeterminación de los pueblos. Al fin y al cabo el capitalismo de la era monopólica se sustenta del fruto de sus prácticas colonialistas. De lo contrario no sobreviviría. Lo grave radica en que quienes hoy se autocalifican de portadores del marxismo y de la transformación social, en lugar de combatir los zarzapos de los Estados Unidos y sus aliados desde posiciones y con procederes revolucionarios, emulen con ellos en la arrebatina del globo y recurran a sus mismos medios. De prevalecer semejante tendencia, las masas golpeadas y burladas de las diversas latitudes no hallarían qué camino coger y la humanidad se perdería durante largo rato en uno de los más fragosos pasajes de su vida civilizada. Por eso, con todo y lo devastadora que se estime la acción estadinense en Granada, lo importante sigue siendo que aquella isla menesterosa, ubicada en la esquina suoriental del Mar Caribe y puesta de pronto en los primeros planos de la atención mundial, logre aportar con su trágica experiencia al esclarecimiento del culminante problema planteado, por supuesto a condición de que haya ideólogos y partidos resueltos a desafiar la resaca y a sistematizar las enseñanzas respectivas.

Hasta algunos de los más tradicionales y connotados simpatizantes del bloque socialimperialista acentuaron la nota de repudio contra el general Hudson Austin y sus compinches. Entre ellos García Márquez, siempre listo a darles una mano a sus amigos de Cuba para sacarlos de un aprieto, quien, dos días antes de la invasión de los infantes de marina yanquis y desde su columna dominical de *El Espectador*, no perdona al jefe del Estado granadino de “matón del peor estilo” y a los compañeros de aventura de éste no los baja de “bandoleros en mala hora extraviados en la política”. En dicho artículo y ajustándose a un razonamiento lógico, el escritor no puede menos que hacerse la fatal reconvención: “El día en que se justifique con cualquier argumento que las fuerzas del progreso se sirvan

de los mismos métodos infames de la reacción, será esa la hora -para decirlo en buen romance- de que nos vayamos todos para el carajo”. Incontrastablemente, aunque no sea en buen romance. Pero atribuir las consecuencias de la coloquial exhortación a la conducta aislada de uno o de varios elementos envanecidos e inescrupulosos significaría lisamente evadir el meollo del asunto. Examinémoslo.

¿Cómo se llama la atávica costumbre de los imperialistas de trasladar divisiones de infantería a otros territorios distintos de los suyos y permanecer en aquellos lugares por un lapso de tiempo, o indefinidamente? Tiene muchos nombres: ocupación, anexión, pillaje, colonialismo. Cuando Viet Nam se introduce en Kampuchea y Lao con cientos de miles de soldados y se instala arrogantemente allá desde finales de 1977; o cuando Cuba desde mediados de 1975 deposita en Angola 20.000 hombres que allá se mantienen todavía, y distribuye un número parecido en Etiopía a partir de ese mismo período del inicio de su intromisión en Africa, ¿no es acaso ocupar países inermes, propender al anexionismo, reivindicar el pillaje, imitar a los viejos colonialistas? Inevitablemente tales actos generan la desconfianza de las gentes nativas acerca de la intención de tan extraños salvadores, desembocan en rompimientos antagónicos y acaban incluso por prender las llamas de la guerra popular contra el despliegue extranjero. No debiera, pues, parecer insólito el espectáculo de desintegración brindado por los conductores de la abortada revolución granadina, si recordamos, por ejemplo, que los déspotas del Kremlin, preceptores de Castro y Austin, eliminaron en septiembre de 1977 al presidente de Afganistán Mohamed Taraki, adicto de la URSS, para suplantarlo por Hafizullah Amín, otro colaborador más maleable, a quien igualmente decidieron destituir y ejecutar antes de los cuatro meses, el 27 de diciembre, fecha desde la cual alrededor de 100.000 efectivos soviéticos huellan el suelo de aquel lacerado país, en nombre del internacionalismo socialimperialista y tras la complacencia de un tercer advenedizo, el Primer Ministro Babrak Karmal.

No nos tropezamos con un caso exclusivo que se explique por razones particulares. Desde Cuba para abajo, los países que se hallan atrapados en el campo gravitacional de la Unión Soviética, por simples leyes de la física, carecen de rumbo propio, y sus luchas, la satisfacción de sus necesidades, dependen de los albrures de la empresa expansionista. La URSS ha de preocuparse por su imagen; no obstante, jamás estropeará sus proyectos estratégicos y tácticos por los apremios intempestivos de una nación de unos cuantos millones de habitantes. Si en el tablero internacional ha de sacrificar un peón para neutralizar la acción de un alfil enemigo, no vacila. Algo de eso visualizamos en los rápidos movimientos ejecutados por las dos superpotencias en el Caribe. Fue notoria la inquietud de Washington por no chocar abruptamente con Moscú mientras le sustraía a Granada. Reiteró públicamente la seguridad de que los consejeros soviéticos desalo-

gados serían atendidos con “cortesía diplomática” y “eran libres de hacer lo que quisieran”. Los primeros en conocer por boca de los invasores las miras y los alcances del desembarco fueron los gobiernos afectados por el desahucio. Hasta los cubanos recibieron desde un principio la promesa de que se les permitiría abandonar tranquilamente la isla. Las zalameras gestiones del señor Belisario Betancur en favor del feliz retorno de los prisioneros a sus hogares estaban, de antemano, plenamente garantizadas.

No olvidemos que la América Latina es el “patio trasero” de los Estados Unidos y el Caribe su Mar Mediterráneo, y aunque ahí se encuentre Cuba perturbando el sosiego de los magnates de Wall Street, el Hemisferio escapa a las zonas de influencia controlables fácilmente por los amos del Kremlin. Tal vez por el régimen de Cuba, que tan buenos oficios les ha prestado en éste y en el resto de continentes y cuya inestabilidad redundaría en su desprestigio, por ningún otro país del área los rusos estarían dispuestos a sacar las castañas del fuego en la eventualidad de que los norteamericanos presionen, con la pólvora o con el diálogo, un reparto más o menos duradero y razonable de las injerencias mundiales. Una revolución, como la nicaragüense o la salvadoreña, que pignora su porvenir a la superpotencia del Este en su justa aspiración de desasirse del otro imperialismo y corre todos los riesgos inherentes a tal deslizamiento, en la creencia de que será tenida en cuenta por sus fiadores al momento de la partija, pecará de ingenua.

Los principales protagonistas del conflicto de Centroamérica ignoran las ilusiones de una paz negociada esparcida por los platicantes de Contadora y recelan de las dulzonas palabras de los embajadores de buena voluntad designados por la Casa Blanca y, cada cual a su modo, se alista para encarar el cruel augurio de un desenlace violento de la crisis, sobre todo después de la repentina y admonitoria caída de Granada, con la que el César, en contra de la ira universal y por encima de las críticas de sus aliados europeos, demostró su firme determinación de no asistir apaciblemente al avance en sus vecindades del peligroso adversario. Tan asustadora será la cosa, que el teniente coronel Desi Bouterse, jefe de la Junta Militar de Surinam, visto en Occidente como un recalcitrante izquierdista, con sólo enterarse de la última misión de los infantes de marina, expulsó de sus dominios al embajador cubano y a su sarta de asistentes, técnicos y expertos, que en aquella ex colonia holandesa ya sobrepasaban el centenar, porque el arrepentido dirigente no quería padecer el calvario de Maurice Bishop ni soportar los infortunios de un Hudson Austin. Jamaica, la otra oveja descarriada, había regresado antes a su antiguo redil, sin escandalosas efusiones de sangre, electoralmente, cuando el laborista Edward Seaga derrotara, en las urnas, el 30 de octubre de 1980, al procubano Michael Manley.

Y así, cada país, cada Estado y cada gobernante de la región empiezan a conturbarse por su propio pellejo y a buscar el acomodo que mejor les convenga. Pues en estas refriegas locales de las superpotencias las coces las reciben los más inermes y los menos cautos. El presidente de Guatemala, el general Oscar Mejía Víctores, una copia del muñeco del ventrílocuo, se ha encargado de difundir la idea gestada en Washington de desempolvar el Condeca, Consejo de Defensa de Centroamérica, un pacto militar firmado el 14 de diciembre de 1963 y del que muy pocos se acordaban, hermano gemelo de la OECO, el ente espurio mediante el cual los Estados Unidos procuraron legitimar su invasión a Granada. Con las maniobras que el ejército y la marina de la metrópoli hacen conjuntamente con Honduras, teniendo como sede la geografía de este país y en donde las tropas americanas acamparán, tal cual se ha admitido, por un plazo indeterminado, y simultáneo al constante asedio bélico a que se viene sometiendo desde fuera y desde dentro a Nicaragua, cercada por repúblicas crecientemente hostiles, lo único que falta para completar los preparativos de un asalto en regla, es poner en vigencia la mampara legal de que habla el general guatemalteco.

Desde luego los yanquis habrán de pagar política y militarmente un precio incomparablemente mayor por la patria de Augusto César Sandino de lo que les costará la diminuta isla de Granada. Lo delicado de la situación radica en que, por múltiples indicios, el ex vaquero de Hollywood se halla inclinado a desembolsarlo. Por eso causó estupor en muchos medios el tan dirigido comentario de que si los sandinistas afrontasen una contingencia parecida, Cuba adoptaría una actitud idéntica, es decir, no se movilizaría; señalamiento hecho por Fidel Castro en la madrugada del miércoles 26, en rueda de prensa en el Palacio de la Revolución, reunida con la presencia de varios periodistas norteamericanos y convocada bajo el fulminante impacto de la noticia sobre la operación exitosa del Pentágono en el extremo suroriental del Caribe. Sobreentendiéndose que los cubanos no están en condiciones de transportar tropas a los sitios y en el instante en que sus asesores sean violentamente defenestrados por la contraparte, ni habrán de jugarse en paro la supervivencia en aras de la de sus coligados, sobra en aquella noche crucial, ante la arremetida estadinense que se vino, darle a entender con antelación a Reagan que, de decidirse a invadir a Nicaragua, La Habana intentaría menos de cuanto se propuso por retener su reducida posesión en la cola de las Antillas Menores. Ya oiremos a los áulicos jurando y perjurando que se trata de un astuto ardid de guerra. Sin embargo, el pronunciamiento, catalogado por la prensa gringa de “inhabitualmente moderado”, deja sin remedio el vinagroso sabor de que si fuera indispensable se concedería con lo de los demás a efecto de preservar lo propio. Transigir en lo secundario para resguardar lo verdaderamente clave: la integridad de Cuba.

Claro que cada quien administra libremente sus temores, pues la Junta Sandinista, por su lado, el jueves 20 de octubre entregó a los funcionarios de Washington, a través de su canciller Miguel D'Escoto, un memorándum de avenimiento tendiente a descargar la encapotada atmósfera centroamericana en el que, entre otros enunciados, aquélla se compromete a cesar su respaldo a la guerrilla salvadoreña, mientras la Agencia Central de Inteligencia, la famosa CIA, haría otro tanto con los grupos alzados en armas contra el gobierno de Nicaragua. Cuando queda atrás la controversia verbal, y el desplazamiento continuo de las fuerzas prosoviéticas, propiciado al socaire de las incontables dificultades enemigas, tropieza, de pronto, con la instintiva reacción de la fiera acorralada, apenas elemental que se desaten, unas tras otras, fórmulas transaccionales cuya característica común se basa en que los reclamos subalternos han de acallarse, o si se prefiere, han de ser postergados en provecho de intereses superiores. Y como no nos hallamos ante colectividades y países ciertamente soberanos, sino ante una cadena de supeditaciones escalonadas, en las que priman por sobre todas los afanes hegemónicos de la Santa Rusia rediviva, los movimientos independentistas que ésta lidera por intermedio de sus marionetas, preferencialmente los más chicos y menos trascendentes, constituyen por excelencia la materia canjeable a que recurren los socialimperialistas cuando se ven empujados al regateo con las potencias occidentales.

Fuera de que la lucha emancipadora del pueblo granadino se desvirtúa al prestar su suelo como punto de apoyo de la agresión expansionista, el irritante, permanente y provocador merodeo de las legiones de Castro brindó la excusa exacta para la acción corsaria de Reagan. Así haya siempre protestas por los vejámenes de los imperialismos, las bregas libertarias que, triunfadoras o vencidas, solamente consiguen cambiar invasores de un jaez por otro, perderán la estima de las masas trabajadoras del orbe y se hundirán en el aislamiento. Inexorablemente culminan con el pecado y sin el género. Y a la inversa, sin haber podido alegar la imperiosa urgencia de suprimir la sistemática y acrecida penetración soviético-cubana en la zona, a Washington le hubiera resultado muchísimo más azaroso tomarse la isla. Ciertamente que a los Estados Unidos nunca les faltaron sofismas para desconocer y pisotear las prerrogativas de sus vecinos, mas hoy se respiran aires muy distintos a los del remoto y cercano pretérito. La decadente metrópoli se cuece entre las brasas de mil y una aficciones: las crisis industrial y financiera, quizás comparables a la bancarrota de 1929, no acaban por pasar y la arrastran, tras la sujeción de los mercados mundiales, a una feroz competencia con Europa y el Japón, sus aliados consuetudinarios; Rusia la hostiga en los cinco continentes y por doquier desgarras sus dominios; en lo interno carece de la unidad nacional que le permita proceder desembarazadamente en la rapiña ex-

terna; a sus neocolonias ya no les basta con los derechos y las libertades formales y se insubordinan en pos de la plena independencia económica y, de remate, las tendencias democráticas de todos los pueblos, incluido el norteamericano, incesantemente se robustecen y se entrelazan, obstaculizando todavía más los menesteres imperialistas. Empero, las gestas de liberación nacional que actúen como simples cajas de resonancia del expansionismo no lograrán sacarles el jugo a tales contradicciones. Para ello habrán de hacer valer su libre facultad de decisión, convenciendo además a tirios y troyanos de que contienden sin manipuleos a control remoto.

La estepa rusa está ubicada casi en las antípodas de los Andes, y el factor geográfico incide notablemente en la estrategia que trace un emporio que apenas se inicia y ha de arrinconar por las malas a quienes le precedieron en los ajetreos colonialistas; rivales de cuidado que tienen a su haber la experiencia de decenios y hasta de centurias de pillaje, la ventaja de unas redes tupidas y afianzadas de probados intermediarios en los países que manejaron o manejan y la creencia cada vez más madura de que si no se unen se los traga la tierra. La señora Thatcher dejó sentada su inconformidad por la displicencia de los Estados Unidos al comportarse casi que inconsultamente en Granada, un miembro, aunque díscolo, no menos estimable del Commonwealth, siendo que la burguesía inglesa percibirá a la postre los dividendos de la recuperación, cuando Paul Scoon, el gobernador nombrado por la Corona, integre su gabinete y principie a despachar, según se deduce de las indicaciones de la Casa Blanca. Lo cual trae a la memoria cómo el señor Reagan, después de agotar las discusiones con los argentinos, también terció, abiertamente y en medio de la cólera de Latinoamérica, a favor de la invasión británica de Las Malvinas. Por mucho que la Unión Soviética se obstine en separar a sus contrarios, sus éxitos surten el efecto contrario de unirlos.

Merced a estas tres o cuatro complicaciones, comprendida la lejanía, los nuevos zares del Kremlin deben andar con tacto en cuanto concierna al Hemisferio americano, hasta donde no alcanzarán a llegar tan expeditamente sus batallones como en el limítrofe Afganistán. Acá, sin perjuicio de ir sembrando poco a poco sus asistentes cubanos, que los hay en Nicaragua y los hubo en Jamaica, Granada y Surinam, la prudencia les aconseja arreglar, componer, convenir, a objeto de salirle al paso al inevitable contraataque estadinense. Cuanto más hagan rechinar sus armas en América los Estados Unidos, más sermonearán sobre los dones del diálogo y de la pacificación los mandaderos de la Unión Soviética. Jamás revoluciones que estuvieron tan cerca de la guerra clamaron tanto por la paz. Son los viceversas de un trayecto histórico en el cual el socialismo de una poderosa república traiciona tornándose anexionista, y los movimientos nacionales de los países secularmente sometidos, en particular los más débiles y

pequeños, le sirven de punta de lanza en sus acometidas por la supremacía universal. Y en esa cadena de supeditaciones escalonadas a que nos referíamos arriba, la isla granadina representaba el eslabón menos importante. El Pentágono así lo comprendió; la escogió precisamente a ella con el objetivo de escarmentar y de medir el ánimo y las disponibilidades de sus contrincantes, sin exponerse a prender una conflagración generalizada. Siguiendo el orden, los insurgentes salvadoreños han de hacer sus sacrificios por la estabilidad de Nicaragua, ésta a su vez por la supervivencia de Cuba y los tres por la feliz culminación de los planes estratégicos y tácticos del hegemonismo soviético. Tales las prioridades que se desprenden de algunas de las fórmulas de acuerdo elaboradas y de algunos de los pronunciamientos emitidos; relación que corresponde a un conflicto que infortunadamente a diario deja de ser menos una batalla por la emancipación de las naciones para degenerar en el consabido pleito entre las superpotencias.

Confiemos en que los pueblos puedan a la larga destramar el embrollo y corregir. Por lo pronto, Granada lo ha puesto al descubierto.

¡Viva la gloriosa resistencia afgana!

Diciembre 12 de 1984

Discurso de Francisco Mosquera en el Teatro Libre de Bogotá, en homenaje a la delegación afgana

Para nosotros constituye motivo de inmenso placer y orgullo recibir en Colombia a una delegación del Frente Unido Nacional de Afganistán. De un lado, podemos testimoniar el cálido apoyo que los trabajadores y el pueblo colombiano le brindan a la valerosa lucha libertaria del pueblo afgano; y del otro, tenemos la feliz oportunidad de departir con nuestros queridos visitantes acerca de sus apreciables aportaciones a la causa de la revolución mundial y aprender de ellas.

La lógica de la historia ciertamente es extraña. Hace alrededor de ochenta años que las principales fuerzas animadoras del progreso humano se hallaban ubicadas en las vastedades de Asia, África y América Latina, zonas por lo general relegadas en su desarrollo y oprimidas nacionalmente. Mientras que Europa, Estados Unidos, el resto de las boyantes repúblicas capitalistas y últimamente la Unión Soviética juegan en conjunto un papel regresivo, no obstante existir entre estos poderes, desde luego, diferencias de supremacía e intereses. Aquello obedece a que las metrópolis imperialistas, para preservar su esplendor, no encuentran otro medio que el saqueo y la sojuzgación de más de un centenar de países, condenando a miles de millones de habitantes a la indigencia y el marginamiento. En romper tan ignominiosa relación estriba el venturoso futuro de la especie, lo mismo en el Norte que en el Sur de la pelota terráquea. Es decir, en el siglo XX, lo que ha sido atrasado y débil se ha puesto a la vanguardia del progreso y sin duda obtendrá la victoria final; entretanto lo materialmente avanzado y poderoso representa el estancamiento y marcha hacia el fracaso. He ahí una curiosidad histórica.

Pero hay otra paradoja aún más trascendente. Al principio de la centuria los destacamentos democráticos del orbe hubieron de enfilarse sus baterías contra las

grandes potencias europeas, y a partir de la Segunda Guerra Mundial de modo preferente contra los Estados Unidos. De esas memorables batallas por la libertad emergió y se consolidó la Unión Soviética, forjada por Lenin, y el llamado campo socialista. Sin embargo, Krushev y seguidores abandonaron la senda del socialismo, se comprometieron en la aventura de conquistar el planeta y sometieron a su autocrática voluntad, en primer término, a las naciones de Europa Oriental que se hallaban bajo su influencia. Esta transmutación de la naturaleza del gigante socialista, junto a la decadencia de lo que se conoce como Occidente, particularmente en Norteamérica, a causa de las crisis económicas, las riñas interimperialistas y el auge del movimiento de liberación nacional del Tercer Mundo, ocasionaron un giro inusitado de las condiciones internacionales. Desde entonces los combatientes por la emancipación, la democracia y el bienestar, de las naciones pobres han de cuidarse ante todo de los zarpazos del oso ruso. Esta ha sido otra enorme ironía universal: el que a finales del milenio los pueblos hayan de enfrentar como a su principal enemigo a quien por definición y legado debiera encarnar los principios del respeto mutuo y el beneficio recíproco característicos de las relaciones entre países soberanos. Siendo esta lucha más difícil de llevar a cabo, por lo menos en sus fases preliminares, puesto que los nuevos zares del Kremlin se embozan en falsas banderas socialistas y democráticas. Y digo falsas porque la verdadera democracia y el verdadero socialismo nunca han propendido a la anexión o a la ocupación de territorios ajenos, sino que han rechazado siempre, en la forma más enérgica, la mínima interferencia de una nación en los asuntos internos de otra. Por eso cuando los soviéticos huellan el sagrado suelo de Afganistán con sus propias tropas, o invaden a Kampuchea y Lao a través de los fantoches vietnamitas, o controlan a Angola con los mercenarios cubanos, no hacen otra cosa que sumar el crimen de la traición a su vandalismo de piratas internacionales.

Por los daños que el socialimperialismo soviético le ha propinado a la gesta revolucionaria, por la sevicia y el salvajismo de que han hecho gala en los países sometidos a su despótico dominio, por haberse constituido en el primer peligro para la paz mundial, la tarea prioritaria de los pueblos y movimientos de avanzada consiste en desenmascararlo y combatirlo hasta la tumba. Las organizaciones y partidos que contiendan en las áreas de hegemonía de los viejos imperialismos deben persistir, por supuesto, en alcanzar la autodeterminación nacional para sus propios pueblos, pero precaviéndose de no caer en las celadas de la superpotencia del Este. En Colombia sostenemos una gran pelea ideológica y política en torno a este asunto fundamental. El MOIR jamás ha participado del criterio de que para librarnos de la coyunda norteamericana les tengamos que abrir las puertas a los vándalos de Moscú. Y en nuestro continente existen numerosos

¡Viva al gloriosa resistencia afgana!

grupos y tendencias seudorrevolucionarios que pretenden compaginar la defensa de la soberanía de Centroamérica con la colaboración directa o indirecta que les prestan a los amos soviéticos. Pero quienes no trepiden, ni se indignen, ni protesten vehementemente por las atrocidades socialimperialistas en Afganistán, por mucho que hablen de democracia y liberación, no pueden ser creídos en su fe de demócratas ni en sus ansias de libertad. Serán acaso lobos con piel de ovejas, o mercenarios en potencia.

Todo esto es para concluir, queridos compañeros del Frente Unido Nacional de Afganistán, que la presencia de ustedes en Colombia representa para nuestro pueblo y nuestro Partido una ayuda valiosa. Ustedes son los embajadores de una nación que se halla en el primer frente de batalla y que ha asombrado al mundo por sus cinco años de gloriosa resistencia contra un adversario sanguinario e infinitamente más fuerte. Afganistán está demostrando que cuando se ama más la patria que la vida no hay poder en la Tierra que impida el triunfo de una nación resuelta a ser libre, por más pequeña y pobre que ésta fuere. Por ello Afganistán ha recibido la solidaridad de todas las fuerzas revolucionarias, democráticas y progresistas de los cinco continentes, y en el campo internacional ha conseguido acorralar a la intrigante diplomacia de los Romanov del “socialismo real”. El que ustedes, en nombre de esa valerosa nación, lleguen a nuestras playas a contar las duras y heroicas experiencias de la resistencia afgana, no sólo contribuye a la contienda ideológica y política que estamos manteniendo, sino que templará además nuestros espíritus de luchadores revolucionarios.

¡Muchas gracias, queridos visitantes!

Cuba, o la burla a la no intervención

El Tiempo, febrero 18 de 1989

Carta de Francisco Mosquera a Darío Arizmendi Posada, director de El Mundo, el 8 de febrero

Señor doctor
Darío Arizmendi Posada
Director de *El Mundo*
E. S. D.

Apreciado doctor:

El editorial de *El Mundo* del 13 de enero pasado plantea con razonada firmeza: *“Hay que defender a toda costa el principio de no intervención y la libre autodeterminación de los pueblos”*. A tan definitivo convencimiento llega superiódico al reparar sobre los frutos amargos de más de trece años de intromisión bélica de Cuba en Angola. Después de haberlo madurado bien, y si me permite, deseo expresarle mi complacencia por tales deducciones, que, fuera de recoger una arraigada inquietud de los demócratas de las distintas latitudes, refleja la necesidad de que la prensa colombiana, por lo menos al nivel del solar patrio, ayude a corregir las falsedades sustentadas al respecto durante lustros.

Se censuran reiteradamente las injerencias norteamericanas en los ámbitos propios de los países débiles, mas se toman como de buena tinta las explicaciones que sobre las tropelías internacionales de la Santa Rusia socialista divulgan los agitadores prosoviéticos. Hasta ahora ésta ha sido una constante histórica, pese a que la escenificación del agresor en el gran tablado del mundo le ha correspondido última y principalmente a Moscú, así se trate de la intriga diplomática o de la invasión armada. Desde el ángulo particular de Colombia lo registramos con lujo de detalles. A aquel que de cualquier modo justifique o embellezca las pretensiones del socialimperialismo, y sea quien fuere, burgués u obrero, progresista o retrógrado, letrado o iletrado, se le disculpan sus deslealtades con la causa del

pueblo y de la nación, si las ha tenido, y se le reconoce cual heraldo del avance social. Y a quienes desafinen dentro del coro, cuando corren con suerte, se les destina al castigo de Eróstrato.

Que nos hallamos ante una tendencia, no existe duda. Lo viene a corroborar el júbilo que desata la “*perestroika*”, ese impulso a la involución política que los recientes líderes del Kremlin acometen pensando en un mejor ejercicio económico, tanto en la órbita doméstica como en el terreno de la rebatía universal por el reparto del globo. En Occidente se festeja el cabal retorno al comercio y a la inversión privada. Pero el que la superpotencia del Este emule con las armas pacíficas o les otorgue mayor importancia a los negocios financieros dentro de la rivalidad con los Estados Unidos, la Comunidad Europea y el Japón, sus tres poderosos competidores, no significa que haya renunciado por entero a la expansión violenta. El enigma del escueto restablecimiento de los antiguos ídolos derrocados lo acaba de revelar en parte Mijail Gorbachov, al admitir una quiebra y un déficit del Soviet Supremo superiores a lo previsto y que lo obligan a un recorte de los gastos de guerra, con la consiguiente aprobación del control armamentístico y el desmantelamiento gradual de los enclaves colonialistas en África y Asia.

Es cuestión de un repliegue, o respiro, determinado por las limitaciones materiales y propuesto dentro de la hipótesis de que se le respeten al vasto imperio las zonas de influencia ganadas tras la ofensiva militar del período que concluye. Cuba no se retirará totalmente de Angola hasta 1992 y supeditado a cuanto suceda en Namibia. Se evacúan los regimientos de Afganistán pero se persiste con frenesí en el refuerzo del gobierno títere. Algo análogo ocurre en Indochina. Y el aplaudido anuncio hecho oficialmente ante la última asamblea general de la ONU, acerca de una voluntaria reducción, a partir de 1991, de las unidades apostadas en Europa Oriental, no suprimiría, de llevarse a cabo, la desventaja en que se han mantenido las tropas de la OTAN frente al Pacto de Varsovia. En resumidas cuentas, estamos en medio de la calma que sigue y precede a la tempestad, aun cuando el entusiasmo por el “*crepúsculo del comunismo leninista*”, al que aludiera en Medellín el misericordioso lazarillo de la UP, Misael Pastrana Borrero, no dé lugar a estos análisis, tomados si acaso cual extrañas premoniciones todavía no vistas.

Sin embargo, doctor Arizmendi, las disparidades que aparezcan en cuanto a la apreciación del porvenir no lograrán ocultar las coincidencias surgidas en torno a los acontecimientos ya cumplidos. Me guío por los alcances de la nota editorial que ha motivado la presente carta. Enorme servicio se le presta a Colombia aclarando que “*la presencia cubana en Angola es uno de los tantos aberrantes capítulos de intervención militar extranjera con que se han adobado y se siguen adobando muchos conflictos regionales e internos de otros países y que, más que ayudar a conseguir la paz, han*

servido para intensificar y mantener las acciones bélicas". Muy importante también que las gentes se pregunten: "¿Fue la presencia de la tropa cubana en Angola un acto de solidaridad revolucionaria, como se predica, o un simple negocio casimercenario por el que el gobierno de La Habana recibía una paga del país africano?". Y vale, finalmente, la "moralaja" que se saca y de la cual se parte: "Toda intervención extranjera en otros países injustificada y debe repudiarse".

Ningún órgano publicitario entre nosotros había hablado con tal certidumbre sobre tema tan acuciante. ¡A todo señor, todo honor!

Para bien o para mal, la revolución cubana hizo época en la América Latina. Los observadores que han conocido su errático curso podrán señalarle cuando menos tres hitos muy marcados. El de las nobles intenciones refrendadas a través del plebiscito soberano de la victoria; el del alineamiento ideológico con Moscú en las postrimerías de la década de los sesentas, y el del cipayismo, iniciado precisamente en junio de 1975 con el "negociocasimercenario" de la ocupación de Angola. Yo le quitaría el "casi", porque este tránsito no obedece a meras maniobras del momento sino a una transmutación o desnaturalización de la cosa. Al colaborar con los planes hegemónicos de los anexionistas rusos, facilitándoles su prestigio y su ejército, Fidel Castro perdió no solamente la independencia sino la gracia. Malgastaron asimismo energías, quienes, como nuestro premio Nobel de literatura, han pretendido demostrar que el abordaje pirático de Cuba en África corresponde a un arranque económica y políticamente autónomo. Ni soñarlo siquiera. No hay que olvidar que se trata de la pequeña república antillana, cuyo territorio apenas es un 70% más grande que el área del departamento de Antioquia y cuya población no alcanza a la mitad de los habitantes colombianos; que carece de recursos naturales básicos y aún se encuentra en el monocultivo, endeudada hasta las heces, bajo bloqueo y consumida por una crisis crónica que cada vez esconde menos. A los dirigentes de una nación de tales dimensiones y en circunstancias semejantes jamás se les ocurriría sostener en el exterior, con sus propios ahorros, decenas de miles de soldados durante trece años, por mucho que sea el amor profesado a la libertad de los hombres o de las razas. La Isla no vive para su misión; vive de su misión. El dinero y las órdenes vienen desde las distantes vecindades de la Plaza Roja. Y hoy, tras los replanteamientos soviéticos y sin alternativa, empieza el desmonte de su aventura angoleña por las mismas razones que ayer la iniciara.

El penoso caso de Cuba constituye hasta cierto punto una norma extraída de los prolijos recuentos de la opresión entre Estados de la era moderna. Las viejas metrópolis han sabido siempre enrumbar los jóvenes movimientos nacionales hacia la cristalización de sus propósitos de conquista. Inglaterra, dentro de los feroces antagonismos del siglo XIX, no hubiera ascendido a la supremacía

mundial sin el apoyo de los cipayos indios. Antes se agredía en pro de los “beneficios” de la civilización burguesa y ahora en nombre del “socialismo”. He ahí la única diferencia. El sello de los tiempos.

Los imperialistas se disfrazan a menudo de redentores sociales. Pero ninguna merced, ficticia o real; ningún favor de carácter político o económico; ninguna consideración filosófica, religiosa o científica debe aceptarse como excusa para promover el enfrentamiento entre los pueblos. Si lo que preocupa es la emancipación de las masas indigentes de cualquier Estado, a ella conduce sólo la senda de la democracia, cuyo primer mandamiento, sin el cual el resto de las libertades se torna nulo, consiste en la autodeterminación de las naciones. Justamente al cometido de este postulado responde uno de los cuatro puntos de convergencia propuestos por el MOIR con el ánimo de conformar un frente único que saque indemne a Colombia de la encrucijada actual. Una condición que une y no divide a las fuerzas patrióticas y democráticas. Un enfoque del problema colombiano, el más amplio, que terminará poniendo al desnudo las conexiones existentes entre la martingala internacional y la conjura interna, tan necesario en estos días, y sobre todo después del fracasado matute de cuarenta toneladas de armas procedentes de las costas portuguesas y atribuido por el gobierno a las Farc.

El oficioso concurso de La Habana, y últimamente el de Managua, han salido a relucir en varios de los trágicos lances protagonizados por los terroristas criollos, como en las tomas de la Embajada Dominicana y del Palacio de Justicia. Castro ha interpuesto sus efectivas gestiones para el rescate de notables colombianos secuestrados. Tampoco ha tenido inconveniente en reconocer ante la prensa la participación de su régimen en el aleccionamiento de las guerrillas, incluidas las nuestras. Ante los repetidos abusos, la administración Turbay, en gesto de singular entereza, lo conminó a la ruptura de relaciones en 1981, el año del hundimiento del Karina. Durante su estancia en Caracas, con motivo de la posesión de Carlos Andrés Pérez, les dijo a los reporteros, entre confidente y magnánimo, que había ayudado a efectuar el encuentro en Madrid de Belisario Betancur e Iván Marino Ospina, y que estaba dispuesto a seguir contribuyendo al logro de la concordia en Colombia.

Así, a los azares de esta trama internacional, se han subordinado muchas veces las decisiones de los poderes gubernamentales, especialmente en cuanto atañe a las agotadoras diligencias de la pacificación dialogada. El mandato belisarista miraba hacia el Caribe antes de formalizar sus entendimientos con las agrupaciones insurrectas; y volvía el rostro hacia el rincón al oír los agrios reclamos de Nicaragua sobre el Archipiélago de San Andrés y Providencia. Eso pasa cuando se posee un criterio muy pobre acerca de las prerrogativas nacionales, o del respeto que los Estados han de guardar por los asuntos privativos de las demás naciones.

Creo, no obstante, que la situación evoluciona de manera favorable. La opinión pública viene aprendiendo a punta de palo. Numerosos sectores dejaron de tomar a la ligera el influjo que ejercen las contradicciones mundiales sobre nuestras bregas políticas. A arrojar luz coadyuvará incluso la “*perestroika*”, por aquello de que la mejor refutación es el desarrollo mismo de lo refutado, cual lo concebía Hegel. El disgusto creciente de las repúblicas subalternas de Europa Oriental ya delata la índole imperialista de la Unión Soviética. Sus retiradas tácticas se traducirán en derrotas estratégicas. Y si no ha sido tan acelerada la rusificación del orbe a través de unas guerras restringidas que tambalearon por la insuficiencia de los caudales e instrumentos indispensables, cabe esperar que se empantane también el predominio ruso mediante la monopolización de los mercados y las monedas extranjeros. Se abre, en fin, la perspectiva de contener a los zares redivivos y a sus estipendiarios.

En Colombia todo depende de un cambio de mentalidad, de una revolución ideológica que ponga en la picota las posiciones de quienes rechazan las exigencias del FMI mientras alaban el aniquilamiento de los pueblos de Eritrea, Chad y Afganistán, o se muestran internacionalistas ante los centroamericanos y chovinistas ante los indochinos. El editorial de *El Mundo* simboliza un paso en aquella dirección. Que el país lo sepa.

Cordialmente,
Francisco Mosquera.

II

Guerra y paz



No concurriremos a la llamada “Comisión de Paz”

Tribuna Roja N° 44, febrero de 1983

Debido a que el régimen recién instalado incluyó de manera inconsulta y caprichosa el nombre de Marcelo Torres, miembro de la dirección central del MOIR, en una “Comisión de Paz Asesora del Gobierno Nacional”, aclaramos públicamente que no hemos buscado participar ni pretendemos asistir a éste ni a ninguno de los tantos organismos del manido pacto social entre gobernantes y gobernados. No nos halaga en verdad la dudosa prerrogativa de asesorar una administración que en mes y medio escaso de existencia acumula sólo pruebas de alocada demagogia para resolver los graves e ingentes problemas nacionales y que, de subsistir, será una edición en rústica de los antiguos mandatos oligárquicos.

El MOIR no ha impetrado la paz, entre otras cosas, porque no ha declarado la guerra. Desde la época del asesinato de Gaitán y de La Violencia no ha habido en Colombia condiciones para que las fuerzas populares se embarquen en empresas insurreccionales que, como el heroico intento de Camilo Torres y de otros muchos abnegados combatientes de los últimos veinte años, han significado serios tropiezos en el avance político y organizativo de las grandes masas de obreros y de campesinos. Son problemas de la táctica de cuya acertada solución depende la libertad de los oprimidos y la prosperidad de Colombia. Nos encontramos todavía en un período caracterizado por la fiebre reformista, hoy llevada al paroxismo con el advenimiento de Belisario Betancur. Los auténticos partidos revolucionarios, en lugar de coadyuvar a tales ilusiones, o de desesperarse por el reflujó, han de rebatir las imposturas de la reacción y aumentar pacientemente sus efectivos, confiados en que la crisis económica, ocasionada por el saqueo de los monopolios externos e internos, seguirá ahondándose irremediabilmente y permitirá los factores políticos indispensables para la victoria de las mayorías vilipendiadas y engañadas. Desde luego, estos temas no constituyen materia de asesorías oficiales.

El MOIR tampoco ha recurrido al secuestro ni a ningún tipo de disparate terrorista, en procura de fondos para financiarse o tras determinadas finalidades publicitarias. Creemos que semejantes procedimientos proporcionan pretextos a granel a los aparatos represivos que no desaprovechan oportunidad para proceder contra el pueblo; y el pueblo no puede menos que mirar con recelo hazañas que se confunden a menudo con los lances protagonizados por la delincuencia tan común y corriente en nuestro medio. En general, para todas y cada una de las labores políticas nos atenemos a los métodos elaborados por Marx y Engels hace más de un siglo, que parten del principio de que la emancipación del proletariado es obra de la clase obrera misma, que se gana el apoyo del resto de los sectores sojuzgados de la sociedad, y no de las proezas aisladas de unos cuantos insurgentes.

Respecto a las conquistas democráticas y las reivindicaciones económicas sumamos nuestros esfuerzos a los de quienes combaten por los derechos fundamentales y las mejoras en los medios de vida y de trabajo de las masas laboriosas. Respaldamos las justas exigencias por la excarcelación incondicional de los presos políticos y por el cese inmediato de los asesinatos y la tortura de los guerrilleros y demás luchadores que han caído en manos del régimen. Nuestro Partido también ha sido víctima no pocas veces de la barbarie institucionalizada, la que continúa a pesar del levantamiento del estado de sitio y de las lágrimas de cocodrilo del señor presidente.

En cuanto a la amnistía la consideramos una negociación entre el gobierno y las agrupaciones alzadas en armas, en la cual no nos compete intervenir. Nosotros simplemente esperamos, primero, que a la postre salgan favorecidos unos métodos y una táctica revolucionarios y correctos y, segundo, que en ningún momento dicha gestión sirva para ocultar aún más la índole antinacional y antipopular de los nuevos administradores de la vetusta república.

Bogotá, septiembre 20 de 1982

Ni guerra ni paz

Tribuna Roja N° 49, septiembre de 1893

Este artículo fue escrito por Francisco Mosquera para el periódico de la Universidad Externado de Colombia, Punto de Cambio, cuya edición de mayo-juniode 1983 lodiola publicidad. Tribuna Roja lo reprodujo en un número 49 de septiembre de 1984. Es un artículo que guarda estrecha relación con los embrollos de la “paz” y con las cuestiones concernientes a la táctica del proletariado.

En la brevedad de un par de cuartillas no caben los múltiples tópicos que engloban los temas que sirven de título al presente artículo. Pero como lo que se desea, al fin y al cabo, es saber a grandes rasgos de nuestra posición al respecto, intentaremos fijarla en el menor número de palabras.

La peor adversidad de la revolución colombiana ha consistido en el influxo de los criterios de la pequeña burguesía en prácticamente todas las actividades; característica propia de un país atrasado y de vasto predominio de las capas medias de la población, en donde la descomposición progresiva del campesinado no redundaba en un incremento verdadero de la industria y los obreros no han conseguido aglutinarse en torno a sus intereses fundamentales ni deshacerse del pernicioso bagaje ideológico y teórico de las otras clases, incluido el degenerativo ascendiente político que aún conserva entre los trabajadores el bipartidismo gobernante. Sobre el antiguo punto de la guerra y ahora sobre el más reciente de la paz, también han primado tales concepciones. Nos referimos a la guerra insurreccional, la que habrá de llevar a cabo la abrumadora mayoría del pueblo y que se esgrime para derrocar el orden preestablecido de la oligarquía proimperialista y afinar un Estado revolucionario. Nos referimos asimismo a la paz por la que actualmente parlamentan los políticos tradicionales, suspiran los jefes castrenses, oran los clérigos misericordiosos y gimotean los grupos mamertos e hipomamertos. La “paz” por la que votaron en los últimos comicios todas las banderías, menos el MOIR.

Desde la aparición del MOEC el 7 de enero de 1959, fundado por Antonio Larrota, y hasta el sol de hoy, en Colombia ha brotado una recurrente corriente extremoizquierdista que se echa sobre sus hombros la empresa de crear las condiciones subjetivas del estallido revolucionario mediante el montaje de núcleos guerrilleros, encargados de encandecer la república entera con la sola irradiación del valor, de la audacia, de la entrega y del generoso sacrificio de una reducida camada de predestinados. El invento, sin embargo, no es autóctono; fue la primera de las más graves repercusiones de la revolución cubana, y a nivel continental, pues el llamado “foquismo” hormigueó a flor de tierra en toda la América Latina, dejando sin falta una estela de fracasos y frustraciones allí donde ha irrumpido. Vamos para cinco lustros de tan catastróficos ensayos que se suceden unos tras otros, con siglas y personajes diferentes, mas en esencia con los conocidos esquemas y métodos de siempre, sin que los protagonistas muestren la más remota propensión a escarmentar con los errores y a desistir de las ideas y los proceder es equivocados.

Para semejantes facciones anarquistas la insurrección y la guerra del pueblo no constituyen asuntos de la táctica, que dependan de una correlación de fuerzas favorable, del grado de conciencia y de organización de los oprimidos, del ánimo resuelto de las masas a lanzarse al asalto definitivo contra el régimen expoliador en una coyuntura exacta en que éste se halle desmoralizado, maniatado seriamente por las disensiones internas, impedido de ejercer el control sobre la situación e incapaz de defenderse con la eficacia acostumbrada, tal y como lo concibe el marxismo, sino que su beligerancia armada la justifican con el análisis simple de que la nación adolece de hondas y seculares calamidades, por las cuales reclama un cambio radical que subsane los desajustes y suprima las injusticias. Aunque las revoluciones en última instancia obedezcan a los factores de estancamiento en el desarrollo material y de extorsión intolerable de la minoría privilegiada, y tiendan a remediar dichos males, no quiere decir que de las crisis del engranaje productivo o del acentuamiento de la explotación se pueda colegir la hora de la insurgencia bélica. Si así fuera, las sociedades basadas en la esclavitud de unas clases por otras deberían vivir en una permanente guerra civil insurreccional. Para ello se requieren propicias circunstancias económicas, políticas y hasta internacionales que apenas sí hemos tenido espacio de insinuar.

Lo deplorable de confundir las causas determinantes de la insurrección estriba en que las agrupaciones embarcadas en la aventura militar se ven impelidas, para sobrevivir y mantenerse en la pelea, a forzar las cosas, a presionar al pueblo a una acción para la cual no está maduro ni dispuesto anímicamente, a recurrir al terror personal, al secuestro y a otros procedimientos que no son defensables ante la opinión pública, otorgándole al enemigo contra el que se contiene netas

ventajas políticas y propagandísticas, así como pretextos mil en su labor represiva encaminada a golpear y desarticular a las organizaciones populares y al movimiento revolucionario en su conjunto. Los moiristas somos, dentro de la llamada izquierda en Colombia, el único destacamento que ha roto realmente, en la teoría y en la práctica, con tales desviaciones. Abogamos de manera persistente y paciente por las tareas preparatorias de la revolución, impulsando y respaldando las luchas de las masas de la ciudad y el campo por sus reivindicaciones económicas y sus derechos democráticos, en el prolongado proceso de acumulación de fuerzas y a la espera de que concluya la “evolución lenta” y sobrevengan los “saltos bruscos”, los “días en que se concentren años de historia”. Claro está que una táctica de este tenor no les hace mucha gracia a los prolíferos paladines de la desesperación pequeñoburguesa; les queda reservado a los contingentes más esclarecidos de la clase obrera el aplicarla en pro de la emancipación del país y de los desposeídos.

Algo parecido acontece con la paz. Sus principales promotores no la supeditan a las conveniencias o inconveniencias, a las posibilidades o imposibilidades de proseguir con una modalidad de combate que en la actualidad reporta incontables descalabros. Por el contrario, la condicionan a las transformaciones de avanzada y a las conquistas que se efectúen ya no en virtud de la victoria sino a través de la transacción negociada con el gobierno. En resumidas cuentas significa poner la solución de las inefables dolencias de la nación en manos del sistema al cual se le ha declarado la guerra precisamente por su comprobada ineptitud para contribuir al progreso y al bienestar de los colombianos. Y debido a que nunca brillará bajo las administraciones oligárquicas la tan solicitada justicia social, a que los problemas se agudizarán en lugar de atenuarse, por más incienso que se bata a los demagogos de turno tipo Belisario Betancur, entonces, en consecuencia, tampoco se obtendrá la “paz”, como no ha habido guerra popular, es decir, con la participación del pueblo, porque se parte de premisas falsas, de entelequias “izquierdistas” y derechistas. “Combinación de todas las formas de lucha” denominan pontificalmente los revisionistas criollos a estos bandazos de un extremo a otro, a la ausencia de una línea de principios, al oportunismo puesto al mando en el quehacer político. Código de conducta de un partido que subordina sus miras a las necesidades y los dictados del expansionismo soviético.

Aspecto del tema que habremos de resignarnos a dejar dentro del tintero, aun cuando explica buena parte de los tropiezos de la revolución colombiana en los últimos decenios.

¿Qué es la “paz”?

Tribuna Roja N° 50, febrero de 1895

I

Dos necesidades coincidentes

En medio de la encrucijada de la quiebra económica, el régimen de Belisario Betancur se aferra con angustia de náufrago a una de las pocas políticas suyas que sobreagan: la de pacificar el país a través de la transacción con los grupos insurrectos. La desventura estriba en que después de tantos imprevistos e improvisaciones, cuando comienzan a aparecer los síntomas inequívocos del envejecimiento prematuro de su prestigio y todavía le falta buen trecho de su existencia institucional por recorrer, el presidente sigue a la espera del resultado del carisellazo de la “paz”, soportando a una centena de comandantes que, con cualquier petición a los delegados gubernamentales, todos los días someten a prueba la virtud de la paciencia, y sufriendo la inquisitiva vigilancia de las capas adineradas, cuyos sectores menos complacientes no disimulan el disgusto porque la función no termina.

Lo cual no significa que las propuestas de entendimiento no se hubieran tramitado años atrás. De creer en las declaraciones de los dirigentes de las Farc, desde el “mandato de hambre” empezó el carteo de éstos a las altas esferas del poder oligárquico en procura de un cese negociado de las hostilidades, Luego Turbay Ayala constituiría la primera de las muchas comisiones para tales fines, poniendo a presidirla a su porfioso contrincante, el señor Carlos Lleras Restrepo, quien, como era de preverse, pronto discrepó y renunció fulminantemente. No obstante, bajo el anterior período se abrió el “diálogo” a raíz de la toma de la Embajada de la República Dominicana, según lo pregonan los mismos integrantes del M-19; y las Cámaras Legislativas dieron asomos de inclinarse al perdón, sancionando normas absolutorias que si no surtieron efecto se debió a

las restricciones estipuladas, principalmente en lo tocante a la exclusión de determinados delitos y al peliagudo asunto de las armas.

Aunque en los comicios de 1982 todas las agrupaciones y tendencias, a excepción del MOIR, invitaron a sosegar la república mediante un gran acuerdo colectivo, y el propio candidato reeleccionista estampó el lema de que *“la paz es liberal”* por esos albuces de la lucha política y merced al fallo de las urnas, le correspondería a un jerarca conservador quedarse con el distintivo y, peor aún, tratar de cristalizarlo en el momento menos auspicioso; durante una coyuntura en la que Colombia corre hacia su completa bancarrota, la descomposición social se precipita aluvionalmente y el imperialismo y sus intermediarios vendepatria acuden, tras la reanimación de las actividades productivas y de los negocios, a un recorte sustancial de las asignaciones de las masas trabajadoras de la ciudad y el campo. Con todo, al actual mandatario, bajo el impacto de las tremendas tribulaciones de la hora, incluido el agobio de que cada vez coinciden menos sus palabras con sus logros, le reporta innegables ventajas conseguir presentarse cual el mesías de la reconciliación y la tranquilidad ciudadanas. Máxime teniendo en cuenta que la violencia, en sus más crudas, abigarradas y caóticas manifestaciones, ha proliferado a lo largo del cuarto de siglo de haberse convenido la concordia del Frente Nacional y que desde antes la anormalidad jurídica, congénita a un estado de sitio prácticamente crónico, ha sido la única manera de regir sobre los colombianos.

Lejos de lo que muchas mentes acaloradas piensan, está dentro de los prospectos de la minoría privilegiada la opción de un pleno retorno a los cauces habituales del orden constitucional y legal. Para el buen suceso de las operaciones económicas burguesas siempre será preferible un clima de calma y transigencia a otro de zozobra y pugnacidad. El ambiente explosivo y la inseguridad de la que tanto se quejan los gremios ahuyentan más inversionistas extranjeros de los que atraigan las modificaciones a la Decisión 24 del Acuerdo de Cartagena, anunciadas por las burocracias de los países andinos tras la mira de equilibrar sus balanzas cambiarias y de salir de la recesión ¹. No ha de extrañarnos escuchar con frecuencia voces provenientes de las filas del capitalismo, tanto en las naciones oprimidas como en las opresoras, que llaman a velar por la observancia de las normas democráticas y hasta recalcan el pro de los reajustes sociales enderezados a promover la convivencia de las clases. Desde sus albores, el modo de producción erigido sobre la esclavitud del trabajo asalariado no sólo proclamó la “libertad” sino la “igualdad” y la “fraternidad” entre los hombres. Pese y debido a que estas prédicas nunca dejaron de ser una forma de dominación, meras formulaciones escritas para azote y escarnio de la población laboriosa, los explotadores las mantienen enhiestas. Asiduamente se refieren a ellas como a pautas

primordiales del andamiaje estatal interno e incluso de las relaciones internacionales, siendo que en la era del imperialismo, con el saqueo de continentes enteros por parte de los monopolios de unas cuantas metrópolis, la contradicción entre los postulados republicanos y “humanitarios” de la burguesía, de un lado, y la vida de penuria y sojuzgación de miles de millones de habitantes del planeta, del otro, se hace palmaria e irreconciliable en absoluto. Obviamente lo expuesto no niega que las fuerzas dominantes arrién sus apreciadas enseñas, suspendan sus melosas convocatorias a la unión sin distingos y lancen por la borda los códigos, el certamen electoral, las instituciones, la Constitución íntegra, cuando el desarrollo de los conflictos interiores y exteriores que atentan contra las primacías y las subordinaciones establecidas requiera de un tratamiento directo, rápido y quirúrgico.

Argentina, verbigracia, con el triunfo de Raúl Alfonsín, acaba de emerger de una noche de terror castrense que arrojó un balance de miles y miles de personas asesinadas y desaparecidas, el costo del aniquilamiento de las organizaciones de extremaizquierda de corte ERP, Ejército Revolucionario del Pueblo, y también, desde luego, de la sofocación de las luchas populares. La oligarquía de aquella porción de América, al volver por los fueros de la democracia representativa, no efectúa otra cosa que acomodarse a las mudables circunstancias, recuperando de pasada su relativo ascendiente entre las multitudes, con cuya compañía marcha hoy hasta los estrados judiciales a juzgar a sus espadones caídos en desgracia, los mismos que ayer la salvaron de los brotes disolventes. Utilizar primero los métodos duros y luego los blandos, o viceversa; alternar la tiranía militar con la civil, la represión abierta con la encubierta, el “gran garrote” con la “zanahoria”, simplemente obedece al comportamiento característico de los adalides de la sociedad burguesa, y en nuestro caso de la sociedad neocolonial y semifeudal, que pugnan por fortalecer su supremacía y con ella sus beneficios pecuniarios. Ignorar esta experiencia tan común y corriente, formando cauda tras los capitalistas cuando éstos, o parte de éstos se deciden por la segunda categoría de los métodos señalados, y hacerlo en nombre de la revolución, configura una falta imperdonable, para no hablar de traiciones.

Sea como fuere, la “paz” se convirtió en una de aquellas obsesiones típicamente colombianas que de vez en cuando contagian por igual los campamentos de las distintas parcialidades contrapuestas. Refleja la conjunción de dos necesidades coincidentes. La de un bipartidismo tradicional que acosado por las quiebras y el endeudamiento urge de arreglar la casa y serenar los espíritus; y la de una guerrilla que hostigada sin piedad por los aparatos represivos está lista a pulir su conducta y amoldarla a una atenuación de las confrontaciones internacionales, sugerida por sus preceptores extranjeros ante el contraataque de Ronald Reagan,

¿Qué es la “paz”?

particularmente en América Latina. Consciente o inconscientemente, llevados por la curiosidad o arrastrados por los acontecimientos, desde doña Berta hasta el llamado ML, con la solitaria omisión del moirismo, las banderías de todas las cadencias han echado su cuarto a espadas respecto a la novedosa estratagema. Merced a ello, en los complicadísimos regateos encaminados a suplir la controversia bélica con el debate incruento, hemos visto disputándose la gratitud republicana y el elogio de la “subversión” a jefecillos de la talla de un Germán Bula Hoyos, la horma por excelencia del atrabiliario cacique de provincia; de un John Agudelo Ríos, otro intonso y obediente peón de brega de los trajines anti-nacionales y antipopulares, de sus superiores; o de un Otto Morales Benítez, el insaboro, voluble y frustrado precandidato del llerismo, últimamente en pos de la representación de las facciones partícipes de la legitimidad de su partido. Las caprichosas expresiones del caleidoscopio pacifista no devienen ni datan, pues, del fracaso en las urnas del continuismo liberal-conservador de López frente al intempestivo repunte de la renovación conservadora-liberal betancurista, aun cuando el cabecilla del Movimiento Nacional estime desde sus letárgicas alturas que puede sacarles mejor tajada que el resto de sus coterráneos y coetáneos. Si para los simples manzanillos de profesión simboliza un hito en sus anodinas trayectorias coadyuvar a tan procerco empeño de la democracia prevaleciente, para el primer magistrado, quien a similitud de Marco Fidel Suárez reclama el mérito de haber asido una a una las oportunidades que la república de la libre competencia les depara a sus vástagos predilectos, y que ocupa el solio como salida pantomímica de la crisis y sin otra misión factible que la de ahondarla, el ostentar el título de pacificador, o de apaciguador de 25 años de conatos insurgentes representa no sólo una proeza consagratoria sino un contrapeso a los incontables descalabros de su *“sí se puede”*.

II

La dilación de los procedimientos

El mismo 7 de agosto, ambicionando adueñarse del sentir general, el vencedor del 30 de mayo izó la bandera blanca y arrancó con la tortuosa cruzada. *“No quiero que bajo mi gobierno se derrame una sola gota de sangre de ningún compatriota mío, de ningún soldado... ni de ningún guerrillero, que también son hermanos nuestros”*², dijo en la Escuela Militar de Cadetes, a los tres días de posesionado, delante de unos regimientos que lo atisbaban entre remisos e incrédulos. Lloverían de inmediato las demandas de tres o cuatro ejércitos del pueblo, cuyos estados mayores vislumbraban en los labios disertos del señor Betancur el badajo de la campana anunciadora de las prologales conquistas de la revolución. A partir de entonces la

empresa conciliatoria entraría en una nueva etapa, un lento y complejo torneo de aguante, no tanto por las disparidades como por las concordancias. Mientras la rebelión armada se decide a vender caro su aplacamiento, el presidente se resigna a pagar lo que cueste amansarla. Con la resignación de éste crece el precio de aquélla y a la inversa. Al extremo de que el proceso está bastante lejos de tocar a su fin, a causa de la infinidad de materias previstas en las agendas de discusión, y a la abundancia de requisitos, pasos, prórrogas e intervalos por cumplir. ¿Se prefiere pintar la paloma a echarla a volar? ¿O será que los padres de la publicitada *apertura democrática* obtienen más beneficios de los dolores del parto que de la criatura? Para resolver el misterio al país no le queda otra que la de aguardar a la culminación del suspenso. Hasta ahora conoce únicamente cuanto se han dignado avisarle los meticulosos alarifes de la conciliación: que la “paz” es muy difícil, los trámites muy prolijos y las condiciones muy perentorias. No necesitamos reconstruir toda la trama, puesto que sus bulliciosos y festivos episodios permanecen frescos aún en la memoria de las gentes que los han vivido y padecido minuto a minuto durante más de un trienio. Basta enumerar sus principales pasajes, junto a las disensiones generadas en el seno de diversos estamentos y entidades, con el objeto de disponer de un telón de fondo que nos sirva de referencia para el examen y las conclusiones de rigor.

De entrada hay que anotar cómo los surtidos matices del anarquismo criollo, apenas con la ausencia del ELN y de un ala disidente de las Farc, deponiendo antiguas rencillas se afanan en unificar sus reclamaciones, coordinar sus maniobras y respaldarse mutuamente; lo que ha redundado en el abultamiento de las exigencias elevadas a las autoridades y en la dilación de los procedimientos propuestos. Levantado el estado de sitio en el atardecer de la administración Turbay Ayala y suprimido el nefasto Estatuto de Seguridad, el altercado giró en torno a la libertad de los presos políticos y a la condonación de delitos como el secuestro, la extorsión y el asesinato fuera de combate, que los legistas de la parte opositora identificaban con el eufemístico calificativo de “anexos” a la rebelión, mas para los jurisperitos y centuriones del régimen eran escuetamente “crímenes atroces”. El Ejecutivo accede y el Parlamento vota la Ley de Amnistía conforme a los pedidos de los sublevados. Cada quien creyó reafirmar lo suyo, un presidente bufo escenificando el papel de campeón de la confraternidad nacional; unos congresistas borregos sublimando las magnanimidades del despotismo burgués, y unas oligarquías impotentes, gloriándose no de eximir de culpa a unos cuantos adversarios detenidos o interdictos sino de perdonarle la existencia a una revolución arrepentida. En lo atinente a los activistas rehabilitados, éstos, una vez abandonaron las cárceles, se calaron sus brazaletes y volvieron a enmontarse, tras la determinación de continuar com-

batiendo a tiros por los acuerdos entre gobernantes y gobernados y antes de que la patria llegue “al punto del no retomo”. Muchos actores y espectadores de la originaria ronda de la “paz” cayeron presa de las naturales sensaciones del desconcierto. La nación se sentía asaltada en su buena fe. Cuanto se negoció y discutió, pública y privadamente, lo convenido y aprobado en el Capitolio, las concesiones ofrecidas, todo, se había llevado a efecto sobre la base de que cuando menos los petardos se acallarían y los favorecidos con la gracia oficial no reincidirían en las andanzas por las que se les absolvió. Plumas exentas de cualquier sospecha de inquina contra el pensamiento y las guapezas de los amnistiados no vacilaron en catalogar de “*grave error político*” la burla a las expectativas creadas. Esgrimieron razones como éstas: “*Se están entregando en bandeja de plata argumentos a la reacción*”³. Ciertamente la ultraderecha, nicortani perezosa, ante un país enterado de los litigios por la armonía, saltó a sindicarse a los contingentes de la extrema contraria, y una vez más a través de ellos al movimiento revolucionario en su conjunto, de otra atrocidad, la de mofarse de la palabra empeñada. A los pocos días de sancionado el texto legal por el cual se amnistiaban las infracciones de cinco lustros, englobadas las menos defendibles, y cuando ya era del dominio público que las guerrillas no renunciarían a sus azares y rebatos, *El Tiempo* pronosticó desde su editorial del 25 de noviembre de 1982: “*El Ejército de Colombia tendrá que afrontar, con el respaldo absoluto de las grandes mayorías nacionales, una lucha abierta que, como todas las de ese género, desatará mucha violencia y generarán pocos muertos*”⁴. Fue así como a un diario de los Santos, la conciencia liberal hecha tinta, hasta la fecha parco en sus juicios sobre los desplantes belisaristas, se le exaltó la bilis, llegando al extremo de agujijonear a los militares para que procedan con vehemencia y sin contemplaciones de ninguna índole.

Con la indignación de quienes inútilmente condescendieron y la perplejidad de los que consideraban un éxito sin paralelo la completa exculpación de los rebeldes, se cerró el capítulo introductorio a este novelado esfuerzo por la convivencia civil. Una incógnita sí había sido despejada: la amnistía no era la “paz”. ¿En qué radica entonces? A la audiencia en ascuas los miembros del M-19 le replicaron desde las puertas de La Picota con otras interrogaciones. “*¿Quién se puede acoger a la amnistía en zonas de guerra si no hay cese del fuego?*” “*¿Qué vamos a hacer nosotros para salir de la cárcel si sabemos que a nuestros compañeros los están atacando en muchos frentes?*” “*¿No se está convirtiendo esta situación en un nuevo trampolín hacia la guerra?*”⁵. Con tales reflexiones quedó inaugurada la fase subsiguiente, cuyo objetivo consistiría en obligar a los dignatarios de los sumos poderes a suscribir una tregua que se tradujera en un tácito reconocimiento de los brazos armados como fuerzas beligerantes. En el lapso anterior la puja

se había cifrado en el olvido de todas y cada una de las conductas delictivas; ahora se centraría en la no entrega de los fusiles y en la desmilitarización de las áreas neurálgicas. Nadie descartaba que la Casa de Nariño convendría en agotar otros arbitrios. Mucho antes de la promulgación de la amnistía con que el presidente, a través del Congreso, dispensó todas y cada una de las faltas de sus impredecibles interlocutores, aquél había divulgado sus teoréticas nociones acerca de que el generoso gesto no sería suficiente para ponerle coto a las desconfianzas. Idea que con gusto y al unísono esparcieron a los vientos los propagandistas de la “paz”, desde los obispos católicos hasta los pontífices del revisionismo, pasando por la gama intermedia de exégetas y arúspices del emblema que haya despertado las mayores ilusiones en la crónica contemporánea de la nación.

Empero, curiosamente, cuanto más intérpretes coinciden respecto a los medios y propósitos, el apaciguamiento menos descifrable se torna. Si la primera solicitud de los insurgentes requirió alrededor de tres meses para ser satisfecha, la segunda habría de demorar año y medio en concretarse. Mientras la una cosechó las instigaciones de los gacetilleros de la élite ilustrada en pro de una pacificación a lo Pablo Morillo y se enteró muy pronto del arrepentimiento de la Cámara de Representantes por haber prestado oídos a Belisario Betancur, la otra, ocasionando en su retardo serias fisuras entre la cúpula cuartelaria y su jefe constitucional, repercutiría en la repentina sustitución del ministro de Defensa y en el apremiante licenciamiento de un peligroso trío de generales identificados con las quejas de su superior jerárquico⁶. Landazábal, en declaraciones ampliamente reproducidas por los medios informativos y en juntas reservadas de orden público, precisó de continuo cómo el perdón concedido por la Ley 35 del 21 de noviembre de 1982, regía hacia el pasado y no hacia el futuro de su promulgación, pugnando por una tónica diferente a la presidencial en los tratos con los “subversivos”, a los que, en las brigadas, no se les ha dejado de equiparar con la delincuencia común, y ante quienes, por consiguiente, no caben delicadezas ni miramientos singulares. El 17 de enero de 1984, cuando las discrepancias lucieron demasiado obvias e insoslayables, a los oficiales de alto rango se les llamó a calificar servicios.

Temiendo un eventual pleito entre las dos investiduras, los distintos estratos oligárquicos saltaron a apuntalar los fundamentos jurídicos del sistema, así tuvieran que renovar de relance el respaldo a la administración responsable de empollar tantos entuertos en un tiempo tan relativamente escaso. A la aguda recesión, a los trastornos de los entes bancarios, al insondable déficit fiscal, a la enorme deuda externa y al resto de las falencias materiales ningún burgués deseaba añadir la conmoción anímica de una cura castrense, que en lugar

de componer los negocios podría empeorarlos. Las anomalías económicas le ayudaron a neutralizar los enredos políticos al presidente, y éste, por lo menos momentáneamente, se sintió reconfortado para no decaer en su ingrata faena de abogado del diablo.

Sobre las carreras muertas de cuatro militares de tres soles dados de baja por Betancur se convino al fin el alto al fuego, en desarrollo del pacto de La Uribe, suscrito el 28 de marzo entre la Comisión de Paz y las Farc. Pero el alto no se selló definitivamente, como cabría esperarse, sino por un “*período de prueba o de espera*” de doce meses y a partir del 28 de mayo. A este armisticio lo seguiría el firmado durante la penúltima semana de agosto por el EPL, el M-19 y un fragmento del ADO, completándose el mosaico de los grupos insurrectos que optaron por tender un puente de tupidas relaciones con el régimen belisarista. De los acuerdos se desprende que los alzados en armas las “*depondrán pero no las entregarán*”, para repetirlo con el giro empleado por algunos de ellos; que habrá otra considerable tardanza con el objeto de verificar la suspensión de las hostilidades, y que las partes involucradas propiciarán más convergencias, de aquí en adelante tras la hazaña de ver por aproximarse a escarificar las purulentas llagas de la Colombia neocolonizada y atrasada, y esto conjuntamente, o sea el país redondo y sin reparos de clase.

En suma, el forcejeo, en lugar de simplificarse y acortarse a medida que transcurre, se ha enmarañado y dilatado enormemente. En compensación, los colombianos consiguieron saber que la tregua tampoco era la “paz”. Resuelto dichosamente el segundo equívoco, los infatigables compromisarios de la reconciliación se aprestaron a entrar en el tercer laberinto: el Gran Diálogo Nacional, con mayúsculas. Cual su nombre lo indica, esta secuencia reside en emprender una intrincada polémica acerca, de los candentes antagonismos políticos y de las profundas privaciones económicas y sociales del país, con la participación de todas las fuerzas vivas, comprendidos los gremios patronales y los sindicatos obreros, los directorios partidistas y las asociaciones de consumidores, los cuerpos colegiados y la acción comunal, la curia y los usuarios campesinos, la guerrilla y el ejército. La autoría de la ingeniosa fórmula pertenece al M-19 que la concibió con bastante anticipo, mientras que la supresión previa de los combates y la verificación de la misma por un año fue más bien inventiva de las Farc. Cada estado mayor insurgente se arrima a la mesa de negociaciones con su propio portafolio de requisitos y reclamos, de cuyo estricto acatamiento depende la conservación de su autonomía e identidad. Y puesto que la alianza los obliga a secundarse entre sí, refrendando sin falta las varias peticiones, por redundantes o engorrosas que fueren, el proceso pacificador con cada etapa vencida no gana ni en concisión, ni en rapidez, ni en claridad.

No obstante los dones milagrosos y la desusada ocurrencia que les atribuyen sus promotores a las conversaciones entre las diferentes clases y corrientes políticas, los intentos de amortiguar el choque de los intereses encontrados mediante la persuasión de la plática son tan viejos como el “contrato social” de Rousseau. En el Continente no hay burguesía que en cierto momento histórico no hubiese puesto en vigor el cacareado “diálogo” y algunas, incluso, a semejanza de lo acaecido en el Perú bajo la férula del general Velasco Alvarado, han conseguido rubricar compromisos de reformas con estamentos organizados de la población. Entre nosotros, y sin ir más allá del interregno del Frente Nacional, el mandatario de turno con frecuencia habla y propicia la “concertación” o el “pluralismo ideológico” sin necesidad de abrumarlo con operaciones terroristas.

López Michelsen, inmediatamente después de ascender al solio en 1974, en un arranque de contagiosa demagogia llamó a un entendimiento global entre los principales sectores vinculados a la producción, conformando la célebre “comisión tripartita” que agrupaba a patronos, sindicalistas y gobierno, y a la que un buen día recibió en la residencia presidencial para avisarle que la nación atravesaba por un período crucial, ante el cual se requería del noble renunciamento de magnates e indigentes por igual. El mamertismo, que integraba la comisión y asistió a la reunión de Palacio, dejó una lastimera constancia en protesta por la burla de que había sido objeto la membrecía revolucionaria. Luego se decretaría la emergencia económica con su rosario de impuestos y alzas contra el pueblo, de prebendas para los grandes potentados y demás medidas antinacionales y antipopulares que distinguieron al “mandato de hambre”. Y en lo que llevamos del “sí se puede” ya hubo un primer ensayo de las discusiones multilaterales, cuando se convocó en septiembre de 1982 la “cumbre” de colectividades partidistas. Fuera de los funcionarios gubernamentales y de algunos de los fragmentos en que se hallan divididos el liberalismo y el conservatismo, concurrieron el Partido Comunista y el M-19, encabezados por Gilberto Vieira y Ramiro Lucio, respectivamente. Que valga destacar, el señor Vieira *“pidió romper el monopolio bipartidista en la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores”*, es decir, cursó la solemne demanda de una silla para su agrupación en dicho organismo; y el señor Lucio anotó que *“en los diez puntos del ministro de Gobierno están contenidos los problemas fundamentales de la vida colombiana”*⁷. Los contactos, el intercambio de opiniones y los concursos de oratoria entre clases y entre gremios, congregados de trecho en trecho por las burguesías dominantes, no tipifican, pues, ninguna revolucionarización de las modas democráticas, ni en Colombia, ni en América Latina, ni en el resto del mundo. Además, al cierre de tales floreos los trabajadores de ordinario confirman cómo se les ha extraviado algo de sus magras entradas o de su independencia política.

III

El desgaste del aguante

Acciones de la espectacularidad de la toma a bala del municipio vallecaucano de Yumbo, a cargo de un comando irregular y la ruidosa permanencia guerrillera durante casi una semana en las poblaciones de El Hobo y Corinto, autorizada por Betancur, al lado de la proliferación intempestiva de los secuestros, la extorsión y el “boleteo” preludivieron los sobresaltos y sinsabores que habrán de plasmarse en el tercer acto del drama de la “paz”, el de los coloquios. Iniciado de modo formal sólo el 1° de noviembre, en el recinto de la Casa de Moneda, estuvo antecedido de tres perturbaciones estrechamente interconectadas: el incremento de las discrepancias entre los militares y su jefe supremo; la cascada de enconados mensajes emitidos por financistas, industriales y terratenientes que no encuentran otra explicación a la ola de inseguridad que las ingenuas tolerancias del primer magistrado, y los reiterativos rumores de un golpe cuartelario, proveniente de la descarada conspiración de acuciosos gamonales de los dos bandos de la coalición oligárquica gobernante.

Tan pronto entró en vigor la tregua convenida, Miguel Vega Uribe, entonces comandante general de las Fuerzas armadas, redactó una circular recordándoles a las tropas bajo su mando la razón de ser del ejército perenne de la nación y los cometidos esenciales de éste, entre los cuales enfatiza los de garantizar las “*instituciones patrias*” y preservar el “*orden interno*”. Determina por tanto el despliegue de “*operaciones permanentes de control militar en las zonas de influencia de la cuadrilla de las Farc*”, haciendo la salvedad de que el aplastamiento de las “*otras formas delictivas de características diferentes*” les ata ñeal a las “*autoridades civiles de Policía Nacional*”⁸. Con los nuevos eventos cada vez había menos duda respecto a que los uniformados no solamente continuaban negándose a compartir el lenguaje y los enfoques de su alegre presidente, sino que estarían dispuestos a ir hasta la desobediencia con tal de no regalarles a los insurrectos ni una sola región colombiana, por deshabitada o improductiva que ella fuere. En su puntillo de honor los gendarmes del régimen se ven estimulados con los clamores crecientes de unos ricachos que no comprenden por qué el Estado, con el objeto de satisfacer las exigencias de los alteradores de la tranquilidad pública, se atreve, así sea temporalmente, a quitarles la vigilancia a que tienen derecho y dejarlos inermes en manos del Señor.

En efecto, desde cuando se suscribieron los armisticios y se sopesó en concreto su factible incidencia, en las filas de empresarios y finqueros empezaron a cundir las reservas sobre la eficacia de los mismos. Para ellos, que habían accedido a acolitar los inagotables pujos pacifistas de la administración del “*cambio con equidad*” y lo único que apetecen en el mundo es poner a salvo sus humanidades y

sus bienes, ningún progreso se obtuvo a no ser permitirles a las guerrillas conservar los fusiles y, de propina, certificarles que durante un año no sufrirán asedio bélico por parte de la autoridad legítima. Ante todo les encrespa que la figura que saludaron alborozados un 30 de mayo ya no tan venturoso, pretenda acumular méritos jugando con los haberes y el pellejo ajenos.

Por primera vez desde su asunción al poder el loado carisma del señor Betancur recibiría una descarga cerrada de apóstrofes y censuras procedentes de la masa de grandes y medianos propietarios que estimaron llegada la hora de amonestar al mandatario por sus equívocos, veleidades y candideces. Y esto paradójicamente a raíz de conocerse la primicia del alto al fuego, convenido al cabo de las incontables acrobacias; en la esquivada y feliz oportunidad en que aquél podría vanagloriarse de presentar por último a sus gobernados algo palpable, los textos de unas actas de acuerdo debidamente aprobadas y signadas por los grupos insurgentes. Pero, no. A muchos de sus distinguidos y pesados patrocinadores hoy por hoy no les hacen ningún chiste sus gestos populacheros de candidato de vereda en trance electora¹, ni sus frases de mostrador con que instruye a alcaldes y gobernadores, ni su huero optimismo para rellenar los arriscados abismos económicos del país, ni sus imprevisiones en el tratamiento con los organismos internacionales de crédito y en particular con Norteamérica, ni su secreta ambición de lucir sobre la banda el Premio Nobel de la paz. Ni siquiera su afición por la poesía, por la mala poesía. El prestigio del presidente ha descendido varios puntos en el concepto de los estratos elevados, sin que haya forma tampoco de que se sostenga ante los ojos de las clases menos favorecidas y más estrujadas por el desastroso ejercicio belisarista. Y este aspecto del análisis no resulta irrelevante puesto que sin lugar a especulaciones la táctica de una pacificación parlamentada descansa en buena parte, como se ha demostrado, en la capacidad de aguante y en la tolerancia de la cúspide del órgano ejecutivo.

En drástica carta remitida al inquilino de la Casa de Nariño, las agremiaciones del Huila prorrumpen: *“No estamos dispuestos a ceder ni un milímetro del territorio del departamento ni vamos a ofrecer más vidas inútilmente con subterfugos de política de paz. Lo que suceda de aquí en adelante será exclusivamente responsabilidad de su gobierno”*. En misiva parecida, los ganaderos de Córdoba puntualizan: *“Con el respeto debido le comunicamos que no estamos dispuestos a que el fruto de nuestro honorado trabajo nos sea esquilado. Creemos tener el derecho a que el gobierno nos dé la protección a nuestra honra, vida y bienes, a que está obligado por mandato de la Constitución”*. Los cafeteros del Quindío se apresuraron a denunciar el *“aumento inusitado en la región de la extorsión, el chantaje, los secuestros y la violencia en la gama más amplia de sus manifestaciones”*. Y en el mismo tonillo de agresión y disgusto se pronunciaron portavoces de los hombres de negocios del Valle y Cauca, de la Sabana de Bogotá y del Magdalena Medio, de

Antioquia, Caldas, Sucre y otros departamentos de la de la Costa Atlántica. La Sociedad de Agricultores de Colombia y la Federación Nacional de Ganaderos, luego de exteriorizar en mensaje conjunto sus preocupaciones por el alarmante deterioro de la seguridad, sobre todo en los campos, y no obstante haberse pactado el cese de las hostilidades, afirmaron concluyentemente: *“Reprimir a quienes no cumplan con la tregua, o a quienes salgan a la fuerza de la violencia, es indispensable para aclimatar y afianzar la paz que todos los colombianos estamos buscando”*⁹.

Aunque la extrema izquierda intente minimizar los alcances de los anteriores reproches, encasillándolos sin mayor detenimiento, maquinalmente, dentro de las obvias y acostumbradas reacciones con que las esferas más oscurantistas suelen afrontar los desarrollos de cualquier campaña de innovación, hay un hecho de bulto. Turbas de burgueses y terratenientes, en persona, no ya sólo a través de sus orientadores ideológicos o de sus líderes políticos, han resuelto terciar en la trifulca, conminando al despacho presidencial con virulentas requisitorias para que cese no el fuego sino el juego, no la violencia sino la benevolencia. Su argumentación: que se realicen las promesas comiciales pero que se cumplan los juramentos constitucionales. Y la conclusión: de lo contrario se verían en la inexorable disyuntiva de proveerse de regimientos privados y administrar justicia por cuenta y riesgo propios.

Con la propagación de cuadrillas de matones a sueldo en extensos perímetros de la geografía patria, análogas a las que han devastado algunas áreas campesinas, como los “campovolantes” en los Llanos Orientales, los “tiznados” en Santander y el mismo “Mas” en el Magdalena Medio, se columbra una perspectiva demasiado comprometedor para el movimiento revolucionario colombiano en las actuales circunstancias, dados los vacíos organizativos, la dispersión, los rudimentarios niveles de conciencia y la indisponibilidad para la guerra de las mayorías laboriosas. El desbordamiento de aquellos géneros de terror blanco y su aclimatación en otros ámbitos departamentales nada positivo traerían, salvo impedir la libre actividad de las vanguardias contrapuestas al régimen y entorpecer enormemente el reagrupamiento de las fuerzas del pueblo. Y así se pregone con bombola *“apertura democrática”*, habrá importantes extensiones prohibidas a la agitación y la propaganda que no sean las de los directorios bipartidistas, en proporciones superiores al número de las que pian piano se han ido clausurando como represalia a la aventuras y las listezas de los núcleos foquistas, inclusive bajo el reinado del apaciguador y pese a la amnistía, la tregua y el diálogo¹⁰. No se trata meramente de cuerpos paramilitares que la Procuraduría no desarticula con sus fofas investigaciones. Estas bandas que actúan en la penumbra pero que están dotadas de una precisa estructura de unidades y de mandos, y que culminan imponiendo su vandálica voluntad en comarcas enteras, gozan de un patrocinio muy definido, acaso sin parangón en la historia reciente de la república, y

es el que les proporcionan los latifundistas y magnates exasperados de tributar tras cualquier especie de chantajes. Los cuales están decididos a ponerle punto final a sus sobresaltos, blandiendo el cuchillo y la horca contra quienes ellos identifican con el genérico vocablo de “subversivos”. Junto al agravante de que esta sublevación de los potentados, prevalida de los ingentes recursos que pone a su disposición el dinero y la complicidad de las tropas y funcionarios locales, se halla en condiciones de aglutinar con relativa prontitud a los campesinos medios halagados o atemorizados, a la vez que arrincona, desmoraliza y apabulla al antojo a los jornaleros y campesinos pobres. Los terratenientes se sacuden el hostigamiento de los francotiradores enmontados, mientras que la población trabajadora, con cuyas lágrimas paga la vindicta, siente sobre los hombros cómo aprieta más la coyunda de la explotación de los patronos. Desenlace previsible cuando las revoluciones se lanzan por el atajo de una insurrección imaginaria, extreman las formas de lucha o se lumpenizan.

Si en el prólogo de la crónica de la “paz” nos tropezamos con un fervor contaminante, convertido en mandato por los comicios presidenciales de 1982; y si en el capítulo inicial leemos cómo se concibió y aprobó con notoria aquiescencia la ley que puso en la calle a la totalidad de los detenidos políticos a la sazón existentes en Colombia, que eran los sindicatos de pertenecer, con verdad o no, a las agrupaciones insurrectas tantas veces nombradas, o de participar en acciones terroristas; y si por las páginas referentes a las contingencias que precedieron a la suspensión de los enfrentamientos tuvimos noticia de los primeros respingos de la gran prensa y del relevo inopinado de cuatro generales, en la parte dedicada a los preparativos y desenvolvimientos del “gran diálogo” nos encontramos con que desde diversas esquinas del país burgueses y terratenientes confabulados zahieren al presidente, concitándolo a que se ciña a las disposiciones constitucionales, y dentro de ellas, a cooperar con la versión pacificadora de las Fuerzas Armadas, o atenerse en su defecto a las consecuencias de los amotinamientos desde arriba. El espacio para los malabarismos se estrecha sin que de ningún lado se avizore la coronación de la cima.

Lo que arrancara con un asentimiento casi unánime tras la estrepitosa derrota del turbolopismo, se ha vuelto una encerrona para el caudillo vencedor. Privado precozmente de los mágicos atributos de la popularidad, víctima de los caprichos exegéticos de la Corte Suprema de Justicia que echó a tierra su segunda emergencia económica, sujeto a los pupitrazos de un Congreso mayoritariamente regido por los clientelistas liberales, centro de las murmuraciones y recelos de su propio partido, sin un peso en el fisco con qué saciar las fauces de la gula oligárquica y concluir sus proyectos piloto, con el fracaso de Contadora a cuestas y la desconfianza gringa pendiente sobre sí como una espada de Damocles,

transformado en blanco de la sigilosa vigilancia de los oficiales que lo escoltan y hecho ya pasto de los chascarrillos del ingenio bogotano, testimonios vivos de su desprestigio, Belisario Betancur ha tenido que devolver a pedazos la supremacía usurpada y sofrenar poco a poco su complejo de Núñez. Por dos veces se ha visto en la premura de redistribuir las carteras ministeriales con el objeto de aplacar las molestias del socio destronado. Menguada su ascendencia, semiinmóvil, ahora aguarda con los brazos cruzados a que otros dispongan sobre asuntos en torno de los cuales su despacho sentaba cátedra en medio de los aspavientos de la demagogia. Bien podría afirmar lo que Turbay Ayala les replicó a los periodistas de Europa que lo acosaban con cuestionarios capciosos respecto a los sesgos represivos del gobierno: *“El único preso político que hay en Colombia soy yo”*.

Misael Pastrana, el fiel y desvelado padrino, hubo de adelantar por meses, contra todos los pronósticos, la candidatura de Álvaro Gómez, persuadiendo con este movimiento a la godarria alebrestada de que el tinglado belisarista, en vía de extinción, servirá de conducto para el pleno y posterior predominio de la doctrina azul. Y al ministro Jaime Castro, ave canora del gabinete y cuota clave del legitimismo liberal le tocó salir a la pantalla chica a dar satisfacciones a la insubordinación de los plutócratas y asegurarles que la política conciliadora del Ejecutivo contempla antes que nada la *“presencia permanente y acción decidida de la fuerza pública en todo el territorio nacional”*¹¹. Aquéllanunca fue ciertamente la explicación de la Presidencia, pero era lo que esperaban oír quienes han insistido en aplicar mano de hierro contra la delincuencia subversiva, y oírlo de una garganta autorizada y sobre todo cuerda de la gran coalición.

Cuando, consternado frente a tantas incomprendiones, el pobre de Betancur, en epístola al general Matamoros, quiso constatar su inocencia arguyendo que las Cámaras amnistiaron a los guerrilleros sin condicionarlos al desarme, éste le respondió recordándole los artículos, 2, 166 y 48 de la Carta, concernientes a las bases exclusivas de la soberanía, al papel del ejército y a la no posesión de armas de guerra por parte de los particulares, e igualmente el artículo 7° de la Ley de Amnistía, en el cual se fijó entre dos y cinco años de cárcel para quienes violen la prohibición antedicha¹². La historia se repite. El oficial de más alto rango vuelve y rechaza los evasivos razonamientos que en su ayuda trae el atribulado comandante en jefe, saca a relucir sus lagunas en las materias del derecho, lo refuta directamente, paladinamente, ante la presencia toda de la nación expectante, y en esta ocasión tal vez con menos venias a como lo hiciera Landazábal Reyes. Sin embargo, al presidente le queda embarazoso sustituir cada seis meses a su ministro de Defensa. Y todavía peor si éstos se cobijan con el palio sacrosanto de la ley de leyes. Una cosa es botarlos cuando amenazan el entramado institucional y otra muy distinta cuando personifican la postrera opción de vigencia del mismo.

Está visto que los principales exponentes de la casta militar no se demoraron en aprender las lecciones de la crítica jurídica. Si somos hechura y protectores de la Constitución, ¿por qué no parapetarnos tras los artículos de ésta? ¿De dónde acá la iterativa sospecha sobre los móviles de nuestros riesgosos menesteres, si nos compete por encargo indelegable reprimir los estallidos anárquicos y someter a los infractores, apellídense como se apelliden y hállense donde se hallen? ¡Que no se nos siga zarandeando y destituyendo en bien del funcionamiento legal del país, siendo que nosotros constituimos la ley armada!

En esta comedia de las equivocaciones hace rato que se trastocaron los parlamentos. Desde la platea la concurrencia, en el clímax del espectáculo, observa cómo los alféreces les enseñan a los leguleyos que la Constitución configura un todo compacto de libertades y proscripciones, y que si las unas son permisibles las otras son indispensables. Que no hay nada más constitucional que la persecución y el castigo del delito, al igual que el estado de sitio, las brigadas, los panópticos y el resto de los instrumentos coercitivos con los cuales se limpia y se cautela a diario la república inundada de elementos indeseables¹³. Dentro del malestar en aumento de las clases pudientes, el deslustre progresivo del caudillaje belisarista y la insignificancia de los frutos de la escurridiza “paz”, al generalato le han reportado valiosos dividendos sus incursiones en la jurisprudencia y sus aires de severidad republicana. Septiembre fue, por decirlo así, el mes de las charreteras. Por doquier se exhalaban alabanzas a los mandos castrenses que, según los antiguos y recientes áulicos, habían hecho realidad el milagro de una angustiosa y desesperante búsqueda de la concordia, aun soportando las injurias de sus proverbiales malquerientes¹⁴.

¡Y ahí fue Troya! El aspirante secreto al Nobel de la paz, en impetuosa embestida por recobrar las riendas sueltas de la situación, atronó el 24 de septiembre desde las llanuras de Arauca, adonde se había trasladado a reconocer los promisorios yacimientos de petróleo allí descubiertos; escenario y motivo no impropios para tratar de impresionar a la oligarquía contrita y con líos económicos. Luego de admitir que las fuerzas militares han sido “vilipendiadas” alertó que ahorason “*adulaclassóloparaincitarlasdemencialmente,inútilmente,algolpedeEstado*”. Vaga aunque corrosiva imputación. Que conllevaba además la imprudencia de poner en boca de todos lo que a la chitacallando se departía en los salones.

Betancur esboza la contraofensiva con los mismos hierros y en el campo escogido por sus censores. Persigue un voto de confianza presionando una definición en cuanto a si la constitucionalidad reside más en los albedríos presidenciales emanados del sufragio democrático, o en la soldadesca por excelencia subordinada, obediente y no deliberante. Pero esto, lejos de ser una estrategia para recuperar los terrenos invadidos por unas conjuraciones compuestas por

hombres de carne y hueso, con intereses muy tangibles y dotadas de medios poderosos de lucha, se parece más a las disquisiciones del tinterillo que apela en segunda instancia. Encima de que si las pólizas de los espadones suben y bajan en la bolsa de la controversia pública, ganan o pierden simpatías, se debe a que forman parte y a veces hacen de jueces del conflicto. Forman parte, entre otras cosas, porque el jefe supremo los provoca a que hablen y tomen posición, dirigiéndoles misivas eminentemente polémicas; los senadores y representantes los citan a menudo a que debatan en el Capitolio sus cargos y descargos, y hasta el M-19 los convida a que destapen en el “diálogo nacional” sus tesis sobre lo divino y lo humano¹⁵.

Todo, por supuesto, sin importar una higa que los cánones fundamentales e incluso el reglamento interno les vedan de modo tajante a soldados y policías la intervención en política. Y a veces hacen de jueces en el conflicto porque empuñando las armas de la república, cuentan con qué acallar cualquier discusión, abolir cualquier cabildo y deponer a cualquier mandatario. No pasemos por alto que cuando la mamertería latinoamericana, siempre de gancho con los demócratas liberales del Continente, se hacía lenguas enalteciendo el profesionalismo del ejército chileno, y visualizaba en éste a un providencial soporte para la vía pacífica de la revolución de Allende, el general Augusto Pinochet dio su jaque mate, del cual no se acaban de reponer aún los pobladores del hermano país¹⁶.

El trompetazo de Arauca aguzó los instintos pesquisidores de los periodistas, quienes se entregaron a la tarea de seguir los rastros dejados por la conspiración e identificar a los cabecillas. La gente no tardó en enterarse de que un conjunto de 40 parlamentarios conservadores organizaron a hurtadillas de la presidencia un “desayuno de trabajo” con los mandos castrenses, tras el propósito de obtener un informe de primera mano sobre los brotes de la inseguridad y con su concurso entrever las secuelas cabales de la paz belisariana. No obstante aclarar que por razones ocultas los generales al fin no concurrieron, los implicados aceptaron el ágape matinal como un hecho cumplido, o una intriga frustrada. Asimismo, otros 60 congresistas de ambos bandos de la coalición dominante redactaron una nota comprobatoria de sus acendradas lealtades hacia el estamento militar, y con la cual se proponían tachar por improcedentes las investigaciones de verificación que, a raíz de los encuentros bélicos acaecidos días antes en la localidad de Riosucio, habían emprendido algunos de los comisionados *ad hoc*. Y para consumir esta juntura de cabos, durante la última semana del mes de las charreteras se comentó con maliciosa insistencia el banquete que en desagravio al Ejército y a través de Vega Uribe, brindaron los miembros de la Comisión II constitucional del Senado, presidida por el liberal Eduardo Abuchaibe. Conociéndose la dimensión de la conjura y a diferencia de la actitud asumida ocho

meses atrás ante las escaramuzas que confluyeron en el relevo de Landazábal, los comentaristas de oficio del cuarto poder le restaron trascendencia al asunto. Algunos aseguraban que eso no era un golpe sino un autogolpe; y otros se deleitaban recabándoles a los secretarios de Palacio la lista de los complotados, en el entendido de que el gobierno no podría admitir impunemente una horadación tan extendida de sus sustentáculos social y político.

Así, en semejante clima, Colombia se acercó de puntillas, temerosa y dubitativa, a los portales del Gran Diálogo Nacional. Los mejores hervores del entusiasmo se habían extinguido. El taumaturgo de la odisea, el garante de los copiosos compromisos, de la tregua cronométrica, de los trámites interminables, de las ofertas extracontractuales, el buenazo del señor Betancur, ya no lidera con su bandera blanca; se limita a disuadir a sus escapadizos prosélitos de que cometen un error cuando malician de las competencias, las aptitudes y las intenciones de su presidente. Al dialogante decisivo le quedan arrestos sólo para eso, dialogar.

IV

Pócimas viejas con miembros nuevos

Pero, ¿el diálogo será la “paz”? Incuestionablemente no. Quien repase el pacto de La Uribe y demás documentos transaccionales notará que la consagración definitiva de los augurados goces del sosiego, tal cual lo avistamos atrás, se supedita a la suerte de un policromo ramillete de reivindicaciones tanto económicas como políticas. Las unas, conforme rezan los convenios con las Farc, abarcan tópicos que se extienden desde la reforma agraria y el mejorar campesino, hasta los *“constantes esfuerzos por el incremento de la educación a todos los niveles”* y de *“la salud, la vivienda y el empleo”*, y las otras comprenden desde *“garantías a la oposición”*; *“elección popular de alcaldes”*; *“reforma electoral”*; *“acceso adecuado de las fuerzas políticas a los medios de información”*; *“control político de la actividad estatal”*; *“eficiencia de la administración de justicia”* e *“impulso al proceso de mejoramiento de la administración pública”*, hasta *“iniciativas encaminadas a fortalecer las funciones constitucionales del Estado y a procurar la constante elevación de la moral pública”*. A su vez, el acuerdo con el M-19 y el EPL pormenoriza los temas objeto del *“gran diálogo”*: *“la discusión y desarrollo democrático de las reformas políticas, económicas y sociales que requiere y demanda el país en los campos constitucional, laboral, urbano, de justicia, educación, universidad, salud, servicios públicos y régimen de desarrollo económico”*.

Difícilmente un experto en renovaciones y enmendaduras superaría la desbocada imaginación de nuestros heraldos de la concordia civil. Fuera de la lista no hay en verdad, esferas, órbitas y ámbitos dignos de mencionarse y sobre los cuales no se piense verter la savia vivificadora de la pacificación. La “paz” siempre

ha estado ligada de manera indisoluble a la mudanza del país. Y ésta es la única verdad de fondo que dilucida por qué el itinerario seguido, distante de conducir a un pronto y cabal arreglo, se empantana a medida que transcurre. Los grupos guerrilleros, no obstante acariciar, por lo menos de dientes afuera, la posibilidad de incorporarse a las actividades legales, no lo harían merced a la falta de condiciones para sostener la contienda armada, sino, por lo contrario, en virtud de sus éxitos y de los golpes infligidos a un enemigo al cual han puesto a discutir con ellos, de tú a tú y de pe a pa, cada una de las cuestiones medulares de la república. En lugar de corregir con mesura los descarrilamientos de su táctica, andan a la caza de enmendarle la plana al régimen, reafirmandose en el desafío implícito de no prescindir del manual de Ernesto Che Guevara. Y con ello se ponen muy por debajo de la comandancia foquista latinoamericana de la década del sesenta que, pese a sus concepciones antimarxistas sobre el Estado y la revolución, al cabo de torturantes lucubraciones y desgarradores enjuiciamientos internos, planteó, *“sencillamente”,* cuallorefieré Teodoro Petkoff, *“trasladar la lucha desde el terreno específicamente militar al político, para salir del callejón ciego donde se encontraba”*¹⁷.

En Colombia todavía los dirigentes de la extrema izquierda defienden las explosiones insurreccionales con el simple y metafísico considerando de que la miseria y la brutalidad propias de la sociedad explotadora de por sí ameritan las más contundentes o descabelladas respuestas de las organizaciones revolucionarias. A su juicio, cuán viables y útiles resultan, en cualquier contingencia histórica y por caros que sean, los operativos para hacer propaganda marcial entre los moradores de los pequeños poblados, proveerse de millonarios recursos financieros, repartir bolsitas de leche en las barriadas famélicas, ajusticiar a los esquiroleros de las centrales patronales, secuestrar a los avaros gerentes de las empresas monopólicas que se resistan a subir los salarios, caer a la brava sobre los liceos y arengar a sus alumnos... Estilos de beligerancia que en lugar de descalificarse por improcedentes o extemporales se les estima más bien rentables. De ahí que esta *“guerra”* habrá de ser permutada por el *“cambio social”* y la *“apertura democrática”* o no se le erradica.

Dilema rotundo y aparentemente incontrastable. Pero aun cuando a las fajas más exaltadas de la pequeña burguesía estudiantil y profesoral les parezca la mejor confirmación de la entereza de los insurgentes y les suene en sus oídos como un enriquecimiento original de la *“combinación de todas las formas de lucha”* tal alternativa, por mucho que se le envuelva en un estridente radicalismo, no añade nada sustancial a las proclamas distribuidas por los combatientes del ELN a los somnolientos habitantes del olvidado municipio de Simacota en aquel amanecer del 7 de enero de 1965. Envasa, al revés, añejas y dañinas creencias en modernas y más absurdas versiones.

Dentro de su rústica visión, Fabio Vásquez Castaño y seguidores se hallaban convencidos de que los adelantos ideológicos y organizativos, el paciente aprendizaje a través de la pelea cotidiana en contra de las tropelías y en pro de los derechos, la contraposición pública y en la más amplia escala de los programas y soluciones de las diversas vertientes, el ánimo de las masas de derrocar a sus expoliadores y llevar el combate hasta las últimas consecuencias, amén de las ventajas que en una coyuntura precisa y sin escapatoria ha de permitir el Estado despótico, debido a las crisis, divisiones, desbandadas y demás impedimentos para movilizar sus unidades y repeler el asalto del pueblo enfurecido, no eran requisitos básicos de las hazañas por la liberación. En suma, que los factores atañedores a la correlación de fuerzas ningún rol desempeñan en el desencadenamiento de la insurgencia civil, destinada a imponer, tras el triunfo, las transformaciones revolucionarias correspondientes. Que el tableteo de las ametralladoras sacaría al país de su marasmo secular y depararía, como por generación espontánea, cada uno de los elementos imprescindibles para el estallido general. Con arreglo a tales desvaríos no es la lucha política la escogida para desobstruir la senda del levantamiento insurreccional sino éste el encargado de promover aquélla. La insurrección no depende de la política. Allí la política depende de la insurrección. ¿En cuántas asambleas o foros no se habrá querido enmudecer al MOIR a causa de la carencia de un brazo armado con qué darle brillo y realce a la justeza de sus asertos? Pues bien, durante más de dos decenios los colombianos han venido curioseando el desfile sin fin de grupos, grupitos y grupúsculos que en este siglo de las siglas, con diferencias de denominación, acento e insignias, se obstinan en incendiar la pradera al margen o en contra de la voluntad de las mayorías. Si entre nosotros los precursores y herederos del infantilismo de “izquierda” han justificado al unísono sus declaratorias insurreccionales con las urgencias del cambio, hace poco los segundos, en una aplicación innovadora del argumento, resolvieron extenderlo a la “paz”. Pero como algo va de la victoria a la transacción, las enmiendas han de circunscribirse a aspectos tangenciales, a tiempo que se guardan o abandonan las de mayor enjundia. Y esto, a su vez, no puede menos que reflejarse en un raro amoldamiento de la consigna central. Antes se pregonaba a voz en cuello: ¡A las armas por la revolución! Ahora se amaga: ¡Reforma o “guerra”! Desde el punto de vista teórico semejante transmutación conduce a un exabrupto menos inteligible. La acción armada se ponía ayer a la orden del día dándole la espalda a la lucha de clases y mirando exclusivamente la perentoriedad de los vuelcos estructurales que requiere Colombia. Hoy, aunque se continúan ignorando los zigzagueos de la contienda y las disponibilidades de los contendientes, la prosecución o no de la labor militar se subordina ya a unas cuantas reparaciones circunstanciales; algunas de estirpe constitucional, pero de todos modos enmarcadas dentro del orden jurídico imperante.

¿Qué es la “paz”?

A los lectores reticentes les basta devolverse unos cuantos renglones y re-leer los pedidos y reclamos expuestos en los convenios de la tregua. Verificarán que a pesar de la apretada enumeración ninguna de aquellas pretensiones rebasa los mojones de la sociedad neocolonial y semifeudal; ni implicarían, de concederse, la mínima merma del dominio de los estratos oligárquicos. Unas, a la inversa, tienden intrínsecamente a perfeccionarlo y robustecerlo, como las enderezadas a impulsar *“el procesodemejoramientodelaadministraciónpública”* o a *“fortalecerlasfunciones constitucionalesdelEstado”* y la *“eficiaciadelaadministracióndejusticia”*. Tampoco tienen porquédebilitarlola *“reformaelectoral”*, la *“elecciónpopulardealcaldes”*, las *“garantías alaoposición”* el *“controlpolíticodelaactividadestatal”*, o el *“accesoadecuadodelasfuerzas políticasalosmediosdeinformación”*. Incluso, luego de instarse que, al tenor de les-tatutoconstitucional y *“paralaobservaciónyrestablecimientodelordenpúblico,sóloexistan lasfuerzasinstitucionalesdelEstado”*, se concluye que desde su *“profesionalismoypermanente mejoramientodependelatránquilidadciudadana”*. El punto aludelógicamentealasca-marillas paramilitares, pero se optó no por la negativa sino por la positiva, decimos positiva en sentido metafórico, de admitir la bondad y abogar por la cualificación de los custodios de la ley. Hay también formulaciones completamente etéreas cual lade *“procurarlaconstanteelevacióndelamoralpública”*, que, fueradesu vaciedad, parte de la rectitud inmanente del gobierno, y en este caso del reato y la predisposición a autorregenerarse de los escalones más encumbrados y corruptos de la burocracia oficial, la manzana podrida que contagia al resto.

Acaso la única demanda cuya cristalización podría relacionarse con un problema de estructura es el de la *“reforma agraria”*. Sin embargo, los tratados pacificadores no especifican el modelo ni la cobertura de la misma, ni cabría esperar que apunten a una repartición de las incultas y grandes propiedades rurales a favor de los pobres del campo, con el móvil de barrer el sistema de explotación terrateniente, el minifundio improductivo y los remanentes de servidumbre; o sea derribando una de las trabas ancestrales que, aunada al saqueo imperialista, condena a la nación a la ruina económica y a las clases laboriosas a las terribles situaciones de vida derivadas de aquellos yugos. Ni soñarlo. Cada vez que el reformismo echa a volar sus sofismas acerca de “cerrar la brecha” o reducir los desequilibrios del agro colombiano y cacarea con la distribución de tierras, sus audacias no pasan de la titulación de baldíos o del reparto de unos cuantos eriales comprados a sobrecosto a los latifundistas. Por ningún sitio afloran indicios de que el pródigo señor Betancur se haya comprometido a trasponer tales fronteras, habida cuenta además de que sus delegatarios son los firmantes y no él, y los documentos, escritos con sutileza de notario, están salpicados de ambigüedades y giros nebulosos de este cariz: *“La ComisióndeNegociaciónyDiálogo tienelacertezadequeelgobiernobuscarálograr, conelconcursodelospartidospolíticos, elcongreso y laparticipaciónciudadana, unampliacuerdoque*

permitamodernizaryfortalecerlavidademocráticadelpaís”. O esta otra: “La Comisión de Paz da fe de que el gobierno tiene una amplia voluntad de...” Y todo se esfuma en “hacer constantes esfuerzos por...”, “mantener su propósito indeclinable de...”, etcétera, etcétera.

Empero, supongamos que los guerrilleros sabían qué estaban pactando cuando se avienen a propugnar una reanimación y un acoplamiento de los planes agrarios oficiales, tras la voz de socorrer al campesinado de las zonas afectadas por el flagelo de la violencia. ¿Con qué se sufragarán los gastos? Las chapucerías del Incora han valido sumas astronómicas, provistas con préstamos extranjeros y partidas del erario, que son saldadas por el país, y en últimas por el pueblo, sobre quien recae básicamente la carga impositiva. Los déficit presupuestarios del mandato del “sí se puede” se contabilizan en cientos de miles de millones de pesos, los más altos en los anales de la república. El Ejecutivo pena por que las Cámaras le permitan emitir ininterrumpidamente moneda sin respaldo, esa alquimia de los tiempos nuevos con que desde hace rato se defrauda a los colombianos, y que se tornó a la postre en la fuente discrecional de finanzas del régimen oligárquico, ante la restricción de los empréstitos foráneos, la insuficiencia de los recursos tributarios y el incesante acrecentamiento de las erogaciones. Y a la par, todo gestado por la bancarrota en que se debaten las naciones del Tercer Mundo y en particular Latinoamérica. Si Betancur no ha logrado sacar a flote los dos o tres rótulos llamativos de su plataforma electoral; pasa tramojos aliviando los desmesurados faltantes de banqueros e industriales o reuniendo la modesta paga de los trabajadores del servicio público, y ha de resignarse a mantener clausurados centros educativos y hospitalarios por inopia física, ¿con qué subvencionará las concertaciones del “gran diálogo” en materia de salud, educación, vivienda y empleo, o en temas como el agrario, laboral y urbano? Valga insistir en que los avances o retrocesos en cualquiera de tales asuntos no han de sustraerle ni agregarle un gramo de hegemonía a la alianza burgués-terrateniente mangoneadora del poder, aunque las conquistas económicas, y desde luego las políticas, faciliten las palancas y los puntos de apoyo con los cuales habremos de centuplicar el empuje de la gesta libertaria. Pero de ahí a exigir las cual cláusula *sine qua non* de la “paz”, denota francamente un desconocimiento supino, o de los parámetros rectores de la actual sociedad colombiana, o de sus fases evolutivas.

Cuán vitales se nos revelan aquí las guías de una estrategia y de una táctica correctas, compendiadas a partir de la irradiación de los principios universales del marxismo sobre las peculiaridades del país. Gracias a las primeras comprendemos que el desempleo, por ejemplo, tan severo y crónico en una neocolonia atrasada y exprimida como la nuestra, no puede remediarse ni paliarse sin el rescate de la soberanía nacional y la supresión del semifeudalismo y del capitalismo, al igual que de todos los otros álgidos problemas de índole económica. No ahondaremos en

predicamentos que forman parte del abecé y aguardamos a que los grupos insurgentes, al convenir con los delegados de Betancuren “*hacer constantes esfuerzos*” por el *empleo*, no hayan aspirado a que la ANDI amplíe gradualmente sus cupos laborales hasta absorber el paro y a costa de sus dividendos, pues ello significaría ordenar la eutanasia del sistema, y ordenarla por decreto ¹⁸. Pero de no ser esto así, entonces la paradoja planteada, reflexiva o irreflexivamente, sí es ¡reforma o “guerra”!

El enfoque táctico nos advierte sin embargo que el cuatrienio belisarista, con todo y deberle su apoteosis a la perdición del continuismo de sus predecesores, y haberse beneficiado de las felonías de Carlos Lleras Restrepo, el reformador, no cuenta ni remotamente con las holguras que a éste le posibilitaron sus remiendos y corcusidos sobre la red de los institutos del Estado; entre 1966 y 1970 el régimen de la Transformación Nacional estatuyó entidades a granel espesando la fronda burocrática, una manera de dar ocupación, y derrochó caudales en sus distritos de riego e indemnizaciones a los finqueros incorados, en sus unidades agrícolas familiares y empresas comunitarias, en sus comités de usuarios campesinos y demás trapisondas agraristas. En la actualidad, antes que discurrir sobre el futuro, han de cancelarse los débitos legados por las administraciones anteriores. Si se presta será para cumplir, primordialmente con las cuotas de los intereses vencidos. Aunque no se haya protocolizado todavía la capitulación frente al Fondo Monetario Internacional, el curso de la economía lo determinan ya, conforme a sus ávidos y mezquinos cálculos, los lince de las agencias prestamistas internacionales. En Colombia a las efímeras pompas del reformismo les pasó calendarios ha su cuarto de hora histórico, y nuestros estafetas de la reconciliación tomaron demasiado a pecho los motes propagandísticos, del “*sí se puede*” y estuvieron muy de malas al pensar que éste era el período de las oportunidades. Mientras ellos platican sobre el cuándo y el dónde recomponer la república maltrecha, los hacendistas del gabinete se devanan los sesos ingeniándose el cómo recortar la nómina, suspender subsidios, subir precios, tarifas y gravámenes. De suerte que si las comandancias guerrilleras se oponen a enmendar, no el país, sino sus erróneas apreciaciones, la “paz” nunca llegará a conferirse. Puesto que, desde la más vasta y estratégica perspectiva, el belisarismo en el gobierno, no dejará de ser, con sus malabaristas, magos, enanos y payaso, una de las tantas variedades del Estado de los negreros de la época contemporánea, y desde el ángulo de un escrutinio táctico e inmediato, el agobiado de Betancur no tiene prácticamente con qué comprarle alpiste a la paloma.

Lo insólito de toda esta torre de Babel es que no obstante expresarse cada quisque en su jerigonza partidista, los animadores de la pacificación dialogada se identifican en que la patria no se hará acreedora a la tranquilidad entretanto no repare la casa y subsane o mitigue los desajustes y las injusticias. Con ello creen abas-

tecer de profundidad a sus superficialidades, sin percatarse de que no hacen más que alzar un murallón inexpugnable a los preconizados reposos de su concordia ciudadana. Liberales y conservadores, generales y civiles, capitalistas y revisionistas, ministros del despacho y ministros de Dios, editorialistas y suscriptores, todos a una, como en Fuenteovejuna, con la excepción dos veces dicha del MOIR, han rivalizado casi tres años en rodear el proceso pacificador de tan rígidos condicionantes, rebuscadas razones y dotes prodigiosas, que el país cónico rodó hacia el despeñadero que él mismo cavara insensata y parsimoniosamente: que no habrá “paz” porque no habrá reformas, ni techo, ni drogas, ni parcelas, ni trabajo.

Y no los habrá más de cuanto los hubo bajo Turbay, López o Pastrana, sino menos, merced a que la sociedad colombiana se halla aún en la cresta de la crisis, quizá tan demoledora como el crac de 1929, que no acaba de transcurrir, y, de encima, ha de desembolsar anualmente, por concepto del servicio de su elevada deuda externa, una cifra próxima al valor de sus exportaciones cafeteras. Un pantanero en el que las oligarquías intermediarias de los monopolios imperialistas, al contrario de aflojar la clavija, restablecen su cuota de ganancia y la de sus amos redoblando el desvalijamiento de Colombia y reduciendo al máximo los exiguos ingresos del campesinado y de la clase obrera.

El propio presidente, tratando de darle contenido y lustre a su cruzada del apaciguamiento, improvisa y ensarta uno a uno apotegmas parecidos a éste: *“Enmuchos casos son más subversivas las situaciones que las personas en vueltas en ellas”*. E increpa: *“...cómo no va a ser subversiva la situación que América Latina está enfrente de las grandes potencias”*. Para ellos quebrantos de la tranquilidad, el incesante derramamiento de sangre, se originan tanto en los *“agentes objetivos”* como en los *“subjetivos”*. Los unos *“son las condiciones de desigualdad, injusticia y carencias en que viven grandes núcleos de la población”*; y los otros *“están constituidos por la inconfirmitad que aquellas injusticias producen”*.

Y luego de sus cabriolas por los cielos de la sociología ha de aterrizar inevitablemente en la fatal sentencia: la “paz” anhelada *“no va a lograrse solamente con las fórmulas de la amnistía, sino con el implantamiento de sustanciales reformas en los campos político, económico y social”*. De ahí que sus disertaciones, muchas por cierto, estén nati-borradas de solemnes juramentos alusivos a que satisfará a los *“agentes subjetivos”* o *“personales”* destruyéndolos *“objetivos”* o *“impersonales”*, es decir, al sistema, para lo cual tendrá que obtener desde la baja de los altos índices del interés bancario hasta la modernización de Colombia, pues *“el subdesarrollo es por sí subversivo”*.

Con las argucias presidenciales sucede a la pequeña escala de nuestro solar patrio lo que acontece con los infaustos yerros en que ha incurrido la humanidad en su sinuoso devenir, que, por la apariencia de las cosas, sus manifestaciones exteriores o los visos efectistas de veracidad que ostentan, se las abraza, se las

santifica y el vulgo se embarca en ellas sin reparar en su exactitud, en su utilidad o en sus efectos¹⁹.

Pero el pensamiento revolucionario tanto más se engrandece cuanto más enormes y contumaces sean las mentiras contra las que combate. ¿No fueron finalmente tumbadas de su pedestal tesis tan duraderas y tan falsas cual las del origen divino y la inmutabilidad de las especies, registrándose así un salto gigantesco en las ciencias naturales del siglo XIX? ¿No llegaremos los marxistas colombianos a despejar los infundios tejidos por el pacifismo en boga y contribuir correspondientemente al acervo teórico de los trabajadores?

El país ya aprenderá que en los asuntos de la guerra y de la paz, aunque se hallen relacionados con los fenómenos económicos, el inicio o el término de las hostilidades no han de subordinarse directamente a aquéllos, ni más ni menos a como la revolución, que se ejecuta para desobstruir el desarrollo, estalla no por la trascendencia de sus épicas tareas sino por la potencialidad real de acometerlas en unas circunstancias dadas.

Ignoramos cuál será el epílogo de la comedia de las equivocaciones y no está en nuestras apetencias aventurar ningún tipo de profecías al respecto. No resulta lo mismo escribir sobre los acontecimientos cuando éstos pertenecen a la historia que cuando aún no culminan su ciclo. Ateniéndonos, sin embargo, a las dilaciones del evento, al hecho irónico de que los guerrilleros requieren ahora un indulto, porque la Ley de Amnistía obviamente no regía para el porvenir; remitiéndonos a los pululantes resquemores exteriorizados por los burgueses y terratenientes que le achacan a la blandura del Ejecutivo la promoción del secuestro y demás eclosiones delictivas; tanteando el debilitamiento acelerado de Betancur y sus crecientes dificultades para hacer aprobar del Congreso cualquiera de las propuestas esbozadas en los acuerdos, y especialmente circunfiriéndonos al desatino de mezclar el regreso a la acción legal con los cambios sociales, cuando el gobierno no ha cumplido o no ha conseguido cumplir siquiera con el levantamiento del estado de sitio, podemos afirmar, a estas alturas, tal cual están echadas las cartas por los augures de la reconciliación y de no desecharse las concepciones ilusas, que la “paz” es la “guerra”.

V

En lugar de avanzar se retrocede

Entrado el mes de septiembre de 1982 el despacho presidencial configuró lo que motejara de “Comisión de Paz Asesora del Gobierno Nacional”, y en la cual, de manera inconsulta y antojadiza, incluyó al compañero Marcelo Torres, miembro de nuestro Comité Ejecutivo Central. Prestos, rechazamos la enconosa

distinción, explicando que nunca se nos había pasado por la mente asesorar a administración alguna, ni en tales ni en otros apuros. Por lo demás, no teníamos velas en el entierro, ya que *“el MOIR, dijimos, no ha impetrado la paz, entre otras cosas porque no ha declarado la guerra”*.

Desde entonces nos hemos limitado a una distante y hasta cierto punto benigna expectación, cuidando eso sí que los frentes de masas bajo la influencia revolucionaria del Partido no sucumban a la embriaguez colectiva, ni mucho menos se involucren en las diligencias de un anarquismo envuelto a las veinte en tratos y tretas contemporizadores. Quedó expreso de modo diáfano que prohibíamos *“las justas exigencias por la excarcelación incondicional de los presos políticos y por el cese inmediato de los asesinatos y torturas de los guerrilleros y demás luchadores que han caído en manos del régimen”*.

Empero, conocíamos bastante bien las tendencias y los personajes que iban a encerrarse a negociar. Estábamos en antecedentes del ideario profesado y de las demandas proferidas por quienes ahora tremolan los ramos de olivo. Creíamos muy poco en la autonomía de vuelo de un presidente sin votos propios que arribaba al solio gracias a los insustituibles y puntuales espaldarazos de las dos alas unidas del conservatismo, y cuyas intemperancias habrían de amoldarse indefectiblemente a las correas del artículo 120 de la Carta, que consagra “con carácter permanente el espíritu nacional en la Rama Ejecutiva”, o sea la regencia compartida de las castas políticas de siempre, pertenecientes a las colectividades tradicionales y a la vez estipendiarias de los saqueadores de afuera y de adentro. Debido a todo ello hicimos un voto y formulamos una exhortación. Eran, de un lado, la esperanza de que a la postre salieran favorecidos *“unos métodos y una táctica revolucionarios y correctos”*, y, del otro, el temor a que las gestiones emprendidas sirvieran para ocultar aún más *“la índole antinacional y antipopular de los nuevos administradores de la vetusta república”*²⁰.

Así fijó nuestra dirección sus puntos de vista, llanamente, si se quiere en tono menor, acerca y al comienzo de las conversaciones entre las siglas armadas y el régimen betancurista recién establecido. No por discretos, dichos conceptos fueron menos oportunos, claros y premonitorios. Con la última sustitución en la cumbre del poder oligárquico de rostros, retóricas y sones particulares de gobernar, se inauguró aquel 7 de agosto de 1982 un trayecto en el que pusieron simultáneamente de moda, tanto las cábalas alrededor del eventual marchitamiento en Colombia de la muy cubana teoría del foco y de las acciones terroristas, como los espejismos, por lo común cuatrienales, de que tras el relevo del mandatario sobrevendrían los respiros económicos y la *apertura democrática*. En cuanto a las primeras, a la revolución colombiana le interesa vivamente que desaparezcan modalidades de combate que, por su extemporaneidad o incongruencia, en vez

de jalarla, le crean infinitos y artificiales escollos en su desenvolvimiento. Y en cuanto a los segundos, tampoco registraremos progresos significativos en la organización de una corriente revolucionaria verdaderamente de masas, mientras no seamos capaces de sembrar entre obreros y campesinos pobres el criterio científico y básico de que la catadura del Estado imperante, cual maquinaria de dominación y de fuerza de la minoría expoliadora, no se trasmuda por el simple hecho de que tome el control de la misma una u otra de las fracciones políticas de la burguesía.

Lamentablemente ninguna de estas contradicciones ha evolucionado en el sentido favorable al que nosotros propendemos. La más trascendente y antigua de las batallas ideológicas que hubimos de librar se llevó a cabo precisamente en el terreno de la táctica y tuvo que ver con el rígido e infantil modelo entronizado por los rebeldes de la Sierra Maestra, cuyo triunfo marcó época, avivando el sentimiento antiimperialista del Continente e imprimiéndole una singular dinámica a la contienda revolucionaria. Por la excepcional experiencia y la inmadurez circunstancial de un movimiento al que todo le había salido tan rápido y bien a pegar de sus lances y temeridades, los postulados de los héroes del Moncada no se traducirían sólo en regocijo y entusiasmo. Al caer su casuística en el surco abonado de una pequeña burguesía puesta al margen de las realidades de tiempo y lugar, aun cuando ávida de redimir a la patria mancillada e impaciente por imitar las proezas de sus ídolos favoritos, daría pábulo a la floración de vanguardias extremoizquierdistas en infinidad de naciones de América Latina. Pero acaso en ninguna parte con tal exuberancia y recurrencia como en Colombia.

La lucha interna desatada en 1965 en las filas del extinto MOEC, luego de los incontables y calamitosos fracasos de una línea en esencia militarista y anárquica, obedeció a los esfuerzos preliminares de un pequeño núcleo de cuadros que llamaban la atención sobre la necesidad de hacer un alto en la marcha, rectificar en serio y poner en práctica las sabias enseñanzas del marxismo-leninismo, en lo concerniente al carácter obrero y la estructura centralizada y democrática del Partido; a la preponderancia de la acción política en las labores de movilizar al pueblo y enraigarnos en él; a lo valioso de una plena comprensión de las complejidades nacionales y de un robustecimiento progresivo del nivel teórico y cultural de militantes y activistas; a la justeza de atenerse a los aportes de las bases y a los esfuerzos propios en el sostenimiento financiero, sin vivir dependiendo del apoyo internacional, o de disparatados operativos de azarosa realización y consecuencias liquidacionistas. Y ante todo trazar el rumbo estratégico a partir del análisis de las clases y de su comportamiento dentro de la sociedad, y escoger los medios tácticos de pelea conforme se vaya desencadenando el pugilato entre esas mismas clases. Mas no al contrario, seleccionando *a priori* la lucha

armada cual el modo predilecto o impostergable, y concluyendo de antemano la naturaleza no de nueva democracia sino socialista de la revolución. Par de peregrinas invenciones que ponía a la justa libertaria, tanto por el contenido como por la artificiosa radicalización de la lucha, más allá de los intereses y de las disponibilidades reales de las masas.

Estos desenfoques, engendrados en los finales de los cincuentas y principios de los sesentas, no fueron jamás corregidos crítica y conscientemente. Con cada descalabro, con cada agrupación desaparecida, se les introducían ciertas adiciones conceptuales para perpetuarlos. ¿Cuánto no habremos oído eso de “combinar todas las formas de lucha”, sin parar mientes en que la una pueda contraponerse a la otra? Aunque se haya aceptado verbalmente la supremacía de lo político sobre lo militar, el viraje no ha ido más lejos de la caricaturesca conformación de aparatos legales paralelos a los ilegales. Muchos de los menos moderados, luego de hartas vueltas y revueltas, llegaron hasta inclinar sus prejuicios sectarios y admitir en sus prédicas la conveniencia de un frente amplio, inclusive con la participación de la burguesía nacional, mas sin advertir que con sus miopes y desafortunados extremismos impiden de entrada y de facto cualquier acercamiento hacia los campesinos ricos o empresarios consecuentes y demócratas. Peripecias políticas que han tenido en las capas medias de la población, y sobre todo en los estamentos estudiantiles e intelectuales, una nutriente inacabable, un soporte histórico relativamente vigoroso dentro del innato atraso de un semifeudalismo en decrepito esplendor. De ahí que tales desviaciones, en lugar de baldarse con los reveses, recuerdan más bien a la lagartija que reproduce su cola.

Efectivamente, desde hace veinticinco años rasga el panorama de Colombia un montón de ejércitos del pueblo, comandos de autodefensa, brigadas urbanas militares, etc., perfilando con su cruce meteórico una tendencia fija, de muy marcados ribetes de clase; políticamente domeñable, por supuesto, pero indestructible hasta tanto prevalezcan los sustentos de linaje social que la reanudan sin descanso. El que su tránsito haya sido a colmo regresivo, se palpa en la intensificación cronológica de sus peores trazos izquierdistas. Por obra de lo cual hemos visto ofrendar en los supuestos altares de la insubordinación de los desposeídos, desde el asesinato de un ex ministro y el ajusticiamiento de un personero de las camarillas patronales, hasta los frecuentes asaltos a bancos y la perpetración cotidiana de secuestros en campos y ciudades. Mecanismos proscritos por las revoluciones que en el mundo han estado a la altura de su nombre, y que en nuestro trópico cobran categoría de sublimes recetas para ennoblecer y popularizar la causa de la emancipación ²¹. ¡Ah engorroso que las gentes fíen su destino al buen juicio de quienes incursionen por semejantes

parajes, echen mano de procedimientos que lindan o se confunden con los de la delincuencia común, le den a la represión institucionalizada excusas a granel para atacar y silenciar el descontento, o tercamente insistan en suplir la acción de los contingentes populares con los golpes cinematográficos de unos cuantos iniciados, por más sinceros y agalludos que éstos sean!

Cuando anticipamos hace más de dos años nuestro agrado por que el enjuiciamiento de la “guerra” concluyera sin más escarceos ni demoras en la extirpación de todas esas expresiones del anarquismo criollo, nos alumbraban cinco lustros de dolorosa escuela. Sabíamos de memoria que el campesinado de las comarcas atenazadas por la violencia, antes de aglutinarse y lidiar con alguna eficacia contra los terratenientes, la gran burguesía y el imperialismo, sus tres mortíferos enemigos, zozobraba irremisiblemente en la disgregación o el caos. Y lo testimoniábamos con conocimiento cercano de causa. Allá donde el MOIR había obtenido algún grado de integración de las familias en las ligas, en las cooperativas, o en torno de cualquier otro tipo de actividades comunitarias, y no nos fue factible evitar el entrometimiento de las contracorrientes extremoizquierdistas, sin escape los preludios de un quehacer coordinado se echaron a perder, los mejores y más aguerridos paladines perecieron y las regiones quedaron indefensas entre los garfios del terror. En contraste con las ilusorias divulgaciones pacifistas de los grandes rotativos, llega, por ende, desde los cuatro horizontes del país, un rabioso clamor: que se les ponga punto final a los devaneos, tan estériles y tan contraproducentes, del oportunismo de “izquierda”. Nosotros añadimos que se los cancele sin someterlos a las ofertas cumplidas o incumplidas, pactadas o por pactar con los órganos del régimen. Que se los arranque de cuajo, no tras muchas o pocas condiciones, sino en pos de la condición suprema de que la revolución colombiana ha de imponer una táctica concordante con las fluctuaciones de la lucha de clases y con la correspondencia de las fuerzas, desterrando de su vera las convocatorias a insurrecciones imaginarias que no hacen más que coadyuvar a soltar los mastines de la represión; y ciñéndose a un vasto plan de trabajo a largo plazo, que se base en la paciente, esmerada y efectiva organización de los destacamentos del pueblo, así como en las movilizaciones de éste tras sus conquistas y derechos elementales. Única forma de enfrentar con éxito a la coalición oligárquica, usufructuaria aún de un enorme poder, pero corroída dentro de su parasitismo y arrinconada por la insoluble crisis económica de un sistema estancado en lo interno y exprimido sin tasa ni medida por los monopolios internacionales.

No le prestemos a la reacción motivos innecesarios para que saque a relucir sus cláusulas intimidatorias y pueda desbaratar en un santiamén y sin mayores apremios lo que las masas han labrado con tantos sacrificios. ¡Basta de

gratuitos pretextos, de inocentes complicidades a cuyo amparo se autentican los brutales atropellos del despotismo al mando! Que los fariseos burgueses paguen políticamente cada vez que conculquen las exiguas garantías ciudadanas abreviadas en los códigos; exhiban, a sus expensas y ante la faz del país, la endeblez y la doblez de su republicanismo, cual corresponde a los manipuladores de un Estado edificado sobre la desdicha de las mayorías laboriosas. Se arranquen ellos mismos la careta, demostrando la incompatibilidad de la democracia con sus traiciones a Colombia y a sus gentes. Reconozcan con sus hechos: *“La legalidad nos mata”*²². No nos apresuremos a correr tras la batalla decisiva, que ésta acacera inesorablemente; afanémonos más bien para arrostrarla a su hora lo mejor preparados posible y con el respaldo seguro no de miles, o de cientos de miles, sino de millones y millones de seres.

Mas todo indica que al proletariado colombiano y a su Partido, en calidad de forjadores de la brega libertaria, el porvenir les reserva aún duros retos ideológicos y políticos, antes de que el grueso de los oprimidos se ponga de pie al tenor de una táctica coherente e invencible. La extremaizquierda, al rehusarse en sus variables tonalidades a deponer, no digamos las armas, sino sus métodos subjetivos y disolventes, que sería lo óptimo, continuará torpedeando por algún rato la solidez de un movimiento revolucionario de envergadura. Las sagacidades dilatorias no se abandonan. El 26 de noviembre de 1984 la prensa sorprendió con el parte de que en una de las tantas comisiones, la de Verificación, se había puntualizado que el cese de hostilidades con las Farc se contaría a partir del 1º de diciembre y no del 28 de mayo, conforme lo dejaban entrever los acuerdos de la Uribe de finales de marzo pasado. ¿Al principio se concertó un “alto al fuego” y últimamente “una tregua”? Aunque entre estos términos no media distinción alguna, o cuando menos nadie se ha tomado la molestia de explicarla, por ella, al parecer, se le han refundido al proceso otros seis meses. Abarcando las diligencias y los contactos emprendidos en el ocaso de la administración Turbay Ayala, el país lleva tres años en el peregrinaje del apaciguamiento, a los cuales prácticamente habremos desumado un más, puesto que ahora *“el período de prueba o de espera”* sólo se cumple hasta diciembre próximo. Entonces sí conoceremos el verdadero rostro de la esquiva y fomentada tranquilidad, bajo la presunción, desde luego, de que los asuntos anden sobre rieles. Pero en las postrimerías de 1985 el *“cambio con equidad”* estará ya haciendo maletas entre la chiflatina del público y su maniobrabilidad habrá finiquitado por completo. Ignoramos si las prórrogas responden o no a un astuto y preconcebido diseño de las comandancias guerrilleras para conducir las discusiones con el gobierno; en todo caso el transcurso del tiempo ha marcado un endurecimiento de la posición oficial. El presidente, en medio de las furibundas impugnaciones de los señores del agro y

de la urbe, despidió 1984 vociferando despechadas amenazas, inéditas dentro de laprosabelisarista, contra quienes habiendo “*resuelto voluntariamente actuar y vivir dentro de las instituciones*” persisten en “*mantenerse fuera de la ley*”, y, en consecuencia, les dio largas a las tropas para rastrear, los asentamientos de las agrupaciones insurgentes²³.

El que la reacción poco se haya entusiasmado con las larguezas presidenciales y juzgue demasiado flacos los logros después de semejante ajetreo, no significa que desprecie la oportunidad para llenarse de razón antes de acometer cualquier represalia. No hay que olvidar cómo en definitiva quienes pasaron por indulgentes y generosos fueron los caimacanes del Poder, mientras que la revolución ha ocupado el banquillo del reo convicto y confeso al que se le exime graciosamente de su condena. Los tiranuelos ufanándose de compasivos, la intransigencia vistiendo las galas de la tolerancia y los extorsionadores perdonando la extorsión, un gusto que se prodigaron los seculares verdugos del pueblo en este tira y afloja de la pacificación dialogada, y que a punto fijo harán valer el día de su noche de San Bartolomé. Será una forma de adelantar negociaciones pero no luce gananciosa para la masa desvalida y discriminada.

Además, el sendero de la inasible concordia civil se ha visto adornado de encomiosas insinuaciones a los órganos constitucionales, de cortesías para mucho patricio a cargo del funcionamiento de las instituciones y, sobre todo, de lisonjeras reverencias ante quien por jerarquía representa a dignidades y dignatarios, el primer magistrado de la nación. Él ha sido inobjetablemente el *cid* campeón de la jornada. Gilberto Vieiralo definió como “*gobernante sincero*”. Alfredo Vázquez Carrizosa, otro bizarro espadachín de la “apertura” y de la “paz” no vaciló en pedir, en tono histórico y a favor de la convergencia democrática, “*una marcha de todo el pueblo colombiano detrás de Belisario Betancur*”. Jaime Bateman declaró sin ambages: “*Vamos a apoyar todas las medidas positivas del gobierno. Absolutamente todas. Creemos que se ha creado un ambiente positivo, y esa es la mejor actitud que nosotros podemos asumir*”²⁴. Naturalmente el incienso se ha ido apagando con las ominosas disposiciones del Estado no sólo en cuanto a materias económicas y sociales, o a la privación de los derechos, derivada, entre otros factores, de la permanencia del 121, sino respecto a la humillante resignación de la soberanía nacional ante el imperialismo norteamericano, en tópicos como el paulatino acatamiento a las exacciones del Fondo Monetario Internacional, la “descolombianización” de la banca, los leoninos estímulos al capital extranjero y la extradición de ciudadanos *sub judice* para ser juzgados en las cortes estadinenses en lugar de las colombianas. No estamos en los fastos del apogeo del “*sí se puede*” cuando se vaticinaba que la “modernización” de la república sería sinónimo de “belisarización”. Precisamente por eso, y aunque las ovaciones hayan de tasarse ya con la cautela y

los considerandos del crítico momento, ¿qué mejor tonificante para el achacoso régimen bipartidista que quienes se proclaman contradictores suyos susurren palabritas al oído de su presidente?

Asimismo, las reformas por las que contienen las guerrillas se amalgaman a la extraña reivindicación de rescatar el obsoleto y podrido Congreso oligárquico; rescate que se introduce sutilmente, mas no por ello de manera menos inaudita, cual lo efectúan por ejemplo las Farc en su comunicado a senadores y representantes: *“La Paz Democrática para Colombia se conquista con luchar y el Parlamento debe ocupar un sitio de honor en esta batalla”*. La exaltación de la cavernaria asamblea, timbre y orgullo de la democracia burguesa, controlada aplastantemente por la coalición liberal conservadora y a la que los trabajadores y el pueblo no le adeudan más que golpes arteros, obedece a que por su tamiz ha de pasar el sartal de enmiendas previstas en las actas de los convenios pacificadores. No hace falta predecir de qué jaez serán las decisiones de tan magno cuerpo, ni cuál el *“sitio de honor”* que le conferirá el mañana. Deseamos apenas referir hasta dónde el desmantelamiento del foquismo se entrevera además del pingüe repertorio de transformaciones, con el respaldo ostensible al alto gobierno y la velada rehabilitación de los consustanciales instrumentos de la caduca sociedad. Pero hay más. Los alzados encuadran su retorno a la vida civil dentro de la perspectiva de una acariciada intervención popular en las potestades del Estado, vale decir, de su intervención; y por lo cual ha de arreglarse la democracia imperante y ampliar los canales de entronque y confluencia con las gestiones oficiales. En cuanto al reconocimiento y a la sustentación de apetitos tan singulares, también son las Farc las más francas y las menos inhibidas. En un solemne memorando presentado por su plana mayor a los comisionados de la “paz” se plantea que la *“Reforma de las Costumbres Políticas”* ha de quebrantar las preeminencias del bipartidismo y abrir *“cauce a la participación de las grandes mayorías nacionales en los asuntos del gobierno”*²⁵. Con disimulo, y a ratos no tan discretamente, se han ido ampliando los alcances del vocablo *apertura*. Si en un comienzo se exigía abolir las medidas coercitivas emanadas de los decretos de excepción, junto al establecimiento de determinadas garantías democráticas, y todo dentro del sano criterio de obtener herramientas legales propicias para el combate de los oprimidos contra los opresores, gradualmente las transiciones van implicando la urgencia de un gran entendimiento con las clases dominantes que modifique las costumbres y la moral públicas, reduzca el monopolio oligárquico sobre la opinión y hasta viabilice una extraña modalidad de cogobierno.

Para la insurgencia bélica, que desde su nacimiento a fines de los cincuentas se mostraba reacia frente a cualquier tipo de actuación política, pero que en el último lustro remeda cada día con menor escrúpulo las artimañas de los propug-

nadores del reformismo, tal vuelco patentiza no un avance sino un retroceso. A la vez, sus retrógradas mutaciones han estado químicamente catalizadas por el influjo nocivo de los revisionistas, con los que la extremaizquierda viene manteniendo una tácita y febril alianza y quienes son los indefectibles tramitadores de una avenencia en regla con los círculos pudientes, o parte de ellos, que, fuera de proporcionarles las canonjías buscadas, contribuya a inclinar la balanza del régimen colombiano hacia una ubicación propiciatoria o por lo menos neutralizable, ante los proyectos de expansión en el Continente del socialimperialismo soviético y de su amado satélite, Cuba. De ahí que para todas estas vertientes la campaña de la “paz”, lejos de tener como Norte el entierro voluntario de las desviaciones anárquicas, surja al abrigo y dependa de la ola pacifista promovida por Moscú con el objeto de contener la contraofensiva del imperialismo yanqui, principalmente en Latinoamérica, y no descarte el apoyo interesado a las instituciones vigentes y la utilización oportunista de la accesible burguesía liberal, liberal en sentido genérico.

Este contubernio, por lo demás, tampoco constituye una novedad en Colombia. La degenerativa conducta de cerrar filas alrededor de uno u otro bando de la política oligárquica, aduciendo la mejor protección de las prerrogativas de los desheredados de la fortuna, se remonta a las calendas de la fundación de la república. Sólo que en las últimas décadas le ha correspondido al Partido Comunista revisionista la justificación y propagación del pernicioso hábito. El ardid consiste en sujetar las reclamaciones mediatas e inmediatas de los desvalidos y de la nación al despeje del dilema “dictadura o democracia” haciendo caso omiso de que estas dos voces conciernen, en cuanto a la cuestión del Estado, al mismo fenómeno, la una referida al predominio de clase y la otra a la estructura de dicho predominio. La única diferencia entre ambas radica en lo siguiente: toda democracia es una dictadura, pero no toda dictadura es una democracia. Movilizar las multitudes tras la democratización del régimen obviando o diluyendo el decisivo problema de que por más democrático que éste fuere no dejará de ser el avasallamiento de la mayoría por la minoría, significa postrarlas ante sus expoliadores, a saber, la coalición liberal-conservadora reinante.

Los foros de los derechos humanos y sus respectivas comisiones, la extinta Unión Nacional de Oposición, el Frente Democrático alineado, las plataformas electorales seudorrevolucionarias, el apoyo a las facetas positivas de las administraciones de turno, las “aperturas democráticas” y hasta los festivales de la esclerótica facción han plasmado el fraude del siglo de hacer circular las pretensiones de una burguesía “avanzada” y de un imperialismo “socialista” bajo la etiqueta de la emancipación social y política. Por ello el mamertismo, a semejanza de Diógenes, ha trasegado con linterna en mano indagando por los hombres situados a

la izquierda de la derecha. Y en concordancia, siempre detectaron a quién respaldar o alentar, no importa la rama del Poder, la dependencia y el nivel donde se hayan guarecido las bandas supuestamente susceptibles de ser auxiliadas. Hubo un López M., “en parte el presidente del descontento y la esperanza de grandes masas” enfrentado al ultramontano de Álvaro Gómez que compartía constitucionalmente con aquél los atafagos del mando; así como hubo primero un enaltecido general Landazábal Reyes con sensibilidades sociales y luego otro reprehensible general Landazábal Reyes adversario jurado del proceso de “paz”. Imposible describir los interminables hallazgos hechos por la lamparilla de la vulgar dialéctica mamerta; entre otras razones porque los rebeldes puestos a la extrema izquierda de la “izquierda” aprendieron también a aplaudir los rasgos prometedores del discurso oficial y exhortan a que “*la pelea entre democracia y dictadura no se ha ganado todavía*”, tal solía repetirlo en vida el comandante Jaime Bateman Cayón. Y eso que llevamos, desde el Congreso de Cúcuta, 164 años de sojuzgación republicana ²⁶.

Notas

1. En la reunión de Palacio del 7 de octubre de 1983 con los gremios empresariales, invitados por Belisario Betancur a objeto de limar asperezas con éstos y contrarrestar sus crecientes sobresaltos tras el acentuamiento del receso económico y las repetidas laxitudes oficiales en aras de la “paz”, se trajo a cuento el platillo de la inversión foránea, una inquietud avivada de continuo por la administración del “cambio con equidad”. El representante de la Exxon se levantó tajantemente: “*El capital extranjero tiene miedo de venir a Colombia*”. La información la suministró *La República* al otro día, de donde la hemos extraído. El diario complementó así su noticia: “Hablando durante el controvertido desayuno de Betancur con los empresarios, el presidente de Intercol (una de las subsidiarias de la Exxon), Ramón de la Torre, le dijo al propio jefe del Estado que el país no ha tratado con suficiente rigor el problema del secuestro y que hoy en día hay un gran miedo dentro de los círculos internacionales. “*Yo diría que hoy en día desafortunadamente vendría al país menos inversión extranjera por ese problema que por cualquier otro*”, declaró, e incluso recordó que una entrevista concedida por Betancur a la revista norteamericana *Newsweek*, hizo aumentar el miedo de los zares de las finanzas”.

2. *El Espectador*, agosto 11 de 1982.

3. Aludimos a una columna de Daniel Samper Pizano, difundida por *El Tiempo* del 26 de noviembre de 1982. Samper colaboró con su colega Enrique Santos Calderón en la fundación del grupúsculo hipomamerto *Firmes*, al que luego renunciaron ambos, dejando el malogrado ensayo partidista en manos de Gerardo Molina, Diego Montaña Cuéllar y Jorge Regueros Peralta, miembros supérstites de la generación de la “revolución, en marcha” de los años treinta.

Cinco días antes Santos Calderón también había comentado: “*No entiendo el recrudecimiento de acciones armadas por parte de movimientos guerrilleros que vienen hablando de paz y apertura democrática. A veces da la impresión de que el gobierno de Betancur les hubiera cogido la caña al promulgar una amnistía para la que en el fondo no estaban preparados, o que tal vez no esperaban*”.

En igual forma se expresaron otras personas a las cuales nadie podrá tachar de propugnadores de la represión anticomunista. El candidato presidencial del señor Gilberto Vieira en 1982,

¿Qué es la “paz”?

Gerardo Molina, según noticia de la fecha arriba mencionada y de la sección política de *El Espectador* a cargo del redactor Carlos Murcia, “pidió a Jaime Bateman y sus compañeros que recapaciten porque sería un grave error político que rechazaran la amnistía que se les brinda de manera tan amplia y que la utilizaran sólo como una treta para obtener la libertad de sus presos”.

Y el 29 de noviembre, por información de *El Tiempo*, el mismo Molina se atrevió a aseguarlosiguiente: “...talvezpor las condiciones en que ha vivido en los últimos años distanciado del país, metido en el monte, sin referencias de lo que se vive en las ciudades-, Bateman no está en condiciones de darse cuenta de lo que la opinión nacional desea. Me da la impresión de que es un hombre temperamentalmente inestable, que fluctúa mucho, y eso lo lleva a que adopte en poco tiempo líneas de conducta muy diversas”.

El 26 de noviembre, la articulista de *El Espectador*, María Teresa Herrán, exhaló así su desencanto: “A la opinión pública le queda la impresión amarga de que, en cierta forma y mientras no se le demuestre lo contrario, el M-19 le ha estado mandando al país. La expresión muy criolla y muy colombiana es la precisa para calificar esa inconsistencia en las determinaciones, o esa manera poco franca de ir sacando las cartas poco a poco para ridiculizar a la otra parte”. Hasta doña Clementina Cayón, la señora madre del entonces jefe máximo del M-19, en entrevista concedida a *El Espectador* del 24 del mes referido, manifestó sorpresa: “La verdad que he quedado completamente desconcertada, ya que yo estaba convencida de que él se acogería a la amnistía en esta semana a quien Santa Marta y más concretamente en la Quinta de San Pedro Alejandrino, pero tal parece que cambió de pensamiento y eso en realidad me tiene bastante preocupada y me ha puesto muy triste y no sé lo que pueda pasar de aquí en adelante”.

Las anteriores opiniones son apenas unas cuantas de las muchas propaladas a raíz de la expedición de la última amnistía y de la respuesta que a ésta le dieron los alzados. Las traemos para ilustrar los aturdimientos que, entre los más sinceros defensores de una pacificación voluntaria, produjeron los rumbos inusitados hacia los cuales confluó el primer intento de “apertura” de Belisario Betancur. Testimonios irrefragables en los que falta, por supuesto, el no menos autorizado de Gabriel García Márquez, quien, asimismo, plantó sus pinitos críticos por aquella data y en idéntica dirección.

4. No obstante el riesgo de aburrir a los lectores a punta de citas, recordemos algunos de los pronunciamientos de los otros matutinos de la capital, a guisa de prueba del enojo oligárquico. Conste que nos limitamos a un sector representativo sí pero reducido de la gran prensa, cuando 1982 agonizó en medio de las sanguinolentas amenazas de célebres figuras de la alianza bipartidista dominante que se sintieron majaderamente engañadas con los precarios frutos de la amnistía. *La República*, órgano de la antigua vertiente ospinista aliada cercana del pastranismo, estuvo permanentemente objetando la suavidad del gobierno frente a la insurgencia guerrillera. El 25 de noviembre de 1982 se reafirmó todavía más en sus malos augurios: “La actitud de los alzados en armas que orienta Bateman no nos sorprende. Nunca creímos en su sinceridad y en su deseo de regresar a una vida normal y civilista. Distantes de este tipo de ingenuidad así lo creímos y por ello nunca nos arrebato el lirismo de la operación de la amnistía... “Se impone una vez más, algo que permanece irreductible en nuestras convicciones: el total apoyo e irrestricta confianza para nuestro ejército”.

Ese mismo día *El Espectador*, a pesar de haberse constituido en un apoyo constante para Betancur desde las toldas liberales, de todas maneras conminó al presidente a salvaguardar la “integridad nacional”: “...a la actitud asumida por los dirigentes del M-19 no se puede declarar más que un calificativo de una treta inaceptable para el país y el Gobierno. Porque, sencillamente, esconde un burley y pone de bulto una contradicción flagrante en sus propósitos... No se hace así la paz. Entre otras razones, porque la Constitución Nacional ha erigido al Presidente de la República en jefe supremo de las Fuerzas Armadas, y le ha confiado la guarda de la integridad nacional, que no se vulnera sólo cuando el extranjero huella su territorio, sino también cuando se consiente por omisión o por gratuita dádiva el cogobierno paralelo”.

Y el 23 de noviembre, *El Siglo*, por ser el vocero de Álvaro Gómez Hurtado, ex embajador en Washington, ex designado y virtual candidato único del conservatismo para las elecciones presidenciales de 1986, había fijado su posición en términos un tanto diplomáticos: “*Sería inapropiado que insistieran en otros puntos adicionales para plegarse a la amnistía. Primero que todo porque ellos no es una negociación entre el Estado y los grupos guerrilleros, sino una concesión de la autoridad legítima a quien no la tiene. Y en segundo lugar porque la tregua que solicitan los guerrilleros, y que implica una desmilitarización de los territorios donde se desarrolla la lucha, equivale a otorgarle a la guerrilla, en su aspecto militar, un carácter de beligerancia idéntico al del estamento militar legítimo del Estado, ya entregarle, por lo tanto, un importante territorio de la nación. La amnistía no puede convertirse en una descalificación del Ejército colombiano, ni es una tregua entre dos fuerzas enfrentadas. El Ejército tiene la misión constitucional de velar por la integridad del territorio patrio, y esa misión es inalienable y por lo tanto debe cumplirse.*”

5. *El Espectador*, noviembre 24 de 1982.

6. Decimos que hubo arrepentimiento de la Cámara porque, como se recuerda, la corporación, con todo y haber expedido alborozadamente la amnistía, aprobó poco después una destemplada proposición contra la Presidencia de la República, rechazando casi que por unanimidad la invitación a que una comisión de parlamentarios asistiera al “Banquete de la Paz”, organizado en el Hotel Tequendama por Belisario Betancur. Aunque el choque entre los dos órganos del poder debió en realidad a que el Ejecutivo objetaba las dietas del Congreso, los representantes decidieron desquitarse evocando la memoria de Gloria Lara, asesinada no hacía mucho por el grupo que la había secuestrado, y vaticinando el fracaso de la política pacificadora. El 2 de diciembre de 1982, *El Tiempo* reveló apartes de la proposición de la Cámara.

7. *El Tiempo* del 16 de septiembre de 1982 dio una detallada información sobre los inocuos resultados de la “*cumbre política*”.

8. *El Tiempo*, en su edición del 1º de junio de 1984, publicó el texto íntegro de la extensa circular del general Vega.

9. Leímos los pronunciamientos de los gremios huilenses, de los hacendados de Córdoba y de los cafeteros del Quindío en las correspondientes ediciones de *El Tiempo* de septiembre 13 y 15 y de octubre 2 de 1984. El mensaje conjunto de la Sociedad de Agricultores de Colombia, SAC, y de la Federación Nacional de Ganaderos, Fedegán, lo reprodujo *El Tiempo*, del 28 de septiembre. Las otras desobligantes declaraciones contra la gestión oficial a que hicimos referencia pero que no extractamos por falta de espacio físico, al igual que los múltiples comentarios críticos y satíricos proferidos por elementos decepcionados de los partidos tradicionales, fueron publicados en la prensa de los meses posteriores a los acuerdos firmados en La Uribe, El Hobo, Corinto, Medellín y Bogotá. Personajes de marras, cual Germán Bula Hoyos y Otto Morales Benítez, precursores de la cruzada apaciguadora, formularon incluso sus reparos. El primero rechazó el marginamiento de la fuerza pública en algunos casos y la aparición de las guerrillas como guardianes del orden, anotando que en la aplicación de la amnistía ha habido “*procedimientos que dejan mucho que desear*” (*El Tiempo*, septiembre 19 de 1984). El segundo testimonio: “*El país está asustado por lo que ha visto al largo del proceso de paz, y entre los colombianos aflora el temor de que el Estado ha cedido ante las pretensiones de los alzados en armas*”. (*El Tiempo*, septiembre 14 de 1984).

10. Gilberto Vieira, en un debate en la Cámara de Representantes, denunció a mediados de octubre la desaparición en Puerto Boyacá de un miembro de su partido, de nombre Faustino López, quien, junto a un compañero suyo también posiblemente muerto, había regresado a dicho municipio mucho tiempo después de haberlo abandonado a causa de las matanzas del “MAS”. Confiesa en su discurso el parlamentario Vieira que el militante desaparecido retornó a

¿Qué es la “paz”?

la sangrenta población porque “creyó que había cambiado de ambiente”, refiriéndose a la firma de los pactos entre las Farc y la Comisión de Paz. Finalmente narra cómo una nutrida delegación que en varios vehículos se transportara a la localidad, pensando en sentar el repudio por los dos crímenes y en hacer acto de presencia pública al amparo del proceso pacificador, fue recibida a palos por energúmenos manifestantes de una facción del oficialismo liberal y obligada a salir al vuelo. Tales incidentes ilustran a cabalidad lo que venimos señalando. En el Magdalena Medio el trájín guerrillero dio prácticamente al traste con el trabajo legal. Allí han inmolido sus vidas miles de luchadores del pueblo sospechosos de colaborar con los secuestros y la extorsión, ya que las batallas propiamente militares han ocurrido en cuantía hartamente menor a la de aquellas modalidades delictivas que tanto enardecen a los grandes y medianos propietarios; y a los integrantes conocidos del PC se les ha exterminado y perseguido con tal saña en toda la región, que casi no quedan, por lo menos en forma visible. La intervención en el Congreso del secretario de la agrupación revisionista se halla impresa en *Voz*, de octubre 25 de 1984.

11. *El Espectador*, octubre 1 de 1984.

12. En su edición del 7 de septiembre de 1984, *El Tiempo* insertó los textos completos de las cartas cruzadas entre Belisario Betancur y Gustavo Matamoros.

13. El ponente de la ley de amnistía, Germán Bula Hoyos, sin el menor inconveniente sintetizó en la siguiente frase lapidaria la susodicha inversión de funciones, transfiriéndole a la maquinaria militar las facultades interpretativas de la Corte: “*La misión de las Fuerzas Armadas no consiste únicamente en preservar la Constitución y el orden establecido, sino en asegurar que éstos sean correctamente interpretados*” (Reportaje en *El Tiempo*, septiembre 26 de 1984).

14. Las revelaciones de simpatía con los militares van desde el apoyo de la Asociación Algodonera del Sinú al ministro Matamoros por “*sus solicitudes al doctor Belisario Betancur, presidente de la República, para que se respete la Constitución en lo relativo al uso de uniformes y porteo de armas de uso privativo de las Fuerzas Armadas del país*” (*El Tiempo*, septiembre 15 de 1984), hasta el siguiente convencimiento de García Márquez: “*Las Fuerzas Armadas han acatado la autoridad del presidente Betancur y están colaborando con él, para consolidar su política de paz. No reconocerlo sería una injusticia*” (*El Espectador*, septiembre 2 de 1984).

En su columna de *El Tiempo* del 2 de septiembre pasado, por ejemplo, Enrique Santos Calderón declaró: “*Nunca he sido apologista de las Fuerzas Armadas, sino más bien su crítico constante y en ocasiones tal vez excesivo... Pero al conocer mejor su trayectoria y vida interna, y al ver su conducta de fondo frente al complejo proceso de la paz, hay que agradecer de veras el que tengamos el ejército que tenemos*”. Y si a estos reconocimientos les sumamos las muestras de solidaridad que por aquella fecha les hicieron llegar a los uniformados los consabidos dirigentes de la reacción, no le falta piso al general Vega Uribe al alardear de “*este gigantesco respaldo que nos están dando*” (*El Espectador*, octubre 28 de 1984); o al general Valencia Tovar cuando anota: “*Hay virajes evidentes. Ópticas nuevas para juzgar a las Fuerzas Militares y de Policía, que se registran con agrado por la prestancia de quienes lo expresan, su influencia en la opinión pública y la calidad de sus escritos*” (*El Tiempo*, septiembre 7 de 1984).

15. El 12 de septiembre el Comando Superior del M-19 le remitió una carta al ministro de Defensa Nacional, en la cual, después de aclamarse que el diálogo “*es el camino nuevo y realmente democrático que Colombia puede abrir para América Latina*”, se consigna: “*El respeto que a los militares colombianos hemos mantenido como hombres y como contrarios en el campo de batalla, y la oportunidad excepcional de estar tratados de cese al fuego, nos mueve a afirmar nuestra disposición a un diálogo directo con las Fuerzas Armadas, sea donde sea, y a insistir en que el gran diálogo es el instrumento, la fórmula y la oportunidad para que todos, Congreso y pueblo, Iglesia y gremios, Gobierno, Ejército y guerrillas, hagamos ese esfuerzo grande de*

buscar caminos nuevos para un viejo problema: la Patria que a todos nos duele" (Tomado de *El Tiempo*, 21 de septiembre de 1984).

16. Antes del asesinato del presidente Salvador Allende, Gilberto Vieira sostuvo: "*Un factor verdaderamente decisivo en Chile es el Ejército. Lo ha demostrado lo hecho. La reciente visita de una misión militar chilena a Cuba me parece una consecuencia sensacional y significativa de todo ese proceso. O sea, no es fácil que el imperialismo pueda movilizar al ejército chileno, en su conjunto, contra el gobierno de la Unidad Popular, y esa es una de las ventajas más grandes que cuenta el pueblo chileno*" (Reportaje concedido a U. Valverde y O. Collazos a principios de 1972 y publicado en 1973 en el libro *Colombia tres vías a la revolución*, Círculo Rojo Editores, Bogotá, págs. 76 y 77).

17. Teodoro Petkoff, *Proceso a la izquierda*, Editorial La Oveja Negra, Bogotá, 1983, pág. 53.

18. El inciso g) del punto octavo del Pacto de La Uribe manda: "*Hacer constantes esfuerzos por el incremento de la educación a todos los niveles, así como de la salud, la vivienda y el empleo*". *El Tiempo*, del 28 de mayo de 1984, publicó el acuerdo con las Farc y el 23 de agosto el suscrito con el M-19 y el EPL.

19. Esta manía, tan belisarista, de subordinar el logro de la "paz" a las reformas, a la transformación del país, a la supresión del subdesarrollo y de las desigualdades, campea en casi todas las exposiciones del presidente sobre el tema. Los apartes extractados los tomamos en su orden, de un reportaje suyo a *Colprensa* y publicado en *La República* del 9 de agosto de 1982; una rueda de prensa concedida en La Paz y reproducida por *El Espectador* del 11 de octubre de 1982; un discurso ante gobernadores y alcaldes y transcrito en *El Tiempo* del 18 de octubre de 1983, y una carta enviada al director de *El Tiempo* y conocida el 7 de noviembre de 1982. Con todo y lo absurdo que suena someter los convenios de la pacificación a las conquistas económicas y sociales, pues equivale a atravesar una talanquera insuperable, difícilmente encontraremos quién no lo haga. Con el objeto de convencer a los lectores de la existencia de este enredijo universal, vertiremos a continuación la opinión de dirigentes de las más diversas procedencias, advirtiendo que la muestra se queda corta para lo que hay por conocer.

El general Bernardo Lema Henao, cuando aún no había pasado a las filas de las reservas: "*Lema dijo que es un convencido de la necesidad de la paz en el país, 'porque yo la concibo como el bienestar colectivo del pueblo colombiano'*" (*La República*, agosto 13 de 1982). "*La amnistía no es la paz. En esto no debemos equivocarnos. Es posible que ella pueda conducir al restablecimiento de la paz, pero por sí sola no basta. Para lograr ese beneficio es indispensable aplicar otras medidas, como la integración ciudadana y una justa ayuda a los sectores más necesitados*" (*El Espectador*, octubre 3 de 1982).

Jaime Bateman Cayón:

"*Para el M-19 paz son libertades políticas, respeto a la vida de los luchadores populares, es la participación del pueblo en las riquezas nacionales, es una política social que cubra las inmensas necesidades del pueblo de pan, techo, trabajo, educación y salud*" (*El Tiempo*, agosto 19 de 1982). "*Paz y democracia son posibles si el nuevo gobierno pacta con el pueblo y se establece un compromiso histórico que dirija al país por las vías de la justicia económica, social y política*" (Mensaje del M-19 al Congreso, *El Espectador*, julio 23 de 1982). "*La paz hoy es el cese al fuego, pero también son salarios justos, servicios públicos eficientes y al cancelado del pueblo, salud y educación para todos*.

"*La paz hoy es la participación política de la mayoría nacional, es el respeto a la cultura y la tierra de los indígenas, condiciones de vida y trabajo dignas para los colonos y campesinos y también la defensa de la soberanía sobre nuestras riquezas naturales*.

"*Poeso la paz debe ser el resultado de un gran acuerdo entre gobernantes y gobernados, entre el gobierno, producto de un proceso de conversaciones de paz que hemos llamado el Diálogo Nacional*" (Carta a Betancur, *El Tiempo*, noviembre 25 de 1982).

¿Qué es la “paz”?

Monseñor Mario Revollo Bravo:

“La paz es fruto de la justicia y mientras hay injusticia social, inmoralidad y un estado de depresión, no habrá paz, por lo tanto, hay que acudir a la redistribución de la riqueza, hay que proporcionar trabajos y suplir las necesidades más urgentes del pueblo” (El Espectador, agosto 21 de 1982).

Gilberto Vieira:

“Los cambios políticos, económicos, sociales y culturales en un país son factores esenciales para la paz que todos los colombianos anhela, pues está demostrado que ellos se logran mediante soluciones militares y represivas”, dice el documento (Ponencia ante la “cumbre política”, El Tiempo, septiembre 16 de 1982).

Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Farc:

“Nosotros estamos en la lucha guerrillera por idealismo sin por situaciones concretas de este país como la injusta concentración de la riqueza en pocas manos, en los denominados grupos financieros ligados al capitalismo imperialista, todo ello posible por la política económica gubernamental, mientras la gran mayoría del pueblo colombiano se debate en medio de la miseria y el empobrecimiento progresivo”(“...”) Por lo anterior decimos que toda acción en la búsqueda de la paz debe incluir medidas económicas, sociales y políticas tendientes a modificar favorablemente la grave situación de los colombianos y requiere además de un efectivo desmonte de los mecanismos represivos. La paz no se logra con simple ejecución de acciones cívico-militar porque ellas no van a la causa de la problemática social para resolverla” (Carta a Betancur, El Espectador, octubre 13 de 1982).

Declaración de las cuatro centrales, UTC, CTC, CGT y CSTC:

“Recogemos el amor de la mayoría de nuestro país en el sentido de que la amnistía general es un paso importante pero no suficiente para conseguir la paz, ya que éstas suponen realizar transformaciones de orden social, económico y político que aseguren a todos los colombianos el disfrute de unas mejores condiciones de vida y de trabajo” (El Tiempo, noviembre 5 de 1982).

Oscar William Calvo, vocero del EPL y del PCC ML:

“Cuando firmamos este acuerdo, es porque somos luchadores y amantes por la paz. Pero no por eso podemos afirmar que el hecho de firmar este acuerdo significa la conquista de la paz en el territorio nacional. Es un paso importante, pero no es la culminación de las bases mismas que generan la violencia, porque es la miseria, la carencia de derechos políticos, porque es el desempleo, el incremento de los impuestos, los azotes de la deuda externa, las precarias condiciones de salud, las deficiencias en la educación, todos estos factores traen consigo la violencia y propician la delincuencia. Por ello, decimos que no se ha logrado la paz” (El Mundo, agosto 24 de 1984).

Gabriel García Márquez:

“... como tanto se ha dicho en Colombia, en estos días, la amnistía es sólo la parte de los elementos para que la paz reine en Colombia. Los otros elementos y así es como son: una mayor justicia social, en fin, son temas ya bastante conocidos en Colombia” (El Espectador, octubre 25 de 1982).

Dentro de la copiosa literatura escrita respecto al asunto, extrañamente nadie ha caído en cuenta de que condicionar el proceso pacificador en tal forma, consiste en ubicarlo en una sin salida. Exceptuando las objeciones muy marginales de algunos liberales, interesados mejor en contradecir a Betancur que en arrojar luz sobre el problema, sólo hemos encontrado un comentario de José Arizala, aparecido en *Voz* del 6 de septiembre último, en el que fustiga la trillada incoherencia de que *“mientras haya hambre no habrá paz”*. No obstante, se la imputa única y exclusivamente al ELN, cual si no fuese el más generalizado de los dogmas colombianos de los tiempos actuales. Al dirigente revisionista no le preocupa otra cosa que descalificar al grupo guerrillero porque éste no quiso integrarse a la campaña nacional de reconciliación. Explica cómo las sociedades explotadoras de hoy conllevan, por *“situación inherente”*, los males que se derivan de la sobreentendida explotación. Y complementa: *“Si la causa de la lucha armada, de la guerra civil, fue la pobreza del pueblo, en todos los países*

capitalistas habría o debería haber una guerra revolucionaria”. Aunque esta polémica del señor Arizalano parece representar un bandazo de la dirección del Partido Comunista, sí demuestra fehacientemente que las estribaciones más primigenias de la extrema izquierda en Colombia siguen, sin ninguna otra contemplación, supeditando la “guerra” al cambio de régimen, a la par que el mamertismo y sus adjutores confían en que el régimen supedite el cambio a la “paz”. Puntos contrapuestos entre los cuales, a la hora de nona, podría no haber mucha distancia.

20. Los extractos transcritos pertenecen al pronunciamiento expedido el 20 de septiembre de 1982 por el Comité Ejecutivo Central del MOIR, y con el cual se desautorizaba la pretensión del gobierno de designar a Marcelo Torres para la Comisión de Paz. *Tribuna Roja* No. 44, febrero de 1983.

21. Varias agrupaciones extremoizquierdistas han reconocido tácita o desembozadamente el uso y la utilidad de estas modalidades de terrorismo. El M-19 de labios de su ex máximo jefe, Jaime Bateman Cayón, reivindicó así, en reportaje a la periodista Patricia Lara, la ejecución, durante el período de la administración López, del entonces presidente de la Confederación de Trabajadores de Colombia, CTC, José Raquel Mercado:

“Interpretamos al pueblo cuando juzgamos y justificamos a un traidor de la clase obrera... El juicio y a justiciamiento a Mercado le abrió nuevas perspectivas al movimiento sindical... Demostró hasta el fondo de la legaba supodredumbre... Despertó a muchos dirigentes obreros quienes se dieron cuenta de que su función no era la de traicionar a los trabajadores colombianos. La gente oyó nuestro mensaje... “Hermano, aquí hay que comportarse. Hermano, aquí no se le pueden hacer jugadas chuecas a la clase trabajadora.

“No quiero decir eso que el movimiento sindical yaseapurique hayacambiado totalmente. Pero después de la muerte de Mercado, se le abrieron nuevos caminos a la unidad sindical colombiana... ELM-19 despegó con la muerte de Mercado. ¡Despegó mil veces, mil veces, mil veces!”.

También señaló que con el secuestro del gerente de Indupalma, hecho en 1974 para presionar a la empresa a firmar el pliego de peticiones de los trabajadores en huelga, *“apareció entonces un nuevo camino en la lucha sindical el cual, desgraciadamente, no se continuó”.*

Luego de realzar la importancia de aquel expediente para proporcionarle bríos y cauces al sindicalismo colombiano, el comandante del M-19, sin embargo, vacila en cuanto a la validez de sus aserciones y las atenúa un tanto al hablar de los métodos de financiamiento:

“Anadie, y menos a nosotros, le gusta el secuestro. ¡Nosotros preferiríamos mil veces no vernos obligados a secuestrar gente! Pero como el Estado no tiene un impuesto destinado a financiar la revolución de los pobres; y como los que tienen dinero lo aflojan a las buenas; y como yo quiero ser una organización revolucionaria financiada por la Unión Soviética o cualquier otro país extranjero y dependiente de él, no nos queda más remedio que secuestrar a unos pocos oligarcas”.

Para rematar más adelante en la misma entrevista: *“Queremos hacer un secuestro más, uno sólo, pero uno que nos dejetres millones de dólares... Así solucionaríamos definitivamente, con un costo político muy bajo, el problema económico de la revolución”* (Patricia Lara, *Siembravientos y recogerá tempestades*, Segunda edición, Bogotá, Editorial Punto de Partida, abril de 1982, págs. 116, 117, 118, 119, 120 y 121).

22. La frase pertenece a Odilon Barrot, premier del gabinete del gobierno provisional surgido de la revolución de febrero de 1848, en Francia, investidura que siguió ostentando bajo Luis Bonaparte, luego del triunfo electoral de éste en diciembre del mismo año. La pronunció a la sazón, apenas nacida la segunda república francesa, en el sentido de que el andamiaje jurídico recién impuesto en cierto modo encarnaba un obstáculo para las pretensiones de consumir un golpe de Estado y restablecer la monarquía bonapartista, como en efecto ocurrió más tarde, instaurándose el reinado, así conocido, de Napoleón III.

¿Qué es la “paz”?

Carlos Marx cita la expresión de Barrot en sus artículos titulados genéricamente *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, en donde expone, entre otras tesis relevantes, importantísimas apreciaciones sobre la táctica revolucionaria de la clase obrera. En su concienzudo análisis de las fuerzas enzarzadas y de los agudos duelos de aquellos días precisa cómo la conspiración de los detentadores del poder podría llevarse a cabo en la medida en que se presentara un “motín”, “un pretexto de *salut public*” (seguridad pública), que les permitiera “violiar la Constitución en interés de la propia Constitución”.

El ministerio Barrot instigó en todas las formas a sus oponentes, los irritó, los incitó a cometer estupideces, a fin de que cayeran en el garlito y le proporcionaran lo que quería: un “motín”. “La legalidad nos mata”, razonaban los conjurados oficiales, y hemos de deshacernos de ella, mas necesitamos un porqué, pues la disculpa, el subterfugio, no es menos trascendente que el propósito, y un manejo adecuado de la situación nos reportará puntos valiosos, definitivos, sobre la contraparte.

Marx concluye: “El proletariado no se dejó provocar a ningún *motín* porque se disponía a hacer una *revolución*”; y Engels, en su introducción a la obra mencionada, se detiene en estas reflexiones y las profundiza cual consejos fundamentales para ser estudiados y aplicados por los estrategas del combate del trabajo contra el capital. A su turno, Lenin, el aventajado discípulo y continuador de la gesta comunista, tomó atento apunte de la clave advertencia, vertiéndola y complementándola en infinidad de textos suyos, polémicos unos, didácticos otros, de carácter teórico los más. Como en Colombia la batalla contra el régimen antinacional y antipopular imperante ha adolecido ante todo de la carencia de una línea táctica acertada, no sobra transcribir aun cuando sea algunas pocas palabras de aquellos escritos pertinentes. Hemos cogido casi que por azar uno breve, acerca de “La II Duma y la segunda ola revolucionaria”. Dice allí el artífice de la gloriosa Revolución Socialista de Octubre, vendida y desconceptuada después por Krushev y sus sucesores:

“...*la lucha en su forma más aguda es indiscutiblemente inevitable*. Pero por eso mismo que es inevitable, no debemos forzarla, apresurarla ni azuzarla. Dejemos eso a los Krusheván y los Stolipin (personeros de la reacción y de la autocracia zarista). Nuestra tarea es decir la verdad al proletariado y al campesinado, de modo bien claro, sin rodeos, franco e implacable; abrirles los ojos sobre el significado de la tormenta que se avecina, ayudarlos a enfrentar organizadamente al enemigo con la serenidad de los hombres que van hacia la muerte, como el soldado que espera al enemigo agazapado en la trinchera y dispuesto, después de las primeras descargas, a lanzarse a una furiosa ofensiva... ‘¡Señores burgueses, tiren ustedes primero!’, decía Engels en 1894, dirigiéndose al capital alemán. ‘¡Señores Krusheván y Stolipin, Orlov y Romanov, tiren primero!’, diremos nosotros. Nuestra tarea es ayudar a la clase obrera y al campesinado a aplastar el absolutismo de las centurias negras cuando él se lance contra nosotros... Por eso, ¡nada de *llamamientos* prematuros a la insurrección! Nada de solemnes manifiestos al pueblo. Nada de pronunciamientos, nada de ‘proclamas’. La tormenta se nos viene encima por sí sola. No hace falta blandir las armas”.

Agreguemos que las anteriores amonestaciones de Lenin fueron redactadas en febrero de 1907, cuando, como él lo indica, “han pasado dos años de revolución” y “la situación es indiscutiblemente revolucionaria”. El mero contraste entre los criterios anotados y los que profesa la totalidad de la franja anarquista colombiana es aleccionador. No hemos vivido en años un verdadero auge del movimiento de masas y ya contamos con un historial de levantamientos armados de tamaño, aspecto, tinte, duración y fortuna diversos, quizás sin parangón en el mundo. En contravía a las universales deducciones del marxismo, lamentablemente en Colombia a los insurrec-

tos, insurrectos de cabeza ardiente y frío corazón, que además no distinguen entre la democracia de los explotadores y la de los explotados y se confunden cuando aquéllos especulan sobre lo preferible de una sojuzgación matizada, no les ha temblado el pulso al acometer cualquier género de acciones temerarias o de dudosas actividades que enloden las banderas independentistas, sacrifiquen alegremente fieles seguidores y desaten la cruenta persecución contra las gentes del común. El ensayo de Carlos Marx lo consultamos en *C. Marx F. Enge 1s Obras Escogidas*, Tomo, 1, Moscú, Editorial Progreso, 1973, págs. 190 a 306. Los párrafos de Lenin los entresacamos de sus *Obras Completas* Tomo XII, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1960, pág. 107.

23. En su alocución televisiva del 2 de diciembre de 1984, Belisario Betancur hizo esta “notificación perentoria y categórica”, o “advertencia clarísima y rotunda” como él mismo la calificara:

“...en adelante quienes han resuelto voluntariamente actuar y vivir dentro de las instituciones, tendrán el espacio político para moverse y serán estrictamente respetados, pero siempre que lo hagan dentro de los límites establecidos por la ley. En ese sentido, quiero hacer una notificación perentoria y categórica, una advertencia clarísima y rotunda:

“Quienes persistan en la violencia, en el crimen, en el secuestro, en la extorsión, sufrirán todo el peso de la ley. Sobre esto no les queda sombra de duda: si persisten en mantenerse fuera de la ley, sufrirán el peso de esa ley. Esta es la orden irrevocable a la totalidad de las autoridades. Boletos, amenazas, asaltos, narcotráfico, toda la gama de los delitos, será castigada sin una sola excepción. Y quienes se acojan a la ley y la respeten, éstos deben sentirse protegidos por esa ley” (*El Tiempo*, diciembre 3 de 1984).

Entretanto, los mandos militares, envalentonados por las circunstancias, mostráronse muy activos maquinando sus celadas en diversas regiones escogidas cuidadosamente. El nuevo año se inauguró con un voluminoso inventario de intermitentes violaciones a los armisticios. Aunque el cerco de casi un mes a una columna del M-19, tendido por el ejército en las inmediaciones de la población de Corinto, configuró la refriega de mayor calibre, el resto de grupos irregulares también padeció con igual rigor su respectivo número de bajas tras el hostigamiento bélico de las partidas del régimen. Estos incidentes en la fase ulterior del inconcluso pleito corroboran la sospecha de que la “paz” pese a su fácil y espléndido despegue, discurre no como la ciencia, de lo complejo a lo simple, sino como la creación, de lo simple a lo complejo. De no descomplicarse, de no invertir su malformación, contingencia muy remota, la consigna, por mucho que sea coreada a la colombiana por gobernantes e insurrectos, fenecerá incluso antes y no después de haber sido realmente aplicada.

24. Las expresiones de Vieira, Vázquez y Bateman las extractamos respectivamente de: *Cromos*, noviembre 23 de 1982; *El Espectador*, octubre 25 de 1982, y *El Tiempo*, septiembre 18 de 1982.

25. Los dos últimos apartes citados de los pronunciamientos de las Farc los sacamos de publicaciones aparecidas en el órgano del Partido Comunista, *Voz*. El primero salió el 19 de julio de 1984 y el segundo el 11 de octubre del mismo año, y cuyo párrafo completo reproducimos:

“Dentro del marco de la apertura democrática, las Farc, en unión con otros partidos y corrientes de izquierda lucharán utilizando todos los medios a su alcance por una Reforma de las Costumbres Políticas en dirección de montar el monopolio de la opinión política, ejercido por los viejos partidos tradicionales en beneficio de la oligarquía dominante, abriendo cauce a la participación de las grandes mayorías nacionales en los asuntos del gobierno”.

Claro está que las Farc no es la única sigla armada que haya abogado por el perfeccionamiento de las instituciones prevaletentes, o haya cifrado sus sueños transformadores en los veredictos de éstas, e incluso, en la injerencia o influencia de las vertientes contrarias al régimen

dentro de las actividades gubernamentales de ese mismo régimen. Con obvias variaciones de lenguaje y de énfasis, los otros grupos comprometidos con la cruzada de la pacificación y el pacto social igualmente lo han hecho, extrayendo, del cuarto de aparejos de la burguesía, pendones raídos en pro de una “*democracia participativa*” o “*directa*”, en la que el pueblo recupere su “*soberanía*”, su “*papel de constituyente primario*” y demás antiguallas por estilo. Esto de un lado, y del otro, recuérdese que tales agrupaciones, no obstante presentar cada cual sus particulares demandas, son solidarias entre sí. No tenemos noticia de que los llamamientos de las Farc hayan merecido reprobación alguna de sus ocasionales y sufridos aliados. Salvo, tal vez, una convocatoria signada conjuntamente por el Partido Comunista y ciertos movimientos amigos suyos, como Firmes, el Partido Socialista Revolucionario, Convergencia Socialista, en la que éstos, a raja tabla, le impusieron a los mamertos las siguientes notarefutatorias: “*Alertamos contra las pretensiones de imponer un remedo de democratización por parte de los núcleos oligárquicos, como lo indican los últimos pronunciamientos de destacadas figuras del partido tradicional y del gobierno, en los cuales no se observa una voluntad expresa de respaldo a una verdadera apertura política*”... “*Ental contexto, no es posible esperar que el Congreso de la República apruebe los cambios exigidos por las fuerzas democráticas, que implique una reforma constitucional y el desmonte del monopolio bipartidista*” (Voz, mayo 24 de 1984).

Empero el Partido Comunista no son las Farc, ni los demás firmantes tampoco son grupos armados. Por contera, los revisionistas hicieron explícitas sus “*reservas*” sobre la validez de los argumentos que ponen en tela de juicio la capacidad innovadora de las Cámaras, siendo que la glosa en cuestión no niega de plano dicha capacidad, simplemente la supedita a la buena disposición de los “*núcleos oligárquicos*” para acabar con su propio “*monopolio bipartidista*”.

Para percatarnos más de las afinidades ideológicas entre los distintos sectores insurrectos partidarios de la reconciliación nacional, releamos mejor un pasaje de un documento del M-19, dirigido a los parlamentarios, y del que da cuenta *La República*, del 22 de julio de 1982: “*El Congreso de Colombia no puede rezagarse. El Congreso debe responder a las expectativas y esperanzas de un pueblo que lo eligió. El Congreso puede y debe jugar el papel que le corresponde como órgano legislativo y guardián de la democracia*”.

La postura pueril de depositar la confianza en los organismos estatales y en su cebada burocracia ya ha cosechado sus primeros desengaños. Como seguramente hojearon en la Constitución que el oficio de la Procuraduría es “*cuidar de que todos los funcionarios públicos al servicio de la Nación desempeñen cumplidamente sus deberes*” y como en la actualidad ese cargo está en manos de un picapleitos un tanto díscolo, no obstante haberlo escogido el mismo Betancur, los delegados del EPL y el M-19 resolvieron hacer insertar en uno de los puntos del armisticio del 23 de agosto que aquella entidad recibiría el “*concurso*” del gobierno para la afortunada cristalización de dos tareas en concreto; investigar sobre las personas desaparecidas y atender las denuncias relativas a la violación de los derechos humanos. En posterior despacho, a finales de octubre, el Procurador, después de testimoniar que “*nuestras altas autoridades militares y policivas*” hacencuanto pueden para “*mantener a sus tropas dentro de la moral y la ley*”, se abalanzó contra las “*bandas guerrilleras*”. Les atribuyó la autoría de “*secuestros*” o “*desapariciones en las zonas rurales*” y de toda especie de crímenes, desde cobrar impuestos o “*vacunas*” hasta de robo de ganado y animales de corral. También las inculpa de la desolación económica del campo. Y remata con esta andanada: “*...la subversión colombiana carece hoy y desde hace bastantetiempo de toda autoridad moral para empuñar la bandera de los derechos humanos, hablan a nombre de la nación osentarcátedrasobre la legalidad y la ética de la violencia. La largacadena de desafueros de toda clase por ella cometidos la hacen históricamente responsable de la desorganización de nuestra sociedad y de nuestra economía y leniegantodo título para hacer*

unuso acusatorio de hechos como el que ocupa el presente informe" (*El Tiempo*, octubre 22 de 1984). En síntesis, la oficina seleccionada de consuno por las partes para supervigilar y frenar los desmanes de las huestes envueltas en la pugna, sin más requilorios le quita el piso de la credibilidad a una de ellas, mientras se lo otorga plenamente a la otra. Si en tal forma se comportan quienes por encargo jurídico actúan de fiscalizadores, y cuando no se han esfumado del todo las euforias por el apaciguamiento, ¿qué diremos luego de las cuotas aportadas a la transformación de Colombia por las otras corporaciones menos imparciales del sistema, en desarrollo del quimérico contrato social entre ahítos y hambrientos?

26. La primera de las dos últimas citas pertenece al Informe al pleno del Comité Central del PC, de mayo 17-19 de 1974, y divulgado por *Documentos Políticos*, número 110. La segunda cita corresponde a un reportaje a Jaime Bateman, hecho por *El Pueblo* de Cali y reproducido por *El Tiempo*, del 18 de septiembre de 1982.

Elementos de las Farc asesinaron a Eduardo Rolón

El Tiempo, julio 14 de 1985

A eso de las seis de la tarde del domingo 30 de junio último cayó acribillado Luis Eduardo Rolón, veterano dirigente del MOIR e integrante del Comité Regional de Santander. El compañero pereció en la vereda Humadera Baja del corregimiento de Monterrey, cuya actividad gira alrededor de San Pablo, población del sur de Bolívar adonde se había vinculado desde hace unos seis años con el objeto de adelantar sus tareas revolucionarias con las gentes de la localidad, de preferencia entre el campesinado. En efecto, momentos antes de morir transportó en un vehículo, desde el casco municipal, varios tubos destinados a concluir sobre el río Boque un puente al que ya se le habían erigido sus bases. Obra a la cual se dedicó con ahínco, incluido aquel aciago día, que era de descanso, siempre insistiendo en desembotellar las comarcas abandonadas y en fortalecer la economía de los pobres del agro. Inmediatamente después de haber depositado su carga se encaminó a pie hacia la casa de un campesino amigo, tras el propósito de atender algunas cuestiones concernientes al funcionamiento de la cooperativa del lugar fundada por nuestro Partido. Luis Eduardo anduvo más o menos una hora cuando en un punto del estrecho sendero recibió una ráfaga de metrallata, por la espalda, y luego fue rematado en el suelo.

El horroroso crimen tiene un indiscutible carácter político y de él hacemos responsables a las Farc e indirectamente a la dirección del PC.

Esta contracorriente empezó a incursionar en la zona al amparo de sus acuerdos de “paz” con la administración belisarista, ostentando sus rifles y extendiéndose a punta de intimidar a quienes no se sometían a sus dictámenes. Su primer objetivo allí, como en otras partes, ha sido el de intentar barrer la creciente influencia del MOIR entre las masas e impedirnos la acción pública, con métodos que van desde el señalamiento calumnioso de que actuamos por designio de la CIA hasta la expresa prohibición a nuestros militantes de distribuir

propaganda, vender la prensa partidaria u organizar a los trabajadores. Todo, por supuesto, llevado a cabo bajo la amenaza de las armas.

Nunca hemos dirimido las discrepancias con nuestros contradictores, principales o secundarios, mediante la violencia; ni nos pasa por la mente el propiciarla por el hecho de formular esta precisa, perentoria e indignada denuncia. Pero los ejecutores del vil asesinato no pueden contar con nuestro silencio para continuar impunemente agrediendo o matando a los cuadros del MOIR. Por ello emplazamos a sus superiores, ante el país entero, exigiéndoles que no encubran al comandante que auspició, autorizó o simplemente dio la orden de la cobarde emboscada. Con los alias de “Arcelicio”, “Pedro” y “Orlando” han merodeado por aquellos contornos tres jefes de cuadrilla; entre éstos ha de hallarse el autor o los autores materiales e intelectuales del homicidio. Que se sepa cuál fue o cuáles fueron para que sobre sus nombres caiga por lo menos la sanción del repudio del pueblo.

En cuanto al comportamiento de las autoridades de San Pablo, hemos de informar que cuando se entrevistó con ellas la comisión del MOIR, encabezada por Jorge Santos, presidente de la USO, a fin de llenar los trámites correspondientes al rescate del cuerpo del camarada desaparecido, el oficial encargado de la policía no solamente se rehusó a prestar cualquier protección sino que aconsejó no ir por el cadáver. Tal actitud obedecía, según sus propios comentarios, a dos factores: uno, que la región se encontraba infestada por las Farc, y el otro, que tenían instrucciones terminantes de no desplazarse hacia las áreas rurales. Semejantes evasivas, aunque en realidad no nos sorprenden, sí muestran hasta dónde llega la indolencia oficial ante este tipo de atentados, y cuán significativa es la ventaja concedida a unos grupos que, diciéndose amigos de la pacificación dialogada y gozando de los gajes de un entendimiento pactado con el régimen, lejos de deponer los fusiles, incrementan su pie de fuerza y hostilizan a agrupaciones y personas inermes, cual lo indican las protestas provenientes de los cuatro costados de Colombia y firmadas por industriales, comerciantes, empresarios agrícolas, religiosos. Por ejemplo, el Sindicato de Trabajadores Agropecuarios de Antioquia acaba de expedir, contra las unidades de las Farc, un comunicado dejando constancia de los amedrentadores hostigamientos de que han sido víctimas sus directivos en la zona bananera de Urabá. Con la pantomima del apaciguamiento ocurre que, en lugar de incorporarse ciertamente una minoría de insurrectos a la lucha legal, la contienda política se militariza a pasos acelerados.

La abominable ejecución de Luis Eduardo Rolón pone de manifiesto tan dramático desenlace, pues responde a las impredecibles ambiciones de unos comandos que de pronto arriban a un territorio con el cometido de desalojar a plomo a un partido rival que lleva cerca de un decenio bregando pacientemente jun-

to a los necesitados del campo, compartiendo sus penalidades y coadyuvándoles a obtener progresos tanto en sus reivindicaciones sociales como en sus faenas productivas. Merced a ello, e interpretando la inquietud general, demandamos de los sumos poderes se nos aclare el verdadero alcance de las nuevas reglas del juego que regulan la confrontación “pacífica” entre colectividades de distinto color e ideario. En los tres años de ejercicio de la actual administración jamás hemos solicitado una audiencia con el presidente de la república y, hoy, a través de esta declaración, la estamos pidiendo, a la espera de que nos diga, ante el gravísimo antecedente del ametrallamiento de nuestro compañero Rolón, cómo concibe el Ejecutivo las garantías constitucionales de los partidos sin aparato armado cuyos miembros padecen los cruentos ataques de facciones bélicas que, cuando no reciben el apoyo abierto de alcaldes y gobernadores, se valen de las indulgencias del Estado para eliminar y arrinconar a sus antagonistas.

La defensa de los derechos de las mayorías democráticas y patrióticas, acechados por la confabulación cada día más evidente entre el mamertismo y la cúpula gubernamental, torna imperiosa la conformación de una gigantesca alianza, no conocida hasta ahora, entre obreros, campesinos, intelectuales y burgueses, que se plantee las siguientes metas mínimas: primero, contener los asesinatos políticos, los secuestros, la extorsión y las demás andanadas terroristas; segundo, resguardar la producción nacional ante las lesivas pretensiones del Fondo Monetario y la ruinoso expropiación de los monopolios extranjeros; tercero, mejorar las lamentables condiciones de subsistencia de las masas laboriosas y del pueblo en su conjunto, y cuarto, proteger la soberanía de Colombia no sólo ante los viejos y declinantes imperialismos, sino fundamentalmente ante la Unión Soviética, el mayor peligro para la libertad de las naciones en la era contemporánea.

El país no sucumbirá en la celada que le quieren tender unos cuantos; entre sus numerosos habitantes hay sobrados recursos morales con qué doblegar las azarosas complicaciones de la hora. Abogando por la salvación de la patria apelaremos a esas reservas, con la voluntad y la valentía de hombres como Luis Eduardo Rolón, quien rubricó con su sangre su pensamiento.

Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario, MOIR
Comité Ejecutivo Central
Francisco Mosquera
Secretario general

Bogotá, 13 de julio de 1985

Ante la tumba del camarada Raúl Ramírez Rodríguez

Noviembre 14 de 1986

Discurso en la tumba de Raúl Ramírez, Cali, 14 de noviembre de 1986

Nadie es más respetable que quien respalda sus ideas con sus actos.

Raúl Ramírez pertenecía a esa estirpe de abanderados del progreso social que hacen de la acción el único objetivo del pensamiento. Cuanto creyó lo ha dejado impreso en las actividades de toda la vida, incluida la última, la de su muerte.

Desde los días de las grandes definiciones, cuando pululaban en Cali y otras capitales las polémicas universitarias, y la Juventud Patriótica enfrentábase dentro del estudiantado a las estridencias pequeñoburguesas, Raúl escogió la alternativa de constatar entre las masas populares la justeza de los planteamientos revolucionarios, un impulso que no abandonaría jamás. Mientras explicaba ante amplios auditorios que los obreros han de unirse con el resto de sectores laboriosos y oprimidos si desean vencer, el trotskismo criollo, entonces de moda, se consumía en su contradictorio empeño de arremeter contra la estratégica consigna de la autodeterminación nacional y exigir dogmáticamente el salto inmediato al socialismo.

Calar en la naturaleza de la sociedad colombiana y definir el carácter de la revolución, dos aspectos vitales de la teoría, significaba precisar no sólo los pasos o las etapas de la gesta libertaria sino las clases y capas que habrían de sacarla adelante. En aquel período vimos a Raúl en las sedes sindicales sustentando la urgencia de un vuelco democrático cual requisito de la victoria socialista, argumentos de la nueva concepción, nueva entre nosotros, porque el marxismo la había expuesto con mucha anterioridad para los países neocoloniales y semif feudales. A raíz del viraje táctico de 1972, participó con entusiasmo en la campaña electoral, no obstante las debilidades y dificultades de una brega que nos era desconocida por completo. Por encima de las limitaciones típicas de esta modalidad de lucha,

la continuó esgrimiendo, sin aburrirse ni olvidarse de que la rebeldía civil provendrá exclusivamente de las múltiples confrontaciones económicas y políticas de la población.

Ante el llamamiento de marchar hacia el campo, él fue el primero entre los primeros en “descalzarse”. Vinculado al regional de Córdoba estuvo en Ciénaga de Oro, Planeta Rica, Lorica y finalmente El Bagre.

Con el conocimiento que dejan diez años de experiencia, contribuyó, en infinidad de eventos, a esclarecer problemas claves como las peculiaridades de las relaciones de producción en zonas de diverso desarrollo, la composición y propósitos de las ligas campesinas, las pautas rectoras del cooperativismo agrario...

A lo largo y ancho de la contienda contra la acechanza socialimperialista se destacó, desde los frentes que le correspondiera atender, por los esfuerzos dedicados a despejar la confusión reinante. Creía cabalmente que la emancipación de los pueblos, y en especial de la clase obrera, no logrará coronarse sin la plena soberanía de las naciones pobres y sin la conciencia pública de que el socialismo verdadero no es anexionista. La lealtad con tan trascendentales premisas la selló con su sangre en la mañana del 12 de noviembre de 1986. A metralla y a mansalva, facinerosos de las Farc cercenaron su existencia en Puerto López, un distante caserío del municipio antioqueño de El Bagre, adonde lo llevaran sus caras convicciones. El único daño que les había infligido a sus asesinos en tres lustros de pelea consistió en señalar, ante asalariados y demás estratos productivos, las inconsecuencias y los procedimientos proditorios de la contracorriente revisionista.

Hasta con su sacrificio demostró cuánta razón nos asiste al denunciar esta pandilla, que en su vertiginoso proceso degenerativo está dispuesta a cometer cualquier crimen con tal de cumplir el triste encargo de entregarles el país a los amos soviéticos.

Y así, si echamos una ojeada a los anales del MOIR, siempre encontraremos a Raúl Ramírez en la vanguardia de la batalla ideológica y de las labores prácticas, persiguiendo las metas de deshacer la herencia extremoizquierdista, rebatir el revisionismo, estructurar una línea proletaria de la revolución colombiana y extender el Partido.

Ciertamente corren tiempos difíciles. Al igual que la multitud de víctimas de la extorsión y el chantaje, hemos sufrido, con pérdidas de compañeros y regiones, las consecuencias de los desplantes demagógicos de un presidente venal que durante cuatro años se mostró solícito, en su decir, con “el noventa por ciento del movimiento guerrillero”, o sea las Farc, cuyos integrantes recibieron, fuera de la amnistía y el indulto, las ventajas de efectuar el proselitismo coactivo, apoderarse de territorios enteros sin resistencia alguna y elegir con el apoyo oficial

unos cuantos candidatos a las corporaciones públicas. Semejante situación, en lugar de traer la “paz” y el sosiego a la martirizada república, ha exacerbado las contradicciones, hasta el extremo de entronizarse el atentado personal como medio de dirimir las controversias partidistas, poniendo a varios sectores a pensar seriamente en la conveniencia de proveerse su propia protección armada.

No obstante, en el pueblo hay infinitas reservas morales que tarde que temprano brillarán en todo su esplendor, y el Partido sabrá hallarle una salida a la encrucijada del momento. Por eso hemos hecho la invitación unitaria del 24 de enero. Casualmente con Raúl profundizamos en los fundamentos de nuestra propuesta durante una reunión de compañeros de Córdoba presididos por su secretario Pacho Valderrama, celebrada en Medellín, y en la cual se remarcó que tanto los factores externos e internos como el rumbo de los sucesos nos permitían aliarnos sin excepción con los contingentes preocupados por la integridad de Colombia. Las cosas se presentan en tal forma que a través de este realinderoamiento de fuerzas conseguiremos defender el fuero del país a autodeterminarse, el avance de la producción nacional, la implantación de una táctica revolucionaria y el mejorarse de las mayorías populares, constituyen conquistas de las cuales depende en enorme medida la reivindicación política de los trabajadores colombianos. Promoviendo la más vasta unidad responderemos al desafío que se nos formula y honraremos la memoria de los héroes caídos.

Aun cuando la senda sea larga y penosa no tenemos derecho a desfallecer.

¿Al rehuir el combate no estaríamos declarando inútil la hermosa página escrita por el camarada desaparecido?

Por lo demás, las realizaciones consignadas en nuestro programa partidario serán la obra de varios siglos y no de unas pocas décadas. A nosotros apenas si nos tocó en suerte dar comienzo a la colosal empresa; y encararla en medio de ingentes obstáculos fruto de los hondos trastrocamientos de la época contemporánea. Empezando por el insólito fenómeno de que en la actualidad las peores vejaciones se ejecutan en nombre del comunismo. A las gentes, por tanto, les resulta casi imposible distinguir entre las divisas de la libertad y de la sojuzgación.

En cuanto a las condiciones históricas de Colombia, también habremos de tomar nota de su paradójico desenvolvimiento. El estado republicano se instauró 128 años antes del advenimiento de la democracia en China pero aún no culmina sus cometidos económicos. Aunque los rezagos feudales han ido diluyéndose gradualmente, la descomposición de las formas precapitalistas no se traduce en un auge de la industria, debido al saqueo de los grandes emporios. A su vez la influencia de las capas medias da pábulo a toda especie de aventuras políticas. Y si a lo anterior añadimos que el Partido surge bajo el imperio de la reacción triunfante del Frente Nacional, a los 65 años de la Guerra de los Mil Días, cuando el

ímpetu democrático-burgués era ya un mero recuerdo del pasado, contaremos con una visión aproximada de las vicisitudes que hemos venido sorteando.

De tales elementos adversos, algunos carecen de antecedentes en los fastos de la revolución mundial; otros escapan incluso a nuestro control, como para que hubiéramos podido superarlos en el corto tramo recorrido por el MOIR desde su fundación. Esto no significa que hayamos actuado de simples espectadores de los acontecimientos. Junto con la construcción del Partido hemos atendido cada una de las fases y facetas del proceso revolucionario, desplegando nuestra iniciativa en los más diversos terrenos de la actividad social. Y a través de la práctica, a la manera de Raúl Ramírez, hemos descubierto las soluciones adecuadas a las complejas y originales circunstancias que vivimos. Logros aparentemente nimios pero que desbrozarán el camino y la grandeza de Colombia.

No nos preguntemos cuánto nos falta todavía. Aprendamos de nuestros mártires que si bien no contemplaron el triunfo lo han hecho factible con su ejemplo.

Mensaje del MOIR a raíz del asesinato de Raúl Ramírez por parte del las Farc

El Tiempo, 14 de diciembre de 1986

En la mañana del 12 de noviembre el miembro de las Farc conocido con el alias de “Comandante Gutiérrez”, acompañado de una joven de aproximadamente veinte años, se presentó en la residencia de Raúl Ramírez Rodríguez con la orden de exterminarlo. Mientras el bandido lo interrogaba distrayéndolo, la mujer le disparó por detrás a la cabeza. Luego lo acribillaron conjuntamente. El crimen, cometido en Puerto López, corregimiento de El Bagre, Antioquia, busca desalojar el MOIR de una región en donde desde hace rato venimos contribuyendo al progreso mediante cooperativas y ligas campesinas. Ese mismo día eliminaron a un comerciante y al inspector de policía, a quien le robaron la máquina de escribir. Unas horas antes habían dado muerte a dos humildes labriegos, tildados de “sapos” por haberse resistido a colaborar. A semejantes extremos de sevicia y salvajismo han llegado los únicos usufructuarios de la “paz”, cuyas ansias de dominio corren parejas con su acelerada degeneración.

El asesinato de Raúl Ramírez se suma al de Luis Eduardo Rolón, otro dirigente del MOIR caído en el municipio de San Pablo, también bajo las balas de una cuadrilla de las Farc. En aquella ocasión, junio de 1985, le exigimos abiertamente a la dirección del Partido Comunista que, haciendo uso de su innegable ascendiente sobre el bando insurrecto, explicase el alevoso atentado, pusiera al descubierto a sus cobardes ejecutores y terminara la campaña intimidatoria. No obstante, la susodicha camarilla no se da por enterada y, entre burlas y veras, persiste en la maniobra de ensanchar sus tropas aprovechándose de los arreglos convenidos con el gobierno. Así ocuparon nuevos territorios en el Catatumbo, la Sierra Nevada de Santa Marta, el sur de Bolívar, el Magdalena Medio, la Serranía de los Motilones, etc., atemorizando a sus oponentes, con la bandera blanca en una mano y el fusil en la otra. Se ha creado una situación

en la cual las organizaciones políticas y gremiales que carezcan de milicias se hallarán sometidas a los desafueros de un ínfimo grupo que actúa contra la Constitución pero goza de sus prerrogativas.

Aunque decidimos no participar en los tejemanejes de la pacificación, llevamos más de media década en una expectativa benévola, a la espera de un feliz desenlace para la consolidación de las garantías ciudadanas y el consiguiente auge del movimiento de los trabajadores colombianos. Desde la instauración del Frente Nacional no ha habido condiciones insurreccionales que avalen las incontables y calamitosas aventuras de la extrema izquierda. Creemos, por el contrario, que los secuestros, los asaltos a las entidades bancarias, la destrucción de los medios productivos, el asesinato, en lugar de conducir hacia una apertura republicana, exponen las libertades públicas. El mismo Partido Comunista ha sido víctima de su propio invento. La negativa a incorporarse plenamente a la vida civil, el requisito dilatorio de pedir primero la transformación nacional para dismantelar el aparato bélico, ese ambiente de ni “guerra” ni “paz”, ha llevado a innumerables sectores a dotarse de sus ejércitos particulares y a tomar por su cuenta los problemas de la seguridad. Los resultados están a ojos vistas. En la actualidad nadie desconoce que el experimento acabó desencadenando la más cruda violencia, tal y como lo señalara no hace mucho la Iglesia en forma alarmante. Mas lo inaceptable del asunto radica en que se ha consagrado un inaudito privilegio a favor de una agrupación que, sin perder la legitimidad, conserva sus guerrillas y las utiliza en el exterminio de sus contradictores. Por lo menos el M-19 y el EPL rompieron los armisticios y han encarado las consecuencias del levantamiento militar.

Recordemos cuán rotundamente el doctor Carlos Lleras Restrepo llamó la atención, desde mediados de 1985, acerca de la incapacidad legal del Ejecutivo para concertar una “tregua armada”. Significativa advertencia en labios de quien apoyara y fraguara el ascenso al Poder del presidente que ha cifrado su popularidad en el entendimiento con los revisionistas. Y son a estas circunstancias anormales, heredadas e instituidas a contrapelo de las mayorías, a las que habrá de ponérseles pronta conclusión después de los largos años de caótica vigencia. No sólo lo reclama el general Landazábal sino los más distintos estratos de la nación, cansados de no percibir en ningún sitio la tranquilidad ofrecida por los arúspices de la pacificación dialogada. El editorial de *El Tiempo* del 2 de noviembre, apersonándose de parte de ese clamor y resumiendo el fracaso del proceso, puntualiza que “el *statu quo* es inadmisibles”. Y añade: “El gobierno quiere, con toda la razón, definiciones”. Sí, que se precise el cumplimiento de los pactos. Que se aclare si el cese de la “guerra” continúa dependiendo de la terminación del desempleo, el analfabetismo, la miseria y el

resto de males sociales, como se ha argumentado para no deponer las armas, a objeto de que el país sepa a qué atenerse y no guarde más esperanzas al respecto. Tales concreciones no atentan contra la democracia y la convivencia. La cuestión se reduce a que las Farc no pueden seguir disfrutando, con la complicidad de las autoridades, de una insólita ventaja sobre los partidos que a semejanza del MOIR pierden militantes y organizaciones en virtud de la acción vandálica de los desalmados beneficiarios de la tregua.

Pensando en fortalecer los acuerdos de La Uribe, el anterior régimen extendió sus deliquios pacifistas a Centroamérica en honor de la Nicaragua prosoviética, a pesar de que el sandinismo, en actitud totalmente inamistosa, ha insistido en las pretensiones de anexionarse a San Andrés y Providencia, “punto estratégico del Caribe” que despierta las apetencias de los “actores del conflicto Este-Oeste”, para expresarlo en los términos del general Ernesto Plata. Ello, sin embargo, no impidió que se mantuvieran a la vez los lazos económicos con Occidente y se aceptara la monitoría del Fondo Monetario Internacional sobre las determinaciones oficiales. Los responsables de tamañas inconsecuencias confían en hacerse perdonar sus pecados alegando su acercamiento al socialismo, cuando apenas si se han identificado con los tergiversadores de éste. Es la jugarrera que les depara el destino a los oportunistas de finales del siglo XX. Moscú, lejos de perpetuarse cual símbolo de la redención social, se erigió en sede de un rapaz imperio cuyos tentáculos alarga por el mundo entero, bien valiéndose de las neocolonias, bien movilizándolo sus propias divisiones como en Afganistán. Los pueblos tributarios del Kremlin han aumentado notoriamente, a tiempo que los Estados Unidos y Europa ven disminuidas sus zonas de influencia. Tales deformaciones y cambios en la correlación de fuerzas en el ámbito internacional configuran factores bastante desfavorables para las luchas emancipadoras de las naciones expoliadas. Una de las características de la época estriba cabalmente en que a menudo los movimientos de liberación nacional acolitan las intrigas de los expansionistas soviéticos. Nicaragua, tras convertirse en la otra “cabeza de playa de la URSS” en el Continente, corrobora esta tendencia histórica; y la realidad no deja de ser menos cierta porque la pregone el mismísimo Reagan. ¿Qué de extraño tiene entonces que una de las alas más retrógradas del Partido Conservador, sin necesidad de retractarse de sus rancias doctrinas, asuma el papel de apuntaladora del revisionismo colombiano?

Tan en entredicho se pondrían en el pasado cuatrienio la integridad y la estabilidad nacionales que hasta Alfonso López Michelsen, en discurso pronunciado en Armenia cuatro días antes de las elecciones de marzo, demandó de manera inequívoca no “constituírnos en abogados de Nicaragua”, en razón de que los sandinistas habían dado ayuda para la toma del Palacio de Justicia y no

cejaban en sus deseos de arrebatarlos el archipiélago. El oportuno consejo, fuera de alertar a muchas personas indiferentes ante las adversidades que se ciernen sobre la patria, entraña en cierto modo una rectificación, pues el ex presidente, junto a García Márquez, ha vendido entre nosotros la imagen de los cubanos, esos héroes alquilados de la invasión a Angola, hoy preceptores de Managua. A su turno, el ex candidato Alvaro Gómez, con todo y hallarse comprometido por elementales conveniencias a secundar la administración Betancur, durante el debate se lamentó igualmente de las amenazas que contra “nuestra soberanía” han dimanado de las gestiones de Contadora. Y Turbay Ayala no dudó en calificar de “candorosa ilusión” los intentos de promover una mediación colombiana en la disputa territorial sostenida en esta parte del globo entre Estados Unidos y Rusia a través de sus intermediarios militares. Las enfáticas exhortaciones propagadas por los líderes de la colectividades tradicionales a partir de 1985 significaron una desautorización de la política internacional que se estaba aplicando e influyeron en las contundentes definiciones de los últimos comicios.

El conservatismo, barrido en su fantástico sueño de ganarse “la franja” hubo de renunciar a su cuota burocrática y resignarse a la implantación del “gobierno de partido”, la tesis vencedora. El intempestivo quebranto de veintiocho años de estricta observancia de los regímenes frente nacionalistas ha sido la principal secuela de los confusos ensayos del señor Betancur. Pese a la demagogia vertida sobre el no alineamiento, la “paz” interna y externa, el trato despectivo hacia los Estados Unidos, la vivienda popular, la educación a distancia, el acoso al narcotráfico, la intervención de la banca y demás temas polémicos, los inspiadores del “sí se puede” pagaron con la abrumadora derrota de 1986 su pírrico triunfo de 1982.

En las urnas los colombianos condenaron, o por lo menos no dieron visto bueno a los oscuros procedimientos con que se les venía regentando, ese estilo de sacrificarlo todo, hasta la independencia y el porvenir del país, con tal de favorecer los intereses personales y los de la facción adepta.

De suerte que el simple relevo de mandos, las graves dificultades en las cuales se ha llevado a efecto, implican una inevitable variación del rumbo. Ahora lo importante consiste en no patrocinar, ni adentro ni afuera del Ejecutivo, los métodos y propósitos desechados el 25 de mayo. Máxime cuando se habla de reelección y Jorge Carrillo, el ministro de Trabajo saliente, no descansa en el encargo de fraccionar aún más a la clase obrera, tras el objetivo de establecer otra confederación sindical que sirva de plataforma de lanzamiento a la candidatura de su jefe para un segundo período en la Presidencia de la república. La empresa desmembradora va en camino y, como era de preverse, dispone del acucioso concurso del Partido Comunista.

Francisco Mosquera Sánchez

En cuanto al gobierno de Virgilio Barco, indicaremos que, considerando las contradicciones descritas, el MOIR adoptará una conducta de aproximación o distanciamiento, según aquél permita o no lo siguiente: poner todas las fuerzas políticas en un pie de igualdad ante la Constitución y las leyes; proteger el país de las embestidas del socialimperialismo soviético; resguardar la producción nacional de los desmanes de las agencias prestamistas y consorcios extranjeros, y darles salida a las justas peticiones de las masas laboriosas en procura de una vida mejor.

En otras palabras, ratificamos ante la nueva administración nuestra propuesta unitaria del 24 de enero. Se trata de unas metas mínimas que responden a la coyuntura actual y con las cuales han ido espontáneamente coincidiendo los enunciados de los gremios de la agricultura, del clero y de los directivos de la UTC, CTC y CGT, y de los vastos contingentes democráticos y patrióticos de la población. Agitando estas aspiraciones comunes concurrimos coligados con los más disimiles segmentos del liberalismo y el conservatismo a los sufragios de marzo. Ninguna de ellas se contrapone a los criterios estratégicos y tácticos profesados por nuestro Partido en sus veintiún años de existencia y, antes bien, su cristalización creará condiciones materiales y espirituales para la gesta del pueblo. Alrededor de los esfuerzos por salvaguardar la soberanía, defender la producción, civilizar las controversias partidistas y acoger las reivindicaciones de los trabajadores conformaremos un poderoso frente que salve a Colombia de la disolución reinante. Estamos resueltos a aliarnos con quienes compartan tales postulados, sin excluir a nadie.

Este es nuestro mensaje.

Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario, MOIR.

Comité Ejecutivo Central

Francisco Mosquera

Secretario general

Bogotá, diciembre 13 de 1986

Nuevo aviso del MOIR ante el asesinato de Aidée Osorio por parte de las Farc

El Tiempo, 17 de mayo de 1987

Tercera protesta pública en menos de tres años por los crímenes de dicha banda

Habiéndose decidido desde un comienzo a estudiar enfermería, la disciplina a la que dedicara los cuidados de su joven existencia, Aidée Osorio Gómez se valió de la profesión no sólo para servir a sus semejantes, sino como medio de relacionarse con las masas populares e imbuirlas de anhelos revolucionarios. Vinculada al hospital La Cruz de Puerto Berrío, en 1975 fundó con sus compañeros el sindicato del centro asistencial, del que fue su primera presidenta. Luego promovería el ingreso a Sindes, la organización nacional de los empleados de la salud, difundiendo las bondades del sindicalismo de industria y conformando la correspondiente subdirectiva que asimismo presidió. Tras de pedir su entrada, pasó a engrosar en 1976 las filas del Partido en aquella afligida región del nordeste antioqueño. A partir de 1979 colaboró estrechamente con el programa de cirugía ambulatoria, adelantado por el MOIR con la ayuda de varios facultativos, que durante tres años viajaron cada semana desde Medellín a atender a las gentes de escasos recursos, sin patrocinio oficial, y más bien con el sabotaje franco o furtivo de las autoridades. Se operaron no menos de 600 pacientes, lo que se llevó a cabo gracias al entusiástico respaldo de la ciudadanía de la localidad, congregada en torno de un comité cívico previsto para tal fin y del cual Aidée Osorio se desempeñó de secretaria todo el tiempo. Con similar esmero coadyuvó al sostenimiento de pequeños dispensarios de tipo cooperativo en las veredas de La Carlota, Cerrogrande, La Culebra y Bodegas. No obstante las meritorias realizaciones, los proyectos se vieron de pronto truncados ante los múltiples coletazos del terror, que, cual es sabido, allí también se ensaña con la población desprotegida. Entonces Aidée se trasladó en octubre de 1982 a Arenal un corregimiento del municipio de Morales, ubicado en la estribación nororiental de la Serranía de San Lucas, al sur de Bolívar, en donde prosiguió su cometido me-

diante el establecimiento de una farmacia y visitas periódicas a las zonas rurales efectuadas con el objeto de curar a los campesinos.

Hemos recogido las anteriores notas biográficas para que el país conozca a qué clase de persona masacraron las Farc en esta ocasión. No podrán entonar la infame muletilla de que ajusticiaron a una agente de la CIA, a una informante o a un azote de los pobres. La trayectoria de Aidée responde por su honestidad fuera de duda. Aparte de haber vivido de su oficio de enfermera, se había hecho dirigente sindical y cuadro político. Para su injustificable eliminación no medió ninguna denuncia pública, ni juicio alguno, ni nada. Simplemente, al peor estilo gangsteril, a eso de las ocho de la noche del pasado 7 de marzo, un hombre y una mujer llegaron a su residencia a darle muerte mientras le solicitaban un medicamento. El único móvil del crimen estriba en sacar al MOIR del campo, a cualquier costo, y con él a quienes no compartan los dictámenes de una minoría envalentonada que al socaire de la “paz” intimida al pueblo, obstruye el progreso y enajena la nación. Por la misma causa asesinaron a Luis Eduardo Rolón en San Pablo y a Raúl Ramírez en El Bagre.

Aspirando asumir el lugar de la víctima dentro del drama sangriento que enluta a Colombia, la llamada Unión Patriótica nos recuerda a cada minuto las centenares de bajas suyas acontecidas en los últimos meses. Pero sus muertos no se asemejan a las pérdidas sufridas por los muchos y auténticos representantes de las fuerzas democráticas y laboriosas. El empeño de nuestra militancia, ahí donde consiguió plasmarse, ha respondido a las necesidades del trabajo, el desarrollo, la libertad y la independencia, en tanto que los adeptos del proselitismo armado encarnan totalmente lo contrario. La desaparición de Aidée pesa más que la serranía de San Lucas con todo y cuanto la ocupa. Además, el acribillamiento de concejales, diputados y congresistas de la UP en varios municipios en lo fundamental ha obedecido a la obcecada insistencia del Partido Comunista en “combinar todas las formas de lucha”, una táctica que deja expuesta la maquinaria legal a la vindicta de quienes padecen el rigor del brazo insurrecto, máxime cuando las promesas de concordia las borra de un golpe la guerrilla y la opinión se exaspera de tamaña ambigüedad, sostenida con mil artilugios durante más de un lustro. Los encargados de la actividad pública viven a salto de mata, mientras los clandestinos con cierta protección hacen de las suyas. Esta política es una jugada de cartas en la cual los perdedores deberían reclamar, demandando la revisión; o sea, que se revise el revisionismo.

Llevamos hartos rato oyendo que el país está al borde de la insurrección o en la insurrección misma. Lejos de eso, las contingencias de casi tres decenios, incluida la elección de Barco por un holgado margen de millón y medio de votos sobre su inmediato contendor, han desmentido contundentemente el manosea-

do diagnóstico. Desde el propio Corinto, a la hora de firmar los arreglos con el gobierno, el M-19 continuaba pronosticando la inminencia del levantamiento general. Hoy se encuentra diezmado, con los miembros del estado mayor bajo tierra y al acecho de un milagro que le retorne la pujanza de sus instantes de gloria. Del otro lado el comandante Jacobo Arenas, en su libro *Cese al fuego*, aun cuando excluye que nos hallemos en plena insurgencia, admite los “asomos de una situación revolucionaria”. Lo secunda el ex candidato presidencial de la UP, quien amenaza con que “esto será un infierno”, si los treinta y tantos frentes de las Farc “regresan al campo de batalla”. ¡Y todavía deploran que sus seguidores sólo caigan por cientos en medio de la gran contienda! Tales desenfocos y bravatas, como se ha visto, empujan ciegamente a sustituir la controversia libre por el atentado personal, las reivindicaciones republicanas por las medidas de excepción, el reagrupamiento de las mayorías por la violencia indiscriminada. De persistirse en la aventura de imponer una rebelión contra la voluntad del país, intimidando a partidos y a particulares, ningún lamento o gesto contemporizador habrá de parar la ofensiva de los guardianes del orden, ni la proliferación de las partidas de autodefensa, organizadas a costa de los sectores afectados. En semejante eventualidad, la dispersión de las cuadrillas conducidas desde las lejanías de La Uribe, configurará, marcialmente hablando, una desventaja imposible de remediarse.

Varias publicaciones aseguran que pasan de cuarenta las falanges cuasioficiales de contención constituidas poco a poco, dotadas de la logística y el equipo necesarios y de cuya presencia activa ya se tiene noticia en los sitios donde reinan el secuestro, el boleteo y la vacuna. En cuanto a las tropas regulares, el gobierno ha pregonado su fortalecimiento y modernización dentro de los planes de primerísima prioridad, lo cual naturalmente significa una considerable adición presupuestaria para la cartera a cargo del general Samudio. Nuevas instalaciones ha puesto el ejército en las zonas más apartadas y se anuncian otras. El desbrozo de vitales vías de comunicación se encara con la celeridad del caso. El servicio militar obligatorio fue ampliado de 18 a 24 meses. Pero lo más singular consiste en el apoyo ofrecido a los cuerpos castrenses por diferentes estratos y círculos, panorama que contrasta con la fobia antimilitarista alimentada desde arriba durante el período del apaciguamiento belisariano. Los ganaderos, por ejemplo, dijeron estar dispuestos a respaldar a las Fuerzas Armadas, no por intermedio de solidaridades escritas, sino a través de los “recursos requeridos”, al barruntar la impotencia del Estado para cumplir con sus deberes de acción preventiva. Tras el encuentro sostenido con los altos mandos, la Dirección Nacional Liberal, corrigiendo en algo su lenguaje vaporoso, empezó a plantear la urgencia de darles el indispensable toque bélico a las fórmulas políticas. El diario *El Tiempo*

ha sugerido la promulgación de un impuesto destinado a la seguridad que enseguida recibió el aplauso de agricultores, empresarios, comerciantes y jefes de las colectividades tradicionales. Si no llega a sancionarlo el Congreso, se deberá sólo a la negativa de Barco de acoger un gravamen molesto, no atractivo y, por lo demás, reemplazable fácilmente con la financiación ofrecida a manos llenas por sus amigos de la banca mundial.

Evidentemente el país, estragado de tanto caramelo, cambió de actitud ante la pacificación dialogada; no concibe que después de la amnistía la excarcelación, las comisiones, el cabildeo, las dádivas, se reduzca el parte de victoria a dos cosas: la matanza más inaudita de magistrados y el arribo al Capitolio de un puñado de intrigantes del PC. Hasta los ex mandatarios Lleras Restrepo y López Michelsen, comprometidos antaño en la búsqueda de un entendimiento con los insurgentes, formulan serias objeciones a los tratos tolerantes. El uno advierte acerca del peligro de tomar con ligereza el auge de los contingentes guerrilleros suscitado a la sombra de los pactos suscritos. El otro aconseja vencerlos primero y llevarlos luego a la mesa de negociaciones.

Cuán arrepentidos aparecen hoy quienes depositaron su fe en la diplomacia de la “paz”, lo indica el rompimiento de Plazas Alcid con sus aliados parlamentarios, los cuales, según la requisitoria del senador huilense, ostentan la credencial y el fusil a la vez, impidiendo el desmonte del “aparato subversivo” e invalidando los convenidos “mecanismos de transición de la lucha armada a la lucha civil”. El directorio conservador, a su turno, despejó cualquier equívoco al precisar que no auspiciaría ninguna suerte de acuerdos electorales con la UP; y otro tanto ha manifestado el liberalismo, con excepción de dos o tres voces aisladas.

Todo apunta, pues, hacia una enmienda de fondo. Las elecciones de 1988 están llamadas a convertirse en un acto de contrición, tras el fracaso de la pantomima que acabó legalizando la “guerra”. El MOIR contribuirá con gusto a este examen de conciencia, por cuanto la facción que ha sido arbitrariamente puesta por encima de las demás agrupaciones nos viene desalojando a tiros en numerosas partes. Que las Farc depongan las armas y se sometan, como el resto de los colombianos, en pie de igualdad, a las normas de la Constitución, si desean hacer uso de los pocos o muchos gajes de la democracia vigente. La figura de la tregua indefinida, pactada a finales del cuatrienio anterior, fuera del contrasentido que en sí misma conlleva, le permite a una sola colectividad entre todas el mantener para siempre un ejército privado. El actual gobierno está en la obligación de fijarle un término rápido y exacto a tan insólito privilegio, cual lo insinuó en algún momento el consejero Carlos Ossa Escobar; o quedan los partidos en la totalidad autorizados para proporcionarse sus milicias y esgrimir también las distintas modalidades de combate. El alegato de que sería inútil la entrega del armamento,

debido a que nadie sabe a ciencia cierta a cuánto asciende, no resiste el menor análisis. Se trata de desembocar en un convenio claro, concreto, viable, teniendo a la nación entera por testigo; y así fuesen únicamente diez G3 los depuestos, se entendería como una burla a lo acordado la prosecución de las actividades guerrilleras.

Subsisten desde luego elementos adversos, tanto más difíciles de contrarrestar cuanto que obedecen a la inercia de un proceso añejo de seis años. Hay aspirantes liberales que aún rinden parias a Castro en Cuba y claman por la unión con los epígonos de éste en Colombia; así como hay conservadores que se sienten compelidos a batirse en honor de los devaneos de un régimen de infausta memoria pero encabezado por uno de los suyos. Son los ecos no extintos de un trayecto por fortuna clausurado tras la aplastante derrota del Movimiento Nacional el 25 de mayo. No obstante, cada vez menos dirigentes de la gran coalición disuelta ansían disfrazarse de revolucionarios con los raídos atuendos prestados al viejo Partido Comunista. Las maquinaciones de los Ernesto Samper, tendientes a elaborar en los próximos sufragios listas conjuntas con las huestes de Vieira y Marulanda, reciben la catoniana reprimenda incluso de los propios copartidarios; y la idea de concertar unos comicios exentos de coacciones y chantajes con el concurso y la vigilancia de la UP, el frente desarmado de los otros frentes, es una ocurrencia típicamente liberal que produce risa entre el grueso público.

Ya se dejan un tanto de lado los “factores objetivos de la subversión” para responsabilizar de las virulencias desatadas a las generosidades de la administración Betancur con los “factores subjetivos”. Lo han exteriorizado, cada cual a su manera, los quintuples del liberalismo oficialista, el doctor Álvaro Gómez Hurtado y el primer mandatario. Este viraje, además de los reacomodos que introduce en el terreno de las bregas partidistas, tiene innegables incidencias en la teoría, pues uno de los razonamientos con que se ha justificado la “guerra” y aun los enredos de la “paz”, ha sido precisamente el de que las hondas disparidades sociales de por sí implantan los métodos violentos en lugar de los pacíficos. La explotación, el desempleo, la miseria, suministran tema y hasta objeto a la política, sin que por eso definan la forma que aquélla adopte, lo cual depende de variadas circunstancias, como la índole de las corrientes en pugna, la correlación de fuerzas, los antagonismos internacionales, el carácter del sistema imperante, las peculiaridades del ordenamiento jurídico... Aquí, en Colombia, una república nacida de la revolución burguesa universal y fundada en los albores del siglo XIX, existen todavía determinadas reglas democráticas, aprovechables dentro de la labor de favorecer y unir sin exclusiones a los destacamentos amantes del progreso y de la integridad de la patria. Los procederes terroristas, o delictivos, el homicidio entre ellos, entran por completo esta tarea y facilitan los cierres

de los canales de expresión, no las “aperturas”. De igual modo, se va poniendo al descubierto el entronque de las agresiones del PC dentro de nuestras fronteras con el expansionismo a nivel internacional de la Santa Rusia de la era socialista. Asunto de una importancia que Contadora disimuló hasta el día de su melancólico fracaso. Tanto en el partido de gobierno como en el bando de la “oposición reflexiva” surgen analistas que previenen sobre la intromisión creciente de los intereses prosoviéticos en el país, cuyo destino de cualquier modo consideran sujeto a los azares de Centroamérica y el Caribe, el escenario americano del conflicto por el reparto del orbe. El alcance de aquellas inquietudes se refleja en el rapapolvo que el representante Ernesto Lucena le echa al alto mando liberal a consecuencia de las vacilaciones de éste; en las indirectas contra sus exsocios de la UP, lanzadas por el club de arrepentidos a través de Plazas Alcid, y en los editoriales admonitorios que de cuando en cuando ofrece a sus lectores la gran prensa. De nuestra parte, seguimos creyendo que el pueblo colombiano no les brindará nunca la confianza a quienes condenan las injerencias de Estados Unidos o Europa en territorios ajenos, mas alaban y obedecen a los invasores de Afganistán. Distinguir entre despojos malos y despojos buenos es la peor variante del antipatriotismo.

Comprendiendo el notable deterioro de su situación, los beneficiarios de la tregua han salido con que la estructura organizativa creada para ir a las elecciones y agilizar el reintegro a la vida civil nada tiene que ver con su movimiento guerrillero, origen y materia de las gestiones pacificadoras. Ahora resulta que la trilogía Partido Comunista, Unión Patriótica y Farc, de esencia unívoca, posee tres centros distintos de dirección, ninguno de los cuales responde por las añagazas de los otros. Así se contesta a las preocupaciones de la nación, poniendo sobre las maniobras fallidas maniobras por fallar, una burla inacabable que muestra cómo los caballeros de esta pandilla se aferran a su condición de ciudadanos extraconstitucionales, con la que fueron ungidos en la ceremonia del 28 de marzo de 1984, fecha de iniciación del alto al fuego, refrendado bajo las brisas del río Duda.

Con argucias parecidas se arremete contra los gremios productivos, culpándolos de caldear los ánimos y empecinarse en la represión, cuando aquéllos apenas si han apelado al derecho que los asiste de recabar de la rama ejecutiva unas garantías mínimas, por falta de las cuales la industria y en particular la agricultura se hallan abocadas a sufrir serios trastornos. Aunque algunos funcionarios estimulen con sus declaraciones tales infundios y el gabinete sienta poco afecto hacia las solicitudes justas, la tendencia en ascenso, como atrás lo señalamos, es la inversa; el pueblo trabajador ha ido esclareciendo que para la conquista de sus caros objetivos, requiere de una anchurosa alianza con todos los estamentos sociales que resguarden la producción y la soberanía del país.

Y la ulterior estratagema de los favoritos del mandato belisarista ha consistido cabalmente en volver los ojos hacia los conservadores, a los que siguen contemplando cual tabla de salvación, y en forma preferente hacia Misael Pastrana, el cerebro gris de la pacificación por las buenas. ¿Y a Pastrana quién lo salva? Los aprietos del ex presidente son de tal monta que pese a exigir más diálogos y comisiones, más de lo mismo, en extenso reportaje entregado al órgano del Partido Comunista, se queja de las “incertidumbres” y aboga por “acuerdos definitivos”. En otras palabras, idéntico al resto, está a la espera de definiciones.

Sí, se torna imprescindible el rescate del primer postulado de la democracia: igualdad de derechos, sin salvedades de ninguna naturaleza.

Impulsemos una solución nacional que tome en cuenta las opiniones de productores y comerciantes, clérigos y militares, obreros y campesinos. Detengamos el sacrificio de seres honrados y útiles a Colombia como Aidée Osorio. Y actuemos consecuentemente, viendo el pasado y escrutando el porvenir.

Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario, MOIR
Comité Ejecutivo Central
Francisco Mosquera
Secretario general

Bogotá, mayo 15 de 1987

A manera de mensaje de año nuevo

El Tiempo, 31 de diciembre de 1987

El personaje colombiano de 1988, por así decirlo, fue indudablemente la violencia. Y repite, porque también tuvo primerísima distinción en 1987, 1986 y 1985. La seriedad del asunto estriba en que nos hallamos, no ante un fenómeno cualquiera, sino frente a la implantación en las lides políticas de los bárbaros métodos de la extorsión y el crimen. Dentro de las múltiples causas de la incontenible mortandad, enumeradas durante este largo tiempo por sociólogos y comentaristas de distinto jaez, sin excluir la gratuita impugnación al carácter supuestamente perverso de los colombianos, poca importancia se le ha atribuido al principal factor: el ruinoso legado de la estrategia apaciguadora de Belisario Betancur. Sorprende la “amnesia” colectiva, sobre la cual divagaba no hace mucho otro de nuestro ex presidentes.

Luego de la toma del Palacio de Justicia por parte del M-19, que concluyó secando la vida de la mitad de la Corte, en cualquier país medianamente culto se habría procedido, ante lo trágico y nocivo de los acontecimientos, a una rectificación de fondo. Pero no. Al mes siguiente de los luctuosos episodios, el propio mandatario, en entrevista a *Le Nouvel Observateur* que reprodujo *El Tiempo* de Bogotá, orondamente reiteró no haber “cerrado las puertas al diálogo” dentro del “proceso de paz en que nos hallamos empeñados”. Con el agravante de que en dicho reportaje aceptaba que a la hora del día del asalto “había cita” con el propósito de barajar acuerdos. En otras palabras, los terroristas desprevinieron al jefe del Estado mientras preparaban la temeraria ocupación. De momento no queremos extendernos sobre algo que pasó inadvertido pero que se dijo. Una confesión de cuyas verdaderas implicaciones nadie se ha ocupado pero que bien hubiera merecido una investigación, en lugar de la retórica denuncia ante la Cámara del ex procurador Jiménez Gómez en torno a las vicisitudes del operativo militar, puesto que concierne a la forma como se cumple con los deberes constitucionales de salvaguardar la seguridad pública inherentes al ejercicio del cargo presidencial. Apenas sí lo tomamos

cual punto de referencia, ahora, cuando las figuras estelares del cuatrienio anterior, los doctores Betancur y Pastrana, conmovieron a su audiencia al demandar, en comunicado conjunto del nueve de los corrientes, las “aproximaciones necesarias” entre el gobierno y la Coordinadora Guerrillera, con el sofisma de que los frentes de las Farc una vez más “cesaron unilateralmente fuegos”.

No se trata pues de ingenuas tolerancias. Además, la ingenuidad reiterativa se convierte en complicidad. Estamos ante una estratagema meditada y tejida con antelación, merced a la cual segmentos de la clase dominante, primordialmente el ala mayoritaria del Partido Social Conservador y algunos liberales ávidos, han comenzado su fragoso ascenso hacia el pleno poder buscando reeditar la triste crónica de la paz belisariana. Se pretende empeñar la tranquilidad del pueblo por otros cuantos años más a cambio de una irrefrenable ambición. Y se hace conscientemente, ya que ningún colombiano ignora el costoso desencanto de una pacificación que lo ensayó todo o casi todo, menos la desmovilización de los grupos insurrectos.

Los resultados están a la vista. Nunca hubo tal afloración de delitos en nuestras tierras como en la actualidad; pero tampoco jamás se había admitido el proelitismo armado, con lo que se puso en desventaja a las colectividades desprovistas de instrumentos bélicos y se quebrantó la igualdad de los ciudadanos frente a la ley, ese postulado básico de la organización republicana. Tal deterioro de las costumbres políticas, fuera de lesionar directamente a las masas irredentas y en especial al movimiento obrero, se ha tornado en otra de las protuberantes trabas al desarrollo nacional. Suprimir tan enorme perturbación representa una labor prioritaria del futuro inmediato. Para ello se precisa de por lo menos las siguientes condiciones: rechazo a los intentos de revivir el viejo pacifismo fracasado; apoyo a los sectores que han tenido que adelantar sus quehaceres habituales bajo las exacciones continuas de la coacción autorizada, y establecimiento de unas explícitas reglas de juego democráticas de obligatoria observancia para todos los partidos.

Creemos que el plan de paz de la administración Barco, de esgrimirse tal cual ha sido esbozado, contribuirá a estos anhelos y por tanto debe respaldarse. De cualquier modo, que no haya más treguas indefinidas, más diálogos estériles ni más pactos altisonantes, mientras la nación entera se debilita, se desangra y se corrompe.

El problema social no determina la insurrección

Desde finales de la década del cincuenta los anarquistas criollos vienen imputando sus frustradas rebeliones a las agudas diferencias económicas que prevalecen en la sociedad. El argumento suena muy sabio; sin embargo, resulta profundamente falso. En cualquier época y lugar, al margen de cuán extremada sea la miseria de las gentes, el requisito indispensable de cualquier guerra civil del

modelo que entre nosotros se pregona consiste en el concurso eficaz de la población. Y en Colombia, por lo menos desde el surgimiento del Frente Nacional, el pueblo se ha mostrado apático a la solución violenta. Seguir justificando las aventuras terroristas con los desajustes sociales, como suelen hacerlo los políticos astutos y los clérigos piadosos, significa simplemente que nunca habrá “paz”, pues las transformaciones históricas no se coronan en un santiamén ni brotarán de los arreglos de tregua. Los insurgentes continúan supeditando cualquier compromiso verdadero con el régimen a un entendimiento previo sobre los proyectos de desarrollo, el reparto de la riqueza y aun la inclusión en la nómina oficial. A los colombianos les consta que bajo semejantes premisas la llevada y traída reconciliación no deja de ser una entelequia, cuando no un engaño.

Como la acción guerrillera está de espaldas a la realidad, sus auspiciadores se han dado progresivamente licencias que riñen con los procederes revolucionarios. El sostenimiento de las huestes errantes se vuelve la preocupación más imperiosa. Los diversos comandos, en una forma u otra, han aceptado ejercer el secuestro, y el país lo sabe. Cuando caen de improviso sobre uno de esos municipios olvidados de Colombia van infaliblemente tras los fondos de las pequeñas oficinas de la Caja Agraria. En el último período han enfilado sus iras contra los medios productivos, destruyendo fábricas, tumbando torres de energía, inutilizando dragas, prendiendo galpones o volando oleoductos. Presionan a los campesinos de las regiones marginadas a emprender marchas en solicitud de vías y de puentes, y luego los dinamitan. Respecto a las bregas políticas y gremiales, no resisten la tentación de echar mano de los medios coercitivos para dirimir las controversias y precipitar las decisiones.

Los adalides de esta tendencia han llegado a tales límites que Jorge Carrillo, su connotado socio dentro del campo sindical, denunció en medio del desconcierto, tras el fallido paro del 27 de octubre, que la protesta “fue derrotada por la subversión y el terrorismo”; atreviéndose incluso a exigir “que se rechace toda ayuda de la guerrilla al sindicalismo” y “que la CUT no se preste a campañas contra las Fuerzas Armadas”, un vuelco hartó sustancial.

En síntesis, las hazañerías de la extremaizquierda nada tienen que ver con una eclosión del descontento popular. Todo lo contrario. Intentan sustituir la actuación de las masas, pisotean los funcionamientos democráticos, ferian la vida de propios y extraños, alteran el desenvolvimiento civilizado de la confrontación política y dañan los bienes de utilidad pública. En su corto desplazamiento hacia el Río de la Patria, José Antonio Galán dejó sobre el tema bellas lecciones, no sólo de escrupuloso uso de las propiedades que temporalmente incautó, sino de respeto a las existencias de los enemigos que quedaban inermes.

El Ejército tampoco es el responsable del conflicto

Las otras tesis con que se sustenta la congruencia del levantamiento armado, o la táctica de “la combinación de todas las formas de lucha”, por lo común giran alrededor del papel represivo de las Fuerzas Armadas. Esta postura luce bastante radical mas carece de fundamento. Después del entreacto castrense, que dio fin a la cruenta disputa entre liberales y conservadores, el régimen vigente ha avanzado por la senda de la democracia representativa, con las obvias limitaciones correspondientes a su índole de clase. Las entidades encargadas del orden no han sido ni más ni menos draconianas que lo característico en una república burguesa de tipo medio. No obstante mantenerse en la práctica, el bipartidismo se ha ido desmontando jurídicamente, así sea al estilo colombiano, a cuentagotas, hoy un artículo, mañana un inciso. Aquí las facciones políticas no se han visto obligadas a enmontarse con el objeto de eludir la espada exterminadora del Estado. Sucede a la inversa. A pesar de enmontarse sobreviven bajo el manto de la legalidad.

Se distorsionan innecesariamente las cosas cuando se afirma que en Colombia, en las últimas décadas, el llamado estamento civil ha estado sujeto a la égida militar. Antes bien, bajo el experimento del “sí se puede”, los caprichosos dictámenes del Ejecutivo obstaculizaron de continuo el despliegue del ejército, a la par que aumentaban con inusitada rapidez los motivos de zozobra. Durante la vigencia de la tregua más de un general de la república ha salido milagrosamente ileso de brutales atentados; y a dos ministros de la defensa se les decretó la baja, sin ningún miramiento, por pedir “pulso firme” ante la descomposición reinante. Si el uniforme ha adquirido cada vez mayor realce, ello obedece a los prodigios de la pacificación dialogada. ¿Por qué quejarnos entonces de que se les entregue en custodia a los militares las zonas maceradas por el genocidio y la vindicta? ¿O que éstos adopten el cariz deliberante que los cánones les prohíben? ¿No llegamos a esa paradoja después de mucho trámite, elucubración e incumplimiento? Un inopinado desenlace que acabó restringiéndole la libertad de opinar al desprotegido en tanto se la prodiga a quienes posean la protección suficiente para sí y para otros.

El surgimiento de los apodados grupos de autodefensa constituye, sin más requilorios, otra de las repercusiones nefandas de la comedia de la “paz”. Aparecieron después de la amnistía y de la firma de los armisticios, no antes. Encarnan una respuesta a la “guerra”, no la razón de ésta. No son criaturas primigenias de las tropas regulares, como inocentemente se arguye. Tales desviaciones cuentan con un soporte social muy definido, las incontables víctimas de la “vacuna revolucionaria”. La instauración de la venganza cual macabro expediente para resolver las contradicciones políticas nos parece la peor purulencia de los males que

acongojan a Colombia. Sin embargo, nos encontramos convencidos también de que mientras no se despejen los interrogantes que estamos planteando; mientras no cesen las vivezas de las siglas que burlan los códigos y a la vez desean disfrutar de las franquicias de la democracia; mientras no se asuma una actitud consecuente, diáfana, ante la urgencia de que rijan, sin favoritismos y conforme a derecho, las instancias constitucionales, seguirá prevaleciendo la temida justicia privada. Hasta Bernardo Jaramillo Ossa, el locuaz presidente de la UP, ha admitido que la muerte por cientos de copartidarios suyos “tiene que ver con el origen de la agrupación”, “ligado al movimiento guerrillero”. Lo intuyen, mas le echan la culpa total a las deficiencias del sistema en materia de garantías democráticas. No obstante, a la dirección del Partido Comunista bien le valdría recapacitar sobre estas conclusiones de uno de sus miembros y corregir la línea, en beneficio del país y de la militancia.

En presencia del oscuro panorama, muchos de los partidarios de los tejemanejes del apaciguamiento han decidido enarbolar, con ínfulas de grandes descubridores, los antiguos enunciados del derecho de gentes Estimuladas ya las tentativas insurreccionales tras la divulgación de toda suerte de mentirosos criterios, ahora se piensa darles legitimidad, subordinando las medidas de control de la conmoción interior a las laxas interpretaciones de los convenios de Ginebra y corriendo los albuces de los nuevos percances que de ellos surjan. Se propone no terminar la vandálica reyerta sino humanizarla. Y lo ansían igualmente los alzados en armas, inclusive reclamando la utilización en tal sentido del artículo 121, con miras a internacionalizar su pleito y contener, de paso, a los cuerpos de seguridad. ¡Que intervengan en los asuntos internos nuestros cuanta asociación fantasmal hayan creado en el mundo los áulicos de Nicaragua, Cuba y la Unión Soviética! Eso por un lado, y por el otro, ¡que el gobierno practique la “paz” aunque se le imponga la “guerra”! No otra cosa han entrañado las delegaciones extranjeras invitadas por los organismos legales de la guerrilla para que juzguen el traumático acontecer del país. O las exhortaciones a que las autoridades resguarden a quienes, además de incurrir en los denominados delitos conexos a la rebelión, atacan vehementemente a la fuerza pública. ¿En qué contienda civil digna de su nombre el bando insurgente le exige amparo al bando del orden, cual ocurre en Colombia, sobre todo a raíz de las horrendas y repudiables masacres del año que expira?

Miguel Antonio Caro, el estilista de la supérstite Constitución de 1886 afirmaba que “nada es ciertamente tan anormal como la guerra”. Ya entonces, y aun desde antes, se reconocía que la única talanquera del estado de anormalidad radica en las vaguedades del referido derecho de gentes porque el resto de prerrogativas consagradas se suspende o puede suspenderse en procura del retorno a la

tranquilidad ciudadana. De ahí que los alegatos sobre los alcances de las normas de excepción, o sobre el reconocimiento o no del carácter beligerante de los sublevados, se ventilen a costa de las masas expoliadas, cuyas conquistas democráticas languidecen a medida que se avivan las disquisiciones exegéticas. Al pueblo trabajador, en definitiva, muy poco le conviene reemplazar las posibilidades del precepto escrito con las artificiosas alteraciones y las ilusas perspectivas de una revolución tramitada por decreto.

La producción nacional no ha contado con efectivo apoyo

La creencia de que la lucha reivindicativa requiere para su buen augurio del aherrojamiento de los sectores productivos de la ciudad y el campo es otro de los extendidos equívocos que la nación está en mora de dilucidar. El atraso y el yugo económico de los consorcios de las metrópolis tradicionales hacen de las tareas de la industrialización de Colombia un desafío progresista y hasta heroico. Bastantes comentarios ha merecido la situación de la zona bananera de Urabá, donde se lleva a cabo un encomiable esfuerzo de desarrollo. Si allí se prescindiera de la cooperación de los trabajadores, lógicamente no habría nada; pero el tacto y el arrojo de los inversionistas también han sido claves para la obtención de metas tan tangibles como la transferencia a la balanza de pagos de doscientos millones de dólares anuales por concepto de exportaciones. En aquella esquina del territorio patrio se ha librado una recia batalla contra la dejación de los gobiernos, la preponderancia de las comercializadoras extranjeras y, recientemente, contra los efectos mefíticos de la violencia. Podríamos traer a cuento muchos otros ejemplos elocuentes, en particular el de los restantes cultivos tecnificados, cuyos propugnadores, a punta de sacrificios, le pulen poco a poco la mustia faz al agro colombiano. Con todo, no existe suficiente comprensión sobre la trascendencia de tales consecuciones. Más de un activista político cosecha aplausos entre el electorado con sus improperios contra industriales y agricultores. Los debates de la última reforma agraria se dirigieron a fustigar más a los empresarios encargados de la modernización de las áreas rurales que a quienes todavía personifican los remanentes del feudalismo. La capa burguesa cuya fortuna se deriva directamente del Estado o de los favores de éste, o que amasa su riqueza por medio de las operaciones especulativas, con frecuencia aspira a soslayar sus privilegios arremetiendo contra la capa burguesa ligada al engranaje productivo. Y desde los tiempos de López Michelsen los roces entre funcionarios y gremios se han venido agudizando. Escollos todos éstos que sí debieran allanarse a través de un consenso que jalone el crecimiento material del país, sin el cual ningún programa de rehabilitación tendrá significado valedero. La prosperidad no será factible con

la supremacía de los menesteres parasitarios sobre las acucias de la producción, o con un manejo indebido de la deuda externa, el déficit fiscal junto a sus secuelas inflacionarias y los otros parámetros fundamentales de la economía.

En cuanto al proletariado, se halla muy ajeno a cifrar su ventura en la destrucción de las máquinas o en el asolamiento de las gentes. El Sindicato de Mineros de Antioquia, con sede en el municipio de El Bagre, por su cuenta y riesgo acaba de disponer, “en legítima defensa del sagrado derecho al trabajo”, la reparación de las torres que suministran el fluido eléctrico a la empresa y que fueron derribadas por la guerrilla. Este primer precedente claro nos está advirtiendo hasta qué punto los adelantos de la lucha obrera llegan a conjugarse, dentro de nuestras singulares circunstancias, con la preservación y el fomento de las fuentes de empleo.

El cometido del MOIR reside actualmente en recoger las reconfortantes enseñanzas que dejan los despropósitos y los desafueros de más de un lustro de historia colombiana. A mediados de 1988 las disímiles banderías coincidieron con nosotros en el llamamiento a construir un frente único por la salvación nacional. Lo curioso es que muchas de ellas interpretaron la consigna como la oportunidad de volver a las abortadas maniobras del pasado, cuando, precisamente, se barrunta la ocasión feliz para un replanteamiento justo y valeroso, sobre el cual seguimos insistiendo. ¿Acaso los nuevos horizontes no han sido siempre el hallazgo de las épocas de intranquilidad, no de los días de calma?

Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario MOIR Comité Ejecutivo Central Francisco Mosquera Secretario General

No hay causa noble o vil que justifique el secuestro

Septiembre 26 de 1990

Carta enviada por Francisco Mosquera a Hernando Santos Castillo, director de El Tiempo

Señor

Hernando Santos Castillo

Director de *El Tiempo*

Señor director:

Hoy se cumplen siete días del repentino y angustioso secuestro de Francisco Santos Calderón, jefe de redacción de *El Tiempo*, ocurrido el miércoles pasado por parte de un grupo de facinerosos que sin contemplaciones dio muerte a su chofer, José Oromacio Ibáñez. Aún no se sabe con certeza la autoría del golpe, ni los móviles del mismo; pero la circunstancia de que haya coincidido con la desaparición de varias personas, entre las cuales se mencionan periodistas de otros medios, como doña Diana Turbay de Uribe, hija del ex presidente Turbay, hace pensar a muchos comentaristas que afrontamos de nuevo una de esas conjuras que con frecuencia postran a Colombia y la avergüenzan ante los ojos del mundo. Sea lo que fuere, le expresamos a usted, a sus familiares y amigos nuestros sentimientos de solidaridad en el difícil trance y nuestra esperanza de que a la postre todo saldrá bien.

Por configurar una de las fechorías más abominables, el secuestro, podríamos decir, ha sido repudiado en todas las latitudes. No hay causa, noble o vil, que lo justifique. Desgraciadamente, este instrumento tan exclusivo de la delincuencia común, pasó a constituirse en parte integrante de la táctica de las guerrillas colombianas y, a través de ellas, en el símbolo de la lucha seudorrevolucionaria. Numerosas voces, hasta las menos esperadas, salieron en defensa del fenómeno; y en especial cuando se propuso la inclusión de los “crímenes atroces” dentro de la amnistía concedida durante el cuatrienio de Belisario Betancur. Así acabó

extendiéndose y santificándose la práctica de retener a adultos, ancianos y niños con fines lucrativos o como medio de presión. Por eso hemos insistido en poner, entre los grandes objetivos nacionales a obtener, la civilización de la contienda política, de tal forma que quienes recurran a cualquiera de las manifestaciones del vandalismo queden aislados y reciban ejemplar sanción.

Otra de las políticas erróneas, que tanto le han costado al país, estriba en el tratamiento veleidoso que se ha venido dando al narcotráfico. Por satisfacer las demandas de Washington, cuyas autoridades se han valido de aquella calamidad como un pretexto para meter las narices en América Latina, los últimos gobiernos colombianos han oscilado entre la extradición por la vía administrativa, sin tratado internacional ni garantías procesales, y el acuerdo secreto con los más perseguidos proveedores de la droga. Se teme que Francisco Santos Calderón y los demás periodistas extraviados sean otras de las incontables víctimas de tales inconsecuencias. De ser esto verídico el país entero debe abogar por la pronta liberación de los secuestrados y exigir que sus vidas se sustraigan del oscuro juego. Y que la gravedad del incidente sirva para volver las cosas a su cauce normal: que la nación haga respetar la soberanía, democratice la justicia y prevenga el delito.

Lo cual se hace absolutamente indispensable en el momento actual, cuando la gran potencia del Norte, con la complicidad de los colaboracionistas colombianos, convierte nuestro suelo en un mercado libre en donde vender, comprar e invertir a sus anchas. En honor a la verdad digamos que Francisco Santos, en su columna del 18 de los corrientes, justamente planteó serios interrogantes sobre la *apertura económica* en que viene empeñada la nueva administración, exhibiendo una prisa que sorprende y echando mano de unos procedimientos que espantan. Inquietudes cada vez más presentes, no sólo en las reuniones obreras, o en los foros de intelectuales, sino en las páginas de los periódicos. La nación terminará uniéndose para salvarse.

Francisco Mosquera
Secretario general del MOIR

Despedida a un camarada

Tribuna Roja N° 37, febrero de 1981

Discurso pronunciado por Francisco Mosquera en la Plaza de La Pola de Ipiales, durante la concentración en homenaje a la memoria de Heraldo Romero, el 8 de septiembre de 1980

Querido camarada Heraldo Romero:

Entre todos los deberes que nos ha impuesto la revolución ninguno más penoso que éste de devolver a la tierra tus despojos mortales.

No conseguimos atinar por qué extraño giro del destino nos encontramos de pronto privados de la compañía y el sostén de tan entrañable camarada. No estamos despidiendo a quien hubiese recorrido el cielo de la existencia y llegado al fin, por ley natural, a la hora del reposo, sino a quien apenas avanzaba en la senda de la vida y hacía brotar por doquier hermosas esperanzas. No damos sepultura a un carácter melancólico o pusilánime, sino a un hombre extraordinariamente activo que con su alegría embriagó siempre a cuantos le rodearon.

Tampoco estamos frente a uno de tantos del montón que aceptan dócilmente el papel alienante que a cada cual le reserva esta sociedad caótica y rapaz, sino ante el rebelde que descolló en la brega por transformar el mundo en beneficio de las mayorías menesterosas. No contemplamos la partida de un compañero más, sino la de un forjador del movimiento proletario y un genuino fogonero de la causa de los desposeídos. Nos ha dejado un valiente. Hemos perdido a uno de nuestros conductores más promisorios. Por miles de razones nos cuesta aceptar este cruel golpe del infortunio.

Nadie lo hará mejor que tú ni más entusiastamente. Muchos trataremos de cerrar filas en tu nombre pero jamás lograremos llenar el vacío, que queda con tu ausencia.

La hechura de un partido revolucionario obrero, que crece proscrito en franca hostilidad con los poderes establecidos y que funde su suerte con la de las fuerzas esclavizadas y oprimidas, consiste en el fondo en la formación de

unos cuadros lúcidos ideológica y políticamente, disciplinados y leales, capaces de vincularse y guiar a las masas a través de las tormentas de clase y dispuestos a arrostrar cualquier sacrificio y deponer sus intereses particulares por los del común. Dichos cuadros se convierten en el tesoro más preciado del Partido, puesto que su desarrollo requiere varios años y dedicación permanente. En los momentos cruciales será la destreza de aquéllos la que decidirá el porvenir de la contienda. Para el MOIR, cuyos componentes han jurado destronar a los explotadores y verdugos del pueblo y sólo aspiran a la victoria total, la muerte de Heraldo Romero representa un revés incalculable.

Sin escatimar esfuerzos dedicó sus vitales energías y su brillante inteligencia a las tareas de la construcción partidaria. Cuando la enfermedad minaba sus carnes, el batallador nato que había en él se resistió a postrarse y hasta el último instante estuvo pendiente de los problemas del Partido y preocupado por sus camaradas. Las labores militantes las llevó a efecto sin falta en el seno de las masas populares. Dentro del estudiantado veló sus armas de eximio paladín y fue uno de los primeros líderes del caudaloso movimiento juvenil de comienzos de la década del 70, en el que se mostró ya como gran orador y combatiente insobornable contra el oportunismo. Innúmeras veces se halló al frente de heroicas jornadas del pueblo nariñense, lo mismo en paros cívicos de envergadura departamental que en movilizaciones locales en pro de básicos derechos de la ciudadanía. En más de una oportunidad las multitudes enardecidas lo rescataron de las prisiones del régimen. Se desveló por las masas campesinas e indígenas a las que respaldó y orientó en sus múltiples batallas por la tierra y la organización, abriendo brecha hacia el agro y encabezando la consigna de enraizar el Partido en las zonas rurales. En otras ocasiones lo vimos ligado personalmente a las lides del proletariado colombiano, alentando a los obreros, instruyéndolos e intercambiando criterios con ellos sobre las cuestiones fundamentales de la emancipación. Prestó su concurso a tantas peleas memorables que creo no exagerar si afirmo que las gentes perseguidas de Pasto, Túquerres, Ipiales, Tumaco, Orito, Puerto Asís y del resto de poblaciones de Nariño y Putumayo supieron invariablemente de Heraldo Romero cada vez que se levantaron en protesta por alguna iniquidad de los gobernantes de turno. ¿Puede haber acaso para un partido revolucionario un pionero, un puntal, un propagandista mejor? Mas esto no es todo.

A cada paso propendía por la línea antiimperialista y de salvación nacional defendida por el MOIR, y sus ojos se iluminaban de júbilo al saber o al narrar algún episodio de repudio de los sectores patrióticos y democráticos contra los monopolios extranjeros y sus testaferros criollos. En sus luchas por la liberación y la soberanía del país rechazó las posturas engañosas del nacionalismo y proclamó invariablemente la unión de los obreros y pueblos del planeta.

Estudió y propagó las enseñanzas de los ideólogos del socialismo científico y él mismo fue un marxista-leninista consecuente. Nunca le conocimos una vacilación en la dura refriega contra las contracorrientes revisionistas, cuya derrota la consideró siempre como una condición indispensable del éxito de la revolución colombiana. Alertó al pueblo sobre los peligros de la expansión soviética y denunció sin tregua las pretensiones de sus agentes en el Hemisferio. Aunque comprendía como el que más que Colombia atraviesa aún en su evolución histórica por la etapa democrática y que nuestro objetivo estratégico actual radica en la constitución de un frente único de liberación nacional, rechazó firmemente los postulados burgueses de quienes sustituyen la revolución por la reforma en aras de una inconsistente alianza de las clases explotadas y oprimidas. Dentro del MOIR se distinguió por el trato fraternal con sus compañeros y por el celo que puso en la salvaguardia de la unidad del Partido.

La única manera de reparar en parte la pérdida que hemos sufrido con la prematura desaparición de Heraldo Romero es resaltar y cultivar su ejemplo en cuanto simboliza. No habrá monumento superior a su memoria. Tendremos que seguir adelante si aspiramos a que sus vigiliás y empeños no hayan sido en vano. Y triunfar como él, que se marchó victorioso pues alcanzó todo lo que se propuso. Sólo las limitaciones de tiempo y de lugar le impidieron ver el radiante amanecer de la libertad sobre el territorio patrio. Le correspondió combatir en un largo trayecto de reflujo y de acumulación de fuerzas, empezando por la necesidad de disipar las tinieblas y suplir la inexistencia de una vanguardia revolucionaria. Consciente de las condiciones políticas que le correspondieron cumplió su misión sin desesposos ni pedanterías. Y en los principales pasajes de su vida trazó el modelo de la conducta de un verdadero comunista para los períodos prerrevolucionarios.

El MOIR, que es tu obra, encenderá la pradera y escribirá los capítulos que te quedaron inconclusos por un designio inescrutable.

Querido camarada Heraldo Romero:

Al concluir en esta hora aciaga el balance obligado de tu práctica, no descubrimos una sola mácula que oscurezca el conjunto de tu epopeya revolucionaria. Seguramente los enemigos, en el afán por atacarnos, hallarán gratuitamente fallas o excesos que atribuir a tu comportamiento acrisolado. Eso se descarta. Los defectos y las cualidades de los hombres, al igual que los demás hechos sociales, están sometidos inexorablemente a los juicios de clase. Nosotros te admiramos, te respetamos, procuramos imitarte, porque asumiste cabalmente la posición de la clase obrera y luchaste con acierto por la felicidad del pueblo. Ello nos reconforta. Para nosotros encarnas las excelsas virtudes de tu raza y de tu estirpe. Ello nos basta.

En la certeza de que continuaremos amando lo que amaste y odiando lo que odiaste, no te decimos adiós sino hasta siempre.

Palabras para que no se olviden nunca

Tribuna Roja N° 46, diciembre de 1981

Oración fúnebre en el entierro de Clemencia Lucena, el 26 de julio de 1983, Cali

Clemencia:

Como te conocíamos y como sabemos que si te fuera dada la licencia de demandar algo, ahora, en la hora inexorable de la despedida, sólo indagarías por el afecto de tus compañeros de fatigas e inquietudes, es que deseamos decirte unas cuantas palabras para que no se olviden nunca. La muerte te propinó un golpe artero cuando aún tenías mucho por aportar a la causa de los expoliados e ignorados, pero no pudo velar el hecho incontrovertible de que caíste en medio del campo de batalla. Al Valle del Cauca te trasladaste en cumplimiento de tus magníficos proyectos y de ligarte en alguna forma aunque fuese temporalmente con el proletariado de aquella brava porción de la patria, tanto para plasmar en vivos colores la insumisión de los esclavos asalariados y enriquecer el arte revolucionario, como para fortalecer el ánimo de los combatientes con tu entusiasmo contagioso. No hará quince días que estuviste en los muelles de Buenaventura a enterarte personalmente de la huelga de los trabajadores de Colpuertos, pues intuías que ese conflicto, ensangrentado ya por la metralla oficial, bien podría marcar el viraje hacia el descrédito de la demagogia reinante. Y así estabas dispuesta a seguir avanzando, a investigar, a estudiar, a vencer. Te sucedió lo que les acontece a todos los revolucionarios de verdad, que la vida no les alcanza para culminar cuanto aspiran, no sólo porque cuando logran una meta se proponen otra y otra, sino porque la revolución contemporánea será la hazaña de muchas pero muchas generaciones.

Lo importante es consumir concienzudamente las tareas que nos han de corresponder. Y tú no le temiste a ningún riesgo y desafiaste todos los valores establecidos,, decidida a contribuir, desde tu trinchera, al porvenir venturoso de

Colombia y de los pueblos del mundo. Exaltaste y participaste de la intrepidez de nuestros héroes, de la fortaleza de nuestros mártires y de la abnegación de nuestros mejores militantes. Defendiste con pasión cuanto te parecía correcto y condenaste sin miramientos las posiciones ambivalentes y acomodaticias tan características de los prohombres de la reacción.

Esgrimiste con singular destreza la pluma y el pincel, tu arma predilecta. Analizando febrilmente las experiencias del pasado y comunicándote con las masas te esmeraste por hallar los senderos expeditos para la marcha victoriosa de las muchedumbres del común.

En tus obras captaste los momentos preliminares de la revolución colombiana, en los que los obreros, los campesinos y los demás segmentos sojuzgados y patrióticos pugnan por elevar la conciencia, emprender sus luchas, adecuar sus organizaciones y acumular fuerzas para las contiendas definitivas. Y tú misma hiciste parte de los pioneros de esta gesta que nada ni nadie contendrá.

Cumpliste, pues, a cabalidad con tus ideas y tus gentes. Tu vida será siempre fuente de inspiración para aquellos que habrán de sucedernos en la brega, y el pueblo, quien al fin y al cabo es el que decide sobre el olvido y la inmortalidad, te recordará entre sus primeros servidores.

Nunca transigió con el atraso

Agosto 29 de 1986

Discurso ante la tumba de Hernando Patiño, Cali

El hombre que hoy devolvemos a la tierra era un ser excepcional.

Bregó siempre por la grandeza de su patria mancillada, desdeñando las privaciones que nunca dejaron de asediarlo ni importándole el anonimato en el que pretendieron recluirlo los poderes establecidos.

La autodeterminación de la nación y el desarrollo de las fuerzas productivas constituían para él objetivos inmediatos y básicos que habrían de consolidarse con el triunfo del trabajo sobre el capital.

Estaba convencido de que en el fondo fondo la lucha se reducía a defender el progreso y a derrotar el atraso, no sólo en el terreno de las confrontaciones de carácter social sino en el ámbito de las ciencias naturales. Por eso dedicó su vida a la investigación y a la divulgación.

Sus dos principales preocupaciones fueron enseñar cuanto sabía y aprender con sus alumnos; actividades que ciertamente redituán poco pero labran el porvenir de los pueblos.

Los resultados de sus observaciones los convertía en sendos argumentos a favor del cambio.

¿Cuántas veces, al regreso de sus excursiones investigativas, no le vimos exponer evidencias sobre nuestro deterioro ecológico, para demostrar que la ruina de la naturaleza no es producto de los adelantos de la técnica, sino del estancamiento de ésta o de su ineficiente utilización?

Mas no se vaya a creer que Hernando Patiño, por amar hondamente su país, profesaba un criterio nacionalista de la cultura y despreciaba los aportes provenientes de otras latitudes. Por el contrario, hacía gala de una visión universal de las cosas, hallándose consciente como el que más de nuestras propias limitaciones y de la necesidad que tenemos de poder también aplicar entre nosotros los

enormes logros científicos que las naciones avanzadas del orbe guardan celosamente para sí.

No prescindía tampoco de las enseñanzas legadas por el pasado pero sabía precisarles su alcance histórico.

Ahora, respecto a los exóticos frutos de la escolástica, el oscurantismo o la superchería nunca cedió un ápice.

En otras palabras, fue partidario de que, en cuanto a la ciencia, lo extranjero puede servir a lo nacional, el pasado al presente, lo tradicional a lo moderno, el conocimiento empírico a la ciencia propiamente dicha, y de que a excepción de la primera de estas relaciones las otras no deberían darse en sentido inverso. Merced a ello, aun cuando su labor fuera la de la hormiga, sus verdades producían el efecto del rayo.

No obstante haberse dedicado en particular a la agronomía, la botánica y la biología, a cada paso anotaba que las fronteras entre las distintas ramas del saber se han ido desmoronando con el transcurso del tiempo, al extremo de que en la actualidad nadie consigue dominar una disciplina sin el concurso de las otras.

A Patiño semejante fenómeno lo colmaba de entusiasmo, por constituir el indicio esplendoroso de que la concepción materialista y dialéctica del mundo acabaría por imponerse plenamente sobre la metafísica y el idealismo.

Ya no es posible explicar la formación de los elementos y el origen de la vida sin estudiar las estrellas.

En el salto de la mecánica de Newton a la relatividad de Einstein está de por medio la velocidad de la luz, el nuevo factor con el que analizamos el movimiento a las más grandes distancias cosmológicas o a las más cortas de la física de partículas.

Las leyes de la conservación de la energía y de la transformación de la materia se vieron enriquecidas con otra considerable conquista del pensamiento humano: la de lograr medir la energía en función de la masa.

Las geniales intuiciones de Darwin acerca de que la evolución de las especies dependía de la selección natural adquieren en este siglo su base o causa interna en la biología genética.

En fin, Hemando Patiño esgrimía con decisión éstos y los otros avances interdisciplinarios para proporcionarles el soporte científico a sus inquietudes de todas las horas, que iban desde profundizar en los secretos de la “sopa primitiva” hasta alertar sobre la fundamental importancia de mantener el equilibrio simbiótico entre la rosa y el colibrí.

De ahí que un buen día le propusiera a un grupo de amigos picados por las mismas inquietudes la conformación de una especie de ateneo para intercambiar opiniones en torno a tales materias, arguyendo, entre otras razones, la de que los

revolucionarios que desean cumplir cabalmente con su misión no pueden menos que interesarse en los estelares avances de la ciencia contemporánea y propiciar su divulgación.

Se han realizado dos de estos ateneos: uno en Cali en octubre de 1985 y el otro en Medellín en agosto de este año. Ambos fueron preparados personalmente por Hernando Patiño.

El primero lo inauguró con una exposición tendiente a demostrar cómo Engels, no obstante las muchas imprecisiones todavía existentes en su época, desde el siglo pasado ya había hecho énfasis en el derrumbe de las barreras entre lo orgánico y lo inorgánico, en el intercambio de lo vivo con lo no vivo, en la ubicación cósmica de la vida, en la célula llamada “cuerpo albuminoideo”, en el rol del trabajo en la transformación del mono en hombre, en las raíces sociales de la deformación ambiental, etc. Testimonio histórico de la forma como un enfoque general dialéctico jalona el incesante auge del pensamiento científico, y de cómo aquél se sustenta en éste.

Su enfermedad ya no le permitió a Hernando Patiño asistir al ateneo de Medellín.

He querido resaltar el espíritu valiente y abnegado del entrañable camarada, circunscribiéndome al campo que él escogiera por trinchera.

Sé que la semblanza resulta bastante corta, pero la iremos completando conjuntamente con sus innumerables compañeros y discípulos, entre los cuales tuve el honor de contarme.

De cualquier modo la semilla sembrada por este hombre admirable germinará para provecho de las futuras generaciones.

La justeza de nuestros principios ha sido demostrada en la lucha de clases

Abril 15 de 1991

Palabras de Francisco Mosquera en el homenaje del Comité Regional de Risaralda al dirigente sindical Arturo Ruíz, el 15 de abril de 1991, en Pereira. Compañero Arturo Ruíz:

Ya que no puedo asistir personalmente, pretendo con esta sencilla nota sumarme al reconocimiento que hoy te rinden tus amigos, al cabo de tantos años de consagración a las bregas de los trabajadores risaraldenses y del país. Y deseo hacerlo por el motivo, por la ciudad y por las circunstancias.

En la marcha tesonera de los pueblos abundan los momentos históricos en los cuales éstos requieren con urgencia de la participación combativa y heroica de sus mejores hijos, si aspiran a salir airosos de las celadas que les tienden a cada paso los zánganos de la sociedad. Hoy vivimos una de esas coyunturas mágicas, y estamos en condiciones de efectuar aportes de cierta importancia. Ello obedece a que no hemos temido nadar contra la corriente, durante muchos años, que ya ni me acuerdo con exactitud; y a que nos hemos aferrado con coraje a unos cuantos principios, cuya justeza ha sido demostrada en la lucha de clases. Esto sí lo tienen presente muchos camaradas de vigiliás, incluido tú, Arturo, por supuesto.

Jamás depusimos la denuncia contra los revisionistas contemporáneos y alertamos siempre sobre la enorme amenaza que implicaba el expansionismo soviético, no sólo desde el punto de vista de la autodeterminación de las naciones sino de la independencia del proletariado internacional. Hundidos Rusia y sus satélites en la charca de la regeneración capitalista y restaurada la hegemonía de los Estados Unidos, incluso con las palmas del Consejo de Seguridad de la ONU, el mundo ha experimentado un vuelco total en una exhalación. Hemos tomado muy en cuenta ambos fenómenos, y a su debido tiempo, lo cual nos otorga alguna autoridad para exponer nuestros criterios en torno a la grave situación exis-

tente en Colombia, que ha iniciado su viacrucis hacia la plena entrega económica al imperialismo norteamericano, mediante la política antinacional de la *apertura* y el encumbramiento al poder de los memos del gavirismo.

Así como nos aguardan duras pruebas en el futuro inmediato, tenemos a nuestro favor inmensos factores favorables. Con el curso intempestivo de los acontecimientos planetarios se han ido disipando las tinieblas. Internamente, tanto a los sectores productivos como a las fuerzas políticas que aún conservan nexos con la nación, o con su historia, no les quedará otra disyuntiva que la de defender la soberanía y el progreso de Colombia. De esta obligación no excluyo a los productores conscientes, a los parlamentarios honestos ni a los militares patrióticos, con quienes habremos de constituir un frente único por la salvación nacional. Y dentro de las más amplias perspectivas, con la máxima propagación del capitalismo a nivel internacional que estarnos presenciando, los palpitantes problemas obreros se pondrán a la orden del día y de su solución dependerá la suerte del próximo milenio. Con los asalariados estadinenses, que también se oponen al neoliberalismo en defensa de sus intransferibles derechos, se crean por primera vez condiciones reales para una estrecha unión entre los desposeídos del Continente contra la santa alianza de los mandatarios de Washington con sus títeres latinoamericanos. Son elementos decisivos e indiscutibles.

Los ideólogos de la burguesía se solazan con los reveses del marxismo pero en su loca embriaguez no aprecian la más simple característica de la nueva etapa: que los revolucionarios y trabajadores del orbe entero han comenzado a hablar el mismo lenguaje en distintos idiomas.

La ocasión nos mueve a evocar la memoria de los militantes que, como Agustín González, para citar uno de los inúmeros casos, pusieron al alcance del Partido la realización de la tarea, pues nos enseñaron con su ejemplo a escoger entre las transitorias miras personales y los imperecederos intereses de la causa obrera.

Fraternalmente,
Francisco Mosquera
Secretario general del MOIR

III
Apertura económica
y
soberanía nacional

Los colombianos decidirán su porvenir sin intromisión ajena

Tribuna Roja No. 27, agosto de 1977

Discurso pronunciado en el Teatro Jorge Eliécer Gaitán con motivo del lanzamiento de la candidatura presidencial de Jaime Piedrahita Cardona por el Frente por la Unidad del Pueblo, FUP.

Compañeras y compañeros:

Advertíamos el 18 de febrero que el movimiento unitario que de tiempo atrás vienen gestando las fuerzas revolucionarias colombianas se desplaza a paso de carga, fortaleciéndose cada vez que en su camino brotan obstáculos artificiales o reales que pretenden vanamente contenerlo y ganando con el transcurrir del calendario en extensión y profundidad. Este 15 de julio vuelve y ratifica la vigencia histórica de la unidad del pueblo que estamos propiciando. Una política consecuentemente unitaria, que no inventa pretextos para excluir a las organizaciones y personas dispuestas a batallar hombro a hombro con nosotros contra el imperialismo norteamericano y sus lacayos que depauperan y deshonran a Colombia; una política que no florece ni marchita ramilletes de candidaturas presidenciales, según vayan aconsejando circunstanciales intereses de secta, ni sacrifica la gran batalla por el frente único antiimperialista, a cambio del inoportuno y pequeño pleito por aislar a uno o varios partidos susceptibles de contribuir al debilitamiento de los enemigos principales; una política, en fin, que no necesita recurrir a la amenaza ni al halago, porque se halla sólidamente engastada sobre una base inmodificable de principios, por los cuales hemos luchado, hasta generalizar el convencimiento de que la unidad del pueblo únicamente será viable mediante la observancia de tales principios mínimos y definitivos.

Si echamos una mirada retrospectiva a los últimos cinco años observamos cómo la revolución colombiana ha obtenido ciertamente conquistas de enorme importancia. Después de haber hecho conciencia de que su triunfo en esta etapa será fruto de la alianza de todas las clases, sectores y partidos antiimperialistas,

ha estado inclinando a su favor la prolongada contienda porque dicha alianza se concrete en torno a un programa que contemple las reivindicaciones fundamentales económicas y políticas de las diversas fuerzas integrantes del pueblo, y a través de la estricta aplicación de unas normas democráticas de relación y funcionamiento. Los conatos de frentes revolucionarios en Colombia han fracasado o por falta de claridad acerca de los postulados programáticos o por desconocimiento de la democracia en su organización. Por eso no transigimos cuando se intenta prescindir o socavar estas dos piedras angulares de la unidad.

Ustedes recuerdan que no hace mucho ciertos grupos de los que prefabrican argumentos para poder combatirnos, nos increpaban injustamente el que no tuviéramos una concepción de largo alcance del frente, sino criterios meramente electorales del mismo. Olvidando esta acusación, algunos de ellos, ante la evidencia de que los plazos de espera se han vencido y de que entramos por la fuerza de los días en el terreno de las definiciones, nos han propuesto a última hora que elaboremos una simple plataforma programática electoral, sin pretensiones estratégicas, a la cual nos sumemos todos e impidamos la división de la izquierda. Es decir, que se merme el programa para que se engrose el frente. ¿Cuáles serían los objetivos de semejante avenimiento? Batallar contra la carestía, contra el desempleo, contra el hambre, contra el analfabetismo, contra el estado de sitio, contra las reformas oligárquicas y en pro de una que otra reforma progresista. En una palabra, que utilicemos el debate electoral para arremeter primordialmente contra los efectos de la crisis de la sociedad que agoniza y silenciamos las causas y las soluciones revolucionarias de aquélla. Triste papel para una revolución que además de ir a elecciones manipuladas por sus enemigos y de someterse por su relativa debilidad a comicios cuyas reglas de juego son la negación misma de la democracia, renuncia voluntariamente a la única ventaja que le reporta la lucha electoral, cual es la de educar y organizar al pueblo con las explicaciones justas concernientes al origen de todos los males de la nación y de las masas, sin dejar de condenar concretamente a los beneficiarios y sustentadores del orden caótico y despótico que languidece, y sobre todo con la propaganda y agitación de las transformaciones revolucionarias que pide y permite el desarrollo social del país.

Lo contrario sería contaminarnos del oportunismo de los partidos tradicionales que suelen maldecir también los resultados de su catastrófica gestión de más de siglo y medio y ofrecen en cada período electoral bálsamos que son peores que las enfermedades que dicen atacar. ¡Acaso López Michelsen, por ejemplo, no denunció el alto costo de la vida legado por el gobierno de Pastrana y alardeó demagógicamente con que su mandato sería un paraíso de garantías y buenaventuras! Y tras este mercader de milagros hubo grandes romerías de

creyentes, incluyendo no pocos conmlitones de la oposición que disimulaban su impudicia con los conjuros de que apoyaban lo “bueno” pero combatirían lo “malo” del lopismo. Hoy el alza de los precios es varias veces superior a la de cualquiera de los regímenes frentenacionalistas y el estado de sitio, al igual que en los tres decenios anteriores, ha sido la forma predilecta de gobernar por los continuadores de la coalición liberal-conservadora, proimperialista, con su cuadro dantesco de obreros, campesinos, estudiantes e indígenas asesinados, sindicatos, ilegalizados, universidades allanadas, dirigentes populares encarcelados y poblaciones enteras reprimidas y escarnecidas. Debido a ello, contra toda la feria de ilusiones, levantamos la denuncia de que este cuatrienio era antes que nada un “mandato de hambre, demagogia y represión”, que hoy corean sin distingos los explotados y oprimidos de Colombia.

Vale la pena agregar y destacar que la campaña en cuyos umbrales nos encontramos, a pesar de sus complejidades y larga duración, se llevará a cabo en condiciones excelentes para las fuerzas revolucionarias. Desde los cuatro vientos nos llega el mensaje del descontento y la rebeldía creciente de las masas trabajadoras; el proletariado reagrupa sus filas bajo sus banderas de clase; los campesinos impulsan sus organizaciones independientes de la influencia oficial y sus acciones estremecen las zonas rurales, y los estudiantes, educadores y artistas revolucionarios no le ceden al régimen y con sus proclamas reavivan el pebetero de la nueva cultura. La revolución avanza firme, segura, inconteniblemente. Esto por una parte y, por la otra, los imperialistas norteamericanos y la minoría oligárquica vendepatria que los sustenta afrontan grandes dificultades en el obstinado empeño de mantener a Colombia atada a su coyunda. Sus medidas son cada vez menos efectivas para apacentar el rebaño. La coalición imperante se desgasta y fatiga en camorras internas, sin hallarle una salida satisfactoria a sus insalvables contradicciones. La hidra de la corrupción devora uno a uno los miembros del cuerpo burocrático-militar del Estado, sin excluir a la familia presidencial, que descuenta por derechas sumas incalculables en escandalosos negociados por los servicios cumplidos a la patria de los Corleone de las altas finanzas y de la gran propiedad inmobiliaria. El pánico les sube con las multifacéticas manifestaciones cotidianas de la descomposición prevaleciente, al ver cómo se les va desplomando en sus propias narices el reino dorado que creían sempiterno. Ni con el espantapájaros del golpe cuartelario lograrán restar el empuje a la revolución, ya que los desposeídos de las estribaciones de las tres cordilleras andinas también han hecho suya la enseña inmortal de Espartaco: los esclavos no tienen más que perder que sus cadenas. Y tienen, en cambio, un mundo por ganar. Por consiguiente saludamos alborozadamente la crisis, hasta que toque fondo, a sabiendas de que las cosas han de dañarse por completo para que puedan remediarse y

comprendiendo que cuanto más avanzada sea la noche más cercano estará el amanecer.

¿En tan favorable situación cómo vamos, pues, a encarar los revolucionarios el debate electoral? Cuando los politicastros de la reacción han comenzado a hablar contra el hambre y el paludismo, como lo han hecho toda una vida, agregando que estas calamidades del pueblo carecen de color político, ¿nos limitaremos nosotros a referirnos a los efectos, mas no a las causas y soluciones de la crisis? De ninguna manera. Desmontemos de una vez por todas este embeleco tan maldito. En Colombia el hambre y el paludismo han sido liberal-conservadores. Las dolencias del país y de las masas obedecen a la política antinacional y antipopular de los partidos tradicionales, y de sus jefes desacreditados, principalmente a la entrega y sometimiento de la nación a la expoliación del imperialismo norteamericano, a los privilegios consentidos y multiplicados de un círculo microscópico de grandes burgueses y grandes terratenientes por parte de todos los gobiernos, incluyendo desde luego a éste que padecemos de la autodenominada “esperanza” al que constitucionalmente todavía le falta más de un año de existencia, pero al que ya le están buscando con afán en medio de estrepitosa gresca un sucesor de su estirpe, de sangre fría.

Si esas son las causas de su postración, el cambio salvador que requiere el país debe partir de la independencia nacional y del derrocamiento revolucionario de la minoría acaudalada y tiránica a cargo del Poder unido de obreros, campesinos y demás fuerzas laboriosas y patrióticas. Trocar estos planteamientos orientadores que la revolución ha ido popularizando en un proceso ganancioso, por un programa electoral de reformas, resultaría una transacción inadmisibile. La conquista de la república democrática de todas las clases revolucionarias, en pie de igualdad, representa en la Colombia actual el tránsito obligado hacia el socialismo; y el logro de la independencia nacional configura la más valiosa ayuda que podamos ofrecer a los pueblos que luchan contra el imperialismo y por su emancipación. Además, la exhortación al acatamiento a la soberanía y autodeterminación de las naciones no es exclusivamente la bandera para enarbolar ante los piratas del capital internacional, sino que debe ser el principio básico del internacionalismo practicado por los países socialistas. Sin la defensa consecuente de la consigna programática de la liberación nacional y de la nacionalización de los monopolios jamás conseguiremos unir y organizar al pueblo colombiano en pos de su destino histórico, así como tampoco contaremos con el respaldo determinante del campesinado a la revolución, sin solidarizarnos integralmente con su exigencia más sentida: confiscar la tierra de la clase terrateniente y repartirla entre los campesinos que la trabajan. Bastarán estas victorias revolucionarias para que Colombia resuelva en lo fundamental los protuberantes problemas de

alimentos, empleo, salud, educación, vivienda y se enrumbe hacia la industrialización moderna. He ahí la esencia del programa que aprobamos el 18 de febrero y que estamos sometiendo a la consideración de las fuerzas populares. En síntesis, como lo precisamos desde 1972, los revolucionarios no hacemos un programa para ir a las elecciones, vamos a las elecciones para promover el programa de la revolución.

De igual manera seguiremos una línea de principios para explicar otros asuntos de controversia actual, relativos a la represión violenta, el estado de sitio, la ordenación antidemocrática de los comicios, los golpes palaciegos, cual sustentáculos a los que el imperialismo norteamericano recurre alternativamente, por intermedio de las clases serviles, para mantener su control neocolonial sobre la inmensa mayoría de países de América Latina. Cuando les falla uno echan mano del otro sin el menor escrúpulo. Pregonan que no habrá delitos de opinión y cuando el pueblo hace realidad el derecho a la libre expresión, entonces, tras la cortina de tanques y cañones, amenazan con que ellos sí tienen una opinión muy peculiar sobre el delito. Hablan de concertar con los obreros una política de ingresos y salarios y, a la hora de la verdad, éstos se ven sitiados por las tropas que a las puertas de sus sedes sindicales los conminan a aceptar a culatazos las despreciables ofertas de funcionarios y patronos. Llamam a decidir las polémicas de interés público por medio de las urnas pero si los resultados les son adversos, las deciden por medio de las armas. Nos sobran muchas y aleccionadoras experiencias, tanto de Colombia como de los países hermanos del Continente, para ilustrar el comportamiento de esta falsa democracia contra la cual peleamos y que termina allí donde comienzan las demandas de las masas trabajadoras. El presidente Lleras Restrepo, quien aspira a la reelección, a los dos días de los sufragios ganados abrumadoramente por Rojas Pinilla en 1970, detuvo a la jefatura anapista, implantó el toque de queda a las ocho de la noche y acomodó un fraude de más de medio millón de votos para imponer a la fuerza a Misael Pastrana, el candidato vencido de la coalición dominante. Ese mismo año Salvador Allende triunfaba electoralmente en Chile y el 11 de septiembre de 1973 entrega con ejemplar heroísmo su vida, enfrentando a la jauría uniformada que había jurado tutelar la constitución y las leyes de la nación austral. Con el sacrificio del mandatario chileno expiró la quimera revisionista de la “vía electoral” hacia el socialismo, que obnubiló a no pocos luchadores antiimperialistas y que fue propalada con especial euforia al inicio de los años 70 en Latinoamérica y otras zonas del orbe. Recojamos las preciosas enseñanzas de la historia y alertemos en esta batalla comicial a las más amplias masas acerca de la farsa y del carácter falaz de la democracia de las clases oligárquicas. Vinculémonos estrechamente a los obreros y campesinos para afrontar las provocaciones del enemigo y preparar, a

la luz de la teoría revolucionaria del Estado, las condiciones que faciliten al final la victoria de la toma revolucionaria del Poder por un frente único de liberación nacional.

Aclarada la cuestión del programa, la conformación y desarrollo en las circunstancias colombianas del frente unido revolucionario, dependen de unas normas mínimas de relación y funcionamiento que acerquen y no distancien a los contingentes partidarios de la unidad. Sobre ello también encontramos ricas experiencias a nivel nacional e internacional. Sin un entendimiento erigido en el respeto mutuo de las agrupaciones aliadas no será posible alcanzar la necesaria y eficaz cooperación para proseguir exitosamente la lucha contra la vieja coalición burgués-terrateniente proimperialista que, a pesar de sus disensiones internas, aún cuenta con la iniciativa táctica para mantener, por lo menos durante un determinado período, la correlación de fuerzas a su favor. Dentro del frente la contradicción entre la autonomía ideológica y orgánica primordiales y la colaboración y acción conjunta indispensables de las diversas organizaciones partidarias, la resolvemos con los métodos democráticos de la consulta y discusión, de la crítica y de la dirección compartida. Siempre hemos creído que el proletariado colombiano no podrá ejercer su papel dirigente de la revolución en la etapa actual, sino a través del frente unido con las otras clases aliadas y mediante la defensa y aplicación en lo organizativo de los principios de la democracia. La intriga, el estilo de los hechos cumplidos, los procedimientos hegemónicos y despóticos, la intromisión en los asuntos internos de los aliados van horadando la unidad y transmutando sin saberlo a los partidos revolucionarios que se distinguen por tales conductas en pequeñas bandas fascistoides. Nadie en el ámbito de la revolución se debe sentir aludido por el énfasis que ponemos en estas premisas elementales. Por el contrario, pensamos que el esclarecimiento que se haga al respecto contribuirá a unir a los comunistas auténticos, a los demócratas revolucionarios y a los patriotas sinceros dentro de la poderosa corriente unitaria en movimiento, que aglutinará a la larga a 90 por ciento y más de la población colombiana y se constituirá en alternativa redentora de Colombia.

El Frente por la Unidad del Pueblo que hemos decidido fundar los participantes del II Foro Nacional de la Oposición Popular y Revolucionaria, pugnará por interpretar fielmente la línea unitaria de las clases y sectores antiimperialistas. La escogencia de Jaime Piedrahita Cardona como máximo personero nuestro en la batalla electoral que hoy abrimos, es otro acierto en la lid en que nos encontramos todos comprometidos por sacar adelante los vitales intereses de la revolución. Durante los últimos años de esta tortuosa marcha, ninguno como él se destacó tanto en el esfuerzo tendiente a facilitar el entendimiento de las fuerzas revolucionarias. Con paciencia, lealtad y tenacidad ha estado siempre dispuesto

a mediar e intercambiar puntos de vista, inclusive con quienes, proclamándose conviventes, malgastaron su ingenio en el propósito trunco de desbaratar la ingente labor de rescatar en provecho de la causa popular lo combativo y avanzado de la Anapo. El lanzamiento de su nombre como candidato presidencial del Frente por la Unidad del Pueblo, por lo tanto, no encarnará un impedimento, sino que jalonará la más vasta alianza que reclaman insistentemente los comuneros de la segunda independencia.

Quiero, finalmente, recalcar el sentido de unas palabras repetidas con frecuencia por Jaime Piedrahita y José Jaramillo Giraldo, un llamamiento que quedó insertado en la Declaración Política del I Foro del 18 de febrero, algo que el MOIR viene exteriorizando desde hace mucho tiempo y simboliza el más ferviente deseo de los asistentes a este acto extraordinario: el ánimo inquebrantable que nos mueve a agotar los medios a nuestro alcance para que contra la oligarquía lacaya del imperialismo norteamericano haya sólo un frente de la izquierda. Continuamos dispuestos a discutir las diferencias con el Partido Comunista y demás organizaciones y personalidades opuestas al régimen, con el objeto de buscar las soluciones positivas para la creación de una alianza única, que aproveche por completo las progresivas dificultades del enemigo común, la coalición liberal-conservadora; que siga tras las metas programáticas de la revolución libertadora; que se rija por normas democráticas de relación y funcionamiento; que no se alinee internacionalmente y que sepa interpretar en los frecuentes disturbios de la ciudad y el campo, la indomeñable voluntad de los sometidos y acallados de levantarse como otros pueblos sobre sus propios pies y ¡decidir su porvenir sin intromisión ajena!

¡Viva Jaime Piedrahita Cardona!

¡Viva el Frente por la Unidad del Pueblo!

¡Viva la unión de los oprimidos contra los opresores!

A propósito de la mesa redonda sobre la mujer

Tribuna Roja N° 42, marzo de 1982

La propuesta de llegar a los distintos frentes del trabajo del Partido, hurgar en sus dificultades e inquietudes, conocer sus experiencias para luego verterlas sobre los lectores, nos parecía a todos en la comisión de redacción del periódico algo necesario, a más de novedoso. La militancia, especialmente la que a punta de persistencia se ha tornado perita en determinada actividad, tiene mucho de interés que contarles a los inconformes e insumisos de Colombia. Lo que no atinábamos era en la forma de hacerlo ni el por dónde empezar. ¿Por los activistas campesinos? ¿Los dirigentes sindicales? ¿Los artistas? ¿Mediante investigaciones? ¿Reportajes? ¿Crónicas? Cuando a alguien se le ocurrió sugerir, en aquella reunión de evaluación, que citáramos a unas cuantas camaradas “para que en mesa redonda nos dijeran cómo les va en su labor revolucionaria en un país que discrimina horrendamente a la mujer” comprendimos de súbito que había dado en el blanco.

Se trataba de un tema relativamente inexplorado, a pesar de las reiteradas preocupaciones que a través de los años ha suscitado en nuestras filas; y que, dentro del estilo del MOIR de ir resolviendo los problemas por partes, bien podría haberle sonado su hora más oportuna. Varios elementos parecen corroborar esta apreciación. Antes que nada, la existencia de un nutrido destacamento de miembros femeninos del Partido que paulatinamente ha descollado en las más disímiles tareas, cuya conducta desbroza un camino a seguir y le suministra una sustentación viva, tangible, al viejo y discutido principio de que la mujer, igual que el hombre, es capaz de concurrir eficazmente en los múltiples terrenos del menester social. Ellas hacen un esfuerzo superior al de sus compañeros de lucha, puesto que además de encarar los embates ideológicos y propagandísticos de la reacción predominante y las medidas punitivas de los custodios de la ley, han de sobreponerse con valentía a los prejuicios que sobre el llamado sexo débil cam-

pean casi sin omisión en todos los estratos de la sociedad. Y se han salido con la suya, por lo menos al conseguir entroncarse con las masas, requisito de cualquier acción verdaderamente política y revolucionaria. Aunque sólo sea un primer paso, sabemos que el comienzo de las cosas siempre resulta lo más difícil.

Las entrevistadas nos hablarían, como ocurrió, no únicamente de lo que piensan emprender sino de lo efectuado; no se limitarían a los planteamientos teóricos, sino que suministrarían abundantes enseñanzas amasadas en la brega cotidiana. Ya contamos con excelentes logros en este terreno de la participación femenina en el trajinar de la revolución, debido primordialmente al arrojo y a la clarividencia de decenas y centenas de camaradas nuestras que se han quitado los botines y metido en el barro, resueltas a ocupar su sitio en las diferentes líneas de combate del Partido. Urge resaltar tales avances Y metodizarlos, a semejanza de lo intentado en otros campos. Habiendo tan buena simiente, el estudio y el debate no flotarán en el aire ni se quedarán en mera emoción. Por el contrario, habrán de pisar tierra firme y traducirse en el acopio de nuevas militantes que se decidan, por oleadas, a imitar a quienes las antecedieron en la lid, dentro de un clima de cálida fraternidad y de creciente respaldo partidario.

Otro componente del actual panorama, con el que nos tropezamos a menudo, lo facilita la descomposición de la unidad familiar colombiana, ocasionada por la quiebra galopante del sistema vigente, que en su desmoronamiento no perdona ninguno de los antiguos modos de producción ni de organización social. Los campesinos, acosados por los terratenientes y los grandes capitalistas, sueltan el azadón y huyen a los suburbios de las ciudades, en donde lejos de burlar el hambre, se consumen en medio del paro forzoso, el hacinamiento y la degradación total. Por su lado, la bancarrota de la industria nacional arroja a la calle a millares y millares de obreros, aumentando alarmantemente el monto de los desocupados, muchos de los cuales pasan a engrosar, manifiesta o disfrazadamente, el desventurado ejército de la mendicidad y la rufianería. De hecho el régimen se confiesa impotente para remediar tantos y tan agudos males. Los gobernantes no entienden más que el lenguaje de los monopolios, y sus ejecutorias se reducen a incrementar los gravámenes al pueblo y a darle vía libre a la especulación, operaciones ambas oficiales convertidas en fuente del enriquecimiento privado de la pútrida y profusa burocracia y de la depauperación de las gentes laboriosas. Bajo tales pronósticos no puede menos que presentarse un desarreglo en todos los órdenes, empezando por la violenta ruptura del primigenio núcleo de la vida ciudadana, la familia.

La rápida y turbia acumulación de fortunas no vistas en Colombia, exonera a las altas esferas del recato con que han escudado siempre su concupiscencia, y ahora hasta las aventuras amorosas y los excesos dionisiacos de las estatuas

andantes se controvierten en público, desde los diarios o desde los púlpitos, en santo olor de republicanismo. El intercambio de esposas que escandalizó los tiempos camanduleros de don Rafael Núñez y doña Soledad Román, en el presente imprime distinción, como el tráfico de narcóticos, entre una burguesía hipócrita que aún continúa discutiendo las conveniencias e inconveniencias morales del divorcio. Y en la base de la pirámide, en donde la miseria se enseñoera y hace su agosto dentro de millones de indigentes, los hogares se desgarran sin escapatoria. Si en esos niveles de por sí nunca tuvieron sentido los supuestos que regulan las relaciones familiares de las clases poseedoras, lo que la crisis actual destapa, atroz e inhumanamente, a su manera, con la prostitución decuplicada, el desempleo expandido y la floración de los niños desamparados, es que aquellas idílicas imágenes de la madre bondadosa circuida de unos hijos felices y de un marido solícito que vela, o está en condiciones de velar por el bienestar de los suyos, imágenes tan caras para los doctrinarios del bipartidismo tradicional, constituyen para la pobrería el más cruel de los sarcasmos. Aunque en esta tragedia la mujer personifique la desgracia y por doloroso que sea el procedimiento, las “amas de casa”, aguijoneadas por las necesidades, terminan saliéndose del cautiverio doméstico en busca de unos ingresos que cada vez les llegan menos a las cuatro paredes de su universo vacío y rutinario. Y cuando se presentan a pedir una oportunidad para no perecer, se estrellan con la espantosa realidad de que, salvo planchar, lavar y cocinar, nada han aprendido a hacer, y de que el desarrollo fabril se ha erigido sobre la hipótesis de repeler el concurso femenino. Descubre que a ellas les han tocado en suerte los peores, los más mal pagados, los más humillantes oficios, y eso si corren con la dicha de adquirirlos.¹

Por ende en la mesa redonda, al examinar cuáles serían los medios adecuados de acercarnos a las mujeres y de disponerlas para la revolución, concluíamos, que aquéllos estribaban menos en los factores subjetivos que en los profundos desbarajustes sociales que acrecientan las penurias de las masas femeninas y las obligan a saltar a la palestra en defensa de sus fueros. Bastará con permanecer atentos al desenvolvimiento de la traumática situación y allí donde por lo intolerable de los atropellos se exteriorice la rebeldía de las combatientes, acudir sin falta a secundarlas y a orientar su causa. De ser ilusoria la visión descrita y Colombia atravesara por un momento de prosperidad en el que sus odiosas instituciones no estuvieran en franca disolución, como la de la familia inspirada en el avasallamiento de un sexo sobre el otro, nuestras prédicas y consignas, por muy asentadas que pudieran parecernos, dudosamente fructificarían. Sucede lo que acontece con todo proceso revolucionario, que la conciencia, encarnada y difundida por un reducido grupo de vanguardia, se torna gradualmente en una virtud colectiva, a medida que la subsistencia misma de los trabajadores se pone

en entredicho y no encaja ya en los antiguos y obsoletos esquemas económicos y jurídicos. Hoy por hoy no son sólo los sindicatos los que pelean sus prerrogativas. Mayorías inmensas de la población se ven empujadas al mitin, a la asonada, a la revuelta, tras reivindicaciones aparentemente nimias, cuales serían derogar los recargos en los cobros del agua y de la luz, conquistar unos centímetros cuadrados de alguna acera concurrida en donde vender cachivaches, u obtener la gracia de morir sepultado en cualquiera de los incontables tugurios de las zonas de erosión. Al principio los desvalidos batallan sin claridad respecto a las razones y soluciones de sus calamidades, pero propensos a cuanto les expliquen e indiquen los sectores avanzados que se muestren solidarios con sus más inmediatos afanes. Hay desde luego revolucionarios de corazón que descuidan su adiestramiento ideológico y poco aportan a lo que las masas conocen ya por intuición o por aprendizaje empírico, fenómeno no tan extraño dentro del MOIR; mas quienes pretendan transformar el mundo confiados exclusivamente en la justeza de las ideas para merecer el apoyo de unas multitudes con las cuales no los ata otro nexo que el de las proclamas, ni convencerán a nadie, ni averiguarán jamás si sus juicios científicos eran tales. En el caso que nos ocupa encontramos una contradicción similar, quizás más acentuada. Por un lado, un arrume de criterios absurdos y de costumbres anacrónicas, transmitidos a través de miles de generaciones, que han acabado por forjar talanqueras mentales a veces mejor aceradas que las cárceles del régimen; y, por el otro, una inaguantable agudización de las penalidades del pueblo que motiva a la mitad más apabullada de éste a maldecir la mansedumbre y a hacer valer sus reclamos. Al Partido le sobran pues las coyunturas, grandes y pequeñas, para incorporarse al trascendental litigio planteado en pro de la mujer y luego coronar la meta de instruirla, organizarla y encauzarla en el torrente incontenible de la revolución colombiana.

Los portavoces del imperialismo y sus lacayos, aunque posen de liberales modernos que han roto con los vetustos convencionalismos, le rinden culto al orden establecido, categoría que junto a otras, como las de tradición, familia y propiedad, han de conservar intactas al máximo para el suceso feliz de sus planes expoliadores. Y aunque consideren el matrimonio un contrato “libre” al que concurren en condiciones iguales las partes interesadas, no cesan de infiltrar las execrables concepciones acerca de la superioridad del hombre, la sublimación de los insignificantes quehaceres caseros de la esposa, o lo natural de la subordinación económica de ésta, que aguarda abnegadamente en su encierro domiciliario a que su cónyuge la provea del sustento. Sin embargo, por más que se empeñen en idiotizar a la mujer con el halago de que ella es la reina consentida del hogar, además de escucharse ya bastante ridículo, nada de eso funciona en la fecha. El sexo femenino comienza a preferir que se le trate con menos fingimiento y vana

galantería, e incluso trabajar lo duro que sea, con tal de ganarse el pan por sus propios medios, alcanzar su independencia de acción, integrarse a las actividades sociales y convertirse realmente en un ser digno y útil. Y las que sin pertenecer a la cúspide privilegiada todavía suspiran por las creencias de sus abuelas, los hechos las sacarán del letargo, o por lo menos les sembrarán la espina de la duda. Si perennemente han oído sentencias difamatorias, chistes de mal gusto y adagios como “la mujer y la mula al fin dan la patada”, “la mujer es un animal de cabellos largos y entendimiento corto”, “del hombre la plaza y de la mujer la casa”, “o bien casada o bien quedada”, es apenas lógico que se crean inferiores y hasta que se sientan satisfechas de serlo. Empero, ¿cuál matrimonio?, ¿cuál casa?, ¿cómo salvar a los hijos?, ¿para qué la abnegación y la espera?, si no hay corrosivo peor que la indignencia, si el refugio hogareño se va reduciendo y transmutando en una cloaca infecta a donde difícilmente penetra la luz del sol, si los rezos no alimentan ni obran el milagro. Con la crisis, la proletarización progresiva y el común empobrecimiento se percibe la caducidad de las normas que la minoría dominante se obstina en idealizar, contra cualquier evidencia. El caos desbordado clama a gritos por un vuelco de raíz, no sólo en lo concerniente a la soberanía nacional y a los modos de apropiación y producción, sino en todos y cada uno de los aspectos de la vida de las personas, Y las que menos tienen que llorar por el pasado que se fue son las mujeres. No se aterrorizarán tampoco por las transformaciones revolucionarias que propugnamos, incluida la de la creación de una unidad familiar en la que desaparezca precisamente la servidumbre femenina. Comprenderán que todo cambia y debe cambiar. En el proceso del conocimiento primero se transforman las cosas y después las mentes. Y como de la vieja familia no queda piedra sobre piedra, ahora corresponde edificar una nueva.

¿Por qué relacionamos el problema de la familia y de su descomposición con la meta histórica de la emancipación femenina? Cuando la humanidad salta a la monogamia y pasa de lo que se ha dado en denominar derecho materno al derecho paterno, la mujer pierde el sitio de preeminencia de que gozó en las edades primitivas. Lo cual quiere decir que el sexo débil no lo era tanto en la antigüedad y que su vasallaje es un producto social, digamos como la explotación, que si en un principio simbolizó un empuje decisivo para el desarrollo, al final de su ciclo ha de desaparecer por las mismas razones por las que advino a este mundo. Ni el matrimonio, ni los lazos familiares, ni las costumbres sexuales fueron siempre las que hoy practicamos. La familia monogámica, que surge luego de una depuración larga y compleja, constituye uno de los pilares básicos de la civilización. Nace con sus hermanas gemelas, la propiedad privada y la esclavitud, a las que sustenta y les sirve de tejido celular. Ha de resolver la cuestión de la herencia, garantizando que los bienes se transfieran al descendiente comprobado del dueño,

ya que no entusiasma acumular riquezas para que éstas terminen en las manos de los hijos de otros. Y para ello, además de que el primer propietario individual fue el hombre, se requería que, a diferencia de lo que se estilaba, la mujer no tuviera varios maridos sino uno solo. Así apareció la monogamia que ha sido y sigue siendo un deber fundamentalmente femenino, puesto que en este nuevo vínculo, los varones, que imponen al antojo su voluntad y hacen de la castidad de sus parejas una norma inviolable, nunca dejaron de ufanarse de la libertad sexual más absoluta. Desde entonces la esposa quedó confinada a la casa y restringida, como afirma Engels, al papel de “criada principal”. Con cuánto rigor se ha juzgado y sancionado su infidelidad, lo narra la historia. Sin ir muy lejos, en Colombia, hasta hace apenas dos años, el Código Penal otorgaba el perdón y eximía de toda culpa al marido ofendido que, en “legítima defensa del honor”, asesinara a su cónyuge adúltera. Nada de esto se lo ingenió el capitalismo. Ha recogido del legado testamentario de las sociedades explotadoras desaparecidas lo que le conviene, poniéndole, eso sí, su impronta de clase y adobándolo con una buena dosis del fariseísmo que lo caracteriza.

La familia monogámica tradicional ha operado sobre las siguientes premisas: la propiedad privada y la prolongación de ésta a través de la herencia; la dependencia económica de la mujer frente al esposo, y el sostenimiento y la educación de los hijos. En el esclavismo, en el feudalismo y en otras formas superadas de organización social, como la patriarcal campesina, dentro del marco de la familia se efectúa además una serie de labores importantísimas e indispensables para satisfacer no sólo los requerimientos del consumo sino del trabajo mismo. Con el multifacético incremento de la producción capitalista tales labores desaparecen o se reducen a faenas domésticas completamente insustanciales que no inciden en la marcha de las actividades productivas de la sociedad, pero cuya pura y desastrosa consecuencia consiste en condenar la mujer al enclaustramiento y a la estulticia. Incluso, de cocer los alimentos, de lavar y alisar la ropa y de los otros oficios en los que tantas horas invierten las amas de casa más hacendosas, la industria ya se ocupa, despachándolos en cadena y ahorrando abundante mano de obra. Hasta la atención y la formación de los hijos que antaño se llevaban a cabo en el seno del hogar, hace rato se tornaron en objeto de un servicio público, al cuidado de personal experto que desde luego sabe incuestionablemente más de pedagogía y del resto de las ciencias que los padres, o que aquellos ilustres profesores particulares de los que León Tolstoi habla con respeto casi místico en sus *Memorias*. A medida que evoluciona, el capitalismo corroe sin remedio los goznes sobre, los que gira. Uno de ellos ha sido la vieja familia, cuyos fundamentos jamás tuvieron en verdad vigencia entre las clases desposeídas. A los matrimonios proletarios no los rige el ánimo de lucro, justamente por la carencia de riquezas

qué resguardar y qué legar; y si todavía persiste allí discriminación contra la mujer responde más a los prejuicios reinantes que a la concurrencia de una base material para ello. En virtud de lo cual la compañera del obrero puede y debe unirse a éste en la batalla por la emancipación femenina, lo que obviamente no acaece en las filas de la burguesía. Con frecuencia, lo exiguo de los ingresos del “jefe” del hogar, si los hay, obliga a la mujer a emplearse, y sus hijos le representan generalmente una carga difícil de sobrellevar antes que un remanso de alegrías y de satisfacciones. El día que se suprima la propiedad privada, prácticamente el último factor que nos falta para el derrumbe definitivo de la familia como núcleo económico, brotará otra, infinitamente más humana, más grata y más estable, porque estará fundada y mantenida sólo por la comprensión, la atracción y el amor mutuos entre los esposos. No habrá mancomunidad de mujeres, con lo que los anticomunistas suelen promover terrorismo ideológico, ni se acabará la monogamia; únicamente ocurrirá que, como la mujer ya no estará constreñida a padecer las veleidades del hombre, éste tendrá que volverse monógamo, lo que, por lo demás, no es tan terrible. ¡Ah!, y desaparecerá la prostitución, el eterno aditamento de la vieja familia, que germina en el cieno de la sumisión económica del sexo femenino. La comunidad destinará un monto considerable de sus reservas para velar por las nuevas generaciones, desde la cuna hasta cuando se hallen aptas para asumir sus responsabilidades, con lo que el pueblo trabajador conseguirá por fin disfrutar a plenitud de los deleites y recompensas de los deberes de la procreación. Las minorías expoliadoras llaman a esto “el despojo de los hijos por parte del Estado”.

Si todas estas metas, como se deduce, no las veremos coronadas más que mediante un alto grado de desenvolvimiento de las fuerzas productivas, o sea con el triunfo del trabajo sobre el capital y con la construcción del socialismo, lo notable de acotar es que la sociedad burguesa prepara las condiciones materiales para su cristalización. El marxismo no alienta ningún tipo de ideales, preceptos o moldes en los que busque fundir la existencia social; simplemente partiendo de los logros y de las posibilidades exactas de la producción, toma nota de las trabas que se alzan en su curso ascendente para pugnar por demolerlas. La empresa capitalista probó a través de sus enormes progresos que la especie no precisa ya de la familia cual pieza integrante del andamiaje productivo y, que, al revés, si ambiciona seguir adelante ha de prescindir de ella, redimiendo así energías laborales insospechadas. Sin embargo, el capitalismo defiende el interés privado sobre el público y reserva para unos cuantos privilegiados el bienestar que genera, mientras al grueso de la población le veda el pan de cada día. Industrializa las labores domésticas, inventa las guarderías, abre restaurantes para miles de comensales, colectiviza la educación, y a la mujer continúa condenándola fatalmente a los

bastidores del hogar, aun cuando allá nada tenga que hacer, salvo embrutecerse y morir de tedio. Esboza las soluciones pero no las culmina; agujonea las necesidades y, sobrándole los medios para atenderlas, no las complace. Y si en las metrópolis avanzadas semejante fenómeno se observa en cualesquiera de las manifestaciones del discurrir ciudadano, ¿qué agregaremos sobre Colombia, nación atrasada e influida por unas élites aristocráticas que compaginan las antiguallas del oscurantismo con la peores aberraciones de la época imperialista, y en que la extorsión de los monopolios foráneos destruye, sí, las ancestrales fuentes de ocupación, pero asimismo impide que los colombianos las substituyan con las modernas? Las contradicciones, por supuesto, se expresan más violentamente. No obstante, y también debido a ello, los señalamientos revolucionarios se encuentran más al alcance de la comprensión de las masas, particularmente de la mujer, a la que sabremos explicar que su manumisión estriba en la manumisión del país y en las demás transformaciones económicas y políticas que demanda la sociedad colombiana. El sexo femenino necesita con acucia de la revolución, y ésta no será una realidad sin el concurso efectivo de aquel poderoso contingente que abarca a la mitad del pueblo. Aunemos firmemente estos dos elementos tan complementarios como el hidrógeno y el oxígeno en la composición del agua, y entonces Colombia florecerá entera bajo los efluvios de una nueva vida.

De lo resumido hasta aquí se desprende que la emancipación de la mujer, que despunta ya en el horizonte de la humanidad, llegará inexorablemente, porque antes que nada obedece a las exigencias del desarrollo, y quienes se empeñen en contenerla sucumbirán en el intento. No se trata de una mera proclama, de una consigna proselitista, o de un capricho nuestro. La sojuzgación de la mujer ha acompañado durante milenios la explotación del hombre por el hombre: con su surgimiento inaugura el oprobioso período de la esclavitud, mas lo clausura con su desaparecimiento. A las generaciones contemporáneas les correspondió en suerte vislumbrar tan colosales cambios, viviendo en los umbrales de una era en que las gentes, para prodigarse lo de la subsistencia, no se verán arrastradas a entablar relaciones alienantes y vejatorias, ni en los ámbitos del trabajo y de las gestiones administrativas de la sociedad, ni en los menos extensos de la familia.

La reacción fracasará en sus propósitos de aplacar las crecientes inquietudes femeninas, o de desviarlas hacia el reencauche de los valores que confortan la opresión y el envilecimiento de la mujer, tejemanajes en los que han sido duchos maniobreros los dirigentes de los partidos tradicionales colombianos, lo mismo los liberales que los conservadores, los oficialistas que los semioficialistas. Todos se rasgan las vestiduras ante el agrietamiento de la familia y prometen refaccionarla y retornarla a su perdida posición. Unos, a semejanza de Belisario Betancur, rehusándose rotundamente a ofrecer a la mujer cualquier beneficio, ni

aun el divorcio. Otros, a la usanza típicamente lopista, limitando esta prerrogativa al matrimonio civil, en un país por excelencia de enlaces católicos. Y el resto, como el candidato putativo del carlosllerismo, organizando “la jurisdicción de la familia, buscando su protección y unidad, para devolverle su función vital de núcleo de nuestra sociedad” es decir, con frases ²: Ya indicamos cómo el régimen prevaleciente, por su propia estructura, minimiza a la mujer, y de hecho le cierra las puertas de la superación, así le consigne sus fueros en la norma escrita. Pero es que además de eso, la burguesía se ha mostrado incorregiblemente cicatera en cuanto a reconocer la igualdad de los sexos en los formalismos de la ley, incluso en sus momentos más revolucionarios. La revolución de independencia de los Estados Unidos y la francesa de 1789, que marcan hitos en la democracia burguesa, hicieron caso omiso del asunto y partieron del entendido de que las hijas de Eva son ciudadanos de segunda o tercera categoría. En tales circunstancias a las mujeres les ha tocado articular no pocos movimientos y emprender ruidosas luchas para que se les admitiera, verbigracia, el elegir y ser elegidas, el menos controvertido y el más gracioso de los dones dispensados por el Estado republicano. En el caso de Colombia, el viacrucis por el cual han transcurrido los derechos femeninos resulta inverosímil. Hagamos rápidamente una síntesis, a fin de tener una noción, y circunscribiéndonos a este siglo. Sólo en 1932 se suprimió el tutelaje del marido sobre la esposa, y ésta logra “comparecer libremente a juicio” y administrar y disponer de sus bienes: dejó de figurar en la lista de los incapaces. En 1936 se autorizó a la mujer para desempeñar cargos públicos, mas se le sigue negando la ciudadanía. En 1945 se le entrega la ciudadanía pero se le continúa prohibiendo la función del sufragio y la facultad de ser elegida ³ En 1954 Rojas Pinilla le concede el derecho al voto; sin embargo, no le permitió ejercitarlo porque no convocó a elecciones. En 1976 se instituye, como arriba anotamos, el divorcio, el civil, para un país de matrimonios católicos. Antes, en 1974, se extiende la patria potestad a la esposa y quedan habilitadas todas las mujeres, con estipulaciones similares a las del hombre, para ser tutoras y curadoras. Habíamos comentado también lo de la “pena de muerte para la esposa infiel” derogada en 1980. No obstante lo anterior, y a que se acaba de sancionar la Ley 29 de 1982 por la cual se equipara a los hijos legítimos y naturales en cuanto a la herencia, la legislación todavía consagra irritantes tratamientos discriminatorios entre las personas, con ser que el sistema constitucional colombiano, desde el Congreso de Cúcuta de 1821, le ha dado ciento sesenta veces la vuelta al Sol.

A regañadientes y a través de cuantagotas, los países capitalistas han venido declinando, una tras otra, sus recalitrantes posturas sobre la materia, y hoy algunos se glorían de haber hecho todas las concesiones, hasta la del aborto. Y en esas naciones, cabalmente en esas naciones en donde no resta conquista de-

mocrática por arrancar, fuera de ahondar las conseguidas, aparece diáfano, cual lo advierte Lenin, que la condición de inferioridad de la mujer no radica en la ausencia de derechos, sino en el Poder que los refrenda. En Colombia, donde las oligarquías vendepatria han ido siempre detrás y muy atrás de sus modelos extranjeros, aún habremos de combatir al respecto por no escasas reivindicaciones, sin creer ni hacer creer que éstas encarnan el colmo de las aspiraciones del sexo femenino. A la inversa, enarbolaremos, apoyaremos y aprovecharemos sus diversas contiendas para organizar sus huestes e instruir las acerca de lo que al fin y al cabo interesa: que exclusivamente la revolución y el socialismo garantizarán la emancipación de la mujer.

Notas

1. En Colombia, de acuerdo con el censo de 1973, hay 22.915.000 habitantes. De éstos, 14.297.000 se encuentran en edad de trabajar (son mayores de diez años); y, según el Dane, se dividen así: 6.903.000 hombres, de los cuales laboran 4.186.000, o sea 60%, y 7.394.000 mujeres, de las cuales trabajan 1.300.000, el 17%.

A 2.200.000 hombres y a 5.727.000 mujeres los clasifica el Dane como población no económicamente activa y los distribuye en rentistas, jubilados, estudiantes, quehaceres del hogar, sin actividad y sin información. En “quehaceres del hogar” hay 3.777.000 mujeres, es decir, 65% de aquellas. De las mujeres que trabajan, 45,3% lo hace en el renglón denominado “servicios personales”, donde se incluye a las empleadas del servicio doméstico. Aunque las estadísticas oficiales no sean muy confiables, de todas maneras reflejan el cuadro de la discriminación de la mujer en nuestro medio. La participación femenina en las actividades productivas, comparada con la del hombre, es insignificante. La mayoría de las mujeres se ocupa como “amas de casa”, o presta cualquiera otra clase de servicios personales.

2. Las frases fueron tomadas del programa de gobierno del candidato presidencial Luis Carlos Galán. *El Tiempo*, enero 16 de 1982.

3. En el siglo XIX y todavía muy avanzado el siglo XX, en Colombia predominaba el criterio de que la mujer, por decisión natural, o con arreglo a los designios divinos, estaba impedida para ejercer la ciudadanía y las demás atribuciones que se desprenden de ésta, como votar, atender cargos públicos, etc.

José María Samper, por ejemplo, en su libro *Derecho público interno*, al comentar la Constitución de 1886, emite los siguientes conceptos:

“Cuanto a la ciudadanía de las mujeres, aun cuando ya se practica para lo municipal en algún Estado norteamericano (¿y qué no se ensaya en los Estados Unidos, inclusive el mormonismo?), Colombia está muy lejos de aceptarla y con razón. Nadie aboga más que nosotros porque se dé a las mujeres una educación esmerada, pero práctica y digna de su sexo; nadie estima ni aprecia más que nosotros el talento y la cultura en la mujer, y la saludable y necesaria influencia que ella ejerce sobre el hombre individual, y sobre las costumbres y aspiraciones de la sociedad entera. Pero la verdad es la verdad: la mujer no ha nacido para gobernar la cosa pública y ser política, precisamente porque ha nacido para obrar sobre la sociedad por medios indirectos, esto es, gobernando el hogar doméstico y contribuyendo incesante y poderosamente a formar las costumbres (generadoras de las leyes) y a servir de fundamento y modelo a todas las virtudes

delicados, suaves y profundas.

“Si fuera posible transformar moralmente a las mujeres y volverlas ciudadanas, habría que pensar seriamente en convertir a casi todos los hombres en mujeres, a fin de que la misión de éstas no quedase baldía. Y no alcanzamos a ver el provecho que se sacaría, suponiendo la posibilidad, de trocar los papeles de los dos sexos, deshaciendo la obra de la Providencia, y haciendo desatinos por enmendar a Dios la plana”.

Causas y efectos de la última crisis

Tribuna Roja N° 49, septiembre de 1984

En el decurso de su agitada existencia Colombia pocas veces presenció un período tan convulsionado como el que actualmente vive. De seguro la frase la hemos leído por ahí y de pronto algunos de nosotros hasta la hemos escrito. Su vigencia se mide ante todo en el hecho de que los voceros de las más disímiles corrientes la pronuncian, desde luego con matices e intenciones varios, pero la pronuncian. La audiencia ya no se limita a la opinión insular de quienes desde las filas del MOIR, fieles a las enseñanzas y al espíritu del marxismo, recalcan con tenaz persistencia sobre la imposibilidad de un progreso valedero bajo las relaciones neocoloniales y semif feudales imperantes desde los albores del siglo, o al arraigado convencimiento, también moirista, de que la descomposición no se detendrá sin tocar fondo; en la fecha cualquier testimonio más o menos serio sobre la coyuntura histórica parte obligatoriamente de la apreciación de que el desastre es el signo de la hora. Podría imaginarse que semejante confirmación de sus valoraciones constituye motivo suficiente de complacencia y tranquilidad para el Partido. Empero, y con el objeto de comprender mejor hasta dónde va el desconcierto, señalemos que, si evidentemente el país asiste al triste espectáculo de su disolución, nunca como en el presente se insistió en la abyecta defensa de las concepciones y de los dictámenes causantes de los letales trastornos. Miremos lo uno y lo otro.

Los choques entre el amo y sus colaboradores

A medida que se cosechan los fracasos de la retardataria y antipatriótica gestión de los habituales usufructuarios del Poder, el pugilato entre las distintas posiciones de clase, la fundamental discrepancia de la nación entera con los Estados Unidos, en suma, las contradicciones que animan la vida de la sociedad y definen su porvenir, adquieren visos de virulento antagonismo en cuestión de

meses y hasta de días.

Basta, por ejemplo, que los despachos de Nueva York traigan la noticia de un aumento de medio punto en el llamado *prime rate*, tasa preferencial que sirve de referencia al interés bancario, para que el entorno nacional se llene de inmediato con el alboroto de los dómines de los negocios y de la política. Ante el último incremento, reportado el 25 de junio, el cuarto que durante el año han decidido los financistas norteamericanos y que como se sabe afecta enormemente la deuda del Tercer Mundo, el risueño señor Pastrana, con todo y su reputación de ser el consueta de Palacio y pese a su cultivada parsimonia, anotó sin rodeos: “*No creo que haya acto más grande de cinismo internacional en un momento en que precisamente en la cumbre de Londres se había hablado de que facilitarían las fórmulas para que los países en desarrollo, especialmente América Latina, pudieran cumplir sus compromisos*”¹. A su turno, el presidente, valiéndose de la infalible ceremonia con que se reconsagra la descarrilada república al Sagrado Corazón, proclamó acusatoriamente que los acreedores del Norte están “*en ceguera en una sórdida expoliación que asfixia las economías de nuestros pueblos*”².

¿“Una sórdida empresa de expoliación”? ¿“El acto más grande de cinismo internacional”? ¿No son acaso palabras demasiado duras en boca de los ujieres del imperio? Aunque se sospeche que en las declaraciones transcritas, o en las otras muchas proferidas en igual tono por encumbradas figuras, haya algo de pantomima belisarista para distraer el descontento, innegablemente reflejan el disgusto de una oligarquía que ve disminuidos sus beneficios y amenazada su estabilidad ante los recargos automáticos e inconsultos de los compromisos contraídos. Un par de años atrás ni soñar siquiera que los comisionados de contratar y de responder por los empréstitos externos se expresaran en términos tan descomedidos de los prestamistas. Muy delicada ha de estar la situación, asuntos de suprema importancia han de hallarse en juego y serios peligros deben cernirse sobre el viejo orden, para que las discordias entre patronos y caporales se agrién en tal forma, y, de remate, se meneen en público, como si los más esmerados en preservar la calma fuesen los menos dispuestos a guardar compostura. De por sí, una cosa es pedir prestado y otra muy distinta pagar el préstamo, según lo registra la crónica universal de la usura. El dinero se recibe con risas y se devuelve con llanto. A Latinoamérica no sólo se le empezaron a vencer los plazos de cancelación, sino que los vencimientos han coincidido con el atasco bastante prolongado de la economía mundial, la consiguiente instauración de rigurosas medidas proteccionistas por parte de casi todos los Estados, la escasez y el encarecimiento de los flujos financieros, amén de las estrecheces derivadas de las caducas estructuras de los regímenes de la región. Y si a lo anterior le encimamos los volúmenes adicionales de crédito que demanda la cacareada reactivación pro-

metida de consuno por los gobiernos, completaremos un magnífico cuadro de los azares por los cuales los deudores de 350.000 millones de dólares ni quieren ni tienen con qué cumplir sus obligaciones. Unas exigencias de tamañas magnitudes, que drenan sin intermisión los magros presupuestos fiscales y acaparan los dividendos de un sinnúmero de compañías particulares puestas en pignoración, no pueden menos que ocasionar daños arrasadores a los países del Sur del Río Grande; y a sus mandatarios, por peles que sean, ponerlos en encrucijadas insoslayables e insolubles. Con contadas excepciones éstos han incurrido en moratorias y solicitado prórrogas de los desembolsos, ventilando ante el Fondo Monetario Internacional trámites especiales que en lugar de un infarto fulminante les deparan una agonía lenta por ahogamiento. Algunos, como el afligido Siles Suazo, de Bolivia, resolvieron por decreto: “¡Aplázanse los plazos!”.

Carecería por tanto de sentido reducir las quejumbres de la reacción colombiana a los afanes publicitarios y demagógicos con que, desde el primer instante de su advenimiento, sorprendió a sus electores el prohombre que ocupa eventualmente el Solio de Bolívar. La vinculación a los No Alineados, los paseos en Renault 4, el reparto de los formularios para las casas sin cuota inicial, los ataques almibarados a Ronald Reagan, la amnistía a la guerrilla, las madrugadas a Corabastos, el nombramiento de artistas en las legaciones diplomáticas, la cruzada pacifista de Contadora, los golpes a unos banqueros para recompensa de otros, las conversaciones en Madrid con el M-19, los metálicos respaldos a la provincia natal, el pacto de La Uribe, son episodios de la tramoya aún en escena y que tanto emocionan a los actores de la televisión, a los folicularios de la gran prensa y a los mamertos de la “oposición democrática”. Cada uno de tales desplantes tragicómicos posee la mágica virtud de restablecer la popularidad del primer magistrado cuando ésta declina por los nefastos efectos del ejercicio del mando. En lugar de pan, circo. La sustitución de Landazábal por Matamoros y un discurso sobre las preeminencias de la civilidad curaron como por ensalmo el creciente resquemor originado en el recrudecimiento de la violencia. Los críticos que comenzaban a atribuir a la ingenuidad de Betancur la proliferación de los secuestros y demás eclosiones delictivas, al otro día ensalzaron su amor por la Constitución y su “humanitaria” insistencia en la paz. Los titulares fueron de nuevo: “Tenemos presidente”. Lo mismo aconteció antes y después de la firma de los acuerdos del gobierno con las Farc. Los que quieran comprobarlo solo deben tomarse la molestia de repasar los periódicos de abril, mayo y junio.

Lejos de interpretarlos como una anormalidad inaudita, nuestro Partido ve en dichos altibajos la expresión natural de una democracia enfermiza, cuyo rezago económico provoca la profusión de las capas medias y su notable incidencia en las bregas del pueblo. Las ilusiones o frustraciones por los relevos

de guardia y a veces por los simples cambios de ademán de los dignatarios de turno, los entusiasmos momentáneos y los intempestivos desalientos no dejarán de ejercer influencia decisiva en las lides políticas, mientras el proletariado no alcance a hacer valer su lucha de clases, en una vasta escala y con todo lo que ella significa en cuanto a combatir los planes de la coalición gobernante, salvaguardar la independencia frente a la burguesía y allanar la senda de la revolución. La habilidad de los dirigentes de las colectividades oligárquicas se concreta en saber pulsar las fibras del pequeño burgués. Antaño era éste un arte casi que de exclusivo dominio de los liberales. Luego de la abrumadora victoria del Movimiento Nacional el 30 de mayo, lo practican también los conservadores, y en honor a la verdad, han llegado a superar a sus maestros. En una disertación en torno a la conveniencia de desenterrar el tema de la reforma agraria, López Michelsen aceptó ante un auditorio de ganaderos que ni él mismo hubiese obtenido el éxito cosechado por la actual administración en sus tratos con los alzados en armas. El milagro estaba reservado, según sus cavilaciones, a un caudillo de la divisa azul, que gozara, por su filiación, de la ventaja de despertar menos prevenciones y resistencias dentro de los círculos pudientes³. No hay duda de que el artificio de renovar el repertorio, promover caras distintas, sugerir variantes ante el desgaste de las fracasadas entelequias, el poder de crear la expectativa prometiéndolo todo sin entregar nada, en síntesis, la capacidad de maniobra, se ha desplazado de uno a otro socio del hipartidismo constitucional, por lo menos durante el interregno del *“sí se puede”*.

Sin embargo, los copiosos eventos de los últimos dos años, en los cuales han desempeñado una función protagónica, no sólo el portador de la máxima investidura, sino ciertos miembros del gabinete, antier insignificantes rapavelas como su jefe, no responden únicamente a las ansias de vitrina del Ejecutivo. La ineludible intervención y hasta la estatización de las entidades bancarias luego del festín financiero; la urgencia de auxiliar las industrias de mayor categoría puestas al borde del abismo; los conflictos acarreados por las crepitaciones del narcotráfico y con los cuales se liga fatalmente el asesinato del ministro Lara Bonilla, y ahora la demoníaca alza de los intereses de la deuda externa que precipita la reprobación mancomunada de los gobiernos latinoamericanos, han conformado un panorama tormentoso cuyos truenos y centellas acaban desarreglando la república y alterando los patrones de comportamiento de sus administradores. El Plan de Acción de Quito, la declaración de los presidentes, del 19 de mayo, la carta enviada a la cumbre de Londres y el Consenso de Cartagena son memorandos nada ordinarios que fuera de exteriorizar la zozobra de las burguesías prestatarias por sus detrimentos y de compendiar los pedidos perentorios de un reordenamiento económico mundial, revelan hasta dónde han llegado las

chispeantes fricciones entre el imperialismo y sus intermediarios. Una rareza, de recordarse las aguas menos procelosas de los finales de la década del cincuenta, en los inicios del Frente Nacional. Lenguaje y maneras inusuales para estas latitudes, que fuerzan a los bandos involucrados en la batalla a emitir sus juicios y verificar su táctica.

¿Redundarán tales reclamos. y recomendaciones en un robustecimiento de la irresistible tendencia emancipadora de la época? ¿Habremos de ofrecerles nuestro concurso? ¿Facilitan o no la configuración del frente único antiimperialista? ¿De qué modo sacaremos beneficio de la situación planteada? Preguntas realmente inquietantes y a las cuales habremos de encontrarles la contestación justa. Debemos partir del hecho de bulto de que el sistema capitalista atraviesa en el globo entero por una de las peores crisis. Como todas las suyas, procede de las distorsiones del engranaje productivo y revienta en las anomalías monetarias, en la interrupción de los créditos, en la supresión de los mercados. Lo cual incide asimismo en el resquebrajamiento de las relaciones entre los grandes emporios y la periferia exaccionada y sometida nacionalmente. Con base en estas repercusiones y viendo cómo el horizonte se iba encapotando, advertimos a principios de 1983 sobre las inclemencias que sobrevendrían. *“Todas las contradicciones-señalamos se ahondarán: la existente entre las superpotencias, la de los países sojuzgados con las metrópolis, la de Colombia con el imperialismo norteamericano, la de los monopolios foráneos con sus intermediarios vendepatria, la de las diferentes clases entresí, la de los trabajadores con sus explotadores, la del marxismo con el revisionismo”⁴.*

La quiebra económica

A caldear el ambiente convergen los arrumes de libros, ensayos y comentarios referentes al quebradero de cabeza en que se ha convertido el endeudamiento externo; y de los cuales, lógicamente, también forman parte las cáusticas denuncias de los mandatarios latinoamericanos, cuyo último grito de dolor se oyó en las plácidas playas de la Ciudad Heroica. La manzana de la discordia radica en que el asunto se ha vuelto inmanejable. Para el cubrimiento de los intereses los países de la región han de destinar más de un tercio de sus ingresos por concepto de exportaciones. Y éstas, en vez de ampliarse, tienden a contraerse, en volumen y sobre todo en valor, a causa de las medidas arancelarias y discriminatorias de las naciones expoliadoras. Nudo gordiano que tampoco se puede deshacer, ni siquiera con la espada de Alejandro Magno, debido a la arrebatina comercial entre las potencias, acicateada por la depresión. Los deudores no sólo incumplen sino que han entrado en el círculo vicioso de prestar para pagar. Todo se ha experimentado. Hasta la risible ocurrencia de que México, Brasil, Venezuela y Colombia, exhaustas por las mismas gravosas responsabilidades, le facilitarían,

de apuro, trescientos millones de dólares a Argentina, a fin de que la endeble democracia austral cancelara a tiempo un abono inminente.

Al Fondo Monetario Internacional, nacido en julio de 1944, en Bretton Woods, del acuerdo entre los poderes vencedores de la Segunda Guerra Mundial y mediante el cual se estableció un nuevo sistema financiero y monetario bajo la égida del dólar, le compete velar porque se observen las reglas y los negocios de los imperialismos no se salgan de madre. Sin su visto bueno no obtendrán prórrogas ni créditos de contingencia quienes precisen un alivio en sus desequilibrios de balanza. Pero antes han de retraerse a rigurosos programas de austeridad que comprenden devaluaciones, encarecimiento de las tarifas de los servicios públicos, generación de impuestos, restricciones presupuestarias, eliminación de subsidios, recortes salariales y otros correctivos, de irritante y complicada aplicación, que en Santo Domingo culminaron en coléricos desmanes callejeros purificados con la sangre del pueblo. El repudio cada vez más extendido y consciente contra tales medidas ha llevado incluso a los peritos de Wall Street a reflexionar sobre la conveniencia de otorgarles a los problemas económicos un tratamiento político. Por su lado las masas populares del Continente ya se los están otorgando. Muestra de ello son las huelgas generales de la Central Obrera Boliviana encaminadas a desconocer una a una las estipulaciones del Fondo. En ese tere y afloje respecto a la necesidad de acoger los sacrificios con cristiana mansedumbre, la nota irónica corre por cuenta del gobierno estadinense cuyo tremendo desajuste fiscal se revierte en un ritmo creciente de las tasas de interés, con las secuelas indicadas. Es más, algunos bancos norteamericanos se han saltado igualmente las recomendaciones, renegociando, al margen o en contra de ellas, mecanismos y fórmulas dispares con sus clientes insolutos, ante el temor de que a éstos se les arrastre hacia una suspensión unilateral de sus giros, como lo han contemplado Ecuador y Bolivia.

Desde el decenio de los setentas vienen derruyéndose así cada uno de los pilotes sobre los que descansa la plataforma de Bretton Woods, máximo esfuerzo por regular y tender hacia un sostenido florecimiento de la civilización capitalista occidental. Sus pautas ya no determinan el flujo de los capitales y de los productos, ni permiten un nivel estable de las ganancias. Sus signatarios más ilustres huyen a refugiarse en un proteccionismo acérrimo, depositando mejor su confianza en la seguridad arancelaria que en la reglamentación de los mercados, y, de distinto modo, subvencionan los renglones fabriles y agrícolas menos afortunados. El 15 de agosto de 1971 el mundo se notifica que ha cesado la convertibilidad del dólar en oro. La consolidación económica de los aliados, los mordisqueos sucesivos a su firme superávit, la costosa agresión a Viet Nam y las alegres emisiones impulsaron a los Estados Unidos a promulgar aquella pe-

regrina medida, junto con la congelación por noventa días de los salarios y los precios, la aminoración de los egresos federales, la sobrecarga del 10 por ciento a los gravámenes de aduana y la rebaja de la autodenominada “ayuda externa” de las respectivas agencias estatales. Antes de la culminación de aquel año los “diez grandes” convinieron en Washington la primera de las, devaluaciones de la divisa norteamericana en la postguerra. El oro ya no valdría US\$ 35 la onza troy, como se votó ocho lustros atrás en la Conferencia de las 44 naciones; su coste en las bolsas internacionales superó hace mucho la barrera de los US\$ 300.

Mas no serían estos los únicos sacudimientos. Los ideales de unas finanzas sólidas y de unas consistentes reglas cambiarias acabarían por desvanecerse ante tres acontecimientos extraordinarios: la fiebre del petróleo de 1973, cuyo exagerado encarecimiento produjo la acumulación de ingentes cantidades de capital flotante que incitaron al veloz y temerario endeudamiento del Tercer Mundo; la parálisis de 1974 y 1975, a la sazón la más profunda y extendida desde el crac de 1929, que envolvió, a sectores vitales de Japón, Europa y Norteamérica, con la correspondiente contracción del mercado mundial, y el receso con que se inició el nuevo decenio, de mayor durabilidad y de más demoledores efectos que las dos primeras perturbaciones señaladas, del cual no termina de salir aún la economía capitalista. Para colmo de males, al síncope recesivo se yuxtapone ahora el caos financiero, estimulado constantemente por el insaciable apetito de la especulación bancaria; una circunstancia explosiva, cuyo detonante podría ser activado por cualquier gobierno enloquecido con sus débitos. Con que sólo Brasil, México, u otra de las principales naciones hipotecadas, por razones internas de presión social y carácter político, o merced a un tropiezo fortuito en su tambaleante marcha económica, cosa no del todo descartable a juzgar por las complejidades de la crisis prevaleciente, tuviera que romper ese tipo de anticresis que la ata a los bancos internacionales, el edificio entero se desplomaría. A raíz de la propalación de especies semejantes, el Manufacturers Hanover Trust, el cuarto establecimiento bancario de los Estados Unidos, recientemente, el 24 de mayo, sufrió una caída vertical de 11 por ciento en el valor de sus acciones. El campanazo de alerta precisó de estímulos y de la mediación personal del presidente Ronald Reagan, quien hubo de declarar “*sin fundamento*” los insistentes comentarios acerca de las atribulaciones de la mencionada entidad. Una semana antes el redimido había sido el Continental Illinois Bank. Se le arrojó un salvavidas de 6.500 millones de dólares, de los cuales 4.500 millones provinieron de una línea de crédito, la más grande a un banco en la historia de USA, avalada por dieciséis poderosos consorcios financieros, y el resto, a cargo de la Reserva Federal.

Dentro de este contexto, sumariamente recogido, habremos de encajar la baraúnda de la deuda latinoamericana. Se descarta que los países entrampados

sean capaces, antes del próximo siglo, de cubrir sus pasivos, emprender el desarrollo y suavizar las tensiones sociales. Si no progresaron mientras recibieron los empréstitos, mucho menos a la hora de restituirlos. El dilema se ha reducido a lo siguiente: si cancelan, no comen; y si no comen, ¿quién cancela? Esto en cuanto a los prestatarios. Desde la perspectiva de los prestamistas surgen preocupaciones adicionales. Los créditos simbolizan un vehículo insustituible, tanto para no dejar en reposo capitales gigantescos que irrogarían pérdidas, como para garantizarles el tráfico a sus manufacturas y excedentes agrícolas. De menguarse la acostumbrada y libre corriente de divisas, en las metrópolis la producción se resentiría y la rentabilidad se iría a pique. Pero si a las neocolonias morosas se les continúa soltando dólares y no se les exige el pleno y puntual desembolso de sus compromisos vencidos, estaríamos ante el hundimiento de la Atlántida financiera. ¿A quiénes rescatar? ¿Primero a los industriales o a los financistas? ¿A las mercancías o al dinero? ¿Al producto concreto o a su expresión abstracta? ¿Y a quiénes condenar? ¿A las metrópolis o a las neocolonias? ¿A los acreedores o a sus víctimas? ¿No depende la usura de la solvencia del deudor? ¿Pudo acaso el cuchillo de Shylock cortar las carnes de Antonio?

He ahí las sinrazones y contrasentidos propios de la índole del imperialismo. Gérmenes que siempre han estado latentes, minando su biología, pese y debido a sus destellos de esplendor, y que sólo en sus recaídas cíclicas afloran con tal intensidad, como lo estamos contemplando. Todos esos rudimentos claves urgen complementarse recíprocamente pero se contraponen. El crédito aplasta la producción y, al hacerlo, se sentencia a sí mismo. Y viceversa, ésta necesita de aquél, mas su ayuda le resulta fatal. Tampoco hay concordancia entre la actividad agraria y la fabril, ni entre las diferentes ramas industriales, ni entre los bienes creados y el consumo. Y cuando la inconexidad se torna insoportable, el organismo social padece una muerte chiquita, su anárquico funcionamiento se abre paso turbulentamente a través de la crisis.

Algo análogo se presenta en el plano de las relaciones interestatales. La prosperidad de las potencias imperialistas en última instancia se erige sobre la extorsión de las naciones débiles. Lo certifica la elocuente cifra de 750.000 millones de dólares adeudados por el Tercer Mundo, sin hablar de la sustracción de los recursos naturales, el mangoneo de los mercados, etc. Esta ley, tan cierta y tan interesadamente ignorada cual lo fuera en su época el principio heliocéntrico descubierto por Copérnico, se pone en evidencia en los períodos críticos del sistema. Los ideólogos y estrategas de la reacción se devanan los sesos buscando la explicación teórica a las mortales paradojas e inventando las enmiendas y los instrumentos idóneos para subsanarlas. Pero cuanto más corrigen menos oculta-ble se hace que tales contradicciones, en la era del imperialismo, asumen una im-

petuosidad y una ampliación inusitadas, y se compendian en que los monopolios prolongan su vida negándoles a miles de millones de seres el derecho a la suya; los prodigiosos adelantos técnicos y materiales de un puñado de privilegiados requieren de la progresiva indigencia del resto del planeta.

Para percibirlo, a los colombianos no nos hace falta mirar la casa del vecino. Nuestra patria, una de las ciento y pico de naciones subalternas, está, al igual que sus hermanas de infortunio, lesivamente hipotecada al extranjero, así Belisario Betancur se ufane porque debamos menos que los argentinos o los venezolanos. “Mal de muchos, consuelo de tontos”, ha sido generalmente el parte de victoria de nuestros mandatarios. Las fuerzas productivas del país no registran en años avances dignos de señalarse, salvo uno que otro cuantioso proyecto que, como el de la Exxon, destinado a explotar el carbón de La Guajira, responde a las operaciones supercontinentales de los conglomerados del imperio. Sus efímeros y esporádicos lapsos de “bonanza”, imputables al potosí de los narcóticos, o atribuibles a las heladas brasileñas que por lo regular redundan en un alza de las cotizaciones del café, jamás se concretan en plantas fabriles de alguna prominencia, y en el mejor de los casos no pasan de cierta animación mercantil, particularmente de artículos importados. Los intentos autóctonos y autónomos de los pequeños y medianos empresarios por suplir las carencias del atraso, muy raras veces terminan siendo compensados con el éxito.

Desde el cuatrienio de Misael Pastrana se insiste en que el punto de apoyo de la palanca económica reside en la construcción de vivienda. Este artilugio no solo elude acometer los aspectos vitales del desarrollo industrial y agrícola, sino que significa la confesión del fracaso de la oligarquía rodillona que, en ausencia de mejores alternativas, tiene que asilarse en una de las pocas actividades en donde todavía se lo permite el entrometimiento de los amos foráneos, y, de añadidura, designarla como el motor del progreso de Colombia. La publicitada “estrategia de la vivienda” fue desmentida contundentemente por los avatares de más de una década, con todo y que los financistas, los cementeros, los pulpos urbanizadores, es decir, los principales responsables de dicho sector, han gozado permanentemente de las benevolencias de los respectivos gobiernos, incluido el actual. A manos del Estado han pasado por completo las riendas de la economía de la desfalcada república. Actúa de puente y garante de los empréstitos de las entidades internacionales de crédito, destinados en una holgada proporción a atender las obras de infraestructura, por lo demás indispensables para que los monopolios venidos del exterior hagan sus inversiones. El órgano ejecutivo, y en definitiva su cabeza visible, define cual juez inapelable lo que se ejecuta o no se ejecuta en el campo de los negocios, al extremo que con una sola de sus draconianas providencias puede sacar a flote a un capitalista quebrado o

quebrar a otro boyante. Y ese rey Midas de nuestros dominios, paño de lágrimas de todos y cada uno de los estamentos productivos y que fija por edicto hasta el costo de las auyamas, no cuenta ni con qué pagarles a sus maestros. En efecto, el aparato gubernamental, administrador por antonomasia de la riqueza pública, el ente jurídico encargado, a título constitucional, de diseñar los “programas de desarrollo” y de velar por el “bienestar comunitario”, fuera de ser un apéndice de intereses extraterritoriales, se ha constituido, por sus quebrantos, sus torpezas y sus venalidades, en la primera causa del desorden imperante y en un obstáculo mayúsculo para la prosperidad de la nación.

El rosario de afecciones se detecto y diagnosticó mucho antes de la despedida del mandato de Turbay Ayala. La reelección de López no logró cuajar, entre otros motivos, porque para entonces el oleaje de la última depresión mundial ya había retumbado en nuestras frágiles riberas. Y los sufragantes, en lugar de ver en el ex presidente el bálsamo para las dolencias del país, lo tomaron como el chivo expiatorio de las mismas. Mientras tanto el genio gestor del “cambio con equidad” infundía la creencia de que las seculares penurias y los desfases repentinos debían achacarse, no a las amarras neocolonialistas ni mucho menos a la propiedad monopólica de la tierra y de los demás medios y recursos fundamentales, sino a los “chamboneos” de los funcionarios, que él corregiría, si se le daba la oportunidad de hacerlo desde el palacio de Nariño. Pues bien, lleva dos años corrigiendo. No se le desconoce que ha pasado sus trabajos, especialmente en los talleres de impresión del Banco de la República. Hemos asistido a un abigarrado cartel de cabriolas y piruetas, con requisición de bancos, reformas tributarias, dos o más adaptaciones al canon de arrendamientos, cortapisas aduaneras, tres o cuatro enmendaduras a las Upac, subvenciones a granel para los magnates en dificultades y hasta contenciosas licitaciones públicas. Sin embargo, una investigación menos circunstancial indicará que los desvelos del belisarismo han girado en torno a un espinoso asunto: cómo acrecer el erario con el objeto de enfrentar los percances de la crisis. De otro lado, saldrá a relucir que los dos partidos tradicionales, por encima de sus ruidosas escaramuzas, cierran filas tan pronto entra en peligro el lucro de clase, olvidándose de sus desemejanzas doctrinarias sobre el modo de gobernar.

El abandono del propósito de suprimir los alcances del fisco saliéndole al paso a la evasión mediante el perfeccionamiento de los controles administrativos, sin necesidad de implantar nuevos impuestos, tal vez ha sido la mofa más inicua del Movimiento Nacional a su electorado. Fena1co, la federación de los comerciantes, exteriorizando su enojo por la instauración del IVA, elaboró en febrero una “canasta” de 19 gravámenes sobre los cuales se decretaron incrementos que oscilan entre 30 y 500 por ciento, demostrativa del desespero

fiscalista que embarga al Ejecutivo. Haciendo salvedad de los alivios para las sociedades anónimas y la gran propiedad terrateniente, y de las franquicias para la inversión extranjera, prácticamente se elevaron todos los tributos, de preferencia los indirectos, comprendidos cigarrillos y licores, avisos y tableros, circulación y tránsito, industria y comercio, gasolina y automotores, predial y arancelario. Los alcabaleros agotaron su ingenio sacándole el jugo a cada ítem; y agotaron también la tolerancia exprimible del pueblo. Lo inverosímil del relato estriba en que a la postre las carencias que se quisieron taponar, en cambio de angostarse, se ensancharon. No valió la cascada impositiva, ni mantener la progresión ascendente de las tarifas de los servicios públicos, ni acentuarle la cadencia a la devaluación, otra exacción más, enderezada a contrarrestar el saldo en rojo; a la otra orilla de la charca, a técnicos y expertos del Ministerio de Hacienda los esperaban, con las fauces abiertas, los mismos apremios presupuestarios que tanto perjudican y encolerizan a los contratistas del Estado, que soliviantan a los empleados públicos y a los trabajadores oficiales y que amenazan seriamente la totalidad del rodaje económico.

Ahí es cuando las clases dominantes, apoyándose en sus dos muletas políticas, el liberalismo y el conservatismo, se deciden a echar por la calle del medio y resolver el acertijo merced al único procedimiento que les queda: la emisión. La emisión a través de los cupos ordinarios y extraordinarios del Banco de la República, de la colocación de los Títulos de Ahorro Nacional (TAN), o deuda interna, y de los empréstitos externos. Modalidades distintas, pero, al fin y al cabo, emisión; el exclusivo y verdadero aporte del grandilocuente hijo de Amagá al desenvolvimiento económico del país, efectuado en una coyuntura en la cual la sociedad oligárquica no sólo se declara inepta para financiar a su Estado, sino que éste ha de sostenerla pecuniariamente. Huelga decir que el engendro espoleará las deformidades. No obstante, a la burguesía entera, sin distingos de bando, le suena ajustado a la más pura hermenéutica que su presidente imprima billetes de lo lindo, con tal de cubrir los desfalcos de los agiotistas, auxiliar a los dueños del Banco de Bogotá, evitar el cierre de Fabricato, apuntalar el Idema y sus precios de sustentación, “democratizar” los monopolios, solventar el Inscredial. A este tácito avenimiento han llegado los más reputados portaestandartes de la reacción, dentro del espíritu del artículo 120 de la Carta, que estatuye la responsabilidad compartida liberal-conservadora en el manejo de la república, y atizados por las conmociones de un tramo en el que los lamentos cunden por doquier y la desesperanza se propaga con la velocidad de una epidemia. Y quizás sea también un entendimiento excepcional y hasta aleatorio, porque muchos de quienes en 1982 pusieron su alma en el ritmo de la administración recién inaugurada ahora predicen terribles desenlaces si no se adoptan de urgencia éstos

o aquellos correctivos. No hay más que escuchar a los gremios de la industria, el comercio, la construcción, la agricultura y hasta de la cima privilegiada de las finanzas, que sólo comentan de “parálisis”, “caos”, “crisis”, “catástrofe”, y no atinan a explicarse un eclipse tan pronunciado y largo.

Las cuentas nacionales arrojan datos ciertamente escalofriantes. En lo transcurrido del decenio la superficie de los cultivos ha descendido en 500.000 hectáreas y la dependencia del exterior en materia de alimentos se acerca al millón y medio de toneladas anuales. Las fábricas de importancia que han concluido en bancarrota, agregadas a las que se encuentran en concordato preventivo, más las que operan muy por debajo de su capacidad instalada o simplemente reportan pérdidas balance tras balance, suman ya varios centenares. La descompensación entre las exportaciones y las importaciones viene ocasionando un remanente negativo en la balanza comercial del país, que las autoridades últimamente ubicaron en 1.500 millones de dólares, luego de imponer rigurosas medidas restrictivas, muchas de las cuales han recibido el rechazo de la burguesía empresarial y mercantil. Los niveles elevados de desempleo, que en las naciones sojuzgadas, a distinción de lo que ocurre en las metrópolis, configuran un mal crónico y no típico de las épocas recesivas, en Colombia, hoy por hoy, asustan incluso a comentaristas de librea y áulicos de oficio. Para las cuatro principales ciudades el paro forzoso se estima ya en 13.5 por ciento. Sin embargo, los muestreos del Dane resultan menos estrictos y menos impresionantes que el drama en vivo. Porciones considerables de hambrientos no aparecen por lo común contabilizados entre los cesantes, así no sean más que eso, en razón a que tales muchedumbres de parias absolutos, sin destino ni protección social alguna, se refugian, muy de vez en cuando y para no lanzarse al Salto, en quehaceres marginales o faenas improductivas. La deuda externa ronda los US\$ 11.000 millones y demanda cada año abonos por US \$1.700 millones, de los cuales más de 60% en sólo intereses. Raudales respetables si se aprecia la merma vertical de las divisas, debida asimismo al deterioro acelerado del conjunto de la economía colombiana y en particular de sus ventas en las lonjas internacionales. En lo concerniente al déficit fiscal de 1984, que se le encima al de 1983, de ingrata recordación, ni las dependencias especializadas coinciden en precisar su monto; si en 90, 135 o quizá 250.000 millones de pesos. Mas hay coincidencia en varias cosas: que el descubierto rompe todas las marcas anteriores, crece descomunadamente y no se vislumbra otro remedio que el del fraude monetario para sufragarlo.

Entre las ejecutorias reivindicadas por el régimen descuella el repliegue de la inflación a un tope inferior a 15 por ciento y que el ministro de Hacienda saliente cotejaba orgulloso con las congojas de las naciones latinoamericanas donde la carestía aún mantiene índices de tres dígitos. Aquí cabe también una

observación imprescindible. Para nadie constituye un secreto que la caída de los precios tipifica los intervalos depresivos del capitalismo. Indicábamos arriba que la anarquía en la producción, propia de este sistema, lleva, de tiempo en tiempo, a que terminen entabándose unas a otras las diversas ramas industriales, además del choque entre un continuo aumento de los géneros elaborados y un consumo cada vez más reducido, fruto de la depauperación incesante de las masas populares. Su cometido, a diferencia de las sociedades anteriores, se compendia en la obtención de un progreso constante; pero como, a semejanza de aquéllas, lo sigue haciendo por intermedio de la apropiación privada, la tendencia hacia la alta especialización y división del trabajo, que supone una exigente proporcionalidad de las múltiples áreas y derivaciones industriales, confluye, al contrario, en una menor armonía o acoplamiento entre ellas. La permanente tecnificación y el acervo de la riqueza desembocan sin escapatoria en severas obstrucciones, hasta cuando las quiebras en cadena reparan los desajustes entre las múltiples y distintas empresas y dan arranque a una fase de recuperación que a su turno gestará el siguiente colapso, repitiéndose el proceso indefinidamente. Durante la depresión todos quieren vender pero muy pocos compran; entonces las mercancías, englobada la fuerza de trabajo, se abaratan en la búsqueda afanosa de una salida que no siempre logran. El trágico desenvolvimiento conduce desde luego al naufragio a muchos potentados, y a los asalariados los sume en una postración centuplicada. Con todo, a la larga el fenómeno lo aprovechan los capitalistas más poderosos para sacar de la liza a sus competidores y reacomodar el margen de ganancia, restringido por el fortalecimiento de la capacidad productiva, o sea por la mengua del factor laboral respecto a la mejora y ampliación de las maquinarias y materias primas gastadas. En otras palabras, el capitalismo sale de sus traumas periódicos blandiendo sus armas predilectas: la concentración económica y la degradación del proletariado. Lo que pierda por la menor cantidad relativa de trabajo puesto en movimiento procurará compensarlo con una mayor intensidad en la explotación del mismo. De ahí que la burguesía estadounidense haya arrancado, a principios de los años ochentas, en el peor y más sostenido declive de su industria desde la posguerra, un descuento sustancial en la remuneración de los obreros.

En fin, a Colombia la lesiona directamente la crisis de Occidente en cuyo ámbito gravita; salvo que en nuestro medio los aniquiladores efectos de aquélla se manifiestan con redoblada furia, gracias a la supervivencia de formas atrasadas de producción y preferencialmente al desvalijamiento de los monopolios imperialistas, causas ambas, ya ancestrales, del raquítrico desarrollo del país y de su espantosa pobreza. A las cargas heredadas del pasado se nos añaden los fardos transferidos por los depredadores extranjeros. Sobre las gentes tradicionalmente

confinadas a las ruinosas labores artesanales, sobre los venteros ambulantes que por cientos de miles pululan en las vías de los cascos urbanos, sobre el éxodo de los campesinos desprovistos de sus parcelas, sobre los tugurios, se abate la concurrencia de los declarados insubsistentes tras las extinciones parciales o completas de las pequeñas, medianas y grandes factorías. A los colombianos nos corroen las plagas del apogeo del capitalismo sin haber superado las escaseces que implica la insuficiencia de éste. No construimos nuestros telares y ya soportamos el agio y la usura de una complejísima organización bancaria, los desafueros de un Estado oligárquico altamente intervencionista, el perjuicio de las mínimas fluctuaciones del comercio mundial y, a las claras, las desastrosas consecuencias del crac. No debiera por ende maravillar la declinación de la curva inflacionaria que la cúpula burocrática ostenta cual una proeza nunca vista y jamás bien ponderada; lo incongruente está en que en medio del ciclo contraccionista el costo de la vida no aminore en realidad y puje hacia arriba, con menor impulso sí, pero de todas maneras con sesgo ascendente. Los ricachos no se entusiasman con el pírrico triunfo divulgado a tambor batiente por los hacendistas del gabinete, pues palpan la inmovilidad, le toman a diario el languideciente pulso a las transacciones y se percatan de cómo sus mercancías, sus apartamentos, sus tierras, no circulan o lo hacen muy lentamente, así reduzcan los importes. Muchos de ellos coinciden en echarle la culpa a la atrofia de la demanda, aunque al tiempo promuevan o patrocinen los despidos masivos y el menoscabo de los salarios. Otra muestra de los inefables enredos del sistema. Como hay ausencia de compradores los capitalistas se las arreglan para expulsar de la plaza a los que queden. Cuando los almacenes se repletan, se envilecen a la vez las cotizaciones y los negocios cierran; con los cierres, el envilecimiento y el almacenaje de los productos empeoran. A la depreciación de las mercancías corresponde una valorización proporcional del dinero, que induce a todo el mundo a pugnar por deshacerse de los objetos que nadie solicita y que difícilmente se truecan en efectivo, a querer aprisionar la moneda contante y sonante, a desear poseer, no valores de uso inutilizados, sino el valor de cambio y el medio de pago por excelencia, con el cual tener acceso a los vericuetos del mercado y medrar en las pocas oportunidades que éste brinde. Naturalmente los intereses se trepan, el financiamiento escasea y las inversiones disminuyen, hasta tanto el péndulo no retorne al punto en el que vuelva a ser atractivo soltar el circulante y prender los hornos apagados. En Colombia nos tropezamos sin embargo con el insólito caso de que en medio de la más cruda parálisis lo que predomina es el desmoronamiento del peso, en virtud de las anomalías fiscales, el febril dinamismo de los impresores de la banca central, la devaluación galopante y las tasas crecientes de los préstamos internacionales, re-virtiéndose en un sobreencarecimiento artificial del crédito, Elementos que, tras

de influirse mutuamente, deprimen aún más la economía y alejan las probabilidades de recuperación. Claro está que los desgreños financieros y monetarios han acompañado a las dos últimas depresiones del imperialismo, tanto en 1975 como en la actualidad, notándose también en los países “avanzados” la persistencia de la espiral alcista dentro del tumbo descendente. Pero semejante deformación de la deformación estropea ante todo a las naciones avasalladas del Tercer Mundo. Por eso López Michelsen, sin desentrañar el meollo, mas procurando refutar a su antiguo antagonista, hizo hincapié en que antes, vale decir durante el “mandato caro”, *“noseconfundíarecesiónconbajadeinflacióncomoocurreahora”*⁵. De cualquier modo, en estas heredades de Colón no disfrutamos ni del abaratamiento característico de las estaciones críticas.

No hay pues qué aplaudir en el informe del Ejecutivo, y si prolifera la incertidumbre se debe precisamente a que se angosta el espacio para sus martingalas y sus carantoñas. El Estado no se halla en circunstancias de acudir con la largueza inicial en auxilio de los sectores emproblemados y, al revés, se ha decidido a apretar la clavija, como cuando eleva el rendimiento de las Upac en casi 6 puntos y de 8 a 15 por ciento el de los títulos agropecuarios clase A que las instituciones financieras privadas subscriben obligatoriamente, o reitera el propósito de mantener la progresión de las cuotas de los usuarios del ICT y de las tarifas de los servicios públicos. Determinaciones que se mueven en contravía de sus planes de vivienda y de sus ofrecimientos de desencarecer el crédito, rehabilitar las actividades productivas y redistribuir el ingreso. Resta poco qué escoger. Las adversidades de los empresarios se trasladan inevitable y tumultuariamente a los financistas, ratificándose de paso que el bazar especulativo, aunque se efectúe eludiendo los riesgos de la construcción material, descansa sobre ella y ésta le traza sus límites. Los banqueros han tenido que aceptar en dación de pagos bienes muebles e inmuebles por varias decenas de miles de millones de pesos; las deudas a su favor, vencidas y de difícil cobro, bordean los \$ 130.000 millones, cuantía que equivale a una vez y media el capital y las reservas del ramo, y se prevé que 19 de los 23 bancos con sede en Colombia, después de lustros de consecutiva opulencia, no consignarán utilidades en el ejercicio contable de 1984. A la proverbial inopia de los institutos descentralizados se adosan ahora las erogaciones que algunos de ellos han de hacer para cubrir los réditos de los papeles con que captaron gruesas sumas dentro de los particulares, mientras la Contraloría calcula que el gobierno central ha de desembolsar por los suyos más de \$ 40.000 millones durante el año, estrechándose angustiosamente el círculo. A Raphael, el atormentado personaje de Balzac, cada vez que saciaba una de sus irrefrenables pasiones, se le encogía la piel de onagro, fuente mágica de sus placeres y de su existencia; al protagonista del Movimiento Nacional con cada

uno de sus impostergables decretos se le agota el “*sí se puede*”, el talismán con que electrizará a las multitudes y abriera los portalones del poder⁶.

Nos hemos hecho una idea del mar de los sargazos que surca la nave colombiana, cuyas vicisitudes exasperan los roces y choques entre las diferentes clases y que a no pocos burgueses les ofusca la visión y les nubla la mente. “*Ya se han socializado las pérdidas*”, recapacitaba un de esos oficineros comentadores de la cosa pública; “*ahora lo que falta es que se socialicen las ganancias*”, concluía. Significando así los movedizos terrenos que se pisa con los infructíferos estímulos concedidos de mogollón a las élites en quiebra por parte de un régimen igualmente descaudalado. De la fallida intentona de revivir las rentas mediante la subvención oficial, a invertir las relaciones sociales con el objeto de establecer un Estado realmente holgado y capaz de ver por el engrandecimiento de la nación, no habría mucho trecho si se contempla el asunto desde un ángulo global e histórico y las masas trabajadoras pueden influir decisivamente. En todo caso las recetas de alguna incidencia se desechan tan pronto salen a la luz y la confusión ha sido la reina del carnaval. Dentro de tal clima se sucede la reunión de Cartagena de los cancilleres y ministros de Hacienda de las morosas e insolubles repúblicas latinoamericanas.

Allí el comediógrafo fue de nuevo el olímpico mandatario de Macondo, quien acaparó los destellos de las cámaras y se robó las palmas de la galería, retocando con prudencia su imagen de veleidoso contradictor de los regidores del imperio e instalando la conferencia con un discurso que anticipaba los párrafos primordiales del documento finalmente aprobado por unanimidad. Aboquemos el examen del contenido de las postulaciones del encuentro, no olvidando que el desafío consiste, de un lado, en poner sobre el tapete los motivos del enfrentamiento entre los emisarios de los regímenes del Sur escarnecido y los filibusteros del Norte, y del otro, en abogar por las orientaciones que al respecto más le convengan a la revolución. El temario abarcó tres tópicos: lo que se denuncia, lo que se pide y lo que se promete.

La bancarrota teórica

Dentro del primer aspecto el Consenso da por sentado que “*la región atraviesa una crisis sin precedentes*”, con ilustrativas referencias a que el producto por habitante sigue siendo similar al de hace una década, el desempleo afecta a más de la cuarta parte de la población activa y los salarios reales han caído sustancialmente. “*Lo que puede traer graves consecuencias políticas y sociales*”. Delestopicio se acusa a “*factores externos ajenos al control de los países de América Latina*”, tales como la recesión internacional, el estancamiento de los países industrializados, el deterioro de los términos de intercambio y el resurgimiento del proteccionismo. Anótase que

elserviciodeladeudapasóaser *“casi el doble de laumentodelasexportaciones”* y que *“en los últimos 8 años el pago de intereses representó más de US\$173 mil millones”*. Los delegatarios llamaron asimismo la atención sobre la conversión de Latinoamérica en *“exportador en red de recursos financieros”*, avaluando dicha *“pérdida”* en US\$30 mil millones para 1983; y se quejaron de los *“cambios drásticos en las condiciones en que originalmente se contrataron los créditos”*, enmendados que añaden a la *“liquidez”*, a las *“tasas”*, a la *“participación de los organismos multilaterales”* y a la *“perspectiva de crecimiento económico”*. El llanto siguiente lo recapituló todo: *“Mientras existen manifestaciones de recuperación económica en los países industriales, América Latina se ve forzada aminorar y en algunos casos a paralizar su proceso de desarrollo”*.

Una convergencia extraña y polémica por provenir de quien proviene, los canes guardianes del patio trasero de la Casa Blanca. Pronunciamientos pungentes que borran de un plumazo los otros muchos eventos convocados por los Estados Unidos, en donde siempre se predicó, dentro de los lineamientos del panamericanismo, la conjunción de designios y la identidad de pareceres de los pobladores del Hemisferio, desde Alaska hasta la Tierra del Fuego. Refundidas en la memoria quedan las rondas de Punta del Este que, bajo la batuta de Kennedy en 1961 y de Johnson en 1967, les dibujaron a los pueblos zaheridos un engañoso futuro de realizaciones sin par y de dichas compartidas con el odiado usurpador. Habiendo la rueda de la fortuna girado muy al contrario de lo previsto por aquellos falsos profetas, sus sucesores, al cabo de los almanaques y luego de reconocer sin disyuntivas el severo mentís corroborado por la práctica, se atreven a bosquejar un replanteamiento, en un acto que huele más a memorial de agravios que a reposada sugerencia. El que las autoridades del Continente, tanto las ungidas con los votos como las consagradas por las bayonetas, hayan admitido el rotundo descalabro de los programas, las “ayudas” y los convenios basados en los nexos neocolonialistas así no les guste el vocablo, ni lo mascullen por equivocación, no puede menos que simbolizar un ¡al fin! para las fuerzas revolucionarias y en especial para el marxismo-leninismo, que libran una ardua lucha ideológica y política contra un enemigo cuya supremacía se la debe en gran parte al hecho de ejercer un dominio omnímodo sobre los medios de información y, a través de ellos, asegurarse la esclavitud mental de las gentes desposeídas y explotadas.

No obstante, el triunfo no les será entregado gratuitamente a los adalides de la nueva Colombia, ni nada les reportaría si no lo afianzan con una paciente e infatigable campaña de educación y propaganda, enderezada a destruir la quimera de un cabal desarrollo del país en las condiciones de saqueo imperialista y de prevalencia de las formas monopólicas de apropiación. No hay que esperar que este absurdo criterio sea dejado expósito por el pensamiento predominante de la re-

acción, por mucho que las estadísticas hablen en su contra, aun la de los organismos estatales. Ni lo abandonará el oportunismo, que en sus diversas expresiones revisionistas viene desde antaño apostando por él, y menos hoy que juega al juego de transformar la república mediante el diálogo pacificador con el gobierno. Ahí tienen, pues, material de sobra y ocasión feliz nuestros investigadores, ante todo los compañeros y amigos de Cedetrabajo, para enriquecer los fundamentos de la revolución democrática de liberación nacional defendida fielmente por el Partido desde su fundación. Y nuestros instructores de las escuelas para cuadros conseguirán hacer más comprensibles sus pláticas acerca de la génesis de la crisis capitalista, ahora que indagamos por el método de la enseñanza partidaria, y que no puede ser otro que el de ligar vivamente los justos conocimientos extraídos de los libros con las multifacéticas y mudables realidades del momento.

Tampoco habremos de permitir que cuaje impunemente la especie, montada con sagacidad, de que sean preciso los estipendiarios del imperialismo los primeros propugnadores del bienestar social, en cuyo nombre peroraron los ministros en la capital bolivarenses, tratando de proporcionarles un sentido cariz a sus reclamos y de atraer la solidaridad de las mayorías apaleadas de Latinoamérica. Abundan los relatos sobre las iniquidades y traiciones perpetradas por los Berbeos de la época, especialmente aquellos que destapan los desfalcos, despilfarros y demás corruptelas administrativas de sus exponentes burocráticos. Enumerarlos sería de nunca acabar. Pero todos se parecen en algo al trance de Argentina, en donde los militares sin dejar rastro, no solamente desaparecieron a los hijos de las manifestantes de la Plaza de Mayo, sino también los giros enviados por las agencias prestamistas internacionales. Si se nos replica que acudimos a las perfidias de las dictaduras castrenses para enlodar la fachada de los regímenes representativos latinoamericanos, recordemos entonces el caso del más institucionalizado de ellos, el de México. Vencido el mandato de López Portillo, reventaron una serie de escándalos en torno a onerosas defraudaciones cometidas contra los fondos oficiales, en las que aparecían incursos pesados funcionarios, sin omitirse al propio Presidente. La cuasinacionalización de la banca de ese país, decidida en 1982, fue más bien una asepsia que una innovación económica, puesto que la burguesía financiera sacaba al exterior con una mano los dólares prestados que recibía con la otra. Motivo de recurrentes querellas entre los imperialistas y sus recaderos ha sido la destinación de los empréstitos y, más aún, la dilapidación de éstos.

De ahí también la rigurosa vigilancia del Fondo Monetario Internacional, a sabiendas de que está de por medio la capacidad de pago de los prestatarios y la concreción de las ganancias. Según cómputos de la revista estadinense *Time*, del pasado 2 de julio, a partir de 1979 han salido de América Latina US\$ 70 mil millones, designados a compras de tierras, inversiones privadas o depósitos ban-

carios en el extranjero; monto que contrasta patéticamente con la iliquidez, los gravosos desembolsos y la sinsalida a que alude el Consenso de Cartagena. En cuanto a prodigalidades, nuestra descabalada democracia tampoco escatima. El 12 de julio las emisoras de la Radio Cadena Nacional transmitieron: *“El Banco de la Reserva Federal de los Estados Unidos reveló ayer que entre 1981 y 1983 Colombia registró fuga de divisas con destino al mercado financiero norteamericano por 2.500 millones de dólares”*⁷. Y si se completara el paisaje con los hurtos detectados en Haití, la compra de armamentos del Perú, las ostentaciones de la cleptocracia venezolana, los derroches de Brasil, el ingenio colombiano para rapiñar las partidas de la deuda inclusive antes de su ingreso legal al país y el resto de los ardides con que se limpian las arcas estatales, no sería aventurado aseverar que el cruce de impugnaciones entre el César y sus procónsules, lejos de generarse en la penuria de los niveles de vida de la región, se circunscribe al regateo del botín. Este tipo de disensiones podrá agudizarse, sí, sobre todo con el ahondamiento de la crisis, mas no adoptará un carácter irreconciliable o de ruptura total. El imperialismo repara en el agua que lo moja y luciría torpe al pretender extremar sus exigencias, tanto por los ahogos en que se debaten sus irremplazables alzafuelles, como por las impredecibles consecuencias de un cataclismo en la retaguardia. Jamás se había hecho tan patente que los grandes emporios capitalistas superviven gracias al despojo de sus neocolonias; su suerte se define no en Londres, Washington o Tokio, sino en las vastedades mancilladas de Asia, África y América Latina. Los intermediarios también tienden hacia la contemporización, porque en proporciones determinantes derivan su peculio de las entendederas con los monopolios del imperio y a la sombra de éste se refugian, como cualquier José Napoleón Duarte, cada que los infortunios los traspasan o la repulsa popular los apercuella.

Por dicha causa la conferencia estuvo rodeada de episodios hasta cierto punto desconcertantes. El país sede se vanagloria de haber sido, entre sus congéneres, el más cauto en endeudarse y de ser ahora el único con posibilidades de seguir hipotecándose; y en su oración, Belisario Betancur impacta a los concurrentes al poner en conocimiento que *“algunos bancos internacionales privados han resuelto agredirnos...han llegado a extremos de amenaza si servíamos de anfitrión a esta reunión”*. No obstante, mientras intervenía el oferente, aquel mismo 21 de junio, los cables teleguiados desde Nueva York reseñaban que el Chase Manhattan Bank le había ofrecido a Colombia coordinar, por intermedio de un pool de entidades financieras, un crédito de US\$ 700 millones, y cinco días después, por corresponsalía originada en esta ocasión desde París, se supo de otro empréstito de US\$ 375 millones, adjudicado a la Federación Eléctrica Nacional por el BIRF y una treintena de consorcios crediticios europeos, japoneses y norteamericanos.

Entre tanto el Departamento de Estado, en declaraciones de su asesor económico, Martin Bailey, se apresuró a corregir el malentendido presidencial, ratificando a su vez lo que se desprendía de los despachos noticiosos, que *“los bancos grandes y más importantes del mundo son conscientes de la importancia y papel que Colombia está cumpliendo al facilitar un acuerdo responsable entre las naciones deudoras y la banca internacional acreedora”*⁸.

Incuestionablemente el atascamiento de los negocios y la declinación de su rentabilidad agrietan las otrora lucrativas y cordiales afinidades de los accionistas de la hazaña expoliadora. Empero, como los asustan los mismos fantasmas, pondrán a funcionar a una voz y a todo vapor los complejos engranajes gubernamentales; exprimirán hasta las heces los denarios públicos, y les darán largas, en tanto las circunstancias lo permitan, a las definiciones espinosas y controvertibles, propendiendo a soluciones de transacción, las que menos perjudiquen a unos y otros. Moraleja: hay quienes se insultan en las avenidas y se reconcilian en las callejuelas. En cuanto atañe a la voluntad, o sea al terreno subjetivo, los imperialistas y sus espoliques preferirán un mal arreglo que un buen pleito; falta ver qué opina la otra premisa, la objetiva, al fin y al cabo la variable decisoria.

Ahora toquemos el segundo aspecto. ¿Qué se pidió en Cartagena? Extráctemos del texto del acuerdo las solicitudes de mayor envidia cursadas a los mandamases de Occidente. Antes que nada se machaca en *“la reducción de las tasas de interés”*, y *“sin perjuicio de los objetivos antiinflacionarios”*. Dos metas contradictorias que aguardan por la reanimación de la economía mundial y más específicamente por el acortamiento del abultado déficit fiscal de los Estados Unidos. Aun cuando se haya insistido en que 1984 marca el arranque de la tan anhelada convalencia del sistema, no se oculta que ésta demoró, o viene demorándose más que la de 1976-1977, y que son en particular muy inquietantes los coeficientes de Europa, cuyos países han llevado la peor parte y en los cuales la reconversión industrial demanda sumas gigantescas y sacrificios sociales sin cuento. Pero incluso asintiendo que la reactivación sea una realidad tangible y no un espejismo del desierto, cabría todavía preguntarse si durará lo suficiente, o se circunfiere a una mejoría pasajera, premonitoria de un letargo más profundo y traumático. Algo parecido acontece con el embrollo presupuestario estadinense; su saldo adverso amaga romper la barrera de los US\$ 200.000 millones, enfriando el alma hasta de los pocos optimistas que presagian un efectivo saneamiento durante el período constitucional a iniciarse en 1985. Esperar a que los zascandiles de Wall Street o de la Oficina Oval reciten el “¡levántate y anda!” ante la desfalleciente producción, a fin de que se satisfagan las peticiones de quienes, además de haber protestado sus pagarés, aspiran a franquicias que se contraponen a elementales preceptos económicos, es pecar de ingenuos o pasarse de astutos. O cual dirían

los colombianos, hacer belisarismo.

Nuestro peripatético gobernante todavía cree, por lo menos de dientes afuera, que las ratas del ingreso capitalista, el costo del crédito bancario, los índices de desempleo y de concentración de la propiedad deberían regularse por las eternas reglas de la equidad y de la ética. Con catequesis de moral, o mejor, de afectada moral, ha querido poner coto a los descarríos de una sociedad guiada por el Norte de la máxima ganancia. Como había jurado en vano torcerles el pescuezo a los réditos usurarios, una noche salió por las pantallas de la televisión a aleccionar en lenguaje pastoral a su grey acerca de los torvos y recónditos alicientes tras los que actúa la banca, y debido a los cuales no ha sido factible la disminución de los intereses. “¿Por qué cada día los suben más?”, interpeló al auditorio nacional; y al romperse respondió: “*por egoísmo*”. Renovando a renglón seguido el ultimátum de que “*eso se va a terminar*”⁹.

Únicamente a causa del intensivo tratamiento de cretinización a que se ha sometido al país, tales delirios de orante u orate podrán ser tomados en serio. Sin embargo, el legajo firmado en la Costa Atlántica por los ministros de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, México, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela, recoge el “aporte fundamental” de la palabra iluminada del presidente Betancur, no refiriéndose desde luego al pasaje televisivo, pero sí al convencimiento vertido en su alocución inaugural de que todas aquellas injusticias y abominaciones que aquejan a la especie, se curan con contrición de corazón y propósitos de enmienda. Con que los imperialistas se resignaran a embolsarse menos en aras de sostener las cotas de enriquecimiento de las oligarquías antinacionales, el tan trillado reordenamiento mundial, la tempestad amainaría y el sol volvería a sonreírnos por igual a ricos y a pobres. Las peticiones bailan todas alrededor de tal consideración; a ello se reducen las contribuciones en el análisis económico.

Alas potencias se les recomienda, o suplica, “*el acceso a sus mercados de las exportaciones de los países en desarrollo*”, “*condiciones que permitan la reanudación de corrientes de financiamiento*”, “*alivio continuado y significativo de la carga del servicio de la deuda*”, “*reducción al mínimo de los márgenes de intermediación y otros gastos*”, “*eliminación de las comisiones*”, “*abolición de los intereses de mora*”, supresión de la “*exigencia*” de “*transferir al sector público, en forma indiscriminada e involuntaria, el riesgo comercial del sector privado*”, terminación de las “*rigideses regulatorias de algunos centros financieros internacionales*”, “*nuevos financiamientos*”, “*reconocimiento de la calidad especial que tienen los países soberanos como deudores de la comunidad financiera internacional*”, “*reactivación de las corrientes crediticias hacia los países deudores*”, “*asignación de un volumen mayor de recursos*”, “*fortalecimiento de la capacidad crediticia de los organismos financieros internacionales*”, “*nueva asignación de Derechos Especiales de Giro*”, etc.

Si se exceptúa el acápite atinente a un trato benigno para las exportaciones, la interminable retahíla de plegarias se condensa en la consigna de: ¡Dinero, dinero y más dinero! Que no se interrumpa su flujo, que mane a borbotones y sin recargos de ninguna índole. Y si es regalado, ¡excelente! Que los gobiernos latinoamericanos no tengan que responder por los débitos externos de sus burgueses, aunque se reserven el tan practicado derecho de enjugar las bancarrotas de éstos. Que el FMI, el BIRF y la Reserva Federal norteamericana tomen las medidas del caso para desinflar el valor de los créditos internacionales, así los países prestatarios no logren ni les importe constreñir los sobrecostos de los que facilitan internamente. Que Reagan haga lo que ellos no hacen: cauterizar el déficit, precautelar la inflación y descongestionar el mercado financiero. Pero el accidental inquilino de la Casa Blanca puede tanto como Prometeo en el peñón del Cáucaso. Pese a que los apologistas del imperialismo, matriculados en diversas escuelas y subescuelas, debatan y achaquen los atoramientos en el comercio, la industria y las finanzas mundiales al descuido o a la negativa de adoptar tal o cual política por parte de los conductores de la superpotencia, los cimbronazos de la crisis se sienten a menudo más fuertemente en las latitudes septentrionales de Washington, y dan allá menos lugar a los virajes bruscos que en una pequeña nación, supongamos la República de Chile.

A Augusto Pinochet, no obstante deber US\$ 19.000 millones, de pronto un empujón de 400 ó 600 millones más lo saque momentáneamente de penurias, y apenas lógico que el general esté dispuesto a intentar cualquier timonazo y a profesar cualquier tesis con tal de complacer a sus financistas y de que éstos lo complazcan a él. Mas a la administración norteamericana, que “vela” por Occidente, por el sistema monetario internacional y por el general Pinochet, ningún Grupo de Consulta o profesor universitario lo resguardará de sus cuatro jinetes del apocalipsis: los exorbitantes gastos de la defensa, ante las asechanzas del expansionismo soviético; el hostigamiento económico de las potencias aliadas; la explosiva penuria de sus zonas de influencia, y el veloz debilitamiento de sus fondos federales. Mientras no concluya la recesión todas estas acucias tenderán a agigantarse con su deplorable cola de coartaciones al comercio y, junto a ellas, los correspondientes obstáculos a la compra, de las contadas mercaderías procedentes del Tercer Mundo. Así que los implorados incentivos para las exportaciones latinoamericanas muy tangencialmente serán satisfechos.

La encerrona habrá llegado a tal extremo, que el candidato demócrata, Walter Mondale, sin reflexionar mucho en cuánto afectarán su campaña sus alegaciones, retó osadamente a la contraparte: *“Digamos la verdad... Reagan aumentará los impuestos, y yotambién”*¹⁰. Aunque el exactor no recogió el guante y se mantuvo por lo menos verbalmente en la posición de proseguir con los

amortiguamientos tributarios con que se privilegia a los trusts, y con las talas a la asistencia social con que se golpea al pueblo, el Tesoro de la poderosa nación sufre el peor quebranto de su meteórica carrera. El debate hará manifiestos los fracasos económicos de la última gestión de los republicanos. Ignoramos en qué grado incidirá sobre las expectativas reeleccionistas; empero, no nos cabe duda de que, sea cual fuere el resultado de los comicios de noviembre, la controversia, además de definir el sino de una facción, acabará sepultando casi media centuria de elucubraciones académicas sobre la anulación de la crisis capitalista mediante el incremento del empleo y del consumo a cargo de las múltiples irrigaciones del erario.

El crac de 1929 les había mudado el pellejo a las nociones teóricas de los economistas burgueses. Antes de la fatídica calenda sus connotados pontífices se empeñaban en disimular los fenómenos de superproducción y de paro dentro del capitalismo, aferrándose con fe púnica a las anacrónicas conjeturas de que el mercado nivelaba la una e impedía el otro; y volteándole cerrilmente la espalda a más de un siglo de palmarias refutaciones, incluida la remembranza que Engels inserta en su prólogo de *El capital* acerca de los ciclos decenales desde 1825 hasta 1867. Ni el pánico financiero de 1907, causante del despeño de trece bancos neoyorkinos y de otras compañías ferroviarias más; ni los años críticos de 1914 a 1916 que terminaron inmiscuyendo a Norteamérica en la primera conflagración mundial y entronizando allí definitivamente el capitalismo monopolista de Estado; ni el corto pero nocivo receso de 1920-1921; ni siquiera el estruendoso derrumbe de la Nueva Era en las postrimerías de la década de los veintes, convencieron a los rectores de la economía estadounidense de abandonar los rígidos criterios, plantados en el “espíritu nacional” yanqui, de que una administración admirable era aquella cuya injerencia brillara por lo discreta y austera. O como lo proponía el lema electoral del malhadado presidente Warren G. Harding: “*Menos intervención del gobierno en los negocios y más intervención de los negocios en el gobierno*”¹¹. O como lo preconizara Franklin D. Roosevelt en medio de la hecatombe de los treinta, meses antes de asumir la Presidencia y a manera de crítica a los desequilibrios presupuestales que Herbert Hoover no acertaba a recomponer: “*Tengamos la valentía de dejar de pedir préstamos para hacer frente a los continuos déficits. Basta de déficit*”¹². De pronto el brujuleo cambió abruptamente. No sólo se reconocieron las turbaciones cíclicas, sino que se proclamó una forma infalible de neutralizarlas. El nuevo e improvisado esquema doctrinario se distinguiría por sus ínfulas. Sin condescendencias botó a la basura los amarillentos e inservibles tratados y propagó a toda prisa por el orbe, cautivando a catedráticos y estadistas, quienes *ipso facto* retocaron sus axiomas y políticas para ponerlos a tono con la moda. Sobre referir que también la intelectualidad simiesca de la neocolonizada Colombia

gesticuló a la par con sus preceptores extranjeros.

De aquí en adelante el Estado, cual supremo regulador, habrá de interferir con el objeto de acrecentar la demanda y promover las inversiones, sin pararse en pelillos o reparar en faltantes y descubiertos. El fundamento de toda esta “revolución” se halla en que, ante los incesantes progresos de la producción que se traducen en una merma relativa del trabajo explotado y del promedio de las utilidades, el imperialismo se había decidido a apelar abiertamente a los instrumentos y beneficios públicos para reponer las declinaciones de la rentabilidad, ya fuese a través de la moderación de los gravámenes, las adiciones al gasto oficial, el endeudamiento estatal, las emisiones monetarias, la devaluación, o por los procedimientos directos de los subsidios y los rescates para las empresas entradas en barrena. A tamaña defraudación de la confianza ciudadana en pro de los dueños y señores de las tres cuartas partes del globo, se la invistió de la dignidad de una ciencia, y como a su héroe epónimo se nombró al señor Keynes, el hombre cillode Cambridge, al que “*la lucha de clases lo encontró siempre de la lado de la burguesía culta*”, y quien fuera en Bretton Woods coartífice del realinderamiento económico refrendado con las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Si en los convulsos períodos anteriores se consideraba conceptualmente prioritario mantener incólume el soporte estatal, última garantía de la sociedad explotadora, después de la Gran Depresión, lo primero que habría que hacer era desangrarlo, y sin contemplaciones, con tal de contener la crisis. Pero los presupuestos deficitarios estadinenses que comenzaron bajo Kennedy como estrategia consolidativa, al cabo de veinte años de prescripción de mercados y de extravío de posesiones neocoloniales, amén de las otras calamidades sucintamente narradas atrás, se han tornado con Reagan en una pesadilla que en lugar de coadyuvar al restablecimiento se constituye en uno de los mayores inconvenientes. La burguesía autónoma de Europa, Japón y Canadá, así como los testafierros del Tercer Mundo, ya han constatado empíricamente que este falseamiento de las apropiaciones y destinaciones presupuestarias, cuando lo ejecuta el proveedor de la divisa mundial, en el presente caso Estados Unidos con su patrón dólar, es un sutil y engañoso mecanismo para soliviar los decaídos dividendos de Norteamérica, a expensas del despojamiento y del naufragio de sus rivales comerciales.

Hay que pertenecer a la cofradía de Fedesarrollo, los masters del keynesianismo criollo, para pensar con el disco rayado de que el país urge aún de emitir y prestar más para rehabilitarse, cuando hasta los parlamentarios intuyen que semejantes expedientes tocan a su fin. U ostentar la banda presidencial en el pecho para insistirle a Washington que, de una parte, subvencione la deuda latinoamericana y suelte los dólares y, de la otra, controle el déficit y reduzca el *prime rate* o interés preferencial. El interponer unificadamente los buenos oficios de las

inversiones ministeriales para forzar mayores anticipos, los cuales requieren de cualquier modo ser autorizados y avalados por la Tesorería del imperio, denota la ciega inclinación de unas clases parasitarias y fletadas a las que no se les ocurre ninguna línea estratégica distinta a la rauda e irreflexible enajenación de las seudorrepúblicas puestas bajo su custodia; haciéndoles no sólo el esguince a los candentes problemas sino recrudeciéndolos con su comportamiento. A los quebrantos materiales de la burguesía los sigue la ruina ideológica de sus teóricos. El memorando de Cartagena refleja esta histriónica verdad al proponer como cura de los males que agobian al Hemisferio las causas que los originan.

Aunque surgidos de la libre concurrencia y cual negación de ésta, lo cierto es que los monopolios no consiguen obviarla del todo; entre ellos las contiendas, enmascaradas tras los pendones nacionales de las grandes potencias, abarcan los cinco continentes, tienden hacia la hegemonía universal y hacen de las ciento y pico de naciones subyugadas el trofeo predilecto de los vencedores. El imperialismo, antes que extirpar las crisis capitalistas, las vuelve más extensas, profundas y cataclísmicas. Lo aseveran las dos confrontaciones bélicas mundiales que redujeron a escombros y cenizas muchos de los medios de producción sobrantes, e inmolaron en los campos de batalla a decenas de millones de desempleados embutidos en sus trajes de fatiga. La ulterior reconstrucción, la iniciada en 1945, junto con el advenimiento del moderno modelo de vasallaje nacional, de apariencia democrática y rostro bonachón pero de más jugosas retribuciones que el burdo y repudiado colonialismo de viejo corte, permitieron temporadas de acompasado y hasta cierto punto de tranquilo esplendor, singularmente en los Estados Unidos, a cuyo firme liderazgo sólo empañaban escollos superables y llevaderas fricciones. Mas a estas alturas del proceso, descartada la efectividad de las soluciones transaccionales, el imperialismo se ve abocado, para vivir, a otro masivo aniquilamiento de la riqueza por él engendrada. No obstante, la destrucción de bienes y hombres será a una escala infinitamente superior a las precedentes, puesto que con la plétora de las armas nucleares la vigencia histórica de la guerra convencional ha concluido y, con ella, las limitaciones de la devastación; Norteamérica, al contrario de 1914 y 1939, no podrá eximir su territorio y habrá de arrostrar directamente y desde el primer instante los riesgos del holocausto, y el conflicto, que enfrentará a Occidente con la Santa Rusia rediviva, inevitablemente repercutirá en la conciencia de los pueblos del mundo, tanto de las naciones oprimidas como de las opresoras, que querrán sacudirse de una vez y para siempre los yugos de la usura, la crisis y la guerra. Tales las perspectivas finiseculares del modo capitalista de producción.

Y para evacuar nuestro examen, una plumada respecto a qué se comprometieron los lugartenientes políticos de las oligarquías latinoamericanas. Preca-

vidamente *“reiteraron que la conducción de las negociaciones en materia de deuda externa es responsabilidad de cada país”*. Esta declaración, pese a que la complementaron o adobaron con la sugerencia de estatuir unos *“lineamientos generales”* que *“sirvan de marco de referencia”* a las impugnaciones *“individuales”* de los Estados prestatarios, se redactó con el deliberado propósito de desprevenir al Grupo de los 7 Grandes, que ya desde la cumbre de Williamsburg, en mayo de 1983, tomó nota del clamoreo del Sur e hizo votos, por lo menos en el papel, de moderar los déficit fiscales, sofocar la inflación y encinturar los intereses, y que en la capital británica, en junio del corriente año, exteriorizó de diversas maneras su enojo por la eventual conformación de lo que se viene denominando el *“club de los deudores”*¹³. No habrá pues, según Cartagena, las conversaciones colectivas rechazadas por Londres. Los gobiernos en bancarota, que son sin salvedad los tributarios de los emporios industriales, rehusaron voluntariamente arremeter con la fundación formal de un bloque de mendicantes. Continuarán buscando uno a uno y por separado, de acuerdo con el monto de sus compromisos y capacidades, las correspondientes prórrogas y mitigaciones para los inmódicos pasivos. Zanjándose así, y aun cuando fuere temporalmente, un lío que amagaba con complicarlo todo.

Asimismo, prometieron pagar con puntual exactitud, despejando otra incógnita que traía en ascuas a la comunidad financiera internacional, cuyas entradas, y hasta su propia permanencia, cual se indicó arriba, penden de la seriedad y, lógicamente, de la holgura de sus clientes de América Latina. Por aquella fecha los medios informativos alarmaban a los lectores con los cálculos sobre los estragos que, en miles de millones de dólares y en cientos de miles de empleos, les reportaría a los Estados Unidos una reprobación oficial de los débitos de Brasil, Argentina o México. Se hacía inminente una aquietadora mención al respecto, y por eso los ministros suscribieron *“la decisión ampliamente demostrada por sus países de cumplir con los compromisos derivados de su endeudamiento externo y la determinación de proseguir con los esfuerzos de ordenamiento monetario, fiscal y cambiario de sus economías”*. Promesas éstas que buscan subsanar las discordias surgidas en las relaciones inveteradamente afables entre el imperialismo y los regímenes fantoches y que con certeza serán de muy accidentado cumplimiento; sin embargo, tal y como han sido proferidas dentro de las solemnidades de una misiva de esa índole, y dado el atolladero de remitentes y destinatarios, no pueden menos que copar las satisfacciones de los jefes del Norte. Ante las inobservancias e irregularidades registradas un juramento escrito no significa nada, pero sería peor no tenerlo. El dilema aquí no consiste en averiguar si los signatarios le harán honor o no a la palabra empeñada, máxime cuando la tierra tiembla incluso bajo los tronos menos accesibles y nadie está seguro de qué sucederá al día siguiente.

En una caliginosa mañana de otoño, los peruanos, por ejemplo, se quedaron súbitos al enterarse de que los plenipotenciarios de Belaúnde Terry, por un crédito puente de US\$ 300 millones, habían concertado una carta de intención mediante la cual el gobierno se obligaba a recortar en varios puntos porcentuales sus erogaciones, reducir en otros cuantos su déficit, incrementar los ingresos tributarios en un equivalente a 2% del Producto Interno Bruto, subir las tarifas del agua, la energía eléctrica y el transporte, reajustar los precios del arroz y de los hidrocarburos, disminuir las partidas de fomento estatal, nivelar las tasas nominales del interés bancario con las de la inflación, devaluar el sol en 20%, suprimir los subsidios a determinados artículos de primera necesidad y, por supuesto, dedicar anualmente a la cancelación de los empréstitos vencidos el 50% del total de las exportaciones. Y el premier Sandro Mariátegui, cabeza del gabinete, quien el 26 y 27 de abril, en distintos diálogos con los periodistas comentara jubiloso que el convenio, *“un éxito personal del presidente”*, viabilizaría *“la renegociación de la deuda en el Club de París”* y se sintetizaría en la reactivación económica del Perú *“en un lapsos de tres meses a un año”*, no tuvo el menor sonrojo de manifestar, menos de una semana después y ante las objeciones de los empresarios quebrados y de los sindicalistas enfurecidos, que el gobierno propugnaría la revisión de los mencionados pactos de emergencia con el FMI ¹⁴. En cosa de horas el tornadizo parecer de las autoridades peruanas había pasado de la impúdica euforia a la taimada discreción. Son los imponderables de la crisis que en Santo Domingo se patentizaron violentamente con 52 muertos, 140 heridos y 4.000 detenciones, al conocerse de la firma de los mismos irritantes acuerdos. Luego no nos referimos en este capítulo de nuestro análisis a las proyecciones cuantitativas, a los márgenes reales de aplicación de los protocolos. Si Williamsburg no tradujo o no pudo traducir en obras sus ofrecimientos, ¿por qué entonces Cartagena? No. De lo que se trata es de la soberanía nacional, de la actitud frente a los infamantes y perentorios requisitos de las agencias prestamistas cuyos mensajeros vagan por las covachuelas de la administración, husmean en las carteras ministeriales, hurgan en los archivos de los institutos bancarios, meten la mano en las contabilidades de las empresas públicas, toman asiento en el Congreso y en los concejos municipales, en suma, se pasean por la república como Pedro por su casa. Para la banca mundial ha resultado inaplazable que los gobiernos pongan freno al desorden, se disciplinen, no dejen por desidia o ineficacia escapar un denario. En ello va la concreción de sus acreencias. Y esto, unido a los apuros financieros de las marionetas, ha trastrocado a las naciones latinoamericanas, al principio en forma lenta e imperceptible y más tarde rápida y descarnadamente, en simples sucursales de unos hiperbóreos pulpos matrices, los tentaculares consorcios del imperio. Al punto de que ya no gozan de autonomía ni para fijarle el precio al

arroz. Y en medio de la escalada capitulacionista, los heraldos de la democracia oligárquica, fuera de disparar unos cuantos cartuchos de foguero contra los extorsionadores foráneos, apenas si atinan a reunirse para esclarecer en común las incomprensiones surgidas acerca de su dificultoso acatamiento a las requisitorias del Fondo Monetario Internacional.

Se profía en la entrega

Finalmente, los ministros, en lo que cabría calificarse como la gran novedad de la conferencia, *“manifestaron que la inversión extranjera directa puede jugar un papel complementario por su aporte de capitales y por su contribución a la transferencia de tecnología, la creación de empleos y la generación de exportaciones”*. No obstante alguna reserva en cuanto al escaso monto de las divisas que se captarían por tal concepto y la ceremoniosa admonición de que las firmas que arriben habrán de sujetarse estrictamente a las leyes de la región, aquella alternativa acaba patentizando la derrota y la alevosía de unas clases apátridas que no sólo estiman vedado el camino hacia un desarrollo independiente sino que renuncian públicamente a transitarlo. Y a los quince días a la capital del país le correspondería ser escenario de otra bochornosa citación, el bautizado Primer Foro de Inversionistas, con la asistencia de 187 representantes de compañías oriundas de los más diversos lugares del mundo a los cuales las autoridades colombianas del ramo les pormenorizaron 257 proyectos en las esferas de la industria agropecuaria y manufacturera, la minería, la comercialización, las maderas, los productos químicos, la pesca, los enlatados y hasta en empresas sociales y de servicios varios, con el objeto de atraer fondos por 2.000 millones de dólares.

Tampoco hay que olvidar que fue bajo el cielo cartagenero, donde justamente nació hace dieciséis años el Grupo Andino, o la Integración Subregional, que lleva también el nombre de la ciudad ilustre. Este experimento se presentó en su tiempo cual bendita panacea para los países consuetudinariamente estancados de los Andes, que principiaban a cavilar sobre un despegue conjunto y solidario. Sobre él llovieron las salutations nacionales e internacionales de casi dos lustros consecutivos. Pese a las instintivas simpatías que despiertan entre la gente las banderas integracionistas, en cuyo apoyo se resucitaron inclusive los ideales anfictionicos de Simón Bolívar, que en realidad no vienen al caso, nuestro Partido, nadando contra la corriente como siempre, hubo de enfrentarse a este nuevo embeleco, al que alababan desde el revisionismo mercenario hasta sectores democráticos y antiimperialistas despistados. Ni nuestros amigos chinos se exoneraron de adherir a los ilusorios planteamientos. Con ellos discutimos en su oportunidad, aspirando a convencerlos de que el Acuerdo de Cartagena, lejos de obedecer, tal sospechaban, a la insubordinación de las burguesías latinoame-

ricanas que aunábanse así para resistir la incómoda intromisión de los Estados Unidos, debíase al contrario a la necesidad del imperialismo de hacer una más exhaustiva utilización de los mercados de sus neocolonias, muchos de los cuales son tan estrechos que de por sí imposibilitan la instalación de plantas fabriles de alguna envergadura, impedimento qué habría de allanarse con el “*libre comercio*” interzonal. Meta defendida por Johnson dentro de la Declaración de Presidentes de América del 14 de abril de 1967, en Punta del Este; recomendada por el informe Rockefeller del 30 de agosto de 1969 a la administración de Richard Nixon, y expuesta explícitamente por éste como línea central para el Hemisferio, a través de su discurso ante la Sociedad Interamericana de Prensa, SIP, del 31 de octubre de 1969 ¹⁵.

Estos fueron los obligados prolegómenos de la loada política de la cooperación de capitales, que además hundía sus raíces en la descaecida Alianza para el Progreso y se insertaba dentro del marco jurídico de la vieja Alalc. Por razones apenas obvias al ambicioso plan se le echó su pañete nacionalista y a los copartícipes extranjeros se les supeditó a morigeraciones y fiscalías que no representan ni mucho menos la quintaesencia del patriotismo.

Luego de década y media de frustrantes tentativas, la amarga lección, al revés de lo esperado, compendióse en que los beneficiarios salieron siendo los monopolios imperialistas y que los países receptores, en lugar de desvanecer las aprensiones que aún los distancian y de jalonar y acoplar entre sí sus economías, se vieron mezclados a menudo en lastimosas pendencias, disputándose, dentro de los respectivos y sofisticados “*programas sectoriales de desarrollo industrial*”, la vinculación de sus asociados, las insaciables corporaciones de las potencias occidentales. Después de la institucionalización de un mercado andino, y que van cristalizándose los sueños de los trusts de poder enviar a todas nuestras naciones sus géneros elaborados en cualquiera de ellas, se pretende ahora seguir suavizando las estipulaciones de la famosa Decisión 24 del Acuerdo de Cartagena, con lo cual aquéllos quedarían facultados para unas remesas más grandes de utilidades o una reinversión mayor de las mismas, encima de otras muchas aberrantes mercedes. En efecto, el ablandamiento viene dándose con bastante anterioridad y no ha de endilgársele exclusivamente a Chile, que desistió de la integración a partir de octubre de 1976. A su favor se han inclinado igualmente los otros miembros del Grupo, que más de una vez introdujeron por unanimidad dispensas y salvaguardias al tratamiento de los capitales extranjeros. Y el gobierno belisarista, condescendiente hasta la ignominia, las ha otorgado a manos llenas desde su instauración y aun en órbitas atendidas regularmente por nacionales como el turismo, el transporte y la hotelería. Los caudales foráneos vertidos en Colombia se aproximaban en 1983 a los 1.400 millones de dólares. Al cabo de tanto trajín

y parloteo, de la solicitud de cupo en el Movimiento de los No Alineados y de las diligentes intermediaciones de Contadora, el régimen, en el mediodía de su mandato, entera a sus sufragáneos de que la recompostura económica estriba en más que decuplicar tal cifra.

Los modelos a imitar serán de aquí en adelante Singapur, Corea del Sur y Taiwan, los dilectos satélites, los adorados paraísos de los magnates yanquis. A los tiranuelos les molesta el mote de “deudores” y desean ser ascendidos al rango de “socios” de la empresa expoliadora ¹⁶. He ahí la metamorfosis de la mayordomía, la novísima acción hemisférica preconizada en el Centro Internacional de Convenciones de Cartagena de Indias.

A La Heroica le anularon con su Consenso de los ochentas su Acuerdo de los sesentas y, al hacerlo, los conferenciantes sencillamente se avinieron a tachar las mínimas prohibiciones que alejen a cualquier traficante de las metrópolis y que en la época nixoniana fueron el timbre de orgullo del nacionalismo latinoamericano. Voto que sin equívocos les cae de perlas a los neocolonialistas estadinenses, quienes, en virtud de la crisis, han tenido que conformarse con plazas industriales en grado decreciente dentro de América Latina, su primigenia área de intervención ¹⁷. A nadie ha de extrañar entonces que a la clausura de la susodicha reunión, llevada a cabo dentro de tan malos presagios, meros juicios laudatorios se hubieran impreso sobre ella, en singular los que corrieron a emitir los atentos vigías apostados en Nueva York, Washington, Londres. Para los protagonistas de la piratería contemporánea, los embozados repúblicos de la agresión internacional, con la triple soga al cuello de la crisis financiera, comercial y productiva, constituye un respiro que sus recelosos estipendiarios, hablando en pro de las naciones exaccionadas, denuncien las “reformables” deficiencias del sistema, aboguen por el fortalecimiento de la organización mundial bancaria, reclamen mayores subsidios estatales de las grandes potencias, pidan la no interrupción de las corrientes crediticias, ofrezcan cumplir los compromisos contraídos, renuncien a las renegociaciones colectivas y pongan, de aderezo del pastel, la promesa de abrumar de prebendas la inversión extranjera. ¿Podrían los defraudadores del *prime rate* recibir más de su morosa y amorosa clientela? ¹⁸

* * *

En cuanto atañe a los pueblos del Continente, encargados de pagar los trastos rotos de la extorsión, el latrocinio y el despilfarro, no hay motivo para tontas consolaciones. Frente al desbarajuste actual, las oligarquías vendidas al imperialismo no conciben, en razón de su catadura y de los lazos que las atan a éste, ninguna opción distinta de la de porfiar en las relaciones económicas y en las caducas formas republicanas de opresión que han conducido a Colombia a

la indigencia y la indignidad. Ni siquiera a los segmentos más descontentos, de la burguesía nacional, y no obstante sus protestas cada vez más encendidas, la agudización de las contradicciones les ha ayudado a deponer sus posturas conciliatorias e intentar unas fórmulas que se compadezcan con las urgencias del país y con los anhelos libertarios de las mayorías. El proletariado es la única clase que no habrá de desfallecer, ni de desistir del cometido histórico de encauzar hacia la emancipación definitiva las abigarradas vertientes populares, democráticas y patrióticas que agitan el ambiente político de la nación.

Se confirma de nuevo la justa teoría del MOIR de que el frente único antiimperialista ha de estar inspirado en un programa que, aunque tolere y estimule hasta cierta medida el capitalismo, elimine sus expresiones monopólicas a través de la confiscación y el control de un Estado revolucionario, y al tiempo rompa toda coyunda del extranjero. Obstinarsse en forjarlo alrededor de las claudicantes postulaciones burguesas, arguyendo su máxima amplitud y su expeditiva hechura, sólo demoras y frustraciones acarrearía. El hundimiento económico, que ha puesto de relieve esta concluyente enseñanza de nuestro Partido, ha de servirnos de laboratorio para asimilar a fondo las leyes sistematizadas por Marx acerca de las perturbaciones cíclicas del modo de producción capitalista. Necesitamos comprenderlas mejor a fin de contribuir eficazmente a la instrucción de los obreros y de los campesinos, rebatir las falacias de los explotadores y del oportunismo y dotar nuestra táctica de un consistente soporte científico.

Debemos cuidarnos de dos enfermedades típicas de coyunturas como la que atravesamos: el desespero y el desánimo. Trolepes de confusas personas, que la dura situación anonada, se escudan, bien en las temerarias e infecundas proezas del anarquismo, bien en las desmoralizadoras resignaciones del abatimiento. La crisis no es el toque a generala de la revolución. Por ello conmociones tan caóticas como el crac de 1929 no redundaron en Estados Unidos, o en otras partes, en un resurgimiento efectivo de la lucha política del proletariado, y a la postre viraron hacia el arraigo de la reacción en todos los órdenes. Y en la actualidad, cuando Colombia presencia por oleadas la quiebra de sus empresas y el retroceso de sus actividades agropecuarias, cuando tiene que destinar a la cancelación de la deuda externa casi el total de los ingresos por concepto de la exportación de su principal producto, el café, y en campos y ciudades germinan como nunca antes el desempleo y la miseria de sus habitantes, cuando los dirigentes de la alianza burgués-terrateniente al mando no visualizan solución para sus falencias en lo que falta del siglo y entre ellos prima el descontrol, irrumpen los instigadores de las prácticas extremoizquierdistas a proponer el remozamiento del país por medio de la pacificación dialogada y la “apertura democrática”.

El armisticio concertado en La Uribe entre las Fare y el gobierno no insta

de suyo a transformaciones sustanciales. El trato se limita a que la comisión oficial, conformada para tal fin, “*da fe*” de la “*amplia voluntad*” del Ejecutivo en cuanto a las enmiendas dirigidas a cimentar el predominio de la constitución y del derecho. Allí, a más de contemplarse la eficiencia de la justicia y del aparato administrativo, la elevación de la moral pública, la elección de los alcaldes, la función y el profesionalismo del ejército y hasta el mejoramiento de la fraternidad republicana, se persigue “*una*” reforma agraria y se avizoran los “*constantemente esfuerzos*” por la salud, la vivienda, el empleo y la educación. El adefesio no está en la omisión de las reivindicaciones básicas. Este sería mayor si no se les hubiere omitido, pues significaría recabarle al Estado no que arregle su aspecto sino que se autodestruya por temor a una guerra ofrecida o por pasión a una paz obsequiada.

La insensatez de aquellas agrupaciones se expresa en que, después de haber librado una lucha armada por casi dos décadas y sin importarles la ausencia de las condiciones mínimas insurreccionales, por lo cual se vieron día y noche impelidas a forzar la beligerancia de la población y a recurrir a modalidades de financiamiento políticamente improcedentes de improviso, y con el objeto de adecuarse a los zigzagueos soviéticocubanos en América Latina, resuelven izar la enseña blanca e impetrar la amnistía, el diálogo, la tregua y el indulto, a cambio de unos miserables remiendos a la república oligárquica que en el mejor de los casos sólo tendrán el don de reencauchar el destartado prestigio de los próceres del bipartidismo tradicional; y todo en un momento crítico en que el régimen pasa crujías socorriendo a los banqueros e industriales, autorizando los despidos masivos de trabajadores y recortando su propia nómina, para sobrevivir. Combatir veinte anárquicos y costosos años para rejuvenecer la centenaria carta de Núñez es como derribar un árbol para cazar un mirlo.

Si el oportunismo jamás tuvo en cuenta la conciencia ni el grado de preparación política y organizativa de las masas populares, ni la correlación de fuerzas con el enemigo de clase, es decir, los elementos que perfilan la táctica revolucionaria, y adujo siempre cual único argumento de sus aventuras la urgencia del cambio social, no sorprende que reduzca éste a unos cuantos retoques parlamentarios cuando decide suspender sus acciones terroristas y foquistas. No dirán: “Nos equivocamos; las circunstancias eran adversas para el levantamiento bélico”, con lo cual le ahorrarían más sangre innecesaria a la causa que aseguran defender, prestándole un gran servicio al cabo de tantos palos de ciego. Pero no. Continuarán empecinados en que la insurrección se justifica en cualquier eventualidad política y no obstante los estragos que su artificioso estallido pueda ocasionar en el seno del pueblo y en las huestes de la revolución; así como se exculpan las “aperturas” hacia los directorios liberales y conservadores, las

entrevistas clandestinas con el presidente, las festivas visitas a Palacio, las afinidades reformistas con el belisarismo, en medio de la peor catástrofe económica, en la cual la burguesía restituye su cuota de ganancia a costa de los salarios y las conquistas laborales, y el empobrecimiento generalizado y la descomposición social demandan sin más dilaciones una respuesta rotunda y ajena a los burdos despliegues de la minoría opresora.

Aunque no hayamos salido del aislamiento nos corresponde llenar el vacío. Porque si no hubo en el pasado la tan anunciada y amedrentadora guerra popular, tampoco habrá en el futuro la paz convenida. Los secuestros, por cuya unánime condenación los Ardila Lulle les rinden tratamiento de Bolívars a los Pancho Villas colombianos, proseguirán, y proseguirán con sus connotaciones proselitistas, gracias a que el irreversible colapso de la nación proporciona el sustrato y las premisas sociales para que insurrectos errantes, valiéndose de llamativas siglas, prefieran aligerar la bolsa de los ricos a destronarlos.

Al MOIR, un partido insobornable y proscrito por sus inconfundibles destructores, forjado no sólo dentro de la ruina acuciante de Colombia sino contra la resaca ideológica de dos calamitosos decenios, que no ha torcido su rumbo ni enturbiado su estilo con las malas mañas de la delincuencia común, le sobran combatientes del temple de Luis Acevedo y Arcesio Vieda y autoridad moral para capitalizar políticamente la descapitalización del país, e ir por los fueros de las concepciones y procederes que sacarán airosa a la clase obrera. Por traumáticos que fueren, los efectos de la crisis, no lograrán desquiciarnos ni doblegarnos, puesto que no ignoramos que las bancarrotas periódicas trastornan y debilitan a la burguesía pero no la eliminan. La sociedad basada en la explotación del trabajo asalariado encuentra la forma de recuperarse de sus espasmos recesivos, y los capitalistas no sucumben por razones propiamente económicas. A éstos, para verlos en el suelo, hay que tumbarlos.

Notas

1. Declaraciones de Misael Pastrana Borrero al *Noticiero Todelar, El Siglo*, junio 27 de 1984.
2. *El Tiempo*, junio 30 de 1984.
3. Alfonso López Michelsen, en el congreso ganadero convocado por Fedegan en Cartagena, apuntó: *“Novacilo en apoyarsin reservas la política de paz del presidente Betancur. Lodi je en Cali y quiero repetirlo ahora con mayor énfasis. Un presidente liberal que, para el caso hubierapodido ser quien habla, jamás hubierapodido realizar una convergencia multipartidista como la que ha alcanzado el presidente Betancur... Sectores del conservatismo, que apoyan incondicionalmente al presidente Betancur, jamás le hubieran prestado el contingente de su adhesión a un gobierno liberal y, en el seno de mi partido, la división hubierasidolamisma que contemplamos ahora frente al acuerdo, según se inclinanciertosánimos hacia la represión o hacia la amnistía. De igual manera, el tratamiento de la aproximación alaguerrilla, sin lesionar la sensibilidad de lestamento militar, tampoco hubierasidolamismabaja un gobierno de mi partido, no obstante haber observado, sin todos, algunos de sus presidentes, el principio de depositaren manos de las propias fuerzas armaclase el manejo de lescalafón, los*

ascensos y los retiros, sin la interferencia de la autoridad civil" (*El Tiempo*, junio 15 de 1984).

4. *Tribuna Roja*, N° 44, *Las caóticas implicaciones del "sí se puede"*, febrero de 1983.

5. López Michelsen, id.

6. La prensa comunicó que el martes 24 de julio "el Presidente citó a la Casa de Nariño a los representantes de los gremios económicos, profesionales y laborales, en la esperanza de lograr el respaldo nacional alrededor de iniciativas que pondrá a la consideración del Congreso". En realidad la reunión tenía el propósito de notificar a los voceros de los círculos influyentes sobre la alarmante indigencia del Ejecutivo y de recabarles su consentimiento y apoyo para obtener del Parlamento una nueva autorización, la segunda en menos de año y medio, para echar a andar la máquina impresora, esa piedra filosofal moderna que transmuta simples papeles en refulgente oro con sólo apretar el interruptor. En Cali, los aparatos represivos cogieron recientemente a unos bandidos en flagrante delito de producir dinero tramposo, y se los metió de inmediato a la cárcel porque estaban estafando a la sociedad; cuando este mismo atentado se adelanta con la permisión de la ley, sus autores se llenan de merecimientos porque el cuerpo social se ha agravado y requiere de una operación económica de alto turmequé. Efectivamente, el señor Betancur impresionó por su franqueza: "*La verdad es que el Estado no tiene hoy cómo cumplir obligaciones contraídas legalmente con sus empleados y con los contratistas nacionales, ni cómo realizar los gastos en moneda nacional que demanda el correcto funcionamiento de los servicios públicos... El gobierno tendrá que recurrir al expediente de la emergencia de pedir autorización al Congreso para pagar los faltantes con créditos del Banco de la República en 1984 y 1985*" (*El Tiempo*, julio 25 de 1984).

En mensaje dirigido al Congreso, a manera de exposición de motivos del proyecto de presupuesto para la vigencia de 1985, el presidente y su ministro de Hacienda, Roberto Junguito Bonnet, además de solicitar nuevas autorizaciones para emitir y endeudarse, contemplan una "suavización de las prestaciones" de los servidores de las dependencias estatales y un impuesto extraordinario, no especificado, pero algo así como un anticipo de los gravámenes de los años por venir. Literalmente expresan: "*Dentro de la estrategia se incluirá una propuesta para decretar una contribución extraordinaria y transitoria que, por sus características, sea asimilable al pago anticipado de impuestos futuros.*" Lo cual significa que el mandato del "sí se puede", no sólo entregará una administración en completa bancarrota y embargada, sino que se alzarán hasta con los fondos corrientes que les corresponderían por jurisdicción o competencia jurídica a sus desventurados herederos en el ejercicio del poder.

Y por su parte, el ex ministro Edgar Gutiérrez Castro, tan controvertido por su labor al frente de la economía nacional durante este período de descabros y de yerros, disculpándose por lo aplastante de las estadísticas y más concretamente por la preocupante desocupación del país, admitió que el panorama era deplorable y recomendó no crear falsas expectativas sobre una quimérica prosperidad. Sus afirmaciones fueron:

"Nos son los más graves (los índices) que han tenido el país de desempleo sino el mundo en los últimos 40 años. No nos podemos hacer ilusiones los colombianos en el sentido de que somos una comunidad aparte, que los problemas que afectan a la economía mundial no nos afectan a nosotros. No es así. El problema de desempleo que vive Colombia está en línea con el mismo problema de desempleo que está viviendo el resto del mundo. Tenemos que ser realistas y no tratar de crear expectativas inconvenientes que le hagan al país parecer como si estuviera viviendo una situación de prosperidad que mal podría tener en el momento en que todo el mundo está viviendo una depresión angustiosa" (*El Tiempo*, julio 27 de 1984).

Conclusión: Gutiérrez Castro cierra con broche de oro su misión ministerial: la crisis es mundial y Colombia no puede aspirar a ser una excepción dentro del aletargamiento cósmico.

7. *El Mundo*, julio 13 de 1984. El periódico de Medellín complementa así la noticia de RCN: “El presidente del Banco del Estado, Luis Prieto Ocampo, afirmó que entre 1981 y 1983 salieron US\$2.500 millones, es posible que entre ese año y lo que va corrido de 1984, las cifras se hayan incrementado considerablemente, como consecuencia de los constantes movimientos de las tasas de interés en los bancos norteamericanos y en algunas entidades europeas de crédito”. Por su parte la Reserva Federal considera que el mecanismo utilizado para los envíos de los capitales ha sido el de la alteración de los comprobantes de las exportaciones. “Las facturas se elaboran a precios inferiores de los reales y los excedentes van a parar a jugosas cuentas bancarias en los Estados Unidos”, argumenta el principal organismo de control monetario de Norteamérica.

8. *El Tiempo*, junio 23 de 1984. En el mismo reportaje Martin Bailey confirmó que “si como estaba previsto al mediodía de ayer”, “de la reunión ministerial de Cartagena se han propósitos de controlar la situación de la deuda externa en forma responsable, Estados Unidos aceptaría servir de mediador de buena voluntad en el manejo, caso por caso, de aquellas que constituyan un riesgo para la estabilidad financiera internacional, como se hizo con los de México y Argentina”.

9. *El Tiempo*, mayo 23 de 1983.

10. *El Tiempo*, julio 21 de 1984.

11. Frank Freidel, *Los Estados Unidos en el siglo veinte*, Tomo I, primera edición, Editorial Novaro México S.A., julio de 1964, pág. 457.

12. Robert Lekachman, “Utilidad actual de Keynes” en *Crítica de la economía clásica*, Madrid, Sarpe, 1983, pág. 209. El autor trae igualmente unas frases de la disertación pronunciada en 1930 por el laborista Philip Snowden, en la Cámara de los Comunes de Londres, probatorias de la tónica predominante en materia de restricción fiscal, la cual se aconsejaba sobre todo para los intervalos de estancamiento. “Un gasto que puede ser fácil y tolerable en épocas de prosperidad se hace intolerable en un período de grave depresión industrial”, sostenía el ministro británico.

13. En el pronunciamiento de Williamsburg, firmado por las potencias participantes, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, República Federal Alemana, Italia, Japón y Canadá, se lee: “Todos debemos esforzarnos para alcanzar y mantener una tasa de inflación reducida y hacer bajar las tasas de interés que registran actualmente un nivel demasiado elevado. Renovamos nuestro compromiso de reducir los déficits presupuestales estructurales, en particular frenando el crecimiento de los gastos: “...El fardo de la recesión gobiaduramente a los países en desarrollo y estamos profundamente preocupados por su establecimiento... Es crucial restaurar un crecimiento económico sano, pero manteniendo la apertura de los mercados. Conviene en particular velar por el mantenimiento de un flujo adecuado de recursos, en particular de ayuda pública al desarrollo, hacia los países más pobres, y en beneficio de la producción alimentaria y energética, tanto en el plan bilateral como por intermedio de las instituciones internacionales apropiadas” (*El Tiempo*, mayo 31 de 1983).

Tal se aprecia, los sobresaltos por el empeoramiento de la situación económica, en particular de las zonas atrasadas y dependientes, dominaron aquella reunión de los grandes del mundo. Y transcurrido más de un año, ninguno de los deseos e intenciones expresados se ha convertido en realidad. Los intereses crediticios, por ejemplo, en vez de aminorarse conforme a lo predicho, han subido sensiblemente, no sólo en Estados Unidos sino en Europa.

14. Los datos y las declaraciones de Mariátegui fueron extraídos de los diarios limeños *Hoy*, de abril 28, *El Comercio*, de abril 27 y 28, y *La República*, de mayo 3 de 1984.

15. Vamos a transcribir algunos apartes de los documentos señalados, con la finalidad de darles a los lectores una somera idea sobre cómo Estados Unidos abordó el tema de la integración y la asociación por aquellos días.

De la Declaración de Presidentes de América:

“...para alcanzar tales fines [los del desarrollo] se requiere la colaboración decidida de todas nuestras naciones, el aporte complementario de la ayuda mutua y la ampliación de la cooperación externa”.

“La América Latina creará un Mercado Común...”

“El presidente de los Estados Unidos de América, por su parte, declara su firme apoyo a esa prometedora iniciativa latinoamericana...”

“Los presidentes que suscribieron este documento afirman que:

“Construiremos las bases materiales de la integración económica latinoamericana mediante proyectos multinacionales”.

Del Informe de Nelson Rockefeller:

“El momento ha llegado en que Estados Unidos debe desplazarse con conciencia de su papel paternalista hacia el desempeño de su papel asociado” ...

“El desarrollo industrial requiere amplios mercados para poder producir eficazmente. Los mercados sin tener en la mayor parte de las naciones del hemisferio son demasiado limitados como para permitir una amplia industrialización. Los acuerdos regionales de intercambio ofrecen una vía constructiva para la ampliación de mercados”.

Del discurso de Nixon:

“Hemos visto una serie de iniciativas en la América Latina hacia la integración económica regional, tales como el establecimiento del Mercado Común Centroamericano, la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, la Asociación de Libre Comercio del Caribe y el Grupo Andino. Las decisiones sobre cuán lejos y cuán rápido debe marchar este proceso de integración, desde luego no nos corresponden a nosotros. Pero quiero subrayar que estamos dispuestos a colaborar en este empeño, si es que se desea”.

16. Lo que más impresionó a la prensa de los razonamientos de Belisario Betancur en las tantas veces aludida Conferencia Económica Latinoamericana del 21 de junio, fue precisamente esta introspección: “Mejor tener socios que acreedores”

17. En su edición del 4 de abril de 1983, *El Tiempo* trae un cable enviado desde la ciudad de Miami en el cual se cuenta que un grupo privado de investigación, Conference Board, de Nueva York, auspiciado por varias corporaciones importantes, concluyó que 51% de las inversiones extranjeras de la industria norteamericana en 1982 se registró en Europa Occidental, 24% en Asia, 15% en Canadá y sólo 5.7% en Latinoamérica. El cuatro por ciento restante, se dividió entre el Medio Oriente y África.

Y agrega:

James Green, jefe del departamento de programación de empresas internacionales de *Conference Board*, declaró en una entrevista que las nuevas cifras “indican una tendencia a apartarse de Latinoamérica y acercarse al Pacífico”.

Expresó que la elevada inflación y la gigantesca deuda externa de los países latinoamericanos “ahuyentan a las compañías de EU”.

18. Tomemos como muestra de la complacencia norteamericana el envío de la agencia AFP, publicado por *El Tiempo*, de junio 25 de 1984. Reproduzcamos dos apartes:

“Estados Unidos sintió aliviado por los términos del acuerdo concluido el viernes pasado por los 11 países deudores latinoamericanos que se reunieron en la Conferencia de Cartagena sobre la deuda externa, según afirmó un vocero del gobierno norteamericano”.

“ ‘Nada sorprendente fue decidido’, indicó al New York Times un vocero del Departamento del Tesoro, Alfred Kingon. Destacó la satisfacción del Tesoro por el tono conciliador de la declaración, así como por el hecho de que los países latinoamericanos no decidieron rechazar las deudas. ‘ Estimamos que el evento fue positivo ’ ”.

Diez pautas sobre cooperativas campesinas

Tribuna Roja N° 49, septiembre de 1984

En las zonas de colonización de casi todos los departamentos del país, por lo general regiones aisladas donde prima el esfuerzo humano en las faenas agropecuarias, el problema del mercadeo de la producción campesina es una de las mayores trabas para el mejoramiento del nivel de vida de sus habitantes. A los agricultores, en muchas ocasiones, les resulta prácticamente imposible llevar sus cosechas a los centros de consumo, y si logran hacerlo terminan atrapados en una red de intermediarios que se queda con el monto principal de las ganancias, cuando no con todas ellas. Resolver de manera acertada la cuestión del mercadeo, por lo tanto, contribuirá a desarrollar la producción y aliviar las condiciones de pobreza en que se debaten cientos de miles de labriegos.

De ahí que las ligas campesinas, que han venido creciendo a un ritmo sorprendente en estas zonas de colonización, se hayan concentrado desde hace algunos años en la tarea de crear y promover cooperativas. Tales organizaciones de masas, apoyándose en sus propios esfuerzos y preservando a toda costa su independencia frente al gobierno y los dos partidos tradicionales, han alcanzado éxitos notables en varias regiones del país. Sin embargo, por distintas circunstancias ha sido particularmente en el sur de Bolívar donde han prendido con mayor fuerza y han dejado las más ricas experiencias. El campesinado de numerosas veredas apartadas del departamento ha comprendido la importancia de asociarse para vender lo que produce, y las ligas han comprobado en los hechos que el mercadeo es una labor imprescindible para aumentar la producción de los agricultores y mejorar así las bases materiales y espirituales de su lucha revolucionaria.

A finales del año pasado, la Unión Campesina Independiente de Bolívar (UCIB), que agrupa a 19 ligas de los municipios de El Carmen, Magangué, Achí, Pinillos, San Martín de Loba, Morales y San Pablo, efectuó en Montecristo, co-

regimiento de Achí, un encuentro departamental para resumir las experiencias de más de un centenar de dirigentes campesinos en varios frentes de trabajo, pero especialmente en el de las cooperativas. La reunión dio pruebas irrefutables de que el mercadeo organizado por los propios agricultores puede llegar incluso hasta las grandes ciudades y arrojar resultados positivos, si se hace como debe ser, y demostró que en mayor o menor medida todas las delegaciones se han preocupado por construir cooperativas y han conseguido avances de consideración en este campo. Una de ellas ha logrado la hazaña de sextuplicar el área sembrada de arroz de una vereda en un solo año. Y aunque todavía están lejos de solucionar los ingentes problemas económicos de los colonos, el camino que han emprendido es digno de tenerse en cuenta y de aplicarse a las condiciones concretas de otros departamentos. Por este motivo, *Tribuna Roja* ha considerado conveniente hacer un resumen de las diez conclusiones principales del encuentro en relación con las cooperativas, conclusiones que fueron publicadas por el órgano informativo de la UCIB, *Renacer Campesino*, en abril de 1984.

1. Las cooperativas no deben repartir las utilidades entre los socios, como se ha venido haciendo en muchos casos, sino explicar a los campesinos que el principal beneficio que obtienen con el mercadeo es el que resulta de vender las cosechas a mejor precio y de adquirir las mercancías de consumo más baratas. Si las utilidades se reparten la organización no podrá capitalizar, ni crecer, ni conseguir los medios de transporte, de acopio y de distribución que requiere para cumplir sus funciones.

2. Las cooperativas deben procurar tener funcionarios especializados, lo que equivale a decir remunerados, en cada una de las ramas de esta actividad: transporte, mercadeo, finanzas, contabilidad. El logro de este objetivo depende de los recursos y del crecimiento de cada cooperativa, naturalmente, pero a él hay que aspirar de todas maneras.

3. Las cooperativas tienen que estudiar qué productos son aptos para el mercadeo y cuáles no. La experiencia enseña que existen cultivos que no dan garantías o que no se pueden vender rentablemente, ya sea porque la competencia dificulta su comercialización, porque están restringidos a causa del control oficial o por otras razones. Para determinar el producto principal del mercadeo es necesario hacer un análisis minucioso de las condiciones y no actuar movidos por juicios subjetivos o simples sentimientos. El meollo de la cuestión, en estos casos, reside en que las cooperativas prosperen.

4. Las cooperativas deben ocuparse tanto del mercadeo como del consumo. Ambos factores están indisolublemente unidos. Desde mucho antes que sus productos salgan al mercado, los campesinos necesitan proveerse de artículos indispensables y en la mayoría de los casos los requieren fiados. Por lo general, los

comerciantes les dan crédito y por este medio los explotan, propocionándoles muy caras las mercancías de consumo y obligándolos a empeñar a bajos precios la siguiente cosecha. Las cooperativas han de atender este problema porque de lo contrario no será posible que los agricultores se liberen del control de intermediarios y usureros, que en no pocas ocasiones son al mismo tiempo los gamonales políticos de la localidad. Por otra parte, para que sea rentable el transporte de la producción campesina a los centros urbanos, es conveniente que haya carga no sólo de ida sino de venida.

5. Las cooperativas deben dominar y saber utilizar las leyes y mecanismos de la actividad comercial; aprender a trabajar con números y hablar de economía; perderle el miedo a operar con dinero, aprovechar el crédito, hacer cálculos minuciosos y familiarizarse con todos los tejemanejes del mercado. La diferencia con los comerciantes está en que ellos utilizan estos instrumentos para oprimir a los labriegos, mientras que las cooperativas los aplican en beneficio de la comunidad y del desarrollo de la producción.

6. Las cooperativas no pueden lanzarse a una temeraria competencia de precios. El propósito de abaratar los artículos de consumo y combatir la especulación, que de manera inevitable provoca enfrentamientos con los intermediarios, hay que llevarlo a cabo en el entendimiento de que el poder económico de las cooperativas es por ahora demasiado precario para sostener una guerra de precios prolongada. En cuanto a la necesidad de adelantar una política de frente unido con los comerciantes, el encuentro reiteró que ésta no debe emprenderse a costa del bienestar de los campesinos ni de la existencia de sus organizaciones. Otros factores, y fundamentalmente la opresión económica y política del régimen, facilitan el acuerdo con ellos.

7. Las cooperativas tienen que asumir las pérdidas y las ganancias del mercadeo que hagan. Debido a las distancias y a las fluctuaciones propias de la actividad comercial, es frecuente que los precios a los cuales compran o venden a los campesinos difieran de los precios a los cuales compran o venden en los centros de consumo. En esto suelen influir, por ejemplo, los costos del transporte, que en determinados momentos pueden ser decisivos para la obtención de pérdidas o ganancias. Ambas eventualidades, en todo caso, son responsabilidad de las cooperativas, y no de los socios en particular.

8. Las cooperativas deben buscar en sus operaciones comerciales regularidad y volumen. La primera para no perder los clientes que compran las cosechas de los agricultores y asegurar el abastecimiento y el crédito, y el segundo para conseguir rentabilidad en los negocios. Muchas transacciones, en efecto, dan un margen reducido de utilidades por unidad, y hay productos que sólo se pueden comerciar con beneficio en cantidades apreciables.

9. Todos los dirigentes y socios de las cooperativas deben concentrar sus esfuerzos en la tarea de crear una cadena de organizaciones que resuelva todos los eslabones de la comercialización, desde el transporte hasta el empaque, almacenamiento, financiación y distribución de los productos campesinos. A esta empresa de elevar las condiciones de vida de los agricultores a través del mercado, que se ha convertido en el trabajo más importante de las ligas en las regiones aisladas y atrasadas del país, hay que dedicarle toda la consagración que sea necesaria.

10. Las cooperativas reunidas en el encuentro de Montecristo, finalmente, se comprometieron a constituir una escuela campesina orientada a formar dirigentes agrarios de ésta y otras zonas de Colombia, aprovechando la experiencia y los recursos de las organizaciones de la UCIB.

Llamamiento por la salvación nacional

El Tiempo, 26 de enero de 1986

Pese a las tremendas desventajas que en la contienda electoral encaran las fuerzas revolucionarias colombianas, desde 1972 el MOIR de modo ininterrumpido viene participando en elecciones, valiéndose de ellas, especialmente para difundir su ideario dentro de las amplias masas. Hoy, en las puertas de otros comicios, nos reafirmamos en la creencia de que el país jamás saldrá del caos y la postración sin hacer uso pleno de la autodeterminación nacional y arrancar de raíz las trabas viejas y nuevas que entorpecen su desarrollo. Pensamos además que quienes insistan en esta opción histórica avanzarán tras la única perspectiva cierta de victoria. A la postre la constancia en una posición erguida, sobre todo si se interpreta la realidad, pesa más que seis millones de sufragios.

Justamente el próximo 7 de agosto culmina uno de los tantos ensayos que se han puesto en práctica en Colombia, el del “*sí se puede*”, inaugurado con euforia sólo comparable al estruendo de su fracaso. Su lánguida misión se redujo a ahondar la crisis heredada. Empezó reprendiendo a los banqueros que abusaban de la clientela, para terminar obligando al pueblo a enjugar las insolvencias del sistema financiero mediante generosas y multimillonarias subvenciones estatales. Ascendió al mando con la solemne promesa de no promover más impuestos, y superó el desenfreno fiscalista de sus antecesores, apoderándose incluso de gravámenes futuros. No obstante, la recesión y la escasez de demanda por falta de capacidad de compra de los trabajadores, como lo señalara la ANDI en el momento oportuno, la inflación prosiguió y los precios no detuvieron su trepada, entre varios factores a causa de que el agónico régimen ha emitido no se sabe cuántos cientos de miles de millones de pesos, con destino al presupuesto, a los institutos en quiebra, o dirigidos a oxigenar los asfixiados proyectos oficiales, impidiendo con ello la esperada recuperación en el ciclo económico, golpeando las actividades productivas y acentuando la penuria de las clases laboriosas.

No se pactó con el Fondo Monetario Internacional, pero, conforme al estilo belisarista, se le aceptó voluntariamente la totalidad de sus calamitosas imposiciones de restricción y control, junto a la vergüenza de una monitoría foránea encargada de velar en suelo colombiano por la aplicación de las estrictas medidas. Y eso que el señor Betancur, en los primeros días de su mandato, sorprendió a los electores con el cumplimiento de la única oferta que no les hizo: la de afiliarse a los Países No Alineados. Decisión que pronto adquiriría su verdadero alcance: se trataba de un acercamiento a las naciones prosoviéticas, cual preámbulo y requisito básico de su campaña pacificadora de adentro y afuera. De esta suerte Colombia, en un amén y merced a su mandatario, se vio abogando a favor de los tejemanejes expansionistas del imperio del Este sin que se redimiera de la explotación de los poderosos monopolios del Oeste.

Sobre el retroceso económico se erigieron las veleidades políticas. Dentro de los objetivos de maquillar su imagen y extender su prestigio, Belisario Betancur les batió el ramo de olivo a los alzados en armas, logró en el Parlamento la aprobación de la amnistía y más tarde del indulto, firmó el cese al fuego y luego la tregua, creó sendas comisiones de verificación y diálogo, tramitó en las Cámaras y sancionó reformas de *“apertura democrática”* como estatuto de los partidos y la elección de alcaldes, designó para el Consejo Electoral a un vocero de la tendencia revisionista capitaneada por Vieira y, al cabo de tantas idas y venidas, obtuvo las vibrantes proclamas insurreccionales de dos de los grupos guerrilleros comprometidos con la pacificación dialogada y la astuta solicitud de las Farc de suspender la concreción de los acuerdos definitivos hasta septiembre de 1986, valga decir, hasta la llegada de la otra administración. El fiasco completo. Porque los unos, después de los estímulos recibidos, volvieron a las andanzas extremoizquierdistas; y los otros, simplemente optaron por continuar con la argucia de querer hacer trabajo legal con el fusil al hombro. Y todos convencidos por supuesto de que Colombia se halla, o en una situación de levantamiento revolucionario, o al borde de ella. El macabro desenlace de la toma del Palacio de Justicia no solamente marcó el cruento final del embeleco pacifista, sino que puso al descubierto los nexos existentes entre la paz belisariana de Colombia y las negociaciones en Centroamérica. Dentro de los escombros del edificio se encontraron armas de combate que según registro y número pertenecieron a la derrotada guardia de Somoza y al lote donado por Carter a los sandinistas a través de Venezuela. Ante las reclamaciones del canciller Ramirez Ocampo, cruzadas más para cubrir las apariencias que en salvaguardia de la integridad nacional, las autoridades de Managua no negaron nada; se atuvieron al alegato de que no podían responder ni por el armamento que les habían regalado ni por el que ostentaba la satrapía depuesta. El gobierno de Betancur consideró satisfactorias

las evasivas explicaciones y cerró el incidente con la misma frescura con que ha acogido las constantes demandas sobre San Andrés y Providencia hechas por parte del régimen nicaragüense. La determinación de supeditar la concordia interna al buen suceso del entendimiento externo condujo a inmiscuir alegremente el interés nacional en las transacciones y en la interpretación acomodaticia de los acontecimientos. Un callejón sin salida. Una estratagema inadmisibile.

Los nicas, al igual que los demás pobladores del Tercer Mundo, tienen desde luego derecho al disfrute cabal de los privilegios de la soberanía. Pero cuando una nación pequeña y débil, principalmente después de la dolorosa experiencia arrojada por las invasiones de Afganistán, Kampuchea, Lao, Angola, Eritrea, etc., se transforma en peón y fortín de los agresores rusos, ya no habla por sí misma, así se llame Nicaragua o Cuba, y sus intrigas en la arena internacional deben ser por lo tanto rechazadas, no como actos independientes, sino como pretensiones encubiertas de la más grande y despiadada potencia militar de la época. En las actuales condiciones los países que en aras de la emancipación económica y política se pongan bajo el manto protector del socialimperialismo, lejos de coronar las patrióticas metas verán rápidamente sus propios territorios convertidos en escenario de la batalla campal por el reparto del globo. Por eso el conflicto centroamericano de manera inexorable tiende a recrudecerse por encima de las febriles diligencias de Contadora. Colombia, por su lado, ha de esforzarse hasta el último minuto para huir de tan triste destino.

En cuanto a las inquietudes relativas a la urgencia de instaurar una atmósfera de paz dentro del país, tenemos que manifestar tajantemente que nunca atravesamos el menor impedimento en contra de este sentido anhelo. Asumimos una benigna espera hacia las fatigosas discusiones en torno al asunto, confiando en que el proceso, de una parte, no le daría piso a la demagogia belisarista, y de la otra, desembocaría en el robustecimiento de una táctica revolucionaria correcta que prescindiera del foquismo, la extorsión, el secuestro y del resto de métodos anarquistas o delictivos. No obstante, los resultados no pueden ser más deprimentes. En lugar de disminuir, la violencia se enseñoorea a todo lo largo y ancho de la geografía patria. A diario los periódicos dan cuenta de enfrentamientos o de horribles matanzas. Oscuras modalidades como el atentado personal adquieren categoría entre las distintas formas permisibles de lucha. Ganaderos, empresarios agrícolas, campesinos ricos y hasta medianos se quejan de que son frecuentemente víctimas del esquilmo de las agrupaciones guerrilleras, y éstas no cejan en denunciar que la fuerza pública o las organizaciones paramilitares torturan y desaparecen de continuo a sus militantes. En otras palabras, la "paz" ha activado la "guerra". Y el gobierno, principal responsable del holocausto, que ha regido también con las consabidas normas de excepción del estado de sitio e

inició su período anunciando que no se derramaría “*una sola gota más de sangre colombiana*”, se consuela con que “*noventa por ciento*” de los insurrectos siguen todavía fieles a los armisticios concertados. Se refiere a las Farc, a las cuales ha complacido con la prolongación indefinida de la tregua, permitiéndoles así una prerrogativa insólita: la de participar en la contienda electoral sin que desmonten uno solo de sus veintitantos frentes. La graciosa concesión obviamente la han utilizado los comandantes de La Uribe para llevar sus escuadras a sitios nuevos e intimidar a sus contrincantes, como en el caso de San Pablo, al sur de Bolívar, en donde dieron muerte a Luis Eduardo Rolón, dirigente del MOIR, con el exclusivo propósito de desalojarnos a sangre y fuego de una región a la que estamos vinculados desde hace más de diez años. En otras zonas nos ha ocurrido algo semejante. El extraño fenómeno de tolerancia obedece a que el presidente afronta el dilema de acceder a las exigencias del único bastión que se mantiene de modo formal dentro de los acuerdos, o admitir abiertamente el rotundo desplome de sus planes de apaciguamiento.

Los criterios anteriores los comparten muchos dirigentes gremiales y políticos que apoyaron sinceramente la “*paz*”, un experimento que, tras absorber la opinión por casi cinco años, ahora desencanta inclusive a sus mismos protagonistas. Sea como fuere, las consecuencias del fallido intento se harán sentir en la vida de la nación durante largo tiempo. La verdad es que los bárbaros episodios que han ensombrecido el panorama proliferan por doquier y en sus peores manifestaciones; las vertientes extremoizquierdistas no desisten del empeño de conmover la población con sus operaciones descabelladas, y los partidos inermes, sometidos a la amenaza de quienes adelantan el proselitismo armado con el beneplácito del Ejecutivo, al ver alteradas gravemente en contra suya las reglas democráticas, comienzan a plantear y a plantearse los problemas de la supervivencia como una cuestión inaplazable.

Debido a todo este desbarajuste económico y político que nos agobia, el MOIR formula un llamamiento a los distintos contingentes y personas preocupados por el porvenir del país a fin de que nos aglutinemos alrededor de los siguientes puntos:

- 1) Defensa de la actividad productiva de Colombia frente a las imposiciones del Fondo Monetario Internacional y a los desmanes de los grandes consorcios extranjeros.

- 2) Apuntalamiento de la autodeterminación nacional en el trato con los Estados Unidos y demás metrópolis occidentales, pero particularmente ante las acechanzas del expansionismo soviético.

- 3) Rechazo a los propósitos de introducir la coacción, el terrorismo o el asesinato como herramientas de las lides partidistas, y

4) Debida atención a los justos requerimientos de las masas trabajadoras y del pueblo en procura de libertades públicas efectivas y mejores condiciones de existencia.

Sobra añadir que a la nación y a las colectividades democráticas les interesa vivamente sacar adelante los cuatro postulados transcritos. Las conquistas en cada uno de tan vitales campos serán pasos firmes hacia la salvación de Colombia. Y como a la revolución le conviene, más que a nadie, la integridad del país, la defensa de la producción nacional, la proscripción del terror en el debate político y el mejorestar del pueblo, hemos expuesto nuestras propuestas unitarias a los representantes de los gremios y a diversas personalidades públicas. Intercambiamos opiniones al respecto con Alvaro Gómez Hurtado, Álvaro Uribe Rueda, Gustavo Rodríguez, Fernando Landazábal Reyes, Jorge Mario Eastman, José Manuel Arias Carrizosa, Alberto Santofimio Botero, Hernando Santos Castillo, Fabio Echeverri Correa, Héctor Polanía Sánchez, Álvaro Valencia Tovar, Víctor Mosquera Chaux, Bernardo Guerra Serna, Hugo Escobar Sierra, Alfonso López Caballero, Guillermo Plazas Alcid y Marino Rengifo Salcedo, entre otros. Nos proponemos profundizar las aproximaciones con quienes coincidan con nosotros en darle una orientación patriótica e imprimirle un sello civilizado a la acción política.

Entre el desconcierto reinante hay un elemento favorable. Arribamos al final de una Presidencia que habiendo hecho votos de moralización pasará a la historia más por las fiestas de sus alcaldes que por cualquier otra de sus trágicas gestiones. Aprovechemos la coyuntura y repitamos con las gentes del común: ¡No más Belisarios!

Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario, MOIR
Comité Ejecutivo Central
Francisco Mosquera
Secretario general

Bogotá, enero 26 de 1986

Avanzamos en la política unitaria

Tribuna Roja N° 51, marzo de 1986

Intervención de Francisco Mosquera con motivo de la promulgación de las listas electorales de Insurgencia Liberal de Alfonso López Caballero, acto llevado a cabo el 8 de febrero de 1986 en el salón de Convenciones Gonzalo Jiménez de Quesada, de Bogotá.

Esta cita nuestra con los miembros de Insurgencia Liberal, un movimiento joven fundado y dirigido por Alfonso López Caballero, no hubiese sido posible sin que concluyeran varias circunstancias notables de orden nacional y de ocurrencia reciente. Creo además que el acercamiento que hoy refrendamos de manera pública con los nuevos amigos carecería de alcance si no se cimentara en el afán de compartir la búsqueda y el hallazgo de las soluciones acertadas a los angustiosos interrogantes de la hora. Cuando en las entrevistas iniciales sopesábamos las ventajas y desventajas de establecer algún tipo de ayuda recíproca coincidíamos con el doctor López en que indudablemente la dificultad radica en el origen tan disímil de las dos fuerzas, en sus criterios a menudo contrapuestos y en las mutuas prevenciones. Sin embargo, concordábamos también en que la gravedad de los problemas del país y el curso de los acontecimientos nos permitirán acampar en la misma orilla, obviamente a condición de poner el interés colectivo por encima de los egoísmos particulares.

Nosotros profesamos la idea de que la transformación de Colombia no puede ser la obra exclusiva de un solo partido o de una sola clase. Las deficiencias heredadas de un pretérito remoto, el escaso grado de desarrollo y la asfixiante dependencia económica de los grandes emporios son factores ciertos y supremamente adversos que deben removerse con el concurso de obreros, campesinos, intelectuales, comerciantes, industriales, es decir, de todos los contingentes patrióticos, democráticos y progresistas ¿En el momento de abordar los cambios de los cuales depende la salvación nacional únicamente un círculo muy insignificante se opondrá a la empresa: aquellos que viven del pasado, del

estancamiento y de la depredación del país. Estos considerandos básicos se han visto corroborados por las hondas perturbaciones que vienen caracterizando el decenio. Cada vez un mayor número de personas y entidades se percata de cómo las relaciones imperantes en diversos terrenos entorpecen las actividades productivas en lugar de impulsarlas. Miremos un caso. Tras el alza de las tasas internacionales de crédito, y el consiguiente encarecimiento de la enorme deuda externa de nuestras naciones, se desató una oleada de protestas de las que no se eximieron ni siquiera los mandatarios, quienes tradicionalmente han acudido con la mejor de las sonrisas a entramparse con los usureros del mundo. Pronto se hizo evidente que Latinoamérica, cuyos préstamos recibidos habían sobrepasado la escalofriante suma de 360.000 millones de dólares, no contaba con qué cumplir sus compromisos, una explosiva situación larvada desde años atrás con la complacencia de unos y la voracidad de otros. A su turno el Fondo Monetario Internacional, el organismo rector que vela por el orden financiero de Occidente, descargó su férula sobre los prestatarios con el objeto de garantizar los pagos. Sacrificarse al máximo y cancelar a tiempo, he ahí la filosofía de los correctivos que sacudieron la conciencia del Continente, porque develaron cómo a los Estados en quiebra sin miramiento alguno se los ata al atraso, a la miseria y a la enajenación nacional.

Bajo el impacto de tan trágico desenlace voceros de los más diversos sectores sociales han percibido y aun expuesto que el camino de la prosperidad le está vedado a cualquier república que, en desmedro de sus aspiraciones de inversión, se vea obligada a enviar afuera por concepto de intereses, o en virtud de las desigualdades del comercio, un porcentaje considerable de la acumulación obtenida internamente. La propagación de este convencimiento configura uno de los vuelcos positivos sobre los cuales se sustenta la política unitaria propuesta en enero por la dirección del MOIR. Ayer, los críticos nos aconsejaban caritativamente abandonar la sistemática condena que hacíamos del despojo económico del país, por juzgarla dogmática y culpable de la modesta cauda electoral del Partido. Hoy muchos de ellos nos emulan en tales denuncias; y no pocos dirigentes liberales aliados nuestros en los actuales comicios nos disputan la paternidad responsable de las mismas. Lo cual desde luego no nos molesta. ¡Ojalá pasara igual con otras tantas tesis!

Lo dicho hasta aquí no significa que abogemos por una nación enclaustrada, al margen de los indispensables aportes técnicos y culturales del extranjero, sin vínculos de ninguna especie con las grandes potencias, o únicamente con los pueblos débiles y pobres. Al contrario. No consideramos necesaria la ruptura con los Estados Unidos o con los consorcios de las repúblicas desarrolladas. Ni incluso que tengamos que prescindir totalmente del financiamiento externo. Por

su incipiente crecimiento Colombia requiere de la contribución internacional en las más variadas áreas. Pero ésta sólo será favorable si se lleva a cabo en beneficio recíproco entre las partes asociadas y sin la menor violación de la prerrogativa soberana del país a autodeterminarse. Claro que ello a la postre estriba en qué clases y corrientes empuñan las riendas del Poder.

La aguda recesión económica que traumatizara al mundo capitalista a comienzos de los años ochentas produjo dentro de nuestras fronteras profundas repercusiones que todavía no cesan de sentirse. En general la industria colombiana entró en bancarrota, al extremo que las firmas más prestigiosas hubieron de pactar concordatos con sus acreedores. Aunque en un principio se pregonó que las irregularidades dentro del engranaje financiero obedecían a los malos manejos de ciertos avivatos, rápidamente se supo que los 250.000 millones de pesos, monto al que ascienden los cobros de dudoso o imposible recaudo, se originaban en gran medida en la falencia de los productores. La opinión se tropieza de improviso con que la banca, ama y señora de los negocios, funda su esplendor en la buena suerte de las actividades productivas. De allí que los empresarios sólo puedan vengarse de los financistas quebrándose. Y al gobierno, más insolvente que sus protegidos, le toca auxiliar a unos y otros y hacerse cargo de los entes sin vida, incrementando la injerencia oficial y encendiendo a la vez la polémica en torno al rol económico del Estado.

Ante el rescate y la nacionalización de varias entidades bancarias que al régimen le han valido un potosí, comentaristas de los grandes rotativos han objetado lo que se dio por llamarla “*socialización de las pérdidas*”, un razonamiento que nosotros compartimos aunque no lo hayamos expresado en los mismos términos, pues la acción gubernamental de ningún modo ha de servir para engordar a unos cuantos por cuenta de la riqueza pública. La crisis económica ha destapado las tremendas deficiencias del sistema, facilitando el estudio de éstas y promoviendo aproximaciones entre distintas vertientes alrededor de las enmiendas que demanda el país. A la ANDI, por ejemplo, le parece clave la baja en los intereses crediticios como un medio de propiciar la recuperación de los sectores afectados, y hasta ha defendido que las asignaciones salariales deben mantenerse en niveles que no contraigan la demanda. Dos conclusiones que responden a las inquietudes de jalonar el desenvolvimiento armónico de la industria, pero que la burguesía empresarial difícilmente las hubiera formulado sin los desarreglos que pusieron en graves apuros a los fabricantes, agricultores, banqueros, etc. Efectivamente, sobre el cuatrienio del “*cambio con equidad*”, que se distinguió por los desacoples, los sobresaltos, la legislación de emergencia, ha llovido toda especie de reproches por cuenta de los representantes de los gremios. Se le ha censurado el aumento de los impuestos indirectos sobre los directos, por desencadenar la

inflación y restringir el comercio. Se le ha combatido la costumbre de emitir papel moneda sin respaldo como otro elemento de desestabilización y de carestía. Se le han rechazado los planes de abrir las puertas de par en par a los inversionistas foráneos. En síntesis, de todos lados brotan reclamos y sugerencias que demuestran la necesidad de hacer un gran replanteamiento, fundamentalmente porque el Estado colombiano, a pesar de nuestro escaso desarrollo, se ha convertido en la primera fortaleza económica, con infinitas atribuciones para regular y disponer del trabajo de la nación. Ustedes comprenden que del modo como se use tan formidable herramienta depende la felicidad o la desdicha de las presentes y futuras generaciones. Si se sigue emitiendo a manos llenas, o levantándoles caprichosos obstáculos a las transacciones comerciales, o poniendo el erario al servicio de una pequeña capilla de afortunados, o trasladándoles a los lincés de las agencias prestamistas internacionales la capacidad de decisión, o alimentando el agio y la usura, antes del fin del siglo habremos acabado con lo poco que aún nos queda. Por ello estamos dispuestos a unirnos con quienes tengan estas mismas inquietudes y sean cuales fueren sus colores políticos.

Al explicar el contenido y las miras de nuestro llamamiento de unidad no me dirijo sólo a los jefes e integrantes de los movimientos con los cuales iremos juntos a las próximas elecciones, sino también a los militantes y simpatizantes del MOIR, particularmente a aquellos a quienes les sorprenda la amplitud de la línea aprobada o piensen que jugamos a la gallina ciega al participar en las listas de antiguos contrincantes. He autorizado a propósito la inclusión simbólica de mi nombre en todas las planchas, en prenda de la seguridad que nos anima y de la certeza de que libraremos la batalla con coraje y entusiasmo. Me resisto a admitir que el Partido pierda entidad o se desdibuje por el hecho de que sus iniciales no figuren en los encabezamientos de las papeletas. No somos tan deleznales.

Sin querer restarle trascendencia, la justa comicial no deja de ser un episodio transitorio que utilizamos para exponer nuestros puntos de vista y consolidar las convergencias con los aliados, por quienes básicamente votaremos el 9 de marzo. Esta conducta, o si se prefiere este viraje, no sería factible sin los serios destrozos de la crisis económica, el creciente descontento de los productores nacionales, los flagrantes fracasos de la administración Betancur, el tremendo desbordamiento de la descomposición social y de la penuria del pueblo. Muchos empresarios, y hasta ganaderos, que tradicionalmente habían mirado con desconfianza nuestra presencia, ahora respaldan los esfuerzos de las cooperativas campesinas organizadas por el Partido, reconociéndolas incluso cual presagios de adelanto dentro del perpetuo abandono de las zonas rurales. Los bananeros que intrigaban en las brigadas con el propósito de desalojarnos violentamente de Urabá, al calor de los percances han ido deponiendo su animadversión hacia

nosotros. Sin la roya, que viene acelerando el desmoronamiento de la antigua hacienda patriarcal, no hubiéramos conseguido constituir en decenas de poblaciones la Unión Cafetera, un novedoso instrumento aglutinante de los cultivadores pequeños, medianos y hasta acomodados. En fin, tales aproximaciones, al igual que los acuerdos electorales concertados en menos de quince días por el MOIR, con una veintena de agrupaciones liberales y conservadoras, no han caído del cielo; ni para efectuarlas hemos tenido que rectificar uno solo de nuestros principios o de nuestras consideraciones teóricas sobre el país.

Nunca hemos pensado que la innovación que le corresponde hacer a Colombia en la etapa histórica vigente sea de carácter socialista, ni que haya por ende que abolirse todo género de propiedad privada, sino aquellas formas monopolísticas que frenan el desarrollo, de tal suerte que el Estado, puesto bajo el mando de las clases y capas democráticas, disponga de los recursos naturales y demás medios claves, oriente el rumbo económico, estimule a los productores de la ciudad y el campo y actúe siempre en pro del pueblo y de la grandeza de la patria. Prosigamos sin vacilaciones con la política unitaria echada a andar, sacándonos provecho a los aspectos disolventes y a que el país empiece a cansarse de ese tormento de Sísifo al que ha sido condenado, de tener cada cuatro años que trepar a la cúspide un presidente para luego verlo rodar hacia abajo en la estima pública, como habrá de suceder con Betancur, que llegó entre aplausos y saldrá entre silbos.

Y por último, unas palabras sobre la “paz”, el tema que ha copado la atención nacional por cerca de un lustro. Aun cuando rehusamos vincularnos a las comisiones nombradas por el gobierno, puesto que no tocábamos pito alguno en ese ensayo, tampoco hicimos campaña en contra. Desde la época del padre Camilo Torres pugnamos por la supresión del foquismo y demás prácticas extremoizquierdistas. Las luchas emprendidas a espaldas o a contrapelo de los deseos de las masas están inexorablemente destinadas a la derrota, por mucho que los combatientes sean personas valerosas y honestas. El recorte a los derechos ciudadanos o los zarpazos contra las organizaciones populares siempre han encontrado en aquellas aventuras el mejor pretexto. Además, en Colombia la guerrilla, con una crónica tan dilatada y abrupta, terminó permitiéndose la licencia inexcusable de recurrir al secuestro o al boleteo, como lo han confesado sus propios comandantes. De modo que el desmonte de todos estos métodos liquidacionistas lo consideramos una cualificación de la gesta revolucionaria. No obstante, se partió del requisito engañoso de supeditar la legalización de los insurrectos a la “apertura democrática” y a las “reformas sociales”. Dichas metas, inaccesibles en las condiciones económicas y políticas del país, junto al alargue indefinido del diálogo, acabaron con las ilusiones. En realidad la única democratización que el régi-

men les concedió a sus gobernados fue el estatuto de los partidos, un engendro que a nadie gustó, y que para las colectividades opositoras, si son aprobadas por el Consejo Electoral, apenas significará unos cuantos minutos en los espacios de la televisión, o unos cuantos gramos de franquicia postal, a cambio por supuesto de que las autoridades inspeccionen sus actos y supervisen sus cuentas.

Esta es la hora en que el “*sí se puede*” ni siquiera ha conseguido desprenderse del estado de sitio, la institución más apetecida de la Carta. Y respecto al mejoramiento social, los índices del desempleo, de la inflación y de los exigüos incrementos salariales lo compendian todo. Las dramáticas escenas de la pacificación dialogada más bien asordinaron el enojo que el sartal de medidas restrictivas o impositivas despertara en diversos estratos de la población.

¿Y cuál es el parte de victoria? Aun cuando el ministro de Gobierno hable de que los guerrilleros fueron vencidos políticamente, sin duda alguna el señor Betancur le entregará a su sucesor el próximo 7 de agosto más ejércitos del pueblo de los que le legara Turbay Ayala en 1982. Los enfrentamientos no han parado un solo día, la violencia, con su carro de horrores, se ha extendido hacia regiones tradicionalmente tranquilas y modalidades como el atentado personal y la intimidación se han puesto a funcionar con el fin de dirimir las divergencias, aun entre los mismos bandos enfrentados al régimen. Con el desespero del hombre de la fábula que cae en brazos de la muerte al intentar huir de ella, el presidente trata de revivir su cruzada de apaciguamiento aceptándoles a las Farc, no la culminación en firme de las hostilidades, sino la prolongación ilimitada de la tregua, con lo cual este grupo gozará de un privilegio sin antecedentes, el de concurrir a los comicios sin haber declinado las armas. También ha sido evidente que la actual administración, tras el móvil de influir en el ánimo de la contraparte, coquetea de continuo con los países prosoviéticos del Caribe, ligando la concordia interna al resultado del entendimiento externo, asuntos que no debieran relacionarse porque los focos de conflicto en el mundo de hoy, incluido el de Centroamérica, dependen tanto de los avances expansionistas de la superpotencia de Oriente como de la contestación dada por la otra superpotencia a tales avances, y no de los buenos oficios de un país o de un puñado de países. Sé que estos problemas preocupan menos a los aliados que a nosotros, pero igualmente hacen parte de las asechanzas que nos aquejan, y de cualquier forma se derivan de la “paz” abortada. Un proceso que no se consumó; se consumió.

El MOIR ha sido víctima del proselitismo armado. Se le viene presionando a punta de fusil para que se retire de varios sitios y hemos visto caer asesinado a uno de nuestros más valiosos cuadros. Algo parecido les viene aconteciendo a otras agrupaciones. De ahí que no estemos tan extraviados cuando pedimos aunar esfuerzos con el objeto de contener las malsanas tendencias que buscan

resolver las discrepancias políticas por intermedio del terror, el amedrentamiento o el asesinato. Como no lo estamos cuando ponemos en sobreaviso a nuestros compatriotas y los persuadimos de salirles al paso a quienes pretendan hacer del país un escenario más de la disputa por el reparto del planeta.

Doctor Alfonso López Caballero: brindo por que las concordancias alcanzadas entre ustedes y nosotros se consoliden con el transcurso de los días para bien de Colombia.

Muchas gracias.

Hay base real para las convergencias

El Tiempo, 23 de febrero de 1986

Palabras pronunciadas por Francisco Mosquera el 18 de febrero, en acto celebrado en Medellín por el directorio liberal de William Jaramillo Gómez para ratificar sus listas.

Para mí es motivo de enorme satisfacción asistir a este evento con el encargo de refrendar, en nombre del MOIR, las identificaciones que felizmente hemos registrado con el Directorio Liberal Departamental que lidera el doctor William Jaramillo Gómez. Antes que nada porque la convergencia que celebramos se lleva a cabo en Antioquia, tierra a la que me atan nexos indisolubles de afecto y admiración. Hace veinte años arribé a Medellín con el propósito de vincularme a la clase obrera, movido por el criterio que los trabajadores antioqueños están llamados a desempeñar un papel descollante en la renovación del país. Casi que clandestinamente y con el concurso de unos cuantos compañeros probados, conseguimos infundirle aliento a una tendencia sindical distinta de las representadas por las tres centrales tradicionales, y que con el tiempo dio pie a la fundación y extensión del Partido en una amplia escala. De manera pues que el MOIR tuvo aquí su pila bautismal.

Cuanto asimilamos en aquellos años de desbroce me ha sido invaluable. Además de táctica aprendimos cuán imperativo resulta fortalecer la voluntad de trabajo y no cejar en el empeño hasta la coronación de las metas proyectadas, virtudes, que nadie como el antioqueño ostenta y sin las cuales no es posible adelanto alguno, mucho menos en la brega revolucionaria. A tal espíritu corresponden las obras con que esta comarca emprendedora ha coadyuvado determinantemente a plasmar la fisonomía de la nación, en los más diversos campos de la industria, las artes y las ciencias: No pretendo hacer historia de los logros ni de sus artífices; simplemente señalo que la gloria de Antioquia estará siempre cifrada en contribuir a la grandeza de Colombia.

Ayer no más un equipo médico interdisciplinario nos sorprendió con la

noticia de que se había practicado un exitoso trasplante de corazón en la persona de un obrero, después de más de una década de intensa labor investigativa y quirúrgica en cuyo registro se destacan cientos de intervenciones similares del riñón y dos del hígado que, si no me equivoco, fueron estas últimas las primeras en su género de Latinoamérica. El audaz intento, digno de una mayor divulgación y doblemente meritorio por haberse logrado sin las mejores condiciones, supliendo las carencias con el ingenio, habrá de influir beneficiosamente a muchos centros hospitalarios y educativos del país que asimismo pugnan por no quedarse a la zaga en la tortuosa carrera del saber. El acontecimiento muestra igualmente cómo, con unas mínimas enmiendas enrutadas hacia la utilización idónea de las reservas materiales y espirituales que poseemos en cantidad apreciable, los colombianos también seríamos capaces de ubicarnos a la altura de las conquistas de la era moderna.

La otra razón de complacencia radica en poder anotar esta noche que las aproximaciones alcanzadas por el MOIR en el departamento hayan sido justamente con un sector político aguerrido, de hondo calado y reconocida trayectoria, que lo inspiran un par de inquietudes características: el estudio cotidiano de nuestros ingentes problemas y el ansia de conducir a los liberales hacia posiciones compatibles con los intereses de las mayorías. Su propulsor es un hombre que no ha temido navegar contra la corriente, pues lo hemos visto a menudo hundir su estilete crítico en los abscesos morales de un régimen que se precia de probo. Las gentes elogian aún la pundonorosa denuncia que formulara con ocasión del nombramiento del penúltimo alcalde de Bogotá, Diego Pardo Koppel, a causa de que éste había servido de testigo fletado en los tribunales norteamericanos, con el objeto de que el país no lograra recuperar los 250.000 dólares del célebre caso de la “maleta de Fonseca”. A pesar del pataleo del inquilino del Palacio de Nariño, el funcionario cayó, a semejanza de su predecesor, Hisnardo Ardila, a quien se le cogió infraganti alegrando el matrimonio de su hija con orquesta pagada con plata de una de las entidades del Distrito. Este triunfo no sólo significó una dura reprimenda al fementido “cambio con equidad” del agónico cuatrienio, sino que traza toda una línea definitoria respecto a la cual nos identificamos plenamente con William Jaramillo Gómez. Quienes traicionan a Colombia no tienen ningún derecho a gobernarla.

Hay muchos otros aspectos claves en los que coinciden nuestros dos movimientos. Ustedes a través del Congreso, o de los órganos de expresión han condenado las medidas restrictivas impuestas por el Fondo Monetario Internacional. Se anticiparon a poner al descubierto las intrigas, rayanas en el fraude, de que fueron víctimas ahorradores de los llamados Grupos Colombia y Grancolombiano, hoy bajo la curatela oficial. Se pronunciaron categóricamente en con-

tra de las gratuitas mercedes en beneficio de la Occidental Petroleum, compañía cuyas remesas de utilidades quedaron exoneradas de impuestos en virtud de la reforma tributaria, y que construirá, a través de una de sus filiales y por un costo de 500 millones de dólares, el oleoducto desde Caño Limón hasta Coveñas, contrato cedido sin licitación previa.

La actitud asumida por ustedes frente a los tres puntos anteriores, recapitula todo un programa de imperiosas transformaciones. La suerte del país estará echada sin remedio mientras la orientación de su economía se decida en Nueva York, sus proyectos se redacten en inglés y los correctivos a tomar sean monitoreados por la alianza internacional de sus acreedores. Esto no quiere decir, como aclaraba hace poco en Bogotá durante la proclamación de las listas de Insurgencia Liberal de Alfonso López Caballero, que hayamos de romper con los Estados Unidos o de prescindir totalmente del financiamiento externo. Ninguna nación, grande o pequeña, puede darse el lujo de suspender sus conexiones con el extranjero. Sin embargo, en el mundo dicha ligazón se mantiene desde tiempos inveterados sobre la base del lucro de los poderosos y en detrimento de los débiles. De allí que el primer paso de la larga marcha hacia el progreso de Colombia consista en el afianzamiento de su autodeterminación nacional. Sin ella no habrá préstamo que ayude, recurso que rinda o esfuerzo que fructifique.

Nos hallamos igualmente de acuerdo en que el agio y la usura, esas carcomas de la iniciativa fecunda de los particulares, han de ser suprimidos de raíz. En nuestro ámbito nos tropezamos con una serie de deformaciones típicas de las naciones atrasadas y dependientes. No hemos salido aún de la artesanía y el minifundio y ya contamos con mastodontes financieros a los cuales acuden inevitablemente quienes aspiran a fundar o a sostener cualquier empresa chica, mediana o grande, en la esfera agrícola, comercial o fabril. Subordinación absoluta que estimula el establecimiento de tasas de interés confiscatorias y el manipuleo de las acciones de las sociedades caídas bajo el dominio de un sistema que ha amasado inmensos caudales estrangulando su único sustento: las actividades creadoras de bienes y servicios. Al comienzo la fuente se estimó inagotable; pero tras la quiebra de la industria desfilieron los balances deficitarios de los bancos. La nueva deidad, como la antigua, también se había devorado los hijos. Entonces principió a comprenderse que el fascinante universo de las finanzas era apenas la ganancia de la producción material impresa en títulos, bonos y cupones. De un modo tal que los diferentes gremios al unísono recaban la merma del precio del dinero, factor al cual le atribuyen no poca incidencia en los agudos destrozos del reciente colapso recesivo o en los retardos de la recuperación. Un período sin mayores alternativas, al menos en el futuro inmediato, que seguirá marcado por los graves altibajos y las hondas distorsiones de la economía, por los con-

cordatos y las nacionalizaciones de flamantes firmas, incluidos los denominados intermediarios financieros, decretadas no en gracia a la acción planificadora del Estado, sino como secuela de las bancarrotas. Por eso hablar de la “revolución del desarrollo” a la manera alvarista, ignorando estas verdades del barquero, es lisa y llanamente proponer lo contrario de lo que se prefiere.

En cuanto al aprovechamiento de las riquezas naturales por conducto de los contratos de asociación con los consorcios de las repúblicas desarrolladas, valga una glosa parecida a la que arriba consignamos. Nuestro vasto y accidentado territorio guarda en sus entrañas ricos yacimientos de combustibles y de materias primas de importancia estratégica; sin embargo, carecemos en general de maquinarias o de tecnologías avanzadas que nos permitan la extracción competente de los mismos. Aplazar su explotación hasta cuando estemos en condiciones de efectuarla por nuestra propia cuenta sería tanto como inventar la bicicleta. Las voces partidarias de que el país se amolde a su grado de preparación, por mucho que crean proteger la patria de los peligros foráneos o pregonen la necesidad de remediar el desempleo mediante la propagación de las formas productivas de bajo rendimiento, no hace otra cosa que prosternarse ante el atraso, propiciando irónicamente los males que combaten. Los árabes afirman: *“Más vale la cizaña de tu país que el trigo del extranjero”*. Adagio fundido en la fragua de una larga y adversa historia de humillaciones nacionales y que tiene sentido siempre y cuando concierna a los vitales asuntos de la soberanía. Pero en el terreno de la ciencia y de la técnica debemos ser conscientes de nuestras deficiencias y no rehusarnos a recurrir adecuadamente a la experiencia internacional. Tras la conformación de un Estado compuesto por las clases patrióticas y democráticas, de la que no excluimos a industriales, agricultores, ganaderos, ni a ningún estamento o persona que desee colaborar en la prosperidad de Colombia, los contratos de asociación que se pacten sobre la base del beneficio recíproco con las compañías de los centros industriales del mundo no son únicamente viables sino convenientes. La fobia que entre nosotros despierta ese tipo de asociaciones proviene con justicia de los daños que éstas le han irrogado al país, pues las cláusulas suscritas y los encargados de aplicarlas legitiman las arbitrariedades o las usurpaciones, con lo cual por fuerza renunciamos a hacer un uso racional, planificado, armónico y soberano de cuanto nos pertenece.

En suma, las concordancias alcanzadas y que facilitaron nuestra inclusión y respaldo a las planchas del directorio orientado por William Jaramillo Gómez, giran alrededor de materias de innegable trascendencia para el porvenir de la nación y el bienestar del pueblo. Aspiramos por ende a que la cooperación consiga superar la barrera del 9 de marzo y se acentúe en sus facetas esenciales. No se trata de desvanecer la frontera entre las dos organizaciones, ni aun de evitar el brote

de opiniones encontradas. Cuando iniciamos el acercamiento hacia las múltiples afluencias en que se hallan fraccionados el liberalismo y el conservatismo, conocíamos de los prejuicios, prevenciones o reservas existentes en el seno de las viejas colectividades respecto al archipiélago de grupos y subgrupos clasificados bajo el membrete genérico de “izquierda”, un distintivo que en Colombia sirve para todo aunque no exprese nada. Al escuchar las explicaciones referentes a la unidad, algunos de nuestros nuevos aliados no ocultaban su asombro de que el MOIR, un partido de corte revolucionario, saliese en defensa de la actividad productiva de la nación. Otros no podían creer que proscribiéramos el sabotaje o la destrucción de máquinas y plantas como instrumentos de lucha en los conflictos sindicales. Los demás se mostraron vivamente interesados en la consigna de civilizar la confrontación política, comprendiendo la urgencia de impedir que el debate partidista o la controversia ideológica se resuelvan por medio del terror, el atentado personal o cualquier otro expediente intimidatorio. Realmente ninguna de las agrupaciones con las cuales conversamos rechazó nuestras sugerencias, al punto que casi en todas partes hemos convenido, con los movimientos más disímiles, diversos mecanismos de colaboración, a fin de no ir solos a las próximas elecciones. No hicimos por supuesto contacto con quienes por definición se encuentran al margen de los cuatro enunciados unitarios, particularmente con los apologistas de uno y otro extremo de la Administración Betancur, cuyos moldes, modelos y modales debieran ser desterrados para siempre de la vida pública.

Un mes de encuentros, de intercambio de puntos de vista, de despeje de malos entendidos, me condujeron a la inopinada conclusión de que las confusiones en torno a los postulados y cometidos de las fuerzas revolucionarias son mucho más descomunales de cuanto suponemos, fenómeno supremamente lamentable en un país en donde el socialismo aguarda todavía por la culminación de las realizaciones democráticas. En ello han incidido miles de causas: la acción permanente de la propaganda oficial, el sectarismo y las aventuras de la extrema izquierda, la incipiente conciencia de clase de los trabajadores y su baja participación en la política, el desconocimiento de los verdaderos problemas de la nación, el desprecio por la teoría. Por eso la difusión de nuestras propuestas ayudará enormemente a esclarecer el panorama, ya que surgen de las reales, actuales y principales contradicciones de Colombia y no de la mente de ninguno de nosotros.

¿Existe o no un estancamiento económico de vieja data, ahora agravado con las exigencias de los prestamistas internacionales? ¿Puede Colombia desarrollarse sin el pleno rescate de su autodeterminación nacional, sin el exterminio del agio y de la usura, sin el saneamiento del fisco, sin la suspensión de las emisiones del Banco de la República, sin el disfrute racional y planificado de sus

recursos? Naturalmente no. Y esto es precisamente lo que queremos que se dilucide, porque el hambre de los obreros y los campesinos no va a mitigarse con los comunicados del doctor Ariel Armel ni con las tienditas del Idema.

Tampoco estamos divagando cuando prevenimos acerca de las acechanzas de la Unión Soviética. ¿Acaso no ha revivido la Santa Rusia sus sueños imperiales? ¿No acumula años ocupando con su propio ejército a Afganistán, y con las tropas de sus testaferros a Kampuchea y Lao, a Angola, a el Líbano? ¿Con su creciente influencia en Centroamérica no ha empezado a encender en el Continente otra conflagración regional dentro de las varias que auspicia tras sus planes de presionar una nueva repartición del globo? Irrefutablemente sí. Ello también amerita ser debatido, puesto que el presidente Belisario Betancur, por maquillarse de izquierdista en aras de la futura reelección, agotó su diplomacia congraciándose con los prosoviéticos de dentro y fuera, amparado en la excusa de la “paz” y a costa de minar la soberanía y acceder al proselitismo armado de los comandantes de La Uribe.

La aparición en la arena política de modalidades de choque francamente degenerativas, que invaden los predios del delito común y a veces adquieren visos de lances de honor o de venganza, configura otro de los signos inquietantes de la encrucijada del momento. ¿O será que nos lo imaginamos? ¿Pero qué decir entonces del secuestro reivindicado políticamente, de la centena de fosas abiertas en Tacueyó para precaver la infiltración enemiga, de los atentados a tres miembros del Comité Central del Partido Comunista atribuidos a una disidencia, del ametrallamiento de Oscar William Calvo y Ricardo Lara Parada, de la muerte de Luis Eduardo Rolón a manos de una cuadrilla de las Farc que intenta barrer al MOIR en el sur de Bolívar... y del rosario sin fin de atrocidades consumadas por la retaliación de la derecha? He ahí el tercer asunto sobre el cual esperamos se arroje luz, por cuanto el incremento de tal suerte de violencia amenaza seriamente las libertades públicas y en especial los derechos de las clases laboriosas.

Como se ve, la política esbozada trasciende las vicisitudes de unos comicios a los cuales no les restamos incidencia, pues elevarán a la cima a otro mandatario que, según las apuestas, si no es Barco sería Gómez, reajuste que desde ya anuncia el desmonte definitivo de la función belisarista. No obstante, el cambio de Presidente no modifica mucho las cosas. Con los amigos seguiremos ventilando las pautas de un replanteamiento unitario, y ante el próximo gobierno, como desde hace veinte años, mantendremos firmes nuestros mismos reclamos. Sobra añadir que el desarrollo de la producción nacional, y la preservación de las libertades, comprendida la de Colombia, constituyen premisas no suficientes pero sí necesarias para el mejoramiento en las condiciones de vida y de organización del pueblo, nuestro cuarto y básico objetivo. Aun cuando participamos en las listas

Francisco Mosquera Sánchez

votaremos en las elecciones fundamentalmente por los aliados, con la contraprestación de poder adelantar una extensa campaña que nos permita la siembra entre las masas de las nuevas ideas. Y sembrar es esparcir.

Muchas gracias.

Defendamos y aprovechemos nuestros recursos

El Tiempo, 8 de marzo de 1986

Discurso de Francisco Mosquera en acto conjunto realizado en Palmira el 6 de marzo de 1986 con el Movimiento Liberal Holmista.

Hemos venido advirtiendo que Colombia, luego de haber saltado indefinidamente de una frustración a otra, pasa por un trance, si se quiere propiciatorio, que induce a sustituir las gastadas fórmulas por los nuevos enfoques puestos a la orden del día tras los duros años de reveses y calamidades. Desde el plebiscito del 1º de diciembre de 1957, que protocolizara esa dulce armonía en torno a un Poder instaurado sin la menor oposición, no habíamos asistido a un entreacto como el presente, en el cual las juntas de los gremios, el clero, los militares y las vertientes descontentas de los partidos tradicionales se duelen, a veces en voz alta, de los trastornos económicos y la descomposición galopante, del endeudamiento externo y sus desastrosas secuelas, del fracasado invento pacificador y el desborde de la violencia, imputando todos a una las desgracias de la ciudadanía a los erráticos manejos de los asuntos públicos. La contingencia no puede menos de promover el acercamiento entre los distintos estratos sociales severamente perjudicados con los desarreglos de la crisis, o entre las agrupaciones preocupadas en serio por el porvenir de la nación. El encuentro de esta noche lo corrobora a carta cabal.

Cierto que las elecciones nos han suministrado el motivo, pero el hecho de que dos destacamentos tan dispares en su procedencia y número de seguidores hayan conseguido reunirse, discutir sobre los diversos aspectos de interés común y disponer unas formas mínimas de cooperación, no estando imperiosamente obligados a coligarse para concurrir a las urnas, muestra hasta dónde los graves desbarajustes del país y sus inseguras perspectivas han de dar ocasión a un realineamiento político de insospechadas resonancias y amplitud. Tanto más cuanto que cualquier tarea a emprender conjuntamente por ambas fuerzas no sería

factible sin la supresión, de parte y parte, de las naturales reticencias de quienes en nuestras filas no juzgan conveniente el que liberales y moiristas alternen o aparezcan en las mismas tribunas. Y por eso me complace colaborar hoy con mi granito de arena al cometido de desvanecer las aprensiones o los recelos que aún obstruyen los entendimientos alcanzados, conociendo de sobra que las huestes holmistas del Valle del Cauca configuran uno de los baluartes más sobresalientes del liberalismo de avanzada, y a cuyo principal forjador, el propio Carlos Holmes Trujillo, le punzan como a nosotros los escasos incrementos de nuestras labores productivas, la mengua de la soberanía nacional puesta hace rato en entredicho, los brotes de terror con que últimamente se han pretendido zanjar las rivalidades partidistas y la vertiginosa depauperación de las masas populares.

Sin embargo, considero que tales concordancias, ni aquí ni en ningún otro departamento se hubiesen traducido en una acción concreta sin los desengaños cosechados por el mandato betancurista, un régimen que vivió para las apariencias, ardiendo siempre en deseos por embellecer su estampa y pensando no en solventar las múltiples privaciones de la población sino en salir airoso de ellas. Calificó de egoísta al sistema financiero y expropió a Michelsen Uribe, condenándolo, para remate, al destierro voluntario, sin disminuir por ello las dádivas con las cuales colmara a los competidores del Grupo Grancolombiano ni las voluminosas partidas con que se han cubierto los desfases de la banca. “¡Que tiemblen los pillos”, fue la agria reprensión que Belisario Betancur les profiriera a sus subalternos con el objeto de moralizar algunas dependencias del aparato administrativo... no todas. Con el “no se derramará más sangre colombiana”, lisonja dirigida a los bandos insurrectos antes que al Ejército, trató también de ganarse las palmas, no importándole si sus demagógicas benevolencias derivaran hacia la degollina que estamos contemplando. Con Contadora tampoco ha conseguido aplacar el incendio de Centroamérica, una confrontación prendida y determinada por la disputa Este-Oeste, y de la cual nuestro mandatario ha sabido beneficiarse a fin de extender su aura de pacifista al concierto internacional, lógicamente a expensas del doble juego de tenderles una mano a los fantoches del imperialismo soviético, mientras suscribe con la otra el Plan Reagan para la Cuenca-del Caribe.

Algo análogo ha sucedido con sus ofertas de congelar los impuestos y construir casas para pobres, así como con el resto de las obras consignadas en el “cambio con equidad”: que bajo su periodo hubo cuatro enmiendas o apretones tributarios; que se aceleró la tugurización de las ciudades por cuenta del ICT, y que los amnistiados tuvieron en sus promesas incumplidas la mejor excusa para volver a declararle la “guerra”. Un método de gobierno nada aconsejable. Cada situación difícil se encubre tras habilidosas explicaciones, y con evasivas se atien-

den los sentidos reclamos. A falta de ejecutorias que exhibir se hacen alardes de gran corazón y buena voluntad. Las complicaciones se sortean con astucia y con astucia se lavan los yerros. Es el estilo de mando que ciertos personajes de muchas campanillas todavía le recomiendan a Colombia, evidenciando, sin saberlo, la famosa premonición de Francis Bacon, el padre del materialismo inglés: *No hay cosa que haga más daño a una nación como el que la gente astuta pase por inteligente.*

Empero, lo verdaderamente lastimoso reside en que a esta administración espectáculo, cual la catalogara Carlos Lemos Simmonds, le haya correspondido sentar sus reales durante el lapso menos apacible en la historia sesquicentenaria de la vieja república. Justo a partir de 1982 empezaron a percibirse, una tras otra y en su plena función paralizante, las deformaciones estructurales incubadas en el transcurso del siglo. Por aquel año hacía sus destrozos la última y más aguda depresión del mundo occidental desde la quiebra de 1929, y se había entablado el ineludible pleito entre los países deudores y las agencias prestamistas internacionales, contradicciones explosivas que también sacudieron a Colombia. En lo interno, los otrora inexpugnables poderes de la élite de las finanzas cayeron en delicadas anomalías, provocando la intervención gubernamental en varias oportunidades; pequeños y grandes fabricantes, tras haberse declarado insolventes o en bancarrota, convinieron concordatos con los acreedores en procura de mantener a flote sus industrias; la agricultura y la ganadería sufrieron tales retrocesos que los colombianos, al decir del presidente de la ANDI, acabamos preparando los platos típicos con alimentos traídos de afuera, y la primera autoridad económica, el gobierno, acosada por el sucesivo déficit presupuestario, cuya cuantía no admite antecedentes, tuvo de continuo que emitir papel moneda atizando la inflación y ensombreciendo aún más el panorama. Y todo esto ocurre precisamente bajo las lindezas del “sí se puede” y en una encrucijada en la que afloran las mutaciones genéticas de una sociedad en transición, entre las cuales vale la pena mencionar el desmoronamiento de la antigua hacienda patriarcal campesina, el predominio del dinero sobre la tierra, el éxodo de las masas rurales hacia los centros urbanos, el auge del capitalismo de Estado, la incidencia creciente del comercio internacional, o sea aquellas modificaciones operadas de modo paulatino e imperceptible pero que con el tiempo han terminado por plantear a nuestro pueblo retos singulares en los ámbitos de la conducción y planificación económicas, la técnica y la ciencia, el bienestar social y la soberanía de la patria.

Al desatarse el dormido volcán de la deuda que apercuella a la América indigente, se reparó con angustia en que las principales entidades del orden oficial y privado, sin excluir a los bancos, se hallan hipotecadas hasta la coronilla e impelidas a girar al exterior, en divisas cada vez más costosas, unas sumas sencillamente inasequibles. Las remesas por ese concepto llegan a US\$ 1.200 mi-

lones, lo que equivale, dentro de los márgenes de una balanza comercial por lo común adversa, a 35% de nuestras exportaciones de 1985, proporción suficiente para absorber las ganancias del país y vedarnos cualquier posibilidad auténtica y autónoma de progreso. Las firmas particulares contabilizaron compromisos por cerca de 4.000 millones de dólares. Los de sólo tres sociedades, Avianca, Fabricato y Coltejer, ascienden a más de 44.000 millones de pesos al cambio de la fecha, que lograron finalmente refinanciar gracias al patrocinio del Ejecutivo. Frente a tan pesada exacción se han pronunciado con entereza industriales, agricultores y comerciantes. Inclusive algunos ex presidentes se atrevieron a sugerir, no la suspensión deliberada de los pagos, mas sí el virtual incumplimiento por fuerza mayor o inopia absoluta. Personalmente creo que semejante desenlace resulta utópico, dadas las férreas ataduras de variada índole existentes entre las neocolonias del sur y las metrópolis del norte, que condicionan tan drásticamente los negocios y el funcionamiento íntegro de los deudores como para que éstos no acepten, bajo las circunstancias políticas reinantes, una salida transaccional a la usanza mexicana. De un modo o de otro, lo digno de relevarse radica en que tras los infortunios del cuatrienio se ha ido sacando en limpio una conclusión inobjetable, bosquejada por nuestro Partido desde el mismo día su nacimiento y en la que concordamos con el doctor Holmes, que el desarrollo al debe no es tal, sobre todo cuando los préstamos se contratan bajo términos onerosos, se dilapidan o destinan a operaciones no rentables. Colombia nunca será próspera mientras no disponga soberana y adecuadamente de los frutos de su propio trabajo.

Hace veinte días los cerealeros reprodujeron en la prensa unas declaraciones en nombre de su gremio, Fenalce, a través de las cuales repudian sin pestañear los lineamientos, o mejor, los tumbos e inconsecuencias de la rama ejecutiva con respecto a la problemática del agro colombiano, como también lo expusiera por su lado la Sociedad de Agricultores de Colombia, SAC. Aquellos ponen énfasis en el encarecimiento de la maquinaria y de los servicios de preparación, siembra y cosecha, debido a la sobrecarga de los aranceles y del IVA. Alertan acerca de las cláusulas exigidas por el Banco Mundial para adjudicarnos un crédito de US\$ 250 millones con destino a la agricultura, por cuanto implican abrir el camino al ingreso indiferenciado de productos alimenticios extranjeros de los que nuestra "vocación agraria" ya depende en un millón cien mil toneladas cada doce meses. Y demandan, en forma textual, *"una política agropecuaria coherente, decidida y estable que incentive la inversión agrícola"*. El MOI Restampó su firma en este pedido, a semejanza de muchos aliados que nos han dicho estar dispuestos a adherir la suya a nuestras cuatro sugerencias unitarias. No es cuestión de inquirir si los empresarios del campo hacen de la necesidad virtud; la ciega y traumática evolución de los acontecimientos se ha encargado de enseñarnos a la maravilla en dónde ya-

cen los obstáculos para el normal avance del engranaje productivo de la nación.

Acá no más, en la zona azucarera, la mayor de nuestras concentraciones proletarias, observamos asimismo cuán nocivos son los rigores de la contracción. La industria de la caña, que presencia impotente la merma significativa de su rendimiento en cuanto a la cantidad elaborada, al perímetro cultivado y a los cupos de empleo, ha sido víctima, a su turno y con arreglo a sus peculiaridades, de las desventajosas relaciones imperantes dentro del mercado mundial. Los proyectos de ensanche que con desmedido optimismo diseñara en 1975 se fueron a pique tras el abrupto descenso del precio internacional del azúcar, el cual se cotizó a dos centavos y medio de dólar la libra el año pasado, cuando se calculaba que no bajaría de ocho durante el período. Los ingenios quedaron en la estacada, en especial aquellos que se decidieron a endeudarse externamente con miras a alcanzar mayores niveles de eficiencia, acentuando con sus reducciones la mengua del comercio y de los demás quehaceres de la región. A por lo menos diez mil obreros se les ha despedido y la cifra podría fácilmente doblarse si continúan, según parece, la superproducción de sacarosa y las medidas proteccionistas, tendencias ambas impulsadas por los grandes emporios.

Los procederes inequitativos vienen de atrás y nos han ocasionado la ruina en ocupaciones como el laboreo del trigo, del que prácticamente nos autoabastecíamos a principios de la década del sesenta, mientras ahora importamos 600.000 toneladas, uno de los muchos asoladores efectos de la conocida Ley 480 de 1954 por la cual el congreso de Norteamérica ha financiado la venta en nuestros países de buena porción de sus excedentes agrícolas. El cerco va estrechándose con el correr del tiempo, al punto que a la tempestad de protestas se han unido actualmente hasta los afortunados exportadores de flores de la Sabana de Bogotá. En ninguna parte el futuro de los pueblos se ha edificado con pétalos de rosa; no obstante, a los floricultores colombianos les asiste la razón al quejarse de los artilugios discriminatorios de la Comunidad Europea, máxime cuando algunas repúblicas de esta alianza, por ejemplo Francia, han obtenido, u obtienen, innegable beneficio de sus intercambios con nosotros. De suerte que la prosperidad del país se cifra tanto en un justo desenvolvimiento de sus vínculos con los monopolios foráneos como en una competente y planificada utilización de sus recursos.

Dos factores que se hallan al arbitrio de quienes controlan el Estado, el centro supremo que en la Colombia de hoy interviene en todo, desde graduar el coste de los bienes y servicios hasta definir los contratos de asociación con los dueños de medio planeta. Pero ni lo uno ni lo otro. Ahí están los casos del petróleo, o del carbón y del níquel, cuyas explotaciones se efectúan mediante sendos convenios estipulados preferentemente con compañías norteamericanas,

los cuales, a causa de sus ilicitudes y de los perjuicios que nos acarrearán, han recibido las desaprobaciones de los más dispares matices de la opinión. O el precedente no menos infausto del Pacto Andino, con el que, conforme a los pronunciamientos oficiales, las naciones del área arribarían, firme y mancomunadamente, a la edad madura de su crecimiento, siendo que siguen en mantillas al cabo de tres lustros y pico, sin haber coronado los programas sectoriales de desarrollo, ni la conversión de las empresas extranjeras y mixtas en nacionales, ni el acoplamiento entre los países signatarios, demostrándose cómo el experimento escasamente tendía hacia la creación de un mercado ampliado que tomase atractivas y gananciosas las multimillonarias inversiones de los conglomerados de las potencias industrializadas.

No es que nos opongamos a tales transacciones y menos a la integración latinoamericana, o que nos rehusemos por principio a la entrada del capital extranjero, o a asociarnos con él; por el contrario, estos elementos pueden transformarse en palancas de la modernización nacional, siempre y cuando se encaucen a suplir los vacíos dejados por el atraso secular y no a extraer a rodo nuestras riquezas y sin contraprestación alguna. El proceso que vivimos de nacionalizaciones y la correspondiente e inexorable expansión del sector público, su robustecimiento económico, su papel regulador cada día más descollante, en suma, el apogeo del capitalismo de Estado, representa una herramienta formidable con la cual Colombia respondería a las acucias de su propia reconstrucción, de manera “coherente, decidida y estable” para expresarlo con las palabras de Fenalce, si ese poderío fuese otorgado a los obreros, campesinos, empresarios, comerciantes, valga decir, a las clases interesadas en el incremento de la producción y, por ende, se orientara no sólo hacia la defensa de nuestros medios y disponibilidades sino hacia el aprovechamiento armónico de los mismos. Mas no planificamos ni protegemos lo que nos pertenece. Se asiente a cuanto indiquen los monitores internacionales y se confía demasiado en las leyes de la oferta y la demanda. El ministro de Agricultura, durante del lanzamiento en Cali del Programa Nacional de Tenderos, contestó a los reparos de los gremios admitiendo, como si tal cosa, que a su cartera le había faltado continuidad en sus prospecciones. De este tenor son las providencias y los mea culpa de nuestros funcionarios.

Los cambios mínimos que estamos proponiéndoles a demócratas y patriotas se limitan, pues, a suprimir las causas de nuestro estancamiento y se apoyan en las conquistas materiales y espirituales gestadas, a pesar de todo, en el seno de la sociedad colombiana. A veces el quid del asunto se reduce a recordar las olvidadas lecciones de los prohombres del siglo XIX, los primeros organizadores republicanos, quienes se levantaron contra los censos, los diezmos y las alcabalas heredados de la Colonia, esas restricciones que ahogaban el comercio, tan vital

para el incremento de las manufacturas. Un Salvador Camacho Roldán canta loas al “¡impuesto directo, progresivo y único!”; y Santander vuelve del exilio y arremete de nuevo a comienzo de los treinta contra la tributación indirecta que había restaurado Bolívar a finales de los veinte. Estas pugnas se han revivido sobre el mismo suelo, aunque en otra época y con otros actores. Los alcabaleros contemporáneos, retrotrayéndose dos centurias, plagaron la legislación con gravámenes al consumo, entorpeciendo el tráfico de los artículos y ameritando así las rectificaciones reivindicadas por comerciantes y productores. Quienes empuñan el timón han andado siempre en contravía. Se propende a la libre concurrencia en las operaciones mercantiles con el exterior, mientras internamente se las coarta de mil modos, que es cuanto acontece con la espiral inflacionaria, activada por las ininterrumpidas emisiones del Banco de la República y éstas a la vez por los astronómicos faltantes del gobierno, círculo vicioso que habrá de cortarse de un tajo si aspiramos a progresar.

Como ustedes aprecian, se trata de modificaciones a cumplir en el marco de una revolución democrática, en el sentido económico-burgués del vocablo; un vuelco que ha quedado inconcluso y que no por su carácter deja de ser menos profundo y beneficioso. No necesariamente abrazan las tesis del socialismo aquellos que rechacen los chantajes del Fondo Monetario Internacional y protejan la independencia de la nación ante las coacciones de los poderosos de Occidente, y las acechanzas del expansionismo soviético; ni tampoco los que recaben la intervención y la regulación estatales en bien de la colectividad y no del enriquecimiento de unos cuantos privilegiados.

Me resta únicamente hacer votos por que las identificaciones logradas entre el Movimiento Liberal Holmista y el MOIR en torno a tales propósitos se afiancen y proyecten, más allá de las escaramuzas electorales, pues se fundamentan en la acción unificada de las grandes mayorías y no en la sustitución de unos presidentes por otros, quienes en Colombia, aun cuando desciendan en medio del estragamiento de las gentes, caen parados como tentetiesos esos muñecos a los que les pesan más los pies que la cabeza.

Muchas gracias.

El MOIR insiste en el frente único

El Tiempo, 13 de diciembre de 1987

En su edición del 12 de noviembre, *Voz*, el periódico del Partido Comunista, acusa al MOIR de llevar a cabo reuniones con fuerzas oscuras en las cuáles se recolectan fondos y se montan planes subrepticios de propaganda fascista. Tal infundio nada tiene de raro. Aquella agrupación ha respondido siempre a sus contradictores con el único fruto de su ingenio: la calumnia. Lo execrable del asunto radica en la sórdida intención de responsabilizarnos o involucrarnos de cualquier modo en la guerra sucia que ensangra a Colombia. Los actos a que aluden como prueba de la conjura son los foros efectuados en varios departamentos con la amplia concurrencia de dirigentes políticos, gremiales y sindicales. De la labor instigadora inculpan directamente y con nombre propio a Marcelo Torres por su activa participación en tales eventos; a José Fernando Ocampo, del Comité Ejecutivo de Fecode, por su brega en los medios universitarios, y al periodista Leonel Giraldo por las defensas que hace de los criterios consignados en su libro sobre Centroamérica.

Queremos enterar a la opinión de tamañas maquinaciones, tanto más cuanto que en los últimos meses se vienen insinuando, de muchas maneras y en diversos sitios, señalamientos semejantes contra nuestro Partido. La situación del país no está ciertamente para gastar jugarretas de este género. Fuera de que nunca aceptamos que el atentado personal, la extorsión o el secuestro configuren procedimientos compatibles con los anhelos de superación del pueblo colombiano, nosotros fuimos los primeros en llamar la atención sobre la urgencia de civilizar la contienda política, una consigna que hoy se halla a flor de labio en las toldas de todas las tendencias, sin excluir a quienes secundaron el tramposo apaciguamiento del señor Betancur.

Cuando proponemos un frente único por la salvación nacional y nos aproximamos a industriales, agricultores, ganaderos, comerciantes, clérigos y militares

en retiro, sólo nos mueve el interés de resguardar la patria de los azarosos peligros externos e internos que la acechan. Desde el exterior nos amenazan las ambiciones hegemónicas de la Unión Soviética, cuyos fantoches ya huellan el suelo de América con su paso de ganso. Nos inquieta que Colombia corra la suerte de las gentes de Afganistán inmoladas en los altares de un extraño socialismo; de la república vietnamita que arrambla a sus débiles vecinos por cuenta de los amos del Norte, o de la Angola invadida y humillada por las tropas cubanas que guerreen bajo la divisa del rublo. En lo interno abogamos por el establecimiento de una democracia que ponga a los ciudadanos y a los partidos, sin salvedades, en un pie de igualdad ante la Constitución y las leyes. No se trata de una fórmula nueva, ni de la panacea milagrosa que algunos exaltan, pero sí representa un principio clave por medio del cual las masas populares y los sectores de avanzada conseguirían organizarse y batallar en provecho de las mayorías. Sin embargo, a partir del pasado cuatrienio y echando mano de mil trucos se protocolizó una preferencia política a todas luces violatoria del orden jurídico prevaleciente, la de garantizarles a los exclusivos beneficiarios de los pactos del cese al fuego el disfrute de las prerrogativas consagradas en la norma escrita, y aun de las mercedes del Estado, sin haberles exigido siquiera la promesa de deponer las armas con que intimidan a sus adversarios y los destierran de las áreas en pugna. No más el domingo 22 de noviembre, la gavilla de las Farc que ejecutara en Arenal, Bolívar, a nuestra militante Aidée Osorio, volvió allí bajo el mando de un tal “comandante Camilo” y ante la mirada atónita de los moradores de la localidad masacró sin clemencia a los compañeros Rafael Mendoza y Genaro Gómez. Nadie responde por los crímenes cometidos contra miembros del MOIR, a pesar de que hemos conminado públicamente a los mentores de los victimarios a que no los encubran. Y ahora resulta que quienes han recurrido a la justicia privada y a otras modalidades delictivas para imponer su predominio, que han concertado las más peregrinas alianzas con la burguesía y expandido su brazo armado bajo el auspicio oficial, que a comienzos de la reimplantación del régimen liberal eligieron al ministro de Defensa con la inútil esperanza de neutralizarlo, se reservan el derecho de achacarnos sus mismos desafueros y de prohibirnos hablar con personas y estamentos influyentes, so pena de aparecer cual inspiradores de la matanza desencadenada.

Con la grotesca tergiversación de las contradicciones los jefes del Partido Comunista no solamente buscan ponernos de blanco de su negro terror, sino justificar los desastrosos desaciertos de su táctica. No nos perdonan nuestros certeros pronósticos respecto al experimento pacificador, ni el haber pedido la supresión de los factores que han hecho posible la crisis de moral reinante, empezando por las singulares franquicias otorgadas al abrigo de la tregua, el diálogo

y la “paz”. Si un grupo estima que el país se encuentra en la insurrección o al borde de ésta y decide correr los albuces del levantamiento bélico, que lo intente. Cada cual hace de su capa un sayo. Mas fantasear con la “guerra” tras el propósito de obtener ventajas del gobierno o supremacías sobre el resto de la población, delata una apetencia insaciable e inadmisibles. Han sido justamente tales vivezas y no nuestras fundamentadas denuncias las que han permitido la proliferación de los llamados grupos de autodefensa. Antes de la amnistía los hubo en algunas regiones convulsionadas por conflictos de tierras; en la actualidad se han regado por el territorio patrio y con el concurso de distintos estratos sociales. En un pronunciamiento anterior indicamos los riesgos de este grave fenómeno, subrayando cómo los prosélitos encargados del trabajo legal recibirían los golpes de la vindicta, así la dirección de la Unión Patriótica, al estilo del avestruz, crea despistar a amigos y enemigos con informes de prensa en los cuales se declara desligada por completo de las Farc. Hasta el presidente Barco, tan pacienzudo y tan sobrio en sus conceptos, osó sostener, delante de la comisión que lo visitara a raíz del asesinato de Jaime Pardo Leal, que se estaba cobrando “en cabeza” de la UP los “actos violentos” de quienes “persisten torpemente en su empresa terrorista”.

Para pretender acallarnos hay otros motivos. El MOIR fue el único entre todos los partidos que se abstuvo de participar en los trapicheos de la pacificación. Advirtió que el reintegro civil de los insurrectos no podía supeditarse a la anulación o recorte de las disparidades económicas existentes en la sociedad colombiana, pues con ello se levantaba un obstáculo artificial e ineludible para el desarme y se daba aliento teórico a la aventura de la sublevación. Luego de que las Farc masacraran a varios de nuestros cuadros y ante la ausencia de un auténtico ambiente democrático, exigimos acabar con las dilaciones, proceder a la desmovilización y cumplir con las expectativas creadas al inicio de los contactos entre las autoridades y la guerrilla. Prerrequisitos que la presente administración ha ido también remarcando para llegar a un acuerdo definitivo con los alzados de La Uribe y detener la violencia. ¿Acaso no se ajustan a la realidad estas precisiones? ¿Es que las ambigüedades de los armisticios suscritos en agosto de 1984 no nos han alejado de la civilización y conducido a la barbarie? ¿En qué paró la encomiada apertura?

El procurador preconiza que la democracia en Colombia está regida por la “ley de la selva”; el ministro de Gobierno sostiene que únicamente va quedando viable la “solución militar”; el consejero de la rehabilitación se siente “casi que utilizado por quienes hablan de paz y responden con los fusiles”; el doctor Carlos Lleras Restrepo llama a no prolongar la “farsa de la tregua”; el ejército se torna cada vez más en un cuerpo deliberante con amplia audiencia en el concier-

to nacional; el extremoizquierdismo coligado trueca sus viejas reivindicaciones reformistas por una contradictoria mezcla de clamores contra el miedo y por la vida; el Partido Comunista convoca a la “resistencia” y a actuar “en todas las formas contra los asesinos del pueblo, sus incitadores y promotores”; el presidente de la UP no descarta la alternativa de la abstención en los próximos sufragios; el Parlamento aprueba una importante suma dirigida a fortalecer la capacidad operativa de las Fuerzas Armadas, y el colombiano raso ya no cree ni espera nada agradable de las declaraciones de buena voluntad de los firmantes de los convenios de la conciliación.

Los acontecimientos les han vuelto la espalda a los estrategias de la astucia, la intriga y la falacia. El mantenimiento simultáneo de la “guerra” y de la “paz”, una variante de la “combinación de todas las formas de lucha”, en lugar de haber ensanchado las libertades públicas, las ha obstruido. Algo comparable sucede con los procedimientos criminosos como el secuestro, elevado por el fundador del M-19 a la categoría de método proletario de combate, que desacreditan la causa revolucionaria y frenan el ascenso popular. Lo irrefutable de todo este largo período de confusión, del cual todavía restan liberales que ven en la sombra de Bateman al más grande ideólogo de la revolución, es que el MOIR se ha opuesto solo y resueltamente a dichas desviaciones, cuyos abanderados acaban de lanzar su último mensaje con la voladura de Cementos Rioclaro, una acción inconcebible, un regreso a la edad de oro del anarquismo, cuando la pelea se encaraba no contra las relaciones de producción sino contra la producción misma.

Casualmente, en los encuentros que estamos convocando con voceros gremiales y políticos, además de la salvaguardia de la soberanía nacional y de la erradicación del crimen cual instrumento de las lides partidistas, se ha enfatizado en otros dos aspectos no menos vitales para las corrientes democráticas y patrióticas: el fortalecimiento de la capacidad productiva del país y la satisfactoria acogida a las demandas de las masas laboriosas. Los trastornos económicos de la década les confieren especial relevancia a estos puntos, de cuya atención dependen bastante los logros del frente único propuesto. Aunque los balances de 1987 empiezan a registrar cierta recuperación, y entre determinados círculos empresariales se percibe complacencia a causa de uno que otro estímulo propiciado por el Ejecutivo, comprendidas las reducciones tributarias de la Ley 75 de 1986, sobre la industria y el agro gravitan dificultades múltiples. De un lado, la reactivación observada corresponde al curso normal de la crisis recesiva que ya culminó mundialmente, mas no obedece a un esfuerzo concertado de la nación; y del otro, se divisan los síntomas de una depresión próxima, que, según algunos analistas, sería de mayor envergadura que la del lustro pasado.

A las deformaciones estructurales características del Tercer Mundo, como

las altas tasas de desempleo, el tradicional rezago del campo, la estrechez del mercado interior y el peso asfixiante de un siglo de relaciones neocolonialistas, se les suman las lesivas consecuencias del endeudamiento externo, los caóticos malabares de la red bancaria, el manejo especulativo del comercio exterior, el desorden ocasionado con el constante aumento del déficit fiscal, la inflación permanente, el despilfarro, las destinaciones no rentables de los empréstitos, el acometimiento de proyectos faraónicos de discutible prioridad y el resto de males derivados de la falta de una planificación estatal efectiva. Muchas de esas obstrucciones podrían apartarse sin acudir necesariamente a las palas de la revolución, siempre y cuando cuaje un poderoso movimiento unitario que presione y haga conciencia acerca de las circunstancias propicias que se originarían con un consistente auge en los ámbitos de la producción nacional. El 20 de mayo, dos días antes del foro efectuado en Bogotá, en carta remitida a la Dirección Nacional Liberal, los presidentes de Acopi, Fenalco, ANDI, Camacol, Fedemetal, SAC, Asobancaria, Fedegán y Acoplásticos, pusieron de ejemplo la “anchurosa alianza” planteada por el MOIR, en contraste con los amagos de aquel directorio de borrar de sus estatutos la representación de los gremios. Muestra palpable del entusiasmo que suscita una política de convergencia entre cuyas miras se contemple propender al progreso y atacar el atraso. Al pueblo le interesa menos que a nadie el estancamiento económico. Las tesis de los liquidacionistas, conforme a las cuales cuanto más extendida sea la indigencia de las masas más cerca estaremos de un cambio del sistema, carecen de cualquier validez. La destrucción de oleoductos o de fábricas no allana la senda de la emancipación social. Por el contrario, el incremento de la mano de obra, sobre todo en una nación relegada y menesterosa como Colombia, les sirve principalmente a los trabajadores, puesto que los robustece y les proporciona mejores condiciones para sus conquistas, lo mismo materiales que espirituales.

Desde luego que la coalición de clases y capas disímiles, a veces contrapuestas, pero identificadas en los fines enunciados, supone concesiones mutuas, de carácter positivo, que no vulneren los fueros fundamentales ni de la patria ni de los ciudadanos. Son innumerables las personalidades que durante el transcurso del año han exhortado a contener con la más vasta unidad el proceso de disolución que nos mina. Entre ellas se destacan las de los ex mandatarios Lleras Camargo, Lleras Restrepo, López Michelsen, Turbay Ayala, Mosquera Chaux, y Pastrana Borrero; las de la Iglesia por intermedio del cardenal Alfonso López Trujillo, y las de algunos oficiales del estamento castrense. No obstante, dentro del consenso general disuena la actitud del gobierno empecinado en comprar pleitos perturbadores e inoportunos. No otra cosa significa salir con la revisión del Concordato, un asunto espinoso que inevitablemente indispone a las auto-

ridades eclesiásticas, enturbia el examen de los candentes problemas actuales y cuya discusión bien puede aguardar a la llegada de calendas menos borrascosas. Pasa igual con la incomprensible reticencia del primer magistrado a entablar oficialmente conversaciones con el Partido Social Conservador, en procura de un acercamiento en torno a intereses colectivos y no sobre el reparto de los cargos públicos, tal y como lo han puntualizado las cabezas visibles de la “oposición reflexiva”. Otro tanto cabe agregar a propósito de la agudización del diferendo con Venezuela, cuando ni allá ni aquí prevalece el ambiente indispensable para hallar una solución que ha de ser amigable y definida de común acuerdo. La ruptura del buen entendimiento con el hermano país y las tensiones fronterizas socavan las energías nacionales, incluidas las del Estado, en un momento crucial en el que la barbarie de cada día nos persuade a dirigir los esfuerzos hacia la tarea de ordenar la casa.

Antes que escarceos nacionalistas, antes que utópicos ofrecimientos de extinguir la pobreza, Colombia requiere rescatar la democracia, el medio insustituible de la lucha del pueblo. Y que se dialogue, para arrumbar o posponer cuanto entrase la integración del frente único reclamado con insistencia por nosotros y otras vertientes ideológicas, no para volver a las andanzas de la administración Betancur. Por eso nuestros calumniadores, a la hora de rendir cuentas, se descargan endosándonos las trágicas consecuencias de su tramoya pacifista; pero mientras menos se ciñan a la verdad histórica más claramente se establecerá que en esta coyuntura la razón estuvo del lado del MOIR.

La nación se salva si corrige sus errores

El Tiempo, 7 de febrero de 1988

Discurso pronunciado por Francisco Mosquera el 2 de febrero de 1988, en el Centro de Convenciones Gonzalo Jiménez de Quesada, en el acto de respaldo a Juan Martín Caicedo Ferrer en su campaña por la Alcaldía de Bogotá.

Amigos y compañeros:

El encuentro de esta noche lo hemos convenido con el objeto de protocolizar el respaldo del MOIR al doctor Juan Martín Caicedo Ferrer como candidato a la Alcaldía de la Capital de la República. Acontecimiento que termina por perfilar las características singulares de una postulación de notable importancia, no sólo porque ha logrado ganarse las simpatías de muy diversas corrientes, sino debido a la influencia que sin duda habrá de ejercer en el futuro inmediato de la nación. Más que la suerte de Bogotá, con todo y tratarse del primer municipio de Colombia, lo que está en juego es un imperioso realinderamiento de las fuerzas políticas, la reconsideración de muchas estrategias equivocadas, la posibilidad de una enmienda histórica. El propio ex presidente Carlos Lleras Restrepo, pasando por encima de conocidos afectos y antiguas discrepancias, resolvió darle impulso a la promisoría tendencia, tras condenar las maniobras de los grupos auspiciados bajo cuerda por el Ejecutivo y prevenir acerca de los falsos conflictos generacionales que anteponen las ambiciones de unos cuantos a la solución de los graves problemas del país. Algo semejante podemos señalar de los conocidos gestores del Movimiento Nacional Conservador, que al decidir coligarse con uno de los principales matices del liberalismo, fuera de quitarle piso al trillado esquema de partidos de gobierno y de oposición, allanan la senda a la acción unitaria entre agrupaciones de diferente origen mas identificadas en objetivos básicos. Otras vertientes conservadoras también han ofrecido su concurso, reafirmando el hecho que, al cabo de tantas dubitaciones, la alianza puesta en marcha consiguió

por fin aglutinar un buen número de adversarios y copartidarios de la administración actual. De nuestra parte, el compromiso que en este acto refrendamos ante la opinión pública, lejos de ser la movida de último instante para sortear las contrariedades de unos comicios accidentados como pocos, constituye el curso lógico de la posición que hemos venido sosteniendo desde 1983, cuando comenzamos a alertar sobre las caóticas implicaciones del “sí se puede”.

Personajes y dirigentes de las distintas actividades de la sociedad colombiana con quienes hemos conversado nos sirven de testigo de nuestra insistencia en la necesidad de un contundente viraje que rescate las reglas de la democracia, apunte la soberanía de Colombia, promueva la producción nacional y atienda las reivindicaciones del pueblo. Con casi todos ellos coincidimos en el análisis y en las soluciones, particularmente con los doctores Hernando Durán Dussán, Julio César Turbay Quintero, Gustavo Rodríguez, Juan Diego Jaramillo, Alberto Santofimio, José Manuel Arias Carrizosa y, por supuesto, Juan Martín Caicedo Ferrer, para mencionar únicamente algunos de los promotores de la vasta convergencia llamada a librar la batalla por Bogotá y por el replanteamiento.

A su vez los sectores empresariales de varias secciones del país aceptaron organizar foros altamente representativos, en los cuales se ha abundado en las sugerencias hechas por nosotros, encaminadas hacia la búsqueda y el hallazgo de una pronta y efectiva salida para la desmoralización imperante. En otro episodio sin precedentes y a raíz de la indolencia mostrada por la Dirección Nacional Liberal ante las dificultades de los productores, nueve de los más influyentes gremios, en pronunciamiento conjunto del 20 de mayo pasado, señalaron la actitud unitaria del MOIR cual una línea de conducta digna de imitarse. Con aquel directorio también discutimos nuestros puntos de vista y comprobamos hasta dónde llegaban allí los desacuerdos entre dos concepciones: la que se jacta de innovadora pero continúa entonando las rayadas salmodias de la demagogia disolvente; y la que, pese a recibir por argucias propagandísticas el calificativo de retrógrada, enarbola, tras la defensa democrática de Colombia, peculiares enfoques contrarios a los fracasados. Sobra añadir que en esta controversia hoy trasladada a la liza electoral, nos ubicamos del lado de la segunda alternativa, pues responde a los cruciales interrogantes del momento y a nuestros pronósticos más que ninguna de las otras opciones ofrecidas a los votantes bogotanos.

Nadie niega que la república de Bolívar y Santander acusa desajustes invertidos; sin embargo, el abismo sin fondo hacia el que rueda y la inversión de valores que con pavor contempla obedecen menos a sus viejas anomalías que a la forma oportunista como fueron abordadas durante el régimen anterior. La “paz” pasó a ocupar el Centro de las preocupaciones nacionales, una obsesión colectiva ante la cual se justificaba cualquier sacrificio, el que fuese, pero cuyo

advenimiento se hizo depender de la transformación social. De ese modo se llegó al absurdo de supeditar una cuestión eminentemente política, de trámites expeditos, a los cambios económicos o estructurales que de por sí suponen definiciones a largo plazo. Cuando menos lo esperaba, Colombia cayó en la encerrona de tener que hacer la revolución o padecer la guerra civil; y a la revolución colombiana se la obligó a aceptar como métodos suyos los “delitos atroces”, o sea el atentado personal, el secuestro y la extorsión. Se habían dado cita en nuestro suelo tres fenómenos lamentables: el ascenso al poder de un presidente sin tradición de clase, el enaltecimiento de los tradicionales comunistas criollos que creían aproximarse a una coyuntura insurreccional y la estulticia de una nación tradicionalmente educada en el embuste. Nosotros fuimos el único partido que no tocó pito alguno en esa gran función. E infortunadamente nuestras predicciones se cumplieron.

Aquí ha ocurrido lo creíble y lo increíble. La inseguridad, en todas sus monstruosas expresiones, se ha enseñoreado sobre la patria estremecida. Las sectas de diferentes procedencias y denominaciones quedaron autorizadas para echar mano de los procedimientos más abominables en provecho de sus oscuros apetitos. Han perecido asesinados desde humildes inspectores de policía hasta augustos miembros de la Corte Suprema de Justicia. Hace apenas una semana le correspondió el fatal y doloroso trance al procurador general de la Nación. Quienes en virtud de los acuerdos de La Uribe obtuvieron el insólito privilegio de poder esgrimir al mismo tiempo los fusiles y los votos, los medios legales y los ilegales, la “guerra” y la “paz”, lo han usado en contra de sus contendientes políticos a los cuales eliminan o extrañan de las regiones estratégicas. Cargando nuestros muertos hubimos de salir de sitios como el sur de Bolívar y el nordeste antioqueño, para atenerme al caso del MOIR, pero igualmente le sucede al liberalismo y al conservatismo. Gentes de distintos estratos sociales amenazadas en sus vidas y en sus bienes se inclinan a favorecer los llamados grupos de autodefensa, cerrándose así el círculo de una violencia indiscernible bajo cuyo imperio los insurrectos plagian a los plagiarios y éstos a aquéllos, las diferencias ideológicas y hasta sindicales se cancelan a bala, la dinamita destruye fábricas y oleoductos en aras de la preservación de los recursos nacionales, los candidatos pierden no las elecciones sino sus existencias y las masas laboriosas se convierten en las verdaderas damnificadas de la sarracina, puesto que sufren las consecuencias del inevitable recorte de los derechos democráticos, sus instrumentos fundamentales en la lucha por la emancipación. He ahí, descrita a vuelapluma, la tragedia de un Estado que visto desde adentro es un infierno, pero ante los ojos de las naciones cultas del planeta luce cual un inmenso manicomio.

Por eso se impone la urgencia de la reorientación y el reagrupamiento; y

nos complace que después de los luctuosos incidentes de enero los órganos de publicidad, los portavoces de las fracciones de todos los partidos, las jerarquías eclesiásticas y el presidente de la República nos hayan prácticamente robado la consigna de crear un frente único por la salvación nacional, meta tras la cual venimos combatiendo con paciente persistencia desde hace ya un año. De suerte, pues, que una aplastante mayoría en la actualidad le da máxima prelación al deber de velar por el porvenir de la patria puesto en entredicho, sin desistir, desde luego, de tomar como Norte las consabidas y universales normas de la democracia. No obstante, quien desee un mañana feliz no puede olvidarse de las tristezas del pasado. No se trata de congregarnos para volver festivamente a la amnistía, el cese al fuego, las comisiones, el cacareado “diálogo nacional” los viajes al río Duda, el suspenso del teléfono rojo y el resto de embrolladas secuencias de esa extenuante pantomima que fue poco a poco embotando el cerebro de la población y conduciendo el país a una celada inicua.

La consistencia de una nación, una clase, un partido, se mide sobre todo por la actitud que asuma ante sus propios errores. Nos hallamos en una de aquellas raras ocasiones que nos proporciona la historia, en las cuales resulta ineludible efectuar un alto en la jornada y emprender con valentía el examen retrospectivo. Los editorialistas de *El Tiempo* lo han vislumbrado al aconsejar una “autocrítica a fondo”, exhortación doblemente valiosa si proviene de la prensa, la principal culpable de las falsas expectativas tramadas en torno del engaño pacificador. Cuando en el debate de 1986 estampamos en los muros el pedido de “no más Belisarios”, no nos movía propósito distinto de remarcar ante la faz del país, de manera simbólica, qué no ha de hacerse, pero primordialmente, qué se debe corregir.

Del Estado no estamos demandando especiales medidas punitivas. No compartimos el establecimiento de ninguna de las bárbaras modalidades de la justicia o vindicta del talión que cada día gana más terreno y cobra más víctimas. Exigimos sí la supresión de los acuerdos de La Uribe, cuyas cláusulas vagas e inocuas en su letra sólo sirvieron de mampara para legalizarle su brazo armado a la UP, aquel remedo de frente planteado por las Farc y dirigido por el PC. En otras palabras, reclamamos el cumplimiento estricto del primer postulado del régimen de derecho: la igualdad de los partidos y ciudadanos ante la Constitución y las leyes de la república.

Un ejemplo. Hacia mediados de 1985 la mencionada facción insurgente ametralló a nuestro compañero Luis Eduardo Rolón en las intermediaciones de San Pablo, y el gobierno, en lugar de perseguir y enjuiciar a los homicidas, concluyó nombrándoles un alcalde de su mismo bando, costeándoles las movilizaciones hechas a punta de intimidación y concediéndoles en suma el control de la zona

en unos cuantos meses. Obviamente tuvimos que resignarnos a abandonar un trabajo campesino de casi una década. Es exactamente lo que no queremos seguir viendo ni soportando. Y en los albores de 1987 se lo expresamos al todavía consejero presidencial Carlos Ossa, pues la nueva administración se obstinaba en confiarles el manejo de municipios y de planes de rehabilitación a elementos de tal contracorriente, con todo y haber dicho ésta sin ambages que no desmontaría su maquinaria bélica.

Hasta cuando no se despejen semejantes incongruencias, o prevalezcan los proceder truculentos que los usufructuarios de los armisticios pusieron de moda, en medio de la embriaguez pacifista, por la época de la muerte de Rolón, no parará este baño de sangre tan penoso incluso para la misma Unión Patriótica. Presionado por las circunstancias, el presidente Virgilio Barco, con base en el artículo 121 de la Carta, ha expedido una serie de medidas cuyo rigor supera en mucho el del Estatuto de Seguridad de Julio César Turbay Ayala. Y lo llevó a cabo con el beneplácito mayoritario de la sociedad arrinconada. En síntesis, el experimento belisariano se vino a tierra con toda su bambolla. Sólo falta que se reconozca formalmente, máxime cuando el jefe del Estado, luego de la matanza, en junio, de los 27 militares de Caquetá, juró romper la tregua, departamento tras departamento, según se fuesen reanudando las hostilidades. ¿Y en qué sitios de nuestra geografía no ha habido enfrentamientos? En cuestión de un par de años saltamos del paroxismo a la desesperación, de la “apertura” a las prohibiciones más drásticas. Y esta situación se acentuará. Los comandantes de la aventura terrorista no dan muestras de querer sofrenar sus impetuosidades; cosa que deberían hacer, si no para impedir el colapso de la democracia, o para contribuir a la civilización de la lucha política, aunque sea por consideración a sus sacrificados seguidores. Si se suspende la causa se suspende el efecto.

Debido a los criterios expuestos, alrededor de muchos de los cuales cerramos filas con amigos liberales y conservadores, a nosotros se nos acusa asimismo de haber girado hacia la derecha. Nuestros difamadores llegan al extremo de conminarnos veladamente con cruentas represalias, sin reparar que son ellos quienes exhiben un rosario sin fin de canonjías oficiales, algunas otorgadas a contrapelo de la Constitución y de las leyes, como quedó explicado. Si el Partido Comunista suscribe sus alianzas con el liberalismo o el conservatismo, se plasma un bello gesto patriótico y revolucionario, mas si el MOIR lo intenta, estamos entonces ante un crimen de lesa patria.

En las postrimerías de los setentas la CSTC pactó con la UTC y la CTC el apellidado Consejo Nacional Sindical, y el año pasado, con el ex ministro Carrillo, fundó otra confederación. Ambas operaciones se adelantaron, según sus artífices, en beneficio del sindicalismo colombiano. Ahora, cuando hemos decidido

promover, junto a compañeros de las viejas centrales, una fusión de las fuerzas sindicales democráticas, a nuestros dirigentes obreros se les tacha de divisionistas y hasta de defraudadores. Pero la tarea, antes que detenerse, se agilizará. Y lo haremos aferrándonos a lo convenido: defender la nación, la producción, la democracia y el bienestar del pueblo, las mismas cuatro premisas unitarias que hemos presentado a empresarios y políticos.

Toda esta polémica, que lleva varios lustros, no nos la dicta el sectarismo. Inclusive con el partido de Vieira concretamos un entendimiento, tanto para concurrir a los sufragios de 1974 como para contrarrestar la dispersión del movimiento laboral. El asunto abortó porque los aliados de entonces salieron finalmente con que debía incluirse en el programa, que ya estaba suscrito, el apoyo a la revolución cubana. También sabotearon el pacto las sistemáticas violaciones de las normas de funcionamiento y el ventajismo por parte de aquella agrupación, cuyos cabecillas sólo piensan en acaparar las oportunidades y las retribuciones. Quienes se les acerquen han de andar con cuidado. En cada trato ellos van tras todo. Quieren la tela, el telar y a la que teje.

Ahora bien, ¿cuál es el juez que decide dónde está la derecha y dónde está la izquierda dentro de las espectaculares confusiones del mundo de final de milenio? Los soviéticos, que alegando ésta o aquella razón han bajado de los altares a cada uno de sus conductores, cuentan a su servicio con más tropas de ocupación activas de las que hayan tenido en el pretérito próximo el resto de potencias. Observando los vandálicos despojos propiciados por los líderes del Kremlin en Afganistán, Indochina, Eritrea, Angola, recordaba el MOIR en documento aún vigente que el socialismo no era, no podía ser anexionista. Por la paga, los rebeldes de la Sierra Maestra se vuelven cipayos y salteadores de pueblos débiles. Viet Nam pasa de invadida a invasora. Y quienes avasallan por cuenta de otros han acabado de metecos en su propia casa.

Así, en el período actual, los peores oprobios se cometen bajo las enseñas del comunismo. Entre tanto Estados Unidos se bate en retirada y entrega territorios gratuitamente a sus mortales enemigos, como lo hiciera Carter con Nicaragua. Hasta en China se registran cambios, ocurridos sobre la base de enmendarle la plana a Mao. Los reformistas practican el terrorismo y los terroristas el reformismo. La Junta de Managua censura la injerencia norteamericana pero celebra el exterminio de los afganos. En el presente ninguno de los conflictos locales o internos de los países conseguirá desarrollarse al margen de la intromisión del expansionismo soviético.

¿Por qué ha de ser revolucionario entonces ponerse a órdenes de los despóticos agresores de Oriente para construir el “socialismo real”, mientras resulta ultramontano no descartar la colaboración de las ancianas democracias occiden-

tales, incluida la estadinense, dentro de la brega por proteger la integridad y la soberanía nacionales? ¿Por qué es bueno conciliar con Betancur y malo corregir con Barco? ¿Por qué se absuelve al general Matallana, mas se condena al doctor Durán Dussán?

Pero ninguna de las graciosas deformaciones de la crisis nos amilana. A quienes han logrado amañar la información, merced a los devaneos de los medios publicitarios, escasamente les resta jugar la carta del desconcierto, ese interregno inevitable entre una claridad y otra. Las situaciones embarazosas han de descomponerse del todo para ser resueltas.

Una última reflexión. Cuando a Carlos Ossa Escobar se le postuló, inmediatamente después del hundimiento de la estrategia del colegio electoral, y la escisión del liberalismo bogotano en dos bloques era una realidad irrefragable, un connotado jefe de ese partido quiso, de un lado, vender la imagen de aquel aspirante alabando sus gestiones pacificadoras y, del otro, desconceptuar a Juan Martín Caicedo Ferrer por haber desempeñado la presidencia de Fenalco. Es decir, mientras una candidatura encarna la convivencia y la concordia, la otra personifica la explotación del comercio. Insinuaciones de este tipo no han de aceptarse cual expedientes válidos para mover al electorado. Sería tanto como sugerir que María Eugenia Rojas constituye la salida al problema de la vivienda debido a su paso por el Inscordial; o que Andrés Pastrana lograría el saneamiento de Bogotá porque viene de sufrir un secuestro cuyo desenlace por fortuna fue favorable. La elección popular de alcaldes permite una mayor agitación en torno a las necesidades de los municipios, pero no suprime las limitaciones materiales derivadas del déficit fiscal, el endeudamiento y el atraso económico. En su afán de vencer a cualquier precio, o por simple y vulgar promeserismo, muchos candidatos ofrecen el oro y el moro sin fijarse en que se requieren muy precisas reformas institucionales a nivel local y políticas generales benéficas a la actividad productiva.

La economía de un país es una compleja red de vasos comunicantes dentro de la cual, cuanto sucede en un punto, forzosamente repercute en otras partes. No habrá congelación de la tarifa de los servicios públicos de mantenerse el tratamiento dado a los empréstitos externos, como tampoco dispondremos de suficiente acumulación de capital, y por ende de inversiones, si se sigue prestando para emprender obras no rentables, cubrir intereses o equilibrar el presupuesto. El monopolio del comercio exterior ejercido con arreglo a los cálculos privados y no conforme a la planificación estatal, o el parasitismo de la banca sobre el agro y la industria, ahogarán siempre las posibilidades de un desarrollo cierto y armónico. No hace falta indicar que con estancamiento el desempleo florecerá irremisiblemente. El explosivo fenómeno de la venta ambulante, patente en

grandes y pequeñas ciudades, y que algunos recomiendan como el modelo de crecimiento jamás aplicado, prueba la ineficacia de las pautas económicas aún prevalecientes. Es sobre tan palpitantes asuntos que deberían llevarse a efecto las campañas municipales. El MOIR aspira a profundizar en ello con todos sus aliados, y aquí en la Capital, preferentemente con el doctor Caicedo Ferrer, porque él sabe de estas cosas.

No pocos correctivos se pueden introducir jurídicamente en ayuda a la producción nacional, sin tener que cruzarnos de brazos a la espera de los rotundos dictámenes de un vuelco revolucionario. En contra de las lesivas imposiciones de los prestamistas internacionales y en pro del derecho a autodeterminarnos ya casi hay un juicio unánime. Cada vez una cantidad mayor de personas y entidades comprende que sin algún progreso el país ni siquiera finiquitaría las cuentas pendientes con sus acreedores. Tras estas consideraciones y perspectivas debemos unificarnos resueltamente. Nosotros hemos echado en remojo nuestro programa máximo como una contribución positiva al frente único propuesto. La prosperidad de Colombia y el mejorarse del pueblo, en lugar de apartarnos de la gesta, nos acercarán a los sueños más queridos.

Muchas gracias.

Saludo del MOIR en la fundación de la CTDC

El Tiempo, agosto 14 de 1988

Compañeros trabajadores:

La central que hoy ustedes fundan como irresistible polo de atracción para la clase obrera colombiana, está llamada a cumplir un rol importante en nuestro futuro inmediato. Por eso el MOIR le ha dado su irrestricto apoyo.

Atravesamos un período histórico en el cual la inversión de valores parece ser el sello característico. Quienes pontifican sobre la revolución reviven con sus actos arbitrarios los crueles expedientes propios de la época colonial, y quienes siguen fieles a las formas civilizadas de la organización social burguesa pueden aún hacer valiosos aportes a la grandeza del país. El viejo comunismo criollo ha trajinado siempre en pro de una potencia extranjera, cuyas ocupaciones militares a Estados débiles las viene reivindicando paladinamente desde hace trece años, a partir de la invasión de los cubanos a Angola. Y en los últimos tiempos se ha mostrado partidario de la voladura de los bienes productivos, la intimidación en las relaciones sindicales y el secuestro cual medio de financiación, aunque con sus aparatos desarmados aspira a llevar una existencia placentera bajo la sombra protectora de las leyes de la república. Tales vivezas sólo traen desolación y desencanto. Y el defenderlas, justificarlas o absolverlas, en nada contribuirá a la salvación nacional de la que todos hablamos. Por el contrario, requerimos de la plena soberanía de Colombia, lo mismo en las decisiones económicas que en el terreno político; necesitamos del desarrollo de nuestra producción en las diferentes ramas y niveles; nos urge instaurar unas normas democráticas claras que garanticen derechos y deberes iguales para ciudadanos y partidos, y precisamos de un mejoramiento en las condiciones de vida del pueblo colombiano, convertido actualmente en carne de cañón y ganado de urna. Con estas premisas fundamentales el país entero saldrá airoso de la encrucijada. Los distintos sectores ligados al engranaje productivo resultarán ganando; sin embargo, los más

favorecidos serán los trabajadores, quienes verían amenazados su porvenir con la pérdida de la autodeterminación nacional y el establecimiento del delito como arma de combate.

A los fundadores de la nueva Confederación los han inspirado anhelos patrióticos y democráticos. Que no desmayen en el empeño hasta transformar esta esperanza en una realidad tangible para el proletariado colombiano.

¡Y díganle a los terroristas que la revolución no se corona envileciendo al pueblo!

¡Y señálenle a los burgueses que el bienestar de los obreros constituye un soporte sólido del progreso económico!

Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario MOIR

Comité Ejecutivo Central

Bogotá, agosto 6 de 1988

Secundamos la protesta de las cuatro centrales

El Tiempo, marzo 4 de 1989

Hace unos cuantos días, en un giro de importancia política, las centrales obreras, CTDC, CUT, CGT y CTC, llegaron al acuerdo de canalizar conjuntamente el enojo de los trabajadores colombianos por las lesivas medidas del gobierno dictadas en los últimos meses. Los dirigentes sindicales, a quienes les asiste la justeza de su cometido, decidieron, en consecuencia, llevar a cabo una jornada nacional de movilizaciones populares para el próximo 9 de marzo. Una respuesta apenas natural.

Pocas veces el pueblo había oído, en tan corto tiempo y sin escampadero posible, tal afluencia de noticias malas para su desfalcado bolsillo como ahora, y eso que el mandato de turno dice seguir los lineamientos de una “economía social”. Por un lado, alzas, devaluación e impuestos; y por el otro, unos ridículos aumentos salariales por debajo de los índices del costo de la vida, incluso de los admitidos por el DANE. Con el ítem de que los verdaderos incrementos de los precios no se desatan hasta haberse concretado el salario mínimo, los sueldos de los funcionarios públicos y aun varias convenciones colectivas. De modo que a la vuelta de unas cinco o seis semanas la masa laboriosa pierde porción considerable de las cortas compensaciones que los patronos le conceden en medio del regateo más espantoso. Los regímenes inmediatamente anteriores por lo menos procuraron mantener un equilibrio, así fuese en apariencia, entre los incrementos de la carestía y de las remuneraciones; pero el actual Ejecutivo acaba de lucirse imponiéndoles a vastos sectores asalariados reajustes en sus pagas de 25 ó 27 por ciento cuando la inflación había superado el 28. Con ello, 1989 será el tercer año consecutivo en que ocurra algo semejante bajo la presidencia liberal.

Si escudriñáramos las cifras, pasando por alto los formalismos académicos, hallaríamos lo que las amas de casa ya han descubierto en la tienda de la esquina: el descenso constante del poder adquisitivo de las gentes del común durante un

período muy largo y crítico. Camacol, el gremio de los constructores, calcula que dicha merma, dentro del lapso comprendido entre 1981 y 1988, alcanza poco más o menos el 30% para los estratos medios de las grandes ciudades. Este fenómeno lo reflejan inclusive las variaciones que de pronto se le introducen a la canasta familiar, cuya composición habla más de las tendencias sociales del consumo que de las necesidades básicas de los hogares menos favorecidos por la fortuna. El renglón de alimentos ha venido reduciéndose mientras el de vivienda crece. Lo cual no indica, por supuesto, que a las mayorías les sobre de su mesa para acceder a una casa mejor, sino al contrario, que el techo, cada día más caro y exiguo, se come la comida. La depauperación del pueblo aumenta conforme disminuye el área mínima de construcción habitacional autorizada por el Estado. Y como las moradas no funcionan sin agua, luz, etc., en su precio los encuestadores incluyen obviamente el valor de los servicios, esa correa mágica que une el sitio de residencia de los núcleos humanos con la usura de los empréstitos extranjeros de las empresas públicas del ramo. Las estadísticas del sistema no logran encubrir nada de esto, mas sus estadistas sí encuentran cualquier resquicio hacia la promulgación de todo tipo de tributos. El gravamen del cemento resulta indispensable en la reforma urbana, así las construcciones se trepan a las nubes. Son regalos con encarecimientos. La descentralización administrativa, junto a la novedad de los alcaldes elegidos en las urnas, brinda asimismo una magnífica oportunidad para subir escandalosamente los múltiples arbitrios que aletean sobre los predios de las localidades. El que quiera “*apertura democrática*” que la compre. Esta orgía fiscal, desencadenada al amparo del derrumbe paulatino del principio de los Derechos Humanos que prohíbe desde el siglo XVIII los impuestos al margen de la representación popular, ha generado tal repudio, que algunas de sus secuelas tuvieron que ser pospuestas o suavizadas, pero no suprimidas, y ya se murmura acerca de una “urgente racionalización tributaria”. Sin embargo, las fuerzas del trabajo no reclaman que se reordenen las cargas. Exigen que se eliminen unas y se modifiquen otras.

El foco del caos de nuestra regulación impositiva, con su enjambre de exacciones indirectas, regresivas y antitécnicas, no debe buscarse en las oficinas del Conpes de la capital de la república, sino en Washington, la sede del Fondo Monetario Internacional. Desde allí se nos vigila y se nos presiona a cumplir con las obligaciones de una deuda de 16.600 millones de dólares, sin contar los 1.700 millones del “*challenger*” que con tanto júbilo anunciara el doctor Virgilio Barco en su alocución televisiva de final de año. Los entendidos estiman que por concepto de intereses y amortizaciones, en 1989 Colombia habrá de girar a sus prestamistas en el exterior una suma equivalente a 64% de sus exportaciones, tasadas en US\$ 6.000 millones, en números redondos. Proporción que por sí

sola dice todo de la magnitud del problema. A causa de este factor, sencillo y a la vez complejo, muchas cosas trascendentales están comprometidas: las finanzas públicas, el desarrollo económico, el bienestar del pueblo, la autodeterminación nacional. El país ha sido entrampado, y sin contraprestación ninguna. Porque, además de las cláusulas onerosas de las contrataciones, los empréstitos fueron dirigidos por lo general hacia proyectos que no reportan divisas, o simplemente no rentan. La nación se endeudó en aras de su infraestructura, su energía eléctrica, o de los llamados “programas sociales”, a cuya sombra ha florecido más de una infamia en Colombia. Ultimamente estamos prestando para pagar.

Los obreros no se oponen por concepción a los préstamos internacionales ni a la inversión foránea. Reclaman, eso sí, que ambas alternativas, de aplicarse, coadyuven en realidad al progreso de la patria. Lamentablemente la experiencia enseña otro panorama muy distinto. El sacrificio del endeudamiento, en vez de jalonar nuestra industrialización, la ha deprimido. El presidente de la ANDI, haciendo alusión a la insuficiencia del “ahorro interno”, recién señalaba en reportaje a la revista *Deslinde* que “el país no está creando grandes industria”. Dentro del conjunto de las trabas tradicionales que nos han cerrado la posibilidad de un crecimiento sostenido, resaltan cabalmente las desventajosas relaciones con los carteles financieros de las metrópolis más boyantes. Hoy por hoy la principal inquietud económica nuestra consiste en librarnos de las iras de los acreedores, para quienes todos los años recogemos sin demoras una cuota enorme de los frutos del trabajo de la nación. El poder central, que es el encargado de la recolecta, se mueve entre el déficit presupuestario y el desborde impositivo, dos deformaciones convertidas en dogmas, con las cuales, de manera velada pero efectiva, se mella el ingreso real de los asalariados, las víctimas propiciatorias del escamoteo. La plata hay que extraerla de donde sea, por encima de las prelaiciones de la planificación y sin reparar en los perjuicios que se causen. En 1988 el gobierno les pidió a las Cámaras retocar la Ley Orgánica del Presupuesto con el fin de apoderarse de las ganancias de las empresas industriales y comerciales del Estado, que de un plumazo quedaron condenadas al estancamiento. La indigencia de los ciudadanos corre pareja con la penuria de los institutos. El sindicato de los Seguros Sociales de Antioquia, entre los muchos sucesos característicos de la época y que pudiéramos referir, se vio precisado a enfrentarse a sus superiores para echar atrás la reutilización de las jeringas desechables, un insólito recorte de gastos que no se compadece ni con el origen ni con la destinación de una entidad sufragada fundamentalmente por los trabajadores y los patronos. Disponiendo a la diablo de la riqueza pública e intensificando las privaciones de las masas jamás sacaremos a Colombia de la dependencia y el atraso. Algunos gremios de la producción, y la misma Fenalco, han reconocido cómo la rápida alza de los precios

y la pérdida continua de la capacidad de compra de la población repercuten de inmediato en la demanda, impidiendo la salida de los bienes de la industria y del agro, con la consiguiente agudización de las anomalías económicas de Colombia, incluido el desempleo. Creer en luchas contra la “pobreza absoluta” y en planes de “rehabilitación”, a tiempo que se constriñen las actividades productivas, no pasa de ser una lastimosa quijotada o un maldito engaño. Así como nunca hubo bienestar social sin desarrollo económico, tampoco habrá despegue industrial con un pueblo excluido del mercado. No en balde el MOIR, valorando las prioridades de la convergencia de salvación nacional planteada por varios sectores, llama a proteger e impulsar la producción del país, cuyo éxito está muy lejos de erigirse sobre el desmejoramiento de su mano de obra. Por eso la clase obrera, la más hundida tras el alud de las imposiciones gubernamentales, es también la más interesada en que se establezca un adecuado contrapeso entre los diferentes resortes de la economía, empezando por la revisión del salario mínimo y de aquellas convenciones colectivas que ni siquiera igualaron la tasa inflacionaria. La razón de la carestía hay que averiguarla en los faltantes del Estado, la emisión monetaria, la devaluación automática, el régimen tributario, los altos intereses, los quebrantos de la producción o el monopolio internacional, no en las nóminas de los trabajadores.

Las complicaciones de Virgilio Barco en su mayor parte han sido heredadas de los hombres que le antecedieron en el ejercicio del mando: no obstante, su actitud desdeñosa ante las sentidas demandas de los desposeídos le han ganado no únicamente dolores de cabeza sino la intimación de un paro que aquéllos todavía le deben. Mas nunca es tarde para corregir. Que la jornada del 9 de marzo convenza a los altos dignatarios del error histórico de satisfacer los abusos del FMI con los desbarajustes económicos y el empobrecimiento de la nación. Los responsables del poder han de tener en cuenta, desde luego, los compromisos con la banca internacional; pero no pueden volverle la espalda a la problemática del país. El ciego cumplimiento, en lugar de conducirnos hacia la tierra prometida, tarde que temprano nos arrastrará a las insolvencias de México, Argentina, Brasil, Bolivia, Perú y ahora de Venezuela. El persistir en el camino equivocado, al socaire de la “justicia social” el “plebiscito” o el “esquema gobierno oposición”, escasamente probaría que la clase burguesa se atiene a fórmulas preconcebidas y no al escrutinio juicioso de la realidad cambiante, un pecado que la crítica institucionalizada le endilgó siempre a las fuerzas revolucionarias.

Nuestro Partido le ha dado una especie de respaldo con condiciones a la actual administración. El inicio del cuatrienio lo consideramos de buen augurio ante las desventuras del “sí se puede”. Y en reciente pronunciamiento pedimos el apoyo de las huestes patrióticas y democráticas a la estrategia de paz del primer

magistrado. Esta posición se desprende del análisis hecho sobre la grave situación de la hora y que nos llevó a proponer, cual lo hemos explicado en varias ocasiones, un frente que resguarde la soberanía de la nación, civilice la contienda política, pugne por la producción nacional y prohíje las reivindicaciones del pueblo. Los acercamientos encaminados hacia tales metas no significan cheques en blanco para nadie, máxime si se atenta contra uno de los pilares imprescindibles de la unidad, el proletariado.

Por lo demás, el acuerdo de las centrales no puede ser más aclaratorio. El movimiento sindical, por primera vez en mucho tiempo, se aglutina alrededor de sus reclamaciones y empuña las riendas de su protesta, proscribiendo de los actos del nueve, el terrorismo y la injerencia de los provocadores.

Inmenso valor tienen entre nosotros las directrices señaladas, no porque se trate de cuestiones nuevas sino olvidadas. En los dominios del sindicalismo levantaron sus tiendas de campaña credos disímiles que han estimulado la anarquía y la confusión, no importa si consciente o inconscientemente. Se llegó al colmo de predicar el secuestro cual medio de combate. Y se practicó, en el caso de José Raquel Mercado, con el objeto de arrancar la cizaña de las filas sindicales; y en el caso del gerente de Indupalma, para hacer valer el pliego de peticiones. Quienes recapaciten acerca de los males ocasionados por enfoques de índole parecida, comprenderán cuánto representa para los trabajadores una táctica que restaure las demandas de clase, el concurso de las masas, la acción unitaria y el ánimo insobornable.

La movilización ha sido organizada con el criterio de que los contingentes proletarios no cifran su fortaleza en el desconocimiento de las normas democráticas o en la violación de la ley. Son sus enemigos los que prescinden de ellas en el afán de golpearlos.

La protesta demostrará que mientras las viejas colectividades abandonan conocidos preceptos, como la moneda sana o el arbitrio de los impuestos a través de la representación popular, la clase obrera los retoma y los pone al servicio de su victoria.

Y que lo sucedido a escala regional con las jeringas del ISS acontezca con los dictámenes perturbadores de la vida de Colombia: que se desechen.

Por todo eso secundamos el 9 de marzo.

Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario, MOIR

Comité Ejecutivo Central

Francisco Mosquera

Secretario general

Bogotá, 28 de febrero de 1989

El apoyo del MOIR a Durán Dussán

El Tiempo, 7 de marzo de 1990

Vastos sectores ya saben hacia dónde se inclinan las preferencias del MOIR en el actual debate por la Presidencia de la república, no sólo debido a declaraciones del mismo Hernando Durán Dussán, sino a nuestra activa participación en muchos de sus actos. Cabe, sin embargo, examinar el porqué y el cómo de este desenlace político. Las progresivas identificaciones con el curtido luchador liberal abarcan varios años del último período, tal vez el más azaroso de la historia del país, cuando él precisamente logra alentar, con sus planteamientos y actitudes, una alternativa que se distingue hartamente de las tornasoladas ofertas características de las épocas electorales. Veámoslo.

1. La democracia

Ante el incremento de la nueva violencia, esa peste que se ha ensañado en nuestros lares desde hace tres decenios y que pasma a propios y extraños, Durán ha tomado posición, al igual que los principales dirigentes de los diversos partidos. La diferencia con un gran número de éstos radica en que sus tesis resultaron ser más realistas, pues en tan delicada materia no ha creído ni en los letargos del apaciguamiento ni en los hechizos de la demagogia. Pregonó el derecho a la autodefensa de las zonas martirizadas por *el boleteo y la vacuna*. Con frecuencia se ha referido a la necesidad de proteger a las personas en sus vidas, honra y bienes, recordando el artículo 16 de la Carta, cual si se tratase de un programa innovador, innovador para una vieja sociedad sometida a todo tipo de brutalidades. Y a menudo ha advertido acerca de las nocivas repercusiones que para las labores productivas trae semejante situación. Sus malquerientes lo tildan por ello de ultramontano. No obstante, el 2 de marzo, en un incidente que le ha dado la razón, los ganaderos de Córdoba pusieron en venta la totalidad de sus ganados “*para salvar el menguado patrimonio que aún nos queda*”.

Durán ha sido también partidario del diálogo, pero sin pretextos dilatorios y dirigido a la efectiva incorporación de los alzados a la vida civil, conforme a las normas constitucionales. Hace poco expresó, en compañía de los otros precandidatos liberales, el respaldo a los acuerdos suscritos entre el gobierno y el M-19. Mas sea como fuese, las conversaciones con la extremaizquierda las supedita a la suspensión total de los procedimientos delictivos.

A nosotros nos han parecido siempre justas tales apreciaciones, y lo decimos sin tapujos, pese a tener un criterio distinto de las cosas como organización ideológicamente contrapuesta. En Colombia, la violencia calificada de social hunde sus remotas raíces en una táctica terrorista de la liberación propiciada por Castro y sus conocidos patrocinadores, y no en la miseria del pueblo. En ninguna parte la indigencia genera guerras emancipadoras. He ahí la gran mentira con que miles de redentores han justificado entre nosotros todas las aventuras, las atrocidades y las demencias de más de un cuarto de siglo. El secuestro, el asesinato, la extorsión y la voladura de medios productivos fueron glorificados como armas revolucionarias. Nuestro Partido ha sido una de las tantas víctimas de esta insólita inversión de valores. Tuvimos que abandonar decenas de regiones campesinas y vimos caer acibillados a inolvidables camaradas bajo el fuego de quienes no admiten diálogo alguno cuando de alargar sus tentáculos se trata. Nosotros somos partidarios de que se pacte la paz con los grupos guerrilleros, con todos, sin excepción alguna. Que se les conceda el indulto y las demás garantías indispensables. Creemos que con ello habría, antes que nada, dos beneficiarios: la revolución y el pueblo. Pero rechazamos de plano que la tranquilidad secompreconcediéndosalosamnistiados “*circunscriptioselectoralesespeciales*”, bonificaciones económicas, favores del Estado o cualquier otro chocante privilegio. Que todos los individuos y partidos sean puestos en pie de igualdad ante la constitución y las leyes. Los alzados en armas que no quieran o se muestren refractarios a este máximo principio de la democracia, que cumplan entonces su destino de insurrectos errantes.

Durán también discrepa de los asesores de la “paz” que han insistido en añadirle al perdón “*el premio especial de algunas curules*”, y coincide en establecer dentro de las disposiciones electorales un tratamiento igualitario para las minorías. El MOIR, por su lado, no aspira a prebendas de ninguna especie; con su política unitaria de todos estos años de aislamiento no solamente ha buscado prender un faro en la confusión reinante, sino conquistar un terreno democrático para reiniciar la marcha. De ahí que le concedamos prioridad a este aspecto tan desconceptuado bajo la administración Betancur, el de las reglas del juego, para llamarlo de cualquier manera.

2. La producción

Nadie ignora que en las campañas electorales, peculiarmente en las que se decide el traspaso del mando, los aspirantes le presentan a la opinión pública un repertorio infinito de tesis económicas con el objeto de ganarse el favor de las más disímiles y hasta antagónicas influencias. Recapitular con exactitud los distanciamientos en estas disciplinas no resulta tarea fácil; y peor aún en la recta final de los comicios, cuando ocurre la verdadera floración de astucias, imprudencias y promesas. Nos limitaremos pues a recoger unas mínimas deducciones extraídas por el doctor Durán Dussán de las inocultables calamidades de la república, y que suponen voluntaria o involuntariamente el repudio a la incuria de los regímenes anteriores. Por supuesto que el precandidato liberal ha hablado de los perjuicios enormes que acarrearán las altas tasas de interés vigentes, tanto para la agricultura como para la industria; del encarecimiento constante de los insumos extranjeros, motivado, entre otros factores, por los impuestos arancelarios que el Estado les fija; del nuevo gravamen norteamericano a las flores colombianas y de la ruptura del Pacto Cafetero, fenómenos deplorables ambos para una economía cada vez más asediada; del considerable porcentaje de nuestras exportaciones destinado al servicio de la deuda externa, que él mismo estima en más de 50%; de la estrategia, o de la falta de estrategia, en que ha incurrido Barco respecto al endeudamiento estatal con los financistas internacionales, al caer en el círculo vicioso de prestar para pagar, y del resto de evaluaciones y medidas, necesarias a su juicio, para sortear la inflación, el desempleo, la escasez, los desequilibrios. Es decir, ha tocado con cierta amplitud los notorios y complejos asuntos concernientes al progreso de Colombia, cuyos análisis podríamos o no compartir, dependiendo de numerosas consideraciones. Mas lo que deseamos resaltar son tres reiteradas afirmaciones suyas, que, sin configurar una teoría en el sentido estricto de la palabra, anuncian una actitud favorable, abren perspectivas para el reavivamiento de la producción nacional: la urgencia de brindarles *“protección a la industria y al empresario”*; el convencimiento de que *“sin seguridad no puede haber desarrollo económico”* y el propósito de promover *“un entendimiento entre el gobierno y el sector privado”*. Entre los candidatos con opción, ninguno ha emitido conceptos tan pertinentes y firmes en torno a los escollos de los estratos productivos.

En Colombia se ha vuelto costumbre combatir los esfuerzos empresariales con la pretensión de obtener el aplauso de las masas. La última reforma agraria, antes que enjuiciar los latifundios atrasados o incultos, arremete contra los reducidos logros en la modernización del campo. Desde los días de las originalidades de López Michelsen, a mediados de los setentas, se vienen agudizando los dolores de cabeza de los industriales, con quienes el poder central prácticamente no intercambia puntos de vista, excepto cuando se negocia una nueva cotización o

se dirime un conflicto en concreto. Pero los presidentes no se han sentado con los gremios a examinar la situación en su conjunto, ni han propuesto planes coherentes, válidos, en bien del desarrollo industrial, que respondan a la dinámica de los inversionistas particulares y consulten las supremas miras de la nación.

La ANDI viene quejándose hace rato de que los funcionarios desfiguran, restringen o adicionan a su gusto la balumba de regulaciones gubernamentales, por lo general sin poseer ni pedir información, e introduciendo a cada paso motivos perturbadores que han llegado a entrabar artificiosamente la agricultura, el comercio, las finanzas, la construcción y, en particular, la industria, en donde tarde que temprano se reflejan las falencias de las otras áreas. La incertidumbre ha sido el ambiente natural de los fabricantes colombianos. El descabellado manejo de la deuda externa, los déficit presupuestarios, las emisiones permanentes, la desvalorización automática del peso frente al dólar, la constante inflacionaria, el sistema impositivo y las demás fluctuaciones dispuestas a diario por los organismos estatales especializados frenan sin duda el empuje creativo de la población. Hace su tiempo ya que en ninguna de las ramas económicas registramos expansiones dignas de mencionarse. Nada se afianza sobre la ininterrumpida distorsión de la moneda, de los precios, de los intereses, de las normas. Los pocos jalamientos que puedan despertar el orgullo de las gentes se derivan de la acción mancomunada del Estado con el capital foráneo, primordialmente en el renglón de la minería, con las consabidas desventajas que en Colombia conllevan esas formas de asociación. Y ahora Barco, antes de despedirse, prepara su ulterior acometida contra los productos del país: *la apertura económica*, que al instante de llevarse a la práctica se traducirá inevitablemente en la entrega del mercado interno a los géneros extranjeros. Tras la voz de asalto, lejos de pasar al abordaje del comercio internacional, caeremos en manos de las gigantescas compañías multinacionales.

Por lo dicho arriba estamos de acuerdo con Durán en darles la debida prelación a las empresas colombianas, y resguardarlas, no únicamente ante los embates vandálicos del oportunismo sino ante los zarpazos de la competencia externa. El dictamen, si se cumple sin artificios, modificaría años de entrega y reacción. Asimismo permitiría al próximo mandatario disponer del aporte insustituible de los destacamentos gremiales en la elaboración de un diseño de desarrollo que tenga en cuenta y conjugue a plenitud nuestros recursos; o al menos abriría las posibilidades de efectuar estos cambios, sacudiendo las conciencias y estrechando los lazos de unidad nacional.

Los objetivos básicos de la planificación y de los entendimientos sugeridos por Durán infaliblemente han de ser la conquista y el despliegue de la grande industria. En los cotos de la microempresa, como ahora se dice, no puede asen-

tarse el porvenir. Ernesto Samper, por ejemplo, en sus cuñas radiales, se propone acabar el desempleo impulsando los pequeños y medianos negocios, las cooperativas de producción y mercadeo, el campesinado minifundista, el trabajo por cuenta propia y las demás modalidades artesanales que, si todavía desempeñan un rol económico, se explica por el rezago secular del país. Y eso es casualmente lo que calculan los imperialismos, que ellos se dediquen a la producción pesada, estratégica y técnica, mientras el Tercer Mundo se recluye en la denominada “economía informal”, o sea, la venta ambulante, los tallercillos de dos o tres operarios, el minifundio, las faenas domésticas o las labores a destajo. En otras palabras, que nos confinemos a la miseria. Las ciudades nuestras están atiborradas de campesinos emigrantes, cuyo éxodo ha disminuido proporcionalmente con el tiempo. Este acomodo demográfico, junto a la proliferación de los más increíbles oficios, fue lo que le permitió al señor Barco meter ruido con el descenso de la tasa de desocupación en 1989. Pero la propaganda palaciega no comenta nada sobre el declive de la productividad, fruto de las mismas deformaciones. Cerca de 60% de las plazas corresponde a unidades que no rebasan los diez trabajadores. El país se moderniza o se arrienda. He ahí la disyuntiva.

3. La unidad

Uno de los compromisos terminantes que Hernando Durán Dussán ha contraído con el electorado se cifra en su solemne y reiterada oferta de erigir traseltriumfoun “*gobiernodesalvaciónnacional*”. El replanteamiento, de impredecibles repercusiones tácticas, responde, según textuales declaraciones suyas, a “*las delicadas circunstancias que vive el país*”. Proveerá los cargos de dirección con persosneros de todas las banderías políticas, incluidos los movimientos de izquierda, “*siempre y cuando se eacojanalrespetodelaConstitución*”. Estas revelaciones entrañan, desde luego, la censura al esquema gobierno-oposición, un ensayo académico que, como la mayoría de las ocurrencias del agónico mandato, se consideró el invento más extraordinario de la época, así no correspondiera a las realidades de la hora y datara de los días lejanos de la revolución capitalista. Tanto más fallido cuanto que a lo largo del accidentado período el estrecho círculo presidencial no atendió a las jerarquías de su partido, ni siquiera para comentarles la razón de sus determinaciones. Y por el contrario, siempre que pudo dividirlo o desarticularlo, lo hizo.

En 1988 el liberalismo perdió la Alcaldía de Bogotá porque los intrigantes apostados en el Palacio de Nariño impusieron, primero, a un ilustre desconocido, un favorito que no duró lo suficiente, merced a las denuncias sobre algunos abusos cometidos por éste en el sistema bancario, y luego, de sustituto, seleccionaron otro, que acabó despejando la victoria conservadora. Tampoco escondie-

ron sus afectos por Luis Carlos Galán, cuyos afanes alentaron en mil formas, hasta el momento de su trágico deceso. Truncada de golpe la carta gananciosa corrieron a buscar un emergente, que hallaron en la figura improvisada del ex ministro César Gaviria, y, mediante las cortas palabras fúnebres del joven primogénito del jefe desaparecido, le expidieron a aquél la partida de militancia en el Nuevo Liberalismo y lo consagraron como heredero y aspirante presidencial, negándoles a los dolientes seguidores el derecho incuestionable de discutir y de escoger. Si tales burlas hacia las personas y los procedimientos instituidos siguen prosperando, las huestes redivivas de Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán estarán en peligro de salir, por segunda ocasión en menos de un lustro, no de las principales alcaldías, sino del poder, por más que recurran a la consulta popular para dirimir sus desavenencias internas.

Alrededor de éstos y otros puntos sustanciales son ostensibles los enfoques contrapuestos entre el precandidato de la mayoría parlamentaria liberal y el primer magistrado, y que han ido multiplicándose con el aluvión de los frescos, dramáticos e intensos sacudones registrados dentro y fuera de Colombia. “*Yo uso anteojos, pero son de distintas dioptrías de los de Barco*”. dijo Durán Dussán en un reportaje a *El País* de Cali.

Vale la pena volver a recordar cómo en enero de 1986, seis meses antes del cambio de guardia en las almenas del Estado, nuestro Partido llamó a construir un frente único de salvación nacional. Veíamos con honda preocupación el desbarajuste que Betancur le legaría a quien le sucediera en el mando. Se había suscrito con las comandancias guerrilleras un ambiguo cese al fuego que les permitió a éstas expandir sus anárquicas operaciones hasta las capitales de los departamentos. Fueron tantos los halagos antidemocráticos, tantas las condescendencias, que el M-19 pudo, en completa calma, preparar y perpetrar la toma del Palacio de Justicia, que concluyó con el holocausto de la mitad de la Corte, una página siniestra y sin antecedentes en los anales de las naciones cultas.

En el frente externo se observaba la impaciencia de los fantoches prosoviéticos por apuntalar su intromisión dentro de nuestras fronteras, valiéndose de las condiciones propicias que les brindaban las felonías de las autoridades colombianas y el incremento de las guerrillas, a las que Cuba, Libia y otras republiquetas les enviaban armas y dólares, las adiestraban en las artes de la guerra y las asistían políticamente. Era entonces tal el entusiasmo de Fidel Castro que una vez en La Habana llegó a admitir, en presencia del ex presidente López y del novelista García Márquez, que la Isla sí cumplía con su deber “internacionalista” de entrenar a los combatientes colombianos. Sobra añadir que la infidencia se reseñó públicamente pero no mereció ni un fruncir de cejas por parte de nuestros dos distinguidos compatriotas. Este incidente ya lo habíamos relatado cual un caso

típico de la atmósfera de relajamiento que se respiraba y de los amenazadores nubarrones que pendían sobre la tranquilidad y la independencia del país.

La otra inquietud estribaba en algo que ya indicamos, los tremendos desarreglos económicos que, no obstante derivarse de la supervivencia de las anacrónicas relaciones de producción y de la presión expoliadora de las metrópolis, se habían acentuado con la crisis de comienzos de la década y con las astracnadas del “Mandato Claro”, o “Mandato de Hambre”, como lo tildó el MOIR. Entre los damnificados, encabezando la lista, estaban obviamente las gentes trabajadoras que con el ahogo de la industria y del agro irían a padecer las secuelas de la desocupación y el abandono recrudescidos. No es cierto que las masas laboriosas promuevan la desolación en la tierra para deshacerse de los yugos del trabajo. Pase lo que pase el pueblo aboga por el desarrollo material. En ello radica, sin peros ni sombras, una de sus armas insuperables, que, con la simultánea implantación y el uso de los preceptos democráticos, le habrá de transferir la supremacía moral y política sobre sus poderosos adversarios del Norte y sobre los que aquí les sirven de correveidiles. Por eso, además de la salvaguardia de nuestra soberanía, de la vigencia plena de las regulaciones democráticas y civilizadas en la contienda entre los partidos y de la atención a las justas reclamaciones de las masas, insertamos, dentro de los cuatro puntos unitarios por el frente único, la defensa de la producción nacional. Suspendimos, así, temporalmente, la propaganda del programa de la revolución ante la emergencia que atravesábamos, y que aún nos mina, tal cual lo ha comprendido el precandidato Durán Dussán.

Mientras hacíamos esta concesión en aras del aglutinamiento de las fuerzas patrióticas y pensando en facilitar los avances de Colombia, la administración Barco riñe sin ton ni son con el conservatismo, desafía insensatamente a Venezuela y provoca al clero con la intempestiva demanda de enmendar el Concordato. A pesar del entorpecimiento sistemático del poder ejecutivo, los postulados de unidad ganan audiencia. Álvaro Gómez Hurtado, Misael Pastrana y Carlos Lleras Restrepo recomiendan una cooperación de amplio espectro en cuanto ataña a los acuciosos retos del presente. Creemos que tales reflexiones no están desubicadas y que deben sopesarse con cuidado, no obstante que 1989 marcó un drástico y súbito giro en los estratégicos enfrentamientos a escala mundial, pues la culminación del tortuoso retorno hacia el capitalismo, emprendido hace tiempos por los revisionistas rusos, sumió a la Unión Soviética en un caos indescriptible, debilitándose a sí misma en el duelo singular que mantiene con Estados Unidos desde cuando Kruschev se quitaba los zapatos en la ONU para golpear en su escritorio. Tras la contraofensiva de Bush, que sin tardanzas ha tendido velas bajo los nuevos vientos, para los países pobres simplemente se ha presentado un vaivén de contingencias; los principales riesgos de un total vasallaje, sobre

todo económico, provienen no ya del Este sino del Oeste. Mas los derechos a la autodeterminación y al bienestar hay que seguir luchándolos, con la pronta y efectiva concurrencia de las clases y capas afectadas por los malos presagios de estos lóbregos meses de diciembre y enero, e incluso parte del siguiente. Los auténticos patriotas prestarían su entusiástica colaboración a un frente que tuviera como mira a Colombia y no a las apestosas ambiciones de capilla. Y si el eventual gobierno de Durán Dussán se ciñe a esa pauta, no diferible ni negociable, el MOIR estaría dispuesto a brindar su ayuda sin exigencias burocráticas de ninguna índole.

A raíz del bloqueo marítimo, ordenado contra Colombia a principios de 1990 por el gobierno norteamericano, que colmara de temores al continente entero y diera lugar a un repudio espontáneo y unánime que obligó el desvío hacia la Florida del portaviones *Kennedy*, del crucero lanzamisiles *U. S. Virginia* y de las otras naves de la flota expedicionaria, el doctor Hernando Durán Dussán, al igual que muchas personalidades del país, comprendido el Canciller, sentó su enérgico rechazo ante el incalificable atropello del que era blanco la república. Durante su visita a la colonia colombiana de Miami precisó, desde el propio territorio estadinense, que se trataba de un ostensible intento de invasión que *“no estamos dispuestos a aceptar, así provenga de un país amigo con el que tenemos dinámicas relaciones comerciales”*. El incidente ocurría a dos semanas de que la fortalecida superpotencia tomara por asalto a la nación panameña, cuyos escasos dos millones de habitantes han aguantado sin respiro el enclave colonialista del Canal, prácticamente desde 1903, y venían de atravesar un trecho largo de serios trastornos políticos y económicos por las acrobacias y provocaciones del comandante de la Fuerzas de Defensa, el depuesto general Noriega.

Se supone que la ocupación del pueblo vecino buscaba taponar uno de los cauces de las deslumbradoras ganancias del narcotráfico, ¿pero el hasta ahora frustrado cerco a nuestras costas cómo se explica, si para el actual mandatario colombiano los deseos de Washington son órdenes? A un Estado se lo pisotea porque no reprime la circulación de los suministros, dineros y artefactos de los carteles de la cocaína y al otro se lo humilla porque lo lleva a efecto. Nos resistimos a pensar que la Casa Blanca arme sin segundas intenciones tamaño alboroto sobre un antiquísimo trauma de la sociedad americana, máxime cuando en la gran nación existe de tiempo atrás más que una Colombia completa de marginados, no digamos de la ley, sino de la vida de la comunidad, por los cuales sus gobernantes hacen muy poco para rescatarlos de la penuria, la ignorancia, o el envilecimiento. ¿Prosperaría acaso el filón de la coca sin la complicidad de los vasos comunicantes del sistema bancario mundial que, entre sus múltiples servicios, proporciona a sus clientes el del lavado de dólares? ¿No serán capaces

los Estados Unidos, recurriendo a su inmenso poder, de acabar con la venta de estupefacientes dentro de sus fronteras? Sí pueden mas no se lo proponen. La cruzada antidrogas sostenida por Bush, que se hace cueste lo que cueste, aun pasando por encima de las estipulaciones del derecho internacional, es un mero subterfugio para abrirle las puertas en América Latina a la intromisión extranjera, romper el ordenamiento jurídico de los países sometidos y suplantar a los productores nacionales con los magnates de los monopolios imperialistas. ¿No se congeniaba en Estados Unidos con Noriega cuando éste era un agente de la CIA? Pero además, ningún cometido, por humanitario que fuese, habilita a los poderosos del orbe para desconocer las libertades de los pueblos débiles y aplastarlos impunemente. Que se extermine el narcotráfico, sin demoras ni titubeos, mas no a costa de la independencia de las naciones, ni del trato respetuoso entre ellas. Que cada Estado solucione los problemas, particulares o generales, conforme a su voluntad soberana. Miguel Maza Márquez, el director del DAS, dentro del cumplimiento de su ovacionada y valerosa misión, describía a las mafias de la droga como *“la principal amenaza de la humanidad”*. Son cosas que se afirman al fragor de la recia batalla. No obstante, el curso sorpresivo de los recientes acaecimientos mundiales confirma de nuevo que los verdaderos peligros para la feliz estancia de la especie sobre el planeta no van del Sur hacia el Norte sino que vienen del Norte hacia el Sur.

Después de dilatadas negociaciones secretas entre la delegación estadinense y la de los países andinos más implicados en el procesamiento y exportación de la cocaína, Bolivia, Perú y Colombia, se celebró en Cartagena lo que se ha considerado la primera reunión multilateral sobre el narcotráfico en el hemisferio. Al encuentro lo rondaban tres fantasmas: la ocupación de Panamá, el bloqueo marítimo y las veladas injerencias del Pentágono dentro de la zona. En suma, el comportamiento despótico de Washington. En tales condiciones la cumbre no debió convocarse, pues significaba una implícita exculpación de los desmanes que tantas protestas habían generado. Una vez convenida, los discursos, y hasta el documento suscrito, hicieron eco a las observaciones planteadas con antelación por los presidentes suramericanos, que volvieron a implorar, cada quisque con sus manos juntas, el auxilio pecuniario, tratando de sacarle el máximo jugo a la visita del aliado rico.

Los cuatro signatarios reconocieron, por un lado, que la ilegal circulación de estupefacientes contribuye *“en algunas partes”* a la *“entrada de divisas y a la generación de empleo e ingresos”*, y por el otro, que la lucha contra aquel fenómeno abrumador ocasiona *“trastornos socioeconómicos a largo y corto plazo”*. De todos modos se hizo hincapié en la necesidad de un *“desarrollo alternativo”* si se aspira a extinguir las plantaciones y la elaboración de la coca. Dentro de estos puntos la declaración

alude tácitamente a la *apertura económica*, y pone una pica en Flandes cuando ensalza las bondades del libre comercio, la privatización y las inversiones extranjeras. En cuanto a la contención de la delincuencia organizada se dispuso que “*las partes podrán establecer los debidos entendimientos bilaterales y multilaterales de cooperación*”. Hubo, en síntesis, plena armonía en las cuestiones analizadas.

Y cuando la prensa, pletórica de emoción, se había convencido a sí misma de que las prevenciones estaban desapareciendo y de que los Estados Unidos amoldarían su conducta a los compromisos recién contraídos, aparece el señor William J. Bennett, el zar antinarcóticos de la Casa Blanca, a sólo cuatro días de la cita en la Ciudad Heroica, para insistir en que su gobierno no descarta el desplazamiento de barcos norteamericanos hacia las aguas caribeñas de Colombia con el fin de interceptar los envíos de droga. Hasta ahí llegó el tan cacareado borrón y cuenta nueva.

Definitivamente lo que Washington quiere dejar establecido es quién manda en América, sin excluir su “patio trasero”. Sólo en el Nuevo Mundo se cuentan por decenas sus embestidas militares. Con la del 20 de diciembre van en trece las invasiones a Panamá. No yendo muy lejos, en 1986 Bolivia soportó dentro de su territorio los operativos bélicos de la DEA; la Embajada yanqui en Lima inauguró hace poco una fortaleza en las selvas peruanas para atalayar a los narcotraficantes, y Colombia, en 1984, encaró la interferencia de sus rutas marítimas como un primer ensayo de la administración Reagan. A este grave entrometimiento se lo llamó “*Hat Trick*”, o “*treta simple*”, y fue proyectado por el señor Bush, cuando, además de la vicepresidencia, desempeñaba la jefatura de la oficina de control de sicotrópicos.

En repudio al alud de agravios de la superpotencia de Occidente, Durán Dussán, a quien le ayuda el carácter, reafirmó que Colombia no admitirá “*ningún tipo de imperialismo*”. Apesar de la contundencia de la aseveración, sus palabras no son portadoras de un ánimo antagónico; ni siquiera tienden hacia la agudización de las constantes fricciones con los Estados Unidos, a los que el precandidato cataloga todavía como un amigo confiable con quien habremos de “*tener muy buenas relaciones*” y “*mejorar el comercio internacional*”.

Tales apreciaciones coinciden con las emitidas por algunos voceros de las capas más pudientes, aun de los estamentos industriales, que adoptan una actitud patriótica pero esperan que se atenúen los sordos e intermitentes pleitos con Norteamérica aplicándoles algo de sentido común. Nosotros secundamos cualquier esfuerzo encaminado hacia la búsqueda de unos reacoplamientos justos entre Colombia y los Estados Unidos. Sobre esto venimos repicando desde la década del setenta. No nos oponemos a que se reafirmen, e inclusive a que se amplíen los vínculos económicos entre las dos naciones, sin olvidar naturalmen-

te las enormes disparidades que las separan o enfrentan. Nos late, sin embargo, el temor de que los deseos bien podrían seguir un rumbo y la realidad otro. Es la antiquísima antinomia de si los hombres gobiernan los acontecimientos o éstos a aquéllos. La sociedad norteamericana pasa por una prueba única tras su rápida y tortuosa evolución. Sus conductores, en medio de la peor encerrona desde la segunda conflagración mundial, ven de súbito hundirse, y casi sin explicación satisfactoria, a la Unión Soviética, que sale en desbandada de todas las trincheras estratégicas del globo. Una bendición caída del cielo. Pero como la pugna por la hegemonía mundial no se detiene, el coloso del Norte afronta en el campo económico la implacable ofensiva de los viejos y los nuevos competidores: la Comunidad Europea, el Japón y, por descontado, los mismos soviéticos, que no se rendirán tan mansamente y conservan intacta su portentosa maquinaria bélica. En tal trance, a la burguesía norteamericana no le queda otra que valerse de los aprietos de Moscú y lanzarse a colonizar, por completo y sin contemplaciones, las economías de los países subdesarrollados. Tan conscientes serán los gobernantes yanquis de la situación, que en la asamblea conjunta del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, llevada a cabo a finales de noviembre de 1989, George Bush aceptó que *“no se nos ha presentado una mayor oportunidad como la que tenemos ahora en Polonia, y más ampliamente en la Europa Oriental”*.

La toma violenta de Panamá y la pacífica, en cierta forma, de Nicaragua, decididas por los actuales estrategas de la Casa Blanca, están indicando a las claras que, hoy por hoy, en el torrente de la historia contemporánea se observan desvíos de innegable trascendencia. Y, en cuanto a Cuba, nunca había estado la soledad tan sola. Fidel Castro, en algo más de doce meses, ha padecido, unas tras otras, las angustias de sus escandalosos y aplastantes fracasos. Los calamitosos efectos de la perestroika, la retirada de Angola, el fusilamiento del general Arnoldo Ochoa y del grupo de conspiradores acusados de narcotráfico, el secuestro de su ex socio panameño y la derrota electoral de su pupilo nicaragüense, simbolizan los cipos descollantes de una senda que conduce hacia el colapso ineludible. Comprendiendo que Gorbachov los había dejado en las astas del toro, los comandantes de la Isla, el bastión que aún queda en pie de la caduca política del socialimperialismo, no obstante haberse negado desde un comienzo a prescindir del método de la sojuzgación directa de los pueblos esclavizados que les garantizaba las valiosísimas retribuciones del Kremlin, han ido bajando poco a poco el dedo de sus críticas. Si en el pasado próximo se inmiscuían en cuanto conflicto explotase sobre la pelota terráquea, en el presente su táctica se reduce a sobrevivir, ahora sí de verdad a noventa millas del monstruo. Por eso sentenciaron a muerte a los encargados del matute de la cocaína, y desde La Habana ya llegan comentarios que disimuladamente elogian el derribamiento de las burocracias

de las repúblicas del Este europeo, sin que se omita el descrédito del asesinado presidente de Rumania, Nicolae Ceausescu. Carlos Rafael Rodríguez, el segundo dentro de la jerarquía del gobierno cubano, al interpretar la sorpresiva victoria de las fuerzas opositoras de Nicaragua, enumera como causas del revés, además del levantamiento interno y del desastre económico, al “*desplome del socialismo*” en Europa y al fenómeno de que “*el combate fue suplantado por la jovialidad*”, un tácito reproche a la conducta de los sandinistas. Lo destacable es que el vicepresidente dio como un hecho cumplido que Managua había cambiado de redil, con todo y lo que ello representa no sólo para Latinoamérica sino para el mundo. Total, que la existencia del régimen de Fidel Castro, a quien el oportunismo convirtiera en un ateo de tierra firme, depende casi que exclusivamente de esa habilidad muy suya de mimetizarse ante los cambios globales de la correlación de fuerzas.

Dentro de ese gran marco, descrito al vuelo, se divulgan las providencias preliminares con que el gobierno colombiano ha echado a andar la tan discutida liberalización de nuestra economía. Cuando los consorcios de las metrópolis occidentales están listos para entrar a saco, nosotros corremos a entregarles las llaves. La primera observación consiste en que la estratagema oficial se limita a abrir el mercado interno a los artículos y a los capitales foráneos, con el argumento mendaz de que así apuntalaríamos el poder competitivo de la industria. Podemos sostener que no se ha promulgado una sola medida que avale esta afirmación. Basta repasar los pronunciamientos de los distintos gremios para intuir la dimensión exacta del desagrado y el desconcierto que afloran en los dominios de la producción. Salvo uno que otro dirigente en éxtasis electoral, el repudio de la inmensa mayoría es unánime. Además, quienes pregonan que se quiten las medidas proteccionistas son los primeros en aplicarlas para todos los rubros del comercio. Los empresarios han advertido claramente que antes de hablar de *apertura* se debe proceder a la “*reconversión*”, o modernización de las estructuras industriales, una tarea que necesariamente será prolongada, compleja y costosa. Los entendidos saben perfectamente bien que el auge de las importaciones y del contrabando, ocurrido entre 1975 y 1977, en virtud de las disposiciones permisivas del cuatrienio de López, se tradujo en preocupantes quebrantos productivos no tan fáciles de corregir.

Al señor Barco le interesará tan poquito la preservación de las fuentes de empleo y el equilibrio comercial o cambiario, que mientras 800 posiciones arancelarias hacen tránsito al régimen de libre importación y se ablandan las garantías que tradicionalmente han regido a favor de nuestra Flota Mercante, como la “*reserva de carga*” los créditos para las exportaciones se encarecen y tanto el monto de éstos como su cobertura se reducen. Si los organismos encargados de la planificación y el desarrollo no protegen con esmero la oferta de nuestros

productos en el comercio exterior, y los medios en que los transportamos, el anunciado fortalecimiento de las escasas e incipientes factorías del país no deja de ser una pasajera distracción para facilitar el ingreso de las mercaderías, los capitales y los esquiladores extranjeros.

En las postrimerías de 1989 se creó el llamado Fondo Colombia con el objeto de subastar una apreciable porción de acciones de las sociedades anónimas colombianas en las bolsas internacionales. También se autorizaron ampliaciones considerables de la inversión foránea dentro del sector financiero, modificándose sustancialmente las modestas normas que propugnaban la “colombianización” de la banca. A este menoscabo de las conveniencias nacionales hay que agregar el traspaso que de su participación en las empresas vienen efectuando los entes estatales, en beneficio de los monopolios de las grandes potencias, como en los casos de las ensambladoras de la rama automotriz. A veces los institutos oficiales de fomento se posesionan de las fábricas en bancarrota, y cuando éstas se han recuperado, las enajenan. Ningún ejemplo más a propósito que éste para esclarecer el auténtico rol económico del Estado dentro de las relaciones sociales prevalecientes, con el agravante que sus cuantiosas disponibilidades no sirven plenamente ni siquiera a la burguesía colombiana, y mucho menos a la masa trabajadora, sino a las multinacionales con las que se asocia. Una tendencia contraria al progreso colombiano y a Colombia, y que estamos decididos a combatir precisamente por ello, por su carácter regresivo y antinacional.

4. La pelea

Otro aspecto irritante del asunto radica en que aquellos alocados ajustes y aquellas pueriles argumentaciones no son caprichos de Barco; responden, como nadie medianamente enterado lo ignora, a los veredictos inapelables del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, los comandos supremos de las finanzas del orbe. Debido a que los países menesterosos se hallan entrampados por sumas desmesuradas, no les queda más remedio que obedecer, no importa cuán absurdos sean los diagnósticos o los dictámenes. ¿Qué lógica o sentido tiene que a Colombia se le pida comprar 4.000 camiones y 2.000 buses anuales en el exterior, por ejemplo, cual lo recomienda un estudio reciente, elaborado a manera de programa por tales entidades? Y sin duda sucederá lo mismo con la agroindustria, los textiles, las confecciones, la siderurgia, el calzado y las demás manufacturas que habremos de importar forzosamente, camino hacia la ruina, aun cuando no requiramos muchos de sus productos.

¿Y qué pretenden los monopolios norteamericanos con la promoción de todo este desbarajuste? Evidentemente sentar los reales en Latinoamérica, su retaguardia, en cuyos límites y opulentos espacios piensan definir la supremacía

del mundo, una guerra más endiablada que las de sangre y fuego. Van tras el mercado, tras los recursos básicos, pero fundamentalmente van tras la mano de obra barata, el arma secreta que decidirá esta guerra. Eso enseñan los famosos “dragones asiáticos”. y de modo especial el modelo de Corea del Sur, en donde los obreros hicieron impresionantes manifestaciones de protesta en 1987, porque los salarios son exigüos y desde hace muchos años no se les permite la organización sindical en infinidad de empresas. En nuestro caso, además de estas anomalías, el experimento implica la ruina de la producción nacional, pues hay una industria por quebrar, como en México, que ha visto desaparecer sus textileras, a tiempo que se instalaban en las poblaciones fronterizas con Estados Unidos las tristemente célebres maquilas, que no son más que talleres de subcontratación donde se ensamblan o terminan los productos de ese importante renglón industrial. Y ese “milagro” mexicano, coreano, o taiwanés, lo generalizarán los monopolios sobre la faz del continente, derribando fronteras, transgrediendo leyes y pisoteando los derechos de los demás. Si el Pacto Andino era, cual lo advertimos en su momento, una singularísima reglamentación de la inversión extranjera, de modo que una fábrica instalada en Quito pudiese vender sin mayores trabas sus productos en La Paz, la *apertura* es la ausencia de toda reglamentación tras el mismo objetivo.

Pero lo más irónico es que los industriales colombianos, no obstante las dudas que les ronronean en el alma, todavía abrigan la ilusión de que el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial les financien los elevados costos de la “reconversión”. ¡Que nos salven quienes nos emboscan!

En resumen, ha habido un cambio estratégico de la situación mundial, pero para los pueblos del Tercer Mundo, más de tres mil millones de seres, el horizonte sigue encapotado. No tienen más salida que luchar por la soberanía de sus repúblicas, la autodeterminación, el progreso, la democracia y la unidad por encima de las diferencias de razas, de lenguas, de culturas, de desarrollo. El triunfo será incuestionablemente suyo, si obran con audacia y acierto. Colombia contribuirá a la causa haciendo lo propio. “Sabiendo negociar”, cual lo expresara el precandidato Durán Duasán, y sobre la base del respeto y el beneficio mutuos, habremos de recibir gustosos los capitales y la técnica que nos reporte la participación de la grande industria extranjera, igual la estadounidense que la europea, la japonesa o la soviética. Y aunque nuestra producción sea atrasada en comparación con aquella, la defenderemos utilizando la nación para lo que históricamente fue creada, para proteger la economía de los pueblos aún en crecimiento. No es lo mismo que la acumulación capitalista obtenida en Colombia vaya a parar a Wall Street o se quede aquí, bajo la vigilancia del Estado colombiano y la influencia directa o indirecta de las bregas de los obreros y los campesinos, cuyo trabajo

asalariado al fin y al cabo la genera. Y a quienes vinieren a burlarse de la dignidad nacional les meteremos su gozo en un pozo.

Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario MOIR
Comité Ejecutivo Central
Francisco Mosquera
Secretario General

Bogotá, marzo 4 de 1990

El 27 de mayo, otro 11 de marzo

El Tiempo, 25 de mayo de 1990

“En el Estado el cuerpo es antes que el primer poder ideológico sobre los hombres”, decía Federico Engels en su folleto intitolado *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, que escribiera hacia 1886 con la mira de recapitular los hondos cambios ocurridos en el pensamiento del siglo XIX. Se había descubierto que el aparato estatal, aun cuando parecía erguirse independientemente por encima de toda la sociedad, encarnaba a una determinada clase o capas sociales, y éstas, cualesquiera que fuesen, si querían establecer su dominación, estaban obligadas a conquistarlo y a través de él presentar sus intereses como si se trataran de los objetivos de la comunidad entera. Ante el montón de acontecimientos contradictorios que se entrelazaron en las elecciones del 11 de marzo, quien se ocupe de la historia de estos días calamitosos, no podrá menos que, sin atenerse demasiado a la lógica, resaltar la fuerza de convicción del modelo presidencialista que nos ha regido por años.

No obstante los errores cometidos, unos garrafales y otros infantiles, el pequeño círculo palaciego se salió con las suyas. Los distintos movimientos políticos y gremiales, incluidos los ex presidentes y los periódicos del partido de gobierno, han censurado muchas de las actuaciones del cuatrienio en extinción. A Barco se le reprueban desde sus largos silencios hasta sus frecuentes viajes a otras latitudes, vacíos tanto más notorios cuanto que la situación de Colombia va de mal en peor. Los colombianos nos sentimos inermes ante los estragos de un terrorismo incontenible, que ha cobrado la vida de cuatro candidatos presidenciales y de miles de personas inocentes; de un desempleo y una inflación multiplicados; de una deuda externa cuyo servicio representa el mayor escollo para el crecimiento nacional; de una lucha contra el narcotráfico más costosa de lo previsto, y de un incremento repentino de las presiones de los monopolios del Norte que pretenden llevar hasta el último extremo su indiscutida suprema-

cía sobre el mercado, la industria y los recursos de nuestra nación. Y no faltan quienes, con ascendiente para exponerlo, han demandado el relevo presidencial y el nombramiento de una administración *de facto*. Sacándole el jugo a las manifestaciones continuas de inconformidad, el mismo Álvaro Góniez Hurtado tuvo el atrevimiento de proponerle a Barco un triunvirato que se ocupara de los intrínquilis del orden público, la forma menos cruda de sugerir la abdicación o el autogolpe.

Aun así, estos enfrentamientos no deben recibirse sin beneficio de inventario. Cada vez que las autoridades supremas se lucieron con sus salidas de tono, de los labios de un Lleras Restrepo, un López Michelsen, un Turbay Ayala, un Betancur Cuartas, e inclusive de un Pastrana Borrero, brotó sin ambages el consejo penetrante y pertinente. ¡Se puede ser liberal, pero con prudencia! A ese paso los experimentados adalides del bipartidismo tradicional, olvidándose a ratos de las cordiales discordias, han aparecido en las coyunturas difíciles, con uno u otro interés, a rendir el tributo de su apoyo al último período gubernamental de los ochentas.

Nosotros pensábamos, por ejemplo, que Turbay Ayala, tras haber sido escogido como arquitecto y amo de la unión de su colectividad, vendría del Vaticano a poner las cosas en su sitio; mas el ex mandatario, tentado por el demonio de la reelección, acabó coqueteando con los detentadores del poder y complaciendo cada una de sus estratagemas. Aceptó la escogencia a dedo de Gaviria como candidato de la facción galanista; estuvo en el banquete de homenaje al sombrero del comandante del M-19, haciendo gala de absoluta obediencia; no puso reparo alguno a las cuatro o cinco enmiendas constitucionales que de modo tan incongruente intentó imponer el gobierno, comprendida la “séptima papeleta”, que fuera inventada, entre otras finalidades, para recogerle votos al heredero del barquismo, y no le hizo honor ni a su aureola de táctico ni a su tradición de caudillo. Carlos Lleras respaldó toda la maniobra, sin estridencias, a pesar de haber criticado en su momento la alianza de Luis Carlos Galán con el Ejecutivo, hecha para impedir el arribo de Juan Martín Caicedo Ferrer a la Alcaldía de Bogotá en los comicios de 1988. Belisario Betancur, no obstante mantenerse al lado del socialconservatismo, ha asumido una actitud más bien discreta, sin ir a fondo en la pelea contra el esquema barquista de mando, cuidándose de desencadenar juicios de responsabilidades sobre las repercusiones del “*sí se puede*”, un ensayo funesto que, cual se sabe, atizó la espantosa violencia en la que se desangra la república y agudizó la enorme crisis económica de Colombia. Y Misael Pastrana, quien con su aspirante presidencial, el doctor Lloreda, marcha hacia el 27 de mayo presintiendo las tempestades de una derrota casi segura, en forma sorprendente ha acogido, o ha puesto apenas reparos a las grandes maquinaciones

de los héroes del día, entre las cuales se destacan la exaltación artificial del M-19; las franquicias otorgadas a las mercaderías y a los capitales foráneos, que en creciente número inundarán el territorio patrio, y la reforma de las instituciones por los medios de un plebiscito y de una asamblea especial, sin perjuicio de que tales arrebatos vayan a contrapelo de la legislación vigente, o hubieran contribuido el 11 de marzo a generar la inmensa e incomprensible votación atribuida a uno de los más eméritos miembros del vapuleado sanedrín.

O sea que el continuismo, pese a los palos de ciego y a los irritantes desafíos con los que cotidianamente se pone a prueba la paciencia de los gobernados, convirtió sus verdades en una creencia general, la que al mismo tiempo utiliza para propósitos muy definidos y muy particulares. El quid de este extraño fenómeno no se halla en la habilidad del mandatario de turno sino en la omnipotencia del Estado, más aún en las democracias pobres y sometidas, en donde las influencias sociales, tanto económicas como políticas, tienden a concentrarse por completo en la maquinaria gubernamental y, en último término, en la figura del primer magistrado, quien a menudo moldea la conciencia pública sin tener que acertar en las soluciones, ni verse obligado a inquirir la opinión de sus ciudadanos.

Los guarismos de las elecciones del 11 de marzo pusieron precisamente al descubierto las preeminencias demoledoras del presidente de la república. Nadie más que él ganó la consulta liberal interna, y con una votación demasiado voluminosa para el *curriculum vitae* de su favorito, pues el señor Gaviria jamás se destacó en los terrenos de la teoría, las letras, la oratoria, ni en ninguna de las demás disciplinas indispensables para el correcto encauzamiento de los destinos de un país. Es curioso, por decir lo menos, que este personaje ocasional, al que todos consideran un santón, bien en la una, bien en la otra acepción del diccionario, sea, en el mejor sentido, el hombre de la crisis. Por supuesto que las votaciones adolecieron de escandalosas anomalías, muchas de las cuales las propició o las toleró el régimen, empañando su propio éxito. A Yamid Amat, del noticiero de *Caracol*, cadena de reconocida audiencia, se le permitió hacia el mediodía, en una hora clave, inducir las preferencias de los electores mediante la divulgación de encuestas que a la postre resultaron abultadas y urdidas. La simbólica sanción con que más tarde fuera amonestado el monopolio radial, perseguía únicamente revestir la falta con un viso de escrúpulo, después de que el ardid ya había surtido sus efectos, y siendo que los informadores son los más informados de la expresa prohibición de suministrar escrutinios distintos a los elaborados por los organismos de que hablan, no sólo el Código Electoral de 1986, sino las disposiciones modificatorias posteriores.

En cuanto a los daños de las computadoras de la Registraduría, cuyo siste-

ma operativo sufrió ese domingo un verdadero infarto que durante dos días impidió se conocieran los datos oficiales, los funcionarios no lograron desvanecer las sospechas. Lo cierto es que cuando el gobierno colombiano había quedado comprometido a modernizar en algo los sufragios, más que en ninguna otra ocasión y conforme a las normas indicadas, aquéllos acusaron imperfecciones inexcusables.

La otra grave irregularidad, tampoco esclarecida de modo satisfactorio, consistió en el consentimiento de la celebre “séptima papeleta” en pro de la asamblea constituyente, y que una especie de mita estudiantil, organizada para el caso, repartió entre los votantes de determinados municipios, mientras que sus reales gestores, conocidos dirigentes de las viejas colectividades y de la franja extremoizquierdista, se limitaban a aplaudir tras bambalinas. Con el ánimo de convalidar todo este nebuloso asunto, Jaime Serrano Rueda, el registrador, adoptó una posición ridícula: que a la propuesta ciertamente le faltaba piso legal y, en consecuencia, no se escrutaría el respaldo que obtuviese; pero tampoco se anularían los votos si la tarjeta en mención iba dentro de los sobres de las listas debidamente registradas. De ahí el nombre que se le diera. Sobra añadir que los medios de comunicación asumieron voluntariamente la tarea de contarla; mas nadie responde de la veracidad de las elevadas y disímiles cifras difundidas. La reforma de la Ley Fundamental había comenzado... con su quebrantamiento.

Un último cambio en las reglas del juego, no menos despótico que los anteriores, se advierte en los múltiples privilegios concedidos al M-19 por parte de los asesores presidenciales y consignados en las actas de Santo Domingo, una lejana región del departamento del Cauca. Para sacar adelante las negociaciones de la “paz”, cuyos puntos acordados fueron meras cuestiones de crematística adobadas en retórica, el Palacio de Nariño contrajo el compromiso de facilitar el acceso a las urnas de la organización insurrecta, resolviéndole, de un día para otro, todas y cada una de sus dificultades, desde las de protección y vigilancia hasta las de orden jurídico y financiero. Siguiendo las huellas de su antecesor, el mandato barquista también buscaba recomponer su imagen y además ganarse un aliado, a su juicio valioso, que, desde un supuesto bando contrario, lo acolite en los afanes por fortalecer a Gaviria, enterrar al conservatismo, cumplir con la *apertura económica* e instaurar el referendo y la constituyente. He ahí el linesperado desenlace del drama de los seguidores del sacrificado comandante Carlos Pizarro Leongómez, de los exponentes vivos de una agrupación rebelde que se hallaba vencida, según lo recuerdan a menudo sus ex compañeros de la Coordinadora Guerrillera, y que ahora han pasado a desempeñar un papel de primera línea en la lucha civil, o civilizada, si se quiere. Recibieron en marzo una votación tanto o más inconcebible que la del ex ministro delegatario, dadas las condiciones de

improvisación de su campaña, e ingresaron al Parlamento y a otros cuerpos colegiados. Es una victoria de estos corredores de la subasta del apaciguamiento barquista, quienes acaban de poner a disposición de los habitantes del Magdalena Medio sus buenos oficios de intermediarios, luego de enterarse de que las autodefensas de la estratégica zona habían presentado fórmulas conciliatorias al alto gobierno. Su conversión no podía ser entonces, ni más rápida, ni más milagrosa. En un periquete saltaron del monte a la ciudad, de perseguidos a asesores, de objetos de la “paz” a sujetos de ésta. Con todo, entre los decretos de estado de sitio expedidos a su favor, la Corte Suprema de Justicia declaró ya inexecutable uno de ellos, el 713 del presente año, por el cual se permitía la inscripción de aspirantes a la Presidencia aunque no reunieran las calidades contempladas en la Constitución.

A dichas alteraciones han de agregárseles los conceptos del procurador Alfonso Gómez Méndez contra el plebiscito recién decretado, y por el cual los comicios del próximo 27 decidirían la convocatoria de una “asamblea constitucional”. En otras palabras, vuelve y juega la “séptima papeleta”, ahora con el franco patrocinio del gabinete. A la hora de escribirse estas líneas se desconocía aún el veredicto de la Corte al respecto. Pero no necesitamos esperar el fallo, favorable o adverso, para persuadirnos de que la vieja república se encamina hacia un cambio abrupto de sus instituciones, promovido cabalmente por los sectores políticos y sociales que en los últimos años han ido ganando notoriedad e influencia en áreas vitales del Poder, las finanzas, el gran comercio, las relaciones internacionales. Existen síntomas bastante evidentes de que estamos entrando en una nueva situación, lo mismo dentro que fuera de Colombia. Se trata de acontecimientos imposibles de ignorar, pero también imposibles de creer hace una década, o hace un lustro.

Podemos decir que Estados Unidos recuperó en buena parte la iniciativa perdida dentro del ámbito de los negocios internacionales, mientras la Unión Soviética, en la recta final de su involución capitalista, ve disminuir aceleradamente la suya. Una variación de ciento ochenta grados en el curso de las contradicciones a nivel mundial. La humanidad se precipita hacia una guerra económica de extensión y proporciones no observadas desde los tiempos en que el trabajo forjó sobre la Tierra las primeras mercancías y el primer intercambio de éstas; unas colosales disputas que cobijarán a todos los continentes y a todas las razas, pero cuyos principales autores no serán ya exclusivamente las dos grandes naciones nombradas, sino que contarán también con la activa presencia de Europa y el Japón. El mundo dividido por dos se ha dividido por cuatro, y quizás se partiría en cinco, si China, con más de mil millones de seres, se acercara por su cuenta y riesgo al teatro de unos enfrentamientos hasta el presente “pacíficos”, pero

que cualquier desajuste en el complicado equilibrio bien podría encenderlos. Los planteamientos de que, para salir del atraso y la pobreza, Colombia debe tomar parte resueltamente en el actual proceso de internacionalización de la economía, y sobre los cuales tanto se especula, son apenas ecos ideológicos de las agrias contiendas que libran las metrópolis por el control de los mercados. A la par que pregonan la *apertura* para los países que giran en su órbita, los bloques imperialistas practican entre ellos el proteccionismo. Y ésta es la doble conducta que mantienen los consorcios estadinenses en sus relaciones con nosotros y el resto de Latinoamérica.

Siempre hemos insistido en la necesidad de efectuar rectificaciones en la conducción de la economía del país, algunas incluso de fondo. Jamás hemos sido partidarios de escudarnos en el aislamiento nacional como una forma de proteger nuestra incipiente industria. En suma, no creemos que haya fórmulas simples o fáciles en el intento titánico de propugnar el desarrollo. Pero de ahí a dejarnos arrastrar de la ternilla, o compartir la ingenua convicción de que basta con introducirnos en la retorta del comercio mundial para salir fortalecidos con la prueba de la competencia, hay un abismo muy considerable. A quienes les cuelan estos cuentos, o no son listos, o no son independientes. Cuando alguien se refiere a la *apertura económica* se entiende que habla de una política global, concreta y definida, la que el Fondo Monetario Internacional les está imponiendo a los países endeudados, con el propósito de convertirlos exclusiva y totalmente en feudatarios o tributarios de las economías de las repúblicas de los prestamistas del planeta y, en nuestro caso, de la norteamericana. Obviamente aquel enunciado no atañe a los esfuerzos que emprendan los exportadores o los comerciantes de un determinado pueblo tras el cometido de vender en el exterior los productos de éste e impulsar su progreso, contra lo cual ningún patriota consecuente habría de pronunciarse. La *apertura* que venimos reseñando y combatiendo implica no la modernización de las estructuras productivas de Colombia sino la quiebra de algunas de sus ramas industriales más antiguas, más sólidas y de mayor afluencia del capital nacional. El torrente de medidas económicas que desde el segundo semestre de 1989 ha puesto precipitadamente en práctica el actual gobierno, ya en la penumbra de su decadencia, levantaron múltiples reclamos de los gremios industriales, las organizaciones sindicales y los frentes investigativos. Se derrumban las escasas barreras de protección e iníciase el alud indiscriminado de los productos extranjeros; el Estado pone en venta sus participaciones en las actividades productivas y se tramita la privatización de los servicios públicos; los créditos de fomento sufren drásticos recortes y los intereses bancarios llegan a índices realmente confiscatorios; los organismos de la planificación estudian el desmonte del control de cambios y el dólar continúa desplazando al peso en las

transacciones internas. En fin, con sus reformas en los más variados campos, las autoridades colombianas alientan el proceso de colonización o *apertura económica*, que es lo mismo.

Mucho tememos que todo este revuelo armado en torno a la enmienda de la Constitución a través de la vía excepcional de un referendo y de una asamblea extraparlamentaria, obedezca a insistencias de Washington para que se efectúen cuanto antes los amoldamientos jurídicos sin los cuales no sería posible la santa misión de liberalizar a los países infieles de la época. La tormenta reformista que se ha desatado representaría entonces un gigantesco retroceso y no una innovación, cual lo proclaman los constitucionalistas del sistema. Estaríamos ante una conjura contra el país, que vería comprometido su futuro y aplastadas sus mejores tradiciones. Todo indica que es así, infortunadamente.

Los ejecutores del peligroso proyecto se aprovecharán hasta de los anhelos de cambio de las masas. Cualquier factor puede servir: la deficiencia de los jueces, el anquilosamiento de las cámaras legislativas, la lucha sin cuartel contra el narcotráfico, la candidez virginal de los universitarios, el oportunismo de la extrema izquierda, los cálculos ilusos y egoístas de la burguesía, la división permanente de la clase obrera, los realinderamientos a escala internacional, el temor de las gentes y, sobre todo, la indiferencia política de vastos segmentos de la población, que da pábulo a la labor diversionista del Ejecutivo, cuando casi todos los meses se escuchan desconcertantes noticias o rumores de que naves norteamericanas han vulnerado las aguas y los cielos de Colombia; incidentes gravísimos, frente a los cuales el presidente de la república ni siquiera se pronuncia. Y el día que por tal motivo llegó a salir un comunicado de alguna agencia gubernamental, fue para justificar las expediciones yanquis, por lo general fraguadas desde territorio panameño, convertido de hecho en el 52 estado de la Unión, luego del asalto de diciembre, con que se depuso a Noriega y se le secuestró. Otro tanto ha acontecido con la muerte violenta de Rodríguez Gacha, alias “El Mejicano”. Voceros del Pentágono y del Congreso estadinenses involucraron a agentes de la DEA en dicha operación, llevada a cabo en nuestra Costa Atlántica. La Cancillería colombiana les restó trascendencia a semejantes declaraciones que eran, o un infundio, o una infidencia, materia delicada en ambas eventualidades. Las ofensas contra la dignidad nacional ya no reciben ni el tratamiento reservado a las infracciones de inspección de policía. Si en el cuatrienio que concluye ha sido notoria esta tendencia, particularmente durante el último tramo, cuando se desanuda casi siempre el pleito de la sucesión presidencial, ¿qué puede esperar el pueblo colombiano de César Gaviria, ungido prácticamente desde el 11 de marzo, cuya buena estrella se la debe a Barco y a quien viene acompañando, sin interregnos ni deslealtades, aun antes del 7 de agosto de 1986?

El decreto con que se autoriza la consulta sobre la citación de una “Asamblea Constitucional” está redactado de tal modo que, en definitiva, se trata de un cheque en blanco girado a favor del próximo mandatario. Los partidos menores, e inclusive las fuerzas con raigambre electoral pero que no gozan de las simpatías del estrecho círculo dominante, al promover el referendo y la constituyente como los métodos democráticos jamás descubiertos; y creyendo, desde luego, que así cristalizan sus aspiraciones políticas, acabarán engañándose a sí mismos y de paso al pueblo. No en vano Rodrigo Lloreda insistió sobre la conveniencia de definir antes que nada tres aspectos consustanciales a la susodicha asamblea: la convocatoria, la composición y el temario; valga decir, quién la cita, quiénes la integran y sobre qué asuntos versa. Como ninguno de estos puntos se ha tocado, ni discutido, ni hay dónde hacerlo, ni con quién, pues el objetivo prioritario consiste en arrumbar el Congreso y la Corte, se supone que las decisiones fundamentales quedarán en manos del Ejecutivo. Y únicamente a los monopolios extranjeros, que se alampañan por establecerse en tierras pródigas, pobladas por gentes que trabajen mucho y cobren poco, les interesa entenderse con una sola persona, o con un pequeño grupo de personas que no deban rendirles cuentas a nadie.

Estos son los cambios planteados en la actualidad al pueblo colombiano, con el sarcástico aliciente de que conquistará con ellos el reino de la democracia participativa. En razón a que habrá tantos derechos restringidos o conculcados, es de esperarse que avance más rápida y eficazmente el movimiento unitario por la salvación nacional, propuesto por el MOIR y por otros destacamentos patrióticos y democráticos.

Y puesto que las perspectivas del 27 de mayo no parecen más halagüeñas que las del 11 de marzo, y ante las dificultades surgidas del pasado debate, que impidieron conformar un frente electoral con algunas posibilidades, nos abstenemos de concurrir a las urnas el domingo entrante.

Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario MOIR
Comité Ejecutivo Central
Francisco Mosquera
Secretario general

Bogotá, mayo 23 de 1990

No participamos de la Constituyente

El Tiempo, 10 de octubre de 1990

Doctor
Ricardo Santamaría
Coordinador Ejecutivo
para la Asamblea Constitucional

Apreciado doctor:

Antes de todo, le agradezco la atenta invitación que, por encargo del despacho presidencial, nos cursa a Marcelo Torres, Jaime Moreno y a mí para llevar la vocería de nuestro Partido en las comisiones preparatorias de la Asamblea Constitucional. De la manera más comedida me veo obligado, no obstante, a declinar en nombre del MOIR la mencionada distinción, puesto que el giro de los acontecimientos actuales del país y el criterio que sobre los mismos tiene la administración del doctor César Gaviria, nos impiden contribuir, mucho o poco, a unas formulaciones en las cuales no creemos.

Indiscutiblemente existe la necesidad de someter a correctivos, incluso de fondo, a las instituciones colombianas; inquietudes que en alguna medida y en cierto sentido se insinuaron durante los debates de las más recientes enmiendas frustradas a la Carta. Pero ése no es el punto. Hay dos cuestiones que sí nos parecen muy delicadas: el procedimiento adoptado y los alcances de la reforma propuesta.

Al implantarse el referendo, y la Asamblea Constitucional, restándole cualquier injerencia al Congreso, queda franqueable la vía extraordinaria de variar el ordenamiento jurídico de la nación mediante los acuerdos políticos, un recurso que en nuestra historia patria siempre ha servido para imponer fraudulentamente, sobre la mayoría doblegada, la voluntad de los transitorios detentadores del mando. Y con las “asambleas populares”, las “consultas populares” y demás ar-

tificios “populares”, las cabildadas se terminan legitimando, igual en los tiempos de Bolívar que en los días preliminares al Frente Nacional.

Cuando los jefes máximos de las viejas colectividades, Alberto Lleras y Laureano Gómez, pactaron la realización del plebiscito del 1° de diciembre de 1957, y a sabiendas de que pedían, por medios harto irregulares, el reconocimiento constitucional de un favoritismo inadmisibles, la distribución milimétrica de los cargos de los tres poderes públicos entre el liberalismo y el conservatismo, se comprometieron a no recurrir otra vez a tan singular expediente. He ahí el verdadero motivo del artículo 13 de aquella componenda convalidada en las urnas, en virtud del cual se señaló de nuevo al legislativo como único conducto para introducirle cambios, “*en adelante*”, a la Constitución, y cuya derogatoria de *facto* vuelve y juega en el presente como símbolo de las conquistas democráticas, siendo que entraña lo contrario, además del rompimiento de esa especie de promesa promulgada por los dos partidos tradicionales hace exactamente 33 años.

El extinto Mario Latorre Rueda, miembro del sonado Sanedrín del cuatrienio anterior, durante una mesa redonda efectuada en la Universidad de los Andes a comienzos de 1988, reconoció en un arranque de sinceridad que se le abona: “*El plebiscito, dentro de nuestras instituciones, es un golpe de Estado*”. Y para él esto era bueno o malo, según fuesen las fuerzas que salieran favorecidas. Nadie puede sostener con razón que la senda parlamentaria resultará menos nociva para Colombia; mas las alteraciones de carácter legal, emprendidas a través de la transacción entre los grupos gobernantes y con el grotesco halago de apartar las Cámaras, meter en cintura a la Corte Suprema de Justicia, empequeñecer la dirigencia política, o acudir al socorrido constituyente primario, en lugar de un logro, representa una marcha atrás en los anales republicanos.

La otra cuestión confusa radica en el contenido de la reforma. Las materias determinadas el 24 de agosto, por decreto, abarcan prácticamente todos los títulos de la Ley Suprema. Aquí no sobra recordar que el rumbo se ha impuesto a punta de lanza, merced al uso y al abuso del estado de sitio. Aprovechando sus autárquicas ventajas, el Ejecutivo, tanto bajo Barco como bajo Gaviria, con unas mismas metas y unos mismos consejeros, planificó meticulosamente cada uno de los pasos a seguir. El 11 de marzo se puso en circulación la “séptima papeleta”, que, aun cuando la Registraduría se negó a computarla, no anulaba el voto para alcaldes, corporaciones y candidato liberal; el 27 de mayo, ya con la aquiescencia de la Corte, vino el sondeo de la opinión de los sufragantes acerca de la convocatoria de la susodicha asamblea, y el próximo 9 de diciembre quedará en firme el quebrantamiento del artículo 218 y definidos la Constituyente, su composición y el temario. En síntesis, el gobierno estará pronto autorizado a remover de la superestructura de la sociedad cuanto obstáculo se interponga a

sus objetivos estratégicos, los cuales no son otros que las exigencias del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, en la actualidad circunscritas a la liberalización de las economías de los países débiles y aceptadas por las clases dominantes de éstos para mayor gloria de los monopolios imperialistas, primordialmente los de Estados Unidos.

En tiempo relámpago han sido expuestas por diversos funcionarios las directrices básicas, del nuevo enfoque, que, de aplicarse, no dejarán rama importante de la producción colombiana sin tocar o lesionar, ceder o destruir. No se ha negociado todavía contraprestación real alguna, ni siquiera en materia de créditos, ni en el más insignificante tópico del vasto mundo posible de las medidas recíprocas, y el régimen ya inició el ascenso de la empinada y peligrosa cuesta: libre importación de las mercaderías extranjeras; desmonte del control de cambios y dolarización de la economía; privatización de las empresas del Estado, como en los casos previstos de los puertos, las comunicaciones, la vivienda subsidiada y los seguros sociales; fin de todo apoyo a los empresarios de la ciudad y el campo; inversión indiscriminada de las firmas transnacionales en la actividad industrial y de los financistas de las metrópolis en el sector bancario; fenecimiento de los derechos sindicales y merma vertical de los ingresos de los trabajadores; alzas despiadadas en los precios, en los costos de los servicios públicos y en los impuestos indirectos, y pertinentes modificaciones a los preceptos y a los códigos, de las que a diario tiene noticia la aturdida población colombiana. Entre estas adecuaciones normativas se destacan, desde luego, las de origen constitucional.

En los círculos interesados en la venta de la Nación se habla de los derechos humanos con frecuencia y, sin duda, los constitucionalistas encontrarán la forma de incluirlos a tentebonete dentro del articulado, ciñéndose a los conceptos de “democracia participativa”, “soberanía del pueblo”, “juntas políticas populares de carácter permanente” y otras necedades doctrinarias que andan por ahí rodando. Pero el verdadero “revolcón” se le dará al país en el ruedo de la *apertura económica*, que requiere un ámbito constitucional distinto, operante, flexible.

Doctor Santamaría:

Escribo esta respuesta sin que se haya producido aún el fallo inapelable de la Corte en pleno sobre el decreto 1926, por el cual la Presidencia de la República ordenó las elecciones plebiscitarias de diciembre, con el objeto de darle algún viso legal o democrático a la Constituyente. En medio de la natural expectativa, los colombianos esperamos enterarnos el próximo jueves de la sentencia definitiva. Ha trascendido únicamente que antier lo declararon inexecutable los seis magistrados de la Sala Constitucional. Sin embargo, no me hago ninguna ilusión al respecto, pues ahí está el antecedente del 24 de mayo pasado, cuando,

mayoritaria pero inexplicablemente, el máximo tribunal de la justicia colombiana desconoció el pronunciamiento de su organismo especializado, a propósito del mismo pleito.

De todos modos, las furias de las contradicciones desatadas no se apaciguarán con las simples prescripciones de los jurisconsultos. Cosas demasiado caras para Colombia han sido puestas en subasta. El reformismo hoy en boga no es fruto de los actos soberanos de la administración recién establecida, sino de las presiones de las autoridades de Washington, que a su vez están obligadas a colonizar económicamente a Latinoamérica, su coto de caza, si desean hacerle frente con algún éxito a la crecida competencia de los otros bloques mundiales. Y lo prueba el hecho que la lúgubre salmodia de la *apertura* la entonan casi todos los mandatarios de nuestro empobrecido hemisferio, y no voces esporádicas. Ningún sector, ni adentro ni afuera del país, conseguirá escapar de la tormenta que se nos avecina.

Unos, creo que los más reducidos, se convertirán en colaboracionistas, como el M-19, pero el grueso de la población defenderá la patria a morir. Mi Partido aspira al honor de incluirse en este último bando.

Cordialmente,
Francisco Mosquera
Secretario General del MOIR

Bogotá, septiembre 30 de 1990

Omnia consumata sunt

El Tiempo, noviembre 10 de 1990

Por coincidencia, el viernes 24 de agosto, el mismo día en que la administración Gaviria promulgara el decreto 1926, con el cual quedaron convocados para el próximo 9 de diciembre los comicios sobre la Constituyente, el Comité Ejecutivo Central de nuestro Partido se reunió con el objeto de adentrarse en las presentes circunstancias del país, que, tras el relevo de posta en el Palacio de Nariño, se vuelven por instantes más comprometidas y menos sosegadas. Teniendo apenas a la mano los anuncios oficiales acerca de las múltiples innovaciones previstas en cada una de las arterias vitales de la economía, y pese a que el mandato recién impuesto sólo llevaba dos semanas de vida, llegamos en el acto a una primera y tremenda conclusión: *todas las cosas están consumadas*.

El lunes anterior se había conocido la increíble noticia de que se privatizaría Telecom, o las telecomunicaciones, o que se permitiría la gestión privada en ese engranaje del progreso, que para el caso da igual, pues se trata de la injerencia incontrovertible de las poderosas compañías trasnacionales del ramo, así los voceros del gabinete juren que buscan con ello el fortalecimiento o la modernización de la empresa estatal, cual lo afirman asimismo, teóricamente, del resto de las actividades amenazadas con el aluvión de las medidas permisivas de la *apertura económica*.

Sin intervalos ni paréntesis, los medios informativos dieron cuenta de otra bomba: que las labores del agro, además de perder el soporte de los créditos de fomento y de los precios de sustentación, tendrían que enfrentarse a la competencia devastadora de los suministros extranjeros. El actual gerente del Idema, Darío Bustamente Roldán, egresado de la Universidad de los Andes como muchas de las nuevas figuras que aspiran desde los altos puestos a ganarse el título de Padres Destruidores de la Nación, fue el encargado de exponer el desmantelamiento del Instituto, cuyas ejecutorias se irán limitando a *“las regiones apartadas”*,

enprocuradeque “*gradualmente sin traumatismos*”, “*los agentes particulares se hagan cargo de las importaciones de alimentos*”.

Luego el ministro de Hacienda, Rudolf Hommes, ateniéndose también a semejante lógica, dijo haber descubierto en la entrada masiva de los bienes foráneos el remedio jamás aplicado contra la perpetua carestía, y de la cual hizo unilateralmente responsables a los empresarios que elevan los importes de sus artículos por encima de los índices de la inflación. Pero lo más sorprendente estriba en que las autoridades, tan interesadas en la internacionalización del aparato productivo, no den señas concretas de querer perfeccionar los tradicionales instrumentos de las exportaciones colombianas, que a través de los años han demostrado una muy discutible eficacia; y circunscriban la *apertura* justamente a eso, poner el mercado interno a disposición de los emporios industriales del mundo.

Y los precipitados e injustificables ajustes propuestos a las Cámaras sobre el régimen cambiario contribuirán de seguro a encender el debate y a confirmar las sospechas. Para quienes desprevenidamente les han rastreado la huella, incluso en discordancia con la propia posición militante, al modo de un Abdón Espinosa Valderrama, por ejemplo, no habrá duda de que se continúa disparando hacia un solo flanco: reducción de normas y aranceles; allanamiento de los obstáculos o de las limitantes que regulan las inversiones procedentes del exterior; ampliación de las facilidades para el envío afuera de pagos y remesas; tránsito hacia la dolarización de la economía en su conjunto; ventajoso acceso de la banca y de las corporaciones financieras a la compra y venta de divisas y, en líneas generales, apuntalamiento de las atribuciones del Ejecutivo en torno a los asuntos de importancia que contempla el mencionado estatuto de cambios y de comercio internacional.

Debido a que el máximo desatino de la última década del último siglo del milenio, la aplaudida política del neoliberalismo económico, presupone sobre todo la presencia tangible en el Tercer Mundo de los capitales de las metrópolis, que no arribarán en gran manera sin estímulos ciertos, al gobierno aperturista no podía faltarle, entre su variado repertorio, una reforma laboral tendiente a reducir a extremos inconcebibles la paga de la mano de obra. Y la defendida por el ministro Posada de la Peña escamotea sin miramientos los derechos adquiridos por las masas laboriosas en duras, largas e históricas contiendas. Sus distintas cláusulas o formalidades buscan no sólo extender sino encubrir el abatimiento físico y moral de la clase obrera. Hacia la inconfesable meta se encauzan la supresión de la retroactividad de las cesantías, el fin del fuero para quienes cumplan los diez años de trabajo, la legalización del empleo temporal y, por supuesto, la artimaña de “*las 36 horas*”. Son tiranías que, en síntesis, ponen en peligro la exis-

tencia del sindicalismo colombiano y regresan las relaciones obrero-patronales a sus estadios más primitivos.

Igualmente trascendió que los asesores del Ejecutivo elaboraron para el Conpes, Planeación y la Junta Monetaria los programas de vivienda subsidiada sobre la base de entregarles a las Corporaciones de Ahorro y Vivienda la totalidad de las partidas oficiales de dicho rubro, que el régimen hará crecer con los cuantiosos aportes extraídos a las Cajas de Compensación Familiar y con la venta de los activos o posesiones que aún le quedan al Instituto de Crédito territorial. Las inversiones forzosas en vez de ir del sector privado al público de aquí en adelante correrán a la inversa. Que las Cajas auxilien a las Corporaciones y no éstas a aquéllas. Que el quebrado ICT responda con sus pertenencias, tal y como las repúblicas insolventes cubren las anticresis de sus acreedores enajenando los haberes estatales. En este punto vale la pena recordar que después del estallido de la crisis de la deuda latinoamericana en los albores de los ochentas, Fidel Castro, con la intención de sacarle jugo a la coyuntura y de pasada reverdecir sus marchitos furores de líder radical, se inventó la tesis de que la cesación de pagos no era una consigna sino un hecho irreversible, pues los gobiernos no contaban ya con qué sufragar las respectivas amortizaciones. Sin embargo, el reino de los negocios se parece bastante a la caja de Pandora, en donde se hallan encerrados todos los infortunios del hombre a la espera de que alguien los suelte; si no que hablen los mexicanos, los argentinos o los brasileños, cuyos mandatarios, al unísono, sin excluir claro está a nuestro Gaviria, comienzan a vender los muebles de la casa para quedar bien con los prestamistas internacionales. En el terreno económico cualquier falencia, acucia, trampa, inflación, desempleo, ruina, por grave que parezca, siempre será susceptible de recrudescerse. Y los pueblos, sabiéndolos exprimir, pagarán cuanto deban. Con fundamento en tales intuiciones el Fondo Monetario Internacional y su Banco han diseñado la incoherente pero obligada estrategia del mercado libre. En relación con Latinoamérica, ya verán sus numerosos habitantes hasta dónde los empréstitos han sido el origen tanto de sus daños pasados como de sus males futuros.

Tal cual se ha visto, en el espectáculo reformista hay de todo como en el buen teatro, desde tramas que sacuden los ánimos hasta escenas que mueven a risa. Ante los reporteros, el ministro de Hacienda, en una recreación rabelesiana, hizo la promesa de desbastarse la barriga para inducir a los hambrientos a que se aprieten más el cinturón. En otra comparecencia les dijo a los desempleados que, aprovechando el desbarajuste de Europa Oriental, traería de aquellas latitudes emigrantes entendidos con el fin de *“ahorrarse dinero en la inversión de capital humano altamente capacitado”*. Y le notificó al país que se subiría de 10 a 12 por ciento el IVA, o sea, el impuesto al consumo global, en compensación por la merma de

los recaudos ocasionada por las bajas en los aranceles de las importaciones y en los gravámenes de los giros al exterior. En otras palabras, que los sacrificios fiscales de la *apertura* serían compensados con los recargos a las ventas y, por ende, con más trabas a la circulación de las mercancías. La liberalización del comercio se promovería entonces con su restricción.

Entre el rosario de incongruencias sobresalen el estudio ordenado por la Aeronáutica Civil tras el objetivo de llegar cuanto antes a los “*cielos abiertos*” y el decreto 501 de este año, de Barco, con el cual se le puso realmente término a la reserva de carga de la Flota Mercante Grancolombiana; dos resoluciones que de llevarse a cabo sellarán la suerte de nuestra navegación aérea y marítima, con las implicaciones no remotas de poner por completo en manos extranjeras el transporte internacional del país y hasta su turismo. Por ahora, el presidente de la Flota Mercante le solicitó permiso al Ministerio de la Defensa para deshacerse de algunos buques, o matricularlos bajo las banderas de otras nacionalidades, y por este medio habilidoso, o vergonzoso, conseguir el disfrute de las condiciones propicias que el gobierno le concede a la competencia.

2. El relevo

Asistimos a uno de esos remezones sociales tan comunes en nuestra crónica republicana, que sin implicar una revolución, ni siquiera un avance, precipitan, junto con el eclipse de criterios o esquemas administrativos, la caída de los hombres que los esgrimieron y el ascenso de aquéllos que por fuerza de las circunstancias están llamados a llenar el vacío. Los César Gaviria hormiguan por doquier, en las juntas, en las comisiones, en las consejerías, a lo largo y ancho del organigrama burocrático del Estado, y algunos de ellos ya brillan con luz propia, cual acaba de evidenciarse con la actuación del presidente de Fenalco, Sabas Pretelt de la Vega, durante el curso de su congreso en Cali, que mereció la especialísima concurrencia de la plana mayor del gobierno, incluido el primer magistrado. Apenas obvio que el vocero de los comerciantes, disputándoles a los dirigentes de los otros estamentos del área productiva el mucho o poco prestigio que todavía ostentan, se haya convertido, dentro del conjunto de las agrupaciones gremiales, en el más entusiasta e influyente exégeta de la nueva Biblia. A nadie mejor que a la gran asociación de compradores y vendedores le han de convenir “*las libertades*” en el régimen de cambios y en la ley de importaciones; o parecer razonables los argumentos que se agiten a favor de ellas: el alivio sobre las “*monetizaciones crecientes*”, el “*descenso en los costos de producción de bienes*”, el “*efecto antiinflacionario*”, etc.

Estamos pues a las puertas de un período en que la exactitud o la vigencia de las categorías económicas se medirán más que en ninguna otra ocasión por las

tasas de ganancia que a su sombra se obtengan. Es la *apertura*, una modificación al fin y al cabo, imposible de darse sin el gavirismo, pero a la cual éste le debe su surgimiento. Así se ha conformado un equipo peculiar, diverso, sin causas aparentes, a cuyo enigmático arbitraje quedaron sujetas, de pronto, las aparatosas cuestiones de la cosa pública. Una orden de privilegiados que cifran su éxito en la mistificación del saber y de la técnica, aunque exhiban insuficiencias naturales, cual les sucede a las empresas que quieren destruir. Si están en Bogotá nada los coarta para acometer sus estudios investigativos, redactarlos y absolverlos en los simposios con doctas disertaciones; mas si vuelan a Washington en misión diplomática enmudecen, se paralizan, y en cambio de sacar la cara por la tierra, hacen lobby, una modalidad gringa del tráfico de influencias que Ernesto Samper calificó de “*indispensable*” después de su primera gira ministerial por los Estados Unidos. Para darle un toque científico a su actitud política, el ministro recalcó: “*Se necesitan unos conocimientos técnicos muy especiales, además de dominar a fondo la legislación comercial y económica*”, de ese país, se sobreentiende.

La suplantación ha llegado hasta el terreno de las enmiendas jurídicas, un ejercicio en el que los colombianos casi siempre dispusieron a sus anchas de los aportes de las personalidades duchas en la materia. Descartando la confusión desencadenada, los acondicionamientos constitucionales que se encuentran en camino no podrán menos de proporcionarles un marco legal apropiado a los oscuros incidentes arriba descritos y, por lo tanto, obedecen también a la colonización económica de la América pobre que los dueños de medio planeta impulsan en todos y cada uno de los aspectos del acontecer social. Por más que la propaganda repique sobre un supuesto aireamiento de los trajines políticos, lo que los aperturistas procuran, mediante el ataque al Congreso, la humillación a la Corte y el acoso a los llamados barones electorales de los partidos liberal y conservador en beneficio del M-19, es apartar de su ruta a las fuerzas o baluartes que posean algún arraigo o entronque con la nación o con su historia. Pretensiones que concreta el gobierno desgarrando la constitución y escudándose tras las fantasmagorías del constituyente primario. “*Dime quiénes el hombre y te diré cuál es la ley*”, recuerda un antiguo proverbio. Faltando todavía por saberse la composición exacta de la asamblea por la cual se votará en diciembre, y no obstante que sus deliberaciones sobre los innumerables temas habidos y por haber le coparán seis meses según la convocatoria, hay ya muchas cuestiones decididas, diríamos que las esenciales, si apreciamos el panorama desde un ángulo más estratégico.

El ambicioso plan que se puso sobre el tapete hacia la mitad del cuatrienio de Virgilio Barco, con una abultada sugerencia de ciento ochenta y un artículos, ha sido intencionalmente expuesto a un tortuoso itinerario.

Entre 1988 y 1989 hubo cuatro o cinco coaliciones de diferente cariz y

envergadura alrededor de la iniciativa oficial, cuyos principales escollos fueron, primero, el naufragio de la alianza con la corriente pastranista, a raíz de la providencia emitida hace dos años y medio por Guillermo Benavides Melo, un simple componente del Consejo de Estado que le restaba legitimidad a la vía plebiscitaria; y segundo, la decisión de la Presidencia de retirar el texto íntegro de las modificaciones en diciembre del año pasado, cuando aquél había cumplido ya las dos vueltas reglamentarias y ante el hecho de que el órgano legislativo no comulgaba con la extradición. Se mantenía una línea errática, como si a la facción gobernante la tuviese sin cuidado el apoyo que se le brindaba, el procedimiento a seguir, o la cruenta lucha contra el narcotráfico, que con el decreto 2074 Gaviria suavizó, contando con la tolerancia de George Bush, a quien esta vendetta le ha servido de mampara para amedrentar a los regímenes de Latinoamérica, invadir a nuestros vecinos panameños, tejer dentro del continente las redes del Pentágono y levantar fortificaciones en los campos de Perú y de Bolivia. En todo caso la reforma arranca de verdad cuando la conspiración palatina se topa con el momento preciso, el conducto indicado y el socio ideal.

A la Corte Suprema de Justicia le cupo la distinción histórica de refrendar el golpe. Con su fallo del 21 de septiembre, no sólo se desconceptúa a sí misma sino que convalida la utilización del estado de sitio para ventilar los cambios constitucionales; renuncia al concepto de la normatividad, convirtiendo la constitución en un mero juguete de la intriga política, y dota al Ejecutivo de poderes inconmensurables, puesto que nadie sabe dónde comienzan ni dónde concluyen. No en vano ha hecho carrera el *“revolcón”*, un evidente equívoco en el lenguaje del relator número uno de la futura Asamblea Constitucional, quien pese a las críticas sigue insistiendo en confundir la idea de transformar la Ley Suprema con la acción de revolverla. Este es el fondo del relevo ocurrido en el mando, un fenómeno que se incubaría bajo el ala protectora del gobierno anterior y con el patrocinio distante pero vigilante de la Casa Blanca.

En la misma forma en que Gaviria cuida hoy del prestigio de Navarro Wolf, Virgilio Barco condujo a Gaviria a través de los escalones del gabinete hasta las más altas dignidades de ministro delegatario. Hundiéndolo en la plutocracia lo hizo imprescindible, así como a Aquiles su progenitora lo volvió invulnerable al sumergirlo en las aguas del Estigia. Con el sol de la fortuna a las espaldas, se apresta a culminar el arreglo del país que se alquila, blandiendo el 121, la única prescripción de la Carta que en realidad respeta. Por eso da risa ver al mamertismo reclamando un aumento de sus posibles butacas en la Asamblea Constitucional y una mengua de las facultades de excepción del primer mandatario, concesiones que sólo los jefes de esa tendencia no aciertan a captar que se excluyen entre sí.

3. Los orígenes

Delo examinado se desprende que la *apertura económica* no significa un compendio de formulaciones a las cuales pueda acogerse o no una determinada república, en un momento dado de su desarrollo; ni configura, sin más, una concepción académica cuya validez esté por demostrarse. Lejos de eso, consiste en una política global del imperialismo, especialmente de los Estados Unidos, que abarca problemas y envuelve intereses demasiado claves. Algunos economistas, de buena o mala fe, y hasta ciertos industriales despistados, creen que la nación haría bien en aceptarla, tomando desde luego las correspondientes precauciones en cuanto atañe al fortalecimiento de su capacidad productiva. No pocos llegan a proponer los correctivos necesarios, o a describir con rigurosidad las fallas de la administración pública que de inmediato debieran superarse, pero sin parar mientes en que los imperiosos recursos financieros prosiguen en manos de quienes apuestan a nuestra bancarrota, o en que transcurren tiempos difíciles, caracterizados por el agudo estancamiento, las alzas inflacionarias, los crecidos déficit. Nosotros nada compartimos de ella, salvo su denominación de *apertura*, para identificarla de algún modo, aunque comprendemos que tras el eufemismo lo que se esconde es la más grande ofensiva de colonización económica sobre Colombia, pues tiene que ver con la suerte de la industria y el agro, la penetración indiscriminada de las trasnacionales, la absoluta libertad comercial y cambiaria, el embotellamiento o confinación del país a la “microempresa”, el envilecimiento de la clase trabajadora, la entrega de la banca al agio y a la especulación internacionales, la enajenación del sector estatal de la economía, las larguezas de la reforma financiera, la carestía automática e incontrolada y la enmienda regresiva y despótica del régimen jurídico. Hay muchas y variadas pruebas de esto, que nos impiden pensar lo contrario. Mencionaremos tres de indiscutible trascendencia.

En primer término, las toneladas de análisis, informes, “cartas de intención” y demás avenencias comprometedoras con las cuales el Fondo Monetario Internacional y su Banco, en forma cínica y seudocientífica, nos aleccionan para que cambiemos la pesada carga de los empréstitos, la reduzcamos, o la tornemos manejable, firmando la liberalización en cada uno de los puntos indicados. En su anárquico desenvolvimiento, la deuda externa acabó apuntalando su doble importancia como idóneo canal de extracción de la riqueza de los pueblos y como eficaz medio de imposición de medidas a los Estados, valga decir, el desvalijamiento y el vasallaje.

Desde 1984, para darle pista al crédito *Jumbo*, el Fondo y el Banco pusieron el requisito del desmonte de la restricción a las importaciones, amén de otros ajustes que el gobierno de Betancur rechazó airado de palabra tras haberlos admitido, “*gradualmente*”, en la mesa de negociaciones, lo que se garantizaba con

una monitoría de sus agentes, tan acuciosos e inmovibles como los comisarios de la tenebrosa Inquisición. Y al crédito *Challenger* también se le expidió el permiso en los últimos días de 1988, no sin que antes el gobierno anterior se aviniera a las demandas de revivir los trabajos preparatorios de la *apertura*, en su esencia definida ya en los compromisos contraídos por el país desde 1985. Aunque no lograría culminarla, Barco la inició y, sobre todo, se la dejó lista a su sucesor. No en otra forma se explica cómo el ministro Casas Santamaría haya podido, en menos de una semana de posesionado, armar los cuatro minuciosos decretos modificatorios de las comunicaciones colombianas que su despacho promulgó al mismo tiempo. Y con toda seguridad aún reposan en las gavetas de las oficinas públicas muchas disposiciones que solamente aguardan la rúbrica de los funcionarios para salir a la luz.

La segunda prueba radica en una casualidad que no lo es tanto. La abrumadora mayoría de los gobiernos latinoamericanos, tal vez con la única omisión cierta de Cuba, ya se hallan, en un sentido u otro, matriculados en la nueva escuela. Unos empezaron temprano, como Chile, y otros más tarde, como nosotros, pero en todos los países el pensamiento dominante renegó de cuanto estaba aplicándose, directrices que si no favorecían el desarrollo de los pueblos, al menos reservaban al control discrecional de los Estados determinadas parcelas de la economía. Esta uniformidad de opiniones y conductas clama por un factor cohesionante que la dilucide, el señalamiento del poder superior que gobierna a los poderes menores. Ese no es otro que Estados Unidos, cuyos dictámenes prevalecen en América Latina desde la época de la desmembración de Panamá y con una solvencia que jamás disfrutara en región alguna del globo. Ahora le urge afianzarse en su retaguardia continental, con el fin de hacerle frente a la guerra económica que le han declarado las otras potencias. Los basamentos de la vieja integración de las repúblicas del área, caso Pacto Andino, Mercado Común Centroamericano y hasta la misma Alal, volaron por los aires. Al igual que en Colombia, caudillos sin trayectoria asumieron en todas partes los retos del mando, con la excepción de un Carlos Andrés Pérez, el veterano presidente de Venezuela que, por lo demás, también abre las fronteras, vende los muebles de la casa y habla la misma jergonza. Con todo, el “*revolcón*” del Continente no hubiera sido posible sin la nueva hornada de ideólogos de la burguesía, de los cuales nos ocupamos atrás; salidos por lustros de ilustres claustros, y ubicados en los centros donde se ambientan o toman las decisiones. Son los *masters* que nos pintan con agudeza Jorge Child y Rodrigo Llorente en sus columnas periodísticas y que acuden por miles a engrosar esa horda de intelectuales encargados de ponerles el uniforme de moda a las ideas, a las actas y a las costumbres en nombre del capitalismo moderno. Cuando menos en sus episodios preliminares, la lucha contra

la privatización de América la perdimos con el auge de la educación privada.

Y en tercer término, tenemos el discurso con el que George Bush efectuara la presentación formal de su famosa *Iniciativa para las Américas*, un documento básico porque simboliza, de una parte, el canto de victoria tras el intempestivo giro que vienen adquiriendo los atropellados acontecimientos mundiales en los últimos meses y, de la otra, sintetiza las miras estratégicas del presidente norteamericano que, aun cuando no hace mucho prestó su juramento, estuvo estrechamente vinculado a la administración Reagan durante dos períodos. Los síntomas de desintegración que acusa el temido imperio soviético los toma como augurios de un cambio bendito en la correlación de las fuerzas mundiales, dentro del cual el poderío norteamericano pasaría del repliegue al contraataque. Eso lo dio a entender el 27 de junio en dicha alocución y ya en agosto sus tropas estaban hollando las quemantes arenas del Medio Oriente, con el asentimiento unánime del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y con la complicidad, a veces franca y a veces tácita, de las capitales europeas, de Tokio, de Moscú y hasta de Pekín, un desenlace que no se presentaba en décadas. Sin embargo, tales toques a somatén los encuadra dentro del conflicto que el mundo trae larvado desde cuando la recuperación de los protagonistas de la Segunda Guerra Mundial dejó de ser una conveniencia para convertirse en un antagonismo insalvable, ante lo cual no encuentra solución diferente a la del “*mercado libre*”. Considera que este modelo de desarrollo, que en su opinión se fortalece con las tragedias de la Perestroika, forja la “*llave*” con que los hombres entrarán al nirvana de la “*estabilidad política y económica*”. Así piensa proporcionarle a su país el ambiente propicio que el ajuste de cuentas con sus enriquecidos adversarios precisa. Y a la América Latina le promete la felicidad si se unce a su carro de batalla. Habrá préstamos frescos y algunas rebajas para los endeudados pueblos que remuevan los “*impedimentos a la inversión internacional*” y erradiquen en la práctica las “*erradas nociones de que la economía de un país necesita protección con el fin de desarrollarse*”. Nos sabemos cómo le irá próximamente al señor Bush en el campo de Agramante, en su Parlamento, o en las bolsas del mundo, pero estamos convencidos de que América Latina rueda hacia el abismo de su plena colonización económica y quienes no partan de este punto de vista no comprenderán ninguna de las polifacéticas y absurdas consecuencias de los factores enunciados, y acaso ni su propio drama.

4. El porvenir

Dentro del desconcierto prevaleciente se escuchan voces que, no obstante su inconciencia, destapan en unos cuantos señalamientos aspectos sustanciales de la verdad oculta. Después de echarle un vistazo a la creciente fragmentación económica universal y de tomar nota de los rumores pesimistas que bullen en

los pasillos de las difíciles negociaciones comerciales del Gatt, llevadas a efecto al otro lado de la frontera, en la célebre Ronda de Uruguay, *El Mercurio*, de Chile, en sus glosas editoriales del 8 de octubre último, se quejaba de “*dos fenómenos*” que “*marcan*” una “*tendencia mundial*”: “*El primero es el mayor proteccionismo que amenaza la política del libre intercambio, al cual obedecela enorme prosperidad económica vivida en las últimas décadas en el mundo industrializado. El segundo es la formación de bloques comerciales que agrupan a determinados países para establecer un comercio libre intraregional, en ciertos casos, armonizar incluso las políticas económicas*”. Llamala atención que semejantes deducciones provengan del país piloto de la *apertura*. No es que el diario ya no crea en ella; sencillamente ha empezado a objetar, un tanto tarde y a la buena de Dios, de qué modo las metrópolis les instilan a los pueblos expoliados el liberalismo económico de nuevo cuño, mientras entre ellas levantan murallas férreamente proteccionistas. Una contradicción obvia, comprensible y explicable.

Entre nosotros también han surgido comentarios adversos al proyecto aperturista, siendo que aún no hemos padecido sus calamidades. Desde cuando encumbrados funcionarios dieron como un hecho irreversible que la agricultura colombiana habría de sufrir, sin atenuantes, el hostigamiento de los competidores foráneos, el doctor Gabriel Rosas Vega, basado en su experiencia, se opuso y trajo a colación que las sociedades altamente industrializadas de Estados Unidos y de la Comunidad Europea gastan decenas de miles de millones de dólares en subsidios con los cuales sostiene el rendimiento de su producción agrícola, sin que ello sea óbice para aconsejarle al Tercer Mundo que elimine los suyos. A su turno, muchos sectores gremiales que se mueven entre la incertidumbre y la esperanza han puesto en circulación sus críticas, sus reclamos, sus falencias. Coinciden todos en que hay una infinidad de problemas represados, debido a la acción indolente de administraciones sucesivas, para que la actual salte hoy a escena con un montón de programas improvidentes cuyo efecto inevitable sería la desaparición de los frutos del trabajo de varias generaciones colombianas. Y la clase obrera ha declarado para este 14 de noviembre un paro cívico nacional contra la *apertura económica*, contra la privatización de las entidades del Estado y en defensa de sus caras conquistas sindicales, objetivos que por sí solos hablan tanto de la claridad y de la decisión de los trabajadores como de su patriotismo. Las fuerzas sociales que velan por la soberanía de Colombia contribuirán a esta pelea histórica que se nos ha impuesto, pero al proletariado le corresponden el deber y la distinción de encauzarla.

Una advertencia a manera de epílogo. Los representantes del gobierno han creado falsas expectativas en torno al eventual aumento de las inversiones extranjeras que registraríamos, si llevamos sin vacilaciones y hasta las últimas consecuencias la *apertura económica*. Pero al margen de cualquier otro análisis, el flujo

de aquéllas, grande o pequeño, no elevará realmente el nivel de vida de nuestra población. Como su movimiento está determinado por la ley de la máxima ganancia, y al país vienen a resolver no las dificultades ajenas sino las propias, agravadas con la agudización de la competencia mundial, se concentrarán en los negocios que más reditúen y con las condiciones previstas dentro de la reforma laboral, o sea la utilización de la mano de obra menos cara posible.

Por los días de agosto en que los colombianos supimos con sorpresa que las telecomunicaciones serían privatizadas de inmediato, el doctor Emilio Saravia Bravo, aún presidente de Telecom, en enhiesta posición y patriótica actitud de rechazo a las medidas, hizo hincapié en un par de consideraciones fundamentales: que no se podía “*desaprovechar una infraestructura montada por el Estado durante cuarenta años*”; y que si se pierde esa fuente de ingresos tendrían que “*revisarse planes de alcances social indiscutible como el Plan Nacional de Telefonía Rural*”. Seguramente sin proponérselo, el doctor Saravia traza la única línea válida de desarrollo para el pueblo colombiano: hacer valer lo suyo y vincular al progreso las zonas atrasadas. Mas eso no lo lograremos sin las denigradas partidas de apoyo a los frentes de la producción con mayores penurias, sin el llamado “*crédito de fomento*”, y, en suma, sin que destinemos parte de la acumulación nacional al adelanto de los sitios relegados pero que entrañan enormes potencialidades para el porvenir de la nación entera. El doctor Saravia concluye: “*Lloverán propuestas para prestar los servicios rentables, pero se dejarán de lado las comunidades que no disponen siquiera de un teléfono y a las que se llega con pérdidas*”. Los capitales imperialistas, a los que atribuímos no sin razón las más maravillosas realizaciones en los anales de la industria moderna, no logran suprimir el desequilibrio secular entre los centros ricos y la periferia pobre. Al contrario, erigen su esplendor sobre el ahondamiento de aquellas desigualdades, tanto dentro de las repúblicas que los acogen como a escala internacional. Quienes creen que la ley de la rentabilidad decide desde el nacimiento y muerte de las fábricas hasta el “*auge y caída de las grandes potencias*”, abrazan el más grosero economismo. Si hay alguna actividad en la que se den cita tarde que temprano las influencias del resto de las funciones sociales, sin excluir la enseñanza, el arte de gobernar, el ordenamiento del pueblo, o la guerra, esa es la producción, que proporciona los bienes materiales y sostiene al hombre. De las incidencias de tales elementos y de sus relaciones, que con el avance se tornan más y más complejas, depende la evolución de la sociedad. De ahí que al Estado moderno le corresponda un creciente papel en la conducción económica, que con toda certeza no habrá de desaparecer por la *apertura*. Las mismas transnacionales necesitan de la capacidad económica de los gobiernos, sin la cual no habría quién atienda los frentes no rentables, que en materia de servicios o infraestructura, por ejemplo, son imprescindibles en el desarrollo productivo. La solvencia

oficial se requiere igualmente, y en alto grado, como garantía de cumplimiento de los compromisos bilaterales o multilaterales acordados entre las naciones por diversas causas; y para que la administración pública vele por los pobres, quienes van pasando poco a poco de la “formalidad” a la “informalidad”, y habida cuenta de que las revoluciones también repercuten en la economía. Por lo que respecta al descontento del pueblo, éste impedirá que la privatización abarque muchas empresas estatales. Y si la preocupación estriba en las malas administraciones, procuremos designarlas buenas.

Lo curioso de este complicado asunto radica en que a pesar de todo la tasa de ganancia de las trasnacionales seguirá descendiendo y los problemas propiamente obreros se propagarán sobre la superficie del orbe. Los costos de producción en los países semi industrializados del Sudeste Asiático, en donde floreció primero la subcontratación internacional, han ido incrementándose por variados motivos, entre los cuales se destacan las luchas de los sindicatos. Los monopolios norteamericanos y japoneses buscan otras naciones receptoras, baratas, como Tailandia, Filipinas, Malasia y el mismo México. La internacionalización del capital acabará entrelazando el mundo en tal forma que la división del trabajo propia de las grandes factorías se efectuará a través de países y de continentes y no ya bajo un solo techo. Unos producirán las partes o los componentes de los productos y otros los acabarán o ensamblarán, ahondándose las desigualdades entre la porción desarrollada del mundo y la indigente. Las contradicciones entre los bloques económicos tampoco conocerán límites; la crisis se extenderá con todos sus estragos, y la clase obrera se hará sentir en grande.

Contraria contrariis curantur. Las cosas se curan por medio de las contrarias.

Bogotá, noviembre 8 de 1990

Salvemos la producción nacional

El Tiempo, 12 de mayo de 1991

Las secuelas del contraataque estadinense

Durante decenios los mandatarios colombianos han venido, de una parte, diluyendo el apoyo a la actividad productiva de los estratos empresariales y, de la otra, buscando arrebatarnos a las masas laboriosas los contados derechos y conquistas obtenidos en incesante batallar. Conforme a sus escrúpulos, astucias u oportunidades los gobiernos han corrido con mayor o menor suerte en semejante propósito. Pero el actual batió todas las marcas. En prontitud, porque en medio año le puso piso legal al conjunto de sus garrafales intenciones. En extensión, porque las enmiendas abarcan los más variados y sensibles tópicos de la vida del país. En profundidad, porque pocas veces el zarpazo fue tan desgarrador. En frescura, porque se recurre a cualquier arbitrio, igual a la páfida asistencia de los victoriosos invasores del Medio Oriente que a la sumisión prometedora de los asaltantes del Palacio de Justicia.

Sin embargo, la cuestión no será coser y cantar, para decirlo sin estridencias. Así como el régimen no consulta a los damnificados al adoptar sus determinaciones, éstos tampoco lo consultarán al definir las suyas. En los últimos días se ha escuchado otra tonada, la del descontento, a cada instante más sonora, y con la característica de que involucra a casi todos los integrantes del concierto social. La carta de la Asociación Nacional de Industriales, ANDI, con fecha del pasado 28 de febrero y remitida, además del secretario de la Presidencia, a los ministros de Relaciones Exteriores, Hacienda y Desarrollo, da una idea clara, precisa, de cuántos temores generan los alegres argumentos y las medidas fulminantes de la nueva administración.

Aun cuando esto ocurre a los cinco meses de que los presidentes de México, Venezuela y Colombia rubricaran en Nueva York, el emporio del imperio,

la avenencia de libre intercambio comercial, y harto después de promulgada la racha de reformas regresivas de fines de 1990, el pronunciamiento patentiza una de las múltiples impugnaciones al proceso que se lleva a cabo de total y precipitada anexión económica de América Latina por los Estados Unidos. No sabemos hasta dónde llegue la conciencia de los gremios al respecto, o si estén decididos a defender consecuentemente su patrimonio y el de la nación, pero la misiva recoge verdades de a puño. Advierte cómo la *apertura* entronizada, el intempestivo avivamiento de la integración andina y el Grupo de los Tres ahora, implican un abrupto abandono de las reglas de juego y dejan montada la escopeta de una leve encerrona hacia el futuro. Fuera de eso, denuncia que los pasos mencionados no sólo carecen de justificación, sino de investigaciones que los ilustren. Mas no podrían, ciertamente, redactarse estudios para tales cometidos, por lo menos con rigor científico, puesto que las desgravaciones y los mercados sin fronteras se implantan en el peor momento, cuando la desaceleración del engranaje productivo lleva varios años; las exportaciones afrontan no pocos obstáculos; el hato ganadero está en extinción; el agro no logra reponer a tiempo los equipos, adecuar las tierras y sustituir las tecnologías anticuadas; los cultivos transitorios tiran a contraerse; la actividad edificadora sigue declinando; las flotas de los “*cielos y mares abiertos*” registran pérdidas multimillonarias, y el desempleo cunde en barriadas y veredas. En las cuentas nacionales correspondientes a la vigencia anterior, elaboradas por el Dane, la memoria estadística del régimen, el auge de la economía recibió un escaso 3.5%, mientras que los encuestadores aspiraban a cotas más altas, a sabiendas de que 1989 tampoco había sido un año bueno; y para 1991, Fedesarrollo, una fundación paragubernamental, vaticina apenas el 2%, con bajas apreciables en las cifras de la industria y la inversión privada.

Asimismo los voceros de la Asociación sostienen en su mensaje que las contradicciones se tornarán, por añadidura, de imposible manejo, si se mira la devastadora incidencia de los galpones de ensamblaje, las celeberrimas *maquilas*, o *maquiladoras*, en concreto, las esparcidas a lo largo de la línea limítrofe del norte de México y resguardadas tras las patentes de los trusts americanos, un desafío ante el cual nuestro desenvolvimiento electrónico, automotor y metalmecánico, entre otros, se verá disminuido. En relación con Venezuela también vislumbran riesgos de competencia no despreciables para los intereses de Colombia, debido a los costos de importación de las materias primas y de los bienes de capital. Señalan igualmente que se han establecido fechas de cumplimiento de los protocolos sin haberse dispuesto los mecanismos, ni dilucidado las pautas sobre el origen de los productos, ni las cláusulas de salvaguardia, ni el funcionamiento de las listas de excepciones. Y por contera ponen al desnudo el proceder arbitrario de las autoridades, pues los compromisos pactados, pese a su importancia y tras-

endencia, no fueron ni siquiera leídos ante los representantes de los productores, la fuerza más interesada y ducha en el vital asunto.

De la misma manera como la *apertura* tiene su historia zigzagueante y ha sido implantada gota a gota, en un lapso mayor de lo que muchos se imaginan, la actitud de los empresarios ha fluctuado al vaivén de las sorpresas, no obstante andar persuadidos de que aquélla obedece a los requerimientos ineludibles del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, a los cuales las repúblicas atrasadas y dependientes se encuentran sin remedio uncidas por deudas enormes. Ojalá la mencionada comunicación refleje a plenitud el pensamiento de los fabricantes colombianos y repercuta correspondientemente. Fue suscrita por Fabio Echeverri Correa, quien quedara entre Escila y Caribdis en las desapacibles polémicas sobre la “*internacionalización de la economía*” que antecieron a su renuncia a la ANDI, obligado con frecuencia a saltar del combate al acatamiento; una de las tantas repercusiones de los enfoques contrapuestos entre dos bandos de la burguesía productora: el que rechaza la liberalización, dado que ocasiona perjuicios ostensibles, y el que la admite, por creerla aprovechable, o por gozar actualmente en el extranjero de compradores más o menos fijos para sus existencias. De cualquier forma, tarde que temprano las decepciones o las bancarrotas lanzarán a la palestra a cuantos tengan algo que perder con la postración del Continente.

Desde la época de los realinderamientos de Bretton Woods, detrás de los máximos organismos rectores de las finanzas mundiales se han movido particularmente los banqueros de la metrópoli americana, que no cesan de requerir, ante los países entrampados, franquicias para sus caudales y mercancías, o devaluaciones, recortes en los gastos, espíritu ahorrrativo, a fin de que les cancelen los débitos con desahogo y puntualidad. En favor de esta solvencia de pagos, al gobierno colombiano le exigen encima que deponga responsabilidades, desista de emitir circulante inflacionario y renuncie, una por una, a sus atribuciones reguladoras, comprendido cuanto concierne al manejo del peso, que antes de 1963 le correspondía a la junta directiva del Banco de la República, de influencia notoriamente privada, y desde entonces, por Ley, recae en la Junta Monetaria, de mayoría oficial. Reversión que habrá de perpetrarse a través de la Asamblea Constituyente, cuyas principales facciones integrantes han presentado sendos proyectos en tal sentido, sin olvidar el del señor Gaviria. La supresión de los subsidios, de los créditos baratos, y aun de los planes de fomento, compendia, pues, el dogma de fe que nos predicaron siempre esos sumos sacerdotes de la especulación, así no le rindan culto en sus propios altares.

Hacia la mitad del período de Belisario Betancur, a raíz de la famosa monitoría del Fondo y el Banco, empezaron a plantear muy en serio, no únicamente

el desmonte de los estímulos y de la protección a nuestras actividades productivas, sino de la legislación laboral vigente. En una palabra, la *apertura*. A Barco Vargas lo asediaron por todos los costados, incluso reteniéndole los dineros del préstamo Challenger. Así, la superpotencia de Occidente, estando abocada a una disputa comercial nunca vista, en especial con la Comunidad Europea y Japón, trata de salir airosa optando por la completa colonización económica de vastas áreas del globo, preferentemente América Latina, el establo de la hacienda. Y al sobrevenir el desenlace providencial del derrumbe de la Unión Soviética, poderoso adversario de la víspera, Washington ha sabido calzarse las botas, como recién lo hiciera en el Istmo panameño y en el Golfo Pérsico, cuyas gentes, entre el humo de los cañones, asistieron a la inauguración del “*nuevo orden*” predicado por George Bush.

Habiendo conseguido de nuevo la supremacía universal, Estados Unidos se dedica ahora a la recuperación, sin dilaciones ni miramientos, del espacio que perdiera en por lo menos dos décadas, tras los espectaculares avances de sus competidores de Europa y Asia. En muchas ramas se ha quedado atrás en tecnificación, productividad, innovaciones. Sus balanzas han sufrido deterioros constantes. Adentro ve incrementarse el desempleo, la inflación y la falta de recursos; afuera contempla la contracción de los mercados. En general, las utilidades de sus inversionistas tienden a la baja y los brotes recesivos de su economía se vuelven entretanto más traumáticos y continuos. Lo cual entraña desarreglos que de todos modos sus dirigentes hubieran encarado con urgencia, por encima de las dificultades y a cualquier precio, so pena de sucumbir; mas las condiciones han cambiado positivamente para el imperialismo yanqui. En la Casa Blanca se afina el poder republicano, que ha vencido los complejos de la mala etapa anterior. Valiéndose de los favorables augurios, los vencedores repentinos de la guerra fría no se dedicarán solamente a corregir las desactualizaciones de sus fábricas. Blandirán cada uno de los instrumentos de presión a su alcance: la deuda de los Estados empobrecidos; el librecambio dentro de sus zonas de influencia; las barreras proteccionistas frente a los otros poderes desestabilizadores del globo; el envilecimiento de la mano de obra en extensas y populosas regiones; los altos déficit fiscales de los gobiernos lacayunos; la supervisión de los suministros estratégicos y los artículos esenciales procedentes de los países atrasados, y la violencia, que de por sí consiste en un negocio, como acaba de demostrarse en Kuwait, cuya reconstrucción se estima en cerca de 100.000 millones de dólares. Los destrozos iraquíes cuestan dos o tres veces más, y de los cuales, sin duda, también aspiran a hacerse cargo los consorcios que patrocinaron la “tormenta del desierto” y, en cuestión de semanas, la finiquitaron para su exclusivo beneficio.

Los promotores de nuestra “*modernización*” apelan, pues, a los métodos ca-

racterísticos del antiguo sistema colonial, desde la institucionalización de los impuestos confiscatorios dentro de las repúblicas que gravitan en su órbita, hasta el quite y ponga de los gobernantes que les sirven de intermediarios. Por supuesto que la hegemonía de las grandes potencias depende a la larga de la solidez de sus pilotes industriales; sin embargo, probando fortuna con una jugada no exactamente mercantil, cual fuera la ocupación del Medio Oriente, Estados Unidos retoma el petróleo árabe, reactiva las transacciones, reajusta la tasa de ganancia, refuerza los fondos de inversión y rescata la iniciativa a nivel planetario, pasos indispensables en el camino hacia una virtual reconversión de sus plantas fabriles. Realidades que tratan de encubrir o paliar ciertos comentaristas, mayormente norteamericanos, cuando insisten, desde una posición académica y economista, que, para atender los apremios de la crisis, el presidente Bush debió haberse quedado en la Oficina Oval resolviendo los faltantes presupuestarios, el paro, la depresión y el resto de desequilibrios, en lugar de salir con medio millón de soldados a declararle la guerra a Saddam Hussein.

El economismo en boga

Dentro de la contraofensiva de Washington se destacan las metas de la *apertura económica*, no la suya sino la de Latinoamérica, una aplicación tardía de los decadentes preceptos de la Escuela de Chicago, tan denigrada ayer por los mismos que hoy entre nosotros la acolitan. Los partidarios de ensayar la subasta, la privatización, la entrega, sitúan el origen de nuestros males en las imperfecciones verídicas o ficticias que, como un virus, se han propagado según ellos por los órganos de la sociedad entera, y para cuya superación no existe alternativa diferente a la de que los virtuosos y avanzados desvalijadores del imperio tomen en sus manos el control del trabajo y de las riquezas nacionales. Se confunde el efecto con la causa y la enfermedad con el remedio. Permitir el cierre de las empresas, o su traspaso a los capitalistas foráneos, por no hallarse éstas a la altura de las técnicas y los modelos internacionales, aparte de la carga antipatriótica que llevan anejas tales consideraciones, significa postrarse ante ese economismo que venimos criticando hace rato y que han puesto de moda los círculos universitarios del Norte, la bocina ideológica de América.

Si nos guiáramos por los índices de eficiencia, o de rentabilidad, habríamos de deponer los derechos a un desarrollo autónomo en aquellos renglones como la siderurgia, los hidrocarburos, o los mismos textiles, en virtud de las ineptitudes heredadas y de los impedimentos naturales. Con el tiempo renunciaríamos por completo a la construcción material; nos conformaríamos, según las concepciones imperantes, con una ciencia que se amolde a las peculiaridades

de nuestro progreso, o sea incipiente; tendríamos una medicina rudimentaria, si acaso preventiva, al margen de los altísimos logros de tan importante esfera del conocimiento, cual lo manda la cartilla oficial, y así con los demás quehaceres y disciplinas sociales. Eso sería relegarnos porque estamos relegados. Pero cualquier nación, primordialmente en crecimiento, ha de canalizar parte considerable de sus fondos hacia las funciones básicas, aunque no renten, pues las áreas que aquéllas cubren, o los elementos que proporcionan, resultan sobremanera necesarios para el conjunto de la producción. De ahí que el Estado haya de ocuparse, cada vez con mayor ascendencia, de frentes, de erogaciones o de servicios que ya no son gananciosos para los particulares. Impulso centrípeto que no habrá de invertirse por las orientaciones subjetivas de enajenar los haberes públicos. Nos referimos a un probado criterio. Mediante la inveterada práctica de los decretos de excepción el gobierno seguramente conseguirá cuanto se proponga, hasta la derogatoria de los incómodos ordenamientos constitucionales; mas ninguna reforma, por omnímoda que sea, ni aunque emane de una Constituyente como la de César Gaviria, logrará torcer el curso inexorable de las leyes económicas. Daba risa oír al titular de las finanzas cuando pedía a voz en cuello la mediación del Idema, buscando conjurar, con arroz depreciado, la escalada alcista de enero y febrero, cuyos escandalosos porcentajes derrotaron sus pronósticos sobre la inflación y con ellos su política antiobrera, siendo que en agosto, inmediatamente después de posesionado y a tono con la estratagema de la *apertura*, había dispuesto que el Instituto cesara sus labores de mercadeo agropecuario y se redujera a coordinar, en los extramuros de los epicentros comerciales, la acción de unos cuantos propietarios de pequeñas parcelas. Colombia, "*país único*", afirmaba Carlos E. Restrepo. El desatino del doctor Rudolf Hommes lo atornilló todavía más a la silla ministerial, mientras rodaba la cabeza de su subalterno, quien se negó a vender a pérdida, prestando oídos sordos a las instancias superiores. Y eso que el hoy ex gerente de dicha dependencia, Darío Bustamante Roldán, pertenece también a la Panda de los Andes que no sólo asesora sino que mangonea. A la postre, el cereal de la discordia no contuvo la carestía, ni generó divisas, merced al alza inusitada de 11.5% que en un solo mes acusaron sus cotizaciones, a principios del semestre y al cabo de un par de años de no presentar indicios de incrementos reales. Sus ventas internas subían el costo de la vida y las externas no dejaban utilidades. Los desbarajustes de esta índole que entre nosotros se suceden a diario, cada vez con mayor anarquía y menor vigilancia, aun en los renglones menos vulnerables, lejos de marcar el fin de la injerencia moderadora del Estado, la tornan más contundente y acuciante. Así habrán de ratificarlo las inmensas mayorías, bien por motivos económicos, bien por razones patrióticas.

Cual lo recalcábamos arriba, los empresarios colombianos asumieron más

de una postura contradictoria y lamentable ante la incontenible arremetida estadounidense sobre la América pobre, en donde los últimos dos Cónsules de Washington, la Roma imperial contemporánea, han trastrocado hondamente la situación doméstica, las relaciones exteriores y hasta el orden jurídico de los pueblos. Tras la invasión navideña de 1989, se reapuntaló en Panamá el Comando Sur de las legiones del Pentágono; y en las montañas de Perú y Bolivia erigió fortines militares con la disculpa de reprimir el narcotráfico. Entremezclándose las amenazas de la fuerza bruta con las persuasiones de los teorizantes, se condujo a los palacios de gobierno a una generación distinta de líderes dóciles y desubicados, cuyos electores, como en el caso de Carlos Menem, ya no saben si están locos o se hacen los locos. Púsose a los ideólogos burgueses a hablar un mismo lenguaje en pro del anexionismo económico. Se transformaron las pertenencias del Estado, e incluso las privadas, en bienes mostrencos sobre los cuales tendrán prelación las primeras firmas que aparezcan en estas latitudes con el propósito de poseerlos. Se empezó, en fin, a desbrozar el sendero hacia la *Empresa para la Iniciativa de las Américas*, esbozada por George Bush ante funcionarios oficiales de diversos países y miembros de la comunidad de negocios, a mediados de 1990, y que tiene por objeto el hacer del Nuevo Mundo una sola zona comercial, “*desde el puerto de Anchorage hasta la Tierra del Fuego*”.

Durante el turno de Betancur no se quiso profundizar sobre tales pretensiones, aunque se hallaban ya implícitas en los programas que las agencias mundiales de crédito venían exponiendo desde muy antes a las repúblicas prestatarias. Barco instaló y suspendió comités destinados a examinar las incidencias de la *apertura* en los escenarios de Colombia; pero en resumidas cuentas no hizo otra cosa que ceder ante las instigaciones del Fondo Monetario Internacional y darle inicio a la desnacionalización en marcha, autorizando la merma de los aranceles, el traspaso de buena parte de la red bancaria al capital extranjero, el incremento de los intereses de los préstamos de Proexpo y la reducción de su cobertura. En otro ejemplo de condescendencia, voló a fines de 1989 a Galápagos, en compañía de los demás presidentes del Pacto Andino, a suscribir la Declaración que lleva el nombre del conocido archipiélago, y por la cual se agiliza el levantamiento de todos los gravámenes interzonales, a la sazón previsto para 1995, y se procura la plena “*integración latinoamericana*” dentro del marco de la “*apertura económica*” y del entronque con los “*mercados mundiales*”. Hacia fines parecidos estuvo encaminada la Cumbre de Cartagena del 15 de febrero del año pasado. Si bien el gobierno de Estados Unidos la convocó, conjuntamente con los de Colombia, Perú y Bolivia, tras la mira de coordinar la lucha antidrogas, sus conclusiones más bien hacen énfasis en “*el crecimiento del comercio entre los tres países andinos y los Estados Unidos*”, o disponen que éstos “*promoverán las inversiones privadas*” en aquéllos. Y en cuanto a

la nueva administración, le cupo la azarosa gloria de coronar el proceso. Dentro de la natural expectativa que rodea los relevos cuatrienales del Palacio de Nariño y no perdonando las vacilaciones de los empresarios, el régimen recién instalado echó por la calle de en medio y de un tirón satisfizo las inquietudes de la superpotencia, sin dejar una sola exacción imperialista por instituir.

Un manejo no discrecional de las relaciones internacionales

Con las complicidades de las Cámaras y de la Corte Suprema de Justicia, las otras ramas del poder público que el Ejecutivo aspira a socavar y someter a su coyunda, César Gaviria cumplió, no con su mandato, sino con la totalidad de los mandados. Gracias a las primeras le dio simultáneamente cuerpo jurídico a más de treinta reformas regresivas y por intermedio de la segunda convocó la Asamblea Constitucional, un golpe de Estado que acabará crucificando a la vilipendiada “casta política” e introduciendo modificaciones de fondo, de las más variadas y peligrosas consecuencias, como la redistribución de las divisiones territoriales, el debilitamiento de la economía estatal, la capacidad legislativa de los departamentos, la absoluta autonomía de la presidencia para resolver sobre “*Tratados de Cooperación*” con otros países, sin el correlativo consentimiento del Congreso, o para imponer acuerdos internacionales cuya “*importancia económica y comercial requieran su aplicación urgente*”, así esta extrañal licencia se registre con carácter de “*provisional*” dentro del plan reformativo de la Carta sugerido por el primer mandatario. Lo cual no significa, desde luego, que hemos de ir el próximo 4 de julio a los pasillos del Centro de Convenciones Gonzalo Jiménez de Quesada a aguardar el parto de los montes, pues a través de la vía rápida y múltiple del artículo 121, de las relaciones exteriores e incluso de las leyes, Colombia sigue abriendo sus mercados a las transnacionales, sin que sobre ello puedan chistar o influir de veras las entidades colegiadas elegidas por los ciudadanos, y mientras se difundiendo doctras lucubraciones alrededor de la “*democracia participativa*”, la “*consulta popular*” y el “*referendo*”.

En aras de la estrategia colonialista se adecúan caprichosamente las estipulaciones del Pacto Andino, un compromiso viejo de cerca de veinticinco años, que Richard Nixon patrocinó con base en las diligencias y recomendaciones de su embajador plenipotenciario, Nelson Rockefeller, quien visitara la región y escribiera el análisis intitulado “*Calidad de la vida en las Américas*”, cuyos supuestos, y hasta su terminología, aún enriquecen la jerga de la política económica oficial. Los antecedentes, para colmo, se remontan más atrás en el tiempo, por cuanto los acercamientos de este tipo hunden sus raíces en la Alal, fundada en virtud del Tratado de Montevideo de 1960, hoy Aladi, Asociación Latinoamericana de

Integración.

Resulta entonces fácil desentrañar el porqué de los meteóricos y pírricos éxitos de Gaviria, a quien le ha quedado relativamente sencillo meter el país en la boca del lobo. Una obra de meses cuya gestación duró decenios.

El presidente, sin indagarle a nadie ni responder por nada, mas escudado tras los arrumes de convenios multilaterales y con sólo estampar su firma en el Acta de La Paz, el 29 y 30 de noviembre comprometió a los colombianos todos a admitir el último día de 1991 como el plazo máximo de espera para que rijan la liberalización dentro de la zona andina, acortándose así, en un amén, el angustioso término que hacía apenas un año concertara su antecesor en las islas Galápagos. Antes había ido a Caracas, promediando octubre, a insacular su votito de respaldo a los grupos, el de los Tres, a la sazón el más joven; el de Río, de Ocho, y que pronto será de Nueve, de Once o de Trece, y por conducto de los cuales nos enganchamos al Norte voraz, y no exclusivamente nosotros o nuestros asociados, sino Centroamérica y el Caribe. Todos los caminos conducen a Washington. Por supuesto que para pertenecer a este selecto club de colonias no basta con correr a depositar la balota o la rúbrica; los gobernantes tienen que ingeniárselas y desvivirse si desean exhibir, dentro del muestrario aperturista, las mejores ofertas a los trusts, disminuyendo los jornales, las cargas, los controles y los demás contrapesos de la superestructura, y, en la infraestructura, arreglando las carreteras, los ferrocarriles, los puertos y los aeropuertos. ¿No se trata acaso de la efectividad de los subsidios otorgados, no a nuestra industria, sino a las multinacionales, cual los confirieran, a su hora y durante lustros, por ejemplo, los mandarines de Taipei, quienes probando fortuna con su fermentado Modelo de Taiwan, echaron por el atajo de las exoneraciones tributarias y se valieron, desde la década de los cincuentas, de los turbiones de cuantiosos giros que a guisa de donación o acicate afluían a sus bolsas desde las arcas del Tesoro americano? ¿Y los capitalistas del imperio no están pensando en salir hacia otros parajes, tanto más cuanto que en sus agotados dragones, con el progresivo e ineluctable acomodamiento de los factores en pugna, las ventajas previas se han ido evaporando con la subida de los costos laborales, los retoques en el sistema impositivo, la revalorización de las monedas nativas y el encarecimiento de los bienes raíces y valores? Por mucho que los teóricos de oficio nos digan que vamos a adueñarnos en franca lid de porciones succulentas del consumo allende nuestras playas, la verdadera puja se entablará entre los débiles Estados receptores del capital foráneo y, casualmente, por tales inversiones. Mientras oímos por doquier un súbito grito de guerra, “¡A conquistar!”, sólo vemos que se obedece a toque de campana.

Desde las reuniones septembrinas, a Ecuador lo vienen conminando sus socios andinos a que se desprenda para siempre de sus carcomidas salvaguardias,

las toleradas antaño por los convenios vigentes, y que le fueron concedidas en virtud de su “*menor desarrollo económico relativo dentro de la subregión*”; junto a Bolivia. De las provocaciones enfiladas hacia el debilitamiento del hermano país participan lógicamente, melancólicamente Colombia y Venezuela, cuyos gobiernos, apercibidos de las recuperaciones del sol que más alumbra, se brindan como agentes de la expoliación universal ante las repúblicas de superiores carencias y aunque hayan nacido igualmente de la espada del Libertador.

Sin desvelarlo tampoco las tragedias de sus coterráneos, el señor Alberto Fujimori, otro peón hecho dama, abolió, hace poco menos de tres meses, el dominio público sobre doce empresas en las áreas de las manufacturas, el comercio y los servicios; instauró el libre “*uso, tenencia y disposición*” de las monedas extranjeras, abandonando a los azares de la oferta y la demanda la fijación del tipo de cambio, y abrió de par en par las puertas del Perú a las compañías monopólicas tradicionales, convirtiendo la patria de las miserias del cólera en el paraíso del agio y de la usura. Y hacia el extremo austral, Brasil y Argentina, los ricos quebrados del hemisferio, concibieron, o les concibieron en marzo otro subgrupo, el del Mercado Común del Cono Sur, dentro del cual dieron cabida, entre batir de palmas, a dos pobres beneficiarios: Uruguay y Paraguay. Se ha ido delineando así el mapa económico y geopolítico de las Américas, el de la Iniciativa de Bush, tan alabada por César Gaviria, salvo una objeción, la de que, pese al precipitado desfile de los catastróficos acontecimientos, anda demasiado lenta.

Y el Canciller Luis Fernando Jaramillo Correa acaba de anunciar en Medellín, el terruño de sus mayores, que los colombianos, a espaldas nuestras, obviamente, estamos acordando también un mercado sin fronteras con los chilenos, a quienes el neoliberalismo económico, desde las trágicas andanzas del régimen castrense, les ha irrogado ruinosos quebrantos en la inversión industrial, el empleo y las condiciones sociales de los desposeídos.

Unas veces hacia atrás y otras hacia adelante

Ante los negros presagios y sin saber a ciencia cierta qué camino seguir, la burguesía de Colombia terminó pareciéndose al asno de Buridán. En los preliminares, cuando los neófitos asesores de Barco presentaron en sociedad a la bella *apertura* y urdieron las medidas correspondientes, los voceros empresariales tomaron los sospechosos escauceos más como una desprevenida invitación a meditar sobre otro diseño cualquiera de desarrollo que como un ultimátum. En variados foros debatieron el monumental engendro; ventilaron ponencias que concluían en la infalible solicitud de puntuales anticipos a la banca internacional, impacientados por traer maquinaria moderna, efectuar la reconversión y

alistarse para el reto. Todavía soñaban en redimir la industria colombiana con las benevolencias de los mismos que iban tras su perdición. Ya en los días inmediatamente anteriores y posteriores al advenimiento del gavirismo hicieron gala de tacto, dándole vueltas en la cabeza a las eventuales posturas, o a las adaptaciones que más convendría asumir bajo las directrices prontas a estrenarse. Pero desde agosto todas las cosas estaban consumadas. La privatización de empresas importantes del Estado era una línea definida e inmodificable. La libertad cambiaría empezaría a regir y por ende la dolarización de las transacciones económicas. Los tratos obrero-patronales se regularían por la reforma laboral más retardataria de nuestra historia, que cortó, sin miramientos de ninguna especie, reivindicaciones de medio siglo de luchas de la clase trabajadora. Los productores nacionales perderían el derecho al sostén gubernamental, a los subsidios, a los préstamos de fomento, mientras los monopolios de las metrópolis, cuando no quedasen a la par con los inversionistas colombianos, saldrían netamente favorecidos, sin mayores normas u obligaciones ante el fisco para entrar sus dinerales o remitir sus dividendos, y con factibles zonas francas donde instalar sus *maquiladoras* y disponer a su antojo de los efímeros salarios, mercedes que, a la postre, llegarían a cubrir ambos litorales, el Atlántico y el Pacífico, además de los otros territorios que el Conpes considere relegados.

Rápido transcurrió el período de vacaciones, pasó enero y, según la costumbre, el país fue retornando muy paulatinamente a sus cauces normales. En febrero y marzo, los temores, que venían casi limitándose a meras expectativas, se materializaron y acrecieron, sin que dieran lugar a la más remota esperanza los desafortunados dictámenes, mantenidos contra viento y marea por los héroes de moda, los protagonistas del relevo administrativo y de la suplantación generacional. No se habían concretado los empréstitos prometidos para robustecer la capacidad competitiva de la industria y la agricultura colombianas; no se habían resuelto, de modo conciso, satisfactorio, los cuestionarios de los gremios, y la libertad de importaciones ya estaba andando, junto al resto de las generosas garantías otorgadas a los consorcios extranjeros.

En síntesis, los postulados de la *apertura económica* entraron a regir, a tiempo que a la producción nacional se la desalentaba con inconvenientes sutiles pero demoleedores, tales como el encaje marginal de 100% determinado por la Junta Monetaria, que taponaba el crédito corriente de los bancos. Se aminoran los Certificados de Reembolso Tributario, Cert; se ordena acelerar los pagos al exterior, y se multiplican los gravámenes indirectos, entrabándose la circulación de las mercancías, incluidas las exportaciones, y haciéndose nugatorio cualquier estímulo que aún permanezca por ahí, sin vida, dentro de los desahuciados reglamentos. Tras la sistemática campaña de desinformación, las autoridades económicas, con

el señor Hommes al frente, culpan a los empresarios de los trastornos de la espiral alcista registrada en los albores de 1991 y, cabalgando sobre el desconcierto generado por la propia acción gubernamental, profieren amenazas de más y mejores resoluciones restrictivas. Entonces sí explota el escozor de los empresarios de la ciudad y el campo, quienes empiezan, ante la faz de Colombia, a engarzar, todos a una, los reclamos, las advertencias, el recelo, tendiendo una saludable sombra de duda sobre la estratagema entronizada.

Hasta Augusto López Valencia, del Grupo Santodomingo, vicepresidente de Avianca, aerolínea que perdió 20.000 millones de pesos en 1990 y que actualmente soporta una deuda de 102 millones de dólares, estimó injusto que se ponga a competir a su compañía “*con sus 27 avioncitos*”, frente a un monstruo volante de las dimensiones de *American Airlines*. Los agricultores, por boca de Carlos Gustavo Cano, denunciaron no sólo la ambigüedad de los programas oficiales y las contradicciones entre los funcionarios al interpretarlos, sino los más notorios retrocesos de los sectores rurales, en siembras, tecnología, mecanización, mercadeo, tratando de alertar sobre las contingencias de un desabastecimiento agrícola a mediano plazo, de no introducirse correctivos pertinentes, a fondo y sin demoras. Los cerealeros, en particular, presididos por Adriano Quintana Silva, reconviniéron a las altasesferas por su “*visión oportunista, demagógica y peligrosa*”, puesto que ahondan la crisis repartiendo el contentillo de los alimentos importados, en lugar de propiciar la producción interna. La Federación Colombiana de Industrias Metalúrgicas, Fedemetal, dirigida por Jorge Méndez Munévar, volvió a ocuparse de las tremendas incógnitas que flotan en el ambiente tras los tumbos del ensayo aperturista, debido al cual, y en virtud de no se sabe qué misterio, las fábricas nacionales se fortalecen entregando sus pequeños mercados a la poderosa competencia externa; el país avanza compartiendo con los particulares el control de las divisas; los negocios se reaniman mediante elevadas tasas de interés, o los productos claves, como los metalmecánicos, deben desgravarse en pro de la integración universal. También los textileros y confeccionistas expresaron sus fundadas inquietudes de que la aceleración del Pacto Andino facilite, no la presencia de las telas y las confecciones de los pueblos vecinos, entre los cuales Colombia exhibe ciertas ventajas en estos ramos, sino de las enviadas desde los Estados Unidos, con cuyos excedentes bastaría para poner en aprietos a los latinoamericanos de punta a punta.

De la larga enumeración de las protestas de 1991 hacen parte el pronunciamiento de la ANDI de febrero, comentado arriba, y las elocuentes observaciones de Fedegán del mismo mes. El representante del gremio tal vez más acosado por la tenaza de la violencia cuatrерil y el beneplácito oficial, el doctor José Raimundo Sojo Zambrano, llamó a rescatar la tradición ganadera de Colombia ante

el filisteísmo de quienes desean su fin alegando la premura de una “*eficiencia*” que, según los esquemas prevalecientes, sólo podría venirnos del imperialismo norteamericano. “*¿Será que los ganaderos tenemos que acabar deliquitando los hatos y volvernos importadores de carne, dijo, para así gozar del subsidio que se nos niega como productores?*”

Por un frente único de salvación nacional

No obstante la contundencia de estas acusaciones, ante las que somos integralmente solidarios, a menudo los diversos segmentos de productores se portan como tales, con espíritu corporativo, asiéndose a su tabla de salvación, cualquiera, importándoles poco el naufragio de la república o de su propia clase; creen inclusive que les favorecería el hundimiento de los otros sectores, o piensan en guarnecer la fortuna aun cuando la industria se pierda. Es típico el caso de la reforma laboral, un mendrugo arrojado a los pies de los patronos y que éstos reciben pletóricos de dicha olvidando que las bajas remuneraciones de nada sirven sin fábricas, o que necesitan de los obreros hasta políticamente, pues son los más fieles guardianes de la producción, sin cuyo concurso no habrá salida posible.

Aun los asalariados de Norteamérica se pusieron sobre aviso ante la *apertura*, convirtiendo allí, quizás, por primera vez, las inquietudes proletarias en el máximo tema del debate público. Al promover la oposición contra el acuerdo comercial con el gobierno mexicano e identificarse con la brega de los pueblos sometidos de América Latina, plantean, de hecho, la más vasta unión de las corrientes contemporáneas del progreso humano. Fenómeno que se origina en una transitoria y trascendente disparidad: al otro lado de la frontera la fuerza de trabajo vale un séptimo de lo que cuesta en Estados Unidos. Por eso Thomas Donahue, dirigente de la AFL-CIO, describió a las *maquiladoras* como “*un desastre para los trabajadores estadounidenses y nuestros hermanos y hermanas de México*”. Superdesempleo en el Norte; superpillaje en el Sur.

Seguramente la burguesía colombiana se ensimismó demasiado con la caída de la superpotencia rusa. Estimó que con el fin de la guerra fría se apagarían las guerras, o que con el resurgimiento del imperio de los cincuenta los otros bloques agacharían la mansa cerviz y se esfumarían las aduanas protectoras. Cantó victoria a destiempo y no pudo intuir que atravesamos una coyuntura inesperada, en que el puñado de naciones todopoderosas del globo, para campear, y hasta para sobrevivir, acentúa de lleno el colonialismo, una arrebatía cruel bajo la cual los centros productivos de los pueblos dependientes y atrasados resultan meras especies en extinción. A los ciento y pico de países menesterosos no les queda otra que defender lo suyo, así no sea, por ahora, muy floreciente.

Mas los infantes de los pioneros de la industria, los portadores del legado

de principios de siglo, parecen no comprender o no querer comprenderlo, al menos cabalmente. En el plano internacional aceptan dialogar y pactar de manera aislada con Washington, renunciando al gran poder colectivo, como si una sola bandera pudiese obtener en la mesa de negociaciones más que las 26 de América Latina y el Caribe. No se entiende que los miembros del Sela, el Sistema Económico Latinoamericano, que tanta cátedra han sentado sobre el desarrollo de la dilatada región, esperen hasta finales de abril para reunirse en Caracas a discutir los pro y los contras de la *apertura*; o que su secretario permanente, el señor Carlos Pérez del Castillo, en dicha ocasión sostenga, como si tal, que *“la Iniciativa para las Américas excluye las negociaciones en bloque”* frente a Estados Unidos.

Tampoco se complace con las cruciales circunstancias el comportamiento expectante y hasta permisivo que asumen en el ámbito interno algunos contingentes de las “fuerzas vivas”. La jocosa vacilación de los parlamentarios es una triste muestra. Tras de aprobar cuanto golpe matrero el Ejecutivo se propuso propinarles a las mayorías acalladas y sintiéndose burlados en los cálculos de prolongar sus dietas aun a trueque de sus lealtades, se declararon en abierta rebelión contra la Asamblea Constituyente, el gobierno y las jefaturas partidarias, a semejanza de los alquimistas medievales que practicaban el arte de la inmortalidad retornando sus cuerpos mundanos al glorioso estado anterior al pecado original. Apenas cuando quedan en entredicho los intereses más cercanos se realza la gravedad de la conjura. Pero el país entero, su estabilidad, su población, peligran.

La reforma constitucional, encaminada hacia la modificación o arrasamiento de los antiguos valores económicos y democráticos, no habría dado un paso sin la preponderancia del neoliberalismo. Así como no hubiera ocurrido el relevo de tesis, de personajes, de clases, de generaciones; ni el endiosamiento repentino del M-19, esa patulea de amnistiados que ayudará a consolidar la peor reacción a nombre de la revolución y cuyas raquícas unidades funcionan de mentores en el Hotel Tequendama y de policías en Patio Bonito. La *“federalización”*, otro solecismo parecido al del *“revolcón”*, y que dividirá a Colombia en territorios autónomos después de 170 años de existencia de la república unitaria, significa entregar desmembrado el país al águila imperial. O sea, el complemento de la táctica de la Casa Blanca, que consiste, internacionalmente, en convenir por separado con cada nación latinoamericana, e internamente, fraccionarlas en Emiratos Árabes sin ninguna capacidad de réplica. Igual acontece con la debilitación económica del Estado y el fortalecimiento de los poderes ejecutivos, para que aquél no ofrezca resistencias y éstos esparzan todos los dones institucionales. O con el auge de la microempresa, el medio previsto de atender la desocupación que sobrevendrá con los cierres fabriles, admitido aun por el titular de la cartera del

Trabajo, Francisco Posada de la Peña, quien, en un seminario dedicado a la *“Modernización”* no tuvo reato en recomendar ese ruinoso sistema de talleres como *“la forma más visible de inserción económica de las clases de menores ingresos”*.

El país va, pues, a la carrera, hacia una emboscada mortal. Y en consecuencia, el MOIR acude de nuevo a los estratos y agrupaciones sociales que estén dispuestos a evitar la consumación del atentado. Empuñemos con firmeza el cometido de proteger las actividades productivas e impidamos que se haga de la conciencia patria un costal de carbonero.

Retomemos lo rescatable del pasado y construyamos un brillante porvenir. Forjemos el más amplio frente único por la salvación nacional, en procura del cual venimos combatiendo desde 1986, no al estilo de un Alvaro Gómez Hurtado, a quien no le entablaremos demanda por los derechos de autoría intelectual, pero sí le recordamos que la consigna no se concibió para seguir a Gaviria o redimir a Navarro, sino para velar las armas de la grandeza de Colombia. Que Estados Unidos no cure sus falencias, ni libre sus disputas comerciales, ni salga de su actual ciclo recesivo a costa de las bancarrotas, las miserias y los sufrimientos de los pueblos de América.

Bogotá, mayo 8 de 1991

Saludo del MOIR a la confederación unitaria, CGTD

Abril 30 de 1992

Mensaje leído por Francisco Mosquera en el Congreso de fundación de la CGTD

Queridos compañeros:

La fundación de la nueva central representa el último capítulo del prolongado proceso de lucha contra la decadencia de la corriente patronalista de la clase obrera.

Las centrales controladas por la gran burguesía y por la disidencia revisionista plantearon siempre paros generales, a medida que se iban recortando los derechos de los trabajadores, pero, invariablemente también, o los suspendían, o los traicionaban.

Siendo presidente del Bloque Sindical Independiente de Antioquia expuse, en 1967, que tales posiciones amarillas jamás tendrían respaldo dentro del proletariado colombiano. En 1969 se declaró un paro para el 22 de enero, y tras permanecer detenidos prácticamente 24 horas en la casa presidencial, los dirigentes sindicales de las aludidas agrupaciones se entregaron y aceptaron hasta la pena de muerte. A raíz de tales acontecimientos, la USO, la niña de mis ojos, se desafiló, si la memoria no me falla, tres veces de la CSTC, la confederación mamerta. Sin embargo, el gobierno, mediante las resoluciones de sus oficinas de trabajo la volvió a reclutar en las filas del revisionismo.

Espero que con el cambio de la correlación de fuerzas que estamos celebrando logremos impedir, de hoy hacia el futuro, semejantes procedimientos ominosos.

Debemos superar las fronteras de los ajetreos sindicales y poner los ingentes afanes de nuestra lucha a favor de la emancipación de los desposeídos de la ciudad y el campo. Hay un ejemplo hermoso, el de los trabajadores de Telecom, a quienes poco empeño les merecen las migajas ofrecidas ante los máximos

Francisco Mosquera Sánchez

intereses de la nación.

La nueva central se funda en medio de la crisis más profunda en los anales del país, la *apertura*, que significa la neocolonización económica de América Latina por parte del imperialismo yanqui.

Tenemos seis elementos en pro de esta batalla: la corrupción del gobierno, la crisis energética, los fracasos de los diálogos de paz, la escalada impositiva, la lucha obrera y los desbarajustes internacionales.

Utilicémoslos al máximo y unámonos con todos los que tengan algo que ver con la nación y con su historia.

Francisco Mosquera
Secretario general del MOIR

¡Por la soberanía económica, resistencia civil!

Primero de Mayo de 1992

Mensaje para conmemorar el Día Internacional de la clase obrera

I

Ante la severa retracción de su economía y la aguda competencia que le plantean Europa y Japón, dos de los poderosos bloques del momento, Estados Unidos desea salir de la encerrona centuplicando primordialmente la explotación de los países pobres que están bajo su yugo, incluida la totalidad de América Latina y, por supuesto, Colombia.

Se registran muchos síntomas perturbadores en la vida de la superpotencia. Son cerca de veinticuatro meses consecutivos de recesión, más profunda que la de comienzos de los ochentas, y la cual arroja índices pronunciados sobre la merma de las ganancias o el incremento de las pérdidas de las principales empresas, la estrechez de los mercados, los déficit en las cuentas nacionales, el paro forzoso de un notorio número de asalariados y el rezago en la capacidad productiva de la compleja industria, acrecido en estos tiempos duros de pelar. Aunque se reaviven pronto los negocios, sus desajustes estructurales de vieja data sólo continuarán reportándole desventajas de sumo cuidado.

El imperio del Norte desempolva los artículos de fe del neoliberalismo, a los cuales encomienda los saqueos de su recuperación, una estrategia que no abandonará por las buenas, aun a costa de arrasar el Continente. Por eso la contradicción se torna antagónica e inevitable. Y se equivocan los ilusos o los timoratos cuando atribuyen los gravísimos quebrantos de nuestra nación a otras causas aleatorias, mientras se agazapan tras paliativos engañosos con la inconfesable intención de capitular ante los enemigos de la patria. ¿No tiende acaso la tan zarandeada *apertura* hacia la plena colonización económica de Latinoamérica? ¿No nos vaticina daños sin cuento, como las quiebras en la incipiente produc-

ción; la subasta de los bienes públicos; el apoderamiento de recursos, servicios y plantas fabriles por parte de los monopolios extranjeros; la supresión de las reivindicaciones laborales; los despidos sin tasa ni medida en los sectores público y privado; el endémico y doloroso espectáculo de las bautizadas ocupaciones informales; el establecimiento de las tenebrosas maquilas; la dolarización de la economía; la eliminación de aranceles junto a la consiguiente alza de los impuestos indirectos, antitécnicos y regresivos, y, en fin, la ruina, con su rostro macabro?

Si los colombianos anhelan preservar lo suyo, sus carreteras, puertos, plantaciones, hatos, pozos petroleros, minas, factorías, medios de comunicación y de transporte, firmas constructoras y de ingeniería, todo cuanto han cimentado generación tras generación; y si, en procura de un brillante porvenir, simultáneamente aspiran a ejercer el control soberano sobre su economía, han de darle mayores proyecciones a la resistencia iniciada contra las nuevas modalidades del vandalismo de la metrópoli americana, empezando por cohesionar a la ciudadanía entera, o al menos sus contingentes mayoritarios y decisorios que protestan con denuedo pero en forma todavía dispersa. Entrelazar las querellas de los gremios productivos, de los sindicatos obreros, de las masas campesinas, de las comunidades indígenas, de las agrupaciones de intelectuales, estudiantes y artistas, sin excluir al clero consecuente ni a los estamentos patrióticos de las Fuerzas Armadas, de manera que, gracias a la unión, los pleitos desarticulados converjan en un gran pleito nacional.

II

No transijamos con ninguna de las disposiciones lesivas al bienestar supremo de Colombia. Rechacemos en los diversos foros la grosera interferencia de Washington, cuyo Departamento de Comercio nos tilda de “proteccionistas”, cuando a nuestra marioneta la obsesionan los caprichos del librecambio requerido por el Fondo Monetario Internacional. Salgámosle al paso a cada intimidación, como la proferida por el Procurador de la justicia estadinense, quien notificó que su gobierno secuestrará en el exterior a cualquier sospechoso, un típico desmán imperialista, recién ensayado en tierras panameñas, y con el cual se apuntala el dominio no únicamente militar sino económico. Tomemos nota también del plan del Departamento de Defensa yanqui, cuyo resumen fuera publicado por *The New York Times*, y dentro del cual se subraya cómo Estados Unidos debe “prevenir cualquier desafío que emerja de Europa Occidental, Asia (en particular Japón) o de las repúblicas de la extinta Unión Soviética”, es decir, volver a la hegemonía total, erigirse de nuevo en el único árbitro nuclear del mundo, valiéndose para ello del intempestivo desenlace de la llamada Guerra Fría e importándole un bledo los desamores de los aliados de ayer.

Escuchemos la voz de El Espinal, desde donde los empresarios del campo denunciaron la crisis sin precedentes de la agroindustria, “*un cuadro que puede derivaren movimientos unificados de imprevisibles consecuencias*”, según advirtieron. Allí, en concreto, se propuso por algunos sacar a las vías, en vez de las cacerolas venezolanas, los equipos, maquinarias y automotores para exigir un cambio en la pérfida actitud del régimen. Lo mismo que hicieron a principio del año los algodoneros del Cesar, quienes bloquearon con sus tractores y vehículos la transitada arteria entre Bosconia y Codazzi, tras el incumplimiento de las promesas gubernamentales.

Hagámonos eco de la inconformidad de los cafeteros que, desde los ricos hasta los pobres, ven con sorpresa e ira los propósitos de la panda gavirista de los Andes, pues se hallan en peligro los haberes de la Federación, comenzando por el banco de sus transacciones, transfigurado en sociedad mixta conforme al decreto 1748 de mediados de 1991. Se trata de un “*irrespeto y una burla*”, según la enardecida polémica de los caldenses. Resulta obvio que sin aquellos instrumentos o instalaciones, levantados piedra a piedra, durante lustros, dentro y fuera de nuestros linderos, no podría Colombia influir en la comercialización del grano ni negociar con medios eficaces un nuevo pacto mundial del café en Londres.

Seamos solidarios con la mediana y pequeña industria, en especial con las declaraciones de los dirigentes de Acopi, mediante las cuales aquellos vastos sectores, uno de los más golpeados y dispuestos a no asumir una posición “*acrítica y pasiva*”, coadyuvan, deliberada o indeliberadamente, a exacerbar los ánimos de la sufrida población.

Recojamos, en cuanto rezuman validez, los múltiples pronunciamientos del prepotente gremio de la ANDI acerca del irregular manejo monetario y tributario, la escasez de crédito y estímulos, la competencia desleal foránea, los malos convenios internacionales y el resto de desatinos de la administración. Así esos estratos altos crean en las supuestas bondades de determinadas medidas del modelo neoliberal, como el flujo franco de las inversiones imperialistas, la privatización de las empresas del Estado o el retroceso en las relaciones obrero-patronales, sus reclamos también caen y caben en la retorta de la resistencia colectiva.

Hasta las asociaciones financieras, los pulpos de la construcción y el gran comercio se quejan y temen. Este último, no obstante haber aplaudido a rabiar la baja o la eliminación de aranceles, la libertad de importaciones y las demás gabelas que le favorecen de la *Iniciativa para las Américas*, esbozada por George Bush, acabó haciendo una oposición acérrima contra las secuelas o puntos a su juicio adversos de dicho proyecto aperturista, particularmente la proliferación y el acrecentamiento del IVA, por los que clama el ministro de Hacienda, y el consabido descenso de las ventas. Fenalco les sugirió a los afiliados poner en sus

almacenes y en sus casas “cintas verdes”, a manera de “símbolo de descontento”. ¡Quién lo creyera!

En esta dramática contienda la burguesía personificará siempre al elemento vacilante; pero el proletariado, por esencia, no. A él le corresponde entonces la orientación y animación del movimiento.

III

El círculo gobernante es débil, no solamente por sus felonías, engaños, chamboneos, chanchullos, ineptitudes, deshonestidades, sino porque desde antes de su posesión ha estado fletado por Washington para festinar a Colombia y servir lacayunamente a los sórdidos fines del imperio.

Sus imberbes integrantes alardean de immaculados, mas las gentes supieron ya que se roban un hueco, uno de los frutos positivos del encarcelamiento del alcalde de Bogotá, incurso en el delito de “peculado por apropiación indebida”, y de cuya sospecha no se eximen concejales, funcionarios y asesores.

En aras de la austeridad recortan la nómina de los servidores públicos, y el presidente emprende continuos y hasta inútiles viajes a otras latitudes con numerosas comitivas; ejercita el buceo bajo las cálidas aguas de la Costa Atlántica en compañía de los Ganimedes de Palacio; arma rumbas estrepitosas en la Ciudad Heroica en donde deleita a los áulicos bailando o cantando bellas canciones como Caribe Soy; monta con ayuda de las transgresoras autoridades bogotanas monumentales espectáculos rockanroleros en el estadio de El Campín...

Exaltan los derechos de los niños mientras a sus padres los arrojan de los puestos de trabajo; o el director de Bienestar Familiar socava los principios morales de los colombianos, al argüir que “el homosexualismo no debe ser impedimento para poder adoptar”, o el Ministerio de Salud permite impudicias semejantes con la disculpa de prevenir el Sida.

Siguen ufanándose de demócratas aunque, desconociendo hasta la propia palabra empeñada, hubieran revocado el anterior Congreso; aplicado la “emergencia social” durante un día para suspenderles atribuciones a los actuales parlamentarios, y sustituido las reglas establecidas por la conveniencia de los “acuerdos políticos”, sin pararse en pelillos normativos ni en la cacareada igualdad de las personas ante la Ley. Cabe traer a la memoria cómo López Michelsen, uno de los jefes del liberalismo que ha secundado toda la patraña, llamaba la atención hacia finales de su “mandato claro” sobre el riesgo de hundir el andamiaje institucional si se alteran “las reglas del juego”.

Pese a mostrarse interesados en la efeméride del Quinto Centenario del Descubrimiento, remueven de la dirección del comité preparatorio al maestro

Germán Arciniegas y, en su lugar, merced a la misma decisión, se apoltrona allí la mujer de Gaviria, recibiendo de ese modo un ultraje inaudito la inteligencia y la cultura del país.

A todo mundo le piden eficiencia, pero marchamos sin correctivos válidos hacia las tinieblas bíblicas de antes de la creación, debido al colapso energético, no por culpa de las diabluras de Dios, sino de los cohechos, imprevisiones y torpezas propios de la arrogante burocracia encargada de los respectivos suministros, siendo que gozamos de las cuencas de tres cordilleras enormes, y el aprovisionamiento eléctrico absorbe más de 35% de la onerosa deuda externa. Además, el apremio le proporciona a la cleptocracia la excusa perfecta para privatizar las operaciones del ramo, apropiarse de los activos de éste y luego transarlos a título de pago de los empréstitos en mora de cubrirse.

Quiebran la producción o la enajenan escondiéndose tras el sofisma de atender las urgentes necesidades sociales. E insisten, por más que la experiencia de siglos enseñe que sin desarrollo industrial, y autónomo, no habrá nunca una mayor riqueza, y mucho menos para repartir.

A las muchedumbres desocupadas las consuelan pintándoles el paraíso de las actividades informales, como si recogiendo basuras, lavando botellas, fritando empanadas, ofreciendo baratijas en casetas callejeras o vendiendo limones por las esquinas, logre alguien contribuir al crecimiento material de la patria u observar los compromisos familiares.

Enumerar la lista completa de los embustes y embelecocos sería una labor interminable.

IV

Por otro lado, señalaremos lo que no pocos ignoran: el desprestigio del gobierno cunde parejo con la vertiginosa propagación de la crisis más profunda de la historia de Colombia. En escasos meses, desde las postrimerías de 1991 a esta parte, se han presentado alteraciones de innegable trascendencia en el pugilato político, tanto nacional como internacionalmente. Periódicos que alababan el neoliberalismo económico ahora ponen en salmuera aspectos esenciales de éste. Parlamentarios elegidos bajo las banderas de la nueva ola saltan afanosos en defensa de sus fueros conculcados, o se rehusan de frente a aprobar algunas iniciativas de los conculcadores. Comentaristas de oficio de la panda mudan de opinión y uno que otro ha llegado al colmo de hacer circular peticiones de renuncia al presidente.

En el concierto latinoamericano los gobiernos que, en búsqueda de una rápida imposición de la *apertura*, han patrocinado enmiendas a la Carta, como el

nuestro, e inclusive los que aún no lo han hecho, pisotean sus constituciones y no alcanzan a evitar que los minen los progresivos encontronazos entre sus pretensiones y las de sus cámaras legislativas. Menem le usurpa potestades al Congreso, Pérez lo sitia, Fujimori lo clausura, Borja lo reprende, Gaviria le decreta la emergencia... A Color de Mello, que mira impotente cuánto decaen sus acciones, el reformismo tampoco le ha ayudado a conjurar la postración de Brasil. Algo parecido acontece con las restantes repúblicas del hemisferio.

La integración latinoamericana principia a resquebrajarse, en un lapso menor de lo esperado. Ante la agresividad imperialista los regímenes dependientes se hacen cada día más insolidarios. ¡Sálvese quien pueda!

Antes de concluir enero de 1992 los mandatarios de Venezuela y Colombia firmaron la unión aduanera; y, menos de una semana después, con el intento de golpe de Estado en el hermano país, Carlos Andrés Pérez quedó atado de pies y manos, sin posibilidades de maniobra para cumplir lo convenido, perjudicando naturalmente a la contraparte, su socio colombiano. Este ejemplo habla por sí solo de cuán deleznable lucen los mezquinos entendimientos de las oligarquías vendepatrias. Lo único duradero y necesario será la identidad de miras e intereses de las naciones expoliadas.

V

Las desavenencias entre los órganos legislativos y ejecutivos de la zona, o de los Estados entre sí, significan apenas una causa, pero una causa internacional del caos hacia donde rueda fatalmente la administración Gaviria. Hay otras no menos dignas de tomarse en serio.

La corrupción se exhibe en las cumbres del Poder, dando al traste con las hipócritas campañas de moralización, las ingenuas esperanzas sobre la “nueva Colombia” o el “bienvenido al futuro” y, de pasada, con la credibilidad en los designios de los neófitos gobernantes.

Los cortes de luz han llegado a límites intolerables, desesperando a los habitantes de urbes y poblados. Luego de los incontables percances ocasionados por los reordenamientos más restrictivos, retardatarios y antinacionales de que tengamos noticia, los racionamientos energéticos le propinan el golpe de gracia a la producción agrícola e industrial.

Ningún fenómeno retrata mejor la vacuidad de Gaviria que el manejo complaciente y equívoco otorgado a la pacificación, cuyos diálogos ni adelantan ni concluyen. En la ronda inicial, llevada a efecto en territorio venezolano, se adoptó cualquier suerte de temas, económicos, políticos, filosóficos y bélicos, dejándose en el aire justamente uno, el que preocupa a las distintas clases y capas: la

cesación del terrorismo, el desarme, el reintegro de los alzados a la vida civil. Pero no. Esas partidas de insurrectos errantes persisten en el truco de concertarlo todo para no atenerse a nada si se altera algo. Lo cual viene ocurriendo desde los primeros contactos en el período de Turbay. Entre tanto el país contempla atónito cómo se secuestra a granel, se mata a seres inocentes y se destruye con saña la infraestructura de las áreas productivas.

Los repetidos atentados contra la clase obrera, con su sartal de nefastas repercusiones en el sindicalismo, el empleo, el consumo, el desarrollo, fuera de nublar los oscurecidos asuntos de incumbencia común y estremecer la solera de la sociedad, a la larga terminarán sacando de sus goznes la vetusta república.

La reforma tributaria se ha ganado el repudio general. Muchos de sus acerbos críticos la encuentran, además de injustificada, demostrativa del despilfarro del Ejecutivo, que no amolda sus gastos a su labia, sobre todo tras los gravosos ajustes de la Ley 44 de diciembre de 1990. “¡No huele!”, rezongaba el emperador Vespasiano al percatarse de que no aparecía el dinero del gravamen a los urinarios públicos. Salvando las distancias, hoy entre nosotros acontece lo mismo, que los recaudos de los múltiples impuestos indirectos desaparecen antes de cumplir los objetivos para los cuales fueron arbitrados. Pero así como la gran burguesía sueña financiar los placeres de la *apertura* con el hambre de las masas, éstas le quitarán a la vez el apetito, cobrándole igualmente caro cada una de las arbitrariedades perpetradas.

Las cuestiones referidas atrás compendian seis de los factores que más inciden en la anárquica situación de la hora. Los focos de tensión abundan, los bandos en conflicto se exasperan, sobran los indicios de que a la plena neocolonización económica de América Latina se le dará curso forzoso, por encima del querer y el sentir de las abrumadoras mayorías, con o sin Constitución, cuando no hace ni un mes el director del Fondo Monetario Internacional destacaba “*que no es un accidente que el progreso económico logrado por la región hay coincido con su avance democrático*”.

Veremos quién prevalecerá, si Gaviria con su cantinela o el pueblo con sus proclamas. A la granzada gringa responderemos con una tormenta tropical.

Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario, MOIR
Comité Ejecutivo Central
Francisco Mosquera,
Secretario general

En respaldo a Germán Arciniegas

El Tiempo, octubre 11 de de 1992

Para la conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América

Señor doctor
Germán Arciniegas
E. S.M.

Apreciado maestro:

Pocas mentes como la suya han hecho tan portentosos esfuerzos para esclarecer y cimentar los valores nacionales, y ningún otro colombiano ha vinculado de tal modo su nombre y su obra a la fecha mágica del 12 de Octubre. Por ello, nadie admitió que el gobierno, sin motivo confesable, por decreto del 21 de noviembre de 1990, le quitara a usted la responsabilidad de conducir la Comisión Colombiana para la Conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América, poniendo en cambio a la señora Ana Milena de Gaviria. De inmediato se conocieron las manifestaciones de inconformidad de Carlos Lleras Restrepo, Otto Morales Benítez, Hernando Santos, Germán Espinosa y otros. Tampoco se hicieron esperar las renunciaciones irrevocables, al comité preparatorio, de Pilar Moreno de Angel y de Ramón de Zubiría.

La ofensa inferida al país en su persona no careció de causa bastante.

Desde antes de la publicación de *El estudiante de la mesa redonda*, en 1932, y después de *El Embajador*, editado en 1990, usted ha escrito, fuera de miles de artículos, discursos y conferencias, casi un libro por año, para el gozo de sus incontables seguidores. Todo tras una sola respuesta, “¿Qué es América?”. “El único continente confechado nacimiento”, pues “no la tienen Europa, ni Asia, ni África”.

Un par de grandes ideas bullen en sus exposiciones. Que las tierras nuestras eran el único escape de los seres zaheridos de entonces, al otro lado del océano;

y que aquí hicieron su magistral actuación las muchedumbres y los sentimientos más diversos. En 1946, por ejemplo, al inaugurar la placa conmemorativa de Antonio Morales ante la casa del florero, usted señaló cómo *“el grito de independencia lo daban en realidad los españoles cada vez que se embarcaban para América en las naves de la conquista. Y ese grito fue ahondándose por los aires de estas montañas, y se confundieron en él las tres voces de las gentes de tres colores que se unió en este hemisferio para dar cumplimiento al destino de la libertad”*. Luego habló del *“Continente de siete colores”*. Y, en Nueva York, a comienzos del invierno de 1989, con ocasión de recibir el premio que le otorgara *The Americas Foundation*, ratificó, por enésima vez, que la efeméride a la cual arribaríamos a la sazón dentro de tres años, era el más glorioso de los festejos:

El de “La liberación de los peregrinos. De los que siguieron emigrando en cinco siglos. La fiesta de nuestros Padres fugitivos. La de Europa emancipada, que es la de usted desyesla mía. La de la libertad ante vista por Platón.

“Fiesta de todas las naciones. De españoles, italianos, portugueses, ingleses, escandinavos, polacos, irlandeses... Aquí, en las Américas. Y no puede decirse sino así, en plural, donde hay que ser anchos y generosos para gentes de toda nación, color o secta”.

Pero muy en contra pensaban los girasoles recién llegados al Poder. En lugar de imprimirle un sentido histórico, global, a la celebración, la encasillaron en el reducido ámbito de las relaciones ibérico-latino-americanas. Un enfoque por demás paradójico. Mientras que a materias teóricas de semejantes incidencias universales se las aborda con miopía infinita, excluyéndose a los pueblos de lenguas no hispanas o portuguesas, también artífices de primera fila en las aventuras de la Conquista y de los progresos posteriores, al contrario, frente a los peligros de la Iniciativa para las Américas, liderada por Washington, y que implica la plena colonización económica de las gentes pobres, se asume una posición amplia,, liberaloide y obsequiosa. Quizás consideren que España resulta un buen camino para llegar al Norte; o que no se agravia a los estadinenses si con otros expedientes se les satisfacen sus apetitos expoliadores.

Con el marginamiento suyo de los eventos oficiales de la conmemoración, el Primer Magistrado colombiano no solo desconocía irrespetuosamente una patriótica labor investigativa de más de sesenta años, sino que actuaba cual un súbdito más de las Serenísimas Majestades de la Península, puesto que aceptaba sin chistar las irritantes demandas de Madrid, que pretende aprovecharse de los fastos memorables para lucir los trofeos de su añorado Imperio Colonial Español. La impronta de la época. Hay que transferirles las responsabilidades a los elementos emergentes que no les tiemble el pulso al festinar los haberes públicos, y cerrarle el paso a toda tendencia que tenga algo que ver con la nación o con su historia. Lo dijimos al hacer el examen de la actual situación planetaria y americana. Y estoy persuadido de que el desaire a sus personales empeños ema-

na de la lógica de tales designios.

Los periódicos del 24 de diciembre de 1990, que reprodujeron un reportaje suyo concedido a Colprensa, en el cual usted se reafirma en sus tesis, “*así me tuviera que quedar absolutamente solo*”, divulgaron al mismo tiempo un despacho de dicha agencia noticiosa con la información de que Colombia venía gestionando ante España una ayuda, para la lucha contra el narcotráfico, de 3.000 a 4.000 millones de dólares. Otra curiosa coincidencia de aquellos días consistió en que la conocida revista española *Cambio 16* designó al señor Gaviria como el “*hombre del año*”.

Inclusive en la última reforma constitucional se reflejan las rancias inclinaciones, al respecto, de las autoridades de turno. Además de los errores de incoherencia, inexactitud y mala redacción, la Carta de 1991 denomina Santa Fe a la capital, restituyendo un apelativo que se suponía borrado para siempre, desde cuando los miembros del Congreso de Angostura lo suprimieron aquel 17 de diciembre de 1819. Fue la denominación que terminó dándosele a la aldea de doce bohíos de Gonzalo Jiménez de Quesada, fundada en 1538 tras las extenuantes jornadas de Santa Marta a La Tora y de La Tora a los dominios del cacique Bogotá, quien perece por sus tesoros escondidos. Así habían designado los Reyes Católicos a la ciudadela en donde resguardaron sus tropas de asalto durante el sitio de Granada, el postrer baluarte del reino nazarí, con cuya caída, en enero de 1492, acababan las casi ocho centurias de Reconquista. Allí discutió y firmó Colón con los representantes de sus monarcas las capitulaciones que abrirían la senda hacia el Descubrimiento. Ese talismán de dos palabras protegía a los convulsionarios de Roma y de Castilla. Simbolizaba la fe católica, el rescate del feudalismo, la contrarreforma, el Santo Oficio, la unidad española, la creación del imperio. Por eso nuestros abuelos fundadores lo regaron por doquier, junto con el resto del santoral. La marcha hacia atrás la determinaron el ascenso de Carlos V y la aparición intempestiva de un segmento de la cara oculta de la Tierra. Los comuneros de 1781 llevaban el somatén de pueblo en pueblo, al pregón de “¡Guerra!, ¡Guerra a Santa Fe!”. Y sus dignos descendientes abolieron muchos de estos apolillados emblemas y calificativos, para que una minoría alucinada venga ahora a sacarlos de entre las basuras de la sociedad.

Otro tanto ha acontecido con la noción económica del resguardo y con la figura jurídica de la tutela. Dos instituciones extraídas de los precipicios perdidos del pasado, y que los asambleístas del Hotel Tequendama decidieron introducir en las normas de la Ley Fundamental de la república. Sin excepción alguna, a los sectores indígenas sobrevivientes se les deben respetar sus tradiciones y cultura; pero algo muy distinto será sembrarlos como plantas en las formas de producción ya relegadas por los logros del desarrollo. A estos estamentos no hay que

negarles su condición de fuerza trabajadora, con todos sus derechos y deberes, sin omitir la propiedad privada, el comercio, la contratación laboral, el conocimiento científico, la salud. Las expresiones comunales de apropiación, típicas en los principios de la noche colonial, se basaban en la antiquísima organización gentilicia que hallaron los españoles y obedecían a las necesidades monárquicas de recoger tributos y utilizar la mano de obra de los naturales. El papel de protector del indio, desempeñado por el clero, alrededor del cual todavía se especula, procuraba mantener intactos los ingresos de la Corona y la Iglesia, sofrenando, de paso, la codicia de los encomenderos. Los “benefactores” Bartolomé de Las Casas y Francisco de Vitoria no se eximieron de la misión de sostener con sus prédicas el andamiaje colonial. Si acaso lo matizaron. El uno sostuvo que los primitivos se convirtieron por derecho natural y divino solo en vasallos directos y libres” del trono hispánico; el otro elaboró toda una enmarañada doctrina para sustentar cuándo tal sometimiento se podría efectuar a “justo título”, dentro del derecho de gentes. El patronato eclesiástico sobre las Islas Canarias y la violenta sujeción de los vástagos de la raza Cro-Magnon que las habitaban, configuraron un pequeño grande ensayo hacia fines del siglo XV para las masacres posteriores de los amerindios.

Tras la imposición de dicho orden jerarquizado y artificial, los religiosos proclamaban que los aborígenes eran menores de edad, incapaces absolutos que habrían de ser sometidos a la tutela o al amparo de los preceptores establecidos. El edificio feudal se erigió sobre los cimientos precolombinos, al igual que Hernán Cortés dispuso construir la ciudad de México en los escombros de la Tenochtitlán de los aztecas; o como los prelados del Perú levantaron en Cuzco sus conventos y catedrales encima de los imponentes templos del sol, hechos por los Incas. Semejante mezcla nació herida de muerte. Lejos de conservar la situación instaurada, agilizó el paulatino proceso de descomposición de las obsoletas regulaciones europeas y de las seculares costumbres americanas. Anhelarlas o adecuarlas a las realidades de hoy representa un anacronismo incalificable. Poner la población entera bajo un tutelaje indiscriminado minimiza el precepto escrito, enreda la justicia y favorece a los monopolios, que ya han empezado a valerse de este artificio para rematar sus ambiciosos propósitos.

Asuntos de fondo y de peso están en juego. Cada vez un mayor número de opiniones del Continente expresan, en relación con la polémica, sus simpatías hacia la actitud suya, maestro. Hasta el pueblo raso ha ido comprendiendo qué relevar o no en la trascendental coyuntura.

Nada entenderíamos si los anales americanos quedaran circunscritos a las hazañas de los descubridores, conquistadores y colonizadores; si permanecieran sepultos los aportes de más de la mitad de los protagonistas; si siguieran des-

figuradas las decisivas influencias del Nuevo Mundo en el Viejo; si cayera un manto de silencio sobre las batallas por la libertad, pretéritas y presentes, en estas latitudes. Aunque el Descubrimiento se deba a los adelantos de aquel período, parta de la hipótesis de la redondez de la Tierra, corresponda a la pericia y a la tenacidad de Colón e ilumine la Era Moderna, lleva el timbre, si se me permite la licencia, de las fascinantes realizaciones del Renacimiento: que sus autores se planteaban los problemas, definían los objetivos y los coronaban, pero sin dominar a ciencia cierta el motivo y las repercusiones de sus triunfos, ni los basamentos esenciales en que se sustentan. La llegada un tanto fortuita de las primeras carabelas a nuestras costas de cualquier modo fue una salida a las urgencias de la Europa del siglo XV, en especial la de romper el cerco en que la habían situado la toma de Constantinopla por los turcos otomanos, que bloqueó sus rutas comerciales hacia el Oriente, y el hecho que los combatientes del Islam constituían de suyo una barrera infranqueable en el Norte del África. De ahí que exclusivamente restara buscar el “*Levante por el Poniente*”, según la conocida y certera intuición del genovés. Sin embargo, al intentar comprobarla, se le atravesó otro mundo, inmenso, distinto al anhelado... y no lo supo nunca. Una meta fallida que, fuera de encarnar uno de los más notables éxitos del Hombre, da pábulo a otros desenlaces no menos contradictorios y deslumbrantes.

Usted se ha preocupado por arrojar luz sobre el bautizo del gigantesco hallazgo, una controversia demostrativa de que en la empresa de hender el Atlántico, moverse por la “cuarta parte” del planeta y alcanzar el Pacífico, o sea, abrir los horizontes del cosmos de Copérnico y Galileo, colaboraron durante los siglos XV, XVI y XVII, navegantes, razas y países distintos. No se propuso el patronímico de Colombia, ni nada parecido, debido a que el Almirante insistiera hasta el final, por el apego a viejas creencias, por las equivocaciones de cálculo y por los compromisos contraídos con los reyes, que había puesto pie en Catay, o las Indias, cual llamaban los europeos a Oriente. Al menos veía obsesivamente en cada isla al Japón, o Cipango, desde el momento mismo en que desembarcó en Guanahaní. El homenaje se lo reservaron los monjes ilustrados de la abadía francesa de Saint Die a Amerigo Vespucci, por intermedio del cartógrafo y geógrafo alemán Martín Waldseemüller, quien leyó las relaciones de los viajes de aquél a las regiones de ultramar. El florentino sostenía que cuanto vio no era Asia sino “*otra cosa*”. ¡Tratábase de América! ¡La verdadera noticia! ¡Un descubrimiento del Descubrimiento! Del cual tampoco se percató Fernando de Magallanes, a pesar de atisbarlo entero desde sus navíos, cuya tripulación cumplió después, completamente diezmada, sin su capitán, la proeza de la primera vuelta al globo; y, aunque, en compensación les facilitara su apellido al turbulento estrecho austral de los pobladores de la Tierra del Fuego y a las constelaciones más cercanas a

la Vía Láctea que se distinguen desde esas lejanías. Mas se había producido el reencuentro con la Atlántida soñada de Platón, que usted menciona como una alegórica referencia a los vínculos inextinguibles entre las culturas.

Al fin se dieron cita los continentes, cointegrantes de la ignota Pangea, cuya desmembración, iniciada hace cien millones de años, generó el Mar Océano de Colón para concedernos a la larga el privilegio de los debates del Quinto Centenario. Un desfile infinito de audacias, complejidades e incongruencias que, no obstante, han mantenido en lo sustancial una ilación permanente y suscitado el más maravilloso desafío a la historia y al pensamiento, en todos los campos: la astronomía, la geología, la antropología, la teoría de la evolución de las especies y el resto de las ciencias naturales y sociales. *“Muestrario”* que usted eslabona durante una existencia de fructíferos afanes, sin pretender agotarlo, o llegar *“a la proyección de todas sus consecuencias”*.

Partiendo de las hondas implicaciones que la leyenda cumplida a sangre y fuego de El Dorado y el despojo de la masa indígena tuvieron en la acumulación originaria del capital. De los crímenes cometidos por los heraldos de Cristo y del Rey, nos cuentan, en espeluznantes narraciones, multitud de cronistas y testigos presenciales. Marx, en su obra cumbre, los destaca entre los factores que engendraron la naciente sociedad del siglo XVI: *“El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista”*. A través de las guerras, los empréstitos, las falencias productivas, el entramamiento comercial, dicha acumulación pasa de España y Portugal a Holanda, Francia e Inglaterra. Pero es en este último país donde ofrece su mejor cosecha en las postrimerías del siglo XVII, tras el refinamiento del sistema colonial, tributario, proteccionista y de deuda pública.

De nada les valieron, pues, las fabulosas riquezas a los españoles; no lograron escapar pronto del feudalismo ni responder al reto planteado por las naciones que se iban a la delantera. Medió una particularidad muy extraordinaria. En las partes de América en donde aquéllos se aposentaron, los indígenas, en una buena proporción, eran sedentarios, practicaban la agricultura, conocían diversas técnicas artesanales, descollaban en la arquitectura, la escultórica o la orfebrería, tenían una metalurgia incipiente y, en suma, estaban aproximándose a la civilización. Los encomenderos y demás súbditos de la Corona encontraron “siervos” disponibles, sobre cuyo lomo, o el de sus sucesores, cabalgaron durante tres siglos.

Una cosa muy diferente aconteció en el Norte. Allá, en ese otro *“refugio de los perseguidos”*, echaron raíces gentes de condición distinta, con un concepto

social altamente avanzado para el momento histórico; en su mayoría calvinistas, puritanos, representantes de la reforma protestante y del combate contra la escolástica y el oscurantismo, una de las grandes rebeliones de los burgueses contra los señores. Las otras dos radicaron en el Renacimiento y la Ilustración. Aquellos emigrantes casi no contaron con fuerza de trabajo explotable. Los nativos que les proporcionó la providencia por lo general no habían superado, a la inversa de lo que ocurría en el Sur, el salvajismo o los estadios bastante iniciales de la barbarie, conforme a las divisiones y subdivisiones obtenidas por Lewis H. Morgan, después de su convivencia de decenios con tribus norteamericanas, especialmente los iroqueses. Análisis que despejaron incógnitas antes no descifradas, de la historia antigua de Grecia, Roma y Alemania.

A los colonizadores ingleses les tocó entonces abatir los montes, domeñar las tierras y ganarse el pan con el sudor de la frente. A falta de asalariados, la esclavitud del negro se fue convirtiendo en una solera sin la cual Estados Unidos no hubiese abrazado el capitalismo, ni llegado a ser, con el tiempo, un país poderoso. La Declaración de Independencia, en 1776, que tanto eco tuvo en los acontecimientos revolucionarios posteriores de Europa y de las naciones latinoamericanas, configura la culminación de lo dicho, cuyos rasgos preliminares aparecían ya con nitidez en una que otra carta real de las compañías comerciales encargadas del transporte de los europeos expatriados, o en los pactos que a veces éstos firmaban en los mismos buques, y por los cuales se comprometían a ejercer modalidades autónomas de organización, comprendidas las estipulaciones de elegir sus funcionarios, escoger sus jueces y promulgar sus leyes.

Desde muy temprano se esparcieron en el hemisferio septentrional los vilanos de la democracia, en contraste con cuanto aconteció en las colonias españolas, francesas o portuguesas. También recurrieron al escalpo, desde luego, pero no mezclaron su sangre con la de los pobladores de su Atlántida, ni calcaron las instituciones de la vieja Europa.

Todo esto lo expongo con cierto temor reverencial, pero no percibo otras diferencias mejores que las explicadas para resaltar el auténtico y decisivo papel de los coterráneos de George Washington, Abraham Lincoln y James Monroe, a propósito de la celebración del Quinto Centenario, y poner énfasis en las disparidades históricas y en los desequilibrios presentes de las dos Américas, que parten de una insalvable contradicción heredada: el sector más progresista de Europa llegó al lugar menos avanzado del nuevo continente y, viceversa, el poder más reaccionario, a las culturas precolombinas menos atrasadas. Las críticas del MOIR frente a las actuales pretensiones neocolonizadoras del imperio del Norte, a las que arriba hice referencia, no nos impiden, ateniéndonos a la autenticidad del discurrir histórico, reconocer e incluso nutrirnos, de las útiles lecciones de la

experiencia estadinense.

Pese a todo, los vientos fueron propicios. Llevaron a Darwin a Galápagos; robaron el rayo para Franklin; pavimentaron por Ford las avenidas; les entregaron las alas de Pegaso a los hermanos Wright; impelieron a Lindbergh por los aires a través del Atlántico; revelaron a Watson y a Crick la doble hélice de la genética; depositaron a Neil Armstrong sobre la superficie de la luna; inspiraron a los Watson, padre e hijo, en el perfeccionamiento de las computadoras; indujeron a Edison hacia la creación de la lámpara maravillosa; les dieron asilo a Einstein y von Braun; acogieron a Chaplin y a Cantinflas; admiraron a Rivera, Siqueiros, Orozco y Arenas Betancur; leyeron a John Steinbeck, Ricardo Palma, García Márquez... ; auparon a Mutis y Caldas en sus inquietudes científicas; promovieron el “*pacto del ajiaco*”; siguieron a Bolívar, Santander, San Martín... y rodearon a Germán Arciniegas.

Probablemente infinidad de marineros sentaron sus reales aquí, antes o después de la presencia de Erico el Rojo, pero le correspondió a Cristóbal Colón, de verdad, el Descubrimiento y extender el panorama mundial.

Maestro Arciniegas:

El 12 de Octubre no debe ser una fecha límite. Los quinientos años bien valen la pena para “*hacer una historia de América vista desde abajo*”. Le propongo que hagamos un pastel gigantesco, hecho de nuestra propia masa, y lo pongamos en San Andrés con el objeto de que quinientas vírgenes apaguen sus velas.

Atentamente,
Francisco Mosquera
Secretario general del MOIR

Bogotá, octubre 1^o de 1992

Hagamos del debate un cursillo que eduque a las masas

25 de noviembre de 1993

*Discurso pronunciado en el Salón Fundadores del Hotel Bacatá,
con motivo del lanzamiento de la candidatura de Jorge Santos al Senado.*

Queridos compañeros:

Tras dos decenios de echar mano de las modalidades del sufragio, estamos al principio de la campaña electoral, la segunda que emprendemos luego de haberse sustituido la vieja Carta de 1886 por otra mucho más arrevesada. Siempre, o casi siempre, concurrimos a los comicios en compañía de diversos aliados, apisonando los cimientos del frente único y esparciendo las ideas revolucionarias. Mientras en cada departamento iremos a la contienda por la Cámara, en todo el país conformaremos una lista única para el Senado, convertido ahora en circunscripción nacional. En procura de los correspondientes objetivos concertamos, alrededor de unas pautas programáticas mínimas, la mutua colaboración con el bloque Democrático Regional que nació del compromiso entre varias fuerzas con vínculos populares en la ribera del Magdalena Medio. Unidad que, por sus preludios o proyecciones, ofrece tema abundante de análisis. Pero como el debate actual entraña características muy señaladas, un tanto diferentes de las conocidas en etapas anteriores, deseo esta noche referirme a ellas, aun cuando tenga que limitarme a un apretado resumen.

Con el advenimiento del cesarismo del revolcón, Colombia concluyó sumida en las tinieblas de la incertidumbre. Nadie sabe a qué atenerse; cualquier disposición, por dañina que fuere, no asegura nada, ni siquiera su continuidad. La norma es la falta de normas. Los industriales, los agricultores, los comerciantes y hasta los contribuyentes denuncian que poco les vale acatar o disentir, pues más se demoran en someter con humildad sus actividades a los dictámenes de las

élites burocráticas que en verlas interferidas de nuevo por los cambios de criterio de éstas; la mejor forma de endurecer la dictadura burguesa de los vendepatria.

En el terreno de las elecciones dichos métodos han significado la supresión en la realidad de los escasos visos democráticos, sobre los que tanto parlotean las minorías gubernamentales. Reglamentan los procedimientos conforme a las conveniencias del día; transfieren a los organismos subalternos la toma de decisiones de fondo, y mantienen en reserva los recursos legales o no que les sirvan para doblegar oportunamente a los adversarios de peligro. El reconocimiento de los partidos se ha trocado, bajo su arbitrio, en un artilugio de selección entre admisibles e inadmisibles, que les permite definir quiénes merecen disfrutar hacia la medianoche de los diez minutitos de consolación televisiva, en qué lugar ubicarlos en el tarjetón o cuántas mercedes deben otorgárseles. Son ardidés, arterías, minucias; sin embargo, de tales trapisondas depende, de un momento a otro, la suerte en las urnas de los movimientos, en especial de las vertientes opositoras. Al MOIR se le suspendió la personería jurídica, luego de haberse jugado con esto durante meses de definiciones claves para el régimen. A una agrupación se le suprime la carta de ciudadanía si no llega al Congreso o no obtiene un determinado número de votos. También la rifa si hace uso de la elemental licencia de declarar la abstención por razones tácticas. La apelación para recuperarla consiste en recoger 50.000 firmas que el Consejo Electoral examina y resuelve sin más aceptarlas o glosarlas. Otra traba a esgrimir contra los pequeños se halla en la caución que se exige como prenda de las inscripciones. Según la enésima providencia, la última, la Ley del 11 de noviembre pasado, la fijó, por ejemplo, en aproximadamente doce millones de pesos para el ámbito del Senado, los cuales cancelarán aquellos grupos que no alcancen una cantidad relativa de sufragantes. Nos encontramos ante impedimentos de cicatero, oscuros, pero impedimentos al fin y al cabo.

En los albores de la reforma constitucional aparecieron las prácticas amañadas que vendrían después, ese nebuloso reino de los “mecanismos”, la interinidad de las regulaciones, el reemplazo de las reglas por los acuerdos pasajeros. Respecto a la enmienda, Barco elaboró cuatro o cinco proyectos a través de sendos conciliábulos, llevó un texto a las cámaras que lo aprobaron en dos legislaturas tras largas discusiones y, con el pretexto de haberse previsto un referendo encaminado a dirimir el asunto de la extradición, lo retiró abruptamente. En otras palabras, al parlamento le estaba vedada cualquier iniciativa. Más tarde Gaviria, apuntando hacia la conciliación con los señores de la droga, la prohibió de un plumazo por medio de sus decretos y de su constituyente. A él mismo lo nominaron con una simple e inexplicable misiva de un hijo de Luis Carlos Galán, que fuera leída en los funerales de éste. Y los mancebos de Palacio comenzaron

a hacer de las suyas.

En las justas del 11 de marzo de 1990 se le permitió a una comparsa de estudiantes aleccionados, en su mayoría pertenecientes a las universidades más aristocráticas y confesionales de Bogotá, depositar la “séptima papeleta” con lo cual principió a dársele un barniz de cosa limpia a la Asamblea del Hotel Tequendama. El registrador admitió que la intentona no tenía fundamento ni podría ser escrutada; sin embargo, agregó, naturalmente, que la maniobra no invalidaba los escrutinios. Los diarios de los grandes rotativos se encargarían de efectuar el recuento, asignándole las cifras que se les antojaran. Y para la confrontación presidencial del 27 de mayo el primer magistrado decretó la consulta sobre el engendro que venía cocinándose. La Corte Suprema de Justicia lo bendijo tres días antes, el 24, sin importarle que transgredía el artículo 218 de la Ley de leyes y por ende la cláusula 13 del plebiscito de 1957. Resultaba claro que el país dejaría de regirse por los preceptos de la normatividad.

Puesto en el solio el favorito de Virgilio Barco y expedido el decreto 1926 del 24 de agosto de 1990, las autoridades instalarían las mesas de votación del 9 de diciembre, en donde se perfilaron los contornos de la corporación propuesta, sus componentes, sus limitaciones. Los esquemas surgieron de las componendas entre Gaviria, Gómez Hurtado y los amnistiados del caserío de Santo Domingo, un extraño maridaje en el que éstos, los activistas del M-19, se dedicaron a las labores de zapa y al embellecimiento de los pérfidos atentados contra el pueblo colombiano, sin omitir los pasos emprendidos por Washington hacia la plena colonización económica de América Latina, el objetivo primordial de las transformaciones jurídicas del Continente. La medida, brotada de las despóticas competencias del estado de sitio, como la consulta de mayo, e igualmente refrendada por el máximo tribunal, era de por sí un veto al Congreso, debido a que le quitaba de un tajo su preponderancia de enmendar la Constitución, y un golpe aleve contra los electores que sólo cinco meses atrás lo habían designado con cerca de ocho millones de sufragios. A los parlamentarios se les obligaba a renunciar a su investidura si resolvían candidatizarse para la constituyente, a tiempo que se les tranquilizaba con la hipócrita promesa de que su período sería respetado sin cortapisa alguna. Y de remate, la extraordinaria Asamblea de 1991, antes de salir del escenario, en un postrer desplante clausuró el órgano legislativo, extrayendo de su seno un “congresito” y mofándose del propio decreto al que le debía su existencia. De nada les valió a los padres de la patria que hubieran sancionado cuanta proposición les presentara el Ejecutivo. Votaron a favor del presidente y éste los botó. La confabulación fue producto obviamente de otro pacto, esta vez suscrito por López Michelsen, quien tantas dudas expresara acerca del fragoso proceso. Y Gaviria quedó a la vez investido de la potestad de invertir discrecionalmente

los trámites, o las consabidas políticas del Estado, aun las emanadas del círculo de sus íntimos. Ya lo hizo con los sueldos de militares y congresistas, los auxilios de los cuerpos colegiados, las inversiones foráneas, los impuestos, etc.

Todavía nos resta trecho para seguir explicando por plazas y recintos tamañas irregularidades. Hagamos del debate un cursillo que eduque a las masas en la comprensión de los menesteres de la lucha de clases.

En esta ocasión nuestro Partido goza de algunas ventajas. Durante más de 25 años soportamos los embates de una tendencia que campeó a sus anchas dentro del movimiento popular, compuesta de variados matices, sostenida en todo sentido por La Habana, cuyos propósitos y despropósitos recibían constante propaganda y que contaban por lo menos con la admiración de la derecha. Inúmeros reveses nos acarrearón sus maquinaciones. Mas el diagnóstico cambió sustancialmente. Aquellos que creían a la par en el “bálsamo santo” y en el “puño brutal de Bakunine”, cual lo proclama el *Anarkos* de Valencia, se tropezaron de pronto con una dificultad enorme tras el hundimiento de la Unión Soviética, que los abandonaban quienes eran el básico sostén moral y material de la contracorriente. El mundo había sufrido una transformación profunda, de esas que de vez en cuando nos depara la historia. Tres alteraciones sucesivas ocurrieron: primero, la tergiversación del socialismo; segundo, la caída del imperio ruso, y tercero, el resurgir de la hegemonía norteamericana. Acaecimientos llamados a modificarle la faz al planeta y a influir en la vida de cada persona.

Durante el entreacto del payaso Nikita Kruschov, el Kremlin renegó del marxismo, partiendo de la desfiguración de la memoria de Stalin y encarando una meticulosa operación ideológica tendiente a resucitar a mediano plazo el modo de producción capitalista. Labor sin la cual sería prácticamente imposible la restauración. A Leonid Brezhnev le correspondió extender el poderío soviético por el orbe entero, recurriendo a la violencia, al engaño y a la intriga. Por medio de sus títeres y ejércitos cipayos, tal cual lo hiciera Inglaterra en su hora, holló pueblos en África, Asia y América Latina. A Afganistán la invadió con sus propias tropas. Se erigió en emperador zarista de los trabajadores, un contrasentido. Y Mijaíl Gorbachov dispuso sobre el reordenamiento de la casa, conforme a las necesidades de la naciente oligarquía que reclama leyes adecuadas, el establecimiento en regla de la especulación y el agio, bancos, libertad de negocios, registro notarial de las propiedades. No lucía lógico que los privilegiados continuaran guardando sus caudales bajo el colchón; que a los ricos les estuviera impedido cruzar el Mediterráneo en yates particulares; que la señora Raisa no pudiese ir de compras a los almacenes La Fayette de París y pagar con tarjetas de crédito, o que los amos de la sociedad no poseyeran periódicos y galerías de arte. En cuanto a las formas de sojuzgación externa, también cambiaron, dejándose de lado el

dominio directo colonial, con el objeto de unir la toleranciaseudodemocrática y la soberanía de papel con el saqueo y las amenazas, o sea el neocolonialismo. Se afrontó entonces la empresa de aclimatar el sistema presidencialista, el bicameralismo y las demás refacciones del Estado.

Pese a todo Moscú hizo mal sus cálculos. Gastó demasiado en la maquinaria bélica que dotara de armas no sólo convencionales sino nucleares, descuidando las otras ramas productivas. Al final cayó en cuenta de que las fábricas, en lugar de ampliarse, envejecían; los pozos petroleros y los oleoductos se aherrumbraban, y las faenas agropecuarias tendían hacia el estancamiento. Sólo con la ayuda de Occidente logró descender a tierra a un astronauta sentenciado a vagar sin remedio por los espacios siderales. Y sobrevino el colapso.

Atronadores aplausos se oyeron por doquier ante la actitud moscovita. Los estadistas de las más disímiles naciones miraron complacidos cómo la denominada “guerra fría” había cesado y previeron mil años de benevolencia entre los hombres. Hasta los curitas de parroquia predicaron que, con la llegada del mesías de la perestroika, la humanidad doliente descubrió por fin la senda hacia la paz paradisíaca. Al contrario: Gorbachov terminó prisionero de los agentes de sus aparatos represivos; y, con la fuga de las repúblicas del Pacto de Varsovia que desertaban del rebaño, junto con la desmembración soviética y el ascenso de Boris Yeltsin en Rusia, el flamante presidente perdió el empleo por física sustracción de materia. Los Estados Unidos supieron aprovechar las oportunidades que el azar les brindaba. Respaldaron con furor a ambos mandatarios. A uno cuando estaba detenido por la soldadesca y al otro cuando ésta vacilaba en tomarse el edificio del Soviet Supremo y conducir a los diputados a la cárcel. El apoyo lo condicionaron, por supuesto, a una sola pero decisiva petición, que se implantaran los cánones burgueses a lo largo y ancho del territorio ruso, facilitando la entrada de los capitales extranjeros. Y los yanquis ganaron la disputa por el control mundial después de décadas de confrontaciones, mientras que los herederos de los Romanov se resignaban a pasar de superpotencia a ser un mero apéndice del imperialismo norteamericano.

El clima de cierta estabilidad que antes prevalecía a causa del equilibrio entre los dos colosos, empezó a enrarecerse por los avatares de la multipolaridad. Las pugnas comerciales que han mantenido los monopolios de América, Europa y Japón, e incluidos los de la misma Rusia, salieron a flote con todas las repercusiones de una competencia cada día más aguda. El globo en vez de enfriarse se calienta. Washington no ha dudado en recurrir a la fuerza en busca de consolidar la reconquista. En 1983 se atrevió a desalojar de la diminuta isla de Granada, en el Caribe, a las escuadras cubanas, un ensayo remoto. Le seguiría Panamá, en 1989, desde donde atalaya e infiltra a Latinoamérica. Posteriormente Irak y Soma-

lia. Conminó a la disuelta Yugoslavia, a Corea del Norte y a los vecinos de Haití. En consecuencia, las guerras no amainan, se diseminan.

De cualquier modo el fenómeno se traducirá en una extensión sin fronteras del capitalismo. En los más apartados y escondidos parajes se instalarán factorías semejantes entre sí, que pondrán en oferta géneros idénticos o parecidos. La inevitable superproducción traerá consigo la estrechez relativa de los mercados, el desempleo, la explosión de los conflictos laborales a una escala jamás conocida. Los problemas de los pueblos continúan siendo los mismos de ayer aunque ahora enfrenten enemigos distintos. Las verdades de Marx y Lenin, lejos de marchitarse, cual lo pregona la burguesía que carece de respuesta para los interrogantes de la actualidad, volverán a ponerse de moda. Parece que el socialismo, al igual que lo acontecido al sistema capitalista, adolecerá de tropiezos y altibajos durante un interregno prolongado, antes del triunfo definitivo. Y los obreros, con sus batallas revolucionarias, proseguirán tejiendo el hilo ininterrumpido de la evolución histórica.

En consonancia con los vuelcos planetarios, a Colombia, que ha sido desde hace más de una centuria un alorín de los asentistas del Norte, se le redujeron sus posibilidades, sus márgenes, su autonomía de vuelo. En los sesentas los planes de la Casa Blanca para el hemisferio, la Alianza para el Progreso, la desaparecida Alalc, el Pacto Andino, preservaban intactos los artificios del desvalijamiento y, conforme a estos términos exactos, se trataba de una expoliación disimulada, astuta, que nos permitía algún grado de desarrollo, complementario a la sustracción de las riquezas del país. Digamos que los gringos chupaban el néctar con ciertas consideraciones. Pero con la apertura la extorsión se ha tomado descarnada, cruda, sin miramiento alguno.

Cuando el Comité Ejecutivo Central del MOIR miraba con detenimiento y antelación la nueva política saqueadora, pronta a instalarse, llegó a varias conclusiones pertinentes. El viraje debían abocarlo con cuidado los mandatarios. A pesar de que lo ubicaban en los terrenos de la cuestión económica, forzosamente abarca un universo de preparativos y sustentáculos que revuelcan el discurrir de la caduca república. Partiendo de un problema inicial: se necesita alguien que lo enrute y conduzca a buen puerto; un conjunto amplio de funcionarios ilustrados, catedráticos expertos y discípulos maleables que sepan del asunto. La clave estuvo en la incorporación al ajeteo público de la panda de los Andes, una especie de culto de las adoratrices de la especulación. No es raro que el presidente y su consorte provengan de allí; que doña Ana Milena haya montado a Colfuturo en donde, además de correr dineros a porrillo, hacen fila los alumnos mansos y distinguidos que recibieron becas de posgrado en el exterior, o que los periódicos promocionen los estudios de la Academia americana. El duelo económico se decide en la arena ideológica.

A los oficiales de las Fuerzas Armadas también los educan o reeducan allá porque las artes marciales representan otro puntal imprescindible. Hay que domesticarlos y civilizarlos, reorientando incluso las charlas que escuchan, pues muchos de los egresados de esas escuelas dieron mal ejemplo, como el general Pérez Jiménez que se desvió hacia la dictadura, o el general Noriega que amasó una fortuna traficando en cocaína; y los mandos han de comportarse bien, acatar los derechos humanos, ser respetuosos de las declaraciones de la Conferencia Episcopal, no asesinar a quienes protestan o a los que ejercitan el terrorismo, en fin, proporcionar sustento a la majestad de la Ley. Mas todo debe ejecutarse sin desmedro de los operativos encubiertos de las unidades del Pentágono, y a ratos no tan encubiertos. Se conoce de la presencia de contingentes suyos en Perú, Bolivia y otras partes. En el departamento de Amazonas se detectó uno de ellos. Hemos padecido asimismo la interferencia y el bloqueo en nuestro mar Caribe. Y la opinión se ha enterado con alarma de que aviones militares de transporte sobrevuelan, con permiso o sin él, encima de nosotros; y que en más de un lance estuvieron a punto de colisionar con naves repletas de pasajeros. Es decir, que nos hostigan por aire, mar y tierra. La agresión constituye otro elemento adicional de la *apertura*, ya que, a medida que avanza ésta, la resistencia civil se expande cual reguero de pólvora por el Continente.

Dentro de las adecuaciones legales que han dotado a la gran burguesía de los medios para escoger entre cualquier opción, se destaca la Ley 50 de 1990, con que se cercenan los logros conseguidos por los asalariados en más de tres cuartos de siglo de arduas peleas. En síntesis, el objeto estriba en asegurar, en un santiamén, la disminución de las remuneraciones y la supresión de las normas permisivas del Código Laboral. Otra vez las normas. Sin mano de obra barata no habrá neoliberalismo que funcione. Como la América Latina acusa algún desarrollo y algunos adelantos tecnológicos que conllevan progresos sindicales, Colombia, pletórica de dinamita, secuestros y laboratorios de coca, nunca será atractiva para Wall Street, si no entraba la industria nacional, no arruina a los empresarios agrícolas y no envilece a las masas laboriosas.

Sucede igual con las expectativas que generan los jugosos tejemanejes de las entidades estatales, de cuya subasta no se eximen siquiera la Caja Agraria, el Banco Cafetero, Terpel y Ecopetrol, Telecom, el Sena, los Seguros Sociales, la Flota Mercante, las electrificadoras y otras instituciones respecto a las cuales el presidente ha dicho que no son transables. Si el régimen pudiera enajenar los escritorios del Ministerio de Educación, lo haría, como lo efectuaron en el siglo pasado los radicales con el Capitolio, que “sacaron a remate”; y vendieron, “a menos precio”, el lote destinado por Mosquera para construir el Palacio Presidencial.

La regionalización, la maquila, el estímulo a la microempresa, las facilidades

concedidas a las importaciones y la integración concertada con los gobiernos de los países hermanos hacen parte de los múltiples “mecanismos”. Mientras se empobrece la nación al pueblo se le abruma con gravámenes confiscatorios. En su misión de almojarife el señor Gaviria no se para en pelillos. Como aspira atender con holgura sus carísimos cometidos y sofocar el descontento, urge de plata, mucha plata. Provee dos reformas tributarias seguidas, soborna al Congreso y miente. Quienes se hayan retrasado en el pago de los impuestos habrán de resarcirlos con las tasas del interés vigente para las transacciones mercantiles. A las gentes se les exprime con el propósito de reanimarlas.

En medio de tan tremendas conmociones transcurre la liza comicial. Nuestra participación en ella nos permite hacerles propaganda no sólo a los acendrados convencimientos sino a las recientes conclusiones. De otra parte, el arranque ha sido con entusiasmo; y habremos de contar, como pocas veces antes, con los invaluable aportes de los activistas sindicales que de una forma u otra acogen las orientaciones partidarias, puesto que tuvimos la buena estrella de integrar para el Senado una lista encabezada, en cuanto al MOIR, por Jorge Santos Núñez, ex presidente de la USO, y por Marcelo Torres, componente del Comité Ejecutivo Central desde hace años, hoy de nuevo director y ejecutor de nuestro debate. Es obvio que Marcelo, aun cuando no fue sindicalista, también le imprime ese sello proletario a la fórmula que le hemos propuesto al pueblo. ¿Acaso los dirigentes y miembros del Partido no somos representantes de los obreros de Colombia? Y los trabajadores de las tierras de Colón y Magallanes se hermanarán inexorablemente. Lo puso de manifiesto el Tratado de Libre Comercio, que rubricaran Estados Unidos, Canadá y México, y ante el cual los asalariados estadinenses protestaron con fiereza. En presencia de un enemigo común, lenguaje común y lucha común. A medida que el imperialismo alarga sus tentáculos se debilita afuera y adentro. Su derrumbe será inevitable; ayudémoslo a que su desaparición sea rápida. Pese a los obvios apremios la situación actual es excelente. Yo les aconsejaría que no pierdan la marea alta.

Creo que con Marcelo y Jorge al frente de esta brega los rendimientos políticos están garantizados.

Muchas gracias.

Francisco Mosquera Sánchez

Francisco Mosquera Sánchez

Francisco Mosquera Sánchez

Francisco Mosquera Sánchez

Francisco Mosquera Sánchez

Francisco Mosquera Sánchez

Francisco Mosquera Sánchez

Francisco Mosquera Sánchez

Francisco Mosquera Sánchez

Francisco Mosquera Sánchez

Francisco Mosquera Sánchez

Francisco Mosquera Sánchez